Abraham Guillén

ECONOMIA AUTOGESTIONARIA

las bases del
desarrollo económico
de la sociedad libertaria

Autor: Abraham Guillén
Edita: Fundación de Estudios Libertarios
Anselmo Lorenzo
Paseo de Alberto Palacios 2 – 28021 Madrid
Distribución en todo el mundo:
Ediciones Madre Tierra Tfno. 611-38-08
Parque Vosa 12 – 28933 Móstoles, Madrid
Diagramación:
Pedro Benayas Manzanares
Cubierta:
Enrique López Marín
Primera edición febrero 1990.

Depósito Legal: M-9182-1990
I.S.B.N.: 84-86864-04-6

Printed in Spain - Impreso en España
Artes Gráficas COFAS, S. A.
Pol. Ind. Callfersa, nave 8
Fuenlabrada (Madrid)

INTRODUCCION A LA ECONOMIA

Modos de producción y evolución económica

Los pueblos primitivos, reducidos a una economía de subsistencia cotidiana sin ser capaces de producir un excedente económico, no conocieron la economía de mercado, teniendo que vivir de la producción inmediata, de la cual podía hacerse un exiguo ahorro: pequeñas cantidades de frutos secos o semillas comestibles, condenando a las comunidades primitivas a vivir al mínimo de subsistencia.

Hasta no conseguir una producción para todos y lograr un pequeño excedente económico, que haga la reproducción del capital social con más incremento que el aumento de la población, las sociedades primitivas se estancaron durante muchos milenios entre el *paleolítico* y el *neolítico*, en que las fuerzas productivas del hombre permanecieron estancadas, contando solamente con su fuerza muscular y rudimentarios instrumentos de piedra, hueso y otros materiales primarios.

Durante casi un millón de años, el hombre ha recorrido varias edades en su progreso: paleolítico, mesolítico, neolítico, eneolítico (cobre, y piedra) edad del bronce, y edad del hierro. Sabemos, aproximadamente, que el paleolítico terminó unos 8.000 años (a. J.C.); que el mesolítico concluyó unos 4.000 años (a J. C.), en Mesopotamia, Siria, Palestina, y Egipto; que el mesolítico, con la utilización de la piedra pulimentada y el cobre, acabó, en el comienzo de la edad de bronce, unos 3.000 años (a J. C.), en el Medio Oriente; y que para llegar a la edad de hierro, 1.400 años (a J. C.), hicieron falta unos 1.600 años. Por tanto, ¡que lento es el progreso humano!

Digamos, que, desde la aparición de los primeros hominídeos erectos en el pleistoceno medio o inferior, pueden haber pasado uno y medio o dos millones de años. Por eso, si la existencia del hombre histórico comenzó en el neolítico o la edad de bronce, apenas ello representa el uno por ciento del tiempo transcurrido entre el salvajismo y la barbarie, hasta la aparición del

"homo sapiens", que comienza a ser realmente hombre equipado con herramientas y armas de bronce y hierro. Se diría que ahora avanzamos más en un año que en la Antigüedad y la Edad Media durante un siglo: he ahí la aceleración del progreso económico y tecnológico en nuestro tiempo histórico.

Aunque parezca increíble, domesticando unos treinta siglos a. J. C. al caballo, no fue éste debidamente arnesado hasta que se fabricó el collerón de espalda, diez siglos después de nuestra era, quizá porque en esos tiempos el trabajo del hombre, como esclavo o siervo, era más importante que el realizado por los animales de tiro, cuya energía se perdía, sus tres cuartas partes, teniendo mal enjaezados a los asnos, mulos y caballos. En este orden de ideas, la civilización esclavista romana fué poco creativa: tenía un gran progreso en matemáticas, física y geometría, heredado de los griegos, pero no lo utilizó para producir maquinaria porque le sobraban esclavos. En igual medida, el despotismo burocrático de los príncipes asiáticos congeló el progreso, durante muchos siglos, porque reducían a sus súbditos al mínimo de subsistencia, no dejándoles excedente económico para inversión a fin de ampliar su capital productivo. Igualmente el Estado faraónico o incaíco detuvieron el progreso económico y tecnológico con su excesivo parasitismo burocrático, cosa que sucede también en nuestra época con el Estado – providencia, cuyos déficit presupuestarios determinan la inflación creciente o galopante.

En el curso de la historia, los grandes cambios económicos, políticos y sociales se han producido en función de las revoluciones tecnológicas más que de las ideológicas, pues lo subjetivo, como un acto de voluntad, no puede cambiar nada si no está dado objetivamente.

Hacia el IV milenio (a.J.C.) el hombre ya estaba formado anatómicamente, pero para ser un verdadero "homo sapiens" tenía que comenzar a dominar la naturaleza mejorando su equipo de producción: azada, hoz, mortero primitivo, mayal sin articular, berbiquí de ballesta, alfarería a mano, huso de hilar, telar primitivo, herramientas y armas de cobre, moldeo de metal por vaciado, trabajo de la plata y del plomo. Se diría, pues, que el hombre deja así de ser animal cuando fábrica objetos para dominar la naturaleza y crearse, a la vez, su propia naturaleza cambiante, gracias a su "praxis" o unidad de su pensamiento y acción.

A partir del III milenio (a. J.C.), el hombre, con una agricultura rudimentaria comienza a construir aldeas; deja de ser nómada contando con una economía más poderosa; dispone de arado que aumenta la productividad varias veces más que la azada para procurarse alimentos más abundantes. Aparece, en ese tiempo, el vehículo de ruedas para el transporte y los ejércitos; se inventa la rueda de alfarero que multiplica el uso de toda clase de recipientes y artículos domésticos; surca las riberas de los mares y de los ríos el barco de vela, medio de transporte a grande distancia, lo cual promueve el comercio entre las incipientes naciones; se mezclan en debidas proporciones el estaño y el cobre para formar el bronce: metal cuyas formas múltiples son obtenidas por el método de la cera perdida; el fuelle, inyectando oxígeno a la

fragua, funde fácilmente el bronce para obtener toda clase de herramientas y armas. Se dispone así de un equipo de capital que construirá las primitivas ciudades, las pirámides y templos para convertir al bárbaro en ciudadano o miembro de comunidades nacionales. Es, por tanto, el progreso tecnológico lo que hará posible una división social del trabajo, y con ello, una sociedad diferente de las del paleolítico y el mesolítico, si es que, en esa época, los hombres pudieron constituir algún tipo de sociedad relativamente sedentaria, sin una agricultura dotada de arado, animales domésticos y herramientas de bronce.

Al comienzo del II milenio, las primitivas civilizaciones del Asia Menor y de Egipto, contaban con herramientas perfeccionadas para realizar diversas artesanías, con balanzas para pesas y medidas, lo cual implica el comienzo del intercambio de distintos valores de uso por un valor principal de cambio: metales preciosos, corderos, etc. La rueda de rayos, más ligera que la primitiva rueda, constituye un medio de transporte y, sobre todo, el carro de guerra: 18 siglos antes de nuestra era; pero, de todos los descubrimientos del II milenio, el hierro, metal democrático, constituye la causa de la primera gran revolución tecnológica, aportando más y mejores herramientas y armas con menos costo que las hechas de metales no ferrosos.

Luego, al comienzo de la *Edad de Hierro* en el Medio Oriente, aunque se inició unos siglos después en Europa, el progreso tecnológico comenzó a acelerar el tiempo histórico: fundiciones de hierro por todas partes; aparecieron el malacate, la polea, el metate rotativo, las tijeras de esquilar, la prensa de viga y el molino movido por animales; los animales de tiro como fuente de energía no humana; las primitivas grúas; el arado pesado y el yunque para la fabricación de clavos; diversa cantidad de herramientas; la trefilación de alambres; la noria de odres movida por animales; el tornillo de Arquímedes; la bomba de impulsión; el cepillo de carpintero; la prensa de huso, la cabría con aparejo y el arnés chino. Todo ello, entre la Edad de Hierro y el comienzo de nuestra era, abarca un período de gran progreso tecnológico realizado en curso de unos 14 siglos. Ello demuestra que el progreso es lento en la historia del hombre; y que por eso no puede permitirse avanzar *subjetivamente* más de lo que lo permitan, *objetivamente*, el desarrollo de las fuerzas productivas, que son fuerzas históricas, sociales y económicas con otro nombre.

Quizá el lento progreso, en el mundo antiguo se debiera no tanto a la falta de conocimientos científicos como al hecho de que el basamento de las civilizaciones antiguas residía en la *esclavitud*, que no creaba condiciones apropiadas para sustituir al hombre por las máquinas, ya que los amos eran felices con la explotación de sus esclavos: riqueza para unos y miseria y opresión para otros. En este orden de ideas, se diría que la libertad económica y política, en una civilización, crea las mejores condiciones, objetivas y subjetivas, para un progreso económico y tecnológico acelerado, siempre que éste sea en beneficio de toda la humanidad y no de unos pocos opresores y explotadores del hombre esclavo, siervo o asalariado.

Durante la *Edad Media*, mejorando la condición humana, sustituyendo al esclavo por el siervo, se crean mejores condiciones para el progreso tecnológico que durante el Imperio Romano, basado en la economía esclavista, ya inapropiada para permitir el desarrollo económico y tecnológico de Roma. En este sentido, se diría que no fueron, viniendo del exterior, los bárbaros los que vencieron a Roma, sino un ejército interior en contra de ella: sus millones de esclavos, que se fueron haciendo cristianos, recibiendo a los bárbaros invasores más bien como libertadores, ya que sus amos eran los romanos.

Los grandes imperios, frecuentemente, son destruídos por sus contradicciones internas: falta de libertad, gobiernos despóticos o burocráticos, crecimiento económico cero, subdesarrollo político cultural y social, desprestigio de sus clases dominantes, Estado caro y malo sobre la Sociedad oprimida y explotada. Así las cosas, no hacen falta poderosos ejércitos para derrotar a los grandes imperios, sino conflictos, antagonismos internos que los autodestruyen, económica, política social y moralmente, como a la vieja Roma, por no citar a otros imperios fenecidos por idénticas causas de autodestrucción. Y ahora le toca el turno al régimen capitalista en el reloj de la historia.

Haciendo referencia al progreso tecnológico como determinante de los *modos de producción* decía Marx: "el molino de viento os dará la sociedad feudal; el molino de vapor, la sociedad capitalista". Ello demuestra que los modos de producción que han pasado por la historia humana, en cierto modo, dependen del desarrollo económico y tecnológico que los determine o justifique históricamente.

Así, pues, una revolución ideológica o política, si no crea más progreso o bienestar que la que le ha precedido, no tiene asegurado el futuro, sino que podría volver al pasado: ser derrotada por una guerra, que venga del exterior, o por una rebelión interior. En este sentido, pudiera hablarse de que el "socialismo soviético" estaría cuestionado políticamente si su agricultura es menos productiva que la norteamericana y si sus fuerzas productivas son más lentas de desarrollo que las del Japón: país con 377.000 km^2 y 124 millones de habitantes, contra 22.402.000 km^2 y 282 millones de habitantes la URSS. Todo ello sería posible porque la burocracia soviética —como dicen los chinos— absorbe el 40% de la renta soviética, restando mucho excedente económico a la inversión, con mucho consumo improductivo. En este orden de ideas, la burocracia y tecnocracia soviéticas serían más reaccionarias, detendrían más el progreso económico y tecnológico en la URSS, con sus excesivas rentas parasitarias, que la frugal burguesía japonesa ¿Quién, es, pues, aquí el revolucionario o el conservador, el burgués japonés o el burócrata soviético?

En nuestra época, la competencia tecnológica que se hacen los japoneses y norteamericanos, seguida de los europeos para no perder margen de competencia comercial en el mercado mundial, reconvierte sus industrias a muy corto plazo, a fin de que las máquinas cefalizadas aporten una producción masificada, automatizada, a bajo costo de producción. Así las cosas, fá-

bricas, que serían inmejorables en países atrasados, son lanzadas a la chatarra en Estados Unidos, Japón y Europa occidental, para ser re-equipadas con máquinas programadas electrónicamente, único medio de que aumente varias veces la productividad por obrero respecto de máquinas simples o no automatizadas, que exigen el empleo de mucha mano de obra.

En la Unión Soviética, por ejemplo, no habiendo competencia en un mercado libre, se conservan las peores y las mejores empresas, ya que el Estado-patrón, con sus compensaciones financieras, mantiene lo malo y lo bueno en las industrias, la agricultura y los servicios. De seguir así las cosas, si los soviéticos no reconvierten tecnológicamente sus equipos de producción a nivel o al mismo tiempo que los norteamericanos, los japoneses y los europeos occidentales, perderán competitividad en el mercado mundial y con ello las suficientes divisas para pagar sus productos y tecnologías de importación. En suma, si la revolución política soviética se constituye en un freno para el desarrollo económico, científico-tecnológico en la producción, la ideología estará en contra de la economía y del progreso del país. Por tanto, una revolución que no mantenga sus niveles de competencia internacional, que no aumente sus fuerzas productivas tanto como los países más avanzados, a la larga o la corta, es una revolución conservadora o, por mejor decir, contrarrevolucionaria, aunque se diga "comunista", como sucede en países del Este esclerosados en el totalitarismo político y en el capitalismo de Estado, que no es socialismo.

En una economía autorregulada y autogestionada, tiene que regir la competencia económica como *ley de armonía*, a fin de que se cumpla la *ley del valor-trabajo* y la *ley de la cooperación* de equivalente de intercambio entre todos los bienes y servicios que concurran al mercado, sin quitar a nadie más de lo que aporte, situando en igualdad de condiciones a todo el mundo, en un socialismo autogestionario.

Es un gran error, como creen los ideólogos del modelo soviético (Este) o del Estado-providencia (Oeste), que el *mercado* supone como categoría económica, necesariamente, el capitalismo. La verdad histórica es que el mercado es anterior y será posterior al capitalismo; existió en los regímenes esclavista y feudal; se desarrolló con la economía mercantil capitalista; pero si ahora hubiese una economía de cooperación o de autogestión, compitiendo las empresas autogestoras en el mercado sin capitalistas ni especuladores, funcionaría autoreguladamente en beneficio de los trabajadores y de los consumidores; habría así la "mano invisible" de Adam Smith, que autorregularía la producción, el cambio, la circulación y el consumo, obligando a todos los competidores colectivos a producir más y mejor, a invertir más capital para su reproducción ampliada, a fin de no perder la competencia en el mercado nacional o internacional. Una sociedad sin competencia es una sociedad sin incentivos, sin coacción social para obligar a todos a no perder la carrera del progreso económico, científico y tecnológico que, en las industrias ligeras soviéticas, puede ser desastroso, desalojando del mercado mundial sus produc-

tos o mercancías por los de origen japonés, europeo o norteamericano, de mejor calidad y más bajo costo de producción.

La economía autogestionaria debe auto-organizar la sociedad para que sea competitiva entre todas sus ramas de producción cooperativa, en los lugares de producción, mediante la democracia directa de los consejos de empresa, elegidos por sufragio directo y secreto. En razón del avance tecnológico, de la informática, de la ciencia como factor inmediato de producción, la economía autogestionaria no debe aislarse del mercado mundial; y ser competitiva en él para ganar divisas que permitan pagar las importaciones esenciales o tecnológicas sin las cuales una economía nacional se aisla de la economía mundial, cayendo en el atraso económico y tecnológico.

Una economía nacional o social puede ser cualquier cosa menos ideológica: tiene que ser lógica, objetiva, racional, a fin de que los protagonistas del proceso económico no tomen los deseos por realidades, pues ello implicaría grandes desequilibrios, determinantes de crisis estructurales, crisis de subconsumo (colas" y cartillas de racionamiento) y crisis de desproporcionalidad entre agricultura e industria, como sucede en la URSS.

Un sistema económico no se inventa imaginativamente, sino que es producto del desarrollo de las fuerzas productivas, de las tecnologías, de las relaciones sociales, del dominio del hombre sobre la naturaleza, de su papel activo o pasivo en la sociedad, del protagonismo del trabajo asociado o del capital privado, de la participación de todos o de la dominación de unos pocos. Pero, en definitiva, con una ideología o con otra, lo que cuenta económicamente son: cuáles son las estructuras sociales; qué grado de participación tienen los trabajadores en sus empresas y en el excedente económico producido en ellas; qué desarrollo económico han alcanzado la industria, la agricultura y los servicios sociales; qué margen de competitividad tiene una economía nacional a nivel internacional; qué o cómo se reparte la renta nacional o social sin demasiado parasitismo burocrático o burgués; qué formas políticas existen en la superestructura: si la democracia es directa (autogestionaria) o indirecta (elitista), si es autoritaria o libertaria.

La planificación de una economía, queriendo ser la mejor de todas, no sustituye, a una economía autorregulada mediante un mercado autogestionario; en suma, en una buena economía, sobran las ideologías y las élites del Poder, tanto en el Este como en el Oeste.

LOS MODOS DE PRODUCCION

El motor de la historia de la humanidad ha sido la lucha de clases, una vez instaurada la propiedad privada; puesto que supone desposesión de medios de producción para unos y apropiación de los productos del trabajo ajeno por otros, bajo el sistema de explotación del hombre por el hombre, fuera de la propiedad familiar o de la comunidad primitiva, en que los hombres todavía no están diferenciados en clases dominantes y dominadas.

En este sentido, la evolución histórica de los modos de producción que han pasado por la historia, según su clasificación socio-económica, serían los siguientes:

1.— *Comunidad primitiva.*— Correspondiente al salvajismo inferior, medio y superior, vinculado a la economía de recolección de frutos naturales, al descubrimiento del fuego y a las técnicas de la pesca, la caza, el arco, la flecha y la fabricación de cerámica. Durante este largo período de la humanidad entre el paleolítico inferior y el neolítico, no existe la propiedad privada ni familia monogámica, ni clases sociales, ni Estado, ni economía mercantil, ni dinero, sino una comunidad libertaria auto-organizada.

2.— *Modo de producción antiguo.*— Comprende la civilización greco-latina en sus primeros tiempos, en que la ciudad forma un todo con el campo, habiendo propiedad privada familiar y "ager publicus", creando así una república o monarquía de pequeños y medianos propietarios. Posteriormente, el desarrollo de la economía monetaria en las ciudades crea la base para la hipoteca de la propiedad familiar y con ello de la esclavitud por deudas. Cuando Roma, por ejemplo, sale de su ciudad y conquista Italia y luego el mundo conocido, con sus guerras de conquistas, cambia así el modo de producción antiguo por el esclavismo.

3.— *Modo de producción esclavista.*— En el mundo antiguo el esclavismo fué un régimen de producción propio de las civilizaciones mediterráneas: Roma, Grecia y Cartago. Aquí surge la dialéctica hegelina del amo y el esclavo: uno es libre porque el otro no lo es; uno está desalienado porque el otro depende (absolutamente) de su amo. Sin embargo, al no superar la categoría de *esclavitud* el mundo antiguo, la Roma imperial, se descompuso económica, política, social e historicamente, ante el proletariado interior, en rebelión, y la presión exterior en acción: los escitas y los germanos.

4.— *Modo de producción asiático.*— No tiene este modo de producción paralelismo con la comunidad primitiva, el mundo antiguo greco-latino y el esclavismo. Para Marx, el modo de producción asiático está vinculado a las culturas sedentarias, a los grandes trabajos hidraúlicos en los valles del Ganges, el Nilo, el Eufrates y el Tigris, el Río Amarillo, las civilizaciones dependientes del riego: la desecación, y la lucha contra las inundaciones. "En la mayor parte de de las formas de base asiática, la unidad agrupadora que se sitúa por encima de todas esas pequeñas comunidades, aparece como la propietaria superior o como la única propietaria, y las verdaderas comunidades, por consiguiente, como poseedores hereditarios" (1). Aquí la tierra está dada en usufruto al campesino, a la comunidad rural, pero el Estado se lleva el excedente económico principal, incluso superior al 50% de la renta de la tierra, para financiar o abastecer a una frondosa burocracia estatista: clase dominante, enquistada en las comunidades rurales. Marx clasificó el modo de producción asiático como régimen de "esclavitud general", ya que el esclavo

1 Marx, C. Gründisse... p. 376

no depende del amo individual, como en el mundo greco-latino, sino del amo invisible: el Estado *burocrático,* más parecido al modelo soviético bajo Stalin que a otro modelo de producción.

5.— *Modo de producción germánico.*— Basado en la propiedad comunal, sin "ager públicus" en el sentido romano, sin goce directo de la comunidad rural en el espacio colectivo: bosque, caza, pesca, recogida de leña, miel etc. La propiedad individual y la comunal son coexistentes, complementarias. Pero al convertirse en conquistadores del Imperio romano, los germanos se convirtieron en señores feudales, dueños de vidas y haciendas, de siervos desposeídos, adheridos a la tierra de sus señores.

6.— *Modo de producción feudal.*— La propiedad de la tierra es un condominio entre el rey, el señor y el siervo; aunque realmente el verdadero propietario es el señor feudal. Lo característico del feudalismo es que no debe haber "ningún señor sin tierra ni ningún siervo sin señor". Las comunidades aldeanas medievales están sometidas a su señor, pagando por el uso de la tierra impuestos en dinero, en especie o en días gratuitos de trabajo semanal en las tierras de propiedad directa del señor. Los siervos pagan diezmos a la Iglesia. También los vasallos del señor tienen pequeños "feudos". En suma, para sostener económicamente al señor, sus vasallos y el clero, así como los tributos que el rey pueda pedirles, el siervo retiene para sí del producto de su trabajo el ingreso mínimo, como en el caso de los siervos bajo el modo de producción asiático, Sin embargo, entre estos dos modos de producción hay una notable diferencia, los mandarines, rajás y pachás asiáticos son altos funcionarios de un Estado centralizado, mientras que los condes, duques, barones y marqueses feudales europeos son reyezuelos en un Estado no burocrático, descentralizado. Para Marx, en el modo de producción asiático "una parte del trabajo excedente de la comunidad inferior, pertenece a la comunidad superior, que termina por existir en tanto que persona; y este trabajo se traduce a la vez en el tributo y en las obras comunes destinadas a glorificar la *unidad,* es decir a glorificar sea el déspota de carne y hueso, sea al dios que es el representante imaginario de la tribu" (1) Esa *Unidad* debe ser puesta en mayúscula, pero no es otra cosa que el Estado burocrático ¿no tiene cierta similitud este régimen, aunque en distintos tiempos históricos, con el sistema de los koljoses stalinianos y su colectivización forzosa de la tierra? En suma: suya es la tierra en usufruto, pero yo me quedo con su plusproducto; no es algo nuevo, sino tan viejo como el despotismo asiático vigente en la URSS bajo el poder omnímodo de la "Normanklatura" neo-stalinista.

7.— *Modo de producción capitalista.*— Creado sobre las ruinas del feudalismo, con la separación del capital privado y del trabajo asalariado y con la economía en dinero, la circulación de los productos del trabajo humano como mercancías y la constitución de dos grandes clases antagónicas: burgueses y proletarios. Las características del capitalismo son: la mercancía, el

1 Marx, C. Gründisse... p. 376

dinero, el salario, el interés, los precios en todo y por todo, la plusvalía, la inmediatez de la ganancia privada, la traducción de todo valor (hasta los valores espirituales) en valores mercantiles o de cambio, en una economía en que el capital privado o de Estado explota el trabajo asalariado enajenado

De acuerdo con la clasificación marxista de los modos de producción hemos enumerado siete. Sin embargo, a menos que no fuera un régimen de transición el capitalismo de Estado (en el Este), hay que añadir un modo más de producción: el capitalismo de Estado o socialismo burocrático. No obstante, el capitalismo de Estado, basado en la "nacionalización de la tierra" y la "nacionalización de las industrias y los servicios públicos", es parecido al modo de producción asiático, que Plejanov consideraba se podría reproducir en Rusia, siempre que las comunidades campesinas y de obreros industriales no avanzaran hacía formas de democrácia directa, con socialismo de autogestión y propiedad social.

Lenin, durante el Congreso del Partido Socialdemócrata ruso, celebrado en Stokolmo en 1905, lanzó la consigna de "nacionalización de la tierra"; pero, luego de la Revolución de 1917, ya en el poder, cuando nacionalizó la tierra tuvo el presentimiento de que ello podría, en cierto modo, "restaurar el modo de producción asiático"; "restauración —decía— de nuestro antiguo orden semiasiático en Rusia"; "retorno a la Aziatchina" (servidumbre). Y en el fondo, cuando un koljosiano entrega su producción a precios fijados por el Estado, con "entregas" obligatorias de productos por hectáreas cultivadas, siendo que los precios a los cunsumidores son bastante más elevados que los precios pagados a los koljosianos, revela que el campesino soviético, con un sistema de propiedad estatal, entrega buena parte de su excedente económico al Estado, como lo hacen o lo hicieron los campesinos asiáticos bajo un Estado burocrático. Es explicable, pues, que los stalinistas y sus sucesores no hayan querido abrir una polémica sobre el modo de producción asiático porque, en ese sentido, se descubriría que el sovietismo está más cerca del Estado mandarín, faraónico o de los incas que del verdadero socialismo, basado en la democracia directa de las comunidades libertarias españolas de 1936-39 y no en la propiedad estatal soviética.

El tema sobre el modo de producción asiático no está cerrado. No fué tampoco su iniciador Marx, sino economistas y sociólogos clásicos como Richard Jones, John Suart Mill, Adam Smith, Francois Bernier, C. Foster, Stamford Raffles y otros.Éstos estimaban que el régimen de producción asiático no coincidía económica, sociológica y políticamente, con el feudalismo europeo. "El despotismo oriental", "la sociedad oriental", el sistema asiático" se basaba en un Estado burocrático despótico que, para mantener las obras hidraúlicas, grandes trabajos públicos y el boato de las cortes, entregaba la tierra en usufructo a la *comunidades aldeanas*; pero a condición de quitarles la mayor parte de su ingreso bruto o de la renta de la tierra. De esta manera, no acumulando capital, los aldeanos, la comunidad, se eterniza así sin poder pasar a otro modo de producción más progresivo, más creador de

fuerzas productivas. Sólo la llegada de los colonizadores europeos al Asia, con su producción en masa y su comercio competitivo, rompieron poco a poco, el congelado modo de producción asiático, especialmente en China, pero no del todo en la India, Pakistán y otros países donde ha quedado larvado en dominios de los "rajás" y otros déspotas.

La Rusia zarista, la China de los mandarines, han roto con su pasado; pero al organizar su economía, aunque pareciera que lo es sobre un nuevo modo de producción, crean con el Estado burocrático una producción industrial estatista en las ciudades, y una producción agrícola controlada por koljoses o sovjoses, donde el Estado nombra a los directores, pero en ambos casos, en China o la URSS, el precio de los productos agropecuarios los fija el Estado, obteniendo una plusvalía entre el precio de referencia en el koljós o el sovjós, y el precio a los consumidores, en las ciudades. Ello fue muy del estilo de Stalin para formar la acumulación de capital socialista a expensas de los campesinos, principalmente.

El problema básico para una sociedad socialista no es que la propiedad privada desaparezca como el principio y el fin de todos los males sociales, sino lo importante reside en que la propiedad se convierta en propiedad social autogestionada por los productores directos, obreros y agricultores. Así éstos pueden controlar su excedente económico, sin que la burocracia estatista actúe de mediadora entre el escalón inferior (comunidad rural o industrial) y el escalón superior (Estado administrador de las cosas y de los hombres), pero con desigualdad económica entre ellos.

La cuestión principal es, una vez derrocada una clase dominante: ¿quién controla los medios de producción y de cambio y el excedente económico producido por los trabajadores? El despotismo asiático entregaba la propiedad de la tierra, pero se quedaba con el excedente económico producido por las comunidades productivas. A éstas le interesaba muy poco que su propiedad fuera comunal, individual o colectiva, lo importante para ellas era que una buena parte de su *producido* no se les escapara, ya que así se produce un fenómeno de servidumbre o de alineación colectiva: vivir como siervo bajo un despotismo burocrático, tanto en otros tiempos como ahora bajo el estatismo de tipo soviético congelado en el capitalismo de Estado.

El despotismo asiático fue posible porque los campesinos constituyen pequeñas comunidades, aisladas unas de las otras, siendo así fácilmente batidas por los ejércitos represivos al sevicio del Estado burocrático. La rebelión contra este Estado debe partir de las ciudades donde las poblaciones concentradas, en un momento de crisis social, económica y política, pueden desafiar al poder de la burocracia con una acción revolucionaria que conduzca a la liberación del pueblo. Por supuesto que, en ese movimiento, para lograr su emancipación estarán los campesinos, a fin de poder convetir el despotismo burocrático, que los expolía, en socialismo de autogestión con libertad e igualdad para todos los hombres sin distinción de clases sociales.

"No hay nada contradictorio, por ejemplo, como en el caso de la mayor

parte de las formas *asiáticas* a que la *unidad centralizadora* que las dirige haga figura de propietario supremo o único, las comunas rurales aparecen así como simples poseedores hereditarios.

La unidad (digamos nosotros, el Estado burocrático) siendo el verdadero propietario, la esencia de la propiedad comunal, puede aparecer como un fenómeno distinto erigiéndose por encima de numerosas comunas particulares, y entonces el individuo aislado está de hecho sin propiedad. En otras palabras, la propiedad —es decir el comportamiento del individuo frente a las condiciones de trabajo y de la reproducción que parecen pertenecerle objetivamente en tanto que naturaleza no orgánica hacen cuerpo con su subjetividad—, es dada al individuo por la voluntad de la *Unidad* (Estado) total realizada en la persona del déspota, padre de diversas comunas que le concede al individuo (la propiedad) por medio de tal comuna particular. Desde entonces, el sobreproducto (*excedente económico*) legalmente fijado gracias a la apropiación real por el trabajo, pertenece automáticamente a esta Unidad suprema (1).

En suma, de lo que se trata no es de quién es la propiedad si del individuo o del Estado, de la Unidad suprema, (Estado) sino de quién es el excedente producido por el trabajo humano (capitalismo, feudalismo, etc.) o del trabajo estatal (socialismo burocrático). Stalin, con la colectivización forzosa, se parece así más a un Faraón que a Carlos Marx; ¿pero hablaba en despotismo asiático sin saberlo, confundiendo socialismo con capitalismo de Estado?.

LA COMUNIDAD PRIMITIVA

La producción no tiene en cuenta los mismos factores que la distribución: la producción sólo parte de la Naturaleza, del trabajo y el capital, categorías reales, que están en el *devenir*, como puede apreciarse en el cuadro siguiente:

CUADRO DE CATEGORIAS DEL PROCESO ECONOMICO

	En el devenir histórico		
NATURALEZA	Espontánea	Modificada	Dominada
TRABAJO	Simple	Mecanizado	Automatizado
CAPITAL	Herramienta	Máquina	Fábrica
	Simple	Motor	automatizada

En la *comunidad primitiva*, la naturaleza se presentaba ante el hombre paleolítico como algo espontáneo: el capital y el trabajo del hombre, enton-

1 Marx, C. Gründisse... "Formas precapitalistas".

ces, tenían poca capacidad de producción; el capital del hombre era un palo maza o una piedra, en el paleolítico inferior.

El hombre se agrupaba en hordas salvajes; muchas de las cuales perecerían devoradas por las fieras o morían de hambre. Con malas armas y una piedra toscamente tallada, no se podía extraer económicamente mucho de la naturaleza. Había que recoger bayas y frutos secos, tarea principal de las mujeres; ello constituía así una *primitiva división del trabajo* en que la mujer era más importante económicamente que el hombre, dando ello lugar sociológicamente al *matriarcado.*

Con el descubrimiento del fuego, producido en los bosques por rayos, luego obtenido por frotamiento, el hombre incorporó a su economía una energía formidable que le permitiría, calentarse, tener un hogar, cocer los pescados, raíces feculentas, verduras, etc. Por otra parte, el fuego permitió al hombre fundir metales nativos, lo cual dió lugar a la *edad de bronce*, hacia los siglos XXX-XXV antes de nuestra era. Ello proporcionó mejores armas y herramientas para la agricultura primitiva, creando así pequeños poblados y un aumento de la población con la mayor producción social.

El *lenguaje*, como producto social, se desarrolló al mismo ritmo que la economía: el lenguaje es un producto de la *praxis* y no un don de los dioses; no lo han creado los filólogos ni los gramáticos, sino el hombre que fabrica objetos; pues cada uno de ellos es una nueva palabra que se va adicionando al acervo linguítico; con su producción material, los hombres crean también como reflejo su producción intelectual, cultura, arte y ciencia.

Al final de la edad de bronce, el hombre vivía en comunidades más estables, mejor abastecidas, con una creciente división social del trabajo entre los hombres con distintos trabajos.

Con la *edad de hierro*, unos 14 siglos antes de nuestra era, se desarrolló la agricultura con el hacha y el arado de hierro; y la ganadería, con la domesticación de los animales; así se formaron "gens" familiares, a manera de los villorrios campesinos atrasados de nuestros días. La familia era matriarcal: todos los hijos nacidos de la misma mujer eran hermanos y llevaban su apellido. En la *promiscuidad* o familia primitiva, la mujer era el más firme sostén económico: los hombres entonces aportaban menos producción, con la caza y la pesca, que las mujeres con la industria y la agricultura. La comunidad primitiva residía, por consiguiente, en la propiedad común, la familia comunitaria, la cooperación simple del trabajo, la distribución igualitaria de las riquezas poseídas, la solidaridad de la "gens", la vida libre (sin opresión ni explotación del hombre por el hombre), la existencia del Estado no era necesaria por no haber clases sociales oprimidas u opresoras, en un comunismo libertario primitivo.

Con el desarrollo de la economía humana, impulsada por los instrumentos de producción de hierro, se desarrolló económicamente la agricultura y la ganadería: nacieron así las "gens" y las "tribus". Estas poblaciones primitivas tenían necesidad de productos agrícolas, de armas y otros artículos pro-

ducidos en las culturas sedentarias. Así surgió el *intercambio de trueque* y, con ello la creación de nuevos oficios: el herrero, el fundidor, el carpintero, etc. El intercambio de estos servicios tomó la forma de trueque y, posteriormente, de dinero: Lidia, Egipto, Asiria, Persia, Roma conocieron la economía mercantil, pero la mercancía en forma de dinero no fué la base de su economía; pues de haberlo sido hubiera llegado el capitalismo antes que el feudalismo, al disolverse el esclavismo con la caída del Imperio Romano.

Con las *sociedades sedentarias*, el hombre vuelve a la agricultura y desplaza de la industria a la mujer: el *matriarcado* da así paso al *patriarcado* En adelante, los hijos tomarán el apellido del padre. El puesto económico del hombre en la sociedad sedentaria es superior a la mujer. La *comunidad gentilicia primitiva* se transforma en comunidad rural. Aparece entonces la propiedad privada. La tierra, la casa, los instrumentos de producción son propiedad de la familia, como lo son todavía en pueblos de agricultura primitiva de subsistencia en Asia, Africa y América Latina.

Los cautivos o prisioneros de guerras fueron convertidos en esclavos, lo cual añadió fuerzas productivas y creó otra nueva división del trabajo: los amos se convirtieron en Estado (Poder represivo) para mantener la estructura de clases. Así, pues, pasando de la naturaleza espontánea a la naturaleza transformada, de la caza y la pesca, a las culturas sedentarias, se operó un gran cambio social en la sociedad primitiva. Con mejores instrumentos de producción, el trabajo primitivo en común dió paso al trabajo familiar individualizado (sobre la base de la propiedad privada); así la comunidad primitiva se convirtió en una sociedad dividida en clases: por eso a lo largo de la historia, la familia, las clases, el Estado y la propiedad han evolucionado, a grandes rasgos, en la forma siguiente:

EVOLUCION DE LA PROPIEDAD, LAS CLASES, LA FAMILIA Y EL ESTADO

PROPIEDAD COMUN (Comunidad primitiva)	No hay clases	No hay Estado	Familia promíscua (matriarcado)
PROPIEDAD PRIVADA (esclavismo, feudalismo, capitalismo)	Hay clases	Hay Estado	Familia monogámica (patriarcado)
PROPIEDAD UNIVERSAL (comunismo anárquico)	No hay clases	No hay Estado	Comunidad social

En el anterior cuadro, sobre las categorías socio-económicas, hemos visto

que la naturaleza espontánea domina al hombre y lo condena a seguirla. Esta contradicción, entre el *hombre* y la *naturaleza,* se opuso a la continuidad del *comunismo primitivo* que estaba dado por la debilidad del individuo aislado frente a la naturaleza. Pero ésta controlada por el hombre, mediante la energía atómica y la automatización del trabajo, debe conducir nuevamente al comunismo en un plano más elevado: el *socialismo libertario.* La negación de la propiedad privada o estatal encontraría su final en la socialización de los medios de producción y de cambio creados por el capitalismo, en cuyo cúmulo de riquezas acumuladas históricamente subyacen, el trabajo esclavista del mundo antiguo y el trabajo servil de la Edad Media feudal. Dialécticamente, al negar la propiedad privada, en un régimen autogestionario tendría que afirmarse la propiedad en común; es decir, habría una doble negación conducente al régimen de la *comunidad primitiva*; pero esta vez con una economía de abundancia, gracias a que los medios de producción disponibles ahora permiten la automatización del trabajo y el control de la naturaleza por el hombre, para lograr su desalienación del capital privado o del Estado, en un socialismo libertario.

El hombre ha realizado un lento progreso desde la época cuaternaria, en que apareció sobre la tierra, pasando del animal bípedo hasta el hombre astronaútico que se ha liberado de la gravedad terrestre, volando por el espacio sideral, pero el hombre durante un 1.000.000 de años, más o menos, no se ha liberado de su animalidad primitiva: sigue siendo un animal de presa; pues defiende su territorio local, regional, nacional o imperial, provocando guerras. Así transforma su progreso económico y tecnológico en retroceso: hambre, genocidios y calamidades.

El hecho, por ejemplo, de que sea posible una catástrofe nuclear, tan sólo porque la tribu de los rusos o de los yanquis se disputan el dominio del mundo, indicaría que, a parte de otras contradicciones violentas no superadas, el hombre no tiene así asegurado su futuro, a pesar de su progreso científico y tecnológico, ya que le falta asimilarlo con un paralelo progreso cultural, filosófico, político, social y moral. Unicamente así se plantearía la unidad del mundo sin imperialismos, hegemonismos, racismos y lucha de clases, para hacer del mundo un solo país, acabando con la guerra entre las naciones.

Pero sin una democracia universal asociativa y federativa, no habrá paz social y sin ésta habría conflictos, violencia, posibilidad de autodestrucción del hombre: raro bípedo dotado de un gran cerebro, pero que sin un asociacionismo autogestionario universal, iría hacia el caos del cual, como un milagro, ha salido para ganar la tierra ¿o para retornar al gran vacío con su autodestrucción nuclear en una última guerra..?

EL CAPITALISMO EN SU DEVENIR

Entre la prosperidad y la depresión, subordinado el ciclo ascendente o

deprimente, el capitalismo norteamericano ha ido transformando sus categorías económicas en sus contrarios: la competencia en monopolio, el liberalismo económico en dirigismo. *Al concentrarse y centralizarce el capital privado desarrolla una dialéctica que lo transformará en su contrario: el socialismo.* El capitalismo, altamente concentrado, lleva, como devenir inmediato, el socialismo; pues sólo tiene dos clases en presencia: el proletariado y la burgesía; la solución de ese antagonismo se resuelve únicamente con el socialismo. Al contrario, en los países subdesarrollados, donde hay más clases que el proletariado y la burguesía, la instauración inmediata del socialismo pasa por una lenta transformación de sus diversas clases sociales.

Sin dejarnos llevar por los mitos de la técnica como condición para el socialismo, creemos que la cantidad de fuerzas productivas cuenta objetivamente para su implantación. En este orden de ideas, es muy posible que los Estados Unidos estén más cerca del socialismo, con su base económica avanzada, que la China con su base económica atrasada. Es evidente que la técnica no lo decide todo, pues el hombre es un ser activo, mientras que la técnica es un elemento pasivo. No obstante, la *instauración del socialismo no puede hacerse inmediatamente con una infraestructura económica atrasada.* De ahí la necesidad de crear fuerzas productivas, aceleradamente, por medio de la acumulación socialista, sobre todo, en países, económica y técnicamente atrasados, como los afro-asiáticos y latinoamericanos; pero sin que la acumulación de capital social excluya la democracia directa de los trabajadores en un socialismo no autoritario sino libertario.

En muchos países subdesarrollados hay gobiernos "socialistas": la superestructura política es avanzada y la infraestructura económica atrasada. En Estados Unidos hay un gobierno capitalista reaccionario: su política es conservadora, pero la economía es revolucionaria, en cuanto a sus posibilidades sociales y tecnológicas. Tales contradicciones deben ser resueltas, dialécticamente, por medio de la lucha revolucionaria. Es explicable, por consiguiente, que el gobierno soviético tienda a ser conservador, debido al atraso económico en que se encontraba Rusia, mientras que en Occidente los gobiernos burgueses tienden hacía posturas *socializantes* (economía dirigida, nacionalización de sectores económicos básicos, empresas mixtas, control del comercio exterior etc.). El socialismo no es una categoría subjetiva del espíritu, sino una categoría histórica derivada objetivamente del capitalismo; es su necesario devenir dialéctico; pero sin caer en el capitalismo de Estado soviético.

Las crisis económicas cíclicas, la desocupación permanente, las guerras revolucionarias, la lucha entre los países subdesarrollados e imperialistas, la contradicción entre Oriente y Occidente, indican que estamos en el umbral de la sociedad socialista. El triunfo del socialismo libertario requiere la instauración de una sociedad autogestora liberada del Estado. Por tanto, Occidente, que tiene más contradicciones activas que Oriente, puede ser el factor histórico y político decisivo para la instauración del socialismo, cu-

yo monopolio no lo tiene la sociedad soviética que, a decir verdad, está en transición, del capitalismo de Estado al socialismo autogestionario, como pedía la voz de los trabajadores, en las empresas soviéticas, en sus huelgas de 1989.

Las fuerzas históricas revolucionarias están presionando más en Occidente que en Oriente. Como la infraestructura económica burguesa priva al hombre de su derecho al trabajo (cuando llegan las crisis), cosa que no sucede tanto en el mundo soviético, la gran batalla del cambio socio-económico tiene que darse más en el escenario capitalista; en el Tercer Mundo, en Europa occidental y en Estados Unidos. El hombre soviético está congelado políticamente por falta de información veraz, mientras que la sociedad burguesa carece de estabilización, en gran medida, porque el sistema capitalista de necesidades y de propiedad privada, determina las huelgas, las crisis económicas cíclicas, la desocupación obrera, las guerras generales y marginales, las luchas revolucionarias de liberación nacional.

La Unión Soviética, con menor poderío económico que los países capitalistas en conjunto, no puede exportar su revolución directamente, por temor a la guerra de represalias nucleares. En este orden de ideas, la "coexistencia" está impuesta por la debilidad nacional de la URSS para enfrentarse directamente con Occidente. Podría haber optado el Kremlin por la estrategia indirecta de la guerra revolucionaria contra el capitalismo occidental, pero las pequeñas guerras conducirían a una guerra grande, si son alimentadas logísticamente por los soviéticos. Luego la lucha por el socialismo se desplaza a los países semi-coloniales, a los países dependientes del hegemonismo soviético y al interior de las grandes potencias capitalistas, en los años decisivos de finales del siglo XX, que irá disminuyendo el papel dirigente de los soviéticos. El teatro de operaciones de la revolución socialista tiene su prólogo, pues, en los países subdesarrollados y su epílogo en los países capitalistas avanzados, en las últimas décadas del siglo XX y comienzos del siglo XXI, para cerrar así el ciclo del capitalismo como modo histórico de producción, consumo, cambio y distribución de la riqueza.

Dentro de una latente depresión económica, el capitalismo norteamericano ha desarrollado en zigzag sus fuerzas productivas, entre dos guerras mundiales: su crecimiento económico se ha realizado, no como bienes de producción, sino como imperialismo económico en forma de maquinaria de guerra. Así, dialécticamente, todo progreso del capitalismo norteamericano es, en realidad, retrogresivo; pues el modo capitalista de producción es incapaz de digerir su propio progreso económico y tecnológico, mientras no se transforme en socialismo. Así, pues, si no hay revolución socialista habrá guerra imperialista. Tal es el dilema de los años decisivos del siglo XX y el siglo XXI.

Durante la gran depresión de 1929-33, se detuvo el crecimiento de las fuerzas productivas, casi al 50% de su capacidad real de producción, desaprovechando en EE.UU. la capacidad de trabajo de unos 15 millones de tra-

bajadores, hacia 1933. Luego, bajo el espejismo del rearme, se repuso el ciclo económico depresivo, mediante inversiones improductivas en armamentos , que tienen la mala virtud de estimular la *economía de escasez*, sin la cual no puede marchar la máquinaria explotadora del capitalismo. Así para que 200 familias sean muy ricas, en cada país, la mayoría de la población tiene que ser pobre, en este mundo injusto del capitalismo.

La *deuda pública* del gobierno norteamericano —que representa casi la mitad del valor de la renta nacional—, ha crecido hasta límites insospechados. Muchos billones de dólares de deuda pública norteamericana son la única riqueza en común del pueblo estadounidense; pues esa deuda la tiene que pagar el pueblo trabajador en forma de impuestos y de inflación sistemática, crónica. En Estados Unidos las deudas, públicas y privadas, marchan paralelamente con la inflacción monetaria y el aumento de la deuda fiscal y de una deuda externa de unos 600.000 millones de dólares, en 1989.

Gracias a la inflación persistente, las inversiones en la producción de armamentos (para tiempo de paz), los subsidios a la limitación de superficies de siembra de granos (financiación de la ociosidad), la explotación de los países subdesarrollados y la degradación de los salarios en USA para aumentar la tasa de plusvalía del capital), el Tio Sam va acumulando, lentamente, una crisis económica que tiende a ser crónica destruyendo riquezas y desocupando masas humanas para crear una economía de escasez.

El capitalismo norteamericano, en su dialéctica, tiene un devenir revolucionario, ya que no cederá su puesto dirigente, dentro y fuera de los Estados Unidos, sin combatir bélicamente: el yanqui, a pesar de la "coexistencia pacífica", es el gendarme de Occidente y una amenaza para el Oriente. La historia de la humanidad, mientras sea un reflejo de la lucha entre los imperios, aun con todo el progreso tecnológico acumulado, es una manifestación de la barbarie, teniendo en Wall Street su becerro de oro, y en el Kremlin, a Marte. Así es más improblable la paz que la guerra en un mundo de antagonismos entre las clases sociales y entre las potencias mundiales.

El hecho de que el hombre y las naciones no sean capaces de asimilar la energía atómica con el capitalismo imperialista y el hegemonismo soviético, indicaría que nuestro mundo está ya maduro para el autogobierno libertario, a fin de que la humanidad pueda utilizar todas sus fuerzas productivas liberándose, finalmente de la lucha de clases, la guerra entre las burguesías nacionales (guerras imperialistas) y las crisis económicas (provocadas por la alineación del hombre, derivada de la mercancía ,de la plusvalía y de la propiedad capitalista). Los pueblos quieren ser libres, sin alineaciones ni contradicciones, propias del capitalismo privado (Occidente) o del capitalismo de Estado (Oriente).

La burgesía norteamericana —por más que quiera la "coexistencia", el Kremlin—, tiene que devenir confrontación con el Tercer Mundo y con Rusia. La guerra no reside en el mal por el mal mismo, sino en el imperialismo y en el hegemonismo. He ahí lo que ocultan los burgueses y los burócratas.

En razón de su dialéctica, el capitalismo yanqui es el mismo y otra cosa diferente, a cada momento de su historia; pero sus límites de evolución están próximos. Así, pues, su evolución detenida (crisis) tendrá que transformarse, dialecticamente, en revolución de sus masas asalariadas dentro y fuera de USA.

Hasta 1934, el capitalismo norteamericano estaba regido por la competencia, el patrón-oro, la no intervención del Estado en la vida económica y la ley de la oferta y la demanda; pero, actualmente está en la economía dirigida. Por ejemplo, los agricultores reciben "subsidios" (siempre que cultiven menos acres de trigo, maíz y productos agrícolas depresivos; los industriales cuentan con las inversiones multimillonarias de los programas de la defensa nacional, para salvar la industria pesada de la crisis de mercados; los bancos norteamericanos están dirigidos por el sistema de la Reserva Federal (para poner el dólar al servicio de los "trusts"). Ahora el capitalismo liberal de los siglos XVIII, XIX y el de las tres primeras décadas del siglo XX, es imposible su restauracion

Estos cambios cualitativos del capitalismo, en razón de elementos cuantitativos económicos, aproximan el capitalismo a un período revolucionario, a una situación de guerras marginales, de guerras imperialistas; o lo uno o lo otro; o las dos cosas a la vez; lo que hace inevitable la llegada de una sociedad socialista a escala planetaria.

El capitalismo ha pasado ya varias fases histórico-económicas y, por tanto, se acerca al socialismo. Pues, en tanto que categoría histórica, el capitalismo ha evidenciado cambios cualitativos: a) *capital mercantil*, durante los siglos XV y XVI; b) *capital manufacturero*, en los siglos XVII, XVIII y la primera mitad del siglo XIX; c) *capital financiero imperialista*, en el siglo XX.

El átomo y la automatización del trabajo descubiertos en el capitalismo, son una energía y un medio de producción propios del socialismo, no para el capitalismo; puesto que éste no puede absorber estas fuerzas productivas sin entrar en una crisis económica que lo abarque todo, en guerras mundiales de destrucción colosal y en una desocupación masiva de trabajadores.

El imperialismo económico (capitalismo a la escala universal) si bien lleva el neo-coloniaje —bajo diversas formas— a los países subdesarrollados, destruye económicamente, con la produción en masa, las viejas industrias y el artesanado de estos países. Sin imperialismo económico no habría habido revolución china, pues las viejas castas chinas habrían permanecido intactas sin la competencia económica de las mercancías y de las inversiones de capitales de Occidente.

El imperialismo económico, con su penetración económica, destruye el artesanado y la industria artesanal en países como México, Perú, Brasil o la India; consecuentemente crea así condiciones objetivas para cambios sociales en los países semicoloniales o dependientes, cargados de deudas externas y manipulados por el Fondo Monetario Internacional (FMI).

La dinámica del capitalismo se inspira en la ley de los gases: tiende a ocupar siempre un espacio mayor para no perecer por cristalización. En este sentido, la ley inmamente del capitalismo reside en procurar demanda permanente para las mercancías e inversiones sobrantes para colocarlas en los países subdesarrollados, a fin de obtener beneficios, fuentes de materias primas y de energía, mercados para sus productos manufacturados. La *interdependencia* entre países desarrollados y países subdesarrollados constituye una contradicción, un motor revolucionario de nuestro tiempo. La contradicción principal no reside ya entre la URSS y la USA, sino entre la CEE, USA y Japón y los países subdesarrollados: ello constituirá el destino revolucionario de los finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI

DIALECTICA CAPITAL—TRABAJO

En la dialéctica de la historia, el capitalismo es un régimen de transición a una fase superior de la civilización en que no prevalecerá la lucha de clases, la propiedad de la tierra ni del capital. En su *devenir dialéctico*, el capitalismo lleva en sí el socialismo, a fin de superar alineaciones y contradicciones inherentes a la propiedad privada, los antagonismos nacionales, la lucha de clases y el Estado de clase, cuya superación sería posible en una economía de gestión del capital por el trabajo asociado (autogestionando la empresa por los trabajadores).

En antagonismo capitalista entre trabajo asalariado y capital privado, crea las contradicciones de clae entre el obrero y el empresario. El proletario (desposeído de sus medios de producción) se opone al patrón (propietario de esos medios, pero no productor). Bajo el régimen de propiedad privada o estatal de la tierra y el capital, surge la contradicción entre obreros y patrones, entre terratenientes y arrendatarios, entre capital apropiado y trabajo asalariado. Estas contradicciones están en la infraestructura del sistema económico. Para mantenerlas históricamente los explotadores y opresores crean un Estado de clase, destinado a defender o perpetuar sus privilegios económicos y políticos, ya sea con capitalismo privado o de Estado.

Necesariamente, el pueblo trabajador, (para liberarse de la explotación y de la opresión), tiene que crear el *autogobierno*, socializar los medios de producción y de cambio, auto-organizar una sociedad en que prevalezca el interés general y no el particular, a fin de acabar con la explotación del hombre por el hombre, para *desalienarlo* (liberarlo) del fetichismo de la riqueza, bajo la forma de mercancía que incluye la plusvalía usurpada por la burguesía o la burocracia al trabajador asalariado.

Un proletario es un no-propietario respecto de un propietario. Pero si sólo acabamos con la propiedad privada no hemos resuelto la contradicción entre obrero y capitalista sin autogestión de la producción por los producto-

res directos. Al negar un término de esta contradición tenemos, necesariamente, que negar al otro, esto es, realizamos una *doble negación*, pero a condición de que desaparezca el patrón privado y el Estado-patrón. En razón de esta dialéctica, al emanciparse el obrero como clase debe emancipar a todas las demás clases oprimidas, creando una sociedad sin clases, cosa que no hizo la burguesía al derrocar el poder de la aristocracia feudal ni tampoco lo ha hecho la burocracia soviética con capitalismo de Estado. El obrero, no puede liberarse a sí mismo sin emancipar, a su vez, a todas las demás clases. Pues al convertir en propiedad estatal la propiedad privada, el proletariado no suprime la renta de la tierra ni la plusvalía, si la burocracia totalitaria ocupa el lugar de la burguesía como beneficiaria de la plusvalía de Estado.

Al abolir las categorías económicas, que hacen a las clases sociales, debe ser suprimido el Estado de clase (el *Estado burgués* o el *Estado burocrático)*, para evitar que el capitalismo privado sea sustituído por el capitalismo de Estado. La autogestión de empresas por medio de *federaciones de industria*, articuladas en un consejo económico central, y los comités de autodefensa de la revolución social, deben socializar el Estado burgués, para no permitir el retorno al pasado, no dejando que el capitalismo de Estado sustituya al capitalismo privado, ni la burocracia a la burguesía, ni el totalitarismo del partido-único al pluralismo político burgués, ya que así iríamos de mal en peor.

Las *comunidades libertarias* demostrarón, como colectividades rurales y federaciones de industria en la revolución española (1936-39), la mejor manera de organizar una economía autogestionada sin prevalencia de la burocracia sobre los trabajadores urbanos y rurales, auto-organizados libremente. Debe procurarse la gestión directa de los productores en la dirección de la economía, a fin de evitar que la burocracia se constituya en una "nueva clase" dominante.

En la URSS, se proclamó lo "nuevo sin desarmonías", pero el Estado patrón se mantiene como el absoluto hegeliano, lo cual prueba que hay nuevas contradicciones en el modelo de sociedad soviética, que la burocracia dirigente no las quiere revelar o no se da cuenta de ellas, dejándose llevar por la alineación política y los mitos de la técnica (base económica del comunismo), mientras se subestiman los factores humanos, frenando así el Estado la participación de las masas en la gestión de la economía, la administración, la cultura, la política interior y exterior y la autodefensa del régimen sin confiarlo todo a la KGB y al ejército separado de la sociedad civil.

El modelo soviético, con su hegemonismo hacia afuera y su capitalismo de Estado hacia adentro, invadiendo el Afganistán, Hungría y Checoslovaquia, imponiendo la dictadura burocrática contra la voluntad de todo un pueblo, no puede ser el camino hacia el socialismo y, menos aún, al comunismo, ya que el obrero soviético es una clase oprimida y explotada.

En la Unión Soviética, la dialéctica capital-trabajo crea un antagonismo

como bajo el capitalismo privado, sólo que, en la sociedad soviética, la lucha de clases no se manifiesta abiertamente por que el "Estado de todo el pueblo", no es del pueblo, sino un instrumento de dominación de la burocracia sobre el proletariado, Así, pues, la cuestión esencial, en Oriente o en Occidente, reside no en qué clase de Estado nos domina, sino cómo nos liberaremos de su explotación y opresión mediante la democracia directa, ejercida por el pueblo auto-organizado en su propio interés, sin burguesías ni burocracias dominantes, excluidas por la propiedad social en una comunidad libertaria, donde la libertad sea posible mediante igualdad entre los hombres.

ALIENACION, "PRAXIS" Y LIBERACION

La economía política es, con la filosofía, la más alienada de las formas del saber humano. Bajo el imperio de las clases sociales antagónicas y de la explotación del hombre por el hombre, la economía capitalista está mistificada, pues sigue las determinaciones egoístas de las clases, las naciones y la propiedad privada o estatal. En razón de esta dialéctica, la finalidad de la economía de clase es la perpetuación de la explotación del hombre por el hombre.

El producto o la renta de un país, por ejemplo, no es una riqueza en beneficio de toda su población, sino más bien rentas para los capitalistas, los burócratas o los latifundistas. En el capitalismo se persigue la obtención de plusvalía con desprecio de lo humano, del derecho del trabajador al producto de su trabajo. Así, pues, la economía de clase es un seudo-ciencia que justifica la explotación y opresión popular por una pequeña minoría privilegiada, que succiona plusvalía. La economía burguesa (como la esclavista, la feudal y la burocrática) legítima, como falsa ciencia, la explotación del pueblo en beneficio de una reducida "elite": oligarquía, plutocrática, burocracia, tecnocracia, población improductiva.

Bajo el régimen esclavista el amo tenía derecho de usar y abusar del esclavo como si se tratara de un animal doméstico. Con el capitalismo, la propiedad del capital es el derecho de expoliar al obrero, de cerrar fábricas creando desocupación si no hay ganancias para el capitalista, de alienar al obrero en su salario, de formar "cárteles", "trusts" y "pools", anteponiendo el interés particular al interés general de la sociedad.

En la sociedad burguesa o burocrática, bajo la dictadura del capital privado o de Estado sobre el trabajo asalariado, el capital tiene como finalidad *alienar* al obrero en el patrón; hacer así del hombre desposeído una mercancía mediante la venta de su fuerza de trabajo. De esta manera, el capital, que es hijo del trabajo o trabajo pasado, se presenta como enemigo del trabajo (vivo) asalariado, ya que el obrero no es dueño de sus instrumentos de producción.

Con el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo de Esta-

do, las formas cambiantes de la propiedad de la tierra y del capital crean diferentes clases sociales, distintos modos de producción, pero todos ellos basados en la explotación del hombre por el hombre. Tanto en el mundo antiguo como en el mundo moderno, con esclavismo, feudalismo o capitalismo privado o de Estado, la propiedad privada o pública *alienan* a los hombres por medio de la riqueza usurpada al trabajador. La tierra, los instrumentos de producción, el suelo, el capital, el trabajo y su producto, no tienen la culpa de esta alienación, de presentarse como *renta*, *plusvalía*, *salario* o *mercancía*; pues ello depende de las relaciones sociales de producción, de la propiedad privada o estatal, del modo de producción, del grado de desarrollo de las fuerzas productivas, de la no participación del trabajador en la empresa. La esclavitud, por ejemplo, no podría imponerse en nuestra época con la electrificación y el maquinismo, sino con el retorno a una sociedad infradesarrollada, que tuviera los mismos niveles de productividad y de técnicas que rigieron en las sociedades esclavistas del Mundo Antiguo y del Nuevo Mundo antes de ser abolida la esclavitud por las revoluciones americanas.

A mediados del siglo XIX era necesaria la esclavitud en Estados Unidos, cuando los cultivos de algodón, el tabaco y la caña de azúcar no estaban mecanizados. Ahora cada obrero norteamericano, dispone de más de 200 caballos mecánicos por día, que le dan una productividad enorme, propia ya de una sociedad más igualitaria. La sociedad va rebasando la escasez económica propia del capitalismo: pide, pues, la instauración del socialismo de autogestión. Las fuerzas productivas avanzadas en Estados Unidos y su gobierno políticamente conservador, crean una dialéctica conflictiva. El capitalismo se mantendrá, en Norteamérica, mientras recurra a la guerra imperialista, exporte hacía afuera el imperialismo para evitar el socialismo hacía adentro; pero los trabajadores estadounidenses tendrán -un día- que derrocar a sus capitalistas, para no tener que morir en masa en los campos de batalla como en Vietnan, Corea y otros frentes, o quedarse sin trabajo en grandes crisis económicas como las de 1929-33.

El desarrollo de las fuerzas productivas, en el curso de la historia, indica que, cuando éstas están constreñidas por conveniencias de las clases privilegiadas, la desalienación del pueblo trabajador pasa, necesariamente, por la revolución. En estas situaciones críticas, la *violencia* se inserta como el contenido de la historia para resolver, en los hechos, lo que ya está dado históricamente como necesidad de cambio revolucionario para la civilización.

Pero la revolución social por sí misma no resuelve todo: no conduce, desde el caos, las crisis, las guerras y la desocupación en masa, a un orden armónico, al socialismo autogestionario, tan sólo porque haya sido suprimida la propiedad privada. Pues pudiera suceder que —creyendo que se está en el socialismo, confundido con capitalismo de Estado, a propósito de instaurar la *dictadura del proletariado*—, se implante la *dictadura de la burocracia* : nueva forma del despotismo a menos que no se instauren formas de democracia directa, de autogobierno libertario.

Un investigador sincero, que tenga más respeto por la verdad que por cualquier ideología, debe llevar el análisis hasta sus últimas consecuencias en las contradicciones dialécticas, sin pararse en consideraciones doctrinales o dogmáticas. El interés popular está por encima de todos los intereses sectarios, particularismos, grupos, clanes o partidos. Marx (comentando la actitud honesta y sincera de Diavid Ricardo, que como burgués revelaba contradicciones en la economía buerguesa, pues fue el que mejor desarrolló la ley del valor-trabajo) decía: " quien subordina la objetividad científica a propósitos extraños" (...) " es un hombre que trata de acomodar la ciencia a un punto de vista que no deriva de su propio interés aunque fuera erróneo, sino de intereses extraños, ajenos y bastardos (a éste hombre) yo, le llamo vil", (1).

El socialismo, mistificado (burocrático), se ha desprestigiado en estos últimos años. Marx probó con el análisis del modo de producción asiático, que el Estado burocrático se podría reproducir como falso socialismo, y ello se ha dado en la URSS bajo el stalinismo y Cía.

Stalin se opuso a que se investigara , más a fondo, el modo de producción asiático, basado en la propiedad comunal, pero con apropiación estatal del excedente económico, quizá porque pareciera lo que Plejanov temía: un retorno de Rusia —luego de nacionalizar la tierra— a un despotismo asiático, que se va concretando luego de varias décadas de socialismo estatal, opuesto a la autogestión, en la URSS congelada socio-económicamente en el capitalismo de Estado, que rechazan sus obreros y campesinos

En este sentido, Bakunin criticó a Marx, no tanto por su doctrina económica y su concepción materialista de la historia —que la compartía— como por su teoría del Estado que implicaba, a la larga, el gobierno de una minoría burocrática explotadora y opresora de los trabajadores, cosa que ha sucedido en los regímenes marxistas-leninistas.

El stalinismo —como expresión del burocratismo soviético— ha desarrollado el capitalismo de Estado: nuevo despotismo asiático. Sin embargo, el humanismo de Marx, más allá del Estado-patrón de tipo staliano, ha planteado la *desalienación del obrero*, la creación del hombre integral, el socialismo universal, el "Estado barato" de la Comuna de París (1781), un poder popular autogestor ejecutivo y legislativo al mismo tiempo, que no tiene ningún parecido con el socialismo burocrático. Así, pués, ¿en qué medida el sovietismo es socialismo? ¿Es, a la luz del marxismo, un país socialista la Unión Soviética?

A un siglo de la muerte de Bakunin y Marx, su polémica no pierde validez, pues sus doctrinas no se concilian: Bakunin es la acción revolucionaria y Marx, un pensamiento neo-burgués. La democracia directa, que es socialismo libertario, es posible, en nuestra época, con la automatización del trabajo, la energía atómica, la gran productividad del trabajo, el avance de la ciencia y de las técnicas, que han hecho real ahora lo que pareciera utópico en el siglo de Marx y Bakunin.

1 Citado por C. Marx, en TMW, II parte 1. 312.

El problema para nosotros no es perdernos en discursiones escolásticas, en bizantinismos, sino en explicar nuestro tiempo, sin respeto ideológico o mítico por nada ni por nadie. El siglo XX nunca debe ser explicado por el siglo XIX, sino por los filósofos, los científicos, los economístas, los políticos, los sociólogos, los intelectuales, los sabios, los literatos y los artistas liberados de las ideologías del siglo XIX, todavía vigentes en el siglo XX y con demasiada determinación del pasado sobre el presente y el futuro inmediato.

Si la política de nuestro tiempo está en el siglo XIX, a causa del dogmatismo de las ideologías que no dejan ver las realidades, mientras la ciencia y las tecnologías modernas han alcanzado los niveles de la cibernética, la energía atómica, la astronáutica, la mundialización de la economía y de la información, una rara dialéctica, entre el pensamiento atrasado y unas tecnologías avanzadas, tiene que crear falsas filosofías, políticas, ideologías y doctrinas, tanto en el Este como en el Oeste.

Hemos recorrido muchos siglos desde el "pitecanthopus erectus", desde el pleistoceno medio de Java hasta el hombre cibernético; pero, ¿para qué serviría tanto progreso alcanzado si un día todo podría retroceder a la época de las cavernas por convertir el átomo en las bombas atómicas que destruyan la civilización moderna, si no somos capaces de superar el capitalismo con el socialismo libertario?

O asimilamos la mundialización de la economía y de la civilización con un mundo planetario federativo (sin guerras ni luchas de clases, sin crisis económicas, guerras locales y mundiales, revoluciones y contrarevoluciones sociales), o entraremos en un período de luchas entre las naciones y las clases sociales antagónicas, lo cual conduciría a la caída del "homo sapiens". Si una ciencia alineada, incontrolada, puede hacer saltar todo con la bonba atómica; si la economía de relativa abundancia ha de conducir a las crisis económicas y a la miseria social por no poner en armonía los recursos naturales y los recursos humanos; si, en fin, todo progreso ha de transformarse en retroceso, debido a que los egoísmos de clase provocan las revoluciones sangrientas y los egoísmos mundiales las guerras generales y locales; si todos debemos estar contra todos: ¿para qué el hombre se llama racional? En definitiva, si la ciencia no es empleada para salvar al hombre, sino para destruirlo: ¡qué ilogica es nuestra época! Ello sucede porque la *alienación del hombre* reside en la escisión en clases antagónicas o en bloques (agresivos) imperialistas o hegemonistas; por eso sin superación de la alienación del hombre, no habrá paz ni progreso en la tierra. Ahora bien, la desalienación pasa, necesariamente, por el socialismo de autogestión. Hay, pues, que elegir entre la autodestrucción del hombre o su liberación. He ahí la alternativa de nuestra época de capitalismo monopolista, hegemonista o imperialista, que ya ha creado técnicas para ser transformado en una sociedad libertaria universal, federal y autogestionaria, sin distinción de clases ni de razas.

LA TERCERA REVOLUCION INDUSTRIAL

En el siglo XIX comenzó a desarrollarse progresivamente la *primera re-*

volución industrial vinculada o determinada por el empleo de la máquina de vapor, la producción de hierro y acero en grandes empresas siderúrgicas, la construcción de ferrocarriles por todo el mundo, el empleo de telares mecánicos en la industria textil y la fábrica con fuerza motriz central transmitida a las máquinas por muchas poleas de transmisión. Por otro lado, paralelamente, se desarrolló el capital financiero con los Bancos y las Bolsas de Valores para movilizar el ahorro hacia inversiones en *sociedades anónimas* que emitían acciones y obligaciones por cuyo mecanismo, en gran parte, fueron creadas grandes empresas industriales, mercantiles y financieras.

Al final del siglo XIX, comenzaron a constituirse, en Estados Unidos principalmente, poderosas empresas integradas horizontal o verticalmente monopolizando la producción de materias primas o de productos manufacturados. En 1901, por ejemplo, se constituyó la *United States Steel Corporation*, el mayor "trust" del acero en el mundo, agrupando 19 Altos Hornos, minas de hierro, barcos de transporte de este mineral, líneas ferreas para su transporte terrestre y, como nexo de ese "trust" siderúrgico gigantesco, para su financiación, la banca Morgan.

En las primeras décadas del siglo XX, con la invención *del motor de explosión y del motor eléctrico*, la construcción de grandes centrales hidro y termoeléctricas, sin por ello no utilizar la máquina de vapor, comenzó, sin embargo, la *segunda revolución industrial* bajo el signo de la electricidad en las fábricas y talleres, del tractor y la cosechadora en la agricultura, pasando enormes masas de población rural a las ciudades industriales con varios millones de habitantes. En este sentido, entre las dos guerras mundiales del siglo XX, se completó la segunda revolución industrial, desapareciendo la máquina de vapor en los primeros años de posguerra, hacia el período de 1945-1950.

Sin embargo un gran acontecimiento anunció, en ese mismo período y posterior, el comienzo de la *tercera revolución industrial*, la utilización de la energía atómica, el advenimiento de la cibermética y de la época espacial, en 1957, comenzando así la producción industrial integrada por ordenadores en cadenas de producción automatizadas, sobre todo, en las industrias de punta: petroquímicas, farmacopea, telecomunicaciones, electrónica, biotecnologías, metalografía de nuevos materiales, producción de semiconductores y circuitos integrados, fabricación de armamentos sofisticados tales como submarinos y portaviones nucleares, misiles de corto, medio y largo alcance, armas inteligentes dotadas de cerebros electrónicos capaces de buscar su objetivo y, además, otros logros de la tercera revolución industrial como la "revolución verde" en la agricultura. Todo ello advino, principalmente, en Estados Unidos y Japón y, en menor medida, en Europa. Japón, sobre todo, en el plazo de los últimos treinta años del siglo XX, pasó de la segunda revolución industrial a ocupar un puesto similar al de Estados Unidos en la tercera revolución industrial.

Hacia 1984, *Japón* ya ocupaba el primer puesto mundial en metalografía,

robótica y fabricación de semiconductores electrónicos, mientras que *Estados Unidos* se mantenía en primer lugar en los sectores siguientes: informática, telecomunicaciones, biotecnologías, electrónica, ingeniería y fabricación de máquinas cibernéticas controladas por ordenadores. Europa, que fue el alma de la primera y la segunda revolución industrial con el aporte de sus técnicas, se ha quedado atrasada respecto del Japón y Estados Unidos: Alemania mantiene el puesto 3 en las industrias de punta, Suecia el 4, Gran Bretaña el 5 y Francia más bien el 6. Así las cosas, es explicable que *en 1987 la balanza tecnológica de Europa acusó un déficit por valor de 15.000 millones de dólares, que sólo era de 1.500 millones en 1979, pero que podría llegar a unos 30.000 millones en 1992.*

Por ejemplo, en la fabricación de automóviles Europa ocidental tiene muy baja productividad respecto del Japón y Estados Unidos, por no citar otras industrias de vanguardia. En este último país, la empresa Chrysler es un prodigio de producción automatizada: entran por las puertas traseras de sus fábricas, diariamente, 50 millones de piezas y salen por las puertas delanteras 10.000 automóviles, o sea, 1 cada 5,7 segundos.

Pero la *automatización de cadenas de producción* requiere ser aplicada a empresas gigantescas como las *multinacionales* norteamericanas y japonesas. La Europa de los *Estados-Nación*, aun dentro del mercado cumún europeo, no produce la misma concentración de capitales que en Japón y USA, que ocupan el primer puesto de las multinacionales de todo tipo. La Comunidad Económica Europea (CEE) es un gran mercado, pero no una sola nación como Estados Unidos y Japón, donde las empresas se integran ampliamente dentro de una misma frontera y con una misma moneda, mientras que la CEE pareciera no poder superar el Estado-Nación como no fue capaz de hacerlo, con la *Ciudad-Estado*, la Grecia clásica, siendo así colonizada por los romanos que habían pasado de la Ciudad-Estado al Estado-Nación. Sólo, pues, un mundo federado, automatizado y autogestionado puede asimilar el progreso sin crisis y sin guerras.

Las empresas europeas de la CEE, de espaldas las unas a las otras en los confines de las viejas fronteras, incluso no absorben todos los capitales producidos dentro de ellas, habiendo ido miles de millones de *euro-dólares* a las empresas norteamericanas y al Tesoro norteamericano. Y es que *en la época de las Naciones-Continente, como la URSS, USA y China*, mantener el particularismo constituye un anacronismo. En este final del siglo XX, cuando un satélite artificial da la vuelta a la tierra en una hora es paradójico que Europa occidental mantenga las viejas fronteras de la época del caballo. Para que Europa occidental, primer exportador mundial, sea una primerísima potencia económica, tecnológica, cultural y de defensa, tiene que borrar sus microfronteras con el socialismo y con una misma moneda y una misma frontera continental. Sólo así ella podrá hablar de igual a igual ante la URSS y USA, dejando de hacer la política del asno de Buridán, vacilando entre la "finlandización" ante la primera y la inmovilización bajo el "paraguas nuclear" del segundo.

No hacemos la apología del gigantismo económico porque sí, sino que pensamos, por otra parte, que en la *sociedad industrial avanzada* debe haber un paralelo progreso político, social y cultural con su progreso económico y tecnológico. En este sentido, es paradójico que estemos inmersos en una gran revolución científico-tecnológica; pero, contradictoriamente, nos hemos estancado en un conservadurismo político semánticamente de derecha o de izquierda, pero objetivamente sin muchas diferencias notables. Hay, pues, que poner en concordancia la política y la economía sobre todo en Europa occidental balkanizada en el Estado-Nación, pues unida puede ser todo y dividida, nada; incapaz así de alcanzar, plenamente, la tercera revolución industrial, que es el gran desafío de comienzos del siglo XXI, no sólo para Europa, sino para los países del Tercer Mundo, congelados en la segunda revolución industrial, sin poder alcanzar la tercera agotados por una pesada deuda externa endosada por el imperialismo económico.

BIBLIOGRAFIA

ARISTOTELES.

Política. Obra fundamental para tener una visión del mundo antiguo, especialmente en cuanto al régimen esclavista y sus instituciones políticas.

PLATON.

La Republica. Una explicación de la sociedad esclavista y una anticipación política del socialismo de Estado.

FUSTEL de Coulanges.

La ciudad antigua. Pone esta obra el acento en los problemas de la religión; es un libro importante para el estudio de la antigüedad, de sus luchas de clases, de sus antagonismos políticos y de sus revoluciones.

LEWIS H. Morgan.

La sociedad primitiva. Una obra fundamental sobre sociología, y del origen de la familia, de la propiedad privada y el Estado.

THIERRY, Agustin.

Relato de los tiempos merovingios. Expone las luchas feudales; es un precursor de la doctrina sobre la lucha de clases como contenido de la historia.

PIRENNE, Henri.

Historia económica y social de la edad media. Un manual, sobre este tema, expresando sus aspectos sociales, comerciales y económicos.

MARX, Carlos.

Fundamentos de una crítica de la economía política. Para explicarse los modos de producción debe ser leido, con especial atención, el capítulo titulado: "Formas precapitalistas de la producción y tipos de propiedad". Para aclarar el modo de producción asiático, el tema "Sucesión de formas económicas de la sociedad", hay que ir a los "Grundisse", tomo II

ENGELS, Federico.

Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. Se trata de una obra sociológica, si bien es una síntesis de la sociedad primitiva, de Lewis H Morgan; aunque Engels adiciona factores sociales y económicos nuevos y una visión dialéctica del proceso histórico de la humanidad.

LENIN, V. I.

El desarrollo del capitalismo en Rusia (1899) y Carta a los trabajadores de Petersburgo. En dichos trabajos Lenin, aborda problemas relacionados con el modo de producción asiático, que conciernen, en cierto modo, más al stalinismo que al socialismo, paradójicamente.

GODELIER, M.

Sobre el modo de producción asiático. Contiene una breve aportación del autor, con variada documentación, sobre este tema, tratado por Marx, pero rehuido tratarlo por los ideólogos soviéticos.

CHESNAUX, Jean.

El modo de producción asiático. Un manual, en colección 70, de Editorial Grijalbo: es un libro polémico, sin gran valor científico; pero revela la posición oficial del marxismo soviético sobre este tema; trátase de polemizar con Wittfögel, un marxista alemán que intenta completar la obra de Marx sobre el modo de producción asiático; pero indicando que el socialismo soviético es despotismo asiático y no socialismo.

WITTFOGEL, Karl. A.

Despotismo oriental. Obra de investigación histérica sobre el modo de producción asiático. Su planteo es que el stalinismo y el maoismo reproducen, con otra política, el tradicional despotismo asiático, propio de un Estado burocrático, hoy como ayer, pero en distintas épocas y con distintos personajes.

CHILDE, Gordon.

¿Que sucedió en la historia? y Man makes himself. Dos libros para conocer el mundo antiguo, especialmente en la prehistoria con sus cambios cuantitativos y cualitativos, en sociedades primitivas de lento cambio económico, político y tecnológico.

PARETO, Vilfredo.

Forma y equilibrio sociales. Extracto del Tratado de Sociología General. Es una síntesis sobre las causas que motivan los grandes equilibrios o desequilibrios socio-económicos en la historia, resaltando el papel de las clases sociales y de las "élites" del Poder; expone una sociología de signo matemático, un tanto abstracta en su método; pero importante por su intento en abarcar la totalidad del proceso humano histórico y sociológico.

SCHUMPETER, Joseph.

Capitalismo, socialismo y democracia. Libro fundamental en la economía moderna. Se plantea estas interrogantes: ¿Puede sobrevivir el capitalismo? ¿Puede funcionar el socialismo? He ahí, en cierto modo, el antagonismo entre el Oeste y el Este, entre el modelo soviético y el "american way of life", sin embargo este libro propone más un capitalismo de tecnócratas que un socialismo verdadero.

SCHMOLLER, Gustav.

Principios de economía política. Obra en cuatro tomos: una socio-económica, con gran aporte de materiales histórico-económicos, para conocer la historia del capitalismo.

WEBER, Adolfo.

Introducción al estudio de la economía política. Aporta datos histórico-económicos de gran valor para un conocimiento del desarrollo de las fuerzas económicas, que son fuerzas históricas con otro nombre.

SOMBART, Werner.

El apogée du capitalisme.. (Dos tomos). Edit. Payot. París, 1932. Una obra importante sobre los orígenes y el desarrollo del capitalismo.

BAKUNIN, Miguel.

El Estado y la Comuna. (Dos tomos). Edit. Zero. Madrid, 1978. Un libro en donde se esboza la auto-organización de la Sociedad, superando al Estado de clases privilegiadas, donde se plantea el Autopoder frente al tradicional Poder defensor del privilegio y opresor de la Sociedad.

KROPOTKIN, Pedro.

La gran revolución Francesa. Edit. Proyección. Buenos Aires 1944. Importante obra para conocer el paso del Poder de la aristocracia y el clero al pueblo como sujeto activo de la historia, en el punto culminante de la Revolución, explicando luego las causas de su deterioro y la constitución del Estado burgués, una vez destruída la democracia directa, el Autopoder de las masas populares.

CAPITULO I

DIALECTICA DE LAS CATEGORIAS DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

Formas de propiedad, clases sociales y modos de producción

Las *categorías económicas* tienen una gran significación en la historia, en la aparición y desaparición de los modos de producción, las formas de Estado, las clases sociales, el desarrollo de un tipo de sociedad determinada y, en momentos críticos, explican los antagonismos violentos, las crisis de los sistema, el desorden social y, como consecuencia de ello, el estallido de revoluciones sociales, a fin de cambiar un modo de producción anacrónico por otro más concordante con el desarrollo de las fuerzas productivas y las nuevas relaciones sociales.

Por ejemplo, la transformación de la economía de consumo directo, con escaso aporte de mercancías al mercado, cuando llegó la economía en dinero desenvolvió la ley del valor de cambio de los productos transformados en mercancías, desarrollando así la civilización urbana a expensas de la rural. Así las cosas, saliendo de la Edad Media, se crearon las ciudades y con ellas emergió la burguesía como nueva clase (industrial, mercantil y financiera), cada vez más poderosa que la aristocracia feudal, a partir de las guerras religiosas de la Reforma, de la Revolución Inglesa de 1648 y de la Revolución Francesa de 1789-93, en que la burguesía desplazó del poder a la nobleza feudal, estableciendo el capitalismo como modo de producción dominante.

Al ir pasando por la forma dinero, en el mercado, toda una serie de productos, que antes se consumían directamente y locamente, se fue constituyendo la economía nacional y con ella el Estado (nacional), burgués. En este orden de ideas, lo económico desarrolló lo político. A su vez, una economía predominante basada en el valor de cambio tenía que producir un derecho mercantil, político, civil y penal distinto de la vieja sociedad esclavista o feu-

dal. Por otra parte, la burguesía, clase liberal, a partir del Renacimiento y de la Reforma, en que se encumbra en el Poder, crea una filosofía separada de la teología, pues el gran cambio económico y social tiene que hacerse a expensas del clero y de la aristocracia, derrocando la monarquía absoluta, ahorcando o guillotinando a monarcas como Carlos I, de Inglaterra y Luis XVI, de Francia.

La mercancía generalizada, en forma dinero, y el desarrollo de la industria que fabricaba las armas de fuego, constituyeron el poder de la burguesía, ya que los señores feudales, atrincherados en sus castillos campestres, se fueron quedando aislados de las ciudades donde se fabricaban los cañones que romperían sus puertas y murallas. En este sentido, el advenimiento de una *nueva clase* con nuevas doctrinas económicas y políticas —hasta que no haya un socialismo autogestionario universal que supere a todas las clases—, reside en el hecho de que la nueva clase controle la propiedad privada o estatal por medio de un Poder de clase, del cual se excluye a las clases desposeídas de esa propiedad que asalaría al pueblo trabajador como productor de plusvalía.

Los cambios de la infraestructura económica determinan, en cierto modo, las transformaciones en la superestructura política, en el devenir dialéctico de la historia, Por ejemplo, cuando no hay alternativas para salir de una crisis económica y social, porque la clase dominante interfiere con sus egoísmos el desarrollo de las fuerzas productivas, se crean condiciones revolucionarias para que el pueblo la desplace del poder porque frena con sus intereses privados el desenvolvimiento económico, tecnológico y cultural de la sociedad.

Entre los países como entre las clases, cuando no es posible el progreso —cuando cada año que viene es peor que el que se va, cuando otros países prosperan económicamente y otros retroceden como en el caso, por ejemplo, de Japón en avance y USA en retroceso—, es que algo tiene que cambiar superando las viejas estructuras económicas y sociales que impiden el desarrollo tecnológico y el crecimiento económico. En este orden de ideas, la vieja Europa, que casi no reproduce su población, pues va teniendo más viejos que niños, es porque algo falla económica, política y socialmente en el sistema vigente: burgués obsoleto.

La cantidad de contradicciones económicas y sociales, cuando se juntan sus determinaciones negativas, transforma las fuerzas económicas en fuerzas históricas revolucionarias propendiendo a un cambio inaplazable, aunque a ello se opongan viejas ideologías, religiones, morales, estamentos jurídicos, fuerzas policiales y militares represivas. Cuando una nación o una clase han dejado de ser un Poder real oponiéndose al cambio revolucionario, su suerte está hechada en la historia como en la revolución Francesa de 1789-93; en Rusia, en 1917; en España, en 1936-39.

Un sistema económico viciado en que aumenta la inflación, disminuye el ahorro y la inversión, las clases parasitarias derrochan el excedente económi-

co, un Estado caro y malo aumenta los impuestos y el déficit público, en que aumentan las deudas con el extranjero sin poderlas pagar —cuando las arcas del banco central se quedan sin divisas, cuando aumenta la desocupación hasta constituir un ejército de parados, cuando lo que produce el impuesto, por ser excesivo, impide que se siga produciendo, cuando todo esto y otras cosas negativas sucede—, es que la hora de la revolución social ha llegado. Se dirá que las conciencias se han soliviantado, que el pueblo se ha rebelado, pero la realidad es que la sociedad no puede caer en una crisis total ya que, para no llegar a ese extremo, ella, como si tuviera una voluntad colectiva, se lanza al cambio de régimen económico, político y social por la vía de la revolución, necesariamente.

Una sociedad no puede seguir perdiendo sus fuerzas productivas hasta un total agotamiento: la humanidad, si desperdicia económicamente lo que ha creado, dejando a millones de obreros sin trabajo tan sólo porque los intereses de las clases dominantes se oponen al interés general de los pueblos, cae en una crisis total de la cual, necesariamente, surge la revolución libertaria.

En tales situaciones —ya sea en régimen de democracia burguesa o de socialismo de Estado— se crean condiciones objetivas y subjetivas revolucionaria. Y si la revolución no es posible, porque las clases dominadas no se rebelan debido a sus malos dirigentes, entonces lo que no haga la Revolución puede hacerlo el aumento de la mortalidad de la población, como está sucediendo en muchos países del Tercer Mundo.

DIALECTICA DE LAS CATEGORIAS SOCIO-ECONOMICAS

Las formas sociales responden a las categorías económicas que les sirven de base estructural: la *esclavitud* es el contenido substancial de la Antigüedad; la *servidumbre*, de la Edad Media; el *trabajo asalariado*, de la sociedad capitalista; el capital socializado supone el socialismo de autogestión que *desaliena* al trabajador del patrón privado y del Estado-patrón.

En la *comuna libertaria* en que la industria (obrero), la agricultura (campesino), la técnica y la ciencia (el intelectual) y la autodefensa (milicia) no están separados sino juntos en la misma Comuna —sin que el intercambio de sus servicios y bienes tomen la forma de mercancías—, hay socialismo libertario. Si separamos estos sectores económicos, bajo una división burocrática del trabajo o forma de propiedad individual o estatal, los intercambios de bienes y servicios, necesariamente tendrían la forma de mercancías y, obligadamente, pasar por la forma dinero. La *desalienación del obrero* tiene que realizarse, no en *el koljós*, en el *sovjós* o en la empresa nacionalizada (capitalismo de Estado), sino en la economía libertaria, basada en que los productores, libremente asociados, constituyan empresas de autogestión o

sociedades de derecho público que dirigen la producción, el consumo y la distribución, teniendo en cuenta los intereses de la Sociedad, no los del individuo, de una corporación privilegiada o del Estado propietario de todo y de todos.

Cada época tiene sus categorías económicas: no son eternas sino históricas; perecederas, a pesar de los economistas burgueses o tecnócratas del Este y del Oeste; pues éstas determinan los grandes sistemas económicos y sociales de la humanidad. Estas categorías podrían ser enunciados, con su caracterización historico-socioeconómica, en la forma siguiente:

CUADRO HISTORICO DE CATEGORIAS ECONOMICAS, SOCIALES Y POLITICAS:

Modos de producción:	Clases principales:	Sub-clases o Interclases
Esclavismo	Amos – Esclavos	Plebeyos – Clientes
Despotismo Asiático	Jerarquías – Siervos	Proletariado – Artesanos
Feudalismo	Burócratas Señores – Siervos	Oficiales – Maestros
Capitalismo	Burgueses – Obreros	Campesinos – Terratenientes
Socialismo de estado[1]	Burócratas – Obreros	Tecnócratas – Koljosianos
Comunismo Libertario	No hay clases	No hay clases

(1) Es un régimen de transición (¿al comunismo?), pero ello puede ser imposible, si la burocracia y la tecnocracia se constituyen en casta dominante. En el socialismo de Estado, la burocracia es más bien una casta que una clase, y tiende a crear un modo de producción estatista con sus correspondientes clases dominantes y dominadas.

Vemos, pues, que a cada modo de producción corresponden estructuras de clases correspondientes. Históricamente, cuando la producción y la distribución de un sistema se transforman, su orden de clases queda, a su vez, cambiado social y económicamente. Por ejemplo, la esclavitud apareció cuando el hombre podía producir más de lo necesario para su mínimo sustento diario, es decir, cuando tuvo un *excedente económico*, un fondo de reserva, un capital, para alimentar al esclavo y hacerlo trabajar obteniendo asi un beneficio económico, un tiempo de ocio para el amo que era, a su vez, de sometimiento para el esclavo.

Las culturas del bronce que establecieron la esclavitud, tenían una economía de reserva de la cual habían carecido los hombres del paleolítico, alienados por la naturaleza, diariamente en busca de su sustento, cazando, pescando, recogiendo frutos naturales. La economía sedentaria agro-artesana dio base a la utilización de la mano de obra esclava procurada por prisione-

ros hechos en las guerras de conquista. La *alienación* del esclavo constituía así la *desalienación* del amo que podía ser feliz porque el esclavo era infeliz. La parte de *sobretrabajo* o *plustrabajo* que debaja el esclavo, luego de producir para su sustento, se la apropiaba el amo, liberándose así del trabajo para ejercer el poder del Estado contra aquél.

Los filósofos griegos fueron partidiarios del esclavismo porque pertenecían a una división del trabajo que los incluía en las clases opresoras y explotadoras. En Grecia, unos eran libres porque otros eran esclavos; lo humano y lo inhumano surguían así lo uno de lo otro, cuando no hay socialismo, cuando el hombre no es libre o pertenece a otro hombre, cuando la sociedad no es libertaria sino sometida al Estado autoritario.

El paso del esclavismo al feudalismo se operó históricamente como cambio en el modo de producción, cuando la productividad del trabajo se elevó a mayores niveles que los de la sociedad antigua; cuando el molino hidráulico sustituyó al molino de mano accionado por esclavos; cuando las ciudades greco-latinas, basadas en el trabajo esclavista, fueron despoblándose en beneficio del campo. Así, cuando el feudalismo deshizo la economía urbana, se llevó los oficios al borde de los castillos, arruinando la cultura de las ciudades antiguas greco-latinas, pero transformando el trabajo esclavista en trabajo servil.

El *cristianismo* —como ideal antiesclavista— surguió de la desintegración social, moral y económica del mundo antiguo: exactamente ahora el socialismo es el paso histórico necesario sobre un capitalismo anacrónico —tan inoperante como el esclavismo frente al feudalismo, como el feudalismo ante el capitalismo—, pues los modos de producción no cambian hasta que su progreso se transforma en retroceso, haciendo entonces la revolución lo que no puede hacer la evolución socio-económica detenida.

Ahora bien, después de tantas "revoluciones socialistas", hechas luego de la segunda guerra mundial, el *modo de producción soviético* no ha cambiado las cosas más que en la forma, pero no en el fondo, ya que el obrero sigue siendo asalariado, sin participación en la empresa estatal lo mismo que en la empresa privada, puesto que, en ninguna de las dos, tiene participación: ni en su gestión, ni en la distribución del excedente económico. Y es que un modo de producción no cambia sustancialmente cuando se confunde, como en el Este, la *revolución estatal* con la revolución social: una, sólo cambia, como en el primer caso, la clase dominante en el Poder; otra, cambia la infraestructura económica, tecnológica y social y la superestructura política y jurídica, colocando al pueblo —mediante la democracia directa— como el protagonista de la política y de la historia: sin Partido único, sin Estado-Patrón, sin KGB, sin planificación centralizada. Sólo, pues, cambiaría el modo de producción de capitalismo privado o de Estado a socialismo de autogestión, sin burguesías monopolistas y sin burocracias totalitarias, instaurando

una sociedad libertaria, que definitivamente supere el capitalismo

ANTAGONISMOS: CAPITALISMO Y SOCIALISMO

El modo de producción feudal duró unos diez siglos. Las clases durante el feudalismo se quedaron petrificadas: el mundo parecía estático; la Iglesia y la nobleza eran la clase dominante; todo parecía eterno bajo el poder espiritual y material de los clérigos y los señores. Pero la burguesía, las corporaciones y los siervos derrocaron el poder de los señores feudales, justamente porque la historia se planteaba lo que puede resolver: convertir a los burgueses en clase dominante; a las oficiales y aprendices, en obreros y empresarios libres; a los siervos, en propietarios de las tierras, como sucedió en la Revolución Francesa de 1789-93.

La transformación del aprendiz y el oficial en obrero, bajo el sistema del trabajo asalariado, requirió un progreso económico y tecnológico realizado en tiempos de la alta Edad Media, en las ciudades libres, no sometidas a la férula de los señores. El desarrollo de la producción manufacturera, la utilización de la fuerza idráulica, la ampliación del comercio nacional e internacional, la circulación de las mercancías y la creación de la economía en dinero, crearon relaciones de producción tendencialmente favorables al modo capitalista de producción y desfavorables al modo feudal.

La ley de la cantidad que transforma la calidad, avanzando hacía cambios capitalistas, transformó, de buen grado o por la fuerza, el feudalismo en capitalismo. Como ningún nuevo régimen se establece por generación espontánea o por convicción de las clases dominantes para su autodisolución, resulta que, *en la historia, las ideas que no se arman nunca triunfan* por más hermosas que éstas fueren ética, jurídica, económica, política y socialmente.

La *burguesía* se entronizó en el Poder mediante las revoluciones europeas que crearon formas económicas, sociales y jurídicas apropiadas para el desarrollo capitalista. En adelante, el capitalista no tendría contra él el freno de los gremios o de los señores; pues el obrero era libre de vender por un *salario* su fuerza de trabajo. Al abolir el régimen de los gremios, Turgot abría así perspectivas sociales, jurídicas y económicas para el capitalismo: el obrero, temporalmente, podía venderse, alquilar su fuerza de trabajo, dejar un *sobretrabajo* (plusvalía) en beneficio de su patrón, sin lo cual no podría existir el capitalismo, régimen de explotación del trabajo ajeno no pagado.

Pero este sistema económico, en el siglo XX, hace ya de freno al desarrollo de las fuerzas productivas, creadas por él mismo. Consecuentemente, se impone la instauración del socialismo; pues ya hay riqueza suficiente como para realizar el paso histórico necesario hacia una sociedad sin clases en una sociedad libertaria.

Consecuentemente, para que triunfe lo humano hay que recurrir a la violencia revolucionaria para suprimir las clases, los antagonismos sociales, las guerras nacionales, todos los conflictos derivados de una sociedad contradic-

toria en que unos son oprimidos y otros opresores, unos explotados y otros explotadores. Como la sociedad no socialista es antagónica, dividida en clases, para resolver este conflicto hay que hacer la revolución social empleando la violencia como instrumento de liberación del pueblo trabajador.

El revolucionario —que es altruista por vocación, convicción y temperamento— tiene que darse a los demás; salvar al pueblo y a la sociedad que clama justicia; pero tiene que hacer uso de la *acción* (violencia), de lo inhumano, justamente para que triunfe lo humano. El revolucionario no es responsable de que tenga que resolver un conflicto heredado de clases; pues ello proviene, dialécticamente, de la injusta estructura de clases de la sociedad dividida en opresores y oprimidos, en patrones y obreros.

Las categorías *bien* y *mal* —en tal caso— son contenidos antagónicos. Así las cosas, el revolucionario para salvar a los más esta obligado a perjudicar a los menos: las minorías privilegiadas que intentan parar el progreso socio-económico en beneficio de todos, sólo por salvar sus intereses sórdidos mediante una economía de escasez permanente, para que suban los precios y bajen los salarios a fin de mantener un régimen social antágonico, injusto y amoral.

El revolucionario —que lo es de verdad— sabe que cumple una misión histórica para emancipar a la humanidad. Nada ni nadie debe arredrarlo en el cumplimiento de su deber para redimir a las masas oprimidas. Las revoluciones sociales desde el esclavismo al feudalismo, desde el feudalismo al capitalismo y desde el capitalismo al socialismo, se han hecho —histórica y necesariamente— por "la violencia como partera de la historia"; jamás con la "coexistencia pacífica" entre lo que tiene que caer y lo que le va a suceder; pues la necesidad histórica enseña que no se debe ser reformista en épocas de tensión histórica; hay que ser revolucionario.

DIALECTICA DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS

Los comunistas occidentales obsecuentes con el P.C.U.S. no perciben con agudeza revolucionaria, que vivimos en una época revolucionaria no convergente con los privilegios de la burocracia rusa. Las fuerzas históricas exigen, sin pérdida de tiempo, un socialismo libertario a escala planetaria, para poder dirigir el progreso atómico, la automatización del trabajo, la mundialización de la economía y la producción social sin la cual el capitalismo puede degradarse al infinito, produciendo millones de muertos con las guerras entre las burguesías nacionales o entre las burocracias del Este y las burguesías del Oeste.

Y las crisis económicas podrían ser tan mortíferas como las guerras, sin superarlas con la Revolución Socialista, autogestionaria y libertaria.

En este orden de ideas, dice Engels:... "las últimas causas de todos los cambios sociales y de todas las revoluciones políticas no deben ir a buscarse

en la cabeza de los hombres ni en la idea que ellos se formen de la verdad eterna ni de la eterna justicia, sino en las transformaciones operadas en el régimen de producción e intercambio; dicho en otros términos, han de ir a buscarse, no en la filosofía, sino en la economía de la época de que se trate. Cuando arraiga en los hombres la conciencia de que las instituciones sociales vigentes son irracionales e injustas, de que la razón se ha tornado en sinrazón y la bendición en plaga, ello no es más que un indicio de que en los métodos de producción y formas de intercambio se han operado, calladamente, transformaciones con las que ya no concuerda el orden social, cortado por el patrón de condiciones económicas diferentes. Con lo cual, dicho se está que en las nuevas condiciones de la producción tiene que contenerse ya —más o menos desarrollados— los medios o elementos necesarios para poner término a los males descubiertos. Y esos medios no han de sacarse de la cabeza de nadie, sino que es la cabeza la que tiene que descubrirlos en los hechos materiales de la producción, tal y como los ofrece la realidad" (1).

El marxismo revolucionario es opuesto al oportunismo político practicado por los soviéticos, obsesionados por llegar a un acuerdo de convivencia internacional con los capitalistas occidentales, supeditando los partidos comunistas de Occidente a las convivencias nacionalistas de la política exterior soviética, en busca de un acuerdo permanente con los Estados Unidos. Tal política es chovinista, opuesta al marxismo no adulterado que plantea, como uno de sus objetivos fundamentales, que el socialismo no es posible sin la propiedad social.

La incomprensión o revisión del marxismo ha llevado a los soviéticos a un narcisismo político: creen estar en el socialismo cuando se han estancado (por mantener los intereses de la burocracia) en el capitalismo de Estado, en un inmovilismo político tras el cual se esconden los privilegios de clase de la "*Nomenklatura*", nueva oligarquía rusa opuesta al socialismo autogestionario.

ECONOMIA: DEFINICIONES Y CONTRADICCIONES

La economía política, a pesar de los miles de libros que se han editado sobre esta materia, no ha encontrado definiciones exactas sobre su objeto y método, justamente porque sus leyes y categorías no son eternas sino transitorias, históricas, mientras la humanidad esté dividida en clases sociales antagónicas, en naciones rivales, y la base de la sociedad esté constituída por la propiedad privada o estatal de la tierra y del capital, en beneficio de oligarquías o de burocracias, que oprimen al pueblo trabajador.

Se ha definido a la economía política como la ciencia que estudia la riqueza; pero ello no dice nada; pues tal definición es muy genérica, un tanto abstracta; ya que oculta las contradicciones mediante el razonamiento abstracto. En el fondo de las cosas, analíticamente, aparecen las contradiccio-

1 Engels, F. Anti-Dühring, p. 272.

nes tanto en el mundo físico como en la sociedad, cuando ésta está dividida en clases sociales antagónicas en cuyo conflicto base reside la apropiación privada de la riqueza y la desposesión de los trabajadores.

La evolución de la economía feudal hacia la economía capitalista —desde la alta Edad Media pasando por el Renacimiento y la Reforma— creó condiciones sociales, económicas y políticas para el desarrollo del capitalismo, como modo dominante de producción, que habría de quedar instaurado después de la Revolución Inglesa de 1648, de la Revolución Francesa de 1789-93 y de las Revoluciones europeas de 1848.

Bajo el régimen de los gremios, la Economía política se fue constituyendo, empírica o prácticamente, sin elaborar difiniciones y leyes, que habrían de ser enunciadas más tarde, cuando el capitalismo sustituyera al feudalismo como modo de producción, creando nuevas relaciones jurídicas, nuevas clases, nuevas formas de Estado; pues la infraestructura económica de una sociedad determina sus formas jurídicas y políticas o la superestructura que le es correspondiente.

El descubrimiento de América, los viajes de navegación interoceánicos, crearon las bases del comercio mundial, con más amplitud que durante las civilizaciones mediterráneas de la Antigüedad. El oro y la plata de América determinaron en Europa la *revolución industrial de alza de los precios*. El aumento de la circulación del oro y de la plata, aceleró la acumulación de bienes (bajo forma de mercancías), al par que se proletarizaban amplias capas de siervos, de aprendices y oficiales, que se fueron convirtiendo en obreros asalariados.

El capitalismo, al amparo de su estructura económica y social se impuso, lentamente dentro del feudalismo, como nuevo régimen de producción, más propio de la economía urbana que rural.

A la caída del régimen feudal, las leyes económicas, que lo determinaron, no eran válidas ya para el capitalismo. Por eso las leyes económicas no son eternas (como las del universo), sino perecederas transitorias: su validez objetiva e histórica se limita a la sociedad en la cual se han desarrollado o impuesto; pero más allá de ella son historia de la economía política en cuanto a su evolución y transformación.

La ley de la competencia mercantil, ley fundamental de la economía burguesa liberal, no tendría validez en el comunismo autogestionario. Con propiedad universal las leyes de la economía capitalista, salvo la ley del valor de cambio (en forma parcial), no rigen del mismo modo que en la economía comunitaria donde comienza a ser superada la economía mercantil, basada en el dinero, la mercancía y la desigualdad económica entre los hombres.

Como la economía política es una ciencia que está en el *devenir*: sus leyes, categorías y determinaciones no son eternas, sino históricas. Los economistas burgueses consideran el capitalismo en tanto que régimen imperecedero, eterno o definitivo; no pueden asi definir la economía política que es —según la dinámica de sus categorías— una ciencia histórica, dependiente

de los modos de producción transitorios que pasan por la historia de la humanidad. Hemos visto, en el cuadro de las categorías de los modos de producción, el paralelismo existente entre ellos y las clases sociales que les son correspondientes, para esbozar así una socio-economía.

La acción del *devenirhistórico*, que transforma una sociedad en otra, crea una nueva síntesis, que las contiene y supera en una fase socio-económica más elevada. Tal es el movimiento dialéctico de las categorías económicas, de las contradicciones sociales en la dinámica de la historia, en que todo parece tomar planos de mayor perfección, incluso el Estado soviético y su burocracia, que se presentan antidialécticamente como la identidad consigo mismo, sin devenir ni contradicciones, pero la URSS no es siempre la misma desde Lenin a Gorvachov.

El movimiento dialéctico de las categorías económicas (que ha escapado al entendimiento de la mayoría de los sociólogos, los políticos y los economistas), ha creado definiciones abstrusas de la economía política precisamente porque éstos quieren ocultar el carácter *transitorio* de la sociedad burguesa o burócratica, ocultando la plusvalía (trabajo ajeno no pagado) sobre el cual reside el modo capitalista de producción, (privado o de Estado).

En sus orígenes la economía política recibió su nombre del economista francés, Antonio de Montchrétien que, hacia 1616, escribió una obra titulada: *Tratado de economía política*, una primera definición y programación de esta materia.

A tenor con la inflación de los precios y de la revolución industrial europea, que siguió al descubrimiento de América, el italiano Antonio Serra, anticipándose a Montchrétien, trató temas de economía política en su obra: *De las causas que pueden hacer abundar el oro y la plata en los reinos en que no hay minas*; en función de cuatro factores: la calidad de la población, el comercio y la política del soberano, según este autor.

Hacia 1758, el doctor Quesnay, médico de Luis XV, creó un círculo de estudios económicos: sus miembros se nominaban economistas. Con una visión amplia de la política económica, a cerca de la composición y distribución de la renta nacional, Quesnay publicó un famoso libro: *El cuadro económico*; todavía éste es un estudio modelo en materia de distribución y producción de la renta nacional; pues aparecen la población productiva e improductiva dialécticamente contradictorias.

La ciencia económica se constituyó, teóricamente, con la aparición del libro de Adam Smith: *Investigación sobre la naturaleza y las causas* de *la riqueza de las naciones*. Esta obra definió la economía política como ciencia: le aportó su base teórica fundamental. Con razón se ha considerado a Smith el "padre de la economía política", al definirla como la ciencia de la *producción*, el *cambio*, la *distribución* y el *consumo*.

Completando el pensamiento de Smith, David Ricardo (1772-1823) publicó un importante libro: *Principios de economía política*. Esta obra completa el ciclo de la economía burguesa con el aporte de la teoría de la renta de

la tierra y ampliación de la ley del valor-trabajo de los productos, tomados como base del valor económico el tiempo de trabajo medio social exigido para producir una mercancía.

Se ha definido la economía política como la ciencia que trata de la producción, repartición y consumo de los bienes, al decir de Jean Batiste Say (1767- 1832). Como esta trilogía de valores o categorías era insuficiente, se le añadió una tercera: la *circulación* de las riquezas.

En la economía capitalista, los productos son en utilidad similares a los de las sociedades esclavista y feudal; pero difieren, en gran medida, de esas sociedades en que ahora casi todos los bienes y servicios son mercancías. Una mesa es ahora como en la sociedad esclavista, una mesa; pero ahora tiene que pasar en gran parte por la forma dinero, mientras que en la Grecia de Pericles, posiblemente era un artículo de consumo directo, fabricado por los esclavos para su amo, no tanto para intercambio como mercancía, no pasando así, necesariamente, por la forma dinero.

El objeto de la economía política es tratar las leyes que rigen la *producción*, el *consumo*, la *distribución* y el *cambio* de los productos del trabajo humano; pero en un régimen basado en la propiedad privada o estatal de los medios de producción, en la producción para el mercado. Ello es válido sólo para el capitalismo privado o de Estado, no para el comunismo libertario, donde no todos los bienes y servicios son mercancías pasando por la forma *dinero* y conteniendo *plusvalía*, condiciones del capitalismo, pero no de una sociedad libertaria

DINAMICA DE LAS CATEGORIAS

De las indicadas categorías de la economía política burguesa dos son de cantidad de bienes; dos de limitación de los mismos, en función de las clases sociales, es decir, de la cantidad de dinero que cada clase reciba, para desigualmente retirar bienes y servicios en el mercado. He aquí un cuadro económico de las categorías de la economía burguesa, de sus contradicciones y limitaciones.

CATEGORIAS CUANTITATIVAS Y CUALITATIVAS
DEL PROCESO ECONOMICO

De Cantidad:	De Limitación:
PRODUCCION	CAMBIO
CONSUMO	DISTRIBUCION
DINERO	CLASES
(para la distribución desigual de la riqueza)	(división del trabajo: manual, intelectual)

La producción es relación entre el hombre y la naturaleza. El hombre es

un ser de necesidades fuera de él, en el mundo exterior, en *otro*. Ello constituye el secreto de la alienación económica, de la contradicción entre el hombre y la naturaleza, que deberá ser superada con la economía social de autogestión basada en la propiedad social.

Sólo el trabajo puede satisfacer las necesidades humanas mediante la modificación de la naturaleza por los hombres a fin de obtener los productos primarios suministrados por ella, que deben ser transformados hasta ser capaces de satisfacer necesidades humanas. El trabajo humano, ejercido sobre el objeto bruto, es algo ineludible para el sujeto, si quiere satisfacer sus necesidades: un hombre puede hacer cualquier cosa, menos dejar de producir bienes para asegurar su vida y continuarla. En la acción del hombre contra la naturaleza, el trabajo (aspecto objetivo) produce un reflejo subjetivo en su conciencia: como el hombre trabaja y produce así piensa; como transforma a la Naturaleza así cambia su propia naturaleza, mediante energía mecánica abundante, una alta productividad del trabajo (cibernética o cefalización de las máquinas), *una sociedad que ponga la riqueza en común autogestionariamente*, a fin de superar las alienaciones y contradicciones inherentes al capitalismo privado o de Estado; el hombre así se hace libre.

El movimiento de las categorías *producción*, *consumo*, *cambio* y *distribución* significa cuatro fases de la actividad económica del hombre. En las categorías de cantidad: *producción* y *consumo*, la primera aparece como el punto inicial; la segunda, como punto final; la *distribución* y el *cambio* se sitúan en el centro de esos puntos, limitando *las cantidades que debe consumir cada clase social*, según los ingresos monetarios (cambio), que fijan el desigual nivel de bienes y servicios: distribución ente ricos y pobres. En una sociedad dividida en clases, que tenga como base la propiedad privada o estatal y la desigualdad entre los hombres, éstos en tanto que productores fabrican objetos; pero como consumidores desiguales tienen acceso a un limitado número de ellos; o sea, no consumen en razón de sus necesidades fisiológicas, sino de sus ingresos monetarios: *sueldos*, *salarios*, *rentas*, *intereses*, *ganancias*, etcétera, lo cual es peculiar del capitalismo.

La categoría *producción*, aunque parezca un concepto general económico, tiene, en una economía individualista o estatista, un contenido de clase; pues sólo son productores los desposeídos; los esclavos lo eran en el mundo antiguo; los siervos, maestros y oficiales, en el feudalismo; los obreros y los campesinos, en el capitalismo privado o de Estado; pues la producción, en una sociedad dividida en clases, es siempre el objeto de las clases económicamente débiles o asalariadas, de los proletarios o desposeídos; y el gran consumo, sin producir, es para los privilegiados: burgueses o burócratas.

La *distribución* (que no añade cantidad de bienes) es la ocupación de los comerciantes que suelen cargar, en algunos países, hasta el 50% más sobre el costo de producción de las mercancías, constituyéndose así los mercaderes en una clase parasitaria, inerciante del desarrollo económico, participante de la plusvalía.

El *cambio* (que tampoco produce bienes materiales) es facilitado por los empleados bancarios, las comunicaciones y los transportes. Sólo la forma dinero, la mercancía y la propiedad privada, dan al *cambio* una estructura que, en cierto modo, limita la producción; pues con capitalismo privado o de Estado se consume en razón directa del dinero que cada clase posee. Los que no trabajan y controlan la riqueza, no tienen limitación en su consumo, mientras que los obreros y los campesinos no pueden consumir en razón de sus necesidades, porque el *cambio* (su salario, poco dinero) determina su escasa participación en el reparto (distribución de bienes).

El *consumo* queda escindido de la *producción* por la limitación que establece el cambio: disponibilidades monetarias desiguales de cada clase; en definitiva, esto determina que cada clase social sea desigual como consumidora: distribución diferencial o de clase, dando más dinero a la burguesía y a la burocracia que a los obreros y campesinos.

Bajo el modo capitalista de producción, la *distribución* indica en que proporción el individuo participa en el reparto de la riqueza social. Ello prueba que, en toda sociedad de clase o de consumo desigual, la forma *moneda* y la *mercancía* no pueden ser abolidas, ya que justifican la existencia de una población improductiva; en el capitalismo, en forma de burguesía o aristocracia; en el capitalismo de Estado, en tanto que burocracia supernumeraria: ("Nomenklatura" política, militar, sindical y tecnocracia).

La propiedad estatal o cooperativa (koljoses) no se presta al desarrollo de una auténtica economía socialista, cuyos primeros pasos firmes son dados, en cambio, mediante la autogestión donde, por fin, comienza una nueva sociedad libertaria, no sometida a la alienación económica derivada del fetichismo de la mercancía, del capitalismo privado o de Estado.

Mientras exista la *mercancía* fijará, por medio de la *moneda*, el límite de la cantidad de bienes y de servicios a consumir por cada clase social o por cada corporación, tanto con capitalismo privado como de Estado; pero más desigualmente el reparto con el primero que con el segundo.

Ello implica, necesariamente, la existencia del Estado como aparato represor, para imponer un reparto desigual económico en razón de la cantidad de dinero asignado a cada uno de los niveles sociales de vida. La URSS no escapa a esta dialéctica de los antagonismos de clase, mientras no pase a formas autogestoras socialistas de producción, consumo, cambio y distribución: no sometidas ya a la *alienación económica*, al mundo mágico de la mercancía, que hace de la sociedad soviética, no una sociedad socialista, sino un capitalismo de Estado. Por la producción, los soviéticos parecieran socialistas, ya que no existe la propiedad privada sino la estatal, pero por la distribución, habiendo grandes diferencias de consumo entre obreros y burócratas, resulta evidente que la URSS, en materia de reparto, no es un país socialista.

La producción es social en el capitalismo, pero su apropiación es privada. Los 750.000 obreros y empleados de General Motors trabajan cooperativa y solidariamente, no individualmente; pero a la hora del reparto del pro-

ducto del trabajo los capitalistas, sin trabajar, se llevan la parte del león. En la URSS, la burocracia y la tecnocracia retiran del consumo demasiada parte; en consecuencia, es necesaria la existencia de un Estado fuerte (dictadura del proletariado o ¿contra el proletariado?), para imponer grandes diferencias de ingreso entre las altas jerarquías burocráticas del régimen y el bajo pueblo desposeído por el Estado-patrón de sus medios de producción.

En Inglaterra —según las leyes impositivas vigentes— no hay ningún inglés que, sin hacer fraude contable al Fisco, gane como promedio más de 10 veces que el mejor pagado de sus obreros. En este orden de ideas, en Suecia hay posiblemente más igualdad económica que en la URSS.

El socialismo debe instaurarse para que la producción crezca al principio, por lo menos, un 10% por año; pero en base a elevar la tasa de población productiva al 60%; en la URSS sólo lo hace menos del 47%, el 46% en Inglaterra, el 43% en Alemania, el 47% en Estados Unidos, el 42% en Francia y alrededor del 30% de su población en los países latinoamericanos. La ociosidad, con tan bajo nivel de ocupación, es la mayor calamidad: un mal del capitalismo, del burocratismo, pero no del socialismo autogestionario que con la propiedad social sería capaz de mantener la plena ocupación de los trabajadores.

Una de las mayores ventajas del socialismo autogestionario sobre el capitalismo privado o de Estado consistiría en que puede *elevar la tasa de población productiva* a su maxímo nivel, aunque hubiera escasez de capital. En el régimen comunitario de bienes pueden ser empleados todos los hombres y todas las mujeres en edad productiva; pues termina con la comunidad autogestionaria la explotación del hombre por el hombre; toda clase y todo privilegio. Al convertir en población productiva los capitalistas, los terratenientes, la burocracia supernumeraria y las fuerzas armadas, la producción agrícola e industrial y los servicios sociales se expanden a un ritmo superior al incremento de la producción conseguido en los países capitalistas adelantados y en los países de socialismo burocrático.

Bajo el parasitismo de las oligarquías terratenientes, de la gran burguesía industrial, del imperialismo económico, o de las altas burocracias, los países subdesarrollados consiguen emplear en su agricultura, industrial y servicios, poco más del 30% de su población activa. Hay, pues, que distinguir, al analizar la categoría *producción*, la producción en general de un país, las ramas concretas de la producción, los servicios inflados, la totalidad de la producción, para deducir así de la población productiva la población improductiva, a fin de no engañarse con el crecimiento del producto bruto nacional, que incluye las rentas, beneficios o ingresos de la población parasitaria, según el modelo capitalista.

Lo que caracteriza como modos de producción al esclavismo, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo no es la producción, en sí, sino el *reparto* de ella: su distribución social. En este orden de ideas, el *esclavo*, el *siervo* y el *obrero*, dentro del sistema en que producen, reciben alimentos y ropas, tie-

rras feudales o salarios, ingresos que sólo les permiten un nivel de vida como *esclavos, siervos* u *obreros,* mientras el *amo*, el *señor*, el *burgués* o el *burócrata*, teniendo el poder económico les faculta, discrecionalmente, para repartir desigualmente la renta nacional. Así, pues, en la distribución los hombres, divididos en clases, se han permitido toda clase de actos arbitrarios, inequitativos, incluso en el socialismo soviético, que es por eso un capitalismo con nombre de socialismo.

El esclavismo, el feudalismo, el capitalismo, cada uno relativamente a su tiempo, sabía organizar la producción, en su período de ascenso, de explendor; pero realizaban, injusta y desigualmente, la distribución de los bienes y servicios producidos, creando así contradicciones sociales para su destrucción política e histórica.

Dialécticamente, al acercarse a su punto de declive, un modo de producción contradictorio (basado en la propiedad privada o estatal y en las clases antagónicas), involucra antagonismos, crisis de estructuras, luchas sociales, guerras, que paralizan económicamente su proceso de desarrollo. El divorcio entre la producción social y su apropiación individual o estatal constituye, en nuestra época de transición, el mayor factor revolucionario, opuesto a la "coexistencia pacífica entre las clases" y entre países imperialistas y neocoloniales, como dialéctica revolucionaria.

Las *contradicciones* existentes entre la producción y la distribución, entre la riqueza producida y su reparto inequitativo entre burgueses y proletarios, constituyen, como motor revolucionario de la historia la lucha de clases o la guerra revolucionaria, cuando la crisis económica y social alcanza sus puntos culminantes. Si se sabe armonizar lo objetivo (fuerzas productivas en crisis, que buscan romper su envoltura capitalista); y lo subjetivo, (creación de una acción popular que mueva a las grandes mayorías hacia la Revolución), la toma del Poder por el pueblo trabajador es objetivo fácil de conseguir, sobre todo, en regiones con crísis crónicas: América Latina, Africa, Asia y ciertas regiones subdesarrolladas de Europa como Grecia, España, Portugal, Italia y otros países

"Cuando las condiciones sociales, que responden a un grado determinado de la producción, se hallan en vías de formación, o cuando están en trance de desaparecer, se manifiestan, naturalmente, perturbaciones en la producción, aunque en distintos grados y con efectos diferentes". (1) Dialécticamente, lo objetivo crea como reflejo lo subjetivo: si la economía dinámicamente es revolucionaria, la política no puede ser conformista en la dirección político-sindical de las clases oprimidas que tienen que sacudirse un régimen anacrónico, abatible por la acción revolucionaria.

El sindicalismo burocrático (contemporizador) y el "comunismo" soviético se constituyen en los mejores sostenes políticos del capitalismo, en épocas de crisis, mediante la utopía de los contratos colectivos de trabajo, los fren-

1 Marx, C. Crítica de la economía política

tes populares electorales o consignas como la "ocupación de las fábricas", sin tomar el Poder para resolver definitivamente la crisis. No es revolucionario agitar "slogans" como ¡"Qué pagen la crisis los ricos"! Ello supone admitir la continuidad histórica del capitalismo, falseando la realidad, no disponiéndose a elaborar un plan económico, social y político que haga marchar autogestionadamente la producción sin burgueses ni burócratas. Lo serio es decir al pueblo que no hay solución alguna sin la toma del Poder político como autopoder popular. No hay que ser reformista como las burocracias políticas y sindicales; hay que ser revolucionario en el pensamiento y en la acción, con una praxis revolucionaria (unidad de pensamiento y acción), realizando la desprofesionalización de la política mediante el *Autogobierno* económico, político y social, no por arriba sino por abajo, como democracía directa.

La crisis económica, en el Oeste y en el Este, no se soluciona con paliativos neoliberales, social-demócratas o con el modelo soviético ya fracasado en Polonia y otros países del Este. La crisis reside en la infraestructura de una *sociedad antagónica*, que se ha desestabilizado económica, política y socialmente. El Oeste y el Este no pueden digerir ya —sin crisis económicas y sin guerras— su propio progreso económico y tecnológico; pues todo progreso se torna ya en retroceso con un rearme insoportable e incontrolado. La energía atómica es una energía diabólica como bomba atómica; amenaza con destruir a la humanidad mientras existan las clases, las fronteras nacionales, el imperialismo y el hegemonismo. El mundo actual está enfermo de gravedad: sufre la agonía de la muerte lenta; pero los pueblos no se atreven ahora a abreviarle, revolucionariamente, el tránsito; pues los "comunistas" se han hecho hegemonistas; los sindicalistas (burócratas), dóciles instrumentos del Estado; los imperialistas, capitalistas multinacionales. La crisis del capitalismo es más honda que la explicación demagógica que le dan algunos dirigentes con palabras de izquierda y práctica de derecha, particularmente los social-demócratas y demo-liberales.

Hay que cambiar la forma de distribución de la riqueza, para que pueda marchar —sin crisis— la producción. Si la distribución cambia tiene que transformarse, a su vez, la estructura y el ritmo de la producción. Por ejemplo, la concentración del capital industrial ha llevado la población del campo a la ciudad, como tendencia histórica del capitalismo privado o del Estado. Al contrario, la autogestión crearía las agrovillas del fururo que resolverían las contradicciones existentes entre la ciudad y el campo: serán resueltas por medio del socialismo de autogestión o un régimen político autogestionario, basado en la democracia directa del pueblo trabajador auto-organizado en su propio interés, sin líderes providenciales de izquierda o de derecha.

Para superar la crisis económica, las luchas de clases, las guerras revolucionarias, marginales o universales, a causa de una sociedad contradictoria, hay que instaurar una economía autogestionaria, federal y mundial, con desarrollo proporcionado entre todos los países o regiones del mundo, entre todas las ramas de la producción y de los servicios.

Tenemos que crear la empresa de participación de los productores directos sin exploradores ni explotados, sin que los que unos ganen otros lo pierdan, debido a que la propiedad no es social sino estatal o particular, usando y abusando del trabajador asalariado. Así, pues, para que haya justicia social no debe haber empresarios (capitalistas) ni burocracias totalitarias enquistadas en el Estado-patrón, sino una sociedad libertaria sin distinción de clases, castas, o razas o estamentos del privilegio, sin particularismo, imperialismo o hegemonismo.

Hay que procurar la más amplia participación democrática del pueblo trabajador en el *Autogobierno* de todos, desde abajo hacia arriba, y no desde arriba para abajo. Sólo el *Autogobierno,* teniendo como basamento la democracia asociativa del trabajador con sus medios de producción, garantiza el fin de la explotación de un hombre por otro, aboliendo las clases privilegiadas: burguesías, oligarquías, burocracias, tecnocracias.

El socialismo participacionista no tiene nada en común con el modelo soviético de capitalismo de Estado o socialismo administrativo, sino con la democracia directa de la *Comuna de París* (1871), las *colectividades libertarias de la Revolución Española* (1936-39), y con otros modelos de *Autogobierno,* que constituyen no una meta ya alcanzada, sino el comienzo de un proceso de realización del socialismo, que deberá abarcar un período histórico de gran alcance. Sólo así superaremos las doctrinas económicas y políticas, que no resuelven la lucha de clases, como el modelo soviético, las doctrinas de J. M. Keynes o de Friedman. Para superar las contradicciones económicas y sociales de nuestra antagónica estructura económica no sirve ni el modelo de Stalin, ni el de Keynes, ni el de Friedman, formas ya obsoletas de neo-capitalismo; pues la verdadera solución reside en el socialismo de autogestión, que no es un paraíso, sino el gran salto hacia adelante y el fin de la alienación del hombre.

PROPIEDAD, LIBERTAD Y ALIENACION

La propiedad en términos dialécticos, es ella misma y otra cosa diferente en el devenir histórico: propiedad común (comunidad primitiva); propiedad del "pater familiae" (Roma, Grecia, etc); propiedad feudal; propiedad capitalista (directa, anónima, etc); propiedad cooperaria (cooperativas); propiedad estatal (capitalismo de Estado, tanto en el Este como en el Oeste); propiedad socialista (de la Sociedad y no del Estado); propiedad comunista (negación de toda propiedad, o propiedad universal como opuesta a propiedad, cooperativa o nacional, etc.). En la dialéctica de la historia nada permanece igual a si mismo; todo cambia, se transforma y modifica, tanto las cosas, los seres, las instituciones, las civilizaciones, las naciones, las categorías del pensamiento en función de que el hombre cambia la Naturaleza —la exterior

a él— para cambiar, a su vez la interior de él o su propia naturaleza humana.

Para Proudhon, la propiedad privada es producto del robo, de la pobreza social, de la escasez de bienes; pues nadie pretendería apropiarse una cosa o bien que fuera abundante; luego en el reino de la necesidad reside como antimonía la propiedad privada.

Un país industrializado, con elevada productividad, aunque entrara después en la revolución socialista que un país subdesarrollado, quizá pudiera establecer, inmediatamente, el socialismo, habiendo superado la escasez apremiante de bienes. El reino de la libertad no es posible sin ninguna limitación a la voluntad humana; la necesidad económica impondría el racionamiento; una remuneración con arreglo a la cantidad y calidad de trabajo de cada uno; lo cual se opone la equidad económica entre los hombres, a menos que éstos tengan una educación igualitarista, por convicción de conciencia y voluntad, por conciencia revolucionaria.

Sin dejarse embrujar por el idealismo, Marx plantea el problema de la propiedad, del proletariado y de la injusticia social en estos términos: "La propiedad privada, en tanto que propiedad privada, es forzada a mantenerse a sí misma manteniendo la existencia de su antítesis: el proletariado. Este es el aspecto positivo de la antinomía, la propiedad privada satisfecha de si misma..

"Por el contrario, el proletariado, en tanto que el proletariado está obligado a abolirse a si mismo y, por consiguiente, abolir la antítesis que lo hace proletariado: la propiedad privada. He ahí el aspecto negativo de la antinomia, la inquietud de la propiedad privada que se disuelve ella misma.

"La clase poseyente y la clase proletaria son dos caras del proceso por el cual el hombre se convierte en un ser extraño a sí mismo, es decir alienado. La primera se completa en su deshumanización sintiéndose establecida sólidamente, siendo ésta alienación como su propia potencia, poseyendo en ella la apariencia ilusoria de una existencia humana; la segunda, al contrario, se siente aniquilada en esa alienación, descubriéndose en ella su impotencia y la realidad de una existencia inhumana" (1).

Así, pues, la propiedad es el otro polo de una entidad contradictoria basada en el hombre desposeído (proletario). Por consiguiente, el proletariado, en tanto que proletariado, está obligado a abolirse a sí mismo aboliendo la antítesis que lo hace proletario: la propiedad privada o estatal. *Sólo* con la socialización de la propiedad se supera la alienación del proletariado en la sociedad libertaria. Y por eso, todo reformismo es ilusorio.

Hay que aclarar que la propiedad estatal no es la propiedad socialista, no siendo así posible, negativamente, la abolición del proletariado, como sucede con el capitalismo de Estado soviético. De ahí que, no siempre, con la supresión de la burguesía sea posible entrar en la sociedad socialista, si la propiedad privada es sustituida por la propiedad estatal y la burguesía por la

1 Marx, C. La sagrada familia (1845).

burocracia. La *desalienación del obrero* sólo es posible con la economía socialista con la democracia directa de los Consejos Obreros, sin mediaciones parasitarias de la burguesía, de la burocracia y de la tecnocracia, como en las colectividades libertarias españolas creadas durante la Revolución Española de 1936-39.

La propiedad estatista continua creando proletarios, ya que éstos siguen siendo asalariados, no dueños de sus medios de producción, del capital y de la tierra. El "socialismo de Estado" no suprime el asalariado: lo prolonga con el capitalismo de Estado, ocultando la lucha de clases como sucede en la URSS y en las democracias populares". El salario es la categoría dominante en el Este. La liberacion del proletariado, su desalienación del capital, no es posible sin la abolición del propio proletariado. En este sentido, la "dictadura del proletariado", sin existencia de la burguesía no tiene justificación como poder de clase: ¿Contra quién?. Si la burguesía ha sido derrocada, hace más de 70 años en la URSS, la dictadura del proletariado debe ser *sobre* el proletariado, para mantenerlo en su condición salarial, percibiendo ingresos más bajos, en la URSS, que incluso en los países capitalistas occidentales industrializados. Ello explicaría que la beneficiaria de la "dictadura del proletariado" sea la burocracia soviética, nueva clase dominante.

La experiencia soviética no es socialista. El proletariado no ha sido abolido por la propiedad estatista; sigue siendo, en sustancia, el mismo proletariado de la época capitalista; no tiene el autopoder concreto en sus manos para abolirse como tal proletariado, sin cuya condición no se puede realizar el socialismo.

En la URSS, la propiedad privada, salvo la personal y pequeñas parcelas en los koljoses, etc., ha sido abolida; pero subsiste la propiedad estatal que significa, en su polo contrario, la desposeción de los trabajadores. Por tanto ésta no hará posible la abolicion del proletariado y el triunfo del socialismo, sin derrocar el régimen de propiedad estatal mediante una revolución antiestatista, anarquista, por una acción masiva de toda la Sociedad oprimida contra el Estado opresor y explotador, a fin de instaurar un socialismo basado en la propiedad social y en la democracia directa.

El *fracaso de la Revolución Rusa* no significa inactualidad de las tesis fundamentales sobre el socialismo, por la sencilla razón de que el sovietismo no ha ensayado, ni poco ni mucho, el comunismo en la sociedad soviética. Precisamente, en razón de ello, un socialismo autogestionario debe reivindicar el pensamiento revolucionario de los clásicos del socialismo libertario.

Una síntesis de democracia directa y de economía auto-gestionaria puede dar una doctrina coherente, económica, política, filosófica, social y revolucionariamente, para echar del poder a la burgesía y la burocracia. Pues el capitalismo privado se sirve del Estado para mantener la seguridad de los propietarios contra los proletarios. El capitalismo de Estado es la dictadura de la burocracia; pero, en realidad, contra el proletariado, afirmando la propiedad estatal contra la propiedad social que debe ser gestionada directamente por los trabajadores.

Las formas de propiedad cuando no se trate de propiedad social, son maneras opresivas de extorsionar el trabajo ajeno por medio del Estado, que se hace propietario como derecho de usar y de abusar del proletario y de percibir la plusvalía.

" Las condiciones burgesas actuales de la propiedad son "mantenidas" por el poder del Estado, que la burgesía ha organizado para proteger las condiciones de su propiedad. Los proletarios deben, por tanto, derrocar la potencia política en manos de la burgesía. Y ellos deben convertirse en potencia revolucionaria" (1).

"Será preciso repetir los argumentos irresistibles del socialismo —prosigue Marx— esos argumentos que ningún economista burgués ha logrado jamás destruir. ¿Qué es la propiedad, qué es el capital, bajo sus formas actuales? Pues son para el capitalista, el poder y el derecho, garantizado y protegido por el Estado, para vivir sin trabajar; y como ni la propiedad ni el capital producen absolutamente nada, cuando no son fecundados por el trabajo de otro, por explotar el trabajo de aquéllos que, por no tener propiedad ni capitales, se ven forzados a vender sus fuerza de trabajo a los afortunados de la una o de los otros" .

La supresión del autogobierno sería caer en un régimen anómico —desorganización permanente—, lo cual justificaría la vuelta al viejo régimen, cuando la sociedad hubiera perdido fuerzas productivas, nivel de vida, volumen de producción, etc. Un socialismo con menos nivel de vida, que el capitalismo está condenado a perecer, no se justifica históricamente: el "comunismo en la miseria" no supera el capitalismo de Estado como en Rumania bajo Ceaucesco.

Cuando decimos que la propiedad privada puede ser abolida, lo afirmamos en el sentido de que la propiedad autogestionaria, unida a formas desarrolladas de automatización del trabajo, crea más fuerzas productivas que el capitalismo. Sabido es que la micropropiedad (minifundio), la macropropiedad (latifundio) y el monopolio capitalista (privado o de Estado en beneficio de la burguesía o de la burocracia) crean menos fuerzas productivas que la propiedad social; pues ésta facilita la integración de la riqueza para que penetre, en todos los dominios de la producción, la automatización del trabajo manual e intelectual, superando la división del trabajo propia de las clases sociales.

La masa de inversión será más elevada en una economía socialista que con capitalismo privado, explotación rural semi-artesanal o con propiedad directa de los trabajadores: "... los instrumenos de trabajo, así como la tierra, serán propiedad de la comunidad, no pudiendo ser utilizados sino por los trabajadores, y, éstos, agrupados en asociaciones industriales y agrícolas, serán renumerados según su trabajo" (2).

Nada es utópico en estas palabras, sino expresión realista del socialismo

1 Marx, C. Crítica de la economía política.

2 Bakunin, M. Programa de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista.

de autogestión, indicando que el reparto se hará con arreglo a trabajo. No hay mucha difencia aquí con las formas autogestoras españolas de 1936-39, en la industria y la agricultura de España en poder de los anarquistas.

El socialimo totalitario, para beneficio de una "élite" burocrática, articulado rígidamente en una planificación centralizada, reduciendo las cosas y los hombres a meras cifras en el Plan Económico, persiguiendo objetivos cuantitativos, ha olvidado al hombre y su albedrío, su capacidad creativa, su imaginación, su fantasía, sin la cual muere de hastío, en una sociedad de consumo programada bajo dictaduras neo-stalinistas.

Bakunin conocía los valores humanos, sin dejarse alienar por el utopismo. El gran revolucionario ruso tenía una concepción integral del hombre, cuando dice:

"Las tres grandes causas de la inmoralidad humana son: la desigualdad, tanto política como económica y social; la ignorancia que es el resultado natural de la anterior; y, finalmente, la consecuencia necesaria de ambas, que es la esclavitud".

El desarrollo económico —desarrollo material sin paralelo desenvolivimiento de la moral social, la cultura colectiva, el urbanismo estético—, conduce a la sociedad de consumo programado, en que el sujeto humano es un animal despolitizado. En ese mundo de la burguesía o de la burocracia, el hombre —arreado como una piara— se siente angustiado y alienado; aparentemente está en la sociedad pero vive en una inmensa soledad; puesto que, en el transmundo de su vida cotidiana, el hombre sin alternativas siente su conciencia desdichada. En la negación de todos los falsos valores burgueses o burocráticos, el hombre alienado encontrará su afirmación; pues toda negación es afirmación, en buena dialéctica; y la negación del capitalismo no es el socialismo burocrático, sino el socialismo libertario.

En gran error de las revoluciones, basadas en el "culto de la personalidad" del *líder* que encarna el Estado absoluto, como un Dios viviente, es derribar a un mal gobierno de la burgesía para poner el gobierno de la burocracia, más totalitaria que la burgesía y no más igualitaria que ésta.

La *desalienación del hombre*, prometida por el socialismo, no la puede realizar el socialismo burocrático. Sparta era, con las leyes de Licurgo, un Estado totalitario; se basaba en la esclavitud de los ilotas que, para hacerlos trabajar, tenían que ser vigilados permanentemente por hombres libres, que no lo eran plenamente libres, al tener que vigilar a sus esclavos.

La dialéctica del amo y del esclavo crea una dependencia en que ninguno de los dos es realmente libre. Por tanto, ningún hombre puede ser plenamente libre, en ningún régimen político, más que en la medida que todos los hombres sean libres.

CATEGORIAS Y ESTRUCTURAS

En el mecanismo de las categorías económicas de cantidad y limitación, la producción, el consumo, el cambio y la distribución no son distintas entre

sí, sino modos diferentes de evolución; diferencias de sistemas; momentos históricos de la economía; categorías que en su movimiento, crean paralelamente conceptos reflejos en el pensamiento político, filosófico, artístico, religioso y jurídico. En cierto modo, lo que ignoran los filósofos profecionales —siempre alejados de la práctica del trabajo— es que las categorías de la economía en cierto modo determinan las categorías del pensamiento, que no es puro ni abstracto como creen los filósofos e ideólogos.

Marx —que expresó los conocimientos económicos, filósoficos y sociológicos de su tiempo— subrayaba la enorme importancia de las categorías económicas: "la producción, la distribución, el cambio y el consumo —decía— forman un silogismo, según las reglas: la producción es la generalidad; la distribución y el cambio son la particularidad; el consumo es la individualidad, que expresa la conclusión".

Todo productor, en el acto mismo de la producción, es ya consumidor: producir es consumir los medios de producción que se hayan utilizado o que se estén empleando. Ahora bien, no todo el consumo es cualitativamente idéntico. El *consumo* de la aristocracia, de la burgesía, de la burocracia, de la población ociosa, es consumo improductivo; igualmente, la producción de artículos de lujo y de armamentos. En algunos países, los grupos capitalistas, terratenientes, burocráticos o improductivos, absorben más del 40% de la renta bruta nacional, lo cual produce entropía económica, (degradación ecónomica o descapitalización), que no permite ampliar el capital gastado. Ello genera entropía económica tendencial, que hace inevitable la revolución del cambio, para abolir una estructura de clases anacrónicas; para crear un nuevo modo de producción: el socialismo de autogestión determinado por la propiedad social en lo económico, y por la democracia directa, en la política.

Los *ideólogos dogmáticos* no familiarizados con el movimiento dialéctico de las categorías económicas, ignoran que la producción es, inmediatamente, consumo y viceversa. Si este proceso se detiene, se produce la crisis económica, debido a que las categorías producción y consumo se interfieren u oponen por problemas de clases antagónicas y de reparto desigual de la renta social. Lógicamente, la producción es la mediación del consumo, cuyos materiales crea y sin los cuales no tendría objeto. Sin producción no puede haber consumo, pero sin consumo no hay producción. Sin necesidades no hay incentivos para la producción. El consumo produce la necesidad pero ésta, en Oriente u Ocidente, está limitada por el desigual ingreso monetario entre los trabajadores y los burgueses o burócratas. Si se produce mucho y el ingreso monetario es bajo, no se consume lo producido, a causa de que la burguesía o la burocracia limitan las necesidades de los obreros, para que los privilegiados puedan gozar de mayores ingresos destinados a gastos de lujo, tanto en la zona del dólar como en la del rublo.

El trabajo crea las necesidades, pero éstas son limitadas a la escala de las clases. La crisis económica es, así, consecuencia del divorcio entre las necesidades de la sociedad y la capacidad de producción para satisfacerlas. Al

aumentar la *productividad del trabajo* más hallá del volumen de satisfacción de las necesidades de los privilegiados se produce la crisis debido, en parte, al subconsumo de las masas asalariadas, deprimidas en su nivel de vida por la burguesía o la burocracia. Cuando la capacidad de producción de un modo de producción es superior a la satisfacción de sus necesidades de la clase privilegiada, la revolución social es inevitable para liberar con ella de sus ataduras a las fuerzas productivas. Como la necesidad material está determinada por el ingreso monetario de cada clase, es decir por la propiedad y la desposesión, se infiere de ello que el régimen de trabajo está dominado por el régimen de la propiedad estatal o privada con lo que vastas masas populares pierden su trabajo o están sometidas al subconsumo.

En países donde la producción es muy grande, pero sin consumo paralelo (para mantener el capitalismo sin entrar en el socialismo, como sucede en Estados Unidos), las crisis de sobre-producción relativa (países industriales), exigen históricamente una revolución social. Ello es necesario para poner en concordancia el modo de producción: las relaciones sociales y las fuerzas productivas; pero todo ello por un acto revolucionario, haciendo que el pueblo sea el protagonista del cambio mediante la democracia directa.

Hay que modificar el régimen de distribución para abrir perspectivas ilimitadas a la producción; pues que toda producción, menos el ahorro para inversión, tiene que resolverse en el consumo. Si un país baja su nivel de vida por causa de la crisis económica no necesita así más fabricas, sino menos.

En cierto modo, la producción determina el volumen del consumo, pero con propiedad privada el dinero lo determina desigualmente.

El hambre es hambre en todos los tiempos, pero la manera de zatisfacerlo es distinta para un esquimal (que come carne cruda con cuchillo), que para un brasileño (que se alimenta principalmente de legumbres), o para un norteamericano (que consume alimentos enlatados o refrigerados). Un yanqui, en su vida cotidiana, es distinto de un brasileño, no tanto por el medio geográfico, sino porque los objetos (bienes) modifican el comportamiento de los sujetos. Entre el sujeto y los objetos hay interación. Así, pues, la existencia modifica el estado de conciencia. Por ejemplo, un yanqui no es un brasileño, no por el espíritu, sino por la *praxis* (relación sujeto y objeto que crea una vida cotidiana diferente para uno y otro)

La dialéctica económica enseña que la producción no sólo produce un objeto para el sujeto, sino un sujeto para el objeto. La producción y el consumo constituyen dos polos económicos: cada uno se transforma en su contrario o es interdependiente de su contrario, para que pueda continuar el proceso económico. Cada uno de estos dos actos —producción y consumo— crea su contrario; pero en una economía de clases antagónicas no hay correspondencia entre la producción y el consumo; ambos se divorcian, se desarmonizan; no aumentan o disminuyen proporcionalmente. Así, pues, la producción y el consumo desarmonizados producen las crisis económicas cíclicas y con ello las condiciones políticas, sociales y económicas para el advenimiento del cambio socio-económico revolucionario.

La *producción y el consumo* se desarmonizan porque la sociedad está dividida en clases; porque la propiedad privada o estatal asigna a unos sin trabajar más que a otros trabajando; porque el mercado de los pobres (que es el más grande), tiene tendencia a consumir menos, a medida que el obrero produce más; porque los productos de su trabajo se transforman en mercancías; tienen así, necesariamente, que pasar por el cambio, que reparte desigualmente lo distribuído según la capacidad de compra de cada clase, en razón de su ingreso monetario: (sueldos, salarios, pensiones, rentas intereses, ganancias del capital, etc.).

El *cambio*, sin igualdad social, supone la propiedad privada o estatal y la moneda como sistema de reparto; determina el intercambio desigual entre pobres y ricos, entre la ciudad y el campo; entre países pobres y ricos. En el período paleolítico, durante muchos siglos el cambio no revestía la forma de mercancía o de dinero, pues la base de aquella sociedad no era la propiedad privada. En la comunidad primitiva no había, ni familia monogámica, ni propiedad privada ni Estado. Justamente porque cada modo de producción tiene sus correspondientes relaciones sociales y sus formas de Estado o carencia de éste en una sociedad auto-organizada sin clases antagónicas.

Mientras un régimen de distribución permite necesidades crecientes la producción y el consumo no se desarmonizan: el cambio fluye; no se detiene. Y es que en la distribución desigual entra la renta de la tierra, la plusvalía, los sueldos y salarios, los intereses del capital, las ganancias, las jubilaciones, los alquileres, los impuestos, todo lo que da derecho a retirar producción por medio del cambio para llegar al consumo en una sociedad mercantil y de clases de consumo desigual, de la cual no se ha liberado la Unión Soviética.

Si la riqueza fuera puesta en común —prescindiendo de las burguesías occidentales o de las burocracias orientales, de toda clase parasitaria, entregando la gestión de la economía a los productores directos, desprofesionalizando la política y aboliendo las clases antagónicas— se crearía así el socialismo de autogestión, que aboliría las rentas parasitarias. Esas rentas invertidas útilmente —cosa que no se ha hecho en el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo o bajo el despotismo asiático—, permitirían que la economía con el socialismo experimentara un crecimiento acelerado en beneficio de los trabajadores y los consumidores: libres, por fin, de la explotación del hombre por el hombre.

La economía libertaria constituyó en el alba de la humanidad, un modo de producción que duró muchos siglos, practicando una especie de *comunismo primitivo,* pero con mucha escasez de bienes, teniendo que dedicar, casi toda la jornada, a la busca de alimentos y vestidos (pieles), teniendo así poco tiempo de ocio para ser libres, cultos y científicos. Un "socialismo en la miseria" —ayer como hoy— no tiene sentido político, social, económico e histórico. Por eso en el mundo antiguo, la constitución de la propiedad privada en las sociedades agrícolas sedentarias, creó más fuerzas productivas que el comunismo primitivo, sustituyéndolo, con ventaja económica, y de ahí sus ne-

cesidad histórica, pero ahora la revolución científico-tecnológica constituye la base de una sociedad socialista.

Sin embargo, la propiedad privada o estatal en una época como la nuestra —cuando el hombre controla, en cierto modo, a la naturaleza—, ya no tienen sentido social, económico y político: deben ser sustituidas por una comunidad de bienes al servicio de libres trabajadores y consumidores, autoorganizados como productores directos, sin mediación de clases dominantes o parasitarias, ya se trate de las burguesías del Oeste o de las burocracias (seudo-socialistas) del Este.

Cuando el hombre ha llegado a la Luna, controla la enegía nuclear, cuenta con un cerebro desarrollado acompañado por ordenadores electrónicos, cuando la economía y el mercado son mundiales, cuando un obrero de hoy es capaz de producir varias veces más que uno de ayer con malos equipos de producción, ha llegado la hora de transformar la actual sociedad de dominación en socialismo de autogestión.

De seguir destinando la mayor parte de la investigación científica a la producción de nuevos y más destructivos armamentos, en vez de aumentar la productividad del trabajo útil, la ciencia y la técnica se convertirán en la mayor amenaza para el progreso humano. Ello sucede porque el hegemonismo o el imperialismo aspiran a la dominación del mundo en beneficio de su nación pero en contra de las demás. Ese antagonismo imperialista, inexorablemente, si los pueblos no saben luchar por la paz, conduciría a una guerra universal, de la cual sólo puede quedar en polvo la civilización, preparada ya para el socialismo, pero anquilosada todavía en el capitalismo.

Al comienzo de la década de los 90 somos en el mundo más de 5.000 millones de abitantes ¿Es posible que tantos cientos de millones de seres humanos sean pasivos ante los problemas de la guerra y de la paz, de la desocupación en masa, de la manipulación de las conciencias por la publicidad de la sociedad de consumo y ante las mascaradas de la clase política que se turna en el Poder, no para que estemos cada vez mejor sino peor?

La economía, la política, la gestión de las empresas y los gobiernos no han de ser la especialidad de unos cuantos tecnócratas o burócratas, en el Oeste y en el Este, sino tarea y compromiso de todo el pueblo, con democracia directa, ejercida todos los días y a todas las horas. En la era de la electrónica, la democracia no debe ser delegada sino realizada por todo el pueblo mediante una sociedad auto-organizada, que recupere del Estado todos los poderes que éste le ha usurpado. Pues, sin autogestión no hay emancipación del pueblo por el pueblo mismo. He ahí un axioma político

DIALECTICA: HEGELIANISMO Y MARXISMO

En la filosofía hegeliana están dados idealmente los mecanismos que estructura objetivamente el materialismo histórico elaborado por Marx a partir de Hegel. No obstante, la diferencia entre Marx y Hegel reside en que el pri-

mero coloca el epicentro del devenir en las fuerzas económicas y en las luchas sociales, mientras que el segundo considera el movimiento histórico como momentos diferentes de la *idea*.

Para Hegel —según Marx—, "lo verdadero es la *idea* y la *naturaleza* sólo es otra forma del otro ser de la *idea*". En realidad es el hombre transformando la naturaleza con su trabajo y sus técnicas el gran demiurgo de toda la creación, o sea, que en el devenir dialéctico el hombre se va haciendo a sí mismo en la medida que va haciendo diferente al mundo, no por un acto espiritual de la *idea*, sino más bien con sus técnicas y su trabajo. He ahí *algo* que no parecen haber entendido los filósofos y, sobre todo, los teólogos en la creación y evolución del mundo y su creador: el hombre que fabrica objetos, y en fabricando estos se fabrica a sí mismo.

En el proceso de conocer, Hegel, a pesar de su idealismo, tiene clara noción de la *ley de la cantidad que cambia la calidad y vice-versa*, en base a los cambios de gradualidad. "Lo positivo en Hegel —según Marx— en su lógica especulativa, es que los *conceptos determinados*, las formas fijas del pensamiento universal, en su dependencia frente a la naturaleza y al espíritu, son resultado necesario de la alienación general de la esencia humana y, por consiguiente, también del pensamiento humano, que Hegel ha presentado y agrupado como momentos del proceso de abstración. Por ejemplo, en Hegel, el *ser* superado es la *esencia*, la *esencia* superada es el concepto, el concepto superado es... la *idea absoluta*.. Pero entonces *¿qué es la idea absoluta*? Superar su propio ser de nuevo, si no quiere volver a recorrer de nuevo, desde el comienzo, todo el acto de abstracción, si no quiere convenir en ser una totalidad de abstracciones que se abarca a sí misma. Pero la abstracción que se comprende a sí misma como abstracción se sabe no ser nada: debe abandonarse —abandonar la abstracción— y llegar así a una entidad que es su exacto opuesto: la *naturaleza*. De ese modo, toda la lógica es la demostración de que el pensamiento abstracto no es nada en sí; que la *idea absoluta* no es nada en sí; que sólo la *naturaleza* es algo (1).

Pero si pasamos de lo abstracto a lo concreto, si reemplazamos la idea por la sociedad aparecen las luchas de clases, los antagonismos entre las naciones y así, en el devenir histórico y económico-social, surgen las guerras, las revoluciones, los conflictos de todo tipo, en los cuales la historia por sí no es su causa eficiente, sino el hombre haciéndose realidad política, tendiendo a superar su alienación a condición de superar todo lo que se opone a su liberación.

Volviendo a la dialéctica de Heráclito, Hegel ha querido dar una explicación total del mundo, pero un panosmismo, sin referencia al trabajo del hombre y a sus técnicas como motor de la historia, es muy insuficiente como filosofía. No obstante, la lógica dialéctica de Hegel revela la dinámica del ser y el mundo, su interacción en el devenir.

1 Marx, C. Manuscritos económicos y filosóficos (1844).

"Todo *nacimiento y muerte* —afirma Hegel—, en lugar de ser una gradualidad progresiva, son también una interrupción de ella, y una salida desde la variación cuantitativa hacia la cualitativa.

"*Ningún salto se da en la naturaleza*, se dice; y la representación ordinaria, cuando debe concebir un nacer y un perecer, cree, como se acordó, haberlo comprendido al representárselo como un aparecer o desaparecer gradual. Pero se ha mostrado que las variaciones del ser en general no son sólo el transpasar de una magnitud a otra magnitud, sino un transpaso de lo cualitativo y vice-versa, un devenir otro, que es un interrumpirse de lo gradual, y el surgir de otro cualitativo, frente a la existencia antecedente(...).

"Como base de la gradualidad del nacimiento se halla la representación de que *lo que nace* está *presente* en forma sensible o en general en forma *real*, y que sólo debido a su pequeñez no es todavía perceptible; de igual modo, en la gradualidad del desaparecer se halla la representación de que el *no ser* y el *otro*, que se introduce en su lugar, están igualmente presentes, aunque *no sean todavía observables*, y están sin duda, *presentes* no en el sentido de que lo otro está contenido *en sí* en lo otro presente, sino que está *presente* en él como *existencia*, aunque no es observable. Con esto se elimina al nacer y al perecer en general; o sea, lo *en sí*, lo interior en que algo está antes de su existencia, se cambia en una *pequeñez* de la *existencia anterior*, y la diferencia esencial, o diferencia de conceptos se cambia en una diferencia exterior, de pura magnitud" (1).

He ahí expuesta la ley de la cantidad que cambia la calidad de las cosas, un tanto abstractas o filosóficas, pero que puede ser también aplicada al proceso histórico, económico y social del hombre, aunque ello es más complejo en cuanto a su explicitación. Sin embargo, esta dialéctica enriquecida y aplicada, en ese sentido , podría dar una filosofía de la historia, a fin de adelantarse a los acontecimientos, sin ser profeta, sino siendo un científico o un filósofo, que una el conocimiento práctico y el teórico.

"Las leyes y las constituciones —dice Hegel— se vuelven algo diferentes cuando el territorio del Estado y el número de sus ciudadanos se amplian. El Estado tiene una medida de su magnitud, y al ser impulsado más allá de ésta, por falta de firmeza se quiebra en sí misma bajo la misma constitución, la que en condiciones algo diferentes había constituído su felicidad y fuerza (2).

En nuestra época, a fuerza de abusar del *análisis cuantitativo* de las computadoras sin poner en paralelo sus implicancias cualitativas, no pragmáticas sino más bien dialécticas, no se tiene el sentido de lo que sucederá a corto, mediano y largo plazo, viviendo así de la precariedad del presente, pero sin conocer sus antecedentes de pasado y sus proyecciones de futuro. De esta manera, el periodismo, la política nacional e internacional se repiten pleonásticamente como si los árboles no les dejaran ver el bosque.

1 Hegel, G. W. F. La ciencia de la lógica. Tomo I. Edit. Hachette. Bs. Aires, 1956.
2 Hegel. G. W. F. Obr. cit. Tomo I, pp. 474-73 y 483.

Hay demasiadas *contradicciones o antagonismos* en nuestro mundo que no se tienen en cuenta para un pensamiento coherente de la política, de la sociedad y de la perspectiva histórica. Pensamos, por ejemplo, con un sentido voluntarista, que el futuro siempre será mejor debido a la *ley del progreso económico y tecnológico*, pero no nos damos cuenta de que, si las mismas causas producen los mismos efectos, vamos hacia crisis económicas, sociales políticas y bélicas no inferiores a las del pasado o, quizá más grandes, ya que el mundo se va haciendo planetario. Y por tanto, según Hegel, "las leyes y las constituciones" de los pueblos devienen inoperativas, anacrónicas, y, en consecuencia, habrá tensiones, revoluciones, guerras, que tiendan a superar relaciones sociales y económicas, formas políticas y jurídicas obsoletas, mediante el cambio revolucionario.

Ni ayer ni hoy, ni quizá mañana, sin suprimir esas contradicciones, no habrá armonía entre las naciones mientras el mundo no sea un sólo país. El *imperialismo* por un lado, y el *hegemonismo* por el otro, quieren dar unidad al mundo, pero como ninguno de los dos es lo universal, sino lo nacional queriendo monopolizar lo mundial, necesariamente tiene que haber un *choque* para resolver esa contradicción, aunque ello suponga el estallido de una gran conflagración universal, incluso con el empleo de las armas de destrucción masiva. De nada serviría rezar en el Vaticano por la paz y hacer declaraciones pacifistas en Moscú o Washington, si *las multinacionales económicas y financieras yanquis y las multinacionales ideológicas soviéticas* —día a día— entran en contradicción por todo el mundo. El resultado —quiérase o no— será la *confrontación* entre las dos grandes potencias, pues en ello está puesta la posible unidad del mundo a escala planetaria, lo cual es muy amoral y muy sangriento, pero es que las fuerzas históricas *sólo* se plantean lo que pueden resolver, si el hombre, para bien, no actúa sobre ellas.

Si la economía mundial se desliza hacia la depresión, si la población en los países pobres aumenta y en los países ricos disminuye, si la desocupación crea millones de hombres sin trabajo, si se aumentan las fronteras y se multiplican las monedas en un mundo ya planetario, si en unas naciones hay democracia y en otras dictadura, si las ciudades explotan al campo con una relación de intercambio desigual, cosa que también hacen las "grandes" con las pequeñas potencias, si todos estos antagonismos existen, sin duda es necesario que se produzca un *cambio cualitativo* a partir de que la cantidad de contradicciones se vayan haciendo insoportables. He ahí un ejemplo concreto de dialéctica de la historia contemporánea, en cierto modo partiendo de la dialéctica abstracta de Hegel, pero muy concreta en nuestro tiempo en que ha habido más de 150 conflictos después de la terminación de la segunda guerra mundial de 1939-45.

Ahora bien, en la dialéctica abstracta la *concatenación de las contradicciones*, cadena indefinida de causas y efectos correspondientes, paraciera

crear un mundo muy contradictorio sin posibilidad de superar la alienación del hombre: nuevo Prometeo encadenado. Ello le crea una conciencia desdichada, aún por encima del trabajo asalariado o alienado y de las clases sociales de una época, ya que la *desalienación* no ha sido posible con socialismo administrativo, ni en la URSS ni en los países que han copiado su modelo de desarrollo económico, político y social.

Quiere decir que sustituir un régimen capitalista privado por otro de Estado, una economía de mercado libre por otra centralmente planificada, un Estado burgués por otro burocrático, una burguesía liberal por una burocracia totalitaria, ni en Rusia ni en ninguna otra parte emancipa al hombre alienado. Al contrario, cuanto más absoluto sea el poder del Estado, aún independiente de su época y régimen económico, menos libre es el hombre y, por tanto, menos feliz, ya que sin autogestión en la política, la economía, la justicia, la información, la ciencia, las empresas, los gobiernos y en todos los dominios políticos y sociales de la vida, no hay desalienación del hombre.

Si en la cadena de contradicciones las que son superadas crean otras del mismo contenido, pero con otras formas, entonces el mundo estaría condenado a un futuro siempre peor, aunque experimentara un gran progreso económico y tecnológico, lo cual sería el colmo de las contradicciones. No habría así esperanza de *redención humana*, siendo el hombre una especie de nuevo Sísifo. Ha de haber, sin embargo, liberación del hombre, pero no en lo prometido por todas las ideologías o religiones, sino por colocarlo en el centro del mundo que él ha creado, sin que haya clases dominantes, ni propiedad privada o estatal, ni *conductores providenciales*, ni elites del Poder, sino instituciones de democracia directa, amplia participación del pueblo en todo sin delegar sus responsabilidades en nadie, siendo asi el verdadero sujeto del nuevo régimen libertario y autogestionario.

Si en la segunda guerra mundial Alemania, bajo el nazismo, fué el otro polo de la contradicción de las democracias burguesas y si en la supuesta tercera guerra mundial lo fuera Rusia, con su hegemonismo, el hombre habría pasado de un antagonismo a otro de lo mismo, siendo así su porvenir incierto en cuanto a que es incapaz de superar lo inhumano en la historia. Ello sucedería porque somos incapaces (a la hora de navegar hacia nuestro sistema planetario o de llegar con satélites sondas hacia las galaxias) de constituir, en la Tierra, un socialismo autogestionario universal, (basado en un federalismo económico administrativo y político, que haga de nuestro mundo un solo país, única manera de abolir las guerras locales y universales, así como las depresiones económicas, políticas sociales, el desarrollo desigual de país a país y las desigualdades de hombre a hombre); se acabarían las guerras mundiales y las revoluciones sociales, ya que mediante el socialismo de autogestión, a escala planetaria, el hombre habría conseguido, por fin, su desalienación, imposible de conseguir con cualquier régimen que, en sí, lleve contradicciones y alienaciones.

LENGUAJE Y ALIENACION

Para Hegel, el lenguaje es el paso de lo singular a lo universal: el ser se *aliena* espiritualmente por medio del discurso, de la magia de la palabra, que no es un producto individual sino social. El *Yo* que se explica, como conciencia de sí, es una individualidad para *otros*, por medio de la Religión, de la Moral, de la Política, del Arte, el Derecho, etc. Sin el lenguaje, la religión no puede presentarse como revelación divina. Antes de la propiedad privada, de la monogamia, del Estado y de las clases sociales antagónicas, la alienación del hombre era sólo en la Naturaleza, pero no en la Sociedad, mediante las mistificaciones de la política, de la religión, de los mitos en que la alienación del ser humano se objetiviza como conciencia de sí en el Yo universal: (divinidad, doctrina redentora, verdad infalible, sacerdotes o líderes infalibles, providenciales).

El Yo se aliena en la redención divina (por la idea religiosa) o por la idea política ("paraíso soviético"); para el caso es lo mismo: alienación del ser humano (como devoción por su redención en el cielo) o con entrega de su libertad y espíritu de crítica (obediencia política ciega al líder de turno en el Kremlin). En ambos casos, la alienación puede estar puesta en la religión como en la política; pero el ser humano no está por ello menos alienado en el *líder* o en la doctrina de la revolución social, siempre que la redención sea efectiva, conducente al socialismo, luego de destruir el capitalismo; pero si se sustituye el capitalismo privado por el capitalismo de Estado, si la burocracia sucede a la burguesía sin liberación de las masas asalariadas, hay, pues, *ilusión política*, en la URSS, tan perniciosa como la entrega de la personalidad del cuerpo y el alma a los mitos de la religión.

El Estado es la expresión de la "conciencia noble": a él debe ser sacrificado el libre albedrío, —según los soviéticos—, para ser redimido el obrero de la explotación del hombre por el hombre: la *ideología soviética* pide así la entrega total de la personalidad al Estado y al Partido sin espíritu de crítica. En este sentido, *tanto daría entregarse a la ciega obediencia de la religión como a la de la política. Así el ser humano se aliena por preferir la fé a la razón*, la conducción providencial del líder a la democracia directa del pueblo autoorganizado y el capitalismo de Estado al socialismo de autogestión, cuando lo creído es antepuesto a lo vivido y pensado objetivamente.

Sobre los problemas del lenguaje y la alienación del ser humano, Hegel se expresa en estos términos: "El Yo que se explica es *aprendido*, es una contagiación en el curso de la cual ha pasado inmediatamente a la unidad con los cuales él está, y es conciencia de sí universal. Que él sea *aprendido* y en su devenir *expira* inmediatamente. Este *ser-otro* suyo es retomado en sí mismo, y precisamente tal es su ser, como conciencia de sí"... Hegel quiere significar, con este lenguaje abstracto, que el ser alienado está como ido de sí, con anulación de la conciencia de sí, como si el propio saber de sí se hu-

biera convertido en el saber universal. La obediencia indiscutida, la fé ciega, ya sea en el *Estado absoluto* o en el *Saber absoluto* (Dios o el Estado), inducen al ser humano a la alienación por la mística del lenguaje, por la renuncia del ser humano a su libre albedrío, por dejar a *otro* lo que a uno le pertenece o debe hacerlo sin delegarlo en políticos profesionales que siempre prometen electoralmente lo que luego no cumplen políticamente.

El Estado —ese universal abstracto— juega entre los soviéticos el mismo papel que jugaba la Divinidad ante el creyente por medio de la religión. En el primer caso, la mediación para la alienación política del ser humano se realiza mediante el *Partido único* y sus líderes máximos; en el segundo, los sacerdotes hacen de mediadores entre la Divinidad y el Pueblo, para su alienación mística.

En la URSS no se permite al individuo discutir o disentir con la política del *líder*, o sea, adisminuir su poder absoluto. El "Estado es así el poder decisivo" (el burócrata es su mediación) y debe ser obedecido con "obediencia de cadáver", como diría Ignacio de Loyola. En ese sentido, decía Hegel: "el heroísmo del servicio silencioso deviene el heroísmo de la adulación, cuando el ciudadano no tiene derechos políticos frente al Estado". En esta situación, *la alienación por la política puede ser tan total como la alienación por la religión en los estados místicos del alma, en el culto de las ideologías tatalitarias.*

La *alienación en el Estado absoluto*, en el *líder infalible*, es ahora más total que por la religión, (que se va haciendo una política, una moral), mientras que la ideología soviética es ya (con el culto del Estado absoluto, la infalibilidad del líder y el aparato del Partido), un sustituto de Dios, del Papa y la Iglesia de otros tiempos, en que la religión lo era todo, lo decía todo y lo sabía todo. Si desentrañamos las palabras, desmitificando la política, veremos que la ideología soviética tiene más de idealismo voluntarista que de materialismo histórico o dialéctico. Stalin estaba más cerca del Poder ilimitado de los Faraones o de Luis XIV ("el Estado soy yo") que del socialismo en libertad, de la democracia directa de los consejos obreros de fábrica, donde debe comenzar el socialismo y no por la constitución de un Estado absoluto, propietario de todo y de todos, como en la URSS.

La *alienación del individuo por el Estado aniquila al ser por sí en el ser para otro*, según se ha podido ver en el universo (concentracionario) de los totalitarismos del siglo XX (nazi-fascismos). Por eso la desalienación del hombre debe realizarse por la autogestión, que constituya al pueblo en dueño de sus destinos en la empresa de propiedad social.

Las ideologías determinan ahora más que las religiones la alienación del hombre, particularmente del obrero. El lenguaje de las ideologías está impregnado de idealismo semántico: no se instaura el socialismo con la caída de la burguesía, pero se lo domina así con capitalismo de Estado, para ofrecer a las masas populares un Edén en la tierra, que no podrá alcanzarse con el socialismo en un sólo país, con la burocracia y la tecnocracia en el puesto de la burguesía. Todo ello indicaría que no se resuelven las contradicciones

objetivas en presencia, pero se les cambia el nombre, para alienar a las masas populares por medio del lenguaje, del idealismo semántico, tanto en Oriente como en Occidente.

"El lenguaje de la alabanza es el espíritu que, en el poder abstracto de sí mismo, le confiere el momento del otro extremo, el ser-por-sí que quiere y decide la existencia y la conciencia de sí; en otros términos, esta conciencia de sí singular y efectiva viene a saberse ella misma la certitud de sí como el poder; ella es el hogar de sí (mismo), en el cual, por la alienación de la certitud interior, los puntos múltiples se han fusionado. Pero puesto que este espíritu, propio del poder del Estado, consiste en tener su afectividad y su alimento en la ofrenda de la operación y del pensamiento de la conciencia noble (obediente, aduladora del poder), así el Poder es la independencia devenida extraña a sí misma; la conciencia noble, el extremo del ser-por-sí, recibe el extremo de la universalidad efectiva a cambio de la universalidad del pensamiento que ella se ha alienado, el poder del Estado es transmitido a la conciencia noble. Es en ella que la fuerza del Estado deviene verdaderamente activa" (1).

La alienación política del individuo en el poder del Estado (socialismo prometido y no realizado), oculta detrás de las ideologías, crea un lenguaje de falsa redención de las masas, sobretodo en la ideología marxista-leninista.

Así las clases sociales siguen existiendo con otro nombre o sin él, como sucede en la URSS; la propiedad pública no es la propiedad socialista; la riqueza se reparte, bajo el imperio de la burocracia, con tanta desigualdad como entre obreros y burgueses, en Occidente.

La realidad, los mitos, los puros conceptos, los universales, la alienación de la criatura humana tiene lugar en el lenguaje, en el *nominalismo* o el *idealismo semántico* En nuestra época, éste adquiere todos los disfrace ideológicos de la política, presentando como socialismo el capitalismo de Estado, la democracia política por el régimen parlamentario de la burguesía y de las clases medias, donde está ausente el "demos" ya que no participa en nada directamente: empresas, administración, educación, información, justicia, fuerzas armadas (sin autodefensa), acceso a la ciencia en las Universidades y al dominio de las técnicas en las empresas: todo ello monopolio de burgueses, de burócratas o de tecnócratas.

Y como el hombre desposeído de sus medios de producción y de cambio, en la economía, y de sus derechos políticos efectivos, no habiendo democracia directa, siente frustración en la inmediatidad de su vida desdichada, piensa, si es religioso, en la ciudad de dios, y si es político, en la ciudad terrestre, prometida por los ideológos soviéticos, que hablan del advenimiento del "comunismo" como un paraíso posible en la tierra. En este orden de ideas, la alienación en el *líder providencial* (político o religioso), con renuncia a vivir ahora para ser feliz después, tiene colocada una venda en los ojos de

1 Hegel, G. W. F. Fenomenología del espíritu. p. 72.

la criatura humana que no es capaz de ser libre y feliz por sí sino por mediación de *otro*, lo cual niega su propia personalidad, su protagonismo histórico en libertad. En tales condiciones de obnuvilación del espíritu es imposible la emancipación del hombre por el hombre mismo, o mejor aún, del proletariado por el proletariado mismo, pues a él van dirigidas las *ideologías de redención semántica*, pero no práctica, mientras el oprimido no tome directamente, como cosa suya y de los que están en sus mismas condiciones de opresión, la tarea de su emancipación como protagonistas directos de la historia y de la política.

El fracaso de la ciudad de dios, en el cielo, y de los *paraísos sociales* aquí en la tierra, no depende de factores ideológicos o espirituales, místicos, alienantes, sino de la *relación en que actúa el capital-trabajo*, ambos ahora separados por mediación de la burguesía o de la burocracia, lo cual convierte al proletario en objeto y no en sujeto, ya que tiene que venderse como fuerza de trabajo asalariada. Así las cosas, el producto del trabajo es para el dueño del capital, tanto da que lo sea para el capitalista privado como para el Estado-patrón, lo cual determina la dependencia del obrero, su falta de libertad como ser humano y la pérdida de su derecho más importante: el derecho al trabajo y al producto de su trabajo. Por ello, la producción del trabajador, mientras no sea gestionada mediante la autogestión de los medios de producción y de cambio, conduce, con el dominio de las burguesías o de las burocracias, a la alienación del obrero en su trabajo. Ello tanto con unas como con otras, aunque éstas hablen de "democracia" o de "comunismo": meras palabras bacías, mientras el pueblo no ejerza el autogobierno económico, político y social, la justicia, la información, la autodefensa y la justicia popular; en una palabra, la democracia directa popular ejercida diariamente y no delegada parlamentariamente.

Sólo con la democracia directa, haciendo participar al pueblo como autogobierno sin mediación de una clase política profesional, el lenguaje político y la realidad social estarían en concordancia lógica, sintáctica y etimológica, estando de acuerdo los conceptos y los objetos por ellos significados.

Las palabras constituyen los elementos para componer los mensajes de la comunicación entre los hombres, pero si se cambian los contenidos dejando las puras formas verbales, el mensaje puede ser manipulado en el sentido ideológico deseado por una clase política usufructuaria del Poder político.

En su *1984*, Orwell, con gran visión del idealismo semántico como política del Gran Hermano o del Líder providencial, describe una escena en que el gran semántico Syme, creador de un "Nuevo Diccionario" explica a Wiston toda una política de la manipulación del lenguaje. Syme afirma, en semántico político, que reduciendo el número de conceptos se puede eliminar definitivamente ciertas cuestiones sociales y políticas indeseables o peligrosas, ya que no se las podría pensar si se hace una depuración apropiada del vocabulario. Llegamos, pues, así a la querella (medieval) de los *universales* en el

sentido de que una cosa no existe si no tiene nombre. He ahí la *alienación por el lenguaje*: los "slogans", la publicidad masiva de la "sociedad de consumo", las frases hechas de las ideologías que no concuerdan con la realidad, los conceptos éticos y culturales alienantes, a fin de manipular los cerebros según los deseos de las minorías privilegiadas y dominantes. En este aspecto psicológico-político, los hombres manipulados compran una mercancía (publicidad económica) o se inclinan hacia una ideología (publicidad política). pero todo ello sin conocimiento de causa.

En nuestra época, tanto en Oriente como en Occidente, la democracia... "popular" o "representativa", el "socialismo" y "el comunismo", han quedado como meras palabras vacías, *universales abstractos*, ya que han perdido sus significado, sus contenidos auténticos. El pueblo trabajador comprueba, en la experiencia de su vida cotidiana, la contradicción del lenguaje político con su realidad social y económica, con su falta de participación económica, política y social en el poder, sin la cual no puede haber democracia, de la clase que sea, y menos aún socialismo o comunismo.

Los profesionales de la política, las burocracias y las tecnocracias, las oligarquías financieras y políticas, a fin de mantenerse en el poder, ya sea a la derecha o a la izquierda, tienden a monopolizar la información, la ciencia, la cultura, la riqueza privada o pública. Para ello necesitan manipular las conductas de los seres humanos económicamente débiles, desprovistos de títulos de propiedad o de títulos universitarios. De esta manera, el poder económico (plutocracias) y el saber tecno-burocrático (oligarquías políticas), con distinto lenguaje, crean, en realidad, el mismo gobierno de clases privilegiadas, opresoras y explotadoras del pueblo trabajador, tanto a derecha como a izquierda.

El Estado, con las burocracias o las tecnocracias, en el Este, o con las burguesías, en el Oeste, va absorbiendo todos los poderes que quita a la Sociedad, lo cual no es muy democrático, ya que las "élites" del Poder, por sus propios intereses de clase, por querer monopolizar el Estado, son contrarias a la democracia directa, que de estar vigente desprofesionalizaría la política, haciendo protagonista de ella a todo el pueblo.

Cuando una minoría se aferra al Poder, sea como demo-liberal, socialdemocráta, demo-cristiana, socialista o comunista, busca su legitimación permanente ante el pueblo desinformando, mediante el monopolio de la radio, la prensa, la televisión, el cine, la cultura, las universidades, las escuelas, el deporte, las fuerzas armadas, la policía, los jueces, la religión, en suma, todos los poderes de manipulación y de represión de las masas a fin de no perder el poder supremo: Estado de clase de los que no trabajan nada y consumen mucho como clases parasitarias.

El lenguaje, herramienta política, no es una copia de la realidad; no expresa la *estructura social*, sino la *superestructura política* sin contradicciones visibles, tratando de borrarlas o de ocultaras o de no referirse a ellas, en el

sentido indicado por Syme, a fin de que el *Gran Hermano* sea adorado y obedecido más que un Dios, aunque sea hombre. En este orden de ideas, la alienación política, la manipulación grosera del pueblo, se transforma en ideologías, en "socialismos religiosos", que se han quedado como meras formas verbales sin ningún contenido real. Cuando el lenguaje es usado como instrumento de dominación de clase, expresión de la ideología dominante, legitimación del Gobierno sobre la Sociedad o como "slogans" o consignas del Partido único, no existe más verdad que la oficial. En tal caso, las palabras nunca estarán de acuerdo con los hechos. Así, pues, la desalienación pasa, necesariamente, por la revolución popular, por el socialismo de autogestión, como liberación verdadera de las masas populares.

Frente al *GranHermano* y su *Ministerio de la Verdad*, que depuran las bibliotecas de libros que entren en contradicción con su totalitarismo político y su Saber Absoluto, la Inquisición puede pasar por democracia o por un régimen de relativo libre albedrío, pudiendo escribirse aún obras como *Don Quijote*, de Cervantes, o *Los Sueños*, de Quevedo, quizá más condenables a un "auto de fe", en su época, que las obras de Pasternak, *Doctor Jivago* y *Mi hermana la vida*, más conocidas en el extranjero que en la URSS.

Cuando el Estado, mediante un Partido único, toma el *Poder total*, bajo el "slogan" de la "dictadura del proletariado" o del "Estado de todo el pueblo", la Sociedad queda inerme y pasiva, callando y trabajando, acudiendo a las manifestaciones para las cuales sea convocada, pues su finalidad es cumplir los planes quinquenales programados por la burocracia sin participación alguna del pueblo. Cuando una oligarquía política robotiza a los seres humanos, mediante desinformación programada en los libros, la radio, la prensa y la televisión, usando sistemas políticos, culturales y educacionales para convertir al hombre en un ser obediente, una minoría activa y revolucionaria debe desobedecer; elegir la libertad; recurrir a la acción mediante las estrategias de la guerra revolucionaria, hasta que la minoría activa revolucionaria arrastre contra los tiranos a la mayoría pasiva. Cuando la opresión es insoportable la revolución es inevitable para recuperar las libertades esenciales y los derechos humanos: la democracia directa, en la revolución, comienza siendo autodefensa que, finalmente, hace posible la autogestión, no delegando nunca más sus derechos al pueblo trabajador, a fin de que la política no siga siendo el arte de engañar al pueblo.

Los conceptos éticos, políticos, culturales, filosóficos, religiosos, jurídicos, sociales están manipulados, como lenguaje alienante, para que el pueblo no tenga nunca la capacidad de elegir, de autogobernarse, aceptando pasivamente el gobierno de turno, siempre contra el pueblo y no del pueblo , con la derecha burguesa o con la izquierda pequeña burguesa en el Poder turnante de las clases dominantes

Hay que pensar, percibir la realidad, conocer el mundo y la sociedad mediante un lenguaje objetivo, depurado de mitos, ideologías, "slogans" y frases

hechas, a fin de que el pueblo sea libre porque sabe ser culto, sin diferencias entre trabajo manual e intelectual, poniendo el saber al servicio del Autopoder popular, basado en una economía libertaria.

BIBLIOGRAFIA

CAZENEUVE, J.

Dix grandes notions de la sociologie. Editions du Seuil Collections Points, No. 75. París, 1976. Un libro sintético y analítico de las grandes corrientes del pensamiento sociológico. Plantea impotantes cuestiones sobre la organización social, tipología y fenomenología de las civilizaciones, el funcionamiento de las sociedades, teorías de la estratificación social, la movilidad de las clases y sus luchas.

Al plantear las luchas de clases Jean Cazeneuve se expresa, en cuanto a su finalidad, con estas suposiciones: "...es previsible que, en una etapa más lejana, las luchas de clases y mismo sus distinciones desaparecerán. Según Marx, la sociedad sin clases que él deseaba no debía suprimir inmediatamente las categorías profesionales, pues éstas no podrían ser abolidas más que en una sociedad donde los trabajos y los bienes serían, en fin, distribuídos, no según sus aptitudes, sino según sus necesidades". (Obr. cit. p. 212.)

CENTRE D'ETUDES ET DE RECHERCHES MARXISTES.

Editions Sociales. París, 1973. Un libro de textos escogidos de Marx y Engels sobre las formas socio-económicas que precedieron a la producción capitalista, la historia de los antiguos germanos y la época de los francos

CENTRE D'EETUDES ET RECHERCHES MARXISTES.

Libro integrado por diversos autores bajo el título Sur le mode de prodution asiatique. Entre otros trabajos incluídos cabe citar los siguientes: "La noción del modo de producción asiático y los esquemas marxistas de la evolución de las sociedades", por Mauricio Godelier; "Protohistoria mediterránea y modo de producción asiático", por Pierre Boiteau; "Bizancio y el modo de producción asiático" por Hélene Antoniabis-Bibicou; "La formación social asiática en la perspectiva de la filosofía oriental antigua", por Ion Banu.

HEGEL, G. W. F.

La fenomenologie d'Esprit. Aubier. Editions Montagne, París 1940. Sobre lenguaje como efectividad de la extranación de la cultura, para hablar con las propias palabras de Hegel, en el sentido del paso de lo singular a lo universal, a la alienación espiritual. "El lenguaje —dice Hegel— que da a la riqueza la conciencia de su esencialidad, y así se apodera de ella, es igualmente el lenguaje de la adulación, de la innoble adulación". Es importante leer el subtítulo (b) sobre "el lenguaje del desgarramiento", (Obr. Cit. tomo II, pag. 76).

LAPASSADE, g.

Claves de la sociología. Ediciones de bolsillo. Editorial LAIA. Barcelona, 1974. Entre los temas tratados son de destacar, entre otros, un análisis de la burocracia, modos de producción en la sociedad y sus contradicciones sociales, clases sociales y luchas de clases, el Estado y la Revolución, ideologías, comunicaciones y contraculturas.

KROPOTKIN, P.

El apoyo mutuo. Editorial Americalee. Buenos Aires, 1946. Después de un estudio amplio sobre el apoyo mutuo entre los hombres y los animales, Kropotkin, en los apéndices de su libro, trata los orígenes de la familia, partiendo de investigaciones de Bachofen, Morgan, Mac Lenan, Post, Kovalevski, Westermarck y Durckheim y otros. Subraya Kropotkin la agricultura de tipo comunitario, entre los eslavos, la "zadruga" y el "arteil", como modelos de producción.

LEFEBVRE, H.

Lógica formal y lógica dialéctica. Siglo XXI Editores. México, 1980. Este filósofo marxista, inclinado al socialismo de autogestión, después de haber roto con el Partido comunista francés, aboga por formas de democracias directa. Y en el libro, que reseñamos, es de destacar (para despejar el idealismo semántico) logica e ideología; movimiento y pensamiento; verdad y error; absoluto y relativo; desconocido y conocido; inteligencia (entendimiento); razón, inmediato y mediato, análisis y síntesis; inducción e deducción; y sobre todo, lógica y lenguaje.

"El análisis dialéctico —dice Lefebvre— presupone la forma lógica, que permite poner en evidencia las contradicciones y su "jerarquía" (contradicciones esenciales o subordinadas, aspecto principal de la contradicción), en el sentido indicado por Mao. "El análisis dialéctico —prosigue— desvela, disocia las contradicciones enmarañadas en el mundo de su unidad, incluso a las que se injertan sobre la lógica y la dialéctica". Así en la lógica del devenir todo tiende a nacer, desarrollarse y perecer, incluso los modos de producción y las clases sociales que le son correspondientes históricamente.

MANDEL, E.

Traité d' economie marxiste. (IV tomos). René Julliard París, 1962. En conjunto esta obra es importante para el estudio de las categorías económicas, sus contradicciones, tanto en Oriente como en Occidente, con burguesías o con burocracias en el Poder. El IV tomo hace un análisis objetivo de la sociedad soviética y sus contradicciones económicas y sociales desde el punto de vista de un marxista, sin limitaciones ideológicas o ideas preconcebidas. En suma, una obra importante para el conocimiento del capitalismo moderno y el socialismo de Estado.

MARX, C.

Volksausgabe (de El Capital). Acerca de los modos de producción y de sus clases dominantes, Marx, en esa edición alemana de El Capital dice: "El poder de que disponían los reyes asiáticos y egipcios, los teócratas etruscos, etc., ha sido transferido, en la sociedad moderna, a manos del capitalista, tanto individual como colectivo (sociedad por acciones". El Capital. I (1867. V. A. I, pp. 349-350.

Faltaría adicionar a esta concepción de Marx, sobre la transferencia de los poderes de los dirigentes del mundo antiguo a los capitalistas, el poder adquirido por los burócratas en el régimen soviético y Cía., que no han realizado el socialismo, y menos aún el comunismo, sino el capitalismo de Estado integral.

PIRENNE, J.

Civilizaciones Antiguas. Biblioteca Universal Caralt. Barcelona 1967. Este historiador aporta materiales importantes sobre la civilización sumeria, Babilónica, Egea, Griega, el medio rural y urbano, la infraestructura económica y la superestructura política, pudiendo captar lo esencial de los modos de producción y las formas de esas civilizaciones.

PETERSEN, W.

La población. Un análisis actual. Es de subrayar en este libro las relaciones entre producción, población y su densidad en kilómetros cuadrados por habitante. Especialmente recomendamos la lectura del capítulo sobre "La población de las sociedades primitivas". En este sentido, el autor inserta un cuadro muy importante en la pag. 295, indicando que, por ejemplo, los pueblos cazadores y pescadores del Artico necesitan, más o menos, 75-200 millas cuadradas para alimentar a un habitante, contra 4,5 habitantes, los pueblos pescadores de Norteamérica y Polinesia. Y nosotros añadiríamos que, actualmente, hay hasta 164 habitantes por kilómetro cuadrado en la CEE; pero 323 en Bélgica, 248 en Alemania occidental, 346 en Holanda y 230 en Gran Bretaña; pero en el Japón la densidad de habitantes por kilómetro cuadrado, es de 312. Ello indicaría diferente desarrollo económico y tecnológico entre estos países subdesarrollados del Artico, centro de Australia, zonas desérticas africanas y asiáticas, y la gran cuenca delAmazonas, y los países industrializados.

RATZEL, E.

Anthropogeography. Primera edición alemana de 1891. Este destacado geopolítico aportaba, en su tiempo, un detallado cuadro sobre desarrollo económico, espacio y población. En las pp. 264-5, tomo II, inserta datos muy importantes. Según él un esquimal necesita mucho espacio para procurarse su sustento: no hay más de 0,005 esquimales por milla cuadrada, más o menos que en el paleolítico inferior, y hay 2 a 5 habitantes por kilómetro cuadrado en las tribus de pastores nómadas. En la Patagonia argentina, en el territorio de Santa Cruz, actualmente, hay menos población por kilómetro cuadrado que en el Egipto de Ramses II.

PROUDHON, P. J.

Sistemas de las contradicciones económicas. Editorial Americalee. Buenos Aires, 1945.

Proudhon imprime a las categorías económicas un movimiento dialéctico con tendencia a devenir otra cosa: la competencia mercantil en monopolio. Pero el monopolio puede serlo a escala de un país, como muchos monopolios de Estado, pero en el mercado mundial, las mercancías de un mercado nacional vuelven a la competencia, entre las naciones, por el dominio del mercado.

En el movimiento de las categorías económicas es muy original este pensamiento de Proudhon: "Say tenía razón al decir que las riquezas naturales comunes no se distribuían, en el sentido económico de la palabra, y que si sucediese lo mismo con todos los productos de la naturaleza y del trabajo, el valor venal sería nulo, las consecuencias que se desprenden desaparecerían con él, y no habría economía política". He ahí cómo algunas categorías económicas, en su devenir dialectico, pudieran llegar a su negación, aún lo más concreto de la economía mercantil: el valor venal o de cambio.

SCHAFF, A.

Introdution á la sémantique. Unión Générale d' Editions. París, 1960. Libro importante sobre lenguaje y realidad, sobre la forma de las palabras y su contenido. El lenguaje tiene una gran importancia en la formación de las ideologías, especialmente usando y abusando de los universales, que constituyen formas de idealismo semántico.

CAPITULO II

CADA MODO DE PRODUCCION TIENE SU CRECIMIENTO ESPECIFICO DE POBLACION

Expansión demográfica en el Tercer Mundo y contracción en la OCDE.

Cada modo de producción, que ha pasado por la historia de la humanidad, mantiene la población en proporciones adecuadas. La demanda de hombres está determinada por el desarrollo de las fuerzas productivas. El nivel de vida de cada modo de producción regula el crecimiento de la masa demográfica más conveniente. Por ejemplo, la tabla de mortalidad infantil revelaba en 1981, en la India, que, de cada 1.000 niños mueren 121, entre 0 y 1 año; la esperanza de vida media era de unos 52 años; en Inglaterra la proporción es: 12 niños fallecidos por cada 1.000 nacidos y 74 años de media la vida expectante, porque la renta por habitante, hacia 1986 era de 9.900 dólares en la Gran Bretaña, contra unos 250 dólares en la India. En tan dispares condiciones económicas, hacia 1981 un británico consumía diariamente una ración alimenticia de 3. 306 calorías, contra 2.200 calorías para un hindú. A esta desigualdad económica correspondían, para estos países, diferentes porcentajes de mortalidad infantil y de esperanza de vida. El atraso económico y tecnológico de la India es la causa eficiente del analfabetismo, de la subalimentación, de la escasa esperanza de vida de su población adulta y de su elevada tasa de mortalidad infantil.

El *atraso tecnológico* de Indonesia (país de régimen económico similar al de la India) determina también un 38% de analfabetos y que tuviera, en 1985, una renta por habitante 490 dólares con 2.476 calorías por persona y unos 52 años de esperanza de vida. El hecho de que un norteamericano pue-

da recibir un tercio más de calorías diarias en alimentos que un indonesio, y que pueda aquél vivir, 20 años más que éste, se debe, más que a la medicina, a la razón económica de que un norteamericano, en 1984, disponía de una cantidad de energía mecánica, por día y habitante, de 7.302 kgs. carbón equivalente, contra 215 kilogramos en Indonesia y 4.086 en la CEE. Así las cosas, los niveles de productividad del trabajo en Estados Unidos e Indonesia, son extremadamente diferentes. Por ejemplo, un agricultor yanqui podía producir, en 1984, alimentos para 100 personas, mientras que un campesino hindú o indonesio consigue producir un poco más que la moderada satisfación de las necesidades frugales de su familia, trabajando de sol a sol. Los diferentes grados de productividad del trabajo determinan así el ritmo de la mortalidad infantil y la esperanza media de vida para la población adulta. El *malthusianismo*, por consiguiente, es un problema de subdesarrollo económico, cultural y tecnológico en países del Tercer Mundo.

El empleo de abonos sintéticos, la mecanización del trabajo agrícola, la creación de grandes unidades de producción agropecuaria, y la electrificación del agro, desmienten el malthusianismo económico en los países industrializados.

El Imperio Romano, al comienzo de la era cristiana, contaba con 54 millones de habitantes, de los cuales 19,1 millones en Asia, 11,5 millones en Africa, 6 millones en España, 6 millones en Italia, 3,4 millones en las Galias, 3 millones Grecia y 4,6 millones en las provincias europeas restantes. En 1960 Inglaterra, Alemania, Bélgica, Holanda, y Francia tenían, respectivamente, una población de 52,3 millones, 53 millones, 9,1 millones 11,4 millones y 45 millones de habitantes. Las provincias europeas del Imperio Romano, que a principios de la era cristiana tenía una población de 4,6 millones de habitantes, registraban en 1960 una población global de 171 millones de habitantes. La explicación económica de este crecimiento de población reside en el hecho de que el modo capitalista de producción ha creado más fuerzas productivas —en las provincias europeas del Imperio Romano— que la economía esclavista, desmintiendo así la teoría malthusiana de la población. Pues es evidente que aunque somos muchas veces más habitantes que en el período del hombre de Neanderthal vivimos con más nivel de vida que él.

A diferencia del esclavismo y del feudalismo, el capitalismo utilizó la energía mecánica (carbón mineral, electricidad, petróleo y energía nuclear), mientras que aquéllos antiguos regímenes sólo se emplearon, como fuerzas productivas, la energía muscular humana y la de los animales domésticos. Como las antiguas provincias europeas noroccidentales del Imperio Romano eran ricas en hierro y carbón mineral, la revolución industrial, bajo la fuerza de la máquina de vapor, desde el siglo XIX, hizo de Inglaterra, Alemania, Bélgica, Holanda y Francia centros de progreso económico y tecnológico: países de gran concentración demográfica producida por la acumulación del capital en zonas ricas de energía mecánica (carbón) y de materias primas fundamentales como el mineral de hierro. La industria carbonífera y la side-

rurgia, en gran escala, convirtieron la Europa capitalista en imperio mundial, mediante la fusión del hierro por el procedimiento del Alto Horno, la fabricación de la pólvora y el empleo industrial de la máquina de vapor. El expansionismo europeo, bajo el signo capitalista, alcanzó dimensiones planetarias desde el siglo XV hasta el año 1945; pues su poderío militar era potencia económica y tecnológica frente al feudalismo, carente de fuerzas productivas mecanizadas.

COEFICIENTE DE MORTALIDAD Y ESPERANZA DE VIDA EN DISTINTOS PAISES
(Población masculina y femenina)

PAISES	Tasa de mortalidad infantil por 1000 niños nacidos		Años de esperanza de vida, desde fecha de nacimiento.	
Países subdesarrollados:		Año 1981		Año 1981
Egipto (1936-38)	166.5	110	38.5	57
Isla Mauricio (colonia Britan.	66.0	–	33.0	–
El Salvador (1949-51)	92.6	75	51.0	63
Guatemala (1937-41)	88.7	66	36.5	59
Mexico (1940)	83.3	54	38.8	66
Chile (1940)	134.6	42	38.8	68
Guayana Britanica (1945-47).	68.0	–	50.6	–
India (1941-50)	182.8	121	31.6	52
Brasil (1949-51)	142.3	75	36.0	64
Bolivia	146.3	129	36.0	51
Países Industrializados: (1950-55)				
Suecia	25.0	7	71.0	77
Inglaterra	19.0	12	70.0	74
Francia	35.0	10	66.0	76
Holanda	19.0	8	72.0	76
Estados Unidos (1950)	29.2	12	68.4	75
Suiza	25.8	9	70.8	76
Alemania	43.0	13	62.0	73

FUENTE: *Tables types de mortalité pour les pays sou-developpés.* Naciones Unidas. Nueva York, 1956, *Informe sobre el desarrollo mundial 1983. Banco Mundial. Washigton, 1983 La población de la América del Sur, en el período de 1950 a 1980.* Naciones Unidas. Nueva York, 1955.
Statistical Yearbook. United Nations. 1957.

Durante el *período paleolítico*, cuando el hombre disponía de pocas fuerzas productivas, la tasa de mortalidad infantil por cada 1.000 nacidos (entre 0 y 1 año) alcanzaba quizá a 800 muertos. Bajo la economía esclavista de las culturas del bronce o del hierro, la tasa de mortalidad infantil estaba quizá por encima de 600; durante el feudalismo —en los países de menor desarrollo de la economía agropecuaria— esa última cifra debió de mantenerse, en la Europa medieval, entre los siglos X y XIV.

En la actualidad, el régimen económico de la India, de estructura tecnológica atrasada, tiene su ley de población peculiar: mueren, antes de cumplir un año, muchos niños; y los que sobreviven —como promedio— no viven como adultos más de 52 años, contra 7 niños de cada 1000 nacidos, que mueren en Suecia; los suecos viven alrededor de 77 años. La economía y la tecnología son determinantes, en estos dos casos, de una ley específica de la población. La India aumentó su población de 318 millones de habitantes en 1941 a

781 millones en 1986, es decir, 460 millones más habitantes entre 1941 y 1986, contra sólo 321 millones de habitantes la CEE, en 1985.

Estados Unidos entregó a la India varios millones de toneladas de alimentos (productos agrícolas excedentes), para contener el avance revolucionario, no sea que la India siga el camino de China. Tal política, a la larga, es como querer detener un torrente con diques de arena. En la India, con *cama pródiga y mesa escasa*, el devenir apunta hacía el cambio revolucionario que es obligado para la India, por más que los teóricos del conservadurismo se empeñen en hacer correr los ríos hacia atrás.

Los millones de toneladas de trigo regalados por los yanquis a la India para mantenerla en sus estructuras neo-feudales, no serán suficientes para evitar una necesaria revolución, que libere las fuerzas productivas de sus ataduras anacrónicas (oligarquía indígena) y de sus dogales exteriores (capital extranjero) que ha sustituído la colonización bajo bandera por la colonización económica, mercantil y financiera.

Pero lo que sucede en la India puede ser generalizado a los países afro-asiáticos y latinoamericanos, a la geo-economía y geo-demografía de la mayor parte del espacio del mundo, en los fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI.

Al comienzo de la década 1980-90, cada día nacían 300.000 niños, pero de ellos nacidos 272.727 en Asia, Africa y America Latina, es decir, que de cada niño 11 niños eran alumbrados 10 en los países pobres. A este ritmo de superpoblación en los países subdesarrollados y de poco aumento de población en los países industrializados tiene que surgir un grave conflicto, con guerras y revoluciones, entre regiones pobres y ricas, lo cual supone un drama para la historia de finales y comienzos de los siglos XX y XXI. Pues hacia el año 2050, según proyecciones calculadas del aumento mundial de la población, el mundo tendría 11.000 millones de habitantes, de los cuales 8.800 estarían en los países afro-asiáticos y latinoamericanos. En estas condiciones, la lucha de clases entre trabajadores asalariados y capitalistas de los países ricos sería menos antagónica que la lucha entre los países pobres y los países ricos.

En el año 2.000, si el crecimiento mundial de la población es como el registrado en 1980, la población total (global) alcanzaría, aproximadamente, 6.400 millones de habitantes, de los cuales 79,5 % en los países pobres y 20,5% en los países ricos, incluyendo en estos últimos a la Unión Soviética y su bloque europeo sovietizado. Quiere decir que la lucha por la liberación de los paises afro-asiáticos y latinoamericanos colocará en el mismo frente a los yanquis y a los soviéticos, al imperialismo norteamericano y al hegemonismo soviético, quizás menos antagónicos entre sí, en los finales del siglo XX, que éstos con los países subdesarrollados, opuestos a la neo-colonización del dólar y el rublo.

NEO—FEUDALISMO E IMPERIALISMO

Debido a la acción conjunta negativa del imperialismo económico y el

feudalismo residual, los países subdesarrollados tienen desempleo crónico: casi del 30 % de su mano de obra total; en estos países se podría suprimir un 30 % de la fuerza de trabajo, sin que por ello disminuyera el volumen físico anual de producción. Ello sucede porque la población campesina sobrante no es absorbida en las ciudades, pues la industrialización urbana es lenta: no asimila los sobrantes de población del agro. En la India, por ejemplo, un ingeniero puede contar con 20 criados; un ingeniero chino tiene que lavarse sus propios platos, cuando está fuera de los lugares de trabajo, en su departamento. En estas condiciones China consigue aumentar sus fuerzas productivas más que el crecimiento de su población; mientras, la India sólo logra un crecimieno de producción inferior o igual al aumento de su población. Las enfermedades, el hambre y la desocupación explican la mortalidad infantil y una escasa vida expectante en la India: el malthusianismo es realmente consecuencia de su atraso económico.

EVOLUCION HISTORICA DE LA POBLACION EN EL MUNDO

Años	Población millones	% de aumento sobre el periodo anterior, anual	Modo de Producción
1000.....	340	—	Feudalismo
1650.....	545	0,07	Feudalismo
1750.....	728	0,3	Neofeudalismo
1800.....	907	0,45	Precapitalismo
1850.....	1.175	0,55	Máquina Vapor
1900.....	1.610	0,64	Capitalismo liberal
1920	1.820	0,6	Capitalismo mono-
1930	2.015	1,0	polista. Capitalismo
1940	2.249	1,1	de Estado.
1950	2.509	1,1	Automatización,
1960	3.005	1,8	energía nuclear.
1965	3.275	1,8	Epoca de transición:
1983	4.677	1,7	Socialismo-Capitalis-
			mo. Multinacionales.
1988	5.000		Mercados comunes.

FUENTE: Cuadro compuesto por el autor, en base a datos extraídos de *Malthus et les deux Marx*, por Alfred Sauvy. Edit. Denöel, París. Las cifras de 1988 son del autor. El aumento de la población en los países ricos es ya

tan escaso que las generaciones nuevas no podrán pagar las jubilaciones a los viejos.

Es evidente que *el modo de producción determina el crecimiento de la población*. En el feudalismo, entre el año 1000 y el 1800, la población aumentó 2,7 veces, durante 8 siglos. Al contrario, con el capitalismo, desde el empleo del vapor, la población se duplicó en el curso de un solo siglo: 1850 a 1950. Actualmente, con la propiedad común, la automatización del trabajo, la mecanización del agro, el uso masivo de fertilizantes sintéticos y la energía nuclear, el malthusianismo no debe ser tenido como un *pesimismo histórico,* ya que es inherente al sistema económico, al desarrollo tecnológico de las fuerzas productivas.

Cada modo de producción: esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo tiene su ley de población. Europa occidental, hacia 1981, tenía una densidad media por kilómetro cuadrado de 66 habitantes, contra 60 en Asia: 16 en América del Norte y Centroamérica; 14 en Sudamérica; 16 en Africa y 3 en Oceanía. Las diferentes densidades de población por país y kilómetro cuadrado —si bien se deben a la feracidad de las tierras— su factor determinativo está en función del grado de progreso económico y tecnológico de cada país. Por ejemplo, contando con la energía mecánica de que dispone un noruego o un norteamericano, se podría obtener agua, en capas subterráneas profundas, en los desiertos de Gobi y de Sahara, convirtiéndolos en tierras cultivables; socializando la tierra, el capital el trabajo y la técnica, no hay nada imposible para el hombre, como no sea la vida eterna.

Pero como el mundo es muy distinto de país a país y de región a región, debido a los intereses opuestos entre naciones industrializadas y subdesarrolladas, entre trabajadores y empresarios (Oeste) y entre obreros y tecno-burócratas (Este); la lucha de clases y la guerra constituyen así el signo y el destino del hombre, mientras esté escindido en clases antagónicas y en naciones dominantes y dominadas.

El antagonismo entre hegemonismo soviético y su neo-colonización en el COMECON es tan válido como entre el imperialismo económico de las multinacionales y los países afro-asiáticos y latinoamericanos. Y en el caso de Rusia y de China, la primera con poca densidad de población y mucho espacio geográfico y la segunda con poco espacio y mucha población, a pesar de ser países comunistas, chocarán militarmente ya que China necesita el espacio vital de Siberia para colocar el *sobrante de su población*. En este sentido, la guerra entre Rusia y China es más problable que entre éstas y Estados Unidos a medida que nos aproximemos a los fines y comienzos de los siglos XX y XXI.

DESARROLLO DESIGUAL EN EL MUNDO

En Europa occidental, donde se desarrolló el progreso tecnológico bajo

el régimen capitalista, del total de la tierra, al terminar la segunda guerra mundial, un 26% estaba en cultivo, contra 12% Norteamérica, 7% Africa, 15% Asia, 5% Sudamérica y 3,2% en Australia. Debido al empleo de fertilizantes químicos, Europa viene obteniendo un rendimiento de 51 quintales de trigo por hectárea en Alemania y 67 en Holanda, contra 14 en Sudamérica y 10 en Africa. El abono sintético, creado por la química de síntesis, dio a Europa alimentos adicionales que no podían conseguir las viejas civilizaciones no tecnológicas. Sin los adelantos en fertilizantes químicos, millones de europeos tendrían que haber emigrado a otros Continentes o venir como conquistadores de los espacios libres ultramarinos; pero con la explosión demográfica en Asia, Africa y América Latina ya no es posible venir en colonizador directo sino indirecto mediante las empresas multinacionales y los préstamos bancarios.

El atraso económico de España obligó, a enormes masas humanas de este país, a emigrar hacia Latinoamérica, luego de la desintegración del Imperio colonial español. La emigrasión de masas de población sobrantes de Italia, España y Portugal, como fenómeno demográfico de países atrasados de Europa, indicaba claramente que cada régimen económico tiene una dinámica de población peculiar. Al no hacer la reforma agraria en España, Portugal e Italia, grandes masas de campesinos tuvieron que volcarse en Latinoamérica retrasando, en consecuencia, la revolución agraria en estos países. *La reforma agraria* (para tecnificar la agricultura y concentrar el capital industrial bajo formas socializadas), es conidición fundamental para el avance económico acelerado en países con mucha población rural. Con mayor razón se impone la instauración de una *economía socializada* en países afroasiáticos y latinoamericanos, cuyo atraso económico puede ser apreciado en el cuadro siguiente:

CONSUMO DE ENERGIA Y ACERO POR HABITANTE
EN DISTINTAS REGIONES DEL MUNDO
(Kilos de acero y de carbón por habitante)

Regiones del Mundo	Consumo de energía: (expresado en Kgs. de carbón equivalente		Consumo de Acero por habitante. (kgs.)	
	Año 1950	Año 1981	Año 1950	Año 1981
Norteamérica	–	7.103	546	552
Europa (CEE)	1.990	3.358	135	437
URSS	1.780	4.230	126	550
Africa	200	250	13,8	23
América Latina	410	1038	22,8	73
Asia (sin China comunista)	140	–	8,7	–
Países muy subdesarrollados	190	–	–	–
Mundo (promedio)	1.120	–	78,5	–

FUENTE: *Population*, octubre diciembre de 1953. Editions I. N. E. D. París. Las cifras correspondientes a 1981 son del autor.

Hacia 1950, Estados Unidos absorbía la mitad del total del consumo de energía de Occidente, el 55% de la bauxita, el 52,9% del mineral de hierro, el 52,2% mineral de manganeso, el 68,2% del cromo, el 62,5% del estaño, el 48,9% del cobre, el 53% de los fosfatos, el 37,9% de la potasa y el 64,5% del

azufre. Con el 5% de la población mundial, Estados Unidos (no incluidos los países socialistas) consumía en 1950 el 51% de la energía mecánica del Occidente y contaba casi con la mitad de la renta bruta occidental. La desproporción de riqueza entre las naciones es un fenómeno del imperialismo económico y tecnológico desigual de países a país (concentración de la riqueza mundial en los países capitalistas industrializados y acumulación de la pobreza en los países subdesarrollados). Este antagonismo entre imperialismo económico (países capitalistas avanzados y países subdesarrollados) constituirá el drama revolucionario a finales y comienzos de los siglos XX y XXI: : guerras revolucionarias, que deberán resolver ese antagonismo universal mediante la violencia, para superar el atraso económico y tecnológico en las regiones subdesarrolladas: dos tercios de la población mundial subalimentada, analfabeta y explotada por sus oligarquías y por el imperialismo.

En función de la ley de desarrollo económico y tecnológico desigual de país a país, la miseria se concentraría en los países subdesarrollados: 4.927 millones de seres en el año 2.000, contra 1.227 millones en los países industrializados, que tendrán que chocar como países pobres y ricos en guerras o movimientos de liberación, sobre todo, USA y Latinoamérica.

El *imperialismo económico* creó la contradicción existente entre países imperialistas y países neo-coloniales, mediante la inversión directa de capitales en el extranjero. Así, Europa Occidental Japón y Estados Unidos imponen *economías de monocultivo* a los países afro-asiáticos y latinoamericanos: especializados en la producción y exportación de uno, dos o tres productos del país. Estos países son satelizados económicamente por los países industrializados; pues el monocultivo neo-colonial permite a europeos, japoneses y norteamericanos comprar barato y vender caro en los países neo-coloniales; se crea así una colonización financiera y comercial que ha sustituído a la colonización directa bajo bandera de los tiempos anteriores a la segunda guerra mundial.

La lucha de clases cobró así, como antagonismo entre burgueses y proletarios, una nueva dimensión en la época del imperialismo y del hegemonismo, como lucha entre países pobres y ricos, quizá más global y decisiva que la lucha entre capitalistas y obreros. Aunque la mundalización del capitalismo por medio de las empresas multinacionales norteamericanas, europeas y japonesas daría a esta lucha entre capitalistas y obreros un ámbito internacional. Y cuando se una a la lucha de los trabajadores, la lucha general de la sociedad y la de las naciones oprimidas por el imperialismo económico con la de las clases medias económicamente débiles, estará madura la revolución social.

MALTHUSIANISMO ECONOMICO

El malthusianismo económico es un reflejo teórico de la economía capi-

talista. Las teorías de Malthus, sobre la desproporción económica entre la población y la producción, estuvieron de moda durante el siglo XIX; ellas tuvieron como fuentes de inspiración el acelerado crecimiento de la población en Estados Unidos, país que sólo contaba 1,5 millones de habitantes en 1750. Posteriormente la población norteamericana se incrementó a ritmo acelerado, debido a la emigración y su crecimiento vegetativo demográfico. Norteamerica disponía de todas las condiciones favorables para el aumento rápido de su población: amplio espacio geo-económico, variedad y abundancia de materias primas, fuentes naturales de energía, tierras vírgenes. Todo ello era favorable al desarrollo económico y al aumento de su población.

Malthus, sobre datos del crecimiento de la población norteamericana, enunció así su famosa ley de la población:

LA LEY DE LA POBLACION DE MALTHUS

— La Población aumenta en progresión geométrica	1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, ..
— Las subsistencias crecen en progresión aritmética	1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, ...

"En dos siglos —dice Malthus— la población será, respecto de los medios de subsistencia, como 256 es a 9; en tres siglos, como 4096 es a 13; en 2.000 años la diferencia será casi incalculable". Sin embargo, actualmente la población de Estados Unidos sólo aumenta a razón de 0,9% mientras que el producto bruto lo hace alrededor del 3%. Ello evidencia que el *malthusianismo económico* no es tan grave económicamente como lo suponía Malthus. En China comunista, la población aumenta menos que el incremento de la producción; pero a condición de haber abolido el régimen de los mandarines y de suprimir una burguesía indigena incapaz de realizar el desarrollo económico y tecnológico de China.

Malthus tenía una política reaccionaria: quería mantener escasa la población obrera, para que el *excedente de población* no agravara la crisis general del sistema; dramatizaba la ley de la población del sistema en estos términos: "La facultad reproductiva puede con la misma facilidad duplicar 1.000 que 1.000.000.000 cada "x" años; pero el alimento necesario para sustentar ese incremento no se obtendrá, en forma alguna, con la misma facilidad. El hombre está por fuerza limitado al espacio. Cuando se ha añadido un acre a otro acre hasta que toda la tierra fértil esté ocupada, el incremento anual de alimentos tiene que depender de la mejora de la tierra ya poseída. Esta es una corriente que por naturaleza de los suelos, en lugar de crecer, tiene que disminuir gradualmente" (1).

Sin embargo en el año 1.000 de nuestra era la humanidad parece que contaba con 322 millones de habitantes, viviendo en una miseria espantosa.

1 Malthus, T. R. Ensayo sobre el principio de la población. Londres, 1803.

En 1988 la humanidad alcanzaba 5.000 millones de personas, que viven mejor, más felices con más alimentos y comodidades que el hombre del año 1000, en plena Edad Media.

El hombre moderno produce caucho sintético, fibras artificiales para vestirse, materias primas de síntesis y hace ahora producir a la tierra con un obrero en Holanda, más que con 20 agricultores de la Edad Media, o que con atraso tecnológico en Asia, Africa, y América Latina.

La *ley de los rendimientos decrecientes en la agricultura* es contrarrestada con el empleo de abonos químicos, con la mecanización del trabajo rural y con una nueva división del trabajo en el campo. Consecuentemente, la ley de la población de Malthus es una ideología burguesa sin valor absoluto objetivo, sino más bien subjetivo y relativo a cada país.

Y en cuanto a la *fertilidad* de las mujeres, a la *natalidad* y la *mortalidad* de la población, debido a los adelantos contra-conceptivos, el aumento demográfico, paradójicamente, es menor en las sociedades industrializadas, ricas, con abundancia de alimentos, que en las sociedades atrasadas, pobres, donde son empleados escasamente los procedimientos para limitar el incremento de la población hasta tasas inferiores a su reproducción simple, particularmente en países como Alemania, Gran Bretaña, países escandinavos, Bélgica, Holanda, Francia, Estados Unidos y otros países del bloque soviético de lento crecimiento de su población.

Es tan enorme el *arsenal contra-conceptivo* (píldoritas, inyecciones de efecto retardado, apliques vaginales y cuando esto falla recurrir al aborto, sin mencionar el acrecentamiento de homosexuales), que, en los países industrializados, se ha pasado de una fecundidad por pareja matrimonial de casi 3 niños, al terminar la segunda guerra mundial, a 1 niño, más o menos. Ello evidenciaría que aunque las parejas matrimoniales sean de países ricos (con abundancia de alimentos, viviendas, vestidos y cuidados sanitarios), tienden a no reproducir su población por falta de cunas y exceso de tumbas, cuando mueren más habitantes que nacen en un país como Alemania, por no citar a otros. En consecuencia, desde que el hombre puede intervenir regulando voluntariamente su reproducción, las teorías de Malthus sobre la población han perdido vigencia.

Sin embargo, el crecimiento de la población sigue siendo un hecho espontáneo en los países afro-asiáticos y latinoamericanos. En este sentido, de los 80 millones de habitantes en que aumentó la población mundial en 1984 unos 70 correspondieron a los países indicados donde tienden a polarizarse las *contradicciones económicas, políticas, sociales y demográficas* del inmediato futuro del mundo, produciendo guerras de liberación entre países imperialistas y neocoloniales y guerras civiles entre clases sociales antagónicas, que pudieran implicar la intervención de los grandes bloques militares opuestos.

Hacía el año 2000, si continúa el incremento de la población actual, la humanidad aumentaría por año en casi 100 millones de habitantes, de los cua-

les 90, en los países subdesarrollados. La *explosión de la población* en Asia, Africa y America Latina va a crear condiciones revolucionarias para que el mayor partido de todos sea el *partido del descontento,* que exigiría grandes cambios económicos, políticos y sociales para poner en armonía los recursos naturales y los recursos humanos, a fin de que todos los hombres, sin distinción de clases, tengan un puesto en el banquete de la vida.

Hacia 1975 se disponía en el mundo de 0,4 hectáreas de tierra arable por habitante, pero al ritmo de acrecentamiento anual de la población no habría más que 0,25 hectáreas por persona en el año 2000, ya que se está desperdiciando mucha tierra útil con la extensión de las megalópolis, las autopistas, el amontonamiento de deshechos humanos e industriales, y, sobre todo, en tierras erosionadas por cultivos irracionales,lo que no puede permitirse una población en contínuo crecimiento en el Tercer Mundo.

La *contaminación* de la tierra, el agua, el aire y quizá el espacio extraterrestre, acidificando las lluvias, acaba con los bosques; pone en peligro las cosechas; mata la vida en los ríos y lagos y en las plataformas marítimas continentales. Ello exige un modelo de desarrollo federativo, mundial, integrado, que anteponga los intereses generales de la humanidad a los de las naciones imperialistas o hegemonistas y de las clases dominantes, tanto en los países industrializados y subdesarrollados

El mundo antagónico actual está mal repartido y peor gobernado: un habitante de los países más ricos consume por año, aproximadamente, según país, 40 veces más que una personna nacida en el país pobre. Por increible que parezca los países industrializados acaparaban, al comienzo de la década de 1980-90, el 85 % de consumo de energía y el 70% de la producción de cereales y, más o menos, el 80% del producto interno mundial y el 92 % de la producción industrial del mundo. Quiere decir que la "brecha" económica, tecnológica y cultural entre países industrializados y subdesarrollados tiende a ensancharse y no a cerrarse en los finales y comienzos de los siglos XX y XXI. Por consiguiente, los conflictos entre países pobres y ricos van a ser más violentos que entre países comunistas y capitalistas, si estos siguen difiriendo la guerra en base a políticas armamentistas de *disuasión*, conservando, entre ellos, la paz por el equilibrio del terror atómico. En tal caso, el eje de la historia se desplazaría hacia los países afro-asiáticos y latinoamericanos, particularmente a estos últimos, donde van a librarse guerras revolucionarias, civiles, de liberación, que implicarían, finalmente, la intervención del imperialismo, como en el caso de Hungría (1956), Checoslovaquia (1968), Afganistan (1979), o como las del imperialismo en Corea (1950-54), Vietnam (1961-75), Santo Domingo (1965). La "guerra sucia" en Nicaragua y en El Salvador no es más que el prólogo de una guerra revolucionaria más vasta que afectaría al subcontinente latinoamericano, a fin de que éste logre su unificación en una confederación de pueblos latinoamericanos federados, emancipados del feudalismo residual indígena y del imperialismo económico, en base a un modelo de desarrollo no implicado ni en el capitalismo privado ni de Estado, sino en el socialismo libertario.

La población de los países subdesarrollados crece como la espuma: no está controlada como la de los países industrializados, donde la información anticonceptiva y sus medios farmacológicos están al alcance de todos. Así, pues, la población espontánea, con su crecimiento desmedido en el Tercer Mundo, va a crear condiciones económicas, sociales y políticas para su rebelión contra el imperialismo, el capitalismo indígena y el feudalismo residual, a fin de cambiar un mundo poseído por pocos privilegiados por un mundo para todos, mediante la propiedad social, el socialismo y el federalismo.

SUBDESARROLLO Y POBLACION

La *monoproducción* aliena a los países aubdesarrollados en las economías dominantes bajo el imperialismo económico. Por ejemplo, los países latinoamericanos comerciaban entre sí, hacia 1980, con el 17% de su intercambio total. En 1961-62, los países latinoamericanos efectuaban menos del 10% de su intercambio entre ellos. Los países imperialistas, que controlan las economías de los países africanos, asiáticos y latinoamericanos, tienden a separarlos más que a unirlos entre sí: la alienación económica es así un fenómeno derivado de la monoproducción en Asia, Africa y América Latina.

El capital más noble de los países subdesarrollados se va, en forma de ganancias e intereses del capital extranjero, a las arcas de los bancos europeos, japoneses y norteamericanos. El margen bruto de beneficios de los capitales franceses en Africa Occidental Francesa, fué el 87% bruto y el 44% neto (como margen de ganancia de comercialización), en el año 1959. En el petróleo, la ganancia bruta fué hasta del 274%; en América Latina, las ganancias netas extraídas por los capitales norteamericanos son tan enormes que han vaciado, de oro y divisas, las arcas de los bancos centrales latinoamericanos atrapados así en la hiperinflación.

El imperialismo económico concentra el capital mundial en los paíss industrializados, succionando grandes ganancias con inversiones directas en los países subdesarrollados. En estas condiciones, los países semicolonizados se decapitalizan acumulativa y tendencialmente. Por otro lado sufren, además, una *relación de intercambio* que les es crónicamente desfavorable. Por ejemplo, América Latina perdió desde 1952 a 1962, unos 7.000 millones de dólares por causa del deterioro de los términos de su intercambio con los países imperialistas. Suponiendo que hubieran sido invertidos otros 7.000 millones de dólares en inversiones directas extranjeras para compensar ese déficit del capital, ello no resolvería el problema del crecimiento económico latinoamericano; pues los capitales invertidos o prestados en un país deben ser pagados a los países inversores. A la larga, si produce grandes ganancias el capital extranjero, constituye una descapitalización, progresiva y acumulativa, al girar los beneficios del capital invertido al exterior, como está sucediendo ya en América Latina, que de tantos préstamos, "ayudas" y créditos,

cada año que pasa, está más endeudada, más empobrecida, más descapitalizada, más arruinada.

En los países latinoamericanos, el aumento de la población anual es del 2,6%, pero la renta bruta por habitante se incrementa menos de 1%, es negativa como en 1987. La dialéctica de esta contradicción, por tanto, es de tendencia revolucionaria, en su solución económica, demográfica, política y social, por país o continentes endeudados.

En Europa Occidental, la población se acrecentaba en la década de los 80 poco: Italia 0,5% Francia 0,5%, Alemania 0,2%, Suiza 0,0%, Inglaterra, 0,1%, Dinamarca 0,4%, Suecia 0,3%; en la URSS sólo aumenta la población por año 0,9%, 0,2% en la Alemania del Este, Hungría 0,4%, Bulgaria 0,5%, Rumanía 0,9%, Polonia 0,9% y Checoslovaquia, 0,7%.

Las pestes y las hambrunas de la China de los mandarines mantenían, en cierto modo, *una ley de la población en concordancia con el régimen de propiedad y el volumen de la producción*. En nuestra época, ciertos países latinoamericanos, asiáticos y africanos tienen un nivel de vida propio de la Europa medieval. El Salvador y Bolivia, por ejemplo, se parecen a la Francia de Luis XIV, en fuerzas productivas. Por consiguiente, estos países experimentan una gran mortalidad infantil.

En los países subdesarrollados, las ramas de producción, indispensables al mantenimiento de la vida humana, están muy cargadas de población ocupada con bajo rendimiento de productividad. Del total de su mano de obra disponible, la agricultura absorbía los siguientes porcentajes: 69% en la India, Estados Unidos 3%, China 69%, Brasil 30%, Honduras 63%, Bolivia 50%, Europa (CEE) 8%. En los países atrasados, de cada 100 personas, capaces de trabajar, 70 están en la agricultura, pero producen menos que 2 en Estados Unidos, debido al subdesarrollo tecnológico.

Así, pues, el mundo pareciera uno solo, pero es muy distinto de país a país o de continente industrializado a continente subdesarrollado, teniendo un desarrollo económico, cultural y tecnológico muy desigual. Ello determina una *contradicción muy antagónica entre países pobres y ricos* como una forma generalizada de la lucha de clases, más inclinada al estallido de muchas guerras de liberación nacional y social que a las luchas entre proletarios y burgueses, en el advenimiento de los acontecimientos históricos. En este sentido, por ejemplo, es más probable una *guerra entre las dos Américas*, la del Norte (rica) y la del Sur (pobre), que entre proletarios y burgueses en ambas Américas, ya que la contradicción entre imperialismo norteamericano y movimientos de liberación iberoamericanos es más antagónica, inmediatamente, que cualquier otra contradicción entre imperialismo norteamericano y cualquier otra contradicción en el Hemisferio Oriental.

En términos generales esta perspectiva histórica, política y social concierne a la contradicción entre países industrializados del Hemisferio Norte y países subdesarrollados del Hemisferio Sur, cuya población, pobre y nume-

rosa, se duplica cada menos de 40 años, presionando hacia un cambio revolucionario en Asia, Africa y América Latina.

En la agudización de los antagonismos entre países industrializados y subdesarrollados tiene una gran incidencia causal el desmedido aumento de la población en éstos y su estancamiento o disminución en los segundos, ya que en unos se acrecienta la miseria, la desocupación no subsidiada, la falta de viviendas, higiene y alimentos y educación, mientras en otros se concentra la riqueza del mundo en beneficio de una población escasa y rica. Así en el mundo, un reducido número de países ricos dispondrían de los dos tercios del producto interno mundial, mientras los dos tercios de la población mundial de los países pobres tendrían que arreglarse con menos de un quinto de ese producto interno global (PIB).

Según el *Informe sobre el desarrollo en el mundo 1984*, realizado por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, en ese año la población mundial se aproximaba a 4.800 millones de habitantes, cifra que ascendería a 10.000 millones de personas en el año 2050, pero de ese aumento demográfico un 83% correspondería a los países subdesarrollados que tendrían sólo el 17% del PIB Así, pues, *los países ricos seguirán siendo más ricos y los pobres cada año más pobres*. En Norteamérica, por ejemplo, hace falta más de 100 años para duplicar su población y un quinto, más o menos de ese tiempo, para duplicar su producto interno bruto, (PIB) mientras en América Latina la población se duplica en poco más de 30 años; como en el Caribe y Centroamérica estaba estancada la producción de riqueza, tiene que surgir una crisis generalizada entre norteamericanos ricos y latinoamericanos pobres, que conduciría a una guerra ente las dos Américas, cuando Norteamérica quiera parar los acontecimientos revolucionarios en América Latina.

Si el conflicto entre Este-Oeste se demorona (con las políticas de disuasión y de permanente desafío en la carrera de los armamentos, de modo que ninguno de los dos bloques antagónicos se decida a la guerra por miedo a quedar ambos autodestruídos, si entran en acción las armas nucleares) entonces el eje de la historia universal se desplazaría a donde haya más contradicciones, antagonismos y conflictos, resolviéndose con empleo de armamentos convencionales, propios de las guerras revolucionarias. En este sentido, el principal frente de lucha, que Estados Unidos cree está en la línea del Elba, se desplazaría hacía América Latina, en lucha contra el imperialismo del dólar.

Los grandes conflictos sociales, económicos y políticos tienden, en los finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI, a desarrollarse muy violentamente en los países afro-asiáticos y latinoamericanos, donde la población aumenta más rápidamente que la ocupación de su incremento vegetativo y que la producción de alimentos, viviendas, vestidos, equipos de capital, bienes en general, servicios sociales y públicos.

El hecho concreto es que la tasa de aumento anual de la población en los países subdesarrollados pasó del 0,5% al 1% durante los primeros cincuenta

años del siglo XX para ascender después a más del 2%, duplicando así los millones de habitantes cada 35 años. Quizá ello sea debido (más que al incremento de la producción de alimentos como pensaba Malthus al empleo de la penicilina, las vacunas, las vitaminas, la cloratación de las aguas potables, la mejor higiene y sanidad y a una mayor productividad de las tierras con el empleo de abonos químicos, de tractores y cosechadoras.

Pero al progreso de la química de los fertilizantes, de la maquinaria agrícola, de las mejores semillas, de los descubrimientos de la famacopea y la medicina, no han ido unidos a *cambios económicos, políticos y sociales* en sentido de superar el minifundio y el latifundio, en el campo, mediante la creación de comunidades campesinas agroindustriales de tipo cooperativo y autogestionario; y en las ciudades, constituir empresas autogestionarias, de servicios públicos y sociales desburocratizados y desaburguesados que, mediante la participación del pueblo trabajador en su gestión y en la distribución de su excedente económico, fueron capaces de desarrollar la democracia directa como democracia industrial (en las empresas) y como autogobierno en lo político (auto-administración, sin profesionales de la política).

El mundo no puede seguir como es ahora: dividido entre continentes pobres y ricos, entre imperialistas occidentales y hegemonistas orientales, entre burgeses monopolistas y comunistas totalitarios, entre una enorme masa de población improductiva (burocrática, rentista, capitalista, parasitaria, etc. que consume y no produce nada) y una *masa productiva* que produce mucho, consume poco, y no participa en nada de lo que le concierne. Para que la población alcance un equilibrio económico, social y ecológico, sin opresión y explotación del hombre por el hombre, hay que auto-organizar la Sociedad sin soportar un Estado burgués o burocrático.

NACIMIENTOS Y ALIMENTOS

Si la población mundial alcanzara unos 6.400 millones de habitantes para el año 2000, la producción agrícola tendría que aumentar al menos un 50% sobre sus niveles mundiales de comienzos de la década de 1980-90, a fin de evitar el hambre en gran parte de 117 países afro-asiáticos y latinoamericanos empobrecidos.

Se preveía que, entre 1975 y finales del siglo XX, la población de esos 117 países pasaría de 1.900 millones a 3.600 millones de habitantes lo cual supondría que, necesariamente, tenga que hacerse una transformación revolucionaria de la agricultura en el sentido de aumentar la productividad por agricultor y por hectárea, para evitar una hambruna de tipo medieval o los antiguos flagelos del hambre sufridos por China y la India en los años de sequía o de plagas de langosta.

La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) ya identificó, en 1985, unos 64 países subdesarrollados en situación alimenticia crítica, incapaces de alimentar a su población, que llega-

ría en el año 2000 a unos 1.054 millones de personas. Unos 38 países de los indicados tienen que importar, anualmente, la mitad de los alimentos consumidos por su población cada vez más pobre, debido a su atraso económico, cultural y tecnológico, del cual habría que salir en razón de *instaurar un nuevo modelo de producción*, liberado del latifundio y del minifundio, en base a una agricultura moderna de complejos cooperativos agro-industriales. Todo ello integrado en comunidades comarcales autogestionarias, donde sea dividido racionalmente el trabajo rural implicando formas avanzadas de industrialización y el establecimiento de servicios sociales y públicos que, como un todo armónico, sean capaces de mantener la plena ocupación en el campo, moderando o evitando el "éxodo" rural a las ciudades.

Africa se perfila, en el futuro inmediato, como el continente del hambre: 29 de sus naciones, con 466 millones de habitantes, enfrentan ya hambruna 210 millones de su geografía del hambre, agravada por las sequías, la erosión de las tierras y los cultivos de productos agrícolas de escaso rendimiento por hombre y hectárea. Y a medida que el *flagelo del hambre* se extiende por el campo de ciertas regiones africanas, asiáticas y latinoamericanas, se producen las *grandes emigraciones de campesinos pobres hacia las ciudades rodeadas de un rosario de "villas miseria"*. Ello demuestra que el modelo económico capitalista, que desarrolla la industria y la economía urbana y subdesarrolla el campo y la agricultura, no corresponde a las necesidades económicas, sociales y de ocupación de buena parte de la población, particularmente en los países subdesarrollados.

A causa del "éxodo" rural, desde 1950 a 1975, las ciudades de los países afro-asiáticos y latinoamericanos han absorbido más de 400 millones de personas expulsadas de un campo atrasado, económica, cultural y tecnológicamente, por no haber creado una agricultura de complejos cooperativos agro-industriales y comunidades comarcales integradas autogestionariamente en la agricultura, industrias locales y servicios sociales y públicos, proporcionando debidamente ocupación en estos sectores económicos integrados, constituídos en comunidad industrial y agraria de gestión directa por los productores directos sin intermediarios onerosos usurpadores del excedente económico producido por el trabajo asalariado.

Las megalópolis del Tercer Mundo hacinan a muchos millones de habitantes sin trabajo, subalimentados, buena parte analfabetos, mano de obra no especializada, lo cual les crea dificultades para encontrar empleos a causa de que el trabajo, por la revolución científico-tecnológica, se va haciendo cada año que pasa más técnico. Hacia el año 2000, más del cuarenta megalópolis de los países subdesarrollados contarán cada una con más de 5 millones de habitantes y otras diez ciudades, con más de 10 millones.

En las *ciudades-naciones*, más populosas en el Tercer Mundo que en los países industrializados, se formará el *partido del descontento*, el mayor de todos los partidos, que pedirá revolucionariamente un cambio económico, político, social y cultural, en el sentido de que el pueblo, y no los políticos profesionales, sea el sujeto activo de la historia y el protagonista del cambio exi-

gido mediante la democracia directa, en la política, y un socialismo de autogestión, en la economía; pues para no ser engañado el pueblo tiene que emanciparse por sí mismo.

El mundo presenta un futuro inmediato sombrío: entre 1975 y el año 2000, la fuerza laboral aumentaría en 500 millones de trabajadores que encontrarán muchas dificultades para procurarse ocupación. Si a ello añadimos que la población hambreada sería de unos 1.000 millones, cabe pensar que los grandes conflictos sociales y políticos tienden a desplazarse más a los países afro-asiáticos y latinoamericanos que a los países industrializados de Europa occidental, Japón y Norteamérica, siempre que no estalle la tercera guerra mundial entre los países del Pacto de Varsovia y los de la OTAN. Caso de que ello se difiera, por miedo a la recíproca destrución en una guerra nuclear, la *contradicción Este-Oeste* sería así menos violenta que la *contradicción Norte-Sur*: entre países industrializados y subdesarrollados.

El modelo de desarrollo capitalista, ya sea capitalismo privado o de Estado, no aporta a la humanidad soluciones a la crisis económica, de agotamientos de recursos naturales, de desperdicio de recursos humanos, de contaminación ambiental, de desarmonía entre el crecimiento de la población y el de la producción, particularmente en los países subdesarrollados.

Durante el siglo XX, globalmente, la producción agrícola se multiplicó por 2,2 y la población mundial por 2,6; pero la mayor parte del incremento de la producción agropecuaria se realizó en los países industrializados, lo cual no evitaría que a finales de este siglo hubiera muchos cientos de millones de seres humanos hambreados en los países atrasados. Quiere decir que hay que hacer la *revolución verde*, urgentemente en Asia, Africa y América Latina, en base a una agricultura de interés social, cooperativa, autogestionaria, libertaria como los colectivos anarquistas españoles de 1936-39.

Estamos derrochando las riquezas del mundo: desde 1900 a 1977, el consumo mundial de energía se multiplicó por 12 veces, y a finales del siglo llegaría a 20 veces. Aproximadamente, desde 1960 a 1985, se utilizaron por un capitalismo planetófago tantas materias primas como en toda la anterior historia del mundo: nos estamos comiendo el planeta y derrochando las riquesas naturales. Hay que evitar la catástrofe, la crisis para las generaciones por venir. En consecuencia, no debe ser dejada la condución de la economía a los grupos del privilegio, ni la política a los políticos profesionales; hay que comprometer al pueblo en ser dueño de su propio destino; no delegar en nadie todo lo que él pueda hacer directamente, para conservar el planeta, obtener trabajo para todos, prosperidad y libertad para todos los hombres del mundo: sin distinción de clases, castas, razas o países. El dilema del hombre de nuestro tiempo es: o nos salvamos todos o nos hundimos todos.

Las "naciones soberanas", los bloques militares opuestos, las ideologías imperialistas o hegemonistas, la pretendida superioridad de la raza blanca, la división del mundo en países pobres y ricos, la existencia de Estados totalitarios y de democracias burguesas, la lucha por el Poder mundial entre la burocracia soviética y la burguesía de Wall Street y la posesión por ambas de

armas atómicas absolutas, indicaría que nos aproximamos a un porvenir nuclear, en que todo el progreso alcanzado por la humanidad se convertiría en retroceso retornando a la era de las cavernas, a menos que no se entienda que todos dependemos de todos en esta civilización planetaria.

El camino de Hitler o de Napoleón, para hacer el mundo a la imagen y semejanza de estos "dioses de la guerra", no es el mejor, sino el uso racional de la ciencia, la tecnología, la economía, el progreso, la libertad y los derechos humanos en beneficio de todos los pueblos sin distinción de ricos ni pobres, de religiones o de razas. Así, llegando a la *edad de la razón*, la humanidad podría alcanzar un equilibrio dinámico; regulando la población en función del trabajo y del bienestar de todos los hombres del mundo; produciendo alimentos, energía disponible y materias primas para todos los pueblos; usando la ciencia, la técnica y el trabajo como capital productivo; construyendo un mundo cada vez mejor sin disipar excedente económico, produciendo, no armamentos, sino alimentos, educación y descanso para todos, sin privilegios para nadie en ninguna parte del mundo. De lo contrario, estaríamos aproximándonos al apocalipsis nuclear, resultando así un fiasco la ciencia y la técnica para el hombre de la era atómica.

En vez de ir hacia el apocalipsis posible de la guerra nuclear sería más racional invertir lo que se gasta en armamentos en desarrollar económica, cultural y tecnológicamente a los países atrasados afro-asiáticos y latinoamericanos, a fin de entrar en una *edad de oro*, nunca alcanzada por la humanidad, que no sería posible con capitalismo, sino con socialismo libertario.

Si cientos de millones de seres humanos padecen el flagelo del hambre en Asia, Africa y América Latina es porque sus industrias y agricultura están muy atrasadas económica y tecnológicamente, lo cual no permite alcanzar la plena ocupación en la industria y la agricultura, crear laboratorios de alta investigación y multiplicar la productividad por hombre y hectárea, para evitar el desarrollo desigual entre países pobres y ricos.

PRODUCCION MUNDIAL DE CEREALES Y LEGUMINOSAS

Continentes	Grupo de productos alimentarios	Producción 1969 (miles. de ton.)	Rendimiento en 1960 (Kg/ha)	Producción 1979 (miles de ton.)	Rendimiento (Kgs/ha)
Mundo	Total cereales	1.204.424	1.709	1.553.076	2.041
	Legumbres secas	46.965	700	51.873.	715
Africa	Total cereales	58.951	905	66.480	918
	Total Leg. secas	4.759	423	5.103	433
América del norte	Total cereales	258.321	2.878	356.703	3.619
y América central.	Total Leg. secas	2.660	797	3.004	922
América del sur	Total cereales	47.115	1.404	63.602	1.685
	Total Leg. secas	2.806	602	3.195	577
Asia	Total cereales	473.731	1.513	629.984	1.831
	Total Leg. secas	25.228	669	31.057	710
Europa (1)	Total cereales	196.639	2.703	239.984	3.407
	Total Leg. secas	3.563	729	2.545	851
Oceanía	Total cereales	15.199	1.168	24.312	1.476
	Total Leg. secas	103	1.149	169	902
URSS	Total cereales	154.556	1.315	172.011	1.418
	Total Leg. secas	7.846	1.513	6.800	1.352

Fuente: FAO. Leg. = Legumbres secas. (1) incluye Centroeuropa

A la luz de las cifras de este cuadro, es evidente que los países afro-asiáticos y latinoamericanos producen pocos cereales y leguminosas, como consecuencia de su baja productividad de legunbres y cereales por hectárea cultivada. En términos absolutos, respectivamente, Africa y América del Sur producían en 1979 unos 66 y 63 millones de toneladas de cereales con un rendimiento por hectárea de 918 y 1.685 kilogramos, contra 3.407 y 3.619 kgs. en Europa occidental y en Norteamérica.

Así las cosas, europeos occidentales y norteamericanos consumen diariamente más de 3.000 calorías de alimentos por persona y muchas proteínas de origen animal, mientras los asiáticos, africanos y latinoamericanos, buena parte de ellos, sobreviven en la *geografía mundial del hambre*, particularmente en la India, Pakistán, Indonesia, Yemen, Madagascar, Etiopía, Mozambique, Angola, El Congo, los países subsaharianos, el Noroeste de Brasil, Bolivia, Haití, Colombia, Ecuador y en algunos países centroamericanos. Se diría, pues, que la geografía mundial del hambre corresponde a países de gran atraso económico y tecnológico o de agricultura de subsistencia.

La paz del mundo no puede ser mantenida como un diabólico juego de "poker" entre soviéticos y norteamericanos, haciendo falsos envites, engañándose mutuamente, hasta que un día esta comedia diplomática se convierta en la más grande hecatombe bélica experimentada por la humanidad. Está llegando el momento en que los pueblos no deben confiar en sus dirigentes imperialistas o hegemonistas que, con sus ambiciones de clase o de naciones privilegiadas, preparan, haciendo de aprendices de brujo: ¿la tercera guerra mundial?

El porvenir de la humanidad sería más bien apocalíptico que feliz; podría ir cada año que pase a situaciones peores que las anteriormente inmediatas, gracias a que los políticos burgueses o burócratas, en el Oeste y en el Este, conducen a sus países como un automovilista que se deja guiar por su espejo retrovisor sin mirar hacia adelante. Para *evitar lo peor*, los pueblos deben tomar cada día más y más participación en la condución de su economía, en la política en sus relaciones internacionales, en sus empresas autogestionadas, en sus autogobiernos, en la autodefensa como nueva forma estratégica de consolidación del poder popular. Sin naciones rivales ni clases antagónicas, sino basándolo todo en un federalismo autogestionario universal.

Han pasado unos diez milenios desde que el hombre de la edad de piedra fue evolucionando hacia el hombre cibernético, desde que contaba con su sola fuerza muscular hasta la energía atómica, y todo pudiera ser aniquilado en una gran catástrofe a menos que el hombre participe en todo lo que le concierne sin dejar la política, la economía, la administración, la cultura la defensa, la información y los problemas de la humanidad a los caprichos de unos pocos políticos profesionales, cuyo arte consiste en engañar al pueblo trabajador.

Estamos, pues, soltando las últimas amarras históricas que nos ligan a la barbarie neolítica, cuando entendemos que el atómo domesticado, la ciber-

nética (biconductores y micro-circuitos integrados) y el mundo a la escala planetaria, no pueden funcionar racionalmente con crisis, guerras y luchas de clases, a menos que asimilemos la energía nuclear, la cibernética y el mundo planetario dentro de una sociedad socialista autogestionaria universal. Así pues, o nos liberamos de la burgesía imperialista y de la burocracia hegemonista o el mundo será un gran fiasco dejándolo a los caprichos del Kremlin o de la Casa Blanca. Por eso, para salvarnos todos, todos estamos comprometidos en la lucha por la paz universal.

ANALISIS DE CLASES DE LA POBLACION

La *población* y el *hombre*, como conceptos genéricos o categorías, representan a todos los seres humanos homogéneamente, todos igual así mismos sin contradicciones sociales y económicas, sin clases antagónicas, sin diferencias visibles y subtanciales. Sin embargo el *hombre*, en tanto que concepto universal del entendimiento humano, sintéticamente pero no analíticamente, es un ente abstracto más que un hombre real, un ser nominal, un puro hombre semántico.

El hombre real aparece cuando analíticamente se le descompone en sus clases antagónicas: proletario, burgués, burócrata, campesino, terrateniente, pequeño-burgués. Por otra parte, en cuanto al color de su piel el hombre es negro, amarillo, blanco o de otra pigmentación lo cual supone diferencias raciales que, en cierto modo, constituyen clases dominantes y dominadas en función de la raza a que se pertenece. El hombre respecto a su nacionalidad, es imperialista, hegemonista o neo-colonial, según sea soviético, norteamericano, europeo, japonés, afro-asiático y latinoamericano. Así, pues, el hombre es muy distinto de clase a clase, de país a país, de región a región, de continente a continente.

Por el lugar del nacimiento, el hombre no es igual sino más rico o más pobre: un norteamericano por el hecho de nacer en Estados Unidos es 40 veces más rico en renta por habitante que un hindú, un haitiano, un boliviano, un etíope, por no citar a personas nacidas en otros países pobres.

En unos países —en los ricos— comienza a haber subpoblación y en los países pobres, superpoblación. Así las cosas, desde 1970 al año 2000 la población escolar se incrementaría sólo un 4% en los países industrializados contra 25% en los países subdesarrollados: en los primeros van sobrando maestros; en los segundos faltan educadores, médicos, hospitales, empresas industriales, agrícolas y comerciales para dar trabajo a una creciente población vegetativa.

En los países afro-asiáticos y latinoamericanos, la población menor de 15 años, a cargo de la población productiva, representa el 40%, más o menos, del total de la población. En cambio, la población mayor de 65 años, en los países industrializados, va siendo mayor que la población menor de 15, se-

gún se perfilan los acontecimientos demográficos hacia el año 2000 y siguientes.

En cuanto al *consumo*, los países pobres son muy distintos de los países ricos: Estados Unidos, por ejemplo, con el 5% de la población mundial consumía, en 1968, el 33% de la bauxita, el 40% del níquel, el 13% del manganeso, el 36% del cromo, el 25% del tungsteno, el amianto y el cobre, el 41% del estaño, el 23% del zinc, el 14% del hierro y el plomo, el 20% de la potasa y el 50% del café, porcentajes respecto del consumo mundial de estas materias primas. Al nivel de consumo por habitante o por país, que hacen los norteamericanos, si lo igualaran la India o la China, por ejemplo, tendríamos ya una seria escasez de materias primas animales, vegetales y forestales. Ello evidencia que es anacrónico el capitalismo depredador, contaminador y planetófago de la "sociedad de consumo" con su economía de desperdicio.

Quiere decir que el *modo de vida norteamericano*, extrapolado mundialmente, crearía una gran contaminación ambiental, agotamiento de recursos naturales, esquilmación del suelo fértil o del subsuelo terrestre y con la misma cantidad de automóviles por habitante que en Estados Unidos en todos los países subdesarrollados, se agotaría el petróleo rápidamente y se quemaría irracionalmente el oxígeno, ya que las máquinas y los automóviles consumen más axígeno que todos los seres vivientes.

La población genérica, cuando se habla de ella mundialmente, no es igual en todos las países y continentes: tiene diferentes grados de desarrollo económico, cultural y tecnológico; subconsumo en unos países y derroche de riquezas en otros; en Australia, Siberia, la Amazonia, Argentina y otros países hay mucho espacio y poca población. Por consiguiente ser aquí malthusiano, en los términos que lo entiende el *Club de Roma* y el *Massachusetts Institut of Techology*, constituye una política ilógica, ya que la Argentina, increíblemente, tenía más hectáreas útiles de cultivo que la China continental o que los "Doce" países del Mercado Común Europeo, en 1980. Por increíble que parezca, la Argentina dispone de unos 153 millones de hectáreas de superficie agrícola, contra 101 millones de has. la CEE; pero con la diferencia de que la Argentina tenía, en 1986, unos 31 millones de habitantes, contra 329 millones la CEE, o sea, una densidad por km2 de 11 personas en Argentina contra 142 en la CEE; pero ésta acumulaba un producto interno bruto de 3 billones 525 millones de ecus, contra 72.920 millones dólares aquélla. Por consiguiente, el aumento de la población en la Argentina no es un mal sino más bien un beneficio para este país, cuya mejor política consistiría en más nacimientos que defunciones.

Un crecimiento de la masa de población Argentina, sin aumentar la de las ciudades, repoblando el campo, creando muchas comarcas integradas en complejos cooperativos agro-industriales, crearía una nación poderosa y gran exportadora de carnes, granos, oleaginosas, unas industrias prósperas en base a muchos millones de consumidores, donde el alto nivel de vida haría expandir constantemente la producción.

Frente al *Club de Roma,* que es malthusiano con la magia de los ordenadores y con pesimismo tecnológico, la Argentina, Australia, la Siberia, la Amazonia y otras regiones del mundo todavía pueden asimilar muchos cientos de millones de habitantes, ya que sobran tierras y faltan hombres para cultivarlas científicamente.

Una gran masa de la población se presta más a una *racional división del trabajo,* a un consumo de masa, a una industrialización, a unir el trabajo, la técnica y el capital, que un territorio subpoblado como Argentina, en América Latina, Australia, o Siberia. En esos grandes espacios puede haber plena ocupación, desarrollo económico y tecnológico acelerado, creación de grandes regiones cooperativas agro-industriales, que absorban muchos millones de habitantes, emigrantes de otros países donde sobra población.

Pero un *nuevo orden económico* requiere que crezcan más los trabajadores empleados en la agricultura, la industria, la minería, la energía, la pesca y la investigación científica y tecnológica, que los funcionarios de las oficinas burocráticas, ya que hacen mucho consumo improductivo que frena la expansión económica apropiada para procurar trabajo y bienestar para todos.

En definitiva, no debemos alarmarnos todavía por el crecimiento de la población: están por llegar la *civilización del mar* (con cultivos marítimos) y la *civilización faústica del cosmos*; pues ésta, sobre todo, no tendría problemas de superpoblación hacia la conquista del universo. Nos estamos preocupando por el aumento anual de 80 millones de habitantes en el mundo y por 100 millones en el año 2000, cuando la *aventura del cosmos* pudiera hacer posible el crecimiento ilimitado de los seres humanos por los siglos de los siglos.

Sin embargo, en esta época de incertidumbre y de transición todo pudiera terminar en una gran catástrofe, en un enorme fracaso de la humanidad, si la crisis económica mundial sigue avanzando y produciendo muchos millones de desocupados subalimentados, analfabetos y subdesarrollados, por un lado, y de países industrializados, por el otro. Todo esto, como en otras grandes crisis mundiales, podría suceder en una guerra mundial, como durante los ciclos fatídicos de 1914-18 y 1939-45, pero con la agravante, en nuestra época, de que las armas nucleares pueden destruir los grandes logros de nuestra civilización planetaria y tecnológica y retrotraerla al nivel infrahumano de las subcivilizaciones paleolíticas, por no haber sabido asimilar el progreso económico y tecnológico con cambios sociales y políticos apropiados; con socialismo y no con capitalismo, con igualdad y no con egoismos.

Nuestras conquistas científicas, económicas y tecnológicas permiten, ahora y en el futuro, equilibrar el desarrollo proporcionado de todos los países del mundo, *autorregular el crecimiento demográfico con el crecimiento económico,* pero habrá que poner la riqueza mundial en común, como patrimonio de todos los hombres, para lanzarnos a la conquista del espacio cósmico, no como ahora un país imperialista o hegemonista contra otro, sino haciendo del mundo un sólo país: empresa de todos para la conquista del universo

aboliendo las luchas de clases, las guerras nacionales o mundiales, los antagonismos y las contradicciones que se oponen a un progreso paralelo, rectilíneo y mundial en beneficio de todos los hombres.

Dentro de una *civilización antagónica*, con imperialismo o hegemonismo, nadie puede prever el futuro inmediato y, menos que nadie, los políticos profesionales, los científicos, los técnicos y los economistas tecno-burócratas, apegados a sus egoismos de clase.

En una *civilización planetaria*, basada en un autentico federalismo económico autogestionario, un federalismo de auto-administración, se conseguiría un equilibrio dinámico entre población y crecimiento económico; pero a condición de que el pueblo participe activamente, desarrollando la democracia directa, en sus autogobiernos locales, comarcales, regionales, continentales y universales. Sólo así habría trabajo, bienestar, prosperidad, libertad, cultura, ciencia e igualdad de oportunidades para todos los hombres sin distinción de naciones, de razas y clases, de castas y religiones.

La *crisis de nuestra civilización planetaria* reside en que el mundo ya es uno por el mercado mundial, las radiocomunicaciones, la televisión vía satélite, las agencias internacionales de noticias, la conquista del espacio extraterrestre, la mundialización de la moda, las costumbres, el cine, la cultura, la información y la internacionalización de todo; pero el hombre todavía sigue dividido en naciones, clases religiones opuestas, países pobrres y ricos; lo cual determina las crisis económicas, las luchas políticas, las guerras mundiales, marginales o locales.

Mientras el hombre no supere estas *contradicciones* no habrá solución a la crisis entre los países subdesarrollados e industrializados; entre las tendencias maduras al socialismo y la persistencia del capitalismo privado o de Estado; entre imperialismo occidental y hegemonismo oriental; entre países socialistas más desarrollados y países socialistas subdesarrollados, como entre Rusia y China; entre la burguesía y el proletariado del Oeste; entre la burocracia totalitaria y los trabajadores del Este; entre una tecnología y una ciencia avanzadas y una política y economía conservadoras, anacrónicas, defasadas por fuerzas productivas revolucionarias opuestas a relaciones sociales y políticas reaccionarias, tanto en Oriente como en Occidente, en el Norte como en el Sur.

Necesitamos, pues, en esta hora del mundo, oscilando entre una crisis económica mundial y la tentación a la tercera guerra mundial, hombres que hagan cambios profundos y oportunos; que instauren una democracia directa, en la política, y una economía autogestionaria, en las empresas; necesitamos revolucionarios que, con abnegación, sacrificio y heroismo, cambien el mundo radicalmente par evitar las guerras, las luchas de clases y las depresiones económicas; que pongan la *riqueza en común* en base a un sistema de propiedad social que asegure las libertades económicas y políticas de todos y el derecho al trabajo para todos, superando al Estado caro y malo por la Sociedad auto-organizada: libertaria, en lo político, y autogestionaria, en lo económico.

Para esa gran tarea no hacen falta tecnócratas de saber parcelario aspirando a ejercer un poder totalitario, sino reformadores como Solón, héroes como Espartaco, defensores de la verdad como Galileo, libertadores de pueblos como Bolívar, revolucionarios como Bakunin y no dictadores como Hitler, Mussolini, Stalin, Fidel. Necesitamos una democracia directa y no dictaduras de la burocracia, de la burguesía o de la tecnocracia; pues en nuestra época *no hay que salvar a una sola clase, sino a todo el género humano de ser exterminado en una guerra total, siempre posible.*

LA CRISIS DE LA CIVILIZACION URBANA

El desmesurado y acelerado crecimiento demográfico de las ciudades es un fenómeno del siglo XX, sobre todo desde su segunda mitad. En 1950 sólo 50 millones de seres humanos vivían en ciudades de más de 5 millones de habitantes; en 1980 éstas concentraban a 250 millones de personas; pero en el año 2000 acogerían a 650 millones de almas. Por consiguiente, estamos asistiendo desde el campo a las ciudades, a *la más grande emigración de la historia humana*, cuyas consecuencias económicas, políticas y sociales son difíciles de prevenir en los umbrales del siglo XXI.

Increíblemente, de las 15 más grandes ciudades del mundo 12 estarán en los países afro-asiáticos y latinoamericanos —en el año 2000— lo cual demuestra que los países subdesarrollados, algunos de ellos, están concentrando más su población en las ciudades que en los países industrializados. Así las cosas, *México-city*, al final del siglo XX, tendría más población que Holanda, Bélgica y Suiza. Todo indicaría, pues, que *entre su "emigración clandestina" a USA y sus 132 millones de habitantes en el año 2000, México constituirá un problema más grave para Estados Unidos que la Unión Soviética.* ¡Qué de incógnitas nos reserva el año 2000! ¡Qué grandes contradicciones van a estallar entre América Latina (pobre y con más de 600 millones de habitantes) y Norteamérica (rica y con 260 millones)!

Decenas de millones de latinoamericanos apiñados, en ciudades monstruosas, estarán insuficientemente abastecidos de agua, alimentos, alcantarillado, escuelas, dispensarios, carbón, "fuel-oil", gas, electricidad, transportes, vivienda, higiene, sanidad y trabajo, todo lo cual les obligaría a emigrar a Estados Unidos, haciendo una especie de "invasión subterránea", particularmente desde México, Centroamérica y el Caribe. Ello va a crear *nuevos conflictos raciales y sociales* entre una población rica autóctona y una masa de subproletariado exógena que se sentirá oprimida, explotada y despreciada, como los antiguos germanos por los romanos.

Las ciudades se extienden hacia el campo: se pierden tierras útiles para cultivos hasta límites peligrosos en países como Italia, Holanda, Bélgica, Gran Bretaña, Japón y Alemania. Todo indicaría que, aparte de la amenaza de guerra atómica sobre las megalópolis, nos estamos aproximando al final de la civilización urbana.

El "éxodo" rural, determinado por la mecanización de la agricultura, que llevó gran parte de la población rural a las ciudades, ha creado una polarización de la población en megalópolis donde se amontonan muchos millones de habitantes.

La electrificación de las industrias desarrolló las urbes y despobló el campo, concentrando las industrias en los mercados urbanos y en nudos de comunicaciones marítimas, ferroviarias, carreteras y autopistas. En este sentido, se ha producido una *ley de desarrollo desigual (económico, tecnológico y cultural) entre la ciudad y el campo*. Y a lo largo del siglo XX se han constituído ciudades-naciones o epicentros de naciones. Así por ejemplo, Buenos Aires y su gran suburbio concentra más del 30% de la población total argentina, que consume más que produce, determinando una crisis estructural en la cual tiene buena parte de ella la ciudad-capital.

Hacia el año 2000 la mayor parte de la población mundial estará en las megalópolis, donde habrá algunas que tendrán más de 30 millones de habitantes, como puede verse en el cuadro siguiente:

LAS MEGALOPOLIS DEL AÑO 2000

(En millones de habitantes)

Año 1980		Rango	Año 2000	
24,4	Nueva York	1	México	31,0
20,0	Tokio	2	Sao Paulo	25,8
15,0	México	3	Tokio	24,2
13,5	Sau Paulo	4	N. York	22,8
13,4	Changai	5	Changai	22,7
11,7	Los Angeles	6	Pekín	19,9
10,7	Río de Janeiro	8	Bombay	17,1
10,3	Londres	9	Calcuta	16,7
10,3	Buenos Aires	10	Jakarta	16,6
9,9	París	11	Seul	14,2
9,5	Osaka	12	Los Angeles	14,2
9,3	Dusseldof	13	El Cairo	13,1
8,8	Calcuta	14	Madras	12,9
8,5	Seul	15	Manila	12,3

FUENTE: Estimaciones de las Naciones Unidas. Debe entenderse población municipal de estas ciudades más sus aglomeraciones urbanas.

Si las tendencias a la *concentración de la población* siguieran como hasta el presente, México-city, increíblemente, tendría 31 millones de haitantes en el año 2000: será la ciudad más grande del mundo, dejando muy atrás a Nueva York y Tokio: dos megalópolis industriales que, a pesar de ello serán, en el próximo futuro, más pequeñas que México-city.

Una megalópolis como México-city es impensable, en el año 2000, con sus 31 millones de habitantes. Esta monstruosa ciudad necesitaría varios ríos para abastecerla de agua; miles de toneladas de alimentos, de petróleo, de materias primas; pero no estando esta urbe en puerto marítimo harán falta miles de camiones y de trenes para procurarle sus voluminosos abastecimientos cotidianos.

Desde el punto de vista ecológico una *ciudad-nación*, tipo Sao Paulo o

México-city, contaminará sus alrededores y, económicamente, aumentaría los costos de producción en sus industrias por las necesidades de transporte o de aporte lejano de materias primas y de energía.

Por otra parte, a medida que la *población urbana* va superando a la *población rural* se establece una relación de intercambio desfavorable para ésta y favorable para aquélla, en el sentido de que los precios de las ciudades (manufacturas y servicios) suben más que los precios de los productos agropecuarios (materias primas). Esta *contradicción económica* pudiera ser más conflictiva, en el futuro, que algunas contradicciones de clase existentes entre las distintas capas sociales de la sociedad urbana capitalista.

La población de las ciudades, sin distinción de clases, está interesada en que los productos del campo sean baratos y caros, los de las ciudades a fin de mantener un elevado nivel de vida a costa de una injusta relación de intercambio. Esta situación tendería a crear antagonismos en países donde el porcentaje de población urbana rebase el 80% de su población total como sucedería en América Latina hacia el año 2000.

Y como una buena parte de la población urbana es consumidora más que productora, su consumo improductivo hay que cargarlo al alza de los precios de los productos manufacturados y endosarlo a la baja de los productos agropecuarios. Ello agudiza más el "éxodo" rural hacia las ciudades, donde se reparte la mayor parte del producto interno bruto de los países. Esta tendencia demográfica y económica, propia de la civilización urbana, conduce a una crisis económica de desproporcionalidad de desarrollo económico y tecnológico entre la ciudad y el campo que no puede durar al infinito, máxime añadiendo a ello la crisis energética mundial, en que las ciudades son más dependientes que el campo, en cuanto a importaciones de petróleo. Así, pues, el campo no puede seguir perdiendo su población ya muy escasa en países industrializados y subdesarrollados, o muy urbanizados como Argentina, Uruguay, Chile, Ecuador y otros.

MEGATONES CONTRA MEGALOPOLIS

Hacia 1990, la población urbana en todo el mundo rebasará a la población rural, si continúa existiendo en esa época el sistema económico que amplia las ciudades y produce el éxodo rural hacia las mismas, pues desarrolla la industria y los servicios y subdesarrolla el campo.

Las ciudades han crecido como la espuma desde mediados del siglo XIX: la revolución industrial de la máquina de vapor y, posteriormente, la electrificación, el desarrollo de los transportes y las comunicaciones, han creado gigantescas ciudades o regiones industriales donde ha sido concentrada la población sustraída al campo, principalmente.

En la evolución histórica de la humanidad ha habido largos ciclos de dispersión o concentración de la población. Antes de que existieran ciudades,

los hombres se movían como huestes trashumantes por el campo, viviendo de la caza y de la pesca, en una sociedad promiscúa. Después comenzó a dividirse el trabajo social entre el campo y las ciudades, cuando aparecieron las culturas sedentarias, teniendo como basamento económico la agricultura de riego. La civilización se hizo más urbana —casi como en los comienzos del capitalismo— cuando el Imperio Romano dominaba el mundo conocido. Con la invasión de los bárbaros sobre Roma y la llegada del feudalismo, las ciudades greco-latinas fueron desapareciendo, reduciendo sus áreas urbanas, ya que las artes y los oficios se fueron al campo, cerca de los castillos, dispersándose la población en el agro (como siervos), bajo la mirada dominante del señor feudal. A partir del siglo nueve —después de Jesucristo— empezaron a florecer comunas y villas, de reducidas dimenciones, donde tenía tanta importancia el artesanado como los cultivos agrarios. Durante el Renacimiento y la Reforma, con el comienzo del capitalismo, las ciudades fueron apareciendo como capitales políticas, centros industriales, comerciales y financieros, concentrando en sus perímetros parcelarios, cada una, muchos millares de habitantes, particularmente las ciudades libres de la Hansa, Londres, París, Génova, Venecia, Florencia, Roma, Marsella, Madrid, Barcelona, Sevilla y otras villas que sería prolijo enumerar.

Pero la gran concentración urbana —la megalópolis ciudad-nación— ha sido un fenómeno reciente: comenzó con la *primera revolución industrial* (con la máquina de vapor); se aceleró con la *segunda revolución industrial* (con la electrificación, el motor de explosión y el desarrollo de las comunicaciones y transportes), y ha llegado a su punto máximo de expansión urbana con la *tercera revolución industrial* (con la automatización de la producción, con la cefalización de las máquinas, con la informática). Así tenemos en nuestra época megalópolis y entornos urbanos colosales; agrupan a varios millones de habitantes en complejos industriales y demográficos: Londres, Amsterdam, Amberes, Lieja, Rhin-Main, Mannheim-Ludwigshafen, Moscú, Leningrado, Nuremberg, Linz, Barcelona, Génova, Nápoles, Nueva York-Baltimore-Filadelfia-Boston, Los Angeles-San Francisco, México-City, París, Milán, Roma, el Cairo, Calcuta, Carachi, Buenos Aires, Bombay, Seul, Sao Paulo, Tokio, Yocoama, Pekín, Changhai, Hanoi, Saigón, Delhi, Lahore y otras grandes megalópolis.

Contra estos grandes complejos urbanos —epicentros del poder industrial, mercantil, financiero económico y estratégico— se centran los tiros atómicos —bombas de 1 a 50 megatones— capaces de pulverizar las "polis" construidas por la civilización urbana. Así, luego de suceder una guerra nuclear, entraría el mundo en otro ciclo histórico: ¿quizá con la vuelta al campo en un nuevo tipo de civilización?: no contaminada; no antagónica en sus estructuras sociales; no masificada; ¿en una ciudad que sea ciudad y campo al mismo tiempo?

Si la posible *guerra nuclear* alcanzara todos sus niveles: misiles intercontinentales, misiles de medio y corto alcance, misiles lanzados desde submari-

nos, bombas tiradas desde aviones de gran radio de acción, bombas orbitales transpotadas por satélites, sus grandes blancos serían las ciudades. Y si utilizara la bomba con camisa de cobalto emitiría un relámpago radioactivo (rayos gamma) de gran potencia destructiva sobre las ciudades o poblaciones; sería una bomba infernal capaz de aniquilar a regiones enteras, a millones de seres humanos: ¿qué restaría entonces de las megalópolis?. He ahí por qué la paz debe ser ganada con el socialismo libertario, federativo y universal, superando el imperialismo burgués y el hegomonismo burocrático.

La potencia destructiva del hombre ha superado a Júpiter y a Jehová. Un submarino nuclear, "Trident", con sus 16 a 20 misiles de largo alcance, con 10 a 14 cabezas nucleares cada uno, puede destruir las principales ciudades soviéticas; vice-versa podrían hacerlo los submarinos soviéticos, algunos de ellos, apuntando a las ciudades norteamericanas. Un bombardero estratégio "B-52" o un "Backfire" pueden transportar cargas atómicas de 200 KT, en misiles de crucero, equivalentes a 5 bombas del tipo Hirosima. La flota de guerra norteamericana dispone de unos 10.000 misiles de crucero, con alcances de 2.500 kilómetros, y una potencia unitaria explosiva de 200 KT. El infierno atómico tiene cuatro dimensiones: misiles tierra, aire, mar y espaciales (bombas orbitales), capaces de enterrar la civilización urbana, por anteponer el imperialismo y el hegemonismo a la paz y el socialismo.

El *hombre alienado*, no dueño de su destino histórico, ¿ha creado una máquinaria para destruirse a si mismo?: el explosivo químico TNT, con la bomba termonuclear, ha sido multiplicado por un millón de veces. Así las cosas, el hombre va teniendo más capacidad de destrucción que de producción, lo cual es muy peligroso para conservar una civilización construída durante muchos siglos sobre la base contradictoria de las clases sociales y los imperialismos rivales.

Una bomba atómica de 10 KT (kilotones) cuesta 350.000 dólares, pero puede destruir una ciudad como Nagasaki; una bomba atómica de 200 KT vale 500.000 dólares y una bomba de 2.000 KT tiene un costo decreciente: 600.000 dólares. Quiere decir que, cada vez, es más barato destruir una ciudad que ha costado muchos años y cientos de millones de dólares. Significa, pues, que *la civilización urbana está seriamente amenazada* en un mundo donde el rearme no tiene fin, porque una gran potencia y su bloque quiere superar, en armamentos, a otra gran potencia y sus aliados, como sucede entre la URSS y USA.

Llegará un momento en que, con costos crecientes en el rearme y consumos decrecientes en las poblaciones del Este o del Oeste, se producirán revueltas, insurrecciones o revoluciones en las retaguardias económicas más débiles, que tendrán que auto-organizar su defensa, su economía y su convivencia como comunidades primitivas autosuficientes de tipo libertario o solidarias.

Los arsenales nucleares —juntos los del Este y del Oeste— anotan ya 100

toneladas de TNT por habitante, teniendo en cuenta que en 1988 éramos unos 5.000 de personas en el mundo, hay así más ración de combustible atómico por habitante que de alimentos por consumidor.

Habría, pues, que pensar que los hombres, por ser unos ricos y otros pobres, se lanzan a las revoluciones o a las guerras y porque unas naciones son ricas y otras pobres —cada unos cuantos años— repiten un ciclo infernal: primera guerra mundial, segunda guerra mundial (¿tercera guerra mundial...?) ¿Hasta cuándo no sabremos vivir en paz? Si no sabemos: entonces nuestro saber no nos sirve racionalmente para ejercer el Poder que hemos creado y nos ha alienado sin saber adonde vamos...

La ciencia, la técnica, la afanosa investigación científica de los complejos militares industriales, tanto en el Oeste como en el Este, tratando de vencer y no de convencer al país o al bloque contrario, conducen a derrochar las riquezas del trabajo humano produciendo cosas tan inútiles como los armamentos: maquinas de destrucción y no de producción. Así las cosas, los sabios, los científicos, los técnicos, los investigadores, y los políticos y los generales que los utilizan, demuestran que se han alienado como el aprendiz de brujo. Será necesario que el pueblo se auto-organice mediante una democracia directa, en la pollítica, y una democracia autogestionaria de la producción, en la economía, a fin de que la humanidad pueda prosperar en paz y libertad sin guerras cíclicas ni luchas de clases crónicas. El saber racional y la razón como el sentido de la historia humana residen en el pueblo auto-organizado, liberado del Estado-providencia, de las "élites" del Poder, a fin de que el trabajo autogestionado sea el fin del hombre desalienado, liberado por sí mismo.

EL HOLOCAUSTO DE LAS CIUDADES

La *gran ciudad* es un fenómeno de la industrialización, de la sociedad mercantil, de las transferencias contínuas de población del campo hacia las ciudades, del desarrollo de los medios de comunicación: transportes marítimos, aéreos y terrestres, que han hecho del mundo una gran aldea.

El complejo económico, demográfico y urbanístico de Nueva York, por ejemplo, (ciudad propiamente dicha y aglomeraciones urbanas adyacentes) contaba en 1975 con 16,6 millones de habitantes. Nueva York, es el puerto mayor del mundo, con una carga y descarga por valor de más de dos cientos millones de toneladas de mercancías. Doce grandes vías férreas convergen hacia Nueva York, desde todas las regiones de Estados Unidos.

El puerto newyorkino posee un contorno de muelles e instalaciones de 1.200 kilómetros, dando cabida a unos 1.000 navíos, pudiendo cargar y descargar a la vez más de 500 de ellos.

Hacia el puerto de Nueva York van y vienen más de un centenar de líneas marítimas regulares: 1) hacia el Canadá por el Atlántico, Europa y el

Mediterráneo; 2) hacia el Caribe, Sudamérica, Africa, Extremo Oriente y Australia; 3) hacia todos los caminos marítimos del mundo, viene a Nueva York el petróleo del Medio Oriente, de Latinoamérica y de Africa; tambien llega el cobre, el azúcar, las bananas, el café, el mineral de hierro, el plomo, el zinc, el estaño, el té, el cacao y otras materias primas (minerales, animales y vejetales) procedentes de todo el mundo. Es así Nueva York la "polis" del comercio mundial, donde se han acumulado grandes capitales y con ellos más de 16 millones de habitantes.

Tokio, Londres, Amsterdan, Amberes, Lieja, Barcelona, Génova, Hamburgo, Leningrado y Odesa, sin ser tan grandes como Nueva York, constituyen centros industriales y comerciales de gran importancia internacional, y por tanto objetivos señalados en la estrategia nuclear: grandes blancos atómicos para 10 megatones, capaces de matar un tercio de la población urbana de estas grandes ciudades.

Están amenazadas megalópolis como Nueva York, Londres, Hamburgo, París, Tokio, Barcelona, Madrid, Turin, Milán, Amberes, Lieja, Amsterdan, Rotterdan, Nueva Orleans, San Francisco, Pittsbourg, Baltimore, Detroit, Los Angeles, Moscú, Leningrado, Atenas, Kiev, Seul, Bombay, Calcuta, Estambul, Changhai, Pekin, Karachi, Osaka, Madras, Hanoi, Lahore, Nagoya, Jarkov, Gorki, Novosibinsk, Tashkent, Yakarta, Budapest, Varsovia, Sofia, Praga, Bucarest, etc. Todas estas ciudades y otras, que serían prolijo enumerar, son grandes blancos atómicos, caso de producirse una guerra universal, donde no habría regiones neutrales como durante la primera y la segunda guerra mundiales.

Las megalópolis, situadas en zonas antagónicas del poder mundial más conflictivas entre Este-Oeste y Rusia-China, pueden ser blancos de las armas nucleares. En este sentido, una bomba de una megatonelada, en equivalente de TNT, puede ser llevada por un solo avión. Para realizar esa misma potencia de destrucción en la segunda guerra mundial, con explosivos convencionales, habría sido preciso emplear cientos de aviones de bombardeo como los concentrados en misiones demoledoras sobre la Alemania Nazi.

La *destrucción de las ciudades* —si no se proscribe el empleo del arma atómica— es fácil: una bomba de idrógeno de una megatonelada puede destruir edificios construídos en ladrillo, en un radio de acción de 5 kilómetros de su punto de explosión. Y una bomba de 10 megatoneladas podría destruír edificios en un radio de 11 kilómetros, destruyendo unos 400 km2, afectando a unos 3.000 km2 con su calor, radiaciones y deflagración. Quiere decir que bombas de hidrógeno medianas podrían despanzurrar a una ciudad, si no destruirla totalmente, paralizarla y caotizarla, más aún con sus efectos morales, psicológicos, desabastecimiento y desorden social que con el bombardeo físico como fuego infernal.

Según los soviéticos, los norteamericanos tienen en el punto de mira de sus radares y ordenadores, marcando objetivos a sus misiles, a unas cuantas decenas de ciudades y blancos militares en Rusia. A su vez los soviéticos han

calculado y elegido sus blancos militares y urbanos sobre el mapa de Estados Unidos, dentro de sus puntos cardinales, por si la guerra estalla y no hay que improvisar los grandes blancos atómicos recíprocos.

Según los norteamericanos, el estallido de 250 proyectiles atómicos sobre su territorio produciría los efectos siguientes: 43% de la superficie norteamericana sería contaminada; causaría unos 50 millones de muertos tal ataque nuclear; de ellos un 75% producidos por la onda explosiva y de calor, el 25% restante, por radioactividad. He ahí la contabilidad macabra de los que tienen, por la pasividad del pueblo, los destinos del mundo en sus manos.

Después de un gran bombardeo nuclear, las ciudades de potencias como Rusia y Estados Unidos quedarían devastadas habiendo sufrido un ataque recíproco y también las de sus aliados respectivos del Pacto de Varsovia y de la OTAN. En estas ciudades, pulverizadas total o parcialmente, cesaría el suministro de agua, gas, electricidad, alimentos, carburantes. Así millones de personas, de la noche a la mañana, se encontrarían a la intemperie o entre ruinas de edificios; privadas de agua, alimentos, viviendas y asistencia sanitaria; expuestas a enfermedades contagiosas, al hambre, la falta de hogar, al desorden social, lo que podría conducir a la era de las cavernas.

La industria urbana, los supermercados, los pequeños negocios sepultados bajo los edificios destruídos, los bancos y las Bolsas, los mercados de frutas, verduras, carnes y pescados, los mercados mayoristas de materias primas, los parques de bomberos, las comisarías, los cuarteles del ejército, los transportes urbanos, serían interrumpidos o destruídos luego de un ataque nuclear a una ciudad, tanto más caótica cuanto más grande sea su área metropolitana y gran suburbio.

Zonas urbanas como los Angeles-San Francisco y el Nueva York-Boston-Filadelfia-Baltimore-Washinton, que agrupan a unos 30 millones de habitantes o más, si soportaran un gran bombardeo nuclear, crearían un problema de desorden en sus poblaciones (sin hogar, vagando entre ruinas), que ningún gobierno podría resolver, ya que la población desorientada comenzaría a desobedecer, quizá a salir al campo como huestes transhumantes. Esta misma situación se presentaría en los complejos urbanos de Moscú, Leningrado y en otros centros industriales y urbanos soviéticos. Tampoco aquí las poblaciones desmoralizadas, hambrientas y transhumantes obedecerían a la férrea dictadura de los dirigentes soviéticos. El mismo panorama podría presentarse en las ciudades de Europa occidental y en las megalópolis de Asia, y Africa, Oceanía y América Latina, posiblemente devastadas por bombarderos nucleares, pues la guerra atómica tiene menos espacios neutrales que la guerra convencional.

Si la *guerra atómica* tuviera lugar, y hay que pensar que es probable y no imposible que ello suceda, el dominio de los gobiernos sobre sus poblaciones y el de los mandos militares sobre sus soldados, podría debilitarse hasta tal punto que la tercera guerra mundial comenzase como regular (bien encuadrada), y terminase irregular (guerrillera, revolucionaria o insurreccional,

obligadamente como sociedad auto-organizada, ya que el Estado no resolvería nada en una situación de caos).

Cuanto más se extienda en superficie la guerra —no teniendo frentes ni retaguardia, siendo una guerra total, hecha en todas partes, a causa de la dispersión impuesta por el empleo de las armas atómicas— el control de los gobiernos sobre las poblaciones transhumantes iría disminuyendo, tomando más y más importancia la auto-organización, la auto-defensa, la democracia asociativa, la organización popular de la producción, el consumo, la distribución, la asignación y el reparto equitativo de viejas viviendas o de chabolas de emergencia. Sería, pues, necesaria la autogestión y la cooperación para organizar la vida después de una guerra total, hecha sólo para mantener en el Poder a la burguesía occidental o de la burocracia oriental.

Frente a estos problemas (que no se podrán resolver con decretos sino prácticamente), para que el caos no acabase con la civilización o lo que reste de ella después de un bombardeo nuclear, cobraría importancia la democracia directa, la solidaridad humana, la moral social, la convivencia y la tolerancia entre los seres humanos, la cooperación según el principio de uno para todos y todos para uno, ya que la salvación no sería posible individual sino colectivamente.

Si las religiones actuales y las ideologías políticas no tuvieran una respuesta para sacar al mundo del apocalipsis nuclear, quedarían desprestigiadas, sin devotos religiosos ni militantes políticos: estaríamos así en presencia de una nueva civilización menos centralista que la actual, auto-organizada, basada en el pricipio de *que todo lo que pueda hacer la Sociedad no debe hacerlo el Estado*. Habría entonces que construir la civilización sobre nuevos principios económicos, políticos, morales, sociales, jurídicos y filosóficos: sin clases dirigentes, sin Estado-providencia, sin monopolios privados o de Estado, sin religiones muertas, sin ideologías obsoletas. Habría que crear una nueva sociedad donde haya armonía entre individualidad y colectividad con libertad y responsabilidad entre todos y para todos.

En el campo, la guerra nuclear no sería tan desastrosa como en las ciudades. Los millones de personas que salieran de las ciudades (bombardeadas con cargas nucleares) y llegasen al campo, deberían auto-organizar su vida, sus comunidades, su producción artesanal, industrial y ganadera; conservar y no devastar la producción en desarrollo, no en el sentido capitalista sino según la moral anarquista: uno para todos; todos para uno.

En caso de guerra nuclear, tomando principalmente como grandes blancos atómicos a las ciudades populosas, el país que pareciera mejor organizado económicamente (Estados Unidos) y el mejor vigilado policialmente (Unión Soviética), se desorganizarían de la noche a la mañana. Entonces harán falta pequeños núcleos de hombres abnegados y activos, combativos y organizadores, que en muchos sitios a la vez sean capaces de auto-organizar la población con la *autoayuda* y de evitar la acción de grupos violentos y depredadores mediante una eficiente autodefensa en superficie, con escalones

de guerrillas territoriales a nivel local, comarcal, regional, nacional y hasta de tipo continental.

Si la guerra nuclear alcanzara su dimensión de corto, medio y largo alcance, mediante misiles con cabezas atómicas, lanzamiento de misiles desde submarinos y de bombas o proyectiles de crucero desde bombarderos estratégicos, las poblaciones tendrán que ser auto-organizadas comunitariamente en un sentido como funcionaron las colectividades libertarias a fin de que una moral austera y una economía más austera todavía, salve a la humanidad del caos, de las hambrunas rayanas en la antropofagia. Esta perspectiva de anomia social y económica sería posible y, por tanto, será necesaria una nueva civilización basada en el interés social, ya que la salvación no sería individual sino colectiva, solidaria, comunitaria. Sólo así el caos, producido por los antagonismos entre burocracias totalitarias y burguesías monopolistas, se podría transformar en una nueva civilización de la fraternidad universal sin diferencias de clases, castas, ni de naciones ni de razas.

Los problemas de la *liberación del hombre* no pueden ser resueltos con el capitalismo privado o de Estado, con las empresas multinacionales neo-colonizando a los países subdesarrollados, con inversiones directas en Asia, Africa y América Latina para apoderarse de sus materias primas y fuentes de energía, con préstamos leoninos inspirados en el usurero Shylock, que han vaciado las arcas de los bancos centrales de países deudores obligados a pagar altos intereses para satisfacer la inmediatez de la ganancia de los banqueros consorciados en el "Clud de París" y en el F. M. I.

Un sistema económico mundial capitalista, que concentra el poder financiero, tecnológico, comercial y estratégico para explotar y oprimir al Tercer Mundo tiende, a la larga, a producir crisis económicas y situaciones belicistas latentes como entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, entre la URSS y China y entre USA y Latinoamérica.

Es aberrante, por ejemplo, que Japón, con 55 veces menos territorio que América Latina y con el 28% de la población ésta, tuviera en 1986 doble de producto interno bruto (PIB), sin producir el suelo japones materias primas esenciales y energéticas, de las cuales es rica Latinoamérica. Así las cosas, en su pequeño espacio geográfico, Japón tiene una densidad de 321 habitantes por kilómetro cuadrado, contra unos 19 en aquélla. Tal es la situación de poco espacio geográfico y mucha densidad de población de 321 habitantes por km2 en Japón, llegando a 323 en Bélgica, 347 en Holanda, 367 en Italia, 245 en Alemania occidental y 232 habitantes en Gran Bretaña. En suma, que, en algunas regiones industrializadas del planeta los habitantes se apiñan en ciudades populosas, mientras la América Latina tiene poca densidad de población por kilómetro cuadrado, quiza porque exporta sus materias primas, gas y petróleo, con poco valor añadido, lo cual hecha la población del campo hacia las ciudades latinoamericanas rodeadas de millones de habitantes en los cerros, como en Caracas, Río de Janeiro, Sao Paulo y otras ciudades. Así las cosas, la creciente miseria, el subempleo y el desempleo, la falta de higiene y

de otros servicios sociales y públicos, la inflacción de los precios aumentando la pobreza, las bruscas devaluaciones monetarias consecuencia de los pagos de la pesada deuda externa, crean un descontento progresivo en las megalópolis latinoamericanas, cuya perspectiva hacia el año 2000 será cada vez más violenta contra los gobiernos entregados al imperialismo económico foráneo y a las oligarquías indígenas. Una población en aumento rápido y con mesa escasa en alimentos y pródiga en nacimientos tiene así una perspectiva de manifestaciones airadas o de guerrillas urbanas, sobre todo, en las megalópolis de varios millones de habitantes, en América Latina.

BIBLIOGRAFIA

MALTHUS, R

Ensayo sobre el principio de la población. Al tratar "las causas de la pobreza de las naciones" lo hizo inspirándose en la ley de los rendimientos decrecientes en la agricultura. Malthus es cruel con los pobres, a quienes niega el derecho a reproducirse.

"Un hombre que nace en un mundo ya ocupado.... en el gran banquete de la Naturaleza se encontrará con que no hay puesto para él. La Naturaleza le ordena que se marche y no tarda en llevar su amenaza a ejecución". Es al pobre al que Malthus pide continencia, pero no al rico: "Hay que suponer —dice— en el pobre hábitos de prudencia que le preserven de casarse cuando la renumeración de su trabajo no baste para sostener, sin acudir a la beneficiencia, a su mujer y seis hijos". (Obr. cit.).

En estas condiciones, pocos pobres podrían casarse en los países del "Tercer Mundo".

Malthus fue un economista al servicio de los ricos: "El pueblo —afirma— debe ser considerado como siendo el mismo la causa principal de sus sufrimientos"

En tal caso, en la India, en Africa y Latinoamérica debieran ser exterminados millones de seres humanos por el flagelo del hambre. Pero la principal causa de las miserias de la India no es "tener una población tan enorme que no pueda ni emplearla ni mantenerla", sino la falta de modernización de su agricultura e industria.

Con una economía autogestionaria universal se concordaría armónicamente la población y la producción. La culpa de las miserias humanas en el capitalismo no las tiene la población, sino la propiedad privada del capital y de la tierra que no son capaces de mantener la plena ocupación, una gran productividad y producción por hombre y hectárea o por obrero en la industria.

GODWIN, W

Enquiry concerning political justice. Este anarquista británico, contemporáneo de Malthus, lo refuta con estas palabras:

"Tres cuartas partes del globo —dice— están hoy incultas. En las partes ya cultivadas pueden realizarse mejoras inconmesurables. La población puede continuar creciendo durante miríadas de siglos y la tierra será aún suficiente para sustentar a sus habitantes". (Obr. cit.).

La moderna agricultura prueba, en cierto modo, las tesis de Godwin, más que las de Malthus. El hombre puede cultivar selvas virgenes, extraer proteínas del petróleo, hacer alimentos de algas e incluso abordará otros planetas, cuando el mundo sea un sólo país sin crisis, ni guerras ni luchas de clases. Sólo entonces puede crear una civilización faústica con sus viajes a las estrellas.

SMITH, A.

La riqueza de las naciones. "Toda especie animal —expresa— se multiplica naturalmente en proporción a sus medios de subsistencia, y ninguna especie puede multiplicarse más allá de ellos; pero en la sociedad civilizada la escasez de subsistencias puede limitar la multiplicación de la especie humana sólo entre las clases inferiores del pueblo, y no lo puede hacer de otra forma más que destruyendo gran parte de los hijos de sus prolíficos matrimonios". (Obr. cit.).

MARX, C.

El Capital. Sobre el problema de la dinámica de la población capitalista, especialmente la población asalariada, es importante estudiar el capítulo XXIII de esta obra, particularmente el subtítulo: III. "Producción progresiva de un exceso relativo de la población o ejército industrial de reserva". De ese capítulo, entresacamos este párrafo:

"La condenación de una parte de la clase obrera a la ociosidad, que le es impuesta por el trabajo excesivo de la otra parte, y viceversa, se hace un medio de enriquecimiento del capitalis-

ta, y al propio tiempo acelera la producción del ejército industrial de reserva desocupada en una parte correspondiente al progreso de la acumulación social". (Obr. cit.).

Para Marx, la industria moderna atrae y rechaza alternativamente a los trabajadores, aunque atrae más que rechaza, llevando así este sistema de producción la creación de un sobrante de población asalariada, flotante, a disposición de la dictadura del capital privado.

A medida que la producción capitalista penetra en la agricultura, que introduce el tractor, la cosechadora, la maquinaria agrícola, la demanda de trabajo vivo, va disminuyendo en razón inversa a la tecnificación de la agricultura. Así las cosas, una gran masa de población agrícola se va convirtiendo en población urbana y manufacturera. Como el obrero agrícola vive con el mínimo de ingreso, con el más bajo salario, va a la ciudad a rebajar con su oferta de trabajo el nivel de los salarios del proletariado industrial urbano.

Masas enormes de campesinos italianos, españoles, turcos, griegos y yugoslavos han ido a trabajar a Alemania occidental, para rebajar el nivel de los salarios del obrero alemán, durante la época del "boom" industrial.

Pueblos enteros de campesinos españoles han sido abandonados para irse al extranjero. Así, pues, cada régimen de producción tiene su ley de población. Si se industrializaran las materias primas agrícolas en los lugares de producción, la población rural se convertiría en población industrial. En cambio, con el capitalismo privado o de Estado, la ciudad atrae la población del campo porque ahí se concentra el capital. El capitalismo desarrolla desigualmente la ciudad y el campo; produce la desocupación, la crisis de la vivienda, las "villas miseras" de población subproletaria, en los cinturones urbanos de las megalópolis, sobre todo en el Tercer Mundo.

BONNEFOUS, E.

La terre et la faim des hommes. (Edt. Arthème Fayard, París, 1960). Dice el autor sobre el hambre en el mundo: "La humanidad no ha conocido jamás una expansión demográfica comparable a la de nuestra época. Ella pasó muchos siglos para alcanzar 2.500 millones de seres humanos; pero exigirá menos de 50 años para duplicar esa cifra. No hay en la historia de la humanidad un ejemplo de crecimiento tan rápido de la población". (Obr. Cit.).

CASTRO, Josué.

La geografía del hambre. Libro importante para conocer una América Latina parecida a la India, en vastas regiones subalimentadas, subdesarrolladas y analfabetas, con niveles de higiene, sanidad y de mortalidad infantil propia de la Europa del siglo XIX.

BOUTHOUL, G.

La surpopulation. (Edit. Payot, París 1964). Plantea la nececidad de una planificación demo-económica. Considera que la presión de la población conduce a la guerra: ¿por qué no al cambio socio-económico? —diríamos nosotros—, socializando los medios de producción y de cambio, para crear una economía autogestionaria.

SAUVY, Alfred.

Richess et population. En este libro el autor estudia el problema demográfico y económico; pero con particular aplicación a la población francesa, que crece escasamente a un ritmo anual del 0,5%.

Malthus et les deux Marx. Este libro de Alfred Sauvy, con un criterio neo-malthusiano, plantea un cuadro histórico de la población en el mundo, en particular, como ejemplo, en los países socialistas.

CIPOLLA, C-M.

Histoire économique de la population mondiale. Editions Gallimard. París, 1965. En este estudio, el autor plantea problemas económicos y sociales en relación con el crecimiento de la población, con la revolución agrícola y la revolución industrial como condiciones de producción y consumo propicias al incremento demográfico. Pero la población, en realidad, no es un todo

homogéneo; puesto que está dividida en clases sociales y, al respecto, Cipolla dice:

"Desde los primeros días de la historia de los hombres la aparición de clases privilegiadas, sacerdotes y aristócratas, han desviado los recursos hacia los niveles de vida más elevados, impidiendo así el aumento de la producción integralmente absorbido por el crecimiento de la población. El reparto desigual entre personas y clases y el hecho de que la tasa de crecimiento de la producción industrial fuese netamente superior al de la tasa de incremento de la población durante un largo período, fue, sin duda alguna, el factor que, en el curso de la revolución industrial, condujo a la industrialización y los altos niveles de vida, compensando la propensión a tener hijos. La imitación de las clases superiores por las clases inferiores, o la de las sociedades "desarrolladas" por los países "subdesarrollados", debería entrar aquí igualmente, en línea de cuenta. (Obr. cit. p. 130).

Evidentemente, si hubiera menos población improductiva que bajo el régimen burgués o bajo el socialismo burocrático de modelo soviético, aumentando la población activa productiva, desaburguesando y desburocratizando la economía, se podría vivir ya en una abundancia de bienes y servicios sociales y públicos, permitiendo que cada uno aportara según su capacidad y recibiera según sus necesidades, haciendo funcionar eficazmente una economía autogestionaria, base objetiva del socialismo libertario.

HALPERN, J-M.

La revolución de la población rural. Editorial Labor, S.A. Barcelona, 1973. El desarrollo de la civilización industrial ha volcado cientos de millones de rurales a las ciudades. El maquinismo agrícola ha despoblado el campo y ha superpoblado las ciudades, pero dando lugar a un desarrollo económico y demográfico muy desigual que genera una gran desocupación de trabajadores. Acerca de este problema, Joel M. Halpern advierte:

"En todas las ciudades actuales, el problema universal consiste en procurar puestos de trabajo en gran escala para la mayoría de los que abandonan el campo o sus aldeas. Y para los que permanecen, los niveles locales establecidos por las familias, vecindario y comunidad, se hacen menos importantes en su calidad de posible recompensa y carecen de la fuerza coactiva que antes tenían". (Obr. cit. p. 162).

Como el campo no se puede despoblar mucho más en los países industrializados, al mismo tiempo que las ciudades han entrado en crisis de su crecimiento con la escasez de energía cara importada, habrá que plantear otro modelo de desarrollo económico, social y tecnológico, en base a constituir, en el campo, comunidades agro-industriales cooperativas o autogestionarias y, en las ciudades, constituir empresas, servicios sociales y públicos con mucha participación de sus trabajadores, instaurando un socialismo autogestionario, que suprima el óxido burocratico del Este y las clases parasitarias del Oeste. Así las cosas, la autogestión sería capaz de mantener una economía social de pleno empleo, colocando el derecho al trabajo por encima del derecho de propiedad individual o estatal en la empresa libertaria de propiedad social.

HEINZ Haber.

¿Muere nuestro planeta azul?. Unión Editorial, S. A. Madrid 1975. Al comentar la frase bíblica de i"creced y multiplicaos"!, el autor expresa.

"Sin una superagricultura hubiera sido imposible una superpoblación, pues de otra suerte la mayoría de los hombres hubieran muerto de hambre. Pero para atender las necesidades de esta superagricultura era indispensable una superindustria y una supereconomía energética. Y a la inversa, el número vertiginosamente creciente de hombres sobre la Tierra, ha hecho que estas supereconomías hayan tenido que desarrollarse con un ritmo cada vez más acelerado. Ya hemos hablado de que no tenemos intalaciones adecuadas para eliminar los indigestos residuos de nuestras supereconomías y con estos restos cada uno a su modo pone en peligro serio al aúreo equilibrio de nuestro planeta azul. Pero el fenómeno auténticamente asombroso de esta evolución consiste en que impulsores más importantes de estos procesos causales de aceleración, es decir, las civilizaciones occidentales industrializadas, consideran desde hace muchos años esta evolución como un auténtico progreso. Crecimiento de la población con el consi-

guiente crecimiento de la renta industrial, crecimiento de las ciudades, de las autopistas, de las ediciones de los periódicos, del número de pasajeros por vía aérea. Crecimiento: he ahí el becerro de oro. Pero aquí hemos olvidado que nos sentabamos en la cima de una verde montaña de agua que, al igual que una ola, puede acaso estar a un kilómetro de la playa, hacia la que avanzamos con marcha inexorable". (Obr. cit. p. 183).

En definitiva, la dialéctica de este crecimiento desarmónico conduciría al progreso retrogresivo, si no sustituímos el caos de la producción capitalista cuya finalidad es crecer por crecer, aunque se contamine todo; consumir por consumir productos excesivamente renovables o perecederos; derrochar riquezas naturales; desperdiciar recursos humanos con el paro obrero; en suma, el capitalismo debe ser sustituído por una economía social (mutua, cooperativa, autogestionaria) que ponga al hombre en el centro del proceso económico: sin clases, sin privilegios y sin castas.

PETERSEN, W.

La población. Un análisis actual. Editorial Tecnos. Madrid, 1968. Se trata de un libro importante sobre el desasrrollo histórico de la población. De su voluminosa obra, con gran aporte de datos, el autor sintetiza su pensamiento en este párrafo: "La población óptima de un área cualquiera es el número de gentes que en un determinado ambiente natural, cultural y social produce el máximo resultado económico. Esta definición no implica que tal ambiente no deba ser cambiado. Asimismo tampoco establece que el máximo resultado económico sea la única meta legítima de la política de población de una nación. Estas son cuestiones diferentes, y el especificar los efectos económicos del volumen de la población es ya de por sí un problema bastante difícil" (Obr. cit. p. 468).

El óptimo de la población pudiera ser logrado en una sociedad sin clases, sin desarrollo desigual entre la ciudad y el campo, ni entre países industrializados y subdesarrollados, siendo el mundo uno solo, basado en un federalismo económico y político de tipo autogestionario. Así la población sería más racional que espontánea, en función de la sociedad y de su economía, de la cultura y de la información veraz; más o menos población, según que el hombre esté limitado sólo al espacio de la Tierra o realice la civilización faústica de la conquista del Universo, gracias al empleo pacífico de una energía atómica abundante y limpia.

VALENTI, D.

Teoría de la población. Ensayo de investigación marxista. Editorial Progreso. Moscú, 1978. Un estudio demográfico dirigido por el profesor Valenti. En la introducción a este libro se dice lo siguiente:

"Los cambios estructurales de la población se deben, en última estancia, a los organismos sociales de los que surgen, sobre la base de las relaciones de producción dominantes. El propio término "aspecto socio-económico del desarrollo de la población" presupone la influencia mutua de las condiciones sociales y económicas sobre el cambio del mismo deben tenerse en cuenta en la sociedad socialista para planificar la economía nacional y medidas socio- económicas". (...). "En el curso de la producción se entablan entre los individuos relaciones sociales que, en dependencia del modo de producción dominante en la sociedad, pueden ser las de dominación de unos y subordinación de otros, como sucede en las formaciones de clases antagónicas; de colaboración de camaradas y ayuda mutua, de individuos iguales en derechos (comunismo en ambas fases), o bien de transición de la primera forma a la segunda". (Obr cit. p. 9).

Los movimientos de la población en la URSS no difieren mucho de los experimentados en los países capitalistas: desarrollo desigual entre ciudad y campo; crecimiento de las ciudades; contaminación ambiental por concentrarse los capitales preferentemente en las ciudades; disminución de la tasa de población general y, particularmente la urbana, a causa de la falta de vivienda y de un nivel de vida muy bajo; aumento desproporcionado de la población activa en los servicios (burocratización); disminución de la población rural y menor aumento de la población obrera que la de funcionarios en el Estado y en los servicios sociales y públicos, o que de terciarios en las empresas públicas, cooperativas y otros organismos.

En suma, las leyes de la población en el modo de producción estatista soviético no superan

las clases sociales, ni aún habiendo convertido la propiedad privada en propiedad estatal, porque las diferencias de rentas personales son muy grandes entre oligarquía política y tecno-burocracia, por un lado, y obreros y campesinos, por el otro. En definitiva, una gran masa de población soviética está sometida a un bajo nivel de vida con bajos salarios otorgados por el Estado-patrón, mientras menos del 10% de la "élite" del Poder obtiene un 40% de la renta que no tiene nada que envidiar a la percibida por los burgueses occidentales. Y es que "los soviéticos son todos iguales —según el dogma de partido— pero unos son menos iguales que otros en sueldos y salarios en saber y poder, en mandar y obedecer, lo cual evidencia que el modo de producción estatista soviético no es socialista y, menos aún comunista, ya que los obreros hacen huelgas contra los burócratas del Estado (patrón) totalitario.

CAPITULO III

LA LEY DEL VALOR DEL USO DE LAS COSAS O BIENES

Dialéctica de lo abstracto y lo concreto

Económicamente, las cosas, los objetos, los animales, las materias primas, capaces de satisfacer necesidades humanas, no abundan espontáneamente en la naturaleza, salvo en el Paraíso, no en la economía humana. Mientras el trabajo del hombre no modifica la naturaleza para satisfacer sus necesidades, nada es dado gratuitamente. Con pocas fuerzas productivas hace falta mucho espacio para alimentar a un hombre. Por ejemplo, en el período paleolítico inferior, con una economía humana muy atrasada, Francia no tenía más de 100.000 seres humanos en su territorio, contra 55 millones de habitantes en 1987.

De acuerdo con su desarrollo, económico y tecnológico, el hombre necesita más o menos hectáreas para subvenir a su existencia biológica: 100.000 hectáreas para un esquimal y o, 15 hectáreas en la horticultura intensiva de la India, Japón, China y Egipto. En cuanto a la *productividad por agricultor*, un neo-zelandés produce para más de 50 personas; pero un indio boliviano, peruano, ecuatoriano, brasileño o centroamericano, en la agricultura marginal de subsistencia, apenas si producen alimentos para su familia y un poco más de excedente para el mercado, a fin de comprar en él escasos artículos manufacturados.

Un agricultor norteamericano, inglés o de la Europa industrial consumen menos del 10% de su producción agropecuaria como consumo directo, contra cerca del 90% en los países más atrasados de Africa. Por tanto, en razón del avance tecnológico y del desarrollo económico, los productos agropecuarios son, en gran parte, *valores de cambio*, (mercancías) en la Europa indus-

trial y en Norteamérica y *valores de uso* o de consumo directo para la familia campesina entre los indios y los africanos más atrasados.

Un norteamericano, por el hecho de nacer en Estados Unidos, tenía en 1986 una renta bruta por habitante de 17.400 dólares, contra unos 290 la India, Pakistán 350, Indonesia 490, Bolivia 600, Haití 330 y menos de 200, Bangladesh, Etiopía y Malavi. Todos los países de nuestra época son contenporáneos, pero no son coetáneos en su progreso económico, cultural y tecnológico. Por ejemplo, Haití y Estados Uonidos pertenecen al mismo continente americano, pero el primero no tiene casi analfabetos y el segundo registra un 90%. Por el privilegio de nacer en Estados Unidos un ser humano vive más años de existencia y disfruta unas 60 veces más renta por habitante que un haitano. He ahí las grandes contradicciones de nuestra época: unos países son muy ricos; otros, muy pobres. Esta contradicción universal puede ser más antagónica que la existente entre la URSS y USA, en la dialéctica violenta de los finales del siglo XX, cuando los países endeudados y subdesarrollados entren en rebeldía contra los países acreedores y explotadores.

En los países industrializados casi todos los bienes y servicios revisten el carácter de valores de cambio, de mercancías, de productos o artículos enajensables para el mercado y no para el consumo directo de sus productores. Así, pues, la comercialización de todo constituye la gran alienación de todo: tierra, trabajo, capital, arte, literatura, ciencia, etc. mientras todo sea reducido a dinero y mercancía como en el capitalismo, pero no en un socialismo libertario, en que el hombre sea desalienado.

Las necesidades económicas de una nación industrializada no son las mismas que en una nación atrasada: Japón producía en 1980 seis veces más millones de toneladas de acero que América Latina, pero Japón tiene 60 veces menos territorio y un tercio menos de la población que aquélla.

La *escala de valores económicos* es diferente para un país o región con alta industrialización que en un país o continente subdesarrollado. Por ejemplo, hacia 1980, Norteamérica tenía 7 veces más renta por habitante y 11 veces más consumo de energía por persona que Latinoamerica. Ello explicaría el hecho de que un agricultor norteamericano, bien maquinizado, produce 100 kilogramos de trigo en menos de una hora, contra unas 20 horas en la región andina de subsistencia agraria, con cultivos manifundistas atrasados.

Para que América Latina alcance el desarrollo económico y tecnológico de Norteamérica, no le queda tiempo para hacer la experiencia capitalista, ya que no le deja liberarse del imperialismo económico y sus bancos internacionales y empresas multinacionales; tendrá que hacerlo con acumulación de capital social; con empresas autogestoras en la industria y los servicios y combinados agro-industriales autogestionados, para superar, una vez por todas, el *minifundio antieconómico* (que no deja entrar a las máquinas) y el *latifundio extensivo e improductivo* (que se opone a la modernización de la agricultura).

Estas formas de propiedad ya obsoletas, se oponen al progreso económi-

co y tecnológico en la agricultura, impidiendo la alimentación de más de 600 millones de latinoamericanos que serán en el año 2000. En este orden de ideas, se diría que estas formas que tuvieron valor en un tiempo no lo tienen ahora, ya que se oponen al incremento de la producción y de la productividad, al bienestar para todos.

Así las cosas, al perder su viabilidad determinadas formas de propiedad del capital y de la tierra, que impiden el derecho al trabajo para todos, la prosperidad y la felicidad de los hombres en determinado momentos históricos y políticos, éstas tienen que cambiar por revolución lo que ha terminado de progresar como evolución.

LOS MISTERIOS DEL VALOR ECONOMICO

Los productos del trabajo humano son valores de uso: cosas útiles capaces de satisfacer necesidades humanas, inherentes a sus esencias naturales. Para obtener más elevada productividad, los hombres se especializan en distintas producciones específicas (valores de uso), en razón de la *ley de la división social del trabajo* o de la geografía económica; y en una economía mercantil dichas producciones se cambian por su valor de cambio: tiempo de trabajo medio socialmente necesario para producir una cosa útil.

En una economía de mercado, las mercancías —como valores de uso— son de distintas calidad; pero como valores de cambio son de igual o diferente cantidad de trabajo medio necesario para producirlas, lo que determina su precio diferente en el mercado, siempre que no esté monopolizada su producción, como sucede en nuestra época, bajo el imperio de los "trusts", "cárteles" y "pools", creados por el capital financiero altamente concentrado en empresas multinacionales.

En la producción capitalista, dentro de la economía urbana de las ciudades industriales, la alienación económica reside en el fetichismo de la mercancía (en su forma dinero), que cambia todos los valores económicos, pues quien no tiene dinero en la megalópolis carece de todo, es un ser humano sin derecho de consumo quizá porque está privado del derecho al trabajo, mientras el sistema económico no sea autogestionario; mientras el derecho de propiedad se anteponga al interés de la comunidad.

La mercantilización de todo, en sentido privado, reduce a los valores útiles capitalistas como valores venales, que procuran con su compra-venta pingües ganancias. Así la sociedad es sometida al derecho de propiedad privada y el interés general al interés particular.

El valor de uso es la condición primigenia de las cosas, independientemente de que sean o no mercancías; pero éstas, antes de serlo, deben ser cosas útiles para aportarlas al consumo general por medio del cambio en el mercado. Para que sea una cosa bien o servicio, valor de cambio, tiene que ser, previamente, valor de uso; pero este valor útil no dura eternamente: una

central eléctrica, una locomotora, una máquina, etc. pierden, con el tiempo, su valor de uso —su utilidad— y con ello su valor de cambio. El capital gastado debe ser repuesto anualmente para reproducirlo al menos, o bien ampliarlo, lo cual es propio de economías dinámicas, no estancadas, no frenadas por relaciones sociales de producción y formas de propiedad basadas en economías atrasadas, no renovado ampliamente el capital, porque se lo come el parasitismo burgués o burocrático. Y por eso es necesario instaurar una economía autogestionaria que procure trabajo, bienestar, progreso económico y tecnológico para todos, convirtiendo la propiedad privada en propiedad social autogestionada.

La *producción mercantil* se presenta bajo un doble aspecto contradictorio: *valor de uso* y *valor de cambio*. Si abundan los productos (valores de uso) disminuyen sus valores de cambio, cuando los precios retroceden en el mercado ante una oferta desmedida. Así, pues, la burguesía está interesada en producir *escasez de bienes y servicios*, para mantener los precios elevados. Con esta dialéctica paradójica o de desperdicio de fuerzas productivas, prospera el capital privado (con sus monopolios, cárteles, "trusts", y "pools") que tiene como finalidad restringir la producción para elevar los precios, subir las ganancias y perpetuar el modo de producción capitalista, en base a la explotación de los trabajadores y consumidores. Para salir de estos contrasentidos económicos hay que poner en concordancia el valor de uso y el valor de cambio mediante una economía autogestionaria que suprima los monopolios y el capital privado o de Estado.

El capitalismo —que fué progresivo frente al feudalismo— es injusto explotando sus monopolios y el trabajo asalariado por una reducida minoría, que posee el poder del capital, de la tierra y del dinero. *El pueblo está interesado en que el valor de las cosas disminuya en razón directa de su abundancia o cantidad, mientras que los capitalistas tratan de reducir la oferta de bienes, para mantener la escacez con precios elevados*. Así, pues, el capitalismo, como modo de producción, no está en interés de la humanidad; debe ser abolido por sus víctimas: el pueblo trabajador y consumidor, que debe instaurar el socialismo autogestionario, en las empresas, y la democracia directa el autogobierno como política de todos.

Si la producción no fuera capitalista (monopolio de la burguesía) nunca se producirían las crisis de sobreproducción relativa dado que el pueblo siempre puede consumir todo lo que se produce, menos el ahorro de una parte de ello para inversión, a fin de estimular el desarrollo económico y tecnológico de la sociedad para liberar al músculo por la máquina y al cerebro humano por el ordenador electrónico, en la producción, la administración y en otras tareas.

Necesitamos una sociedad autogestionaria más preocupada por producir valores de uso, con abundancia para todos, que una sociedad burguesa o tecno-burocrática en que el valor de cambio (como mercancía del Estado o de

los "trusts", cárteles y "pools", contiene y oculta la plusvalía extorsionada a los trabajadores asalariados).

VALOR Y NECESIDADES

Hace un siglo —antes del motor de explosión y a reacción— el petróleo era un producto poco *útil*; pero durante el siglo XX se convirtió en materia prima y fuente de energía de primera necesidad. En otro tiempo, los países árabes, con sus inmensos desiertos, eran los más pobres del mundo; pero el petróleo ha hecho de ellos "Eldorados" de la época contemporánea y generadores de miles de millones de petrodólares.

El agua ha sido durante muchos siglos artículo barato; pero a medida que las fábricas la van consumiendo abundantemente, se convierte en producto escaso para la industria. Ya se proyectan centrales atómicas de desalinización del agua del mar, para abastecer a grandes ciudades e industrias. De esta manera, el agua, simple valor de uso, se va convirtiendo en valor de cambio, en mercancía enajenable o traducible en dinero como cualquier otro producto venal de nuestra mercantilizada y capitalista economía, en que todo tiene un precio pagado en dinero.

Para un país atrasado no tiene mucha importancia la energía nuclear, la conquista del espacio cósmico, la cibernética; pero sí no logra estos adelantos tecnológicos, ¿de qué le sirve llamarse país independiente si no lo es frente a las grandes potencias?. Capitalista o "socialista", el país que no alcance el nivel nuclear, cibernético y astronaútico es como si se hubiera quedado detenido en la edad de piedra. He ahí el gran desafío tecnológico y económico de nuestra época para los países que se queden congelados en la segunda revolución industrial sin poder alcanzar la tercera.

El "agua pesada" (hidrógeno atómico) tiene utilidad de primerísima importancia para un país que produzca energía nuclear o bombas atómicas, a fin de figurar entre las grandes potencias estratégicas y económicas. El carbón mineral para el burgués de la época de la máquina de vapor fue el pan de su industria: esa piedra negra que no había sido utilizada en el pasado como fuente de energía; pero que hizo posible la primera revolución industrial como el petróleo y la electricidad lo hicieron en la segunda.

El progreso económico, cultural y tecnológico de una sociedad depende de su infraestructura (fuerzas productivas) y de su superestructura (relaciones sociales, clases, formas de Estado, propiedad privada de los medios de producción, estatal o autogestionada). Mientras los países subdesarrollados mantengan con su estructura de clases (burguesía, oligarquía terrateniente, burocracia) mucha población improductiva (que consume mucho y no produce nada), no se podrá hacer la industrialización acelerada, ni la total mecanización de la agricultura, pues se oponen a ello las viejas clases parasitarias, que restan la mayor parte del ahorro de capital disipado en consu-

mo de lujo o inproductivo. En la América Latina, increíblemente, la *población productiva* (agricultura, industria, producción de bienes), es poco más del 20% de la población total. Como el equipo de producción agrícola e industrial es viejo, con escasa productividad del trabajo, cada año que viene es peor que el que se va, siendo así la crisis económica acumulativa en los países latinoamericanos, gobernados por dictaduras militares, gobiernos oligárquicos o burocracias y tecnocracias incompetentes con presidentes administradores de su pesada deuda externa, según las recetas del F. M. I.

Como se producen pocos bienes en relación con el aumento de la población en Latinoamérica, cada vez hay menos *valores de uso* —cosas útiles— por habitante. En consecuencia, suben los *precios* de esos valores: el valor de cambio aumenta así la riqueza en forma monetaria, pero éste disminuye como cosas útiles por habitante. Para incrementar la riqueza de una nación o sociedad *es necesario que disminuya el valor de cambio de las cosas, produciendo cada vez más de ellas durante cada vez menos tiempo de trabajo medio socialmente necesario, a fin de que el costo de los bienes decrezca no ya tanto en dinero, como en horas de trabajo por unidades de cosas producidas.* Una sociedad que siempre gastase la misma cantidad de trabajo para producir los bienes y servicios, siempre que no aumentara su población sería tan estática como la sociedad esclavista o la feudal; pero si aumentase la población y quedase congelada la producción, tal sociedad no podrá durar, histórica y económicamente, ya que no reproduciría el capital gastado. Tal sociedad caería revolucionariamente; pues no tendría posibilidades económicas e históricas de durar, no sería necesaria sino anacrónica u obsoleta, por no hacer la reproducción ampliada de su capital social.

"Cuanto mayor sea la cantidad de valor de uso mayor será, de por sí, la riqueza material: dos chaquetas encierran más riqueza que una. Con dos chaquetas pueden vestirse dos personas; con una chaqueta, una sola, etc. Sin embargo, puede ocurrir que a medida que crece la riqueza material, disminuye la magnitud de valor que representa. Estas fluctuaciones contradictorias entre sí, se explican por el doble carácter del trabajo" (1).

" El mismo trabajo rinde, por tanto, durante el mismo tiempo, idéntica cantidad de valor, por mucho que cambie su capacidad productiva. En cambio puede arrojar en el mismo tiempo cantidades distintas de valores de uso, mayores o menores, según que su capacidad aumente o disminuya" (2).

El régimen de monopolios, de cartelización de la producción, aunque empleando adelantos técnicos con modernas patentes, limita la competencia pues la menor afluencia de bienes al mercado no aumenta los valores de uso aumentando así paralelamente el valor de cambio : los precios de las mercancías en beneficio de los capitalistas.

Una sociedad de abundancia, de valores de uso en aumento, tiene que

1 Marx. C. El Capital. Lb. I. Cap. I.
2 Marx. C. El Capital. Lb. I. Cap. I.

ser autogestionaria, no capitalista, no burocrática, autogobernada política y económicamente en una sociedad libertaria.

Pero para *que prevalezcan los valores de uso de los bienes y servicios sobre sus valores de cambio* es necesaria una economía menos mercantil y más comunitaria, con más consumo inmediato de los productos del entorno, sin depender tanto de los intercambios de mercancías provenientes de lejanos países o de otros mercados. Por ejemplo, en *comunidades autogestionarias locales, integradas comarcalmente, de acuerdo con el entorno económico, ecológico y demográfico*, se pueden crear complejos autogestionarios constituídos por la integración de la agricultura, la industria agro-alimentaria y de transformación de materias primas (agrícolas, animales, forestales, pesqueras), utilizando para ello fuentes de energía locales : biomasa, carbón mineral, vegetal o turba, energía solar, cólica, metano y alcohol de la biomasa, a fin de tener una empresa autosuficiente o, por lo menos, no tan dependiente de sus materias primas y fuentes de energía como la mercantilizada empresa capitalista, dependiente de la mercancía. Por otra parte, las industrias agrícolas de transformación y comercialización de su producción, financiadas por bancos autogestionarios locales, podrían desafiar, con *costos decrecientes* debidos a su integración, a las empresas multinacionales capitalista, que sólo persiguen la inmediatez de la ganancia privada y no una economía social.

Al integrarse comarcalmente —como estructura económica básica— las empresas cooperativas y autogestionarias aportarían productos intermedios las unas para las otras asegurándose así, inmediatamente, una parte segura de su mercado a nivel comarcal, y luego, con la integración a nivel regional y nacional, podrían competir ventajosamente con empresas multinacionales lo que les daría una ventaja de sistema, perdurando así lo mejor (la democracia económica) y no lo peor (la economía de monopolio privado o de Estado).

Una economía autogestionaria (cooperativa, mutual, solidarista, de interés social, bajo distintas formas plurales económicas, para que sea libre y no monopolítica) tiene que producir para satisfacer necesidades sociales y no para procurar plusvalía a las burgesías o las burocracias, que explotan a los trabajadores asalariados. Sólo así se alcanzaría la creación de una economía humanista (frugal y no de derroche económico), a fin de *que las necesidades puedan ser satisfechas en un límite fisiológico racional*, sin dejarse llevar por la quimera del rey Midas, que confundía el símbolo de la riqueza (el oro o el dinero) con la riqueza misma (bienes y servicios concretos).

Si no tenemos un límite mesurado en poseer o en consumir riquezas, por ejemplo, un automóvil para todos (que no queda espacio para dejarlo, o que colma las calles y las carreteras de tránsito de vehículos atascados), así con los atascos de circulación, el movimiento se transforía en su contrario. No tendríamos, en tal caso, conciencia real de nuestras necesidades racionales o fisiológicas, propias de una *sociedad consumista alienada*, en que todos los objetos mercantilizados duran poco para obligarnos a comprar más y más, a derrochar materias primas como planénofagos insatisfechos. Todo lo cual

nos lleva a una civilización caótica de agotamiento de recursos naturales, contaminación de la tierra, el aire, el agua y el espacio extraterrestre, como si estuvieramos creando una máquina para autodestruirnos.

Debemos tener en cuenta, económicamente, que el valor de dos productos cualquiera, en su intercambio, son inversantes proporsionales a su utilidad final o a su satisfaccion fisiológica decreciente: cuando su oferta aumenta su demanda disminuye. Pero si nos rodeamos de objetos, más allá de lo fisiológicamente tolerable, el orden de nuestras necesidades sería ilimitado. En tal caso, la *economía de escasez* (propia del precio, del capitalismo, del reparto desigual) nos atraparía psicológica, fisiológica y económicamente, siendo así muy difícil alcanzar una relativa igualdad económica entre los hombres. En este sentido, el capitalismo reaparecería en el "socialismo burocrático", como está sucediendo en países con economía de Estado, con desigualdad económica entre los hombres, con la aparición de nuevas clases, aunque éstas todavía no tengan nombres, como sucede en la URSS y Cía.

En cuanto a valores de uso, las necesidades materiales son muy relativas de país a país. Así por ejemplo, a nivel de lo que consume un norteamericano si los países subdesarrollados, con los dos tercios de la población mundial, consumierán la misma cantidad de bienes que Estados Unidos, practicamente, estaríamos ya en el comienzo de la explotación económica costosa de los recursos naturales de nuestro planeta.

Hacia 1980, Estados Unidos consumía 11.900 kilogramo de energía en carbón equivalente por habitante, contra 210 la India, 618 China y 88 kilogramos Haití; y, si medir es comparar, Estados Unidos, con el 5,1% de la población mundial, en 1980 disponía del 27% del producto interno bruto (PIB) de Occidente, contra respectivamente, 1,3 y 3,4% la India y la China, con el 15,2% y el 22,5% de la población mundial. Se diría, pues, que al alcanzar los hindués y los chinos el nivel de consumo de los norteamericanos habrían entrado en la sociedad de la abundancia; pero a nivel de lo que desea un norteamericano, motivado a consumir por medio de la publicidad mercantil, no hay límites racionales ni fisiológicos para las satisfacciones, sino propensión alienada a consumir, para procurar beneficios a las empresas capitalistas que dominan monopólicamente los mercados nacionales e internacionales.

VALOR Y CAPITALISMO

En un régimen de producción en que la mayor parte de los productos revisten la forma de mercancía, el valor de uso de las cosas es menos importante que su valor de cambio, expresado en dinero, que es el Dios del mercado en el sistema capitalista, pero que dejaría de serlo en una sociedad libertaria.

El *valor de cambio* y el *valor de uso*, en una economía mercantil de tipo capitalista, privado o de Estado, entran en contradicción no por su propia

naturaleza, sino por la naturaleza antagónica de las clases de una sociedad en que su excedente económico no es de los productores directos, sino de la burguesía o de la burocracia, el cual debe ser restituido a éstos en una economía autogestionaria basada en la propiedad social.

En cualquier producto del trabajo humano —independiente del modo de producción histórico— hay un valor de cambio y un valor de uso, pero una sociedad autogestionaria se identifica con el valor de uso, desbordando el valor de cambio. Pues, para que *cada uno aporte según su capacidad y reciba según su necesidad*, formula de la distribución comunista, debe haber al menos cierta abundancia de bienes y servicios, una moral de consumo y un reparto equitativo, independientemente de las capacidades y las cualidades del trabajo individual para que haya igualdad económica entre los hombres, sin la cual no hay libertad.

Las sociedades divididas en clases explotadoras y explotadas, se diferencian más por la distribución que por la producción. Pues, desde hace muchos siglos, los hombres cooperan en el trabajo unos con otros, para aumentar la productividad dividiendo racionalmente las funciones productivas. Sin embargo, la desigualdad entre los hombres proviene del *consumo desigual* : entre amos y esclavos, entre siervos y señores , entre proletarios y burgueses, entre trabajadores y burócratas.

Cada colectividad, cada grupo autogestor de trabajo asociado en el socialismo autogestionario, tiene derecho a su trabajo cambiando equitativamente como producto contra otro trabajo, sin privilegios para nadie, sin injusticias distributivas, ya se trate de obreros fabriles o de campesinos. Nadie, ni individual ni colectivamente, debe ser colocado en condición de inferioridad jurídica, económica, moral o política. Es injusto, por ejemplo, que un obrero, bajo el capitalismo, reciba por su trabajo de una quincena menos del valor de siete días (plusvalía para el patrón o el Estado- patrón). Con socialismo de Estado, también es injusto que éste se apropie de medio año de trabajo de los obreros de las empresas industriales y agrícolas.

En el socialismo autogestionario (con democracia directa en los escalones de la comuna, el auto-gobierno regional y el co-gobierno federal) ningún grupo autogestor de trabajo cambiaría el trabajo de un año por el de seis meses, sino un valor de uso por otro valor de uso del mismo valor-trabajo, de modo que el cambio no produzca injusticia distributiva, creando así clases parasitarias, burocracias y Estado caro y malo. Mientras el obrero y el campesino, con capitalismo de Estado o privado, cambien su trabajo (en productos, bienes servicios o mercancías) por la mitad o menos de lo que vale económicamente no habrá equidad, sino injusticia social, privilegios, clases antagónicas y explotación del hombre por el hombre.

M. Bray, un economista anterior a Marx con conciencia socialista, percibiendo anticipadamente la teoría de la plusvalía, decía que nadie debe cambiar su trabajo por menos de lo que vale:

"La desigualdad en los intercambios —dice— es la fuente de la desigualdad de posesiones, es el enemigo secreto que nos devora" (1).

Es un sistema libertario de intercambios equitativos los beneficios de los monopolios, los intereses usuarios del capital, los impuestos excesivos del Estado y las rentas parasitarias no existirían, ya que el socialismo libertario supone la *equidad en los intercambios entre las distintas ramas componentes la división social del trabajo* de modo que todos cooperen, intercambien los productos en su justo valor real sin que gane ni pierda nadie con ello al cumplirse la ley del valor-trabajo entre los autogestores.

Para Bray, que se anticipó al socialismo de autogestión, la igualdad de intercambio es fundamental. "Con la desigualdad de los intercambios —expresa—, el beneficio de uno puede ser la pérdida del otro; pues todo intercambio no es más que una simple transferencia de trabajo y de riqueza, y no exige ningún sacrificio. Así, en un sistema basado en la igualdad de los intercambios, el productor podrá todavía llegar a la riqueza por medio de sus ahorros; pero su riqueza no será más que la acumulación de su propio trabajo. Podrá así cambiar su riqueza o darla a otros; pero no le será posible hacerse rico, sino por tiempo poco prolongado, después que hubiera cesado de trabajar. Por la igualdad de los intercambios, la riqueza pierde el poder actual de renovarse y reproducirse por así decirlo por ella misma; ella no podría colmar el vacío que el consumo habría creado; pues, al menos de reproducirse por el trabajo, la riqueza, una vez consumida está perdida totalmente. Lo que nosotros llamamos actualmente beneficios e intereses, no podrá existir con un régimen de cambio equitativo. El productor y el distribuidor serían igualmente retribuídos y es la suma total de su trabajo que serviría par determinar el valor de todo artículo, creado y puesto a la disposición de los consumidores. El principio de la igualdad en los intercambios debe, pues, por su naturaleza misma, conducir al trabajo universal" (2).

He ahí las bases de un intercambio autogestionario en su comienzo, no en su terminación, ya *que el socialismo libertario no constituye un acto voluntarista, sino un largo proceso histórico, económico, social, moral, político, y cultural*, cuyos comienzos, en nuestra época, están más en la Revolución Española de 1936-39 que en la Unión Soviética; pues en el primer país rigió en las colectividades para todo intercambio, la justa ley del valor-trabajo; en el segundo, se ignora la ley del valor para el pago del trabajo, de modo que el obrero siempre reciba bastante menos de lo que produce en su jornada, quedándose parte de él —plusvalía— en manos de la burocracia estatista: nueva clase capitalista, que usufractúa, administra y distribuye la plusvalía de Estado, dando en el reparto mucho a los burócratas y poco, a los obreros asalariados.

En el socialismo de autogestión las fuerzas productivas estarán socializa-

1 Bray, M. Labours wreongs and labour's remedy. Londres, 1839.
2 Bray, M. obr. cit.

das, rigiéndose en sus intercambios por libres leyes objetivas del mercado comunitario, sin interferencias estatistas. Así el interés de la sociedad y de los individuos estarán en armonía. Sólo, pues, la *sociedad auto-organizada* salvará a los individuos de la explotación de las burguesías o de las burocracias. La propiedad social y la propiedad de enseres domésticos, no entran así en contradicción; pueden coexistir en armonía; pues la sociedad no debe aniquilar la personalidad, sino desenvolverla plenamente mediante la democracia directa. Cada uno es libre de pensar o de actuar como le parezca, siempre que lo particular no se oponga al interés general; pues se podría trabajar juntos, aunque se viviera en hogares separados; en los primeros tiempos de la sociedad libertaria; aunque ésta en su plenitud de desarrollo debería procurarse una vivienda tipo de hotel con todos los servicios colectivos.

Llega la hora de *que las fuerzas productivas, muy adelantadas con la automatización, se conviertan en medios de producción socializados,* sin burguesías ni burocracias explotadoras. Los Estados y las clases explotadoras, han de ser abolidos por el pueblo trabajador, constituído en democracia directa, autogobernando sus empresas industriales, servicios, combinados agroindustriales, universidades, comunas, autogobiernos regionales, co-gobierno universal federal y otros organismos de participación popular. Todo ello basado en la economía de autogestión y, en consecuencia, en la igualdad de los intercambios. Pues el intercambio autogestionario, como tal, es cambio de trabajos iguales por productos cualitativos desiguales, de modo que nadie pierda ni gane. " La igualdad de los intercambios hará gradualmente reposar la riqueza de las manos de los capitalistas actuales en las de los obreros" (1).

La llamada igualdad política, en la democracia burguesa representativa, es una ilusión, pues no se basa en la igualdad económica, base objetiva de aquélla. Lo malo no son los gobiernos burgueses, en sí, sino lo malo es el régimen capitalista, ya que la riqueza del burgués constituye, dialécticamente, la miseria del obrero, contradicción vigente también entre la burocracia soviética y los obreros asalariados por el Estado-patrón.

El capitalismo (ya sea privado o de Estado) por su propia condición antagónica de clases productivas e improductivas, dominantes y dominadas, se aferra a la economía de escasez, aun dentro de una relativa abundancia en los países industrializados. Para que no perduren las clases explotadoras, la economía ha de llegar a la autogestión y el mercado a la abundancia ya que con ello todos seríamos iguales económicamente. Por consiguiente, el capitalismo es opuesto a la liberación del hombre.

Así, pues, los trabajadores, liberados de la retórica política de las burguesías o de las tecno-burocracias, deben tomar la condución de la economía en forma directa y autogestionada, a fin de que desaparezcan las clases parasitarias que, aferradas a sus privilegios se oponen a la emancipación del hombre: sin castas, ni clases, ni capas sociales privilegiadas.

1 Bray. M. Obr. cit.

Dejar que los equipos de producción de paz se vayan devaluando, perdiendo su capacidad productiva, para que los equipos de producción de material de guerra sean modernos, renovados constantemente, es reducir los pueblos a una economía de escasez innecesaria, tan sólo porque las burguesías imperialistas del Oeste y las burocracias totalitarias del Este se disputan el dominio del mundo.

El capitalismo, como economía privada o economía de Estado, ha dejado de ser válido para la humanidad, que no puede permitirse el desperdicio de fuerzas productivas para alimentar a más de 6.000 millones de habitantes de población mundial que habrá en el año 2000

DERECHO, LIBERTAD Y NECESIDAD

En las sociedades de clases antagónicas, donde la economía mercantil domina todos los aspectos de la vida, donde el dinero constituye el principio y el fin de todas las cosas, cada hombre es tanto más poderoso cuanto más dinero tiene, para dominar a los otros hombres o someterlos a su voluntad. La necesidad de dinero, en la sociedad de consumo, basada en la desigualdad económica, tanto en el Oeste como en el Este, *aliena* a todo el mundo, unos dependiendo de otros, todos del dinero: Dios omnipotente en una humanidad mercantilizada.

Las potencias privadas del dinero, los empresarios, sus "executives", la gran burocracia en los países del Este, se oponen a la igualdad entre los hombres, a fin de que el dinero, repartido desigualmente, dé a unos muchos poderes económicos, políticos y posibilidades materiales de goce en la misma medida que los asalariados, con contados billetes de banco en sus bolsillos, tiene que estar a merced de las burguesías o de las burocracias dominantes.

Por un lado, el obrero, el campesino, el pobre empleado, el jubilado, con poco dinero disponible, deben reducir su consumo al mínimo de susbsistencia, para que quede un excedente económico grande a favor de las burguesías o de las burocracias, para que éstas disipen sus rentas o ingresos en consumos de lujos: casas residenciales, viajes al exterior, automóviles caros, productos exóticos, servicio doméstico, meretrices, fiestas galantes y otros goces olímpicos de las clases privilegiadas.

Los economistas burgueses consideran que los gastos en lujo efectuados por las clases superiores no son un mal sino un bien, ya que dan trabajo a los obreros que están empleados en las industrias destinadas a satisfacer las necesidades de los ricos, distintas de la de los pobres, en una sociedad inequitativa y antagónica. En los países del Este no se hace la apología del lujo, sino del ahorro forzoso, tomado por el Estado como *excedente económico* sobre la producción industrial y agrícola o sevicios públicos, que aumenten el nivel de vida de la población, aunque buena parte es empleada en automóvi-

les, armamentos, lujos y otros derroches ostentibles de la burocracia soviética, que no quiere oir hablar de igualdad económica, considerada una utopía, impropia del régimen soviético, que es un "socialismo real", pero tan desigual como el capitalismo entre pobres y ricos.

Mientras no haya abundancia de bienes y servicios, mientras sea diferente el trabajo manual e intelectual, el obrero tendrá que ser frugal y el burgués o el burócrata disfrutarán la riqueza, por la misma razón que el obrero estará sumido en la pobreza. Tal es el criterio económico de la burguesía occidental y de la burocracia oriental.

Marx, con un criterio todavía burgués, hizo una crítica demoledora del Programa de Gotha donde el artistócrata Lassalle, en cierto modo, planteaba "el derecho al producto íntegro del trabajo" y una cierta igualdad en una economía socialista. Contra esas veleidades, Marx se expresa en estos términos:

"En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre trabajo manual e intelectual; cuando el trabajo no sea sólamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, en el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡"De cada cual, según su capacidad, a cada cual, según sus necesidades!" (1).

Cierto que el hombre no debe recibir el *producto íntegro de su trabajo*, ya que hay que restar para inversiones básicas (equipo de producción moderno) una buena parte de él; y además, para accidentes, jubilaciones, seguros en general, escuelas, obras sanitarias, educación administración, investigación y otras actividades económicas, culturales y tecnológicas Sin embargo, la desigualdad económica, casi mayor entre los ingenieros y los obreros de la URSS que entre los obreros y los ingenieros de Europa occidental, indicaría que no hay socialismo en la distribución, entre obreros y tecnócratas, en la sociedad soviética. Y si el socialismo sólo lo es en la producción no tiene sentido, ya que debe serlo también, paralelamente, en la distribución, sin tanto respeto marxista por el *derecho burgués*. Pues en las sociedades modernas, con la automatización de la producción, lo que era utópico en la época de Marx es posible o real en la era atómica. Cada día es menos antitética la *libertad* y la *necesidad*, ya que la abundancia de bienestar se va consiguiendo; pero no hay igualdad, para que subsistan la burguesía y la burocracia como clases dominantes, en base a mantener la desigualdad entre los hombres por medio del Estado represivo, cuyo fin primordial es mantener las clases sociales antagónicas.

Tanto en el Oeste como en el Este (con economía mercantil, con predo-

1 Marx. C. Crítica del programa de Gotha (1875).

minio de valor de cambio sobre el valor de uso, a fin de que no se llegue al Edén de la abundancia, del cual habla Marx para alcanzar el comunismo), se eternizan así unas relaciones de producción opresivas para los campesinos y el proletariado industrial, que a medida que aumenta la tecnificación, se convierte en clase obrera técnica, intelectual, cada vez mas proletarizada, pero más tecnificada, capaz de sustituir a las viejas clases dirigentes instaurando el socialismo de autogestión, aprovechando para ello la revolución de las computadoras electrónicas.

El obrero (capital vivo) y su salario forman parte de los gastos del capital total. Alienado en su salario (trabajo presente), el obrero está sometido al capital constante (trabajo pasado, acumulado, ya sea bajo el burgués o el burócrata). En la Edad Media el siervo estaba al servicio del señor armado, emancipado sobre el siervo desarmado y oprimido. En las sociedades capitalistas o burocratizadas, la "élite" dirigente también se ha emancipado del trabajo material productivo, realizando consumo improductivo mediante el gasto de abultadas rentas parasitarias.

En una sociedad autogestionaria lo elemental es igualar, dentro de lo posible, los ingresos por persona. Pues un comunista —que dice serlo— pero percibe 20 veces más renta que un obrero, sería más comunista si restara menos ingreso a la renta social, para ser invertido en beneficio de toda la sociedad. Así indudablemente, con socialismo, la inversión llegaría a cerca del 40% de la renta bruta total, si la burocracia no sustituye a la burguesía disfrutando tantas rentas parasitarias como aquélla, en un falso socialismo.

Con el socialismo de autogestión, la renta de los terratenientes, los precios abusivos de los monopolio, la gran masa de población improductiva, no existiría, aumentando de este modo la riqueza social más en un año, con socialismo, que en tres años con capitalismo. Sin embargo, en algunos países del Este el crecimiento económico es bastante inferior que en el Japón. Quiere decir, por consiguiente, que la burocracia disipa una parte considerable de la renta social siendo así una clase reaccionaria, parasitaria, anacrónica que debe ser derrocada de su poder omnímodo por medio de la guerra revolucionaria de guerrillas urbanas y rurales combinadas.

En una sociedad socialista, todos los productos deberían ser más valores de uso que valores de cambio, ya que éstos se deberían intercambiar entre los grupos colectivos de trabajo a su costo en horas de trabajo, sin cargar precios falsos, plusvalías innecesarias. Así, en un mercado autogestionario, dejando trabajar y prosperar, dejando competir y producir libremente, todos los productos se cambian en su valor; pero el precio debería permitir la *reproducción ampliada del capital*, sin incluir rentas o beneficios parasitarios de burócratas.

Para lograr el bienestar en una economía autogestionaria, se debería procurar no el aumento del valor de cambio de los bienes y servicios, inflacción permanente como sucede ahora, sino el decrecimiento de los precios, a consecuencia del aumento constante de la productividad del trabajo, introduc-

ciendo siempre nuevas tecnologías para su automatización, hasta que en el costo de los bienes y servicios sociales y públicos sea mucho el capital constante y muy chico el capital variable, con una escasa jornada de trabajo para todos.

Tanto la burguesía como las burocracias dominantes, para que el *precio* no siga bajando, no obstante que aumenta la productividad del trabajo en gran medida, un año sobre otro, recurren a la inflación monetaria para mantener los precios elevados. Si los precios fueran medidos en moneda-mercancía —valor real— como crece mucho la productividad, estos tendrían que ser favorables a los consumidores; pero no lo son, ya que los capitalistas o los burócratas los bombean con la inflacción monetaria. Ni la burocracia ni la burguesía quieren que el costo marginal de una unidad más producida, con igual trabajo, bajen el precio, a fin de utilizar el Estado como aparato represivo, destinado a mantener eternamente un consumo desigual entre obreros y burgueses y entre obreros y burócratas, no pudiendo así alcanzar la sociedad libertaria basada en la igualdad económica y la libertad política entre los hombres libres, asociados con sus medios de producción en empresas autogestionarias de propiedad social.

Los gastos en material de guerra, en charanga publicitaria consumista, en rentas burguesas y de burocracia supernumeraria, tiende a alejar a la humanidad del socialismo y a regirla por el egoísmo. En la producción de bienes con capitalismo se procura la rápida destrucción u obsolescencia de todo a fin de comprar otro coche, otras medias, más patróleo, más de esto y de lo otro, según la publicidad de lo que tenga prestigio, aunque no dure mucho. Así, evidentemente, la *sociedad de consumo entra en crisis*. Pues consume lo mejor del excedente económico en derroche, crisis económicas, productos poco durables, cosas que valen uno de costo y se venden a cién de precio de mercado como el petróleo. Nunca se alcanzará así la sociedad igualitaria: pues las medias de nylon, que antes le duraban a una mujer seis meses, ahora no le duran diez días, para seguir comprándolas. Se derrochan así las riquezas naturales, se poluciona el aire, se contaminan las aguas, se agotan las reservas de peces, se matan especies animales, como si el hombre hubiera creado una máquina para destruirse así mismo, con esta sociedad que no sabe a donde va: que compra y vende, nada más que por obtener ganancias, aunque se contamine todo.

La libertad económica, sería ya muy grande, si el socialismo hubiera sustituído al capitalismo privado o de Estado. Pues la libertad y la productividad pueden marchar juntas en el socialismo autogestionario, venciendo en el futuro, el reino antagónico de la necesidad y la libertad, propio del capitalismo, pero no de un socialismo científico libertario.

CRISIS DE LA "SOCIEDAD DE CONSUMO"

El neo-capitalismo, así como el capitalismo de Estado, tienen en común varias tendencias económicas, demográficas, sociológicas e históricas. Tanto

en Oriente como en Occidente, las estadísticas abruman a los lectores de diarios, revistas y libros de economía. La expanción industrial permanente es el gran designio de la sociedad de consumo: producir millones de automóviles, heladeras, lavarropas y televisores; vender millones de toneladas de fertilizantes químicos, plásticos, textiles artificiales, caucho y otras materias de síntesis; construir barcos petroleros de 200.000 a 500.000 toneladas de capacidad de carga, para satisfacer las necesidades de transporte de una civilización planetaria; amontonar la población en grandes ciudades, pero a condición de despoblar el campo; concentrar la producción industrial, las materias primas, los bancos, el comercio y los servicios públicos, como dominio de las burguesías monopolistas o las burocracias estatistas; fabricar bombas atómicas, cohetes y anticohetes interhemisféricos con cabezas nucleares multiples; contaminar las aguas de los ríos y el mar con detritus venenosos, que pueden matar el placton y los peces; polucionar el aire de las ciudades con los escapes gasíferos de millones de automóviles, chimeneas industriales y quemadores de basuras; en fin, hacer, irresponsablemente, del progreso tecnológico un desastre ecológico para el hombre, las plantas y los animales. He ahí la prodigiosa ascensión del "homo sapiens" que tiene un futuro bastante menos claro que el del "hombre de las cavernas", si estallaran bombas atómicas con su luz radioactiva deslumbrante, pero mortal para millones de seres humanos.

El estratega de las computadoras calcula, fría e indiferente, que si las bombas de tanto o cuantos megatones son empleadas, podrían despanzurar las ciudades, devastar miles de kilómetros cuadrados o poner fuera de combate a naciones enteras, tan desorganizadas o destruídas que quizá no tuvieran medios de comunicación para pedir la paz. El destino de las grandes ciudades, en los países industrializados, si hay guerra atómica, es quedar en gran parte destruídas, como si un terremoto las hubiera aniquilado (con sus vicios, codicias y egoísmo) como Sodoma y Comorra.

Producir por producir para ganar dinero y mentir: tal es el signo y el destino de la sociedad de consumo. Producir millones de toneladas de pasta de papel para dejar los bosques talados y los ríos contaminados con los detritus de la industria papelera; producir materias atómico-radioactivas y lanzar sus deshechos en tubos cementados, depositados en el fondo del mar; producir millones de kilowatios de energía termoeléctrica, chupando agua fría de los ríos, pero devolviéndola caliente, para que cambie el medio acuático matando los peces y el placton; producir millones de toneladas de hierro y acero, dejando las montañas aplanadas, la tierra vacía y herida, para construir tanques, cañones, acorazados, ametralladoras, que matarán a millones de seres humanos; producir objetos que alienan a los hombres en un destino trágico, como si éste hubiera creado una máquina para destruirse a sí mismo; producir "Coca-Cola" para que la magia de la publicidad, en todas las partes del mundo, la venda sin saber de qué está hecha su fórmula mágica; producir de todo, no importa qué, pero que dure poco para que el *hombre de la sociedad*

de consumo trabaje más horas de las debidas, a fin de que los objetos comprados alienen al sujeto que los compró, creyendo que respondían a sus necesidades, a su satisfación, pero más bien a su dominación por los monopolizadores de las mercancías.

La sociedad de consumo debe consumir de todo, hasta lo más inútil para la producción y el consumo: armamentos de toda clase, programas militares que le costaban al mundo en 1988 más de 1 billón de dólares por año, mientras los países subdesarrollados, 2/3 de lapoblación mundial, sólo recibían de ayuda bilateral anual unos 38.000 millones de dólares. Con lo que se gasta en programas armamentistas, se podrían hacer miles de kilómetros de canales de riego, muchas universidades, millones de escuelas, millones de cosechadoras, tractores y maquinaria, para mecanizar la agricultura de los países atrasados; pero el capitalismo imperialista o hegemonista encuentra sus propios programas de expansión en la producción armamentista, en consumo improductivo, para que la escasez dure en el mundo y, con ella, el capitalismo, la burguesía y la burocracia dominantes, en el Oeste y en el Este.

La *sociedad de consumo* en su devenir tiene una rara dialéctica: transformarse en su contraria, en subconsumo, si estalla la guerra o la crisis económica mundial o se siguen disipando irracionalmente las materias primas, las fuentes de energía natural, los bosques, las aguas, las especies vivientes, ya todas ellas amenazadas por el hombre: el más cruel de los animales. No porque sea malo es esencia, sino porque está dividido en clases antagónicas, en el seno de cada nación, y en naciones imperialistas y neo-colonizadas, en el mundo de nuestro tiempo.

La "Gran Sociedad", que pregona la burguesía neyorkina, tiene millones de obreros sin trabajo; su medio ambiente está contaminado por una industria irracional basada en la inmediatez de la ganancia, que no deja muchos dólares para descontaminar el medio ambiente, si ello eleva los costos de producción o disminuye los beneficios capitalistas. Tal es la "Gran Sociedad" burguesa: intervenciones militares, altos tipos de interés para descapitalizar a los países subdesarrollados y gastos billonarios en armamentos.

Todo está mercantilizado en la sociedad de consumo: alimentos, discos, libros, noticias, campañas políticas y elecciones, automóviles, televisores, licores, bebidas; todo, absolutamente todo, es publicitado para que el consumidor compre lo que se repite con "slogans" publicitarios. La leche, el vino, las bebidas sin alcohol, los artículos más diversos, todo, todo, está controlado por tres o cuatro "trusts", que en cada país han establecido su dictadura económica sobre millones de consumidores, a los cuales se les habla de democracia política, tan sólo porque eligen con su voto a la misma clase dominante que se perpetúa en un Poder de clase, oprimiendo y explotando al pueblo trabajador.

La sociedad de consumo tiene necesidad de vender permanentemente y todo lo vendido debe ser monopolizado. Así el pobre hombre no es libre de hacer nada: debe ser vestido al gusto de los que monopolizan o se benefician

de la moda. Un año hay que llevar faldas cortas; otro, largas; un año usar zapatos de tacón largo, casi un zanco; otro, zapatos de tacón corto; así la pobre gente, pasivamente, tiene que consumir lo que los monopolios quieran. A pesar de este sistema de anulación de la voluntad del hombre, la crisis económica llama a la puerta de la sociedad de consumo. Millones de toneladas de mercancías se acumulan sin encontrar comprador debido a que sus precios de monopolio subieron mucho: más que los ingresos de los países subdesarrollados. Así las cosas, habrá que reducir el volumen de producción y dejar a millones de obreros sin trabajo, para que quede más capital (dólares) para importar productos caros y pagar altos intereses por los capitales prestados a los países del Tercer Mundo, endeudados por los países capitalistas industrializados en función de venderles caro y comprarles barato.

Las mercancías se acumulan sin compradores. Ahí se quedan como *valores de uso sin usar*, sin consumir. Tan sólo porque no pueden convertirse en valores de cambio. La ciencia, la política, la economía, la cultura, la sociología, en Oriente y Occidente, no encuentran una explicación racional para un mundo que supera difícilmente las crisis, pero que hay que hacer *durar*, sea como fuere, cueste lo que cueste. En este sentido, la burguesía occidental y la burocracia oriental comienzan a sostenerse recíprocamente. Los capitales occidentales necesitan, para amortiguar su crisis, explotar el mercado oriental. La burocracia soviética, a su vez, pide inversiones a las empresas multinacionales occidentales, para producir automóviles, camiones, computadoras, artículos de gran demanda: para alcanzar la sociedad de consumo con ayuda de la burguesía occidental, a fin de que se sientan felices, burócratas y tecnocrátas, en la URSS.

Herbert Marcuse —politizando la filosofía, sacándola del limbo de la autoalienación— denuncia la tragedia del hombre unidimensional con estas palabras: "En su estado más avanzado, la dominación funciona como administración, y en las áreas superdesarrolladas de consumo de masas, la vida administrada llega a ser la buena vida de la totalidad, en defensa de la cual se unen los contrarios. Esta es la forma pura de la dominación" (1).

Se tiende así a crear un consumidor pacífico y no un contestatario del orden capitalista establecido, un hombre despolitizado y conformista, no preocupado por alcanzar objetivos revolucionarios, sino niveles de consumo máximos: automóviles, electrodomésticos, casita de fin de semana, vacaciones en que hasta el obrero durante un mes vive aburguesado, videos para la televisión y no libros, casettes para la radio, de tal suerte que el fin de la vida sea desear mercancías y no pensar en ideas sobre la emancipación del hombre. Todos los sentidos deben estar satisfechos, cada uno con sus mercancías apropiadas, para dejar descuidado el entendimiento del mundo actual y sus contradicciones políticas, económicas y sociales, para que siga durando el capitalismo.

1 Marcuse, H. El hombre unidimensional.

Así (con un hombre colocado en el *limbo de la sociedad de consumo* y aturdido por la hojarasca repetitiva de la publicidad) los escritores de fama anuncian enciclopedias anodinas, colecciones de libros instranscendentes de las grandes editoriales; las actrices y los actores de fama repiten en televisión, los "slogans" de venta de las grandes marcas de productos o artículos; los libros que mantienen o no cuestionan el régimen constituido, reciben suculentos premios para acceder sus autores al nivel de la burguesía o de la tecno-burocracia; los sacerdotes de todas las religiones hacen votos por mantener el "statu quo" que les beneficia como burócratas; los filósofos (¿queda todavía alguno que lo sea de verdad?) se deciden por la política de las clases dominantes, tanto en el Oeste como en el Este; pues pertenecen a otra división del trabajo que los obreros; pero inventan para los pueblos las ideologías que los alienan políticamente. Estos filósofos estudian, con un lenguaje abstruso, que hace lo fácil difícil, el saber absoluto, perdiendo la noción del saber concreto, práctico. Pues para ellos pensar es entender el infinito, moviéndose en el círculo vicioso de las antinomias kantianas, mientras que *actuar y pensar* al mismo tiempo, no es sólo conocer el mundo, sino transformarlo para hacerlo mejor para todos los hombres sin distinción de clases ni de razas.

En el *modo de vida norteamericano* (copiado por el Occidente capitalista y la civilización urbana de los países tercermundistas y añorado por consumidores de los países del bloque soviético), las "marcas" de productos o de artículos son los nuevos títulos; los nombres de las grandes empresas, los nuevos ducados y condados de una burguesía mercantilista o de una tecnoburocracia estatista, no mejor esta que aquélla.

Y lo mismo que se acreditan marcas para vender en masa un artículo o producto se fabrican líderes políticos, haciendo la propaganda de las ideas políticas como la de las mercancías. Los medios de comunicación de masas prefabrican los "genios" de la política, la ciencia, la literatura,, el deporte, el cine, el teatro, la música y la canción. Pues en el mundo de la publicidad basta hablar de una persona muchas veces para que ésta sea importante, no por lo que dice, sino por lo que de ella dicen la radio, la prensa y la televisión. Así se crean los *falsos valores* políticos, morales, sociales, artísticos, filosóficos y científicos de la sociedad mercantil de consumo, donde cada cosa tiene su precio, incluido el de los hombres, según la burguesía neoyorquina.

Y como se produce para obtener beneficio, contiene los precios inflados de la mercancía la pluvalía percibida por el capitalista privado o de Estado. Así, pues, en la sociedad de clases producimos según las necesidades de los propietarios del capital y de la tierra, no de las de los proletarios encargados de la producción mediante la percepción de un salario, donde se ocultan los ingresos de los empresarios (privados o de Estado-empresario) en forma de trabajo no pagado al obrero (plusvalía).

Pero para que el obrero no tenga conciencia de su situación se corrompe a los sindicatos reformistas, convirtiendo a sus líderes en burocracia dirigen-

te., que negocia los convenios anuales colectivos de trabajo sin cuestionar el sistema como tal, sin tratar de superarlo con la autogestión de las empresas por los trabajadores.

El hombre —que produce plusvalía— no debe tener conciencia de ello, a fin de que la burguesía y la tecno-burocracia sigan siendo las clases dirigentes. Por eso el hombre asalariado tiene que ser *desinformado* mantenido en el limbo de su rutina diaria, yendo de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, para ser absorbido luego por la morfina del televisor con los mitos políticos y del deporte; películas anodinas o de encantamiento del sujeto que las ve; ver la hojarasca de los anuncios de las mercancías ofertadas; procurar que el televidente no tenga conciencia de su dependencia ni como trabajador asalariado ni como consumidor pasivo de su alienación por el capital privado o de Estado.

Así, pues, necesitamos una contracultura que saque al pueblo de su pasividad de animal (doméstica) de consumo; unir el pensamiento y la acción para interpretar y transformar el mundo al mismo tiempo; pues el pensamiento por sí nunca produce ningún cambio. Por eso, en ciertos momentos históricos, mejor que decir es hacer, uniendo el pensamiento y el acto en una "praxis" coherente; pues sólo así podrán los trabajadores transformar el capitalismo en socialismo libertario.

LA LEY DEL VALOR EN EL SOCIALISMO

La gran masa de acumulación de capital en la economía soviética no se ha producido por milagro, sino que fue extraída de millones de obreros y campesinos. Éstos producían baratos los productos agropecuarios mientras compraban caros los artículos manufacturados, debido a que la dictadura burocrática abolía la *ley del valor equitativo en el intercambio de productos*. Y es que las leyes espontáneas del mercado socialista sólo se producen automáticamente en el socialismo libertario, donde compiten los grupos colectivos de trabajo para ofertar el mejor precio y calidad de productos a los consumidores, eliminando así la burocracia totalitaria, controladora de todo, sabedora de todo y hacedora de todo. Si uno es proletario explotado por el Estado-patrón, como antes lo era por el patrón-capitalista, es que se ha pasado del capitalismo privado al capitalismo de Estado y del dominio del burgués al de la burocracia totalitaria. De la misma manera que en el período de oro del capitalismo liberal imperaba la competencia en beneficio de los consumidores (hasta que el capitalismo se degeneró y creó los monopolios), del mismo modo puede funcionar la competencia socialista entre empresas autogestoras industriales, combinados agro-industriales agrícolas y empresas autogestoras de servicios, que respeten la ley del valor de cambio, como medio de suprimir la dictadura de la burocracia totalitaria, beneficiaria del capitalismo de Estado; pues sin libre circulación de la riqueza social no hay socialismo libertario.

Con socialismo de autogestión, la planificación nacional es programática, indicativa, pues deja las decisiones básicas a las empresas autogestoras que saben lo que necesita el mercado socialista, en cantidad y calidad, en precios competitivos, a fin de abolir la burocracia centralista que, de tanto controlar precios, no consigue al fin estabilizar nada, pero ejerce por todas partes su tiranía totalitaria. La economía soviética, de ninguna manera, ni con ordenadores eletrónicos, puede controlar 4.000.000 de precios; pues cuando unos se estabilizan otros se descontrolan. Y todo para mantener millones de burócratas que hacen mucho consumo improductivo; no producen nada y consumen más que los obreros y los agricultores con lo cual restan capital de inversión social para hacer su reproducción ampliada, más rápidamente que bajo el capitalismo de Estado o privado.

El socialismo libertario no tiene necesidad de planificación centralizada, sino de un *socialismo de mercado*, de la competencia entre grupos colectivos de trabajo, de la democracia directa en las empresas por medio de los consejos autogestores de obreros, técnicos y administrativos, que nombran al director de la fábrica y lo *revocan;* tienen el control de su empresa; son dueños colectivos de repartir e invertir su excedente económico; deben aportar o invertir una buena parte del mismo para realizar la reproducción ampliada del capital social (comunitario, no estatal). El socialismo sólo será con libertad o de autogestión; pues, de lo contrario, será capitalismo de Estado, donde de la burocracia sustituirá a la burguesía como nueva clase opresora y explotadora.

El valor del cambio no podrá ser ignorado por ningún modo de producción hasta que la total automanización del trabajo produjera todos los bienen y servicios, de suerte que el capital constante (trabajo pasado) no necesitara más trabajo vivo (capital variable); pero mientras la automatización del trabajo no sea total, el último obrero que quedara trabajando produciría toda la plusvalía; sería así el último explotado. Sólo la automatización integral del trabajo puede abolir el valor de cambio, pero todavía está lejos de ello la humanidad. Entretanto seguirá siendo válida la *teoría del valor-trabajo,* enunciada por Adam Smith, David Ricardo y Carlos Marx, en el sentido de que *el valor de cambio es igual al tiempo social de trabajo relativo materializado en los productos,* valiendo más —en dinero o en horas de trabajo— lo que cuesta más esfuerzo social humano medio, relativo, para ser producido; aunque la ley del progreso tecnológico y económico tiende a que aumente más el capital-maquinaria automatizada que el trabajo manual.

El socialismo libertario, con las leyes económicas del mercado socialista suprime la dictadura de la burocracia estatista, haciendo que se vendan los productos en su valor, sin cargar plusvalías parasitarias, inherentes a la burguesía (capitalismo privado) o a la burocracia (capitalismo de Estado).

Por eso la dictadura soviética reside, en esencia, independientemente de Stalin, en los siguientes hechos, que están por encima de su ideología:

1.— Planificación centralizada; directores de empresa nombrados por el

Estado y no por los obreros; precios controlados por el Estado; bienes y servicios expropiados a los productores directos, sustituyendo así el Estado-patrón al patrón-capitalista.

2.— Liquidación de toda oposición en el seno del partido comunista, debido a la dictadura de socialismo burocrático, cosa que no sería así con empresas de propiedad social autogestionadas, donde todos pueden pensar como quieran, pero deben trabajar dentro de un mismo sistema autogobernado por la democracia directa y las leyes objetivas de la economía.

3.— Si no se acepta la autogestión en la producción social, ni la más mínima oposición en la política, sea Stalin, Jruchov, Brejnev, Andropov, Chernenko, Gorbachov.... quien quiera que sea, el totalitarismo estará vigente sin Stalin, porque es consustancial que sea con sistema no autogestionario, con un capitalismo de Estado.

El socialismo libertario está en oposición a la planificación centralizada, o la plusvalía de Estado o la dictadura de la burocracia, a que no rija un mercado autogestionario libre, donde se cumpla la ley del valor-trabajo socialista que creará una sociedad diferente de la sociedad capitalista basada en los intereses privados colocados por encima del interés general. En el socialismo libertario, el interés particular desaparece por prevalencia del interés general, si bien habrá, al principio, ciertas diferencias de ingresos entre trabajo de distinta calidad y cantidad, pero no con las desigualdades que existen entre los de arriba y los de abajo en la sociedad soviética, no igualitaria, sino todo lo contrario, bastante menos comunista que las colectividades libertarias españolas creadas por los anarquistas durante la Revolución de 1936-39.

En la Unión Soviética no hay propiedad socialista sino propiedad estatal, no de los trabajadores sino del Estado. Los medios de producción y los créditos no suelen ser pagados por las empresas estatales con deficit, ya que el Estado es el patrón, el inversor y no se cobra así mismo su propio capital, pues se beneficia ampliamente apropiándose y negociando las mercancías *producidas por el trabajo asalariado, sobre cuyos costos de producción* carga un precio elevado de mercado, obteniendo así mucha *plusvalía para el Estado, no a nivel de la empresa, sino sustraída por el escalón de planificación centralizada.* En este sentido, la gestión administrativa (burocracia gestora de la empresa) prevalece sobre la gestión directa de los obreros; pues los directores son nombrados por el Estado, no por los Consejos o Asambleas de fábricas, como lo serían con la autogestión socialista de las empresas.

Al suprimir el libre mercado socialista y la autorreguladora acción de la ley del valor de cambio, todos los poderes convergen así en el Estado. Así la dictadura económica hace necesaria la dictadura política. Y como la gestión administrativa está por encima de la gestión económica de las empresas soviéticas, del director y de los sindicatos obreros, el Partido —que nutre todos los escalones burocráticos— se une al Estado como lo estuvieron la Iglesia y el Estado en la Edad Media. En estas condiciones económicas, políticas y

administrativas no es posible ninguna libertad de información, de creación artística, de autogestión en las empresas, en las universidades y en las granjas agrícolas eternizandose así la dictadura burocrática de la "Nomenklatura" soviética.

Como el Estado es productor y conprador monopolista único de la producción de sus "trusts", estamos entonces en presencia de una economía estatal en que la acción de la ley del valor sobre los precios es mínima, según Evgeni Preobrazhenski (1). No queda así sitio para una sana competencia en beneficio de los consumidores ni para ninguna empresa actuando dependiente del Estado sin mercado socialista. Fue Preobrazhenski, el director del Plan del Estado, el economista que más se distingió en suprimir la acción de la ley del valor de cambio en el mercado, para eliminar a los artesanos, agricultores independientes y a quienes intentaran una economía (socialista) autogestora. Al aceptar la supresión de la ley del valor y abolir los comités de fabrica, reemplazados por el director nombrado por el Estado, Trostsky y los miembros de la oposición de izquierda se entregaron a la dictadura monolítica de Stalin, pensando que el centralismo económico estatal constituía la base de una supuesta "acumulación socialista". De haberse hecho la acumulación socialista con economía autogestionaria, nunca el poder soviético hubiera degenerado en un Estado burocrático totalitario.

Si la acumulación de capital es dirigida por una clase no productiva —en la economía contemporánea, la burguesía o la burocracia—, el trabajador, sometido a la propiedad privada o estatal del capital, está alienado en su salario, no es dueño de sus medios de producción ni de los productos de su trabajo y, por tanto, produce un plus-producto para *otro*. En esa *alteridad* reside el secreto de la plusvalía para el capital privado o para el Estado. Mientras esa situación no cambie para el trabajador será tan explotado y alienado por el burgués como por el tecno-burócrata: uno, propietario del capital privado; otro, propietario (monopólico) del Estado, lo cual no supera el socialismo administrativo.

A la luz de los hechos, en nuestra época hay que desmitificar el falso socialismo estatista (stalinista o neo-stalinista) basado en el Partido monolítico y en el Estado total, que por ser propietario de todo y de todos, se asemeja más al *modo de producción asiático* que al socialismo verdadero, en que los trabajadores y no el Estado absoluto deben ser los gestores directos y democráticos de la economía, la administración, la ciencia, la técnica, la cultura, la información, la defensa por medio de la autodefensa y del autogobierno libertario.

1 Preabrazhenski, E. La nueva economía. Cop. III.

BIBLIOGRAFIA

SMITH, A.

Comprendió perfectamente la dialéctica del valor de cambio y el valor de uso, como categorías opuestas, dejando sobrentender así una de las contradicciones de la economía mercantil y burguesa:

"Observamos —dice— que la palabra "valor" tiene dos significados diferentes: unas veces sirve para expresar la utilidad de un objeto particular y otras, se usa para designar el poder de compra de otros bienes que confiere la posesión de dicho objeto. Al primero se le puede dar el nombre de "valor de uso"; al segundo, el de "valor de cambio". Sucede que las cosas que tienen la mayor cantidad de valor de uso, con mucha frecuencia tienen poco o no tienen un gran valor de cambio, a menudo tienen poco o ningún valor de uso. ¿Habrá cosa más útil que el agua? Y, sin embargo, con ella no se puede comprar casi nada; no hay ningún objeto que se quiera dar a cambio de ella. Y, al revés, un diamante no tiene casi ningún valor de uso, a pesar de eso, se puede obtener a cambio de él una cantidad muy grande de bienes". (La riqueza de las naciones).

En este sentido, diríamos que el dinero no tiene casi valor de uso, en el sentido de utilidad del papel con que está impreso, salvo emplearse como papel de envoltorio si dejase de ser papel-moneda, una vez refundido como materia prima para fabricar papel. Sin embargo el papel-moneda tiene mucho valor de cambio, excepto cuando la inflación reduce su valor hasta el límite de moneda despreciada como el marco alemán en 1922: rebasó entonces la cifra de 500 quintillones de unidades monetarias en circulación, perdiendo así su valor-moneda.

"El producto del trabajo constituye la renumeración o el salario natural del trabajo. En aquel estado primitivo de cosas, que precedió a la apropiación de la tierra y a la acumulación del capital, el producto integro del trabajo pertenecía al trabajador. No existía terrateniente, ni patrono con quien éste tuviese que repartir el producto de su trabajo.

"Si este estado de cosas hubiese continuado, el salario del trabajo habría ido aumentando con la intesificación de su capacidad productiva a que conduce la división del trabajo. Todas las cosas habrían ido abaratándose gradualmente, produciéndose con una cantidad de trabajo cada vez menor y las mercancías adquiridas con el producto de una cantidad cada vez menor de trabajo.

"Pero este estado primitivo de cosas no podría, durar desde el momento en que se implantaron la apropiación de la tierra y la acumulación del capital. Había desaparecido, por tanto, mucho antes de que se produjeran los progresos más notables en cuanto a la capacidad productiva del trabajo, y sería inútil detenerse a investigar qué eficacia hubiera podido tener ese estado de cosas respecto a la renumeración del trabajo". (Obr. Cit.)

RICARDO, D.

Tuvo clara idea entre lo que es riqueza real (valor de uso) y el dinero (equivalente general de cambio). Una sociedad no es tanto más rica cuanto más diero tenga, incluso más oro atesorado, sino cuanto más productivo sea su trabajo, cuanto más valores de uso (cosas útiles) tuviera a su disposición para aumentar su nivel de vida. Sobre este problema viene, al caso, citar a Ricardo:

"El trigo es un producto que, por su presencia, crea sus consumidores, y que por su ausencia los destruye. No se puede decir lo mismo del oro". (Principios de Economía Política).

"Es la cantidad comparativa de artículos que el trabajador puede producir lo que determina su valor relativo, presente o pasado, y no la cantidad comparativa de artículos que se da al trabajador a cambio o en pago a su trabajo". (Obr. Cit.)

"El trabajo (...) fuente de todo valor y su cantidad relativa (es) la medida que regula el valor relativo de las mercancías" (Obr. Cit.)

En la segunda cita, Ricardo descubre el secreto de la plusvalía, ya que el trabajador produ-

ce más que consume; recibe menos que da; pues el obrero vende su fuerza de trabajo (salario) por menos del valor que crea. Así los capitalistas viven enquistados en el trabajo asalariado de sus obreros.

SISMONDI, S.

Economista suizo de clara visión en algunos problemas económicos y sociales. Sobre el valor económico de las cosas se expresa en estos términos:

"Es a la oposición entre el valor de uso y el valor de cambio a la cual el comercio ha reducido toda cosa, etc." (Estudes sur l'economíe politique, t. II, p. 162)

LAUDERDALE, J. M.

A diferencia de Ricardo, considera el valor en función de la oferta y la demanda de una cosa, de la abundancia o la escasez de un producto. Pero la verdad es que sólo es abundante en la economía humana lo que cuesta poco trabajo producirlo, o que se da espontáneamente en la naturaleza; pero ésta es poco prodiga sin arrancarle sus riquezas con el trabajo humano.

"En general, la riqueza nacional (el valor útil) disminuye en proporción de que las fortunas individuales aumenten por el aumento del valor venal (de cambio); es a medida que ellas se reducen por la disminución de este valor, que la primera aumenta generalmente la riqueza nacional". (Investigación sobre la naturaleza y origen de la riqueza pública, Londres, 1808).

Así, pues, la riqueza de los ricos disminuye con el aumento de la de los pobres, lo cual evidencia la sociedad contradictoria en que vivimos: el capitalismo bajo diversas formas de manifestarse: privado o de Estado.

PROUDHON, P. J.

Entre los anarquistas, fué el teórico más destacado en economía política: percibió, claramente, la oposición entre el valor de uso y el valor de cambio:

"Los economistas han subrayado muy bien el doble carácter del valor; pero lo que no han aclarado con la misma nitidez, es su naturaleza contradictoria; aquí comienza nuestra crítica (...) Es poco haber señalado, en el valor de uso y el valor de cambio este chocante contraste donde los economistas no ven más que cosas muy simples; pero hay que mostrar que esta pretendida simplicidad oculta un misterio profundo que es nuestro deber penetrarlo. (...) en términos técnicos, el valor de uso y el valor de cambio son en razón inversa el uno del otro". (Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria. París 1846).

Lo esencial no es señalar esa contradicción como juego dialéctico. Es más importante, indicar que el valor de cambio se aproximará al valor de uso, cuando hubiera una economía autogestionaria (comunitaria, no capitalista), con alta productividad del trabajo, cambiándose los productos en su justo valor: sin cargas gananciales, intereses, ingresos por trabajo burocráticos, etc. En una economía autogestionaria, cuando fuera rebasada en gran medida la forma dinero, los bienes y servicios se compensarían en su justo valor de cambio, pues este oculta bajo la forma dinero los falsos precios y la plusvalía, en el capitalismo.

MARX, Carlos.

Profundizando las contradicciones del régimen capitalista, Marx las analiza dialécticamente para demostrar que se trata de un sistema económico transitorio.

"Un objeto puede ser valor de uso sin ser valor. Así acontece cuando la utilidad, que ese objeto encierra para el hombre, no se debe al trabajo. Es el caso del aire, de la tierra virgen, de las praderas naturales, de los bosques silvestres, tc. Y, a la inversa, un objeto puede ser útil y producto del trabajo humano sin ser mercancía. Los productos del trabajo destinados a satisfacer las necesidades personales de quien los crean son, indudablemente, valores de uso, pero no mercancías. Para producir mercancías, no basta producir valores de uso, sino que es menester producir valores de uso para otros, valores de uso sociales. El labriego de la Edad Media producía el tributo para el señor feudal y el trigo del diezmo para el cura. Y, sin embargo, a pesar de producirlo para otros, ni el trigo del tributo ni el trigo del diezmo eran mercancías. Para ser

mercancía, el producto ha de pasar a manos de otro, del que lo consume, por medio de un acto de cambio. Finalmente, ningún objeto puede ser valor sin ser a la vez objeto útil. Si es inútil lo será también el trabajo que éste encierra, no contará como trabajo ni representa, por tanto, un valor". (El Capital).

"Como creador de valores de uso, es decir como trabajo útil, el trabajo es, por tanto, condición de vida del hombre y condición independiente de todas las formas de sociedad, una necesidad perenne y natural sin la que no se concebirían el intercambio orgánico entre el hombre y la naturaleza ni, por consiguiente, la vida humana" (Obr. Cit.)

"El mismo trabajo rinde, por tanto, durante el mismo tiempo, idéntica cantidad de valor, por mucho que cambie su capacidad productiva". (Obr. Cit.)

Con la automatización del trabajo, el valor decrece pues se produce infinitamente más valores de uso, con cada vez menos valor de cambio: precio decreciente estimado en horas de trabajo para producir un bien o servicio.

Y si —como indicaba Marx— "el mismo trabajo rinde, durante el mismo tiempo, idéntica cantidad de valor" por mucho que aumentará la productividad por hombre-hora, se infiere que al incrementarse la productividad en el sector de bienes se podría acrecentar la ocupación en el sector servicios, como está sucediendo en la economía contenporánea. Ello indicaría que por más que crezca la productividad del trabajo, sin hacerse dentro de una economía autogestionaria, el capitalismo privado o de Estado seguiría perdurando, enquistado en el incremento de la productividad del trabajo asalariado.

Pues, bajo sistemas de socialismo burocrático, la jornada de trabajo del obrero suele ser más larga que bajo el capitalismo técnicamente desarrollado, como en Norteamérica y Europa occidental. Ello demostraría que el acrecentamiento de la productividad del trabajo no supera la economía de explotación del hombre por el hombre, si no es instaurada una economía autogestionaria, igualitaria, desaburguesada y desburocratizada.

La revolución científico-tecnológica, especialmente con la automatización del trabajo manual o inteletual, crea todas las condiciones, objetivas y subjetivas, para la instauración de una sociedad de abundancia económica. Ello no sería posible sin implantar un socialismo autogestionario, que suprima las clases sociales antagónicas, la propiedad privada o estatal, las diferencias entre trabajo manual e intelectual, el desarrollo desigual económico y tecnológico entre la ciudad y el campo y entre países industrializados y subdesarrollados. Se crearía así un trabajo social homogéneo, que se va socializando con la revolución de los ordenadores y de las cadenas automatizadas y semi-automatizadas de la producción industrial, agrícola, minera y la prestación informatizada de servicios sociales y públicos.

Importa, pues, que haya muchos valores de uso hasta que el valor de cambio de ellos tienda marginalmente a cero, hasta que desaparezcan la mercancía y la moneda: dos categorías económicas de una sociedad desigual, burguesa o burocrática, que se oponen a la abolición de sus clases sociales antagónicas .

NIKITIN, P.

Economía política. Edit. Lenguas Extranjeras. Moscú. El autor trata de convertir el marxismo en una ideología de Estado, presentando a las demás doctrinas económicas como un conocimiento vulgar. Respecto a la ley del valor dice enfáticamente:

"En el socialismo, la ley del valor no tiene tanto margen de acción como en la sociedad capitalista, el socialismo limita la esfera de vigencia de la ley del valor. Esto se debe a que en el socialismo se ha establecido la propiedad social socialista de los medios de producción y la economía se administra de acuerdo con un plan único". (Obr. Cit. p. 296, cap. XIII).

En realidad, el socialismo de Estado, que es capitalismo de Estado más propiamente, no supera la producción mercantil en la URSS, pero como los precios están dirigidos, o impuestos desde arriba, así como los salarios, el Estado, que suprime el mercado libre y el derecho de huelga, se queda con una mayor tasa de plusvalía que el capitalismo occidental, donde existe el derecho de huelga y la competencia en un mercado abierto. Para que hubiera socialismo en la URSS tendría que ser el basamento económico del régimen, no la propiedad estatal sino la social, y que la gestión de las empresas estuviera en manos de los trabajadores mediante sus consejos obreros autogestionarios. Si el Estado soviético les compra baratos sus productos (mer-

cancías) a los obreros y campesinos y luego los vende caros a los consumidores, obtiene así grandes beneficios derrochados en sueldos de la "Nomenklatura" y en la creación de una industria armamentista a expensas de reducir los ingresos de los obreros y los campesinos. Ello es propio de un capitalismo de Estado, con tendencias hegemonistas mundiales y no del socialismo, en el sentido en que lo entendían los grandes pensadores socialistas del siglo XIX, entre ellos Marx y Engels, aunque son más autogestionarios que éstos, Proudhon y Bakunin.

PREOBRAZHENSKI, E.

La nueva economía. Cuadernos del Pasado y Presente. Córdoba (Argentina), 1968. Fue uno de los teóricos más destacados de la doctrina de transición al socialismo en la URSS. Pero por desavenencias con Stalin fue fusilado en las "purgas" de 1937.

"La lucha por el principio de planificación —dice— es, ante todo, una lucha por la acumulación de recursos materiales de la economía estatal, que aseguren el desarrollo de ciertas relaciones de producción. Esta acumulación es limitada por la acción de la ley del valor, que existe todavía y está sometida, por consiguiente, a la influencia del elemento espontáneo". (Obr. Cit. p. 208).

En este sentido, suprimir o atenuar la acción de la ley del valor y el papel del mercado otorga a los burócratas de la planificación centralizada prioridades en el desarrollo de la industria pesada, del ahorro forzoso, y las trasferencias gratuitas de ingresos del campesinado y el obrero a la acumulación del capital para el Estado; pero este sistema no es socialismo sino despotismo burocrático, no necesario en una economía autogestionada, basada en respetar la ley del justo intercanbio de trabajo, en un mercado autogestionario y autorregulado, a fin de que el sistema económico sea desburocratizado.

CAPITULO IV

MISTIFICACIONES DEL VALOR EN LOS PAÍSES CAPITALISTAS Y SOCIALISTAS

Los secretos del fetichismo de la mercancía

El valor de cambio de las cosas económicas se manifiesta más bien *extra* que *intra*; es más *exógeno* que *endógeno*: una comunidad primitiva, con poca división social del trabajo, sin propiedad privada ni clases sociales ni Estado, produce y consume sus valores económicos como valores de uso más que como valores de cambio. En nuestra época mercantilizada todo es reducido como mercancía menos en la *familia* que es una unidad social económica comunitaria en que rige la igualdad, no hay clases y su patrimonio constituye un cierto comunismo libertario. Incluso, dentro de la esfera económica familiar, los bienes y servicios adquiridos fuera de ella mediante el dinero como medio de cambio universal, cuando entran dentro de ella, se convierten en valores de uso o de goce comunitario sin distribución desigual. Así, pues, la familia es el comunismo entre sus miembros, pero no alcanza a la sociedad.

La economía, tal y como la entendemos hoy, monetarizada y mercantilizada, con sus sofisticados mecanismos monetarios, no rigió siempre, en otras edades históricas, cuando la moneda no jugaba un papel fundamental, cuando las tribus primitivas hacían trueque de unos productos por otros, entre ellas durante el salvajismo y la barbarie.

Sin embargo, durante la barbarie y el salvajismo, con una economía primitiva y poco diversificada, el *intercambio económico entre tribus*, al cambiar unas puntas de flechas por caza o pescado se realizaba la ley del valor-trabajo, cambiando un determinado trabajo en hacer las flechas por igual cantidad empleado en la caza o la pesca. No había así engaño en el intercambio: se cumplía la ley de la equivalencia de valores económicos y la ley de la cooperación económica y social entre las ramas primitivas de la división social del trabajo.

El intercambio de productos entre naves piratas y tribus indígenas se rigió siempre sin verse directamente: los piratas avisaban en la costa desde un punto alto, haciendo humo, que querían comerciar; dejaban un montón de productos; venían luego los indígenas y dejaban otro montón de productos equivalentes en valor; volvían los piratas y si el intercambio era justo se llevaban lo dejado por las tribus indígenas y dejaban lo suyo equivalente en valor ya que de otra manera no había intercambio, por la sencilla razón de que el trato en directo implicaba el riesgo doble de que los piratas se llevaran los productos expuestos y a las mujeres y hombres de las tribus indígenas, como botín.

Las cosas intercambidas en el mundo antiguo, antes de aparecer la forma moneda, eran operaciones diáfanas de comercio dictadas por una limitada división del trabajo social en la esfera local o, cuando más,comarcal, en base a productos concretos cambiados a *trueque*. En nuestra época, sin embargo, el valor de la tierra (renta percibida por el terrateniente) o el valor del capital (tasa de interés) o el valor del trabajo (salario), ocultan operaciones por las cuales se pagan renta o interés al propietario no productor de productos agropecuarios o artículos industriales, dándole mucho económicamente en contrapartida de nada. Y en cuanto al precio del trabajo (salariado) se paga por él menos de los que produce, ocultando una plusvalía o trabajo no pagado en cuyo secreto reside la existencia y continuidad del régimen capitalista.

En este orden de ideas, el pueblo Bantú, en Sudáfrica, por ejemplo, antes de la llegada de los colonizadores capitalistas blancos desconocía el comercio de la tierra, ya que una cosa inmóvil no podía convertirse en valores bursátiles hipotecarios de tipo capitalista. En ese sentido, el valor de la tierra era su uso por el trabajo directo, ya que por encima del agricultor no había una clase explotadora organizada como grandes feudales o rentistas (capitalistas). El capitalismo, como modo de producción dominante, ha convertido casi todos los valores de uso en valores de cambio o mercancías, estableciendo un intenso intercambio entre las ciudades industriales que intercambian sus productos por los del campo y entre las naciones, imbricando los mercados nacionales en el mercado mundial, categoría dominante de la economía mercantil de nuestra época de capitalismo multinacional.

En el mundo antiguo, a diferencia del mundo capitalista, las relaciones económicas entre los hombres y las naciones aparecían más claras respecto al "justo precio" en las trasacciones. San Pablo recomendaba, en la epístola a los tesalonicenses (I, 4, vv. 1-6) lo siguiente: "...hermanos, os rogamos y exhoratamos en nombre de nuestro señor Jesucristo... Que nadie menoscabe y defraude a su hermano en cosa alguna; porque el Señor es el vindicador de todos éstos, como también os hemos prevenido y atestiguado".

Tertuliano exclama: "La abundancia es siempre afrentosa en sí misma. Hay algunos bárbaros entre los cuales, por ser el indígena muy abundante, se

acostumbra a tener a los criminales en sus cárceles encadenados con oro, y cargar de riqueza a los malos... cuanto más criminales más ricos" (1)

Si la riquesa ostentosa, perjudicial a la sociedad, obtenida como fruto de la explotación del prójimo, fuera una inmoralidad o un delito, en el sentido que lo denuncia Tertuliano, el mundo sería bastante mejor de lo que es bajo formas de capitalismo privado o de Estado, donde la burguesía o la burocracia son libres y ricas tan sólo porque el pueblo es pobre y oprimido. Y esto seguirá sucediendo en el mundo mientras los medios de producción y de canbio no sean convertidos en propiedad social, superando la propiedad privada y estatal, en una economía libertaria autoregulada por la ley del valor económico cuyo contenido cuantitativo sea el trabajo humano abstracto, o sea, la ley del valor-trabajo. Así las cosas, nadie que no aporte *trabajo útil* debe retirar de la economía social libertaria bienes o servicios para la satisfacción de sus necesidades; pues la moralidad libertaria debe inspirarse en el principio de que el que no trabaje no coma, si no es jubilado, niño o adolecente a cargo económico de la sociedad.

Por otra parte, es necesario establecer en los intercambios, operándose automaticamente en el mercado autogestionario, el *justo precio* entre todos los bienes y servicios y el *justo ingreso* en la remuneración del trabajo humano, y decimos ingreso y no salario, pues el ingreso de los trabajadores asociados con sus medios de producción depende del resultado variable de su colectivo de trabajo

Pero, a diferencia de Santo Tomás, la *justicia distributiva* debe ser equitativa para todos, y no dar más al que es más rico y posee el capital y la tierra, de modo que en la *justicia conmutativa* (el intercambio) o compra-venta todos cambien sus productos en sus justos valores, más bien las comunidades autogestionarias, entre sí, los productos de su trabajo sin que haya perjuicio o engaño para nadie. La justicia distributiva es falsa, cuando es desigual, ya que considera a las personas por su posición (rico, pobre, dominante o dominado, burócrata o burgués, coljosiano u obrero).

En las *sociedades de clases antagónicas*, la justicia distributiva mira con privilegio o menoscavo a las personas según su *situación de poder o de saber*, y, por tanto, crea un sistema de precios altos de artículos de lujo reservados para los amos, señores o empresarios. Así las cosas, en el precio de la carne de ternera, de salmón o de lomo, por ejemplo, el precio excluye de ese consumo a los consumidores con bajos ingresos o salarios. Mientras esta desigualdad exista entre los hombres, ya sea con capitalismo privado o de Estado, la justicia distributiva estará funcionando en el sentido de Santo Tomás, con vida regalada para los ricos y miseria o penuria para los pobres, los obreros y los campesinos, no cambiando así el mundo en cuanto a justicia social, ni poco ni mucho en el curso de los siglos.

1 Tertuliano. The divine institutes. p. 334. Ante-Nicene Chistian Library. Vol. 21. Londres.

Si el precio de venta de las mercancías ofertadas en el mercado se basa en la justicia distributiva tradicional, unos tendrán alto nivel de vida y otros, muy bajo. Por consiguiente, una economía autogestionaria ha de intercambiar los bienes y servicios, en el mercado, sin mercaderes ni capitalistas o agiotistas, en su justo valor conmutativo, pero sin dar lugar a precios distributivos reservados para clases privilegiadas. Pues si esto continúa, será difícil de superar la injusticia social y económica entre los hombres, hasta que sea instaurado un socialismo libertario.

Ninguna cosa que vaya al mercado ha de ser vendida por más de lo que vale (debido a la existencia de monopolios onerosos, lo cual es propio del capitalismo multinacional de nuestra época), ni tampoco por menos de lo que vale (a causa de que el Estado-providencia otorga subsidios, créditos sin retorno a las empresas, ventajas cambiarias, préstamos a bajo tipo de interés, "socialización de pérdidas" de empresas nacionalizadas), porque así no se cumple la ley del valor-trabajo en los intercambios. El capitalismo altamente concentrado y el socialismo burocrático, ya sea con el monopolio privado o con el monopolio de Estado, adulteran o falsean el funcionamiento de la ley del valor-trabajo en los intercambios: ensucian así el agua para que no se vea el fondo claro de las trasacciones económicas, precisamente porque en esas aguas sucias se ocultan sus rentas parasitarias, su posición de clase privilegiada, contraria a los intereses colectivos del pueblo trabajador y consumidor, que debe ser autoorganizado en una comunidad libertaria como célula básica de la sociedad liberada del Estado de clase, opresor y explotador del pueblo.

Volviendo al tema de la justicia distributiva, en el sentido de que el trabajo o la posición social de unos vale más que la de otros, por ejemplo, la de un obispo que la de un cura de aldea, la de un empresario que la de un obrero, en Occidente, o que la de un obrero y un burócrata, en Oriente, significa que la diferencia entre trabajo manual e intelectual o la posición jerárquica de unos respecto a otros, mientras dure el capitalismo, se opone a la igualdad entre los hombres, ya sea con capitalismo privado o de Estado. Ello demostraría que en tanto no sea superada esa contradicción habrá pobres y ricos, dominantes y dominados, consumidores privilegiados y consumidores racionados o sumergidos por sus bajos ingresos en dinero.

Los *productos escasos o los de lujo*, tanto en el Este como en el Oeste, tanto con burguesías o burocracias dominantes, serán atribuidos desigualmente: unos, lo tendrán; otros, nunca los alcanzarán, ni con capitalismo occidental ni con socialismo burocrático oriental ¿Y, entonces, donde estaría la *justicia social equitativa* en la distribución de los bienes y servicios producidos por la sociedad? ¿Qué significa, pues, hoy términos políticos como derecha o izquierda? ¿Acaso sustituir en el Poder a una clase dominante por otra? Por eso la explotación de una clase por otra reside en que el trabajo de todos se homogenice en el sentido de que la educación, el dominio de las tecnologías, la conducción política y económica, no sean privilegio de unos

pocos, sino accesibles para todos, de modo que todos sepan hacer todo, a fin de que la ley del valor-trabajo sea igual para todos, mediante una *economía autogestionaria basada políticamente en la democracia directa*. Ahora bien, para ejercerla todos es necesario que la educación científica y tecnológica esté al alcance de todos, convirtiendo las empresas en centros de trabajo y estudio, dedicando una parte a la producción y otra, a la educación, a fin de que haya igual participación para todos en su gestión democrática.

Si un régimen dicho socialista o comunista no cumple la ley del valor trabajo en los intercambios, dentro de un libre mercado socialista autogestionado, estableciendo privilegios para unas ramas de producción o de servicios en contra de otras, así, unas profesiones ganarían mucho y otras, poco; unos, se educarían en Universidades y Escuelas de Alta Tecnología; otros, apenas rebasarían la escuela primaria; se crearían así otras clases sociales privilegiadas en función de la *educación elitista*. Por tanto, con socialismo burocrático, no sería superada la sociedad de clases, sino semánticamente, quitándoles el nombre, pero seguirían existiendo por su contenido socio-económico, por la desigualdad económica, política, educativa, científica y tecnológica entre los hombres, cosa que está sucediendo en los países de modelo ("socialista") soviético.

Si una persona —en el sentido indicado por Santo Tomás— "recibe tanto más bienes cuanto más prominente sea la posición que ocupe en la sociedad" es difícil que haya *justicia distributiva equitativa entre los hombres*, independientemente del régimen político, de derecha o de izquierda, de que haya capitalismo democrático o socialismo burocrático.

Según Santo Tomás, "(...) en la justicia distributiva no se considera el medio según la igualdad de la cosa a la cosa, sino según la proporción de las cosas a las personas; de tal modo que así como una persona excede a otra, así también lo que se le da a una persona excede a la otra. (...) A la inversa, en las comutaciones (intercambio de cosas) se da algo a una persona singular por la cosa de ésta que es recibida, como puede verse sobre todo en la compra y venta (...) Por eso es menester igualar cosa a cosa, de suerte que una persona le entregue a otra tanto como aquélla se haya enrriquecido con la cosa que pertenecía a ésta" (1).

"De ahí —prosigue Santo Tomás— que en la justicia distributiva se considere la situación de la persona, mientras que en la justicia conmuativa sólo se le considera en tanto origina una diversidad de cosas" (2).

En este orden de ideas, con trabajo calificado o manual, unos tienen más ingresos que otros, de tal suerte que en una economía de cambio los precios racionan o prohiben a unos lo que es fácil de adquirir por otros, cuyos trabajos y ocupaciones o jerarquía política les permite acceder a los consumos de lujo o de productos escasos. Así, pues, los *ingresos desiguales entre las personas* (justicia distributiva) se originan en sus rentas privilegiadas (patrones,

1 Santo Tomás. Summa teológica. pt. 2a. pt., Q. 61, art. 2.
2 Santo Tomás. Summa teológica. pt. 2a. pt., Q. 61, art. 2.

políticos, jerarquías, obreros, propietarios y rentistas), en el Oeste, y por su jerarquía política (directores de empresas, tecnócratas, obreros y koljosianos), en el Este, lo cual indicaría que mientras haya una injusta distribución no habrá democracia auténtica entre los hombres.

Sin embargo, es evidente que las *cosas escasas o raras*, que tienen mucho valor de cambio, sería difícil, con capitalismo o socialismo, acceder todos a ellas, por lo cual habría que dejar de producirlas, cuando se las considerase de lujo, o convertirlas en propiedad de todos como los cuadros de pintura, las esculturas de rara belleza, los templos, los parques, paisajes y reservas ecológicas etc. Por otra parte, los automóviles "Rolls Royce", el caviar, las joyas valiosas y raras, tampoco podrían estar al alcance de todos los consumidores, ya que son cosas propias de una sociedad de consumo basada en la injusticia distributiva desigual. Por tanto, un socialismo libertario tendría que tener otra forma de vida basada en que todos los ciudadanos tengan derecho a todo, pero ello supone que el deseo no sea puesto en el consumo de lujo, en comprar cosas escasas o raras, en dar más valor a un diamante como joya que como trépano de perforación de pozos petrolíferos, en que una persona sea más distinguida porque lleve un gran coche de lujo que porque sea una inteligencia notable en descubrimientos científicos o como creadora de obras de arte bellísimas

Una sociedad libertaria debería superar la alienación de los sujetos por los objetos mercantiles, como sucede ahora bajo el capitalismo privado o de Estado, tendiendo a que el automóvil sea sustituído por buenas líneas de transporte colectivo, ferroviario, marítimo, aéreo, pudiendo llegar a todas partes todos, cuando lo precisen, evitando congestionar las carreteras donde se producen miles de accidentes mortales.

Y en todo caso, cuando un producto fuera tan escaso como el caviar, por no citar otros artículos, podrían ser objeto de racionamiento a fin de que todos, sin distinción de clases, alguna vez, pudieran adquirirlos, si ese era su deseo.

Así las cosas, ahorrando los capitales disipados inútilmente en los consumos de lujo o con exceso de consumo improductivo, colocando a todo el mundo a trabajar útilmente, se acumularía doble o triple cantidad de capital social, que invertido en desarrollo económico y tecnológico haría que se produjese más en una hora que antes en un día, lo cual disminuiría el valor-trabajo de los productos, pudiendo así alcanzar un socialismo libertario, basado en una abundancia mesurada par todos. Entonces se podría pasar a una sociedad comunista: cada uno aportaría según su capacidad y recibiría según sus necesidades, superando, una vez por todas, la economía mercantil capitalista y sus dirigentes: burgueses, burócratas y tecnócratas.

AMBITO DE LA LEY DEL VALOR

El capital mercantil y el capital bancario son parasitarios: el dinero prestado da más dinero; pero no más bienes y servicios. Luego el banquero y el

comerciante extraen sus beneficios del *plus-trabajo* que el capital industrial no pagó a sus obreros. Tal es la mecánica del regimen capitalista: succionar plusvalía al hombre asalariado.

La empresa autogestora debe eliminar las rentas de sectores parasitarios; a lo sumo dedicaría un personal reducido a la distribución de productos y a mecanismos financieros; pero percibiendo un ingreso a tenor con el ingreso de los obreros y los campesinos. Consecuentemente, la producción socializada y autogestionada debe aumentar a ritmo acelerado, al suprimir los sectores parasitarios del capitalismo, que se llevaban la mayor parte del ingreso bruto restándolo a la inversión del capital social, para desacelerar el progreso económico y tecnológico.

Bajo el capitalismo, los asalariados tienden a percibir menos cuanto más producen; el capital quiere sustraerse a la ley de la competencia mercantil entre muchos capitalistas que se disputan el mercado; hay, pues, que reducir para ello contínuamente los costos de producción o caer en la crisis, haciéndoles pagarlas a los trabajadores.

La ley de la competencia actúa en el mercado interno y en el mercado internacional. En el mercado mundial, las naciones más industrializadas dominan los mercados; se los disputan. Por eso, toda producción nacional tiende a reconvertirse para ponerse a nivel de competencia en precios internacionales, a condición de ir aumentando la productividad del trabajo (plusvalía relativa).

La ley de la competencia nacional fué el signo del liberalismo; la ley de la competencia internacional es el destino de nuestro tiempo, en una época de economía planetaria en que la autarquía económica es muy limitada.

Los movimientos del oro y de las divisas fuertes van hacia los países con más bajos costos de producción o con mejores precios de exportación. Estados Unidos dejó de ser el "taller y el banco del mundo" cuando sus precios de exportación se situaron por encima de los del Japón y de la Comunidad Económica Europea. En este sentido, la ley del valor de cambio —transfigurada en la ley de la competencia mercantil internacional— se ha tornado desfavorable para Estados Unidos, justamente porque la *tasa de plusvalía* es superior para el capitalismo japonés y no tanto para el Mercado Común Europeo que para el empresario norteamericano, desalojado del mercado mundial por los japoneses y los europeos, en mercancías no de alta tecnología, donde Estados Unidos ocupa el primeer puesto en el mundo con vistas a la industria automatizada del siglo XXI.

El valor de cambio se presenta como una relación cuantitativa de paridad o disparidad de valor entre diferentes productos, pero dicho valor, contra lo que creen los partidarios de la teoría del marginalismo (que es un psicologismo económico), no es inherente a los productos sino que encarna, en tanto que categoría económica capitalista, determinadas relaciones sociales, un estado de desarrollo de las fuerzas productivas, una formación específica de clases sociales, de Estado y de propiedad.

Los *modos de producción*, que han pasado por la historia, no se los puede

inventar; están en el tiempo y en el espacio, de acuerdo con el grado de poder de las fuerzas productivas de cada época, que crean las relaciones sociales concordantes con ellas históricamente: salvajismo, barbarie, comunidad primitiva, esclavismo, feudalismo, capitalismo...

En este orden de ideas, el valor de cambio de las mercancías desaparecerá, como categoría dominante del proceso económico, cuando haya sido abolida la producción mercantil, mediante la instauración de una economía socialista autogestionaria a la escala planetaria, sin desarrollo desigual entre la ciudad y el campo y entre países adelantados y atrasados, entre trabajo manual e intelectual y sin desigualdad económica y social entre los hombres.

Mientras dure el capitalismo, en parte, la ley del valor de cambio determinará la competencia nacional e internacional entre mercancías de la misma especies; regulará los movimientos de las divisas y del oro en los cambios internacionales; acelerará o retrasará la formación de capital; distribuirá la cantidad de trabajo entre las distintas ramas de las economías tercermundistas de monocultivo dominadas por el imperialismo; aumentará o disminuirá los niveles de precios nacionales o internacionales; atenuará o agravará los desequilibrios de pagos internacionales entre las naciones; centralizará el capital en los países industrializados; descapitalizará a los países subdesarrollados; creará grandes monopolios capitalistas de materias primas o productos manufacturados (para eludir de la competencia); producirá crisis económicas destruyendo el capital y las masas sobrantes de trabajo (a la escala capitalista); pero todo esto no sería posible en un socialismo libertario, universal y federativo, que hiciera un mundo armónico sin ricos ni pobres.

La ley del valor de cambio, ciegamente, somete la economía capitalista a un caos espontáneo, a los ciclos de prosperidad y depresión, derivados de la naturaleza contradictoria de la producción y la distribución consustanciales con la sociedad burguesa o el socialismo burocrático, pero no con una sociedad libertaria y autogestionaria que supere todas las formas de propiedad con la propiedad social universal.

La ley del valor de cambio, con sus alienaciones y contradicciones, condena al capitalismo a crisis cíclicas o *crisis crónica*, en su etapa más avanzada de desarrollo tecnológico; pero la creación de grandes monopolios capitalistas tienden a neutralizar la ley del valor, haciendo que los precios no sean la expresión de los costos: gastos de capital, mano de obra, más un beneficio, sino que los precios pueden estar así, con monopolios, varias veces por encima de su costo de producción. Por ejemplo, el *petróleo de Arabia saudita* no cuesta más de 0,10 centavos de dólar por barril al pie de pozo, pero se vendía, en 1984, a más de 28 dólares, porque lo controlaba el *cartel de la OPEP*, que fija arbitrariamente sus precios por acuerdos monopolistas de sus países miembros.

El capitalismo, para perdurar, económica y políticamente, se carteliza: forma "pools", "holdings" y "trusts", a fin de no producir más de lo necesario, de modo que la adición de una unidad más de producción o de varias nunca

haga bajar el precio del mercado por debajo del costo de fábrica. En este sentido, el capitalismo multinacional atenúa los efectos depresivos de la ley del valor de cambio, no permitiendo que haya una gran abundancia de bienes, a fin de atenuar la sobreproducción relativa, pero a costa de los consumidores que pagan caro lo que debieran adquirir barato. Por consiguiente, los monopolios se oponen a la ilimitada expansión de la economía de abundancia, ya que la economía burguesa está sometida al principio de la escasez como un tonel de Danáides a recibir agua que no consigue llenarlo.

La ley del valor de cambio actúa determinativamente en la economía mercantil; no se la podrá eludir con capitalismo privado ni con capitalismo de Estado. Por ejemplo, el cáculo económico, planificado revela restringidamente la ley del valor de cambio en la economía soviética, por más que se la quiera eludir económicamente.

Stalin realizaba, a expensas de los koljosianos, una gran acumulación de capital, desconociendo la ley del valor, pero especulando, económicamente gracias a ella. En 1934 compró centeno en las granjas colectivas (koljoses) a 13 rublos los 100 kilogramos, cargando sobre ese precio inicial un impuesto estatal de intervención de 80 rublos; es decir, adquiría el centeno a 13 rublos y lo vendía a 93, obteniendo así *plusvalía de Estado*. En el caso del trigo también, lo compraba a los koljoses, a 17 rublos y lo vendía a 107 rublos a las fábricas de pan, percibiendo una ganancia de 90 rublos. De esta manera, Stalin desarrolló la industria pesada, los armamentos, la economía estatista, a costa de expropiar gran parte de sus ingresos a los agricultores soviéticos, que representaban el 60% de la población soviética, en la década de 1930-40.

Por estos procedimientos económicos estatistas, suprimiendo el papel mercantil autorregulador del mercado, Stalin acumuló capital proveniente de la población campesina que financió, con la entrega de los productos agro-pecuarios a bajo precio al Estado, ni más ni menos que bajo las *entregas* obligatorias a los déspotas feudales, a los mandarines o príncipes asiáticos. Y es que sin la existencia de un mercado autogestionario, donde se cumpla la ley del valor-trabajo en los intercambios entre las distintas ramas de producción o de servicios sociales y públicos, hay dictadura económica de los burócratas planificadores y centralizadores del poder económico. Así, pues, una de las condiciones fundamentales del socialismo verdadero es que haya una economía autogestionaria de mercado, pero sin capitalistas, acaparadores, corporaciones del privilegio, intermediarios onerosos y parásitos de todo tipo; una economía autogestionada donde compitan cooperadores, colectivos y autogestores, en beneficio de todos los consumidores y trabajadores, de todo el pueblo.

OBJETIVACION DEL VALOR

No debemos ignorar las leyes económicas, ni tener un respeto fetichista

por ellas, ya que son categorías históricas: su validez objetivas está condicionada por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales que son el contenido de un modo de producción. Al cambiar un sistema de producción y distribución, en una sociedad determinada, también cambian las leyes económicas que le son inmanentes. En consecuencia, las leyes económicas son válidas para un régimen de producción, pero no lo son en todo o en parte para otro sistema diferente. Por ejemplo, la ley del valor de cambio, la ley de oferta y la demanda, la ley de la competencia mercantil, no rigen en igual medida en los países de planificación centralizada que en los países de economía socialista de mercado o de régimen capitalista.

Hay que conocer, las leyes objetivas de la ciencia económica sin divinizarlas, sin alienarse en ellas, y tomarlas como conceptos puros del entendimiento humano para justificar regímenes económicos anacrónicos, basados en la explotación del hombre por el hombre, o para prefabricar sistemas sociales utópicos, que se alienan en un *idealismo semántico* (cambiar el nombre de las cosas contradictorias sin suprimirlas para hacer un cambio de forma, pero no de contenido).

En vez de buscar las soluciones, para combatir las injusticias sociales, en falsos moralismos o con un capitalismo de Estado (que por más que quiera no es socialismo al suprimir la democracia directa de las masas en la gestión de la economía), hay que adelantarse en el conocimiento de las leyes económicas socialistas, a fin de construir una sociedad liberada de la explotación del trabajo ajeno, cosa que no podrá hacerse, sin saber a fondo, la anatomía y fisiología del capitalismo, para no reproducirlo con otras formas semánticas como capitalismo de Estado.

La ley básica de la economía mercantil es la ley del valor de cambio: determina el proceso económico con cierta autorregulación, siempre que no esté limitada por monopolios privados o de Estado.

Una sociedad comienza a producir valores de cambio (mercancías) cuando su estructura económica se basa en la propiedad privada o estatal de los medios de producción y de la tierra. Ello crea una determinada *división del trabajo* y, consecuentemente, una *economía mercantil* en que los productos pasan por la forma dinero: sólo porque se trata de intercambios entre productores privados o entre empresas de Estado, ejerciendo un monopolio en la producción y un control del mercado. Ello no sucedería así con empresas cooperativas, autogestionarias o comunitarias, en un mercado liberado de los monopolios privados o del Estado, como sucedía en las colectividades anarquistas españolas de 1936-39, en cuyos intercambios se cumplia la ley equitativa de intercambio y la ley del valor-trabajo.

En una *economía igualitaria de abundancia*, la producción mercantil y la ley del valor de cambio irían perdiendo significación económica (razón de existencia objetiva), a medida que sea superada la economía mercantil y la desigualdad entre los hombres.

Ello demuestra, por consiguiente, que el valor de cambio (mercancía) es

propio del capitalismo; pero lo importante en un socialismo libertario, es que abunden los valores de uso, a fin de superar la ley del valor de cambio.

En este sentido, el cambio de sistema transforma las categorías económicas en sus signos contrarios, debido a su depasamiento. Cuando el hombre rebase el nacionalismo económico, y la desigualdad entre los hombres, las clases, la propiedad privada o estatal y el valor de canbio, serán una categorías pretéritas: historia de la economía más que la medida de todas las cosas cuantificadas en dinero, como sucede en el capitalismo.

Bajo el capitalismo privado o de Estado, donde impera la mercancía, la ley del valor de cambio de los productos del trabajo humano reduce todos los bienes a la forma dinero. En el mundo de la producción mercantil lo que importa no es el valor de uso (trigo, hierro, carne o aceite etc.), sino el valor de cambio (el precio en moneda) de estos productos.

La moneda, con la magia de los precios, encubre el mundo fetichizado de las mercancías; es la *alienación por el dinero* en una sociedad donde los medios de producción no pertenecen al productor directo, sino al capitalista explotador del trabajo asalariado.

En las economías esclavistas y feudales, los productos eran diferentes por sus diversos usos; (pero tenían poca importancia como valores de cambio); en la economía mercantil todos los productos son homogéneos en tanto que valores de cambio, equivalentes a una cantidad determinada de dinero: (trabajo abstracto, cristalizado en las mercancías) para poder cambiarlas las unas por las otras, dentro de un régimen de apropiación privada o estatal de la producción social. Pero en una economía autogestionaria, el mercado no actuaría ciegamente, sino en interés social de los trabajadores y consumidores auto-organizados, dueños y no juguetes del capital privado o de Estado.

El *precio,* expresión monetaria del valor de cambio de una mercancia, no indica con sus cifras más que una cantidad determinada de trabajo social medio, congelado con el producto a enajenar. El precio es la transfiguración en dinero del valor venal de la mercancía: "la magnitud de valor de una mercancía cambia en razón directa de la cantidad y en razón inversa a la productividad del trabajo" (1). Ello explica, consecuentemente, que la riqueza, bajo las burocracias o las burguesías proviene del trabajo del pueblo. Pero puede elevarse inflando su precio si cuando sobra mucho café, trigo, petróleo, vino, etc., los capitalistas destruyen una parte de estos productos para elevar sus precios, mantener la economía de escasez obteniendo así mayores beneficios perpetuando el capitalismo que —con abundancia— iría a una baja general de precios lo cual determinaría el advenimiento del socialismo.

La *ley de los precios*, en el mercado mundial y en los mercados nacionales, constituye una faceta más de la ley del valor de cambio transfigurada en el fetichismo de las divisas y las monedas. Los economistas, que ignoran la ley del valor-trabajo de las mercancías, mistifican la realidad económica. Así,

1 Marx, C. El capital. Cap. I.

por ejemplo, las diferencias de niveles de productividad del trabajo, entre países avanzados o subdesarrollados, determinan dentro de las economías nacionales, los cambios diferenciales, las tarifas arancelarias y la contingentación de importaciones: sólo para contrarrestar la ley de desarrollo económico y tecnológico desigual de país a país que, en el fondo, es la distinta actuación (competitiva) de la ley del valor de cambio, de país a país.

Tras la explotación del trabajo asalariado por el capitalista —oculta en la ley del valor de las mercancías— la ley del valor-trabajo aporta la explicación de las contradicciones en la economía capitalista. La ley del valor de cambio es la categoría fundamental de la economía capitalista: su dialéctica implica un desarrollo económico contradictorio, cuando los productos revisten necesariamente forma de mercancía, el dinero y el mercado constituyen así categorías determinantes de la producción y la distribución, en el sentido de que los que trabajan por un salario reciben menos que las clases dominantes improductivas, que consumen mucho y trabajan poco.

Sólo la economía libertaria pueden superar esas antinomias armonizando el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales mediante la propiedad social.

Mientras la economía esté sometida a los intereses de las clases explotadoras —dueñas del capital, de la tierra o del Estado—, la mistificación dominará a la ciencia económica, explicándola más con palabras que con hechos objetivos. No se llega así al fondo de la ciencia económica fetichizada por fenómenos monetarios, crediticios, bancarios, impositivos, cambiarios, para ocultar las causas de la inflacción, las crisis económicas o las recesiones, el crecimiento económico hacia cero, las oscuras relaciones de intercambio entre los países industrializados y subdesarrollados, los misterios del alza del dólar, en un tiempo, y la baja, en otro. En suma, las doctrinas económicas de clase, por más que se las quiera revestir como ciencia, con ayuda de las matemáticas, no pasarán de ser el reflejo de los intereses de las clases dominantes: burguesía (Oeste) y burocracia (Este).

DINERO Y VALOR

La ley del valor de cambio constituye la dinámica de la economía mercantil burguesa, basada en la propiedad privada de los medios de producción, el trabajo asalariado, la plusvalía, la moneda, la separación del trabajo y del capital y una cierta división del trabajo social entre dirigentes y dirigidos, a fin de perpetuar la sociedad de clases.

El *proceso de cambio capitalista* rige entre productores privados que compran y venden sus productos por medio del dinero: quivalente general del valor. Las mercancías, con sus etiquetas de precios, expresan cantidades diferentes de dinero o valor respecto de una mercancía única (dinero). En la producción mercantil desarrollada, casi todos los productos de la industria,

la agricultura y la prestación de servición pasan por la forma dinero, a fin de que, en la circulación de las mercancías, los capitalistas obtengan ganancia. El hecho de que no se pueda cambiar mercancía-mercancía (M-M) se debe a que la producción social pertenece a productores privados. En consecuencia el dinero (D) se erige así en Dios de la sociedad capitalista, en períodos de prosperidad; en demonio, durante las crisis económicas, en que millones de trabajadores se quedan sin dinero, sin poder de compra, sin pan y sin trabajo, porque el capital no es de todos sino de la burguesía o del Estado.

La producción mercantil —que fué progresiva en el apogeo del capitalismo— se ha tornado en economía retrogresiva y anacrónica; pues tiene muchas depresiones económicas. Justamente porque la compra y la venta son polos antitéticos de una producción basada en la escisión del trabajo y del capital, creando así una economía antitética entre salarios y precios, entre producción y consumo, entre interés particular e interés general. En este sentido, la forma moneda —que revisten las mercancías— es un velo que oculta la propiedad privada o estatal del capital, que crea las clases sociales. La misión del dinero —en la economía capitalista mercantil— es poner en relación a productores privados para intercambiar sus productos en el mercado, dominado por los capitalistas con sus empresas monopólicas y multinacionales, que ejercen una dictadura económica.

Con dinero (valor de cambio iniversal) se paga el salario por el trabajo ajeno: se *aliena* al obrero en su salario, haciéndolo esclavo temporal del empresario. El dinero —como determinante de la desigualdad en una sociedad dividida en clases asigna, a cada una de ellas, una parte determinada y desigual en el reparto de la producción. Todo se compra y se vende por dinero: bienes materiales y espirituales. El dinero es, por tanto, el demonio alienante de la sociedad capitalista de consumo.

El dinero se acumula en los bancos: templos del capitalismo. En esos templos, más monumentales que las catedrales góticas o los castillos feudales, se entroniza la deidad de la sociedad mercantil: el Becerro de Oro. La magia del dinero por medio del préstamo. Así la nada se presenta como si fuera el ser: la ontología del capital es así más difícil de descifrar que la del ser humano. Pocos filósofos son capaces de descubrir en el mundo ignoto que la mercancía, cómo se objetiviza la alienación del espíritu por el dinero.

El *dinero-valor de cambio* pone todos los días a las personas en relación, no por afinidad espiritual entre ellas, sino porque las personas son portadoras de cosas enajenables; cada ser depende de otro o de otros: el dinero es el hilo de esa relación de dependencia, invisible para los filósofos idealistas y los ideólogos burgeses. El dinero (acumulando el capital en las ciudades) ha formado las grandes urbes, donde todo llega como mercancías, que tienen que pasar por la forma dinero.

La *vida cotidiana* de la ciudad es eminentemente mercantil: su mundo recóndito reside en el fetichismo de la mercancía. La sociedad autogestora deberá desarrollarse fuera de ese mercantilismo. De lo contrario no rebasaría

el universo concentracionario del capital privado o de Estado: la sociedad soviética es una prueba evidente de ello. Por eso en la sociedad libertaria, debería ser fundamental la propiedad social autogestionaria.

El socialismo autogestionario tiene que superar el fetichismo de la mercancía y la economía caótica de las grandes urbes que contienen —en germen— la sociedad burguesa, dando un desarrollo armónico a las ramas de producción y de las ciudades y el campo.

Hay, además, que superar la contradicción entre la ciudad y el campo por medio de federaciones de industrias y servicios, de empresas de autogestión, para hacer posible un desarrollo armónico, que no ha conseguido el modelo soviético, pues, en Moscú como en Nueva York, el único Dios es el dinero. Así, la economía urbana mercantil tiene su círculo vicioso en el dinero, tanto con el dólar como con el rublo.

El dinero (repartido desigualmente) es necesario en una sociedad con privilegios: su misión es ser nexo entre compras y ventas y asignar un consumo desigual a cada clase social. En la economía mercantil (privada o estatal) lo que importa es el valor venal y no el valor de uso de los productos. Gracias al valor venal de las cosas, los comerciantes, los banqueros, los empresarios y toda la población improductiva viven del trabajo ajeno no pagado: fuente única de ganancia o de ingreso para los capitalistas o los burócratas.En la economía autogestionaria todos deben trabajar: ningún hombre podría explotar a otro, porque el capital pertenecerá a la sociedad auto-organizada y por eso la producción aumentará al suprimir los explotadores y los parásitos que existen en el capitalismo.

A la leyes implacables del mercado, en las cuales el dinero hace de Satanás, se someten John Bull, Tio Sam y el Kremlin. Al poder omnímodo y alienante del mercado no puede sustraerse ningún capitalista por más dueño de su destino que pueda creerse. La *alienación económica*, sobre todo cuando llega cíclicamente las crisis de sobreproducción relativa, se traduce como alienación del empresario, que independientemente de su voluntad y su conciencia, ve cerrada su fábrica a ritmo inferior de su capacidad real de producción.

Bajo el régimen de producción mercantil, la fórmula (D-M-D) (dinero-mercancía-dinero), realiza un acto de comprar primero para vender después, obteniendo ganancias. Los empresarios y los comerciantes practican esta fórmula que transforma el dinero en capital para obtener un beneficio. En la industria, el capitalista adquiere con dinero (D) fuerza de trabajo (mano de obra asalariada) y materias primas que, en conjunto, representa (M). Utilizando la fuerza del trabajo, las materias primas y el equipo de capital en el proceso de producción, se genera más valor que (D), es decir (D'), del cual sale la ganancia del capitalista: contenida en el valor de la mercancía como un plus-valor, no pagado por el capitalista al obrero ya que de hacerlo suprimiría la plusvalía y con ella al capitalismo.

Para los capitalistas, el dinero entra dos veces en su fórmula (D-M-D-);

para el obrero sólo una vez: (M-D-M). Aquí el dinero recibido en concepto de salario se convierte en mercancía (medios de subsistencia); no produce ganancia alguna. Ello condena al obrero a ser alienado en la producción capitalista: pues no le pertenece a él su trabajo ni sus productos, sino al empresario. Y como obrero ofrece su fuerza de trabajo (M) a cambio de dinero(D) o salario que se convierte en mercancía (M) o medios de consumo.

El dinero del obrero pasa del comprador (conumidor) a la caja del vendedor (capitalista), precisamente porque la mercancía vendida no es valor de uso para el vendedor, sino simple valor de cambio. El comerciante y el empresario no consumen más que, en pequeñas proporciones, lo que venden, ya que sus productos, dentro de la división del trabajo, son para otros, no para sí. La alienación constituye así un fenómeno de la producción de mercancías, del trabajo parcelario de la *sociedad de dominación*, en que está separado el capital y el trabajo por la propiedad privada o estatal, que circulan en forma dinero o de mercancías transfiguradas.

MERCANCIA, DINERO Y CAPITALISMO

En la economía mercantil, el capital circula como valor de cambio por el mercado, de mercancías en busca del dinero para convertirse luego en capital. El dinero como dinero y la mercancía como mercancía se diferencian únicamente por su forma de enfrentarse el uno contra la otra: cada uno es, dialécticamente, su contrario y, sin embargo, son idénticos como frutos del trabajo humano: oro o trigo, por ejemplo; ambos como productos del trabajo del minero o del agricultor transformado en valores de cambio para el mercado.

El capital-dinero tiene que producir más dinero. Tal es el secreto de la producción para otros: el dinero, que no es por sí, fuerza productiva, produce dinero-ganancia porque somete el trabajo asalariado a la dictadura del capital. Esto constituye una especie de ley de entropía económica, que va degradando progresivamente al capitalismo como modo de producción, debido a que éste desutiliza una enorme cantidad de fuerza productivas (paro obrero, poca capacidad productiva de las empresas en época de crisis, etc.).

Los bancos, la bolsa de comercio, las compañías de seguros, los prestamistas, las casas de cambios y otros templos del dinero donde se adora el fetichismo de la mercancía; comerciantes, banqueros, intermediarios de todas clases; todos están prendidos como zánganos a la circulación de la mercancía, en su forma de valor de cambio. Ese parasitismo se refleja como inflación de los precios de los productos, que circulan como mercancías. Por ejemplo, en la Argentina suelen ser, frecuentemente, más elevados los *costos de distribución* (inflación de precios por los comerciantes) que los *costos de producción* (valor cambio de las mercancías al salir por las puertas de las fábricas). Si una sociedad consiguiera eliminar esta entropía económica, inme-

diatamente aumentaría la renta efectiva por habitante; pero ello sólo puede hacerse mediante una economía autogestionaria que libere a los trabajadores de la explotación de las burguesías monopolistas o de las burocracias totalitarias.

En el capitalismo privado o de Estado, con burguesía o burocracia dominantes, una parte de la plusvalía (excedente económico social) es la parte de consumo improductivo que hacen las clases parasitarias, salvo la parte destinada a inversión, para reproducir o ampliar el capital existente, que será ésta tanto más grande cuanto sea más pequeño el consumo improductivo. En este sentido, las burocracias totalitarias, con capitalismo de Estado, pueden impedir cuando toman una gran parte de la renta social como ingresos burocráticos, el crecimiento económico acelerado de la economía de un país.

Mientras el *fetichismo de la mercancía y del dinero*, el interés del capital, la magia de los tipos de cambio, los impuestos directos e indirectos la plusvalía sustraída al trabajo asalariado, los precios políticos o de monopolio, constituyan, entre otras cosas, el contenido de un régimen económico, ya sea con capitalismo privado o de Estado, la economía política será una ciencia mistificada, cuyas determinaciones escaparán al control de quienes pretendan dirigirlas voluntariamente.

Para *que la ley del valor de cambio fuera superada o muy limitada* en su acción económica tendríamos que estar en un sistema económico completamente diferente del capitalismo privado o del socialismo de Estado; disfrutar de un régimen económico de plena abundancia de bienes y servicios obtenidos trabajo automatizado; estar en una sociedad comunista libertaria en que cada uno aportara según su capacidad y recibiera según sus necesidades; extender, por así decirlo, el actual *comunismo familiar*, donde cada miembro aporta según puede, pero recibe equitativamente con igual derecho que todos los demás, comida, vestido, alojamiento, etc. Si bien un miembro activo, como trabajador dentro de la familia, recibe más que un niño; pero, en realidad, sin más derecho de hogar, comida y vestido que los adultos que aportan ingresos a la economía comunitaria familiar. Otras formas de comunismo, aunque no en una economía de abundancia, están constituídas por las *comunidades monásticas* donde las monjas y frailes tienen iguales derechos económicos, aunque no sean iguales en poder de decisión dentro del convento; pues una simple monja o fraile no es igual jerarquía que la madre abadesa o el abad-rector.

Quiere decir, pues, que es falsa la tesis soviética de *que el paso del socialismo al comunismo* se realizaría, cuando el primero haya preparado las bases tecnológicas y económicas para el segundo. No. El hombre, por más idealista que parezca, es la medida de todas las cosas: puede incluso, si tiene moral suficiente y espíritu de sacrificio, practicar la igualdad en la miseria lo que tiene mucha grandeza moral y abnegación. Pero el socialismo subdesarrollado, con poca industrialización, quizá creara menos fuerzas productivas que el capitalismo; lo cual no lo justificaría, histórica, política y socialmente,

como un régimen económico superior a éste, como sucede en los países del COMECON.

VALOR, PRODUCTIVIDAD Y COMPETENCIA

El valor de cambio de las mercancías tienen un denominador común: el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas. Si cambiaron, en 1970, una tonelada de trigo por 60,0 dólares o un equivalente en oro de 54 gramos, significaba que para producir esos mismos gramos de oro hacía falta, más o menos, el mismo tiempo de trabajo o costo de producción que para el trigo, siempre que el precio oficial del oro esté congelado en dólares por disposición del Fondo Monetario Internacional (FMI), donde el dólar hace la ley del embudo, según los acuerdos de Bretton-Woods (1944). Tanto que en 1974, el presidente Nixon pudo abolir, unilateralmente, la convertibilidad del dólar en oro y, a pesar de ello, seguir manipulando el FMI.

Si el dólar, entre 1934 y 1984, perdió un poder adquisitivo de 90 centavos en su mercado interno, no es posible, en buena lógica económica, que siguiera valiendo en el FMI —en oro— casi la misma cantidad de milígramos. Ello significa que los precios de exportación norteamericanos son altos en Estados Unidos para los países del "Tercer Mundo". No se cumplia así, con el precio del oro congelado, la ley general del valor de las mercancías, mientras existan monopolios internacionales y siga imperando el dólar, en el Fondo Monetario Internacional, un dólar inconvertible en oro que sube o baja su tipo de cambio respecto de otras monedas o eleva la tasa de interés por encima del 10%, para atraer así capital extranjero a USA.

El factor cumún del valor en las mercancías es el trabajo: sin ésta sustancia humana productiva sería imposible cuantificar el intercambio. Pues el oro, la plata o cualquier moneda-mercancía, son productos del trabajo como el trigo, el hierro, el acero y aún el papel-moneda que es exponente de valor de una economía nacional, mejor o peor éste según que la situación de ella sea buena o mala.

El valor de cambio comenzó a manifestarse en la forma siguiente: a) como *trueque o valor relativo de dos cosas*, es decir, 1 hacha de "silex" por = cantidad determinada de pescado o de carne; b) como *valor general*, esto es, 1 carnero = varias cosas diferentes; c) como *valor equivalencial general* (forma de dinero), o sea, 1 onza de oro = 5 quintales de trigo, 20 metros de tela, 1 oveja, un arado, etcétera.

En el primer caso, el valor relativo o trueque es propio de las sociedades primitivas o paleoliticas; el segundo corresponde a las culturas neo-líticas o la primitiva edad de hierro; en el tercero aparece la producción para el mercado, como formas precapitalistas, cuando la producción no pasa, en gran parte, a la forma dinero, propia de la economía mercantil desarrollada.

La moneda-mercancía juega el papel equivalente general de valor-trabajo

social general condensado, homogéneo, uniforme, idéntico en la moneda cuya finalidad es cambiar trabajos heterogéneos, concretados entre distintas mercancías. La diferencia entre las mercancías y la moneda estriba en que éstas son trabajos concretos y fungibles, mientras que *la moneda es una mercancía abstracta o equivalente general del valor económico*, si bien la moneda debe ser producida también por el trabajo humano (oro o metales preciosos), es decir, si no es moneda insolvente o inflacionaria (papel-moneda). Pero aún el papel-moneda más despreciado responde a un crédito sobre una economía nacional, siendo así portador del valor de cambio, mayor o menor según que el dinero-papel sea peor o mejor en su poder adquisitivo.

Para el minero, el oro extraído no es valor de uso, sino valor de cambio, mientras que para quienes operan en el mercado, el oro o el dinero son módulos universales de valor que cambian producciones especializadas. Sudáfrica, por ejemplo, gran productor mundial de oro, no lo conserva, ya que lo tiene que cambiar por trigo, maquinarias, servicios y bienes, procedentes del comercio internacional. El oro fluye hacia los países no productores del mismo, pero cuya relación de intercambio les es favorable, por mayor desarrollo económico y tecnológico. En este sentido, las monedas-divisas convertibles van hacia los países ricos desde los países pobres endeudados.

El oro sudafricano afluye a Estados Unidos y a Europa occidental, donde el comercio atrae al metal amarillo, en virtud de la descapitalización de los países subdesarrollados, en razón de que los países industrializados compran barato y venden caro en el Tercer Mundo que sufre una colonización financiera del mismo estilo que las experimentadas bajo banderas extranjeras, en tiempos de los imperios coloniales, que han cambiado su vieja colonización por la neo-colonización del Tercer Mundo.

Como el trabajo humano tiene diferentes grados de productividad de un país a otro, en virtud de la *ley de desarrollo económico y tecnológico desigual*, resulta que una hora de trabajo de un latinoamericano, debido a sus equipos de capital anticuados, rinde 3 a 7 veces menos (según sector económico) que en Estados Unidos, Japón o en Europa occidental. En tales condiciones, la ley de la competencia mercantil se traduce en la política del tiburón con las sardinas: el país más industrializado se traga al país menos desarrollado, si una protección aduanera no defiende comercialmente los mercados interiores de los países subdesarrollados. Pero las empresas multinacionales soslayan el proteccionismo de los países del Tercer Mundo, vistiéndose de capital nacional en virtud de las inversiones directas de capital en los países subdesarrollados, donde se afincan en forma de monopolios exclusivos: industrias químicas, explotación de materias primas, industrias manufactureras, servicios, comercio, bancos y otros sectores económicos.

En los países industrializados bajaría el valor de cambio de las mercancías si aumentara la productividad del trabajo y con ello abundan los valores de uso. La abundancia de bienes, que no absorbe el mercado interno, debe transformarse en capital de exportación a la regiones del Tercer Mundo, pa-

ra obtener allí la máxima tasa de ganancia, ya que hay escasez de capitales y la hora de trabajo es más barata que en Europa Occidental, Japón y Estados Unidos. *Así, pues, el capital extranjero busca la mayor tasa de plusvalía, en el exterior, para aumentar sus ganancias obtenidas en países del Tercer Mundo, pero con el tiempo los saquea de oro y divisas convertibles y, además, les endosa una gran deuda externa.*

Las diferencias de productividad del trabajo de país a país actúan sobre la ley del valor de cambio (ya que el trabajo es su sustancia) y sobre la ley de la competencia mercantil internacional, que coloca desfavorablemente en el mercado mundial a los países económica y tecnológicamente atrasados. En este sentido, las monedas de los países tecnificados son sólidas y las de los países neo-coloniales, débiles. Una moneda es, por consiguiente, el exponente de las técnicas y la economía de un país; es expresión de la competividad mundial de una economía nacional, ya sea capitalista, estatista o, autogenaria. Yugoslavia, por ejemplo, país autogestionario, por falta de competitividad internacional de su economía, se había endeudado, hasta 1987, en 21.400 millones de dólares con bancos y gobiernos extranjeros. Ello prueba que con socialismo o no una economía nacional, si no quiere endeudarse tiene que ser competitiva en el mercado mundial.

Todos los países viven o están en el mundo en un tiempo histórico dado, pero no todos ellos cuentan con igual grado de progreso económico y tecnológico. La diferencia de adelanto entre Latinoamérica y Norteamérica sería, a la escala económica de desarrollo desigual, la misma que entre un vertebrado y un invertebrado, en la escala zoológica. Mientras que esa difencia de técnica, ciencia y productividad del trabajo no sea corregida, por un cambio de sistema en Latinoamérica, es inútil que las burguesías latinoamericanas pidan mejor relación de intercambio con Norteamérica: el pez gordo se comerá al flaco. Sólo un cambio de sistema en América Latina puede permitir un tiempo de más acumulación de capital social, para alcanzar, en pocos años, el desarrollo norteamericano; pero no empleando su mismo sistema económico y estrategia industrial, sino un régimen de federalismo continental económico, basado en la autogestión, por abajo, y en la cooperación por arriba. El "salto hacia adelante" no pasa por el capitalismo, sino por el socialismo, en países del Tercer Mundo, pero no el socialismo de modelo soviético, sino el socialismo libertario.

La *desigualdad económica de país a país* constituye el drama del capitalismo: (crisis, guerras, revoluciones, conflictos, cesación de pagos, endeudamientos condicionantes de la independencia económica; desocupación en masa. Sólo el socialismo federativo universal puede superar esas contradicciones y antagonismos, que conducen a la violencia entre las clases sociales y entre las naciones rivales, provocando guerras y revoluciones, mientras no impere la unidad en el mundo sobre la base del socialismo federativo y de la autogestión en los lugares de producción.

La lucha entre las naciones explotadoras y explotadas, ricas y pobres, re-

side en sus diferentes grados de técnicas, de progreso económico, de productividad del trabajo, que se traduce por costos diferenciales de producción para el mismo producto fabricado con desigual valor de cambio, respecto de mercancías de la misma especie.

El capitalismo privado o de Estado, ambos a la escala nacional, no pueden absorber su propio progreso económico y tecnológico, sin crisis económicas, sin guerras por el reparto del mundo, sin revoluciones sociales. La relación de intercambio mundial desfavorable para el Tercer Mundo es el resultado del *desigual costo de producción de país a país para un mismo producto*, y por ello con grados distintos de competencia mundial entre países dominantes y países dependientes. Esta contradicción universal, en la dialéctica de la historia contemporánea, tiende a convertirse en el principal antagonismo entre países ricos y pobres. Constituirá un drama del mundo en los finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI.

Sin embargo, los países subdesarrollados, que, tengan riquezas básicas mundiales, podrán atenuar a su favor, la relación de intercambio desfavorable para los países menos ricos. Por ejemplo, los países árabes, Venezuela y otros, que controlaban el mercado mundial del petróleo, entre febrero de 1972 y 1973 aumentaron los precios de éste un 359%, habiendo alcanzado, en Libia, niveles astronómicos: 18 dólares por barril, contra menos de u$s 3 en 1970. Así las cosas, los importadores de petróleo, Europa occidental y Japón principalmente, que tenían balanzas mercantiles en superávit hasta 1972, tuvieron déficit en su balanza de comercio exterior. Japón, que reveló un superávit de balanza de comercio exterior con unos u$s 7.000 millones en 1972, tuvo un déficit de u$s 11.000 en 1973. Pues no es posible que, a causa del *cartel del petróleo*, lo que cuesta en Arabia Saudita 0,24 por un barril de petróleo FOB hubiera llegado a venderse a más de 40 dólares por barril en el mercado libre de Rotterdam. No se cumple así la ley del valor de cambio a escala universal, conduciendo esta contradicción económica, a corto plazo, a una gran depresión como la de 1929-33, que todo el mundo espera y no hace nada serio o eficaz para evitarla; así las cosas, en cuanto al petróleo, en 1987 el cartel de la OPEP veía bajar los precios de los crudos sin poder evitarlo, reduciendo la producción de barriles para aumentarlos.

La Unión Soviética, por su parte, que es productora y exportadora de petróleo, no paga "royalities" como los "trusts" petroleros internacionales, hace pagar a los países socialistas hermanos el petróleo soviético a varias veces su precio de costo. Con ello, se produce en la zona de influencia soviética un neo-colonialismo del rublo, muy parecido al que rigió con el dólar en su zona de influencia de los países latinoamericanos: protectorado de USA.

En una palabra, que las contradicciones entre los USA y la URSS serían menos agudas que las contradicciones entre países neo-coloniales e imperialistas. Ello no exluye de los conflictos neo-coloniales a la URSS, la cual se ha visto envuelta en intervenciones militares: Hungría (1956); Checoslovaquia (1968); China (varios choques militares de fronteras). Así, pues, la lucha in-

ternacional, entre el imperialismo y el Tercer Mundo, es consecuencia del intercambio desigual, de cambiar lo que cuesta un esfuerzo de 1 hora de trabajo de USA por muchas de trabajo contenidas en otros productos tercermundistas *subvaluados* respecto de los artículos manufacturados y capitales exportados por los países industrializados, creando así una relación de intercambio desigual inspirada en la ley del embudo.

Al *no cumplirse la ley del valor de cambio*, subiendo un producto como el petróleo varias veces más que su costo de producción, su precio está inflado como precio de monopolio de los países del cartel de la OPEP , mientras, al contrario, otros productos del intercambio mundial, por no ser manipulados tanto como los del petróleo, se quedan congelados; descienden en sus precios, produciendo así un déficit de balanza comercial en los países exportadores de productos primarios no petrolíferos.

Todo esto sucede en el comercio mundial porque el dólar es la divisa-reserva, el patrón de valor universal, que ha sustituido al patrón-oro, pero sin ajustar automáticamente la paridad de valor de las monedas en virtud de los "puntos de entrada y de salida del oro". Ello corregía, mejor que el dólar, las cotizaciones de las monedas como divisas y los déficit de balanza de comercio exterior entre los países concurrentes al comercio mundial.

El dólar, unilateral y arbitrariamente, tiene la posibilidad de deber a los no residentes en Estados Unidos billones de dólares por venta de títulos del Tesoro norteamericano, por "swaps", petro-dólares, nipo-dólares y otros dólares —en el exterior— no convertibles en oro, no recuperables, por los cuales sólo se pagan intereses, pero nunca el capital principal. Así las cosas, por no cumplir la ley del valor de cambio, en el sentido que lo hacia el sistema de patrón-oro, el *Tio Sam es el mayor deudor del mundo*; pero, sin embargo, el más próspero de todos los países. ¡Qué paradoja!

Pagando altos tipos de interés, porque nunca amortiza anualidades, Estados Unidos es el mayor importador de capitales en el mundo y, por otro lado, el mayor exportador de los mismos, con sus préstamos a países subdesarrollados y sus inversiones directas de capital en el extranjero. Durante los dos "shocks" petroleros internacionales, en 1973-74 y 1979-81 los Estados Unidos llegaron a importar, algunos años, petróleo equivalente al 50% de su consumo nacional; pero los dólares pagados por ese petróleo importado quedaban (como petro-dólares, dólares reserva de divisas) en los países productores y exportadores de crudos; petro-dólares que, en buena parte, volvían a Estados Unidos, para obtener altos tipos de interés, adquiriendo títulos del Tesoro norteamericano.

Estados Unidos, después de la segunda guerra mundial de 1939-45, está ejerciendo un imperialismo monetario, por medio del FMI, que le permite saquear financieramente a otros países, gracias a que el dólar incumple la ley del valor equitativo en los intercambios internacionales, luego de haber sustituido el dólar-divisa-mundial al patrón-oro, abolido por la libra esterlina y el dólar durante la gran depresión mundial de 1929-33 que se prolongó hasta

1939; pues las grandes depresiones económicas suelen terminar con el comienzo de las guerras mundiales. Y de ahí que el capitalismo, para *durar* como modo de producción anacrónico, reproduzca el mito de Saturno que duraba comiéndose a sus propios hijos.

El desperdicio de riquezas en dos grandes guerras mundiales, sumado al de dos depresiones y varias recesiones económicas, más la desutilización de muchos millones de trabajadores en paro, sin contar otras cosas negativas en el capitalismo, lo cuestionan política, económica, social y moralmente, como régimen económico anacrónico e inmoral que para durar históricamente, produce, una economía de escasez, con destrucción de riquezas, evitando así que éstas se produzcan en exceso, pera que la burguesía y la pequeña burguesía —dos clases improductivas— sigan usufractuado el poder político y económico en Occidente. A ello habría que añadir que, por causa de las elevadas rentas parasitarias de las burocracias seudo-comunistas, restadas a la inversión de capital social, el "comunismo" de tipo soviético ha caído en una crisis de desabastecimiento de sus poblaciones a nivel de subsistencia mínima, de subconsumo.

La humanidad, en los finales del siglo XX, gracias a la gran productividad del trabajo, a la mecanización de la agricultura y a la progresiva automatización de la industria, sin crisis económicas, sin guerras, sin millones de desocupados, trabajando todo el mundo útilmente, sin hacer consumo improductivo como las burguesías, las burocracias y la tecnocracias, estaría ya en condiciones económicas, sociales y tecnológicas, de instaurar un socialismo libertario, capaz de crear más fuerzas productivas, más riquezas, más abundancia de todo, que el capitalismo de monopolio occidental y el capitalismo de Estado oriental.

Estados Unidos, ignorando la ley del valor del justo intercambio entre los hombres y entre las naciones, colocando el dólar como monarca absoluto en el FMI y en el BIRF, ha establecido un imperialismo monetario oneroso y ominoso, que le facilita la explotación de otros países, particularmente los países afro-asiáticos y latinoamericanos.

Así, por ejemplo, la degradación de los términos de intercambio en Africa, sobre 1980 = 100, había hecho perder a este continente, en 1988, más de la mitad de sus entradas de divisas por exportaciones, en función de que los países industrializados exportan caro e importan barato hacia y desde él. En este sentido, la situación del Tercer Mundo ha ido empeorando, económica y financieramente, con el crecimiento de su pesada deuda externa que ascendía, en 1989, a unos 1,3 billones de dólares.

En igual sentido, la deuda externa de América Latina, que era de 352.183 millones de dólares en 1983, ascendió, en 1988 a unos 440.000 millones de dólares a pesar de haber transferido, hacia los países ricos acreedores unos 200.000 millones de dólares, en concepto de usurarios intereses, entre 1980 y 1989. Esta brutal descapitalización de América Latina la ha colapsado económicamente: sus bancos centrales se han quedado sin reservas de oro y di-

visas que han sido succionadas por el capital extranjero; su crecimiento económico a descendido a cero habida cuenta de que su crecimiento anual de población es del 2,6%; y la desocupación en las grandes ciudades latinoamericanas deja a millones de trabajadores en paro. Ello explicaría que en Venezuela y Argentina, durante 1988, masas urbanas hambreadas se tiraron a las calles asaltando los mercados, ya que la inflación de los precios dejaba muy mermados a los salarios. En estas condiciones va aumentando, con una crisis en forma de bola de nieve, el partido del descontento popular.

América Latina, endeudada hasta más no poder por el capital financiero internacional, cada vez más pobre por causa de las inversiones extranjeras, de los préstamos a altos tipos de interés exigidos para cancelar sus deudas, tiene una perspectiva pesimista en el sentido de que todo tiempos futuro puede ser peor que el pasado y el presente, si sus masas populares no se liberan revolucionariamente, a corto o mediano plazo, del imperialismo económico y de su sostén interior: los gobiernos indígenas administradores del pago de la deuda externa que deben ser derrocados violentamente, mediante la estrategia y la táctica de la guerra revolucionaria, según hemos expresado en nuestros libros: *Estrategia de la guerrilla urbana, Teoría de la violencia, Desafío al Pentágono, Guerrilla 1 y Estrategia de la acción directa* o la guerra sin barricadas, frentes fijos, ni batallas prolongadas.

TRANSFIGURACIONES DEL VALOR

La ley del valor de cambio era más transparente en la época de los grandes economistas clásicos, cuando la economía mercantil estaba regida por la moneda metálica, oro y plata principalmente, como moneda-mercancía y hasta el régimen del patrón-oro, cuando todas las monedas nacionales tenían un común denominador en el metal amarillo, con más o menos gramos de contenido, pero integradas en este sistema homogeneo.

Durante la gran depresión de 1929-33, que se prolongó con menor intensidad hasta el estallido de la segunda guerra mundial, se abandonó el patrón-oro, colocando a la libra esterlina y al dólar como monedas-reserva universales, falsamente convertibles en oro, hasta que ello quedó evidente para el dólar, en 1974, cuando el presidente Nixon decretó la inconvertibilidad del dólar en oro, debido a que los déficit del balance comercial o de pagos exteriores hacían imposible para Estados Unidos estar dentro de las ataduras de este metal precioso. Así, por ejemplo, en 1988, el déficit de la balanza de comercio exterior norteamericana se cerró con más de 132.000 millones de dólares, valor equivalente a varias veces de la producción mundial de oro, lo cual haría imposible el funcionamiento del sistema del patrón-oro, a menos que Estados Unidos no devaluara el dólar en varias veces más que su valor actual con relación al oro.

Pero la república del dólar mantiene incambiado el valor de su divisa a causa de que nunca recupera con oro los déficit de su balanza de comercio exterior, ni tampoco los cientos de miles de millones de dólares debidos a otros países en concepto de *euro-dólares, petro-dólares, "swaps"* que permiten a Estados Unidos ser, al mismo tiempo, el país más rico y el más endeudado de todos; pero con la diferencia de que otros países que Estados Unidos cuando deben a éste país, tienen que pagarle, pero éste no les paga cuando les debe miles de millones de dólares, en virtud de que el dólar es la moneda-reserva universal en el Fondo Monetario Internacional (FMI), privilegio que no tienen, en el mundo, ninguna de las monedas.

Gracias a esos mecanismos trucados, *el dólar elude la ley del valor de cambio* en sus relaciones económicas con el resto del mundo, en sus intercambios internacionales; no paga lo que debe con igual valor, sino con una moneda de cuenta que, para el acreedor, constituye reservas en dólares no recuperados por Estados Unidos. De esta manera, una buena parte de la prosperidad norteamericana provienen de sus deudas exteriores impagadas y, en gran parte, prestadas al deudor pagando un interés por el uso de ese capital, aunque sin pagar nada por sus amortizaciones, cosa que no pueden hacer los endeudados países del Tercer Mundo.

Al no regir una ley del valor de cambio a nivel internacional, las monedas imperiales, el *dólar*, en el FMI, y el *rublo*, en el COMECON, tienen una ruleta trucada para ganar siempre en sus intercambios internacionales con los países sometidos al dólar o al rublo.

La ley del valor de cambio, muy mistificada en nuestra época, donde es eludida o no cumplida, permite que el dólar, elevando la tasa de interés del 9 al 10%, reciba la mayor parte de los petro-dólares o los euro-dólares o los nipo-dólares, con los cuales Estados Unidos neutraliza su déficit de muchos miles de millones de dólares en su balanza de comercio exterior, sin necesidad de devaluar el dólar, sin apretar el cinturón a los consumidores norteamericanos. Esto sería imposible hacerlo en tiempos de Adam Smith, de Ricardo y de Marx y dentro del sistema del patrón-oro, donde las monedas cotizadas como mercancías en el exterior, cuando bajaban, tenían que ser devaluadas automáticamente, cosa que no tiene necesidad de hacer el dólar en nuestro tiempo, ya que él hace la ley monetaria y su trampa en el FMI.

En el régimen de truque primitivo, y aún ahora entre países con carencias de divisas convertibles, se cumple la ley del valor de cambio igualando los valores de unas mercancías contra otras, cuando ninguna de ellas tenga precios de monopolio como el petróleo; pero en los intercambios en que interviene el dólar los valores económicos exportados por los países neo-coloniales experimentan una relación crónica de intercambio desfavorable.

Si no se cumple la *ley del valor en los justos intercambios* entre países, debido al imperialismo monetario del dólar en el FMI y del rublo en el COMECON, a la cartelización de los principales productos o artículos del comercio nacional e internacional, al control monopólico de las materias pri-

mas básicas y de los productos y artículos principales, al proteccionismo arancelario, a los subsidios o subvenciones otorgados a las exportaciones o a empresas fallidas, a la manipulación de los tipos de interés, a la explotación monopólica de las patentes y tecnologías de punta, al uso y abuso de la inflación y la devaluación de las monedas y o de sus cambios flotantes (sin tener en cuenta otras cosas o políticas para eludir la ley del valor de cambio), se explicaría así que las potencias (hegemónicas o imperialistas, en el terreno económico), ganen gratuitamente lo que pierden los países dependientes o subdesarrollados, integrados en el FMI o en el COMECON, para sufrir el imperialismo monetario del dólar o del rublo.

La economía mundial, sin la existencia de un sistema monetario universal respetuoso de la ley del valor de cambio, crea una economía antagónica entre las naciones imperiales y neo-coloniales, entre los monopolios y los consumidores, entre los dueños del capital y los trabajadores asalariados, entre los que ganan lo que otros pierden por causa de un régimen económico inspirado en la *ley del embudo* con lo ancho siempre del lado de los países imperiales, de las burguesías monopolistas o de las burocracias totalitarias.

El dólar es una moneda nacional, por más fuerte que se crea, y sufre todas las vicisitudes de la economía estadounidense: déficit astronómico del presupuesto gubernamental, de la balanza de comercio y de pagos; gastos masivos en la defensa nacional; importaciones excesivas no compensadas por iguales o superiores exportaciones; difícil competitividad de sus mercancías, en el mercado mundial, ante las de igual especie procedentes de Europa occidental y Japón; en suma: el dólar es una moneda nacional y no universal y, por tanto, interfiere y no cumple económicamente la ley del valor de cambio en las transacciones mercantiles entre las naciones.

Como no rige la *ley del valor en función de la moneda-mercancía universal,* como sucedía hasta que la libra y el dólar abandonaron el régimen del patrón-oro durante la depresión de la década 1930-40, se han producido intercambios leoninos posteriormente. Así, por ejemplo, por igual o menor cantidad de petróleo importado, Europa-CEE, en 1973, pagó 16.284 millones de dólares, lo cual endosó un déficit arbitrario a la balanza de comercio exterior de los países integrados en la CEE. Estados Unidos, a su vez, entre 1973 y 1980, elevó sus gastos por importación de igual o menor cantidad de petróleo, desde 7.031 millones a 74.112 millones de dólares, pero sorteando mejor su déficit de balanza energética que la CEE, ya que el petróleo se vende en dólares y los países exportadores del mismo acumulan sus dólares, no en sus propios bancos, sino devolviéndolos a Estados Unidos, en gran parte, como inversiones o adquisiciones de títulos del Tesoro norteamericano, a fin de obtener pingües intereses, cosa que no sucede con los países de la CEE. Pues aunque éstos paguen iguales intereses o más que Estados Unidos los petro-dólares giran en torno del dólar y no de las euro-divisas o del yen.

Si el *sistema monetario internacional* estuviera dentro de algo parecido al patrón-oro, sería imposible que, en un solo año, un solo producto del comer-

cio mundial como el petróleo, con sus subidas de precios monopólicos, equivaliera a varias veces el valor de la extracción de oro en el Oeste y en el Este. Concretamente, sin el mecanismo del dólar en concomitancia con el cartel internacional del petróleo, con régimen de patrón-oro el petróleo nunca hubiera tomado el ascensor a voluntad de los países de la OPEP y del "International petroleum cartel".

Los *gobiernos del Este*, para que la burocracia del sistema de planificación centralizada manipule la economía en razón de sus intereses de nueva clase, ignoran la ley del valor de cambio de los bienes y servicios, otorgando *subvenciones* a la incompetencia en la gestión de las empresas, subsidiando los precios políticos de gran consumo, ejerciendo el monopolio del comercio interior y exterior, pero la experiencia histórica demuestra que el régimen económico de Polonia se viene abajo y que en la Unión Soviética un precio político no puede estar congelado mucho tiempo, ya que el déficit del presupuesto del gobierno soviético ascendió, en 1988, a más de 100.000 millones de rublos a causa de las *subvenciones* de todo tipo.

Los gobiernos de países del Tercer Mundo, seducidos por el poder político incondicionado que representa el Estado-providencia, han hecho las mayores aberraciones económicas, financieras, impositivas, cambiarias y crediticias, usando y abusando de la inflacción monetaria, de la emisión de moneda insolvente para cubrir los déficit del presupuesto del gobierno, haciendo devaluaciones monetarias homeopáticas diarias, semanales o mensuales, hasta que sus monedas no valen nada, no cumpliendo ni poco ni mucho la ley del valor de cambio en las transacciones económicas cotidianas. Así, por ejemplo, en la mayor parte de los países latinoamericanos ya la única moneda de referencia es el dólar y, en su defecto, se "indexan" todos los valores económicos mensuales, no sabiendo nadie ni lo que cambia, ni lo que paga, ni lo que gana. Esta política caótica, en el terreno económico, experimenta un doble engaño: el dólar, por más estable que se crea, se devalúa o deprecia, según las situaciones, o se devalúa o aprecia en función de mecanismos financieros como el alza del más del 10% en los tipos de interés para los extranjeros que invierten sus dólares en Estados Unidos. Por otra parte, el enorme endeudamiento interno y externo de Estados Unidos, sus enormes gastos de la defensa nacional y otros problemas, tarde o temprano, irán depreciando al dólar que, por más que quiera, no es un valor más firme que el oro, ya que el dólar se imprime a voluntad mientras que el oro hay que extraerlo de la tierra y no se multiplica milagrosamente.

Si los *precios* fueran estimados en razón de la ley del valor-trabajo todos los países, todos los productores y consumidores, estarían en igualdad de condiciones económicas sin *que nadie por el cambio recibiera más de lo que diera o cambiara*, a condición de que la economía no fuera controlada por monopolios, carteles, "trusts", "pools", empresas multinacionales o potencias imperiales. Una economía diáfana, inspirada en el interés social, tendría que ser integrada internacionalmente por federaciones autogestionarias de pro-

ducción y de servicios, realizando intercambios equivalentes determinados por la ley del valor-trabajo, pero su basamento tendría que ser la *autogestión*, y la *cooperación*, de tal suerte que el capital esté al servicio del trabajo y no como ahora que sucede a la inversa. Todo indicaría, pues, que para volver a una economía inspirada en el respeto a la ley del valor-trabajo, no es operativo el keynesianismo, ni el sistema soviético, ni el neo-liberalismo friedmaniano, sino la instauración de una economía libertaria universal o que, al menos, comience a ser practicada, inicialmente, en la esfera nacional en países con democracia directa respetuosos de la ley del valor-trabajo.

Pero quien más debiera respetar la ley del valor-trabajo, no es la economía capitalista, sino la (dicha) socialista o de modelo soviético; pero paradójicamente, sucede todo lo contrario; pues en la URSS la tecno-burocracia se opone, mediante el sistema de plapificación económica centralizada, al funcionamiento de una *economía socialista de mercado*. Por consiguiente, a que la ley del valor de cambio, objetivamente, autorregule la oferta y la demanda, los precios reales, una sana competencia entre grupos colectivos de productores y consumidores y, en definitiva, a que rija el cálculo real contable en los bienes y servicios, teniendo las empresas que ajustarse, necesariamente, a producir competitivamente y a generar un excedente económico.

China y Yugoslavia, en parte, han superado el sistema soviético, dejando que el mercado socialista no sea interferido totalmente por los escalones burocráticos de planificación centralizada; no fijan en totalidad a los campesinos un sistema de entrega obligatoria de "cuotas" de productos agro-pecuarios, sino que esa producción en buena parte entra en el mercado; así el sistema de precios revela más realmente que en la URSS los verdaderos costos de producción de los bienes y servicios; el valor-trabajo constituye, en parte, la determinante de los precios, lo cual evita la formación de largas colas en los almacenes; las amas de casa, así, no pierden su tiempo en las "colas" esperando conseguir un producto escaso. Las cartillas de racionamiento, para ciertos artículos de consumo, no tendrían sentido, en el mercado socialista libre, ya que la ley del valor ajusta la oferta y la demanda bastante mejor, sin costos burocráticos, que el GOSPLAN y los ministerios soviéticos.

En la URSS, por rechazar dogmáticamente el libre juego de la ley del valor-trabajo, funcionan tres mercados encorsetados: 1) el mercado oficial, aparentemente libre, pero con racionamiento y "colas" interminables para conseguir pocos productos; 2) el mercado de la Beriozka o de transacciones en divisas-capitalistas donde los precios son más bajos y los artículos mejores que los del mercado oficial; 3) el mercado koljosiano o de productos agropecuarios obtenidos por los campesinos en sus lotes privados; pero con todos esos mercados la URSS, luego de más de 70 años de "socialismo", tiene colas de consumidores insatisfechos, peor abastecidos que en Occidente.

El GOSPLAN puede vanagloriarse de que sus precios están controlados, dando la sensación, no de objetivismo económico, sino de un *voluntarismo ideológico* que, en economía, toma los deseos por realidades. Y los resulta-

dos históricos desmienten que los tecno-burócratas sean más objetivos que el libre juego de las leyes de un mercado autogestionario socialista, liberado de especuladores, de intermediarios y de mercaderes.

En este orden de ideas, *China*, liberando, en gran medida, a sus agricultores de las entregas obligatorias al Estado de productos agro-pecuarios, dejando a las cooperativas y comunidades campesinas producir más en libertad, consiguió en 1988 una cosecha de cereales de 351 millones de toneladas, contra 192 millones la *URSS* que, dicho sea de paso, cultivó unos 108 millones de hectáreas, contra unos 87 millones China. Así las cosas, los chinos han pasado a ser exportadores de maíz y de arroz, mientras que los soviéticos y los países del COMECON importaban más de 50 millones de toneladas de cereales, algunos años, en la década 1980-90. Y es que los rendimientos de productos agrícolas por hectárea son más elevados en China que en la URSS, quizá porque los agricultores chinos producen interesados en los resultados de su más libre trabajo que en la URSS, los koljosianos.

Así, paradójicamente, China alimenta a 1.100 millones de habitantes, y exporta todavía una parte de su arroz y maíz, mientras que la URSS, con más extensión de superficies cultivadas, tuvo que importar en 1988 más de 40 millones de toneladas de granos panificables y alimenticios para el ganado. Quiere decir que la *escasez,* en Rusia, no es inherente a la mala calidad de las tierras o el excesivo frío, sino a que sus agricultores no producen tan eficientemente como los de China y Yugoslavia: dos países socialistas menos burocráticos —más objetivos—, más autogestionarios que la URSS donde no se respeta la ley del valor-trabajo, donde la moneda y los productos que se intercambian no cumplen la ley de la cooperación ni la ley de la equivalencia de intercambio, sin que en las transacciones unos ganen lo que otros pierden; en este caso a favor del Estado y en contra de la Sociedad.

Por rechazar, dogmática y sistemáticamente el papel objetivo y autorregulador de la ley del valor-trabajo, la burocracia soviética ha inerciado su desarrollo económico y tecnológico: la industria pesada resta crecimiento económico y detiene la reconversión industrial de la industria ligera; la economía urbana, por querer precios agropecuarios políticos o congelados, ha subdesarrollado la economía rural, con una agricultura incapaz de autoabastecer a los consumidores soviéticos; y como en el mercado faltan bienes y sobra dinero insolvente se produce una *crisis de subconsumo*, como sucedía en la Edad Media, mientras que las crisis en el capitalismo han sido más bien de sobreproducción relativa.

Para que la inflacción se acelere en la URSS, cuando sobra dinero a los consumidores, se paga un producto más y más caro en los mercados libres koljosianos o se trata de comprar divisas extranjeras, cotizando el rublo a un tercio de su valor, para proporcionarse dólares, a fin de comprar productos o artículos occidentales en los almacenes *Beriozka* y otros.

Stalin, para corregir las tendencias inflaccionistas en la URSS, usando y abusando de su poder omnímodo, el 14 de diciembre de 1947 decretó que se

cambiara 1 rublo nuevo por 10 rublos viejos: descapitalizó así a los ahorristas, quitándoles el 90% de su acumulación en dinero; pues el nuevo rublo seguía valiendo (adquiriendo) como un rublo viejo. Ni los emperadores romanos, ni los príncipes más déspotas pudieron hacer esta operación monetaria de Stalin, en virtud de la cual el Estado les quitaba a sus súbditos 9 rublos de cada 10, a fin de que hubiera menos oferta monetaria de dinero en el mercado, produciendo una deflación monetaria a costa de todos los ahorristas soviéticos.

Lo real es que la economía soviética —por no funcionar en el sentido objetivo de las *leyes económicas*, o por virtud de los deseos de la burocracia totalitaria—, se ha desarrollado más lentamente que la de países como Japón, sin poder alcanzar económicamente, en setenta años de revolución socialista, a los Estados Unidos, en vanguardia del progreso tecnológico. Ello les ha permitido a los norteamericanos colocar sus tecnologías avanzadas en otros países mediante su tupida red de empresas multinacionales. Pues, en definitiva, sólo se exportan los capitales de tecnologías avanzadas y, en ese sentido, Rusia se ha quedado atrás debido a que su dogmatismo ideológico se ha cristalizado como dogmatismo económico, perdiendo así la batalla del progreso económico y tecnológico ante USA, Japón y Alemania occidental.

BIBLIOGRAFIA

ARISTOTELES.

Etica nicomaquea. En esta obra y en Política el filósofo griego plantea, en cierto modo, la ley del valor de cambio y el valor de uso, con estas palabras:

". . . el arquitecto tiene que obtener del zapatero el producto del trabajo de éste y darle a cambio el suyo propio. Si entonces existiendo la igualdad proporcional de bienes, se realiza la acción recíproca, se logra el resultado mencionado. Si no el trabajo es desigual y no es válido; porque no hay nada que impida que el trabajo del uno sea mejor que el del otro; tiene por tanto que igualarse.

". . . dos médicos no se asocian para el cambio, sino un médico y un agricultor y, en general, personas que son diferentes y desiguales; pero éstas deben igualarse. . . Así habrá reciprocidad cuando los términos hayan sido igualados de tal modo que la proporción entre el agricultor y el zapatero sea igual a la proporción entre la cantidad del producto del trabajo de este último y la del agricultor por lo cual se hace el cambio". (Obr. cit. p. 113).

Pero en nuestra época el cambio está más mistificado que en la Grecia de Aristóteles, debido a los monopolios y a sofisticados mecanismos monetarios. Así las cosas, los países no productores de petróleo deben entregar varias veces más valor-trabajo a cambio de petróleo que el trabajo real representado en el valor de éste, pagando el precio impuesto por el cartel de la OPEP.

DESTUTT DE TRACY, A.

Eléments de idéologie. (1826.) Sobre el valor-trabajo el filósofo y economista francés dice:

"Puesto que es cierto que nuestras facultades físicas y morales son nuestra sola riqueza originaria, que el empleo de estas facultades, un trabajo cualquiera, es nuestro solo tesoro primitivo, y que es de este empleo que nacen todas las cosas que llamamos bienes (. . .) es cierto asimismo que todos estos bienes no hacen más que representar el trabajo que les ha dado nacimiento y que si ellos tienen un valor, o mismo dos distintos, ellos no pueden obtener este valor más que del trabajo que ellos representan". (Obr. cit., IV y V partes).

Como nada es regalado, o da muy poco la naturaleza, es lógico que el contenido económico de la riqueza esté constituido por el trabajo como fuente de producción de bienes, aunque la riqueza fetichizada en las mercancías se disfrace con los oropeles del dinero y no con el del trabajo creador.

FRANKLIN, B.

The works of Benjamin Franklin. . . Edited by Sparks, 1836. El célebre político y sabio norteamericano, sobre el trabajo como fuente del valor económico expresa: "Como el comercio en general no es otra cosa que un cambio de trabajo contra trabajo, es por el trabajo que es estimado más exactamente el valor de todas las cosas" Obr. cit. Tomo II, p. 267)

En cambio, en los Estados Unidos del siglo XX, el dólar, con sus mistificados mecanismos monetarios, financieros y su posición central en el FMI, elude en los intercambios la ley del valor-trabajo, para beneficiarse a costa de otros países.

LOCKE, J.

The works of John Locke. Haciendo un análisis económico del valor de las cosas afirma:

". . . que el trabajo forma con mucho la mayor parte del valor de las cosas de que disfrutamos en este mundo, y que la tierra que produce los materiales apenas debe de ser estimada, si acaso, todo lo más, como una pequeña parte de aquél; tan pequeña, que aunque entre nosotros, la tierra no se deja abandonada a la naturaleza, que no tiene mejoras ni pastos, cultivo o plantación, es llamada, y verdaderamente lo es, inútil, y veremos que los beneficios de ella llegan a poco menos que nada. Es el trabajo el que confiere la mayor parte del valor a la tierra. A él le debemos la mayor parte de todos sus productos útiles". (Obr. cit. Vol 5, pp. 362-63).

Al cobrar sobre la tierra una renta de propiedad, no poniendo en ella ni trabajo ni capital, se obtiene un beneficio parasitario. En igual medida, una renta por interés del capital-dinero, que sin trabajo produce dinero, resta riqueza para consumo improductivo. Si todas las rentas parasitarias fueran confiscadas en una sociedad democrática autogestionaria, y fueran invertidas útilmente, el crecimiento económico sería infinitamente mayor que bajo un capitalismo privado o de Estado. Así, con igualdad y libertad, con trabajo y bienestar para todos, sin disipar la plusvalía las clases privilegiadas, habría verdadera democracia económica y política, mucho progreso económico y tecnológico.

PETTY, W.

The economic writings of sir William Petty. Fue un precusor de la teoría del valor-trabajo, antes de que la definiera y la sistematizara Adam Smith. Petty, acerca de que el trabajo encierra el valor de los bienes, dice:

. . . " si 100 hombres trabajan 10 años en el trigo y el mismo número de hombres trabaja el mismo tiempo en extraer plata, digo que el producto neto íntegro de la plata es el precio del producto neto íntegro del trigo, y las partes equivalentes de la una son los precios de las partes equivalentes del otro". (Obr. cit. Vol. I, p. 43).

He ahí un ejemplo elocuente de la ley del valor de cambio de las cosas en base a la moneda-mercancía; pero que actualmente con las monedas fuera del oro, la plata y el patrón-oro, no se cumple, en el Este, con las monedas desvinculadas del valor sin libre mercado y con prpiedad estatal; ni en el Oeste, con un dólar moneda —reserva— universal inconvertible en oro y con la propiedad privada y anónima controlada por los monopolios o las empresas multinacionales, que controlan el comercio, la industria y las finanzas.

SMITH, A.

Investigaciones sobre la naturaleza de la riqueza de las naciones. (1776.) En esta famosa obra, más bien conocida como La riqueza de las naciones. Adam Smith fundamenta la economía política como ciencia política y define, mejor que sus precusores, la teoría del valor-trabajo, expresándose en estos términos:

"Considero al trabajo como la fuente de todo valor, y su cantidad relativa como la medida que regula, casi exclusivamente, el valor relativo de las mercancías" (Obr. cit)

Smith considera que el capital es de naturaleza perecedera y que se necesitan grandes esfuerzos para reconstituirlo o sostenerlo mediante el trabajo encarnado en un nuevo valor. Pero no todos los trabajos producen bienes, sino servicios, donde el trabajo no se materializa y desaparece. Así, cuanto más aumente el trabajo estéril, menos se podrá reproducir o ampliar el capital total, como en nuestros días con el desmedido aumento de la clase media de los "terciarios", lo cual conduce a la crisis económica de agotamiento del sistema capitalista.

RICARDO, D.

Principles of political economy and taxation (1817). Siguiendo las líneas teóricas de la economía política, que había trazado Adam Smith, David Ricardo, en cuanto a la teoría del valor-trabajo, dice:

"El valor de un bien, o la cantidad de cualquier otro por el cual ha de cambiarse, depende de la cantidad relativa de trabajo que es necesario para su producción". (Obr. cit. p. 9).

". . . al estimar el valor de cambio de unas medias, encontramos que su valor, comparado con el de las otras cosas, depende de la cantidad total de trabajo necesario para fabricarlas y llevarlas al mercado. En primer lugar, el trabajo necesario para labrar la tierra en que se cultiva el algodón; en segundo término, el trabajo de transportarlo al país en que han de fabricarse las medias, trabajo que incluye una parte del empleado en hacer el barco en el que se transporta, y que se carga en el flete de las mercancías; en tercer término, el de los hiladores y tejedores; en cuarto lugar, parte del trabajo del ingeniero, herrero y carpintero que construyen los edificios y maquinarias, con cuya ayuda se hacen las medias; en quinto lugar, el del comerciante al menudeo y el de muchos otros que resulta innecesario enumerar. La suma total de estas diversas clases de trabajo determina la cantidad de otras cosas por las que estas medias se cambiarán

mientras que la misma consideración, de las diversas cantidades de trabajo que se han empleado en estas otras cosas, regirá igualmente la parte de ellas que habrá de darse por las medias". (Obr. cit. p. 17).

Ricardo expone así la teoría del costo de producción en razón del valor-trabajo de las mercancías, pero ello era transparente dentro de una economía de libre competencia y con un sistema monetario, cumpliendo en sí mismo la ley del valor, por ser la moneda una mercancía más, no multiplicable a voluntad como papel-moneda inflacionario.

Por otra parte, Ricardo, como excepción a la ley del valor-trabajo, admite que "las mercancías derivan su valor de cambio de dos fuentes: de su escasez y de la cantidad de trabajo necesario para obtenerlas". "Hay —añade— algunas mercancías cuyo valor de cambio está determinado exclusivamente por su escasez".

MARX, C.

El Capital (1867) . Desarrollando más ampliamente la teoría del valor-trabajo de Adam Smith y Ricardo, Marx dedica muchas páginas iniciales de El Capital al análisis de la mercancía, a la forma del valor relativo y equivalencial, a su contenido en trabajo socialmente necesario como medida o precio de las mercancías hasta llegar a la forma moneda.

"Al valor de uso de las mercancías —dice— una vez puesto de lado, no le resta más que una cualidad, la de ser producto del trabajo". (Obr. cit. Lb. I., cpt. I).

"El tiempo socialmente necesario para la producción de las mercancías es lo que exige todo trabajo, ejecutado con el grado medio de habilidad e intensidad y en condiciones que, respecto al medio social dado, son normales". (Obr. cit. Lb. I. cpt. I).

"El valor de una mercancía es el valor de otra mercancía, en la misma relación que el tiempo de trabajo necesario para la producción de una es el tiempo de trabajo necesario para la producción de la otra". (Obr. cit. Lb. I., cap. I).

Marx dice "tiempo socialmente necesario", porque si una empresa gasta más del tiempo medio para producir una mercancía, no por eso ella valdrá más, sino que perdería nivel de competencia mercantil. En ese sentido, el mercado ajusta las mercancías a la ley del valor; pero no habiendo monopolios ni dirigismos en la economía de un país.

Fue Marx el teórico de la ley del valor de cambio en función del trabajo social promedio contenido en las mercancías; pero en la URSS, paradójicamente, no se respeta la ley del valor-trabajo, ya que no rige un "socialismo de mercado", con economía autogestionaria, sino un sistema de planificación centralizada, dogmáticamente opuesta a la ley objetiva económica indicada, que constituye la esencia de la doctrina marxista. Y si un país dicho socialista ignora la ley del valor-trabajo será porque los trabajadores no figuran en nada y la burocracia política totalitaria decide en todo, transfiriendo al Estado-patrón la plusvalía extorsionada a los obreros asalariados por medio de la propiedad estatalizada. Por eso, todo delito contra el Estado soviético ha estado castigado con la pena de muerte.

PROUDHON, P-J.

Sistema de las contradicciones económicas (1846). Este libro, el más importante de Proudhon en economía política lleva por subtítulo Filosofía de la miseria. De ahí que Marx, en su polémica con Proudhon, escribiera Miseria de la filosofía. Al tratar la teoría del valor económico de las cosas, Proudhon expresa:

"El trabajo —según la bella expresión del señor Walras— es una guerra declarada contra la parsimonia de la naturaleza: engendra a la vez la sociedad y la riqueza". (Obr. cit. cap. I).

"Todo producto es un signo representativo del trabajo. Todo producto, por consecuencia, puede ser cambiado por otro, y ahí está la práctica universal que lo acredita. Pero suprímase el trabajo, y no quedan sino cosas más o menos útiles, que no estando revestidas de ningún carácter económico, de ningún signo humano, son inconmensurables entre sí; es decir, lógicamente incapaces de cambio". (Obr. cit. cap. I).

"La proposición, el trabajo es el principio de la proporcionalidad de los valores, no es sólo verdadera, porque resulta de un irrefragable análisis, sino que también es el objeto del progreso, la condición y la forma del bienestar social, el principio y el fin de la economía política, de

esta proposición y de sus colorarios, todo producto vale lo que cuesta de trabajo, y los productos se compran con productos, se deduce el dogma de la igualdad de las condiciones".

"Donde no esté socializado el trabajo, es decir donde no esté determinado sintéticamente el valor, hay perturbación y deslealtad en los cambios, guerra de astucias y de emboscadas, impedimiento para la producción, la circulación y el consumo, trabajo improductivo, falta de garantías, despojo, insolidaridad, indigencia y lujo, pero al mismo tiempo esfuerzo del genio social para conquistar la justicia, y tendencia constante a la asociación y el orden. La economía política no es otra cosa que la historia de esa gran lucha. Por otra parte, en efecto, la economía política, en cuanto consagra y pretende eternizar las anomalías del valor y las prerrogativas del egosimo, es verdaderamente la teoría de la desgracia y la organización de la miseria; pero en cuanto expone los medios inventados por la civilización para vencer el pauperismo, por más que esos medios hayan redundado constantemente en exclusivo provecho del monopolio, la economía política es el preámbulo de la organización de la riqueza". (Obr.Cit. cap. I).

Proudhon, a diferencia de Marx, habla de la socialización del trabajo, no de su nacionalización por el Estado como en el modelo soviético, que se dice marxista, supone según aquél una alternativa, no de socialismo burocrático, sino autogestionario, para terminar con la injusticia social y la desigualdad económica y de condiciones entre los hombres. En ese sentido, Proudhon no es tan utopista como lo supone Marx, aunque sea menos economista y más socialista que éste, no haciendo al Estado-patrón propietario de todo y, por tanto, de todos en un capitalismo de Estado burocrático.

STALIN, J. V.

Problemas económicos del socialismo en la URSS (1952). En las postrimerías de su poder omnímodo, Stalin planteó una serie de problemas de la economía soviética. Y, respecto a la incidencia de la ley del valor, expresa:

"En nuestro país —dice Stalin— la ley del valor extiende su acción, sobre todo, a la circulación de las mercancías, al intercambio de mercancías mediante la compra-venta, al intercambio, pricipalmente de las mercancías de consumo personal. Aquí, en esta esfera, la ley del valor sigue desempeñando, naturalmente en ciertos límites, el papel de regulador.

"Pero la ley del valor —prosigue— no queda limitada a la esfera de la circulación de mercancías. Se extiende también a la producción. Cierto es que en nuestra producción socialista la ley del valor no desempeña un papel regulador; pero, con todo esto, actúa sobre la producción, cosa que debe ser tenida en cuenta al dirigir ésta. La realidad es que los productos destinados al consumo, necesarios para cubrir los gastos de la fuerza de trabajo en el proceso de producción, se producen y se realizan en nuestro país como mercancías sometidas a la ley del valor". (Obr. cit. Párrafo incluído en el subtítulo: "3. La ley del valor en el socialismo")

La realidad es que para que el Estado total y el Partido único decidan todo, económicamente, por medio de la planificación centralizada (sin dar ninguna participación a los trabajadores en la gestión directa de sus empresas, ni a los consumidores mediante un socialismo de mercado), hay que ignorar la ley del valor y el mercado, a fin de que la burocracia tenga todo el Poder. En este orden de ideas, se trata más de instituir un neo-despotismo asiático que un socialismo auténtico y, por tanto, el poder económico debe pertenecer a los nuevos mandarines o sátrapas y no al pueblo trabajador. Si transfiriera el Estado su propiedad de los medios de producción y de cambio a la Sociedad, el poder del ejército pertenecería, en buena medida, a la autodefensa, a la gestión de las empresas estatales, a la autogestión de los obreros, así el socialismo y la libertad surgirían inmediatamente, superando la dictadura de la burocracia, que sigue siendo la misma como contenido y forma del sistema, con Stalin o sin él, bajo un Poder alienante y alienado.

ANONIMO.

Manual de economía Política. Edit. Grijalbo. México, 1956. Luego de muchos años de régimen soviético no se contaba con un manual oficial de economía política. De ahí que Stalin, en 1952, tratase de definir una ciencia económica oficial en Problemas económicos del socialismo en la URSS. Y, en 1956, luego de la muerte de Stalin, en 1953, por fin, la Academia de Ciencias

de la URSS, su Instituto de Economía Política, se decidió a editar el Manual de Economía Política que, en relación a la ley del valor económico, dice:

"En la economía socialista, la mercancía tiene un valor de uso, creado por el trabajo concreto, y un valor, creado por el trabajo abstracto. En la sociedad socialista no media contradicción entre el trabajo privado y el trabajo social. El trabajo socialista obstenta un carácter directamente social. En la economía socialista tiene muchísima importancia la creación de valores de uso y el mejoramiento de la calidad de la producción. Al propio tiempo, disminuye sistemáticamente el valor de las mercancías, mediante la reducción planificada del tiempo socialmente necesario invertido en su producción". (Obr. cit.). Resumen del capítulo XXXI.

Realmente no es decir nada y quererlo decir todo con un lenguaje escolástico más metafísico que económico: pura semántica de conceptos y voluntarismo ideológico. La burocracia que detenta el Poder absoluto, con este lenguaje, pasa por socialista cuando es, realmente, una "burguesía roja".

Para conservar su poder totalitario, la "élite del Poder en la URSS ha convertido el marxismo en una ideología de Estado, de tal suerte que el lenguaje político esté a la izquierda y la estructura socio-económica a la derecha, revelando todo ello las paradojas del sistema soviético.

Decir, por ejemplo, que "en la sociedad socialista no media contradicción entre el trabajo privado y el trabajo social" es una verdad aparente; puesto que no hay propiedad privada; pero como en la URSS la propiedad no es social sino estatal, hay contradicción entre trabajo social y trabajo para el Estado, o mejor dicho, entre excedente económico socializado y plusvalía de Estado; y, consecuentemente, entre obreros y koljosianos, por un lado, y burocracia y tecnocracia, que dirige las empresas y el Estado, por el otro.

Afirmar que "en la economía socialista tiene muchísima importancia la creación de valores de uso", no condice con el gran desarrollo del complejo militar-industrial, tanto que los gastos de defensa de la URSS representan más del 15% del producto interno bruto. Ello significa que la economía de paz es sacrificada a la economía de guerra, dando lugar a una gran escasez de bienes para la población civil consumidora, que forma interminables "colas" a la puerta de los almacenes del Estado. En este sentido, la gerentocracia que detenta el Poder en la URSS, una minoría que controla el poder de decisión en las empresas, los servicios sociales y públicos, el aparato del Partido, del Estado, la Policía y el Ejército, necesita una ideología falsamente socialista para mantenerse como nueva clase dirigente, ejerciendo no la dictadura del proletariado, sino de la dictadura de la burocracia sobre el pueblo trabajador (asalariado) por el Estado.

CAPITULO V

TEORIA MARGINALISTA DEL VALOR ECONOMICO

Psicologismo, capitalismo y alienación

Los fundadores de la ciencia económica clásica estimaron que la fuente de toda riqueza era el trabajo. En esta línea teórica figuraron John Locke (1632-1704), filósofo y economista; el "padre de la economía política", Adam Smith, (1723-1790); y David Ricardo (1772-1823) que completó —teóricamente— la ciencia económica con sus "Principios de economía política y tasación", donde expuso la teoría de la renta de la tierra y completó la ley del valor-trabajo como medida de la riqueza producida por el trabajo humano.

Evidentemente *lo que distingue a una civilización de otra, a un modo de producción de otro, es la productividad del trabajo humano*, es decir, el dominio del hombre sobre la naturaleza, de la cual extrae más o menos riquezas en razón de la mayor o menor productividad de su trabajo.

La riqueza humana reside en la capacidad de producción del hombre para transformar la materia bruta de la naturaleza a fin de satisfacer sus necesidades materiales. Pero en cada época la riqueza es mayor o menor según la productividad del trabajo. Si, por ejemplo, un obrero norteamericano tiene a su disposición 200 H. P., como energía mecánica productiva, mientras un boliviano sólo cuenta con 2. ó 3 H. P., ello indica que el norteamericano es varias veces más rico que el boliviano —no en razón de las reservas de oro norteamericano— sino en función de la productividad de su trabajo tecnificado. Por ejemplo, un agricultor norteamericano, con su alta mecanización del trabajo, produce más de 50 toneladas de trigo por obrero-año, contra 20-30 veces menos obrero-año en la agricultura de subsistencia en países subdesarrollados. Consecuentemente, *la riqueza humana es productividad del trabajo*:

capacidad de producción del hombre, combinando sus técnicas, sus músculos y su cerebro.

En este orden de ideas, los economistas clásicos, fundadores de la ciencia económica, creían que la riqueza, no es en sí el dinero, sino producto del trabajo humano.

John Locke dice, al respecto, lo siguiente: "el trabajo forma con mucho la mayor parte del valor de las cosas de que disfrutamos en este mundo" (1).

Para Adam Smith, John Locke y David Ricardo, la riqueza es producto del trabajo. El capital es trabajo pasado según Ricardo. Estos "tres grandes" de la economía política clásica a pesar de su posición de clase, como burgueses, aportaron los elementos teóricos para explicar la explotación capitalista, que más tarde Marx desentrañaría denunciando que la plusvalía estaba contenida en el trabajo asalariado no pagado por las empresas capitalistas.

" El proceso del trabajo —dice Marx— puede continuar más allá del tiempo necesario para reproducir e incorporar en el producto un mero equivalente de valor de la fuerza de trabajo. Por tanto, la acción de ésta no sólo reproduce su propio valor, sino que produce un valor adicional. Este excedente de valor (plusvalía) es la diferencia entre el valor del producto y el valor de los elementos, consumidos en la formación de ese producto, en otras palabras, de los medios de producción y de la fuerza del trabajo" (2).

La teoría del valor-trabajo revela, pues, la explotación capitalista, mientras que trata de ocultarla, sibilianamente, la teoría marginalista del valor: un psicologismo económico a gusto de economistas burgueses entre los cuales se destacaron Carlos Menger (1840-1921), Augusto Walras (1834-1910) y W. S. Jevons (1835-1882). Confundiendo, en cierto modo, la economía con la psicología, Menger, Jevons y Walras, trataron de desmentir la teoría del valor-trabajo que, revela la explotación capitalista demostrando que el capital es trabajo pasado acumulado; que las necesidades del hombre, si decrecen marginalmente no es por pura apreciación subjetiva, sino por la creciente productividad del trabajo humano, aun en la "sociedad de consumo" posterior a la segunda guerra mundial.

Los economistas de la escuela marginalista, Menger, Walras, W. S. Jevons y otros intentaron demostrar que los bienes no tienen un valor en relación con el trabajo materializado en ellos, sino en razón de su deseabilidad: utilidad subjetiva de las cosas; orden de necesidades más imperiosas para el sujeto; puesto que unas necesidades hay que satisfacerlas con prioridad a otras, menos acuciantes o menos deseables.

Así, pues, los marginalistas, razonan como psicólogos más que como economistas, y para anular la teoría del valor-trabajo con apariencia de sentido común, dicen: el agua sirve por orden de necesidades, para beber, condimentar, lavarse, regar, fuerza motriz y otros usos que tienen una utilidad decreciente.

1 The works of John Locke. Vol. 5, pp. 362-365.
2 El Capital. Pte. 3. Cap. 8.

Si el agua fuera tan escasa como el alcohol tendría el mismo valor, pero vale menos porque es más abundante. Sin embargo, en el desierto de Sahara, el agua tiene más valor que el alcohol, porque es más útil, más deseable que éste. Ahora bien ¿qué es lo que hace que una cosa sea más abundante que otra? Simplemente, el menor esfuerzo para obtenerla de la naturaleza, o sea, que exija un mínimo de gasto de fuerza de trabajo. Por eso, Adam Smith, sobre el trabajo y la riqueza, aclara:

"El hombre será rico o pobre de acuerdo con la cantidad de trabajo que pueda comandar o comprar. Por tanto, el valor de cualquier mercancía, para la persona que la posee y no intenta usarla o consumirla, sino cambiarla por otra, es igual a la cantidad de trabajo que con ella puede comandar o comprar" (1).

David Ricardo, más preciso, sostiene así la teoría del valor trabajo: "...las mercancías —dice— derivan su valor de cambio de dos fuentes: de su escasez y de su cantidad de trabajo necesario para obtenerlas". En sus *Principios de economía política y tasación*, —añade estas palabras—: "El valor es un bien, o la cantidad de cualquier otro por el cual ha de cambiarse, depende de la cantidad relativa de trabajo que es necesario para su producción".

En este orden de ideas, Ricardo considera que el valor de la riqueza o del capital va implícito, no sólo en el trabajo vivo del obrero, que se presenta como actividad muscular e intelectual, sino, además, en el *trabajo pasado (capital)*: herramientas, materias primas, edificios y otros factores del capital fijo.

Carlos Marx amplía la teoría del valor-trabajo de Adam Smith y David Ricardo, afirmando estos conceptos:

"El valor de una mercancía está determinado por la cantidad de trabajo que contiene, pero las condiciones sociales limitan esa cantidad. Si el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía cualquiera cambia —y una cantidad determinada de algodón representa, después de una mala cosecha, más trabajo que después de una buena—, quedan afectadas todas las mercancías existentes de la misma clase, porque son, por decirlo así, sólo individuos de la misma especie, y su valor, en un momento determinado, se mide por el trabajo socialmente necesario, esto es, por el trabajo necesario para su producción, en las condiciones sociales entonces existentes.

"Las diversas proporciones en diferentes clases de trabajo se reduce a la unidad de medida de trabajo simple, se establecen a través de un proceso social que obra a espalda de los productores y éste les mueve a pensar que son fruto de la costumbre" (2).

Así, pues, el proceso económico se desarrolla, pricipalmente en razón de la ley del valor económico de las cosas, que es decreciente en función de su mayor abundancia o sea del aumento de la productividad del trabajo.

1 Smith, A. La riqueza de las naciones. Ll. I., cap. 5.
2 Marx, C. El Capital. Pte. 3. Cap. 8.

La abundancia de un producto o artículo, el proporcionarse un servicio social o público no depende, en cuanto a su *utilidad* mayor o menor, de que yo lo desee más o menos vivamente, sino de la *productividad del trabajo social*, que varia sensiblemente de un país a otro en razón de la cantidad de capital empleado por trabajador ocupado. Con una caña de pescar, por ejemplo, yo puedo aspirar a capturar, en una jornada, uno, dos, tres o poco más kilos de pescado; pero con una gran red de arrastre y un buque pesquero arrastrero pescaría varias toneladas de pescado por día. Y con un buque-factoría pesquera —que lleva en su vientre un par de buques arrastreros, como hacen las grandes potencias pesqueras—, podría pescar, en todos los mares, varios miles de toneladas de pescado y luego refrigerarlo, conservarlo, enfiletarlo, extrayendo todos sus derivados de aceites y vitaminas.

Subiendo, pues, la composición orgánica del capital constante por trabajador, ayudado el trabajo vivo (capital variable) con una gran cantidad de trabajo pasado (o capital acumulado), la productividad del pescador, el minero, el agricultor, el albañil, el obrero industrial, etc., puede aumentar contínuamente hasta alcanzar una *economía de abundancia*, en que los bienes y servicios sean consumidos sin necesidad de revestir la forma de precios como mercancías, pues la productividad del trabajo automatizado rebasa el capitalismo privado o de Estado, a las burguesías y las burocracias como clases dominantes, que para existir como tales se oponen al socialismo libertario y a que el obrero deje de ser productor de plusvalía.

A fin de que la abundancia económica no se alcance nunca en el mundo, las clases explotadoras necesitan *eternizar la economía de relativa escasez*, agudizando las contradicciones económicas entre capital y trabajo, entre países pobres y ricos, entre trabajo manual e intelectual, entre la ciudad y el campo, entre clases sociales antagónicas, a fin de que estallen las crisis económicas y las guerras marginales, nacionales o mundiales, para *destruir y reconstruir cayendo en un círculo económico vicioso*. Todo ello continuará mientras los trabajadores no sustituyan la economía burguesa y el socialismo administrativo por la *democracia asociativa de autogestión*, que supere las contradicciones inmanentes en modos de producción basados en el antagonismo entre el capital y el trabajo: éste, asalariado; aquél, monopolio de los no productores y perceptores de la plusvalía privada o de Estado.

LA DESUTILIDAD MARGINAL.

La naturaleza no presta nada sin esfuerzo, ni trabajo, ni pena: da poco o nada gratuíto. El agua por más abundante que sea, no llega hasta el consumidor urbano sin invertir trabajo y capital para procurársela. Cuando se abre un grifo, donde fluye el agua, es el trabajo humano el que la ha conducido hasta los hogares cavando zanjas, soldando tubos y fabricando o produciendo su metal; haciendo todas las operaciones laborales propias de la po-

tabilización y condución de aguas. Por otra parte, si alguien está lejos de un río y siente sed tiene que tomarse la pena de ir a beber, lo cual supone hacer un esfuerzo en satisfacer esa necesidad, tiempo que podría dedicar a otra cosa. Así, pues, la Naturaleza no regala nada: los frutos salvajes, aún gratuítos, deben ser recogidos para ser consumidos, lo que representa un trabajo invertido en su recolección.

Si las técnicas y el trabajo permitieran hacer múltiples y grandes canales, desde el Mediterráneo hasta el Sahara, el agua sería más abundante en esa región; y ésta valdría menos que si es escasa; pero no dejaría de ser producto del trabajo humano llevarla hasta el desierto. Consecuentemente, no hay abundancia de bienes y servicios sin una elevada productividad del trabajo, que cree una *economía de abundancia,* capaz de rebasar la propiedad privada, las clases sociales, el racionamiento por dinero, los salarios, las mercancías y los precios.

Para superar la escasez, hay que dotar al trabajo humano de mucha energía mecánica extraída de la Naturaleza: ese es el único medio de aumentar la productividad del trabajo hasta un nivel tan elevado que cada uno aporte a la economía social según su capacidad y reciba según su necesidad, una economía autogestionaria basada en la igualdad y la libertad para todos los hombres.

La *abundancia de bienes y servicios*, cuando todos trabajen (sin privilegios para nadie) puede procurar abastecimientos sin restricción, hoy racionados bajo forma de salarios, rentas, intereses, ganancias, impuestos, tanto en el Oeste como en el Este, mediante un reparto económico desigual a cada clase social.

La *desutilidad de un bien no es algo subjetivo sino objetivo:* depende del grado de productividad del trabajo; no del estado psicológico del hombre, sino de su progreso económico y tecnológico; no de sus deseos, sino de lo producción real de que disponga el mercado, de la oferta de bienes.

DESUTILIDAD MARGINAL DE UNA LIBRA DE ALIMENTOS.
(En el caso de un hombre hambriento)

Si dispones de 1 libra de alimento tiene	mucha utilidad
Si dispones de 2 libras de alimento tiene	gran utilidad
Si dispones de 3 libras de alimentos tiene	menos utilidad
Si dispones de 4 libras de alimentos tiene	poca utilidad
Si dispones de 10 libras de alimentos tiene	ínfima utilidad
Si dispones de "N" libras de alimentos tiene	cero utilidad (como necesidad)

Este ejemplo indicaría *que el valor marginal de las cosas está en razón inversa de su abundancia, o sea, que la utilidad marginal aumenta con la escasez*

y decrece con la abundancia. Ello constituye una variante de la ley de la oferta y la demanda. Pero en buena lógica económica, la abundancia no se puede producir voluntariamente sin aumentar la productividad del trabajo. Para que nuestro hambriento dejara de serlo, poseyendo 10 o más libras de alimento, tendría que producirlas con trabajo, a menos que los partidarios de la teoría marginalista del valor no consigieran de Jehová el "maná" llovido del cielo; pero eso entra en el reino de los milagros y nosotros estamos razonando económicamente en razón de la productividad del trabajo humano y de su capital productivo disponible.

Los marginalistas creen que el valor de las cosas más bien es subjetivo ¡Cómo si estuviera en la voluntad del hombre "multiplicar los panes y los peces" sin realizar un penoso trabajo para procurárselos! A menos que Menger, Walras, Jevons, Wieser, Böhn-Bawerk y otros marginalistas no realicen el milagro de Cristo —con la multiplicación de los panes y los peces— el marginalismo sería un subjetivismo, no propio de la economía sino de la psicología. Por tanto, la teoría de la "utilidad decreciente de las cosas" costituye una argucia psicológica contra la *lógica del valor-trabajo* como medida real de todos los bienes económicos.

Es ilógico que un consumidor pague por cada unidad ofrecida de peras, —digamos un kilogramo— el precio que para él vale la última unidad o kilo consumido, es decir de incremento marginal. Mas allá de su hartazgo no pagará nada por cada kilogramo de peras ofrecidas; pero con ello no anulamos la teoría del *valor-trabajo*. Así, por ejemplo, una persona obtiene ingresos determinados por la cantidad y la calidad de su trabajo en la Unión Soviética, o por rentas, dividendos, intereses, etc. en el Occidente capitalista. De cualquier manera, para que un traje tenga poco valor para su consumo, ello no depende de la conciencia o de su voluntad, sino de la capacidad de producción de la industria textil y de confección, de la *productividad del trabajo* en dicha industria. Para proporcionar 10 trajes, 10 pares de zapatos o 200 kilos de carne de vaca para cada consumidor, haría falta una capacidad productiva propias de las *sociedad abundatista*. La sociedad capitalista eterniza, sin embargo, la escasez, de cuyo concepto los teóricos de la escuela marginalista extraen sus disquisiciones psico-económicas —no lógicas— ajenas a las *leyes de la economía objetiva*. El marginalismo intenta psicológicamente, fundamentar una teoría subjetiva del valor por encima del valor de los bienes, en términos de esfuerzo, de trabajo presente (obrero vivo) y del trabajo pasado (capital).

Frente a la lógica del valor-trabajo, W. S. Jevons (Inglaterra), Menger (Austria) y Walras (Suiza) elaboraron la teoría de la utilidad marginal de las cosas (mercancías). W. S. Jevons trazó *curvas e integrales para demostrar matemáticamente que el grado final de utilidad de una cosa está en razón inversa de su abundancia o satisfacción decreciente:* cuando el sujeto ya no tiene necesidad de ella, pasado un cierto límite de satisfacción. No negamos ese hecho fisiológico, sino el querer dar valor económico a las cosas fuera del esfuerzo de trabajo que cuesta producirlas.

Yo, por ejemplo, deseo caviar, pero si soy un obrero, jamás podré procurármelo: mi consumo está limitado por mi salario, por un tiempo de trabajo para sustentarme o subsistir yo y mi familia.

Las *curvas de utilidad decreciente* (marginalismo) no son para mi deseabilidad, sino imposibilidad para alcanzar determinados artículos de consumo reservados a unos pocos privilegiados de la burguesía, en el Oeste, y de la "Nomenklatura", en el Este.

Así, pues, como la sociedad actual está constituída bajo la dominación de la burguesía o de la burocracia, en estamentos sociales o clases con *distintos niveles de consumo desigual*, no es posible llegar a un sistema económico de *saturación de valores de uso*, capaces de superar el precio y el valor venal de los bienes y servicios, precisamente porque esta política no está en interés de las clases dominantes, con capitalismo privado o de Estado.

Sin una economía autogestionaria, sin propiedad social de los medios de producción, sin gestión directa de las empresas por los propios productores directos, sin un mercado autogestionario, sin una profunda revolución científico-tecnológica que supere la división del trabajo determinante de la sociedad de clases, no hay posibilidad de emancipación de los trabajadores, en la medida que éstos sean asalariados por un patrón privado o por el Estado, usufructuarios de la plusvalía extorsionada a ellos.

ECONOMISMO Y PSICOLOGISMO

Para que la utilidad de un producto decrezca, es necesario que el trabajo humano rinda más en menos tiempo, cosa que no tienen en cuenta los marginalistas. Es evidente que si estoy sediento el 1. jarro de agua apagará mi sed; el 2. lo destinaré a cocer mis alimentos; el 3. para lavarme e higienizarme; el 4. para dar de beber a mis animales; el 5. para regar mis plantas; el 6. para lavar el piso de mi casa; el 7. (si no tengo usos para él) carecerá de utilidad para mi. Todo esto es exacto; pero, en fin de cuentas, se olvida a quien me trae los baldes de agua: ¿son prioridades de mi trabajo destinar más horas a traer agua que a cultivar plantas, cortar leña o barrer mi casa? He ahí una prueba del valor-trabajo que puede determinar mis opciones en función de la prioridad de mis necesidades

La *abundancia desmedida de una cosa* no resuelve los problemas de las necesidades humanas, si ello significa escasez acuciante de otras muchas cosas esenciales. Por ejemplo, en tiempo de guerra lo que abunda son los armamentos, pero suelen escasear los alimentos y las materias primas esenciales, los artículos de gran consumo de la época de paz, lo cual supone una crisis de *subconsumo* en los artículos no militares.

Yo puedo desear un objeto en razón de dosis más o menos útiles para mi. Por ejemplo: a la 1. dosis le doy el valor de 10; a la 2. el de 8; a la 3. el de 6 a la 4. el de 4; a la 5. el de 2. Esta *utilidad decreciente* puede ser aplicada a

cualquier objeto: traje, alimentos, artículos para el hogar, etc. En este sentido, si tengo a mi disposición la heladera le doy el valor de 10; pero si tengo 10 heladeras ya no tienen las 9 restantes casi ningún valor de uso para mi. Sin embargo las 10 heladeras representan —antes que mis deseos de alimentos fríos— muchas horas de trabajo industrial, contenidas en su chapa, motor, serpentín y estructura metálica. En fin, la heladera no es un elemento subjetivo, sino algo objetivo, producto del trabajo humano, cuya abundancia o escasez está determinada por el grado de productividad del trabajo, no por la voluntad del consumidor, de su subjetividad o desestabilidad, que tome el deseo por la realidad.

Cuando llegue la *sociedad automatizada y autogestionada* es indudable que la abundancia de bienes y servicios habrá rebasado —en algún tiempo— la gradación de los precios o del valor de cambio de las mercancías; pues la productividad del trabajo habrá alcanzado tal nivel que la economía humana disfrutará de abundancia de bienes. En consecuencia, no regirán los precios, ni los productos del trabajo humano revestirán la forma de mercancías, dinero, salario, plusvalía, rentas parasitarias, beneficios, intereses, etcétera; pero ese paraíso no es todavía para ser vivido, sino más bien prometido e iniciado con el socialismo autogestionario, no como final, sino como comienzo de la sociedad libertaria.

Mientras el trabajo del obrero esté asalariado, mientras pertenezca a "otro", no será éste dueño de su "yo": su conciencia se sentirá desdichada; y sólo será desalienada en una sociedad auto-organizada, donde la propiedad social niegue el dominio del capital individual sobre el hombre desposeído: obrero asalariado, cuya desalienación será posible mediante la autogestión de los medios de producción y de cambio, en una sociedad libertaria.

"Si el producto del trabajo no pertenece al obrero, si lo enfrenta como un poder extraño, esto sólo puede ocurrir porque pertenece a otro hombre que no es obrero. Si la actividad del obrero constituye un tormento para él, para otro debe significar deleite o la alegría de su vida. Ni los dioses ni la naturaleza, sino el hombre mismo puede ser este poder ajeno por encima del hombre" (1).

El trabajador alienado debido a que es desposeído de sus medios de producción está lejos de elegir de acuerdo con la teoría marginalista, según la cual un obrero es libre de trabajar, por ejemplo, 8 horas de jornada, pero no 9, porque esa última hora le causa pena y se decide por más tiempo de ocio. Sin embargo, en la sociedad de consumo lo corriente es que el asalariado, haga doble jornada para pagar la heladera, el automóvil, el lavarropas, el televisor, la vivienda y toda una serie de objetos que condicionan la vida del sujeto.

El *orden de necesidad cambia con los sistemas económicos*. Por ejemplo, en una *economía doméstica* (primitiva, de subsistencia, cerrada) los produc-

1 Marx, C. Grundisse.... 1857-58.

tos del trabajo familiar no pasan, sino en pequeñísimas proporciones por la forma mercancía o valor venal (dinero), si no son valores económicos preferentemente de uso y no de cambio. Muchos países, económica y tecnológicamente atrasados, con poco desarrollo de su economía mercantil, especialmente en el campo, tienen un orden de necesidades muy frugales, alcanzando abundancia con lo que sería extrema escasez en Europa occidental, Norteamérica, Japón o en países industrializados.

En cambio una *economía urbana*, mercantilizada en la agricultura, la industria y los servicios, casi todos los bienes y servicios pasan por la forma dinero y precio, siendo casi todos los valores económicos no valores de consumo inmediato para el que los produce, sino valores de cambio para quienes los venden como mercancía.

MARGINALISMO Y CAPITALISMO

Para la escuela marginalista, los precios se producen como resultado de ajustes individuales de ofertas y demandas. El valor económico no depende de la cantidad de trabajo medio necesario que contenga la mercancía, sino de la *oferta* y *demanda* de bienes; para que las necesidades se satisfagan mucho o poco: si la demanda aumenta crece la utilidad de los bienes; al contrario, ésta disminuye si se incrementa la oferta. Pues el consumidor tiene una cantidad de unidades monetarias, de tal suerte que para él la última moneda gastada en alimentos tenga la misma utilidad marginal que la última moneda invertida en la compra de un traje.

Bajo una economía de inflacción permanente (con grandes monopolios industriales, comerciales y financieros), los precios no dependen de las preferencias de los sujetos consumidores, sino del grado de monopolio ejercido, sobre el mercado, por los grandes negocios capitalistas o por los controles, los subsidios y los tipos de cambio que les otorgue el Estado.

Para los marginalistas la utilidad determina la demanda y el costo de producción, la oferta. Todo es problema de *precios:* precio del trabajo (salario); precio del factor capital (interés); precio del factor natural (renta de la tierra); precio de las materias primas. Pero en nuestra época , casi ningún precio final está en razón del costo verdadero, original o de fábrica, sino en función de monopolios: petróleo, alimentos, medicamentos, textiles sintéticos, productos básicos, etc., ampliamente monopolizados o cartelizados, cuyos precios son prefijados por los capitalistas consorciados para eludir la ley de la oferta y la demanda.

Los marginalistas estiman que la oferta de capital depende del tipo de interés, que aumenta o disminuye la propensión a ahorrar: más con un 6% que con un 5%. Pues el ahorrista, el que acumula capital, se priva de consumir, se *abstiene* de algo para formar o acumular su capital. Sin embargo, con *inflación acelerada*, el tipo de interés no estimula frecuentemente la acumula-

ción del capital, sino tomar deudas a largo plazo, esperando a que la moneda se deteriore, cosa que hacen muchos empresarios, ya que ellos aumentan sus precios en el mercado, pero no sube al mismo tiempo la tasa de interés. Así, paradójicamente, el *tipo de interés* es alto con deflación monetaria (crisis de 1929-33) y es bajo (con inflación del 50 al 100%, en un año), como en muchos países latinoamericanos, donde el interés al 50% por mes es barato o regalado con una inflación del 1.000 x 100, como la registrada en Nicaragua, Argentina, Perú y Brasil entre 1987-88-89.

La *acumulación de capital* no está en función de la abstinencia como suponen los marginalistas, sino de la mayor o menor explotación del trabajo del obrero, de la relación de intercambio favorable para los países industrializados y desfavorable para los países subdesarrollados, de la exportación de capital desde países industrializados a países atrasados, radicando empresas extranjeras en forma de monopolios con grandes exenciones arancelarias.

La *teoría de la abstinencia*, "propensión a acumular capital privándose de consumir, es una verdad aparente. Marx, refutando al economista N.W. Senior, decía, al respecto, lo siguiente:

". . . Senior ha hecho, por ejemplo, del capital como si se tratara del trabajo, una fuente de producción *sui generis*, una fuente de valor; puesto que el capitalista, él también, hace un sacrificio, el sacrificio de la "abstinencia"; pues, en lugar de consumir directamente su producto, él se enriquece. Una cosa negativa no crea nada. Si, por ejemplo, el trabajo procurara placer al obrero igualmente que la "abstinencia" al avaro de Senior, el producto no perdería nada de su valor. Sólo el trabajo productivo, él solo, es la sustancia de los productos en tanto que valor. Es por eso que a intensidad igual, el tiempo de trabajo es la medida de los valores".

El capitalista se abstiene de consumir, de comerse su plusvalía total, no porque quisiera sino porque no debe dejar de invertir un mínimo de capital para tener modernizada su empresa, so pena de perecer ante la competencia comercial, en el mercado, ante otras empresas con más alto nivel de productividad y, por tanto, de tecnología más avanzada.

Si fuera válida la teoría de la abstinencia como base de la formación o acumulación del capital, el obrero también podría llegar, si subsiste unos cuantos años con menos del nivel vital, a acumular una cierta suma de capital para convertirse, a su vez, en capitalista. Sin embargo ello, no es cierto. Por más abstinencia que haga un obrero jamás llegará a convertirse en empresario, sobre todo en un país industrializado, donde para entrar en la gran industria hacen falta millones o miles de millones de dólares. Por ejemplo, un obrero siderúrgico en Europa, Japón y Estados Unidos, no llegaría a juntar con sus ahorros, los miles de millones de dólares para formar un grupo siderúrgico a nivel nacional o internacional.

Tampoco los artesanos, ni los pequeños capitalistas llegan a la industria grande: petroquímica, automotores, aparatos electro-domésticos, caucho, maquinaria pesada, equipos de producción, medicamentos, alimentación

etc., donde están las empresas multinacionales, para aplastar a las pequeñas empresas artesanales con una competencia aniquiladora de los pequeños negocios, en un mercado monopolizado por los "big bussines".

La sociedad de consumo —sin socialismo— debido a su estructura antagónica de clases, a que se controla el *sobrante económico* y se gasta con un criterio burgués, no podrá producir la abundancia económica. En ese sentido, *no tiene viabilidad una economía de costos marginales decrecientes hasta crear una economía autogestionaria de abundancia; pues la última unidad producida, si no es necesaria no debe ser producida, sino más bien evitada, a fin de que los precios al consumidor, estén equilibrados por estar bien abastecido el mercado, sin exceso de cosas inútiles y falta de cosas útiles, programando las ramas de producción y de servicios en un Consejo Superior Económico, de modo que unas no se adelanten y otras se atrasen.*

El *costo marginal* en una economía capitalista resulta de agregar al costo total resultante de la producción programada una unidad más; pero esa unidad será producida o algunas más, si no baja el precio tanto que la producción adicional no produzca ganancia a los usufructurarios de la plusvalía. La abundancia, los costos decrecientes y los consumos crecientes, con expansión económica permanente, con plena ocupación, sólo son posibles en el socialismo de autogestión, imposibles en el capitalismo de monopolio y en un capitalismo de Estado.

Bajo el capitalismo de Estado, el sistema de precios se rige, en cierto modo, por un neo-capitalismo: si la oferta de un producto aumenta y su demanda disminuye se desalienta su producción; así no se rebaja el precio controlado por el Estado; pues si este baja disminuye la *plusvalía de Estado*. Como la ley del valor de cambio es controlada en las economías de Estado, los precios se rigen al absurdo o, si se quiere, por el sistema de prueba y el error. De esta manera los precios, un poco al acaso, se prueba su verdad o falsedad, no pudiendo eludir la ley del valor. ¿No sería mejor en vez de la ley de los precios políticos, dejar al mercado autogestionario que forme los precios en función de la cantidad y la calidad de los bienes y servicios ofrecidos en beneficio de los consumidores satisfechos?

El equilibrio de un mercado —sin escasez ni excedentes— como lo programan los burócratas es una aberración; no es posible conseguirlo, ya que la economía y la tecnología, con el aumento de la productividad del trabajo, constituyen una economía dinámica, no controlable. Regir los costos generales de producción industrial por el costo medio de producción (compensando la producción marginal con subvenciones de la producción de alta productividad conduce a conservar lo malo al lado de lo bueno, sin dejar que el mercado vaya depurando la industria y adaptándola a las necesidades sociales). Las fábricas marginales —de más baja productividad— podrían integrarse, reequiparse, modernizarse con crédito social, para ponerse a nivel de productividad, calidad y competitividad; y algunas empresas obsoletas, ciertamente, deberían desaparecer. Pues en buena dialéctiva, todo nace, crece y perece, para alcanzar niveles de más perfección.

Una *economía estatista* produce grandes distorsiones: deriva mano de obra campesina a las ciudades como la economía individualista, en vez de borrar la diferencia de desarrollo entre la ciudad y el campo. Por otra parte, separa el trabajo manual del trabajo intelectual (dando mucha renumeración a éste y poca a aquél); eterniza la división del trabajo de tipo capitalista sin llegar plenamente la revolución científica a las universidades, las escuelas técnicas, los centros culturales y en las empresas. Bajo una estructura de clases antagónicas, deriva mano de obra y capitales hacia industrias propias de la *sociedad de consumo burgués*: automóviles, residencias, hoteles lujosos, joyas, para separar a la tecnocracia de la clase obrera y los campesinos por medio de un consumo desigual, de grandes desigualdades entre los sueldos de trabajadores manuales e intelectuales.

Así en una *sociedad de rentas personales desiguales,* se opera una transferencia de recursos, de capital e inversiones hacia la producción de lujo, cuando suben los ingresos de los burgueses o de los burócratas más que los de los obreros.

Y entre países subdesarrollados e industrializados los niveles de consumo por habitante son enormes: un automóvil tiene poca significación para un norteamericano, ya que hay 691 unidades por 1.000 habitantes en Estados Unidos, contra 79 en México, 76 Colombia, 49 Ecuador, 46 Perú y 19 en Paraguay. Así, pues, para llegar a la cantidad de automóviles por 1.000 habitantes en América Latina que hay en Estados Unidos, tendría que desarrollarse mucho la productividad del trabajo, la industrialización, mediante la instalación de grandes fábricas como General Motors Company, Ford y Chrysler, que no caben en micro-naciones como las del Caribe, Centroamérica y aún las más grandes como México, Brasil, Argentina, Colombia, Venezuela y Perú, subdesarrolladas económica y tecnológicamente.

En este orden de ideas, la desutilidad marginal de un automóvil es mayor en Estados Unidos que en América Latina, pero la abundancia de esta máquina no depende sólo de la deseabilidad subjetiva de un latinoamericano, sino de su capacidad real objetiva de crear un gran mercado continental unificado que instale fábricas de grandes dimensiones con alta productividad del trabajo cada vez más automatizado.

NECESIDADES Y REALIDADES

La relación tecnológica entre el hombre y la Naturaleza constituye, en cada momento de la historia, las formas de la división del trabajo, la estructura de clases, el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, los modos culturales, políticos, filosóficos, artísticos y religiosos de las sociedades. *Como el hombre trabaja así piensa como expresión de su "praxis"* : trabajo y pensamiento, técnica y cultura, economía y política, práctica y teoría.

El sistema de necesidades de las sociedades no libres —basadas en la pro-

piedad privada de los medios de producción y de cambio, en la explotación del hombre por el hombre— queda limitada a la defensa de la propiedad individual, a los intereses de las clases explotadoras, en cada período de la historia humana, en que la lucha de clases constituye su devenir histórico hacia una sociedad libertaria auto-organizada: sin clases ni Estado opresor y mantenedor de ellas por medio de la represión permanente.

Bajo el *esclavismo*, el *feudalismo* el *capitalismo* (privado o de Estado), no se puede producir abundancia absoluta de bienes, ya que ello iría en contra del sistema de producción basado en la propiedad privada o estatal, en la explotación del trabajo ajeno. Si todo el mundo tuviera lo que desea, nadie se dejaría explotar por otro, ello evidencia que, en el fondo, la escasez económica reside en la propiedad privada de la tierra y del capital, en la desposesión del trabajador de sus medios de producción por el capitalista o por el Estado-patrón.

La necesidad del sujeto humano se objetiva en el objeto útil por mediación del trabajo: pero si es muy escasa la productividad del trabajo la distribución de bienes escasos constituye una sociedad de clases antagónicas, con un reparto muy desigual de la producción, bajo el capitalismo privado o de Estado, tanto uno como otro

Por encima del psico-economismo de los marginalistas, eludiendo la ley del valor trabajo, afirmamos que el sistema de necesidades, con régimen de propiedad privada o estatal, no depende del espíritu sino de las necesidades de las oligarquías, de las burguesías y de las burocracias totalitarias. En el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo no se ha tenido en cuenta las necesidades de toda la sociedad, sino principalmente las de la clase dominante, que eterniza la escasez por abajo, para gozar de la abundancia, por arriba, pues la abundancia económica para todos acaba con las clases, con la propiedad privada y con el Estado.

En el modo de produción capitalista, las necesidades estan determinadas por el precio de los bienes y servicios, los ingresos populares (limitados), las necesidades de acumulación de capital privado realizado a expensas de reducir los salarios: si éstos suben aquél disminuye o viceversa. He ahí la gran contradicción entre trabajo asalariado y capital usurpado, lo cual constituye la sociedad de clases antagónicas: la violencia en la historia que deberá ser superada en una sociedad libertaria basada en la propiedad social autogestionada.

Los economistas de las escuelas marginalistas —psicologizando la Economía Política— han tratado de eludir la teoría económica del valor trabajo, expuesta por Adam Smith, Ricardo, Marx y otros, donde aparece el capital como hijo del trabajo —como trabajo acumulado—, lo que pone al descubierto la explotación capitalista, profundizando la teoría del valor-trabajo hasta llegar a la plusvalía (trabajo no pagado).

El marginalismo plantea la ley del valor económico como algo subjetivo: yo puedo querer o desear tal o cual cosa; ello tiene para mi un valor decre-

ciente a medida que voy saturando mis necesidades. Sin embargo, mi espíritu no puede producir las cosas a partir de la nada; pues ello sólo es facultad de los dioses; pero no de los hombres que para satisfacer sus necesidades no tienen un "maná" gratuito, sino sólo lo que les procura su trabajo, más o menos productivo, más o menos tecnificado, según el desarrollo de las fuerzas productivas en cada época de la historia.

Para alcanzar un grado de saturación de las necesidades humanas en régimen de abundancia absoluta, de modo que desapareciera el valor de cambio en bienes y servicios, habría que automatizar el trabajo, elevando la productividad varias veces más que en la actualidad. Ello no entra en la mecánica del capitalismo, aferrado al principio de la escasez de bienes y servicios para mantener una sociedad de clases, de modo que la economía política sea una ciencia de administración de recursos escasos, por más maquinizada que sea la producción para aumentar la clase media "terciaria" y "cuaternaria".

La *automatización del trabajo*, en gran escala, se realizará con una economía autogestionaria; pues bajo el capitalismo, la automatización produce monopolios industriales que artificialmente elevan los precios de las cosas; con ello se opone el capitalismo a una economía de abundancia; pues su automatización del trabajo produce paro tecnológico; pero ello no sería así en una sociedad autogestionada económica, social y políticamente, en que la automatización del trabajo no produzca desocupación, en que trabajemos todos mejor cada año que pasa, y tengamos más y más ocio.

El sistema de las necesidades humanas no es sólo un problema de querer ésto o aquéllo, sino de poder producirlo con la técnica, el capital y el trabajo combinados, no antagonizados. Todos los seres humanos tienen necesidades, pero éstas dependen de la Naturaleza y del trabajo para satisfacerlas. Ello crea una contradicción entre ésta y el hombre, contradicción que podrá superarse con la automatización del trabajo, base técnica del socialismo de autogestión, donde será superada la alienación económica del obrero por el capital privado o de Estado: instrumentos, respectivamente, de dominación del hombre asalariado.

La escasez de bienes no es una cuestión psicológica sino económica. Sólo el trabajo puede producir el capital, los bienes de consumo y los servicios para satisfacer necesidades humanas, ya que la Naturaleza es pródiga con el hombre, pero sólo dominándola con las técnicas y el trabajo: *mediación* necesaria para producir objetos útiles. El trabajo se objetiva en la Naturaleza, así éste de potencia subjetiva deviene creación objetiva; pero bajo la propiedad privada o estatal, el trabajo se *aliena*, desposeído de sus medios de producción. Por eso, sólo el trabajo asociado con sus medios de producción supera la lienación, en una sociedad libertaria auto-organizada.

La sociedad burguesa es extremadamente contradictoria: reside en una mala división del trabajo, en un sistema económico antagónico, en la apropiación por el burgués de la plusvalía. En el capitalismo, la satisfacción de las necesidades individuales se efectúa por medio de un equivalente de tra-

bajo social abstracto (moneda), lo cual lleva implícito la *alienación económica* de los sujetos por los objetos mercantilizados. Dentro de este sistema cuentan más la satisfacción de las necesidades de las clases privilegiadas que las de toda la sociedad. Así las cosas, el predominio de los intereses privados, los conflictos sociales, las rivalidades de clase, los conflictos individuales —en el capitalismo privado o de Estado— determinan la alienación económica (inherente al capital o puesto al trabajo, a la propiedad privada o estatal de los medios de producción), al dominio del Estado sobre la Sociedad, al trabajo asalariado. Toda esa cadena de contradicciones tiene, necesariamente, que producir un creciente desorden que se resuelve cambiando el modo capitalista de producción por el socialismo de autogestión.

Y no queremos caer en el fetichismo ideológico de que el socialismo de autogestión sea la utopía de Tomás Moro o el falansterio de Fourier. No. El socialismo de autogestión, que es el comienzo real del socialismo libertario, en su 1ª etapa tendrá contradicciones de otro orden que en el capitalismo privado o en el socialismo de Estado; pero no tan antagónicas entre los estamentos residuales, precisamente porque éstos iran desapareciendo, cuando el capital, la técnica y el trabajo estén socializados en la empresa autogestionaria basada en la propiedad social (no privada ni estatal), pues con estas dos no es posible rebasar, histórica, jurídica y económicamente, al capitalismo.

EL SUBJETIVISMO DE LA UTILIDAD FINAL

Los economistas de la escuela marginalista han encubierto más que revelado la teoría del valor económico de las cosas intercambiables o capaces de satisfacer necesidades humanas, según su grado de intensidad necesaria. Entre los clásicos del marginalismo figuran destacadamente N.W Senior, Lauderdale, Jevons, A. Marshall, H. J. Davenport, E. Böhm-Bawert, C. Menger, Wieser, Walras y V. Pareto; entre los *modernos*: Irving Fisher, J. B. Clark, Patten, Carver, Fetter y otros; pues incluso J. M. Keynes inpregna su doctrina del sujectivismo de la "utilidad marginal del capital", de la "propensión a consumir", así como otros conceptos más propios de la psicología que de la economía.

Si bien en nuestra época, ya no se comporta la economía (por estar muy en el devenir histórico, como en tiempos de los clásicos del pensamiento económico), como en los períodos del mercantilismo y el liberalismo, aunque más en el sentido de éste que en aquél. Actualmente, bajo el imperio de la *economía dirigida*, en los países de economía de mercado, capital concentrado y monopólico y en los países de economía centralmente planificada (sin la existencia del mercado), ya no se respeta la ley del valor de cambio debido a la intervención económica del Estado y a la fijación de precios de monopolio, ya sea bajo el modelo soviético o bajo el modelo de capitalismo

multinacional, concentrado o cartelizado para los principales productos primarios o de gran consumo.

En este orden de ideas, las monedas son muy variables de un año para otro porque la *inflación monetaria les quita a unos lo que les da a otros*, pasando gratuitamente rentas, desde los trabajadores a los burgueses o burócratas y desde los consumidores a los especuladores que controlan determinados mercados, en forma monopólica total o parcial.

Sólo sería respetada la ley del valor-trabajo, como intercambio justo entre trabajadores asociados con sus medios de producción en una economía autogestionaria: única que puede acabar con el desequilibrio económico, las depresiones o recesiones, la inflación monetaria, la injusticia social basada en la desigualdad económica entre los hombres, la desocupación en masa de trabajadores, superando para ello la propiedad individual o estatal con la propiedad social. Así se colocaría el derecho al trabajo por encima del derecho de propiedad, aboliendo las rentas parasitarias de todo tipo e invirtiéndolas, productivamente en beneficio de toda la sociedad sin que haya abundancia económica para unos y miseria para el pueblo trabajador.

Mientras las clases dominantes sean usufructuarias del *excedente económico*, que ellas no han producido sino extorsionado a los trabajadores asalariados, la teoría económica de clases privilegiadas tratará de ocultar los secretos de la plusvalía sustraída a los trabajadores. Así las cosas, el subjetivismo económico impregnado de idealismo semántico, se presentará como una ciencia de lo general, cuando se trataría de una política particular de las clases dominantes explotadoras y opresoras, en el Oeste y en el Este, con "democracia" o con "socialismo"... En este sentido, la economía es la más alienada de todas las ciencias, ya que es más importante lo que oculta que lo que revela al conocimiento humano, quizá porque los economistas —buenos tecnócratas— sirven al capital privado o al capital del Estado. Y como los economistas pertenecen a la división del trabajo de los burgueses o de los tecnoburócratas, que perciben la plusvalía, se asocian con ellos en su disfrute, elaborando doctrinas económicas en que siempre prometen al pueblo lo que nunca cumplen. Por consiguiente, mientras el pueblo no se constituya en consejos autogestores de la producción, la distribución, la circulación y el cambio de los bienes y servicios producidos, éste seguirá siendo el burro que cargue con las rentas parasitarias de los "terciarios", los burgueses, los tecnoburocrátas,los dirigentes de izquierda o de derecha. Y así, a lo sumo, lo único que puede *cambiar* para el burro es el ronzal o la albarda, pero éste seguirá llevando sobre sus costillas, sin disfrutarlo, el consumo improductivo de sus diferentes amos.

En este orden de ideas, mistificando la realidad económica, la escuela marginalista de economía política ha psicologizado la ley del valor económico de las cosas con conceptos un tanto esotéricos: *grado final de utilidad* de un bien, según Jevons: ofelimidad o satisfacción obtenida por un individuo del goce de una cosa, según Vilfredo Pareto; intensidad de la última necesi-

dad satisfecha, según Walras. En suma: jugar con los conceptos de *utilidad, escasez, cantidad o saciedad* de las cosas económicas, más en función psicológico-fisiológica que de la cantidad y calidad del trabajo para procurárselas penosamente —trabajando— no deseándolas, estando éstas en el limbo de la ofelimidad o de un voluntarismo económico.

La situación para un pobre y un rico, o mejor dicho, para un capitalista y un obrero, aunque con muy parecida fisiología, su orden de necesidades es muy distinto, ya que uno tiene el capital y otro sólo vende su trabajo; pero es el poseedor del capital el que domina y *aliena* al trabajador asalariado; pues su situación económica realmente es muy distinta: uno produce la plusvalía; otro la distribuye y la disfruta; uno, puede estar satisfecho con la adquisición de un "Rolls-Roice" o de un aeroplano; otro, en algunos países, no llega su ofelimidad a una simple bicicleta; uno, es casi indiferente al consumo de pan; otro encuentra en el pan su alimento fundamental de la dieta alimenticia diaria. Por consiguiente, si todos los hombres no están en igualdad de condiciones, de oportunidades, de preparación cultural, científica y tecnológica, de gestionar la economía, la administración, la información, la política, la justicia, la defensa y la totalidad del proceso económico, político y social; así unos mandan y otros, obedecen; unos son ricos; otros, pobres; unos encuentran su ofelimidad en los consumos de lujo; otros, en consumos populares de primera necesidad. Por tanto, la teoría marginalista de los valores económicos es eminentemente favorable a los intereses de clase de la burguesía y de la tecnocracia, de los empresarios y de los directores de empresas, en el sentido de las doctrinas de Schumpeter, Galbraith, Keynes y otros.

Pero, en cierto modo, para *administrar la plusvalía* producida por los trabajadores, sea con la burguesía monopolista o con la burocracia totalitaria, coinciden las doctrinas de los neo-liberales: Friedman, Mises y Hayet; las de los dirigentes tecno-burócratas: Keynes, Schumpeter y Galbraith; y las de los burócratas soviéticos: Preobrazhenski, Bujarin, Strumilin y Liberman. Todos ellos, aunque diferentes en ideologías, están de acuerdo en que unos produzcan el *excedente económico*, como productores directos, pero sin acceder a la gestión directa del capital, de las empresas autogestionadas.

Y volviendo a la doctrina marginalista —que ha tratado de disminuir el papel del trabajo en el proceso de valoración de la producción— nos parece poco real afirmar que en los bienes y servicios producidos, el valor está determinado por el menor uso o empleo útil que de ellos se haga, por la menor satisfacción que ellos producen a los consumidores. En una sociedad autogestionaria —teniendo como basamento la propiedad social, y una cierta igualdad entre los hombres—, la utilidad marginal o menor de una cosa no se alcanzaría, fácilmente, en un mercado socialista, no regulado por los mecanismos económicos del capitalismo privado o del capitalismo de Estado propios de las burguesías (nacionales o multinacionales) o de las burocracias totalitarias. Si todo el mundo tuviera derecho al trabajo y a consumir en diversidad de bienes y servicios ofertados, en un mercado no especulativo so-

cializado, la oferta y la demanda se equilibrarían; las *crisis de sobreproducción relativa* (propias de una sociedad de clases desiguales económicamente) no se producirían; así como las *crisis de realización* o de falta de mercados, ya que una economía integrada en federaciones de industrias y de ramas de producción, no produciría ni en exceso ni en defecto de todo, procurando que unas ramas de producción o de servicios no se desarrollen mucho y otras, poco, para evitar las crisis económicas cíclicas

En un *mercado autogestionario*, con propiedad social de los medios de producción y de cambio, la libre competencia de los grupos colectivos de productores intercambiarían sus bienes y servicios respetando la ley del valor de cambio, pudiendo ser cambiado o reemplazado cada producto por otro de igual valor. Así no se producirían situaciones paradójicas como en países de régimen soviético en que el Estado dicta que lo que vale poco tenga más precio o a la inversa, si ello conviene a la política de la burocracia totalitaria. En ese sentido, si paga poco el Estado los productos agropecuarios, para no subir el Estado-patrón tanto el salario a los obreros que trabajan en sus empresas industriales, se hacen así transferencias gratuitas de ingreso de los sectores de la *población rural* a los de la *población urbana*. Ello determina una aguda contradicción entre la ciudad y el campo, rigiéndose por términos de intercambio inequitativo. Y si un país o una sociedad se dice socialista en ella todos los hombres deben estar en igualdad de condiciones. De otra manera el socialismo será de palabra, pero no en los hechos; será la política de los tecnócratas, de los burócratas, o de los timócratas del pueblo, manipulado por la ideología del partido único por medio del monopolio de los medios de comunicación de masas: prensa, radio, televisión, cine, cultura, libros y universidades.

BIBLIOGRAFIA

BOHM-BAWERT, E. (1851-1914).

The austrian economists, annals of the American Academy of political and Social Science. 1981. El autor de Capital e Interés, su obra más famosa, considera que la doctrina de la utilidad marginal encierra el secreto de todos los problemas económicos. Y, al respecto, se expresa en estos términos:

"La idea de la utilidad final es el ¡Abrête, Sésamo!, la fórmula de la clave de todos los fenómenos más complicados de la vida económica y permite desentrañar los problemas más inextricables de la ciencia". (Obr. cit.).

Pretender que la desutilidad marginal de un bien o servicio explica todas las causas y efectos de la ciencia económica es confundir la psicología con la economía y el subjetivismo con el objetivismo.

BUFFON, G. L. (1707-1788).

Essai d' arithmetique moral. En esta obra Buffon, aunque naturalista más que economista, se da cuenta, sin explicar la lucha de clases o la desigualdad entre los hombres como Marx o Rousseau, que no tiene el mismo valor final el dinero del pobre que el del rico:

..."el escudo del pobre —dice— destinado a pagar los objetos de primera necesidad y el escudo que completa el saco de un bolsista son, a los ojos de un matemático, dos unidades del mismo orden, pero ante los de la moral el uno vale un luis, el otro no vale un chavo" (obr. cit.)

Evidentemente, para un multimillonario norteamericano un millón de dólares puede ser una cifra irrisoria, pero para uno de sus obreros o empleados una cifra inalcanzable, incluso sumando todos sus salarios o sueldos de una vida de trabajo. Por tanto, el dinero en manos de un pobre tiene valor en forma de moneditas de escaso poder de compra; el dinero, en las cajas de un empresario, prestamista o banquero, es sin duda, dinero homogéneo, pero mal repartido socialmente. Así, pues, en una economía autogestionaria, que procure la igualdad entre los hombres, no sólo económica sino también de oportunidades iguales para todos ellos, el dinero dejaría de ser el signo del poder omnímodo de unos y el de la pobreza para otros

SENIOR, N. W. (1790-1864).

Political economy. Este economista fue uno de los teóricos de la utilidad decreciente, en el sentido de que la oferta de un bien estaba condicionada por la dificultad de incrementarla, o sea, por el costo adicional de aumentar o producir una cantidad adicional.

"Rara vez dos artículos de la misma clase producen el doble de placer que uno —afirma Senior—, y diez producen, aún menos, cinco veces más placer que dos. Por lo tanto, es probable que el número de quienes están provistos de un artículo y no desean, o apenas desean, aumentar su provisión, sea tanto más grande cuanto mayor es su grado de abundancia, y para ellos la oferta adicional pierde todo, o casi toda su utilidad. Y es probable que el número de los que lo desean, el grado en que lo desean, aumente en proporción a su escasez; y su utilidad, o, en otras palabras, el placer que produce la posesión de determinada cantidad de él, aumenta en proporción". (Obr. cit. pp. 11-12).

Ciertamente, la utilidad, la cantidad, la escasez y la saciedad de un bien o servicio son conceptos que influyen en el valor económico de las mercancías, pero es que subjetivamente, por un acto de voluntad, nadie puede aumentar tanto los bienes y servicios hasta que se produzca la saciedad de nuestras satisfacciones. El valor venal se anula con la abundancia de todo, pero es que sólo una sociedad auto-organizada, con automatización de su trabajo, con una moral económica de necesidades frugales, sin derroches como los de la "sociedad de consumo", puede superar la economía mercantil de capitalismo privado o de Estado.

DAVENPORT, H. J. (1861-1931).

The economy of the enterprise. Siguiendo las doctrinas marginalistas del valor, este economista norteamericano estima (...) que los hombres siguen la línea de menor sacrificio (...) "la fórmula del placer máximo, es apropiada sólo cuando, entre dos clases de trabajo agradable, se escoje aquella clase cuyo proceso y producto proporciona la mayor satisfacción de las necesidades. Pero la fórmula del sacrificio mínimo es en todas partes bastante amplia". (Obr. cit. pp. 59-61).

Para Devenport, un hombre deja de trabajar en el momento que la continuación de su trabajo constituiría el mayor sacrificio ya que puede preferir el ocio a la actividad. Sin embargo, ello no se da ni siquiera con el gran progreso de la productividad en la "sociedad de consumo", donde los trabajadores suelen, frecuentemente ocuparse en dos empresas distintas, haciendo doble jornada, ya que sus necesidades materiales los acucian laboralmente. En las sociedades campesinas más atrasadas o en las de la caza y la pesca uno puede cambiar un objeto de caza por otro de pesca o, a riesgo del hambre, optar por un tiempo de ocio, pero bajo el capitalismo privado o de Estado, el obrero está sometido, en cierto modo, al esfuerzo máximo y al salario mínimo.

JEVONS, S. H. (1835-1882).

The theory of political economy. Concretando su pensamiento sobre la economía dice:

"...debe basarse en una investigación completa y exacta de las condiciones de la utilidad; y para entender este elemento, tenemos por fuerza que examinar las necesidades y deseos del hombre. Necesitamos, antes que nada, una teoría del consumo de la riqueza" (Obr. cit. p. 39).

Para Jevons, cuando más son los incrementos de una cosa o valor de uso abundante tanto más aumentará su desutilidad. Así, pues, la utilidad obtenida del último incremento sería su grado final de descabilidad para el consumidor.

Pero, casi todos los marginalistas, han elaborado su teoría de la utilidad final teniendo en cuenta a uno o dos individuos, a un grupo local limitado en sus necesidades, pero es que lo que pudiera ser saciedad para un individuo, en una economía de consumo inmediato, podría ser necesidad para la totalidad nacional, continental o mundial de los consumidores de un producto o artículo. Por tanto, lo que sería sobrante, en un caso, constituiría escasez en el otro. Así, por ejemplo, a los consumidores de manteca de la CEE les sobra este alimento, mientras que a los soviéticos, en el mismo tiempo, les falta; los primeros, la exportan; los segundos la importan; pero ello no depende que en una de estas regiones se desee más la manteca que en la otra por su grado de utilidad, sino porque las vacas de la CEE están mejor alimentadas y rinden más leche por año, cada una, que las de la URSS. Ello es un hecho económico y no psicológico.

LAUDERDALE, Conde de (1759-1839).

An inquiry into, the nature and origin of the public wealth. Este economista británico fue un agudo observador de los hechos económicos; pensaba que el valor de una cosa útil capaz de satisfacer necesidades humanas podía modificarse en las siguientes situaciones: disminución o aumento de su cantidad; acrecentamiento o decrecimiento de su demanda. Y para decirlo con sus propias palabras expresa:

"...el aumento del valor de cualquier bien, a consecuencia de la disminución de su cantidad, tiene que estar regulado por la perseverancia de los consumidores en su deseo de disfrutar de la misma cantidad; que generalmente ha de depender de la naturaleza del bien escaso, ya que la tenacidad con que se procura obtener la misma cantidad tiene que ser proporcional al grado de inclinación que por dicho bien haya creado la necesidad, el hábito o el gusto". (Obr. cit. pp. 65-66).

Pero el valor no depende sólo del "hábito", el "gusto", ni siquiera del "bien escaso", pues los artículos de consumo popular pueden estar subiendo de precio y, al contrario, permanecer estables o subir poco los artículos de lujo; pues hay menos consumidores en el mercado de los ricos que en el de los pobres.

MARSHALL, A. (1842-1924).

Principles of economy. Para Marshall se puede presentar, sobre la cuestión del valor, tres casos: 1) que la producción esté determinada por costos crecientes o rendimientos decrecientes; 2) por costos unitarios constantes o rendimientos constantes; 3) por los costos unitarios decrecientes o rendimientos crecientes. Al mismo tiempo —estimaba— que el tiempo influía sobre el valor, tanbién, en tres situaciones: a) un período demasiado corto de trabajo en que no se produce nada; b) un tiempo en que la oferta puede ser incrementada, empleando los factores de producción existentes, pero cuya duración es insuficiente para que sean ajustados cuantitativamente; c) un tiempo suficientemente largo para que se ajuste a la oferta los factores de producción. En suma, Marshall es menos psicologista que los marginalistas y entra, en cierto modo, en la teoría del valor-trabajo, no en un sentido tan concreto como A. Smith, D. Ricardo y C. Marx.

Para expresarnos con palabras de Marshall respecto al tema que nos ocupa, dice: "...podemos concluir que, como regla general, cuanto mas corto es el período que estamos considerando, tanto mayor debe ser la parte de nuestra atención que dediquemos a la influencia de la demanda sobre el valor; y cuanto más largo sea el período, tanto más importante será la influencia del costo de producción sobre el valor" (Obr. cit. p. 349).

MENGER, C. (1841-1921)

Investigación sobre el método de las ciencias sociales y, en particular, de la economía política. Menger es quizá el representante más destacado de la escuela austríaca, en cuanto a la teoría marginalista del valor. Su tesis principal es la siguiente:

"La utilidad de un bien se refiere a la menor intensidad de necesidad satisfecha". En este orden de ideas, la utilidad de cada unidad económica se mide por la de la última unidad adquirida o conservada.

WALRAS, M. E. L. (1834-1910)

Economía política pura. Una de las preocupaciones fundamentales de este economista fue la teoría del cambio, en que el valor, más que la cantidad promedio de trabajo contenida en la mercancía, depende de la rareza y de la utilidad final. Pero el aporte teórico más importante de Walras a la economía política consiste en su concepción de la interdependencia global de los fenómenos económicos comprendiendo todos los bienes y servicios y todos los factores productivos, algo así como una anticipación a lo que hoy llamamos el producto interno bruto. Pero como economista matemático, estima que "la economía pura debe sacar de la experiencia sus tipos de cambio, de oferta, de demanda, de capitales, de rentas e ingresos, de servicios productores, deproductos. De esos tipos reales debe ella abstraer, por definición, unos tipos ideales y hacer sus razonamientos sobre estos últimos para no volver a la realidad más que, una vez construída la ciencia, con miras a sus explicaciones" (Obr. cit, p. 20). En este sentido, la economía es más matemática que política y sociológica, pero no más verdadera, sino más abstracta y metafísica, más tecnócratica.

WIESER, F. von. (1851-1926).

Desarrolló el concepto económico de costo de opurtunidad, alternativo o de transferencia, indicando que los costos no son precios requeridos para determinar la oferta de los factores de producción, para estimular estos factores a producir, sino que son pagos necesarios para atraer los factores productivos en un sentido determinado desplazándolos de otros posibles usos. En este orden de ideas, expresa:

"Los elementos productivos que sólo admiten una clase de ocupación, no comparten la multiplicidad de condiciones necesarias para que surja lo que reconocemos como costos. Una fuente de agua mineral que sólo puede utilizarse extrayendo su contenido y embotellándolo, tiene evidentemente, que guardar una relación del todo distinta con el valor del producto a la del trabajo no calificado que llena las botellas, pero que puede emplearse además en otros usos" . (Natural valew p. 175).

En suma, para Wieser "los medios productivos que tienen un costo, son agentes productivos que están muy esparcidos y tienen múltiples usos. Como tales, prometen un rendimiento lucrativo en muchos sentidos; pero la realización de uno de éstos supone por fuerza una pérdida de todos los demás. Es este sacrificio el que está comprendido en el concepto del costo".

CAPITULO VI

LOS MECANISMOS DE LOS PRECIOS EN LA ECONOMIA MERCANTIL

Moneda y precios en el capitalismo privado o de Estado

Los precios tienen tendencia histórica a subir y, en consecuencia, la moneda a depreciarse. Jean Bodin, en el siglo XVI, insinuó la *teoría cuantitativa de la moneda*, indicando que los precios subían por la influencia del oro y plata del Nuevo Mundo. En el Imperio Romano, en los tiempos de la decadencia, la inflacción se realizaba, no en papel-moneda, sino degradando el peso y la ley de las monedas. En nuestra época, desde la gran baja de los precios durante la crisis económica de 1929-33, la inflacción ha sido la característica económica dominante en todo el mundo, porque las monedas, fuera del patrón-oro, están al servicio de los gobiernos y de los banqueros y en contra de los consumidores y de los asalariados.

Al abandonar el *patrón-oro* se creó una moneda elástica para mover los precios a voluntad (de los "grupos de presión"), y, en consecuencia, al no bajar los precios no pueden ser revaluadas las monedas, que los miden económicamente. Podría decirse que el capitalismo moderno no quiere un dinero estable, (firme, con precios en oro) para obtener ganancias excesivas y rentas gratuitas con la especulación comercial, cambiaria y financiera, determinada por una constante inflacción que suba más los precios que los salarios para enriquecer a los capitalistas y empobrecer los obreros.

Si los valores económicos fueran expresados en una moneda estable, los precios tenderían a declinar, dado que el trabajo produce cada vez a más bajo costo de producción debido al maquinismo automatizado. Si la tierra rinde más con mejores métodos de producción, más abono y mejores máquinas,

nada explicaría, por consiguiente, que los precios agropecuarios sean cada año que pasa más elevados en función del papel-moneda inflacionario.

En la industria, la productividad se ha multiplicado con el empleo de máquinas de control numérico, sin embargo, los precios de los productos industriales siguen subiendo, incluso en países de gran progreso tecnológico. Por paradóijco que nos parezca, producimos siempre más y mejor; pero vivimos cada vez peor; más y más caro. Ello se debería a que las monedas nacionales son controladas, no por los trabajadores y los consumidores, sino por los monopolios, el Estado, los "grupos de presión" privilegiados y el gran capital financiero.

La *economía liberal* contó con mecanismos de autorregulación de los precios mediante monedas de oro o con el patrón-oro. Entonces los gobiernos no podían emitir dinero inflacionario, ya que sin entrar oro, divisas o aumentar la producción, los bancos centrales no podían poner dinero en circulación. Tal sistema rigió durante el siglo pasado y, parcialmente, hasta la gran depresión de 1929-33. El rigor de los *precios en oro*, y que en las crisis producía su derrumbe, determinó el abandono del patrón-oro por parte del dólar y la esterlina, monedas pilotos de la economía mundial. Todas las demás monedas siguieron el ejemplo monetario anglosajón en la década de 1930-40. Así nació la economía dirigida: el Estado, que no intervenía económicamente mucho en el régimen liberal, se colocó como centro de gravedad de la economía nacional. Y como el dirigismo estatal deja muchos huecos sin control en la economía de un país, fue ampliado en muchos países —capitalistas o "socialistas"— con la economía planificada. Así, pues, el *liberalismo*, el *dirigismo* y el *planismo* son tres cambios económicos experimentados en el curso de un siglo, ya que el liberalismo tuvo su apogeo en la segunda mitad del siglo XIX; y el dirigismo y el planismo, con la gran depresión de 1929-33 y la Revolución Rusa de 1917, que no superó el capitalismo de Estado disfrazado de marxismo ideológico.

Es evidente que nos hallamos en una época de transición a otras formas económicas que el capitalismo privado o de Estado. El paso del liberalismo al dirigismo y de éste al planismo expresan, históricamente, que la economía nacional tiende ha ser cada vez más social, más autogestionaria; menos privada, corporativa y centralizada, en razón de un socialismo libertario como alternativa a la economía burguesa (Oeste) y a la economía estatizada (Este): ambas usurpadoras de plusvalía.

Se ha abusado demasiado de la inflacción monetaria, para procurar ganancia a los sectores privilegiados, en contra del pueblo trabajador y consumidor. La crisis de 1929-33 tuvo sus correctivos en la *inflación de los precios*, lo que en realidad, era indirectamente una rebaja de los salarios, para estimular asi las ganancias de los empresarios.

Al comienzo la inflación no era alarmante; pero luego de dos guerras mundiales, que se pagarón con papel-moneda insolvente por los Estados beligerantes, la inflación lo está descomponiendo todo económicamente. Inclu-

so los Estados -que abusan y usan irracionalmente de la inflación- descubren que sus funcionarios se declaran en huelga frecuentemente, cuando el atraso de los salarios es muy grande con relación al alza contínua de los precios.

Para salir del círculo vicioso de los precios subiendo y los salarios bajando, es necesario un régimen económico que conjugue los intereses que todos y de cada uno de los ciudadanos, fiando más la prosperidad económica a la cooperación, la autogestión, el dinero estable, el mercado (libre de especuladores) y a la propiedad social de los medios de producción y de cambio, como basamento económico de la sociedad libertaria que supere las clases y su contenido económico: la propiedad privada o estatizada.

Es necesario un *nuevo régimen económico*, sin definiciones abstractas o ideológicas, pues lo que cuenta es el grado de productividad del trabajo, el progreso económico y el bienestar de todos en una empresa de todos. Hay que instaurar una economía autogestionaria que funcione a más bajos costos de producción y con más bajos precios de mercado que las economías burguesas o estatalizadas.

La mejor economía para un país es la que acelere la expansión de la producción y mantenga la plena ocupación de los trabajadores, sin comerse el capital social, ampliándolo todos los años hasta que la creciente productividad procure más tiempo de ocio que de trabajo.

Debe haber plena libertad de ensayo económico (empresas mixtas, municipales, cooperativas, mutuales y autogestionarias) sin estalinismo, monopolios ni elitismo. Lo importante es poner la economía social al servicio de la población: fuera del control de los monopolios nacionales o extranjeros; que en plena libertad y competencia triunfe el régimen que dé más cantidad y mejor calidad de producción a más bajos precios para la población; más participación a los trabajadores y más libertades al pueblo, liberado de opresores y explotadores, burgueses o burócratas del Oeste o del Este.

A esta altura de nuestra experiencia histórica, sin perdernos en la metafísica política de las ideologías contemporáneas y por los resultados históricos del régimen soviético o del neo-capitalismo de la "sociedad de consumo", el único sistema socio-económico que puede hacer cumplir la ley del valor-trabajo en los intercambios, dentro de un mercado socialista (libre de mercachifles, de agiotistas monetarios y bursátiles, de capitalista que consumen mucho y producen poco), es la economía autogestionaria (en las empresas, explotaciones agro-industriales, servicios, talleres y fábricas) y la democracia directa (en la política), de modo que la Sociedad auto-organizada sustituya al Estado de clase: opresor y explotador; insaciable en impuestos; disipador del producto interno bruto, en más de su mitad en muchos países, sin devolver a la Sociedad casi nada productivo; multiplicador del déficit del presupuesto del gobierno burocratizado; acumulador de una enorme deuda pública interna y externa que hipoteca a los países; derrochador de la riqueza en gastos improductivos; planificador del desastre económico programado por la *burguesía y la burocracia de Oriente y Occidente*. Frente al desorden econó-

mico, hay que desburocratizar y desaburguesar la economía mediante la instauración de un socialismo libertario, autogestionario en las empresas y con democracia directa, en la política, sin monopolio de los partidos, como autopoder de todo el pueblo.

PRECIOS EN HORAS DE TRABAJO

En el siglo XVI, una naranja (fuera de su zona de producción) valía unos 2 dólares; era un lujo de príncipes. Antes de desarrollarse el comercio mundial plenamente 1 kilogramo de higos (fuera de su zona ecológica) constituía un valor igual a 3 pollos; y un kilogramo de dátiles se expresaba por un valor equivalencial de 10 kgs. de carne.

Con el comercio mundial ampliado por los transportes marítimos, terrestre y aéreos, los productos circulan ahora por todas las regiones de la tierra. Así los precios entre las mercancías guardan otra equivalencia del valor que en la Edad Media, en que un kilo de grasa valía tanto como un kg. de carne; pero ahora con la producción en masa de aceites vegetales, la carne vale mucho más que la grasa, subproducto destinado más bien a la fabricación de jabón que al consumo humano.

El economista francés J. B. Say decía que "la comparación de los precios de una época con los precios de hoy es la cuadratura del círculo de la economía política, ya que no hay medida común para establecerla". Sin embargo, existe esa medida: la *hora de trabajo (HT).* Calculando todos los bienes en horas de trabajo social medio para la producción de un bien o servicio, tendríamos la explicación de los costos de producción y las relaciones verdaderas del valor o precios entre las mercancías; sabríamos si realmente el precio de un producto ha subido o bajado con su tiempo de trabajo, no en función de monedas inflacionarias sino en términos concretos de valor-trabajo, que no es posible con capitalismo privado o de Estado, pero si en un sistema de socialismo autogestionario, donde los precios en unidades de trabajo serían estables o más bien decrecientes en razón del aumento de la productividad debida a la automatizacion progresiva del trabajo.

Una verdadera estadística, objetivamente concebida, debiera calcular en horas de trabajo el alquiler, un traje, unos zapatos, varios alimentos de primera necesidad y todos los bienes y los servicios. De esa manera, con la *hora de trabajo (HT)*, como medida estable de valor, se vería la estafa de la inflación con los obreros, mientras hace ganar dinero a "grupos privilegiados", a la burgesía. La hora de trabajo es ya un módulo de valor para los ingenieros que calculan sus grandes proyectos en millones de horas de trabajo, a fin de tener un valor fijo más firme que las monedas inflacionarias, que no sirven para medir equitativamente los valores económicos, como el dólar, las euromonedas, el yen y las monedas de países del Tercer Mundo.

Histórica y económicamente, los bienes y servicios disminuyen de valor:

cada vez cuesta menos horas de trabajo, en países con desarrollo tecnológico y económico. En este sentido, como ejemplo, veamos una estadística interesante sobre los precios en Francia, estimados en tiempo de trabajo y no en francos:

FRANCIA; PRECIO DE ALGUNOS PRODUCTOS EN HORAS DE TRABAJO

Productos		1906	1954
Chocolate	Kgs	3 h 40 m	3 h 00 m
Café	Kgs	4 h 15 m	5 h 00 m
Azúcar	Kgs	0 h 45 m	0 h 29 m
Jabón	Kgs	0 h 52 m	0 h 38 m
Pan	Kgs	0 h 30 m	0 h 20 m
Patatas	Kgs	0 h 15 m	0 h 07 m
Carne de vaca	Kgs	4 h 15 m	4 h 00 m
Pollo	Kgs	4 h 30 m	3 h 00 m
Automóvil. (horas)	Kgs	10.250 h	3.476 h

FUENTE: Jean Fourastié. *La revolución en Occidente*. Edit. Fontanella. Barcelona, 1964.

Lo contradictorio de nuestra época es que cada día invertimos menos tiempo de trabajo para producir un bien o un sevicio; pero los precios en moneda, sin embargo, son más y más elevados. Esta contradicción entre el progreso de la técnica (que abarata los productos del trabajo humano) y alza los precios (por mecanismos monetarios inflacionistas o devaluacionistas), condena a perecer a un capitalismo que procura ganancias a los burgueses con el alza de precios, y no una gran abundancia de artículos manufacturados y productos agropecuarios para los consumidores y los trabajadores, para todo el mundo por igual. Ello sería posible con el socialismo, pero no con el capitalismo privado o de Estado.

Así, pues, el mejor régimen económico, por encima de las definiciones ideológicas, es aquél que dé trabajo para todos; bienestar y cultura para todos; precios cada vez más y más bajos a tenor del aumento de la productividad del trabajo; expansión de la producción mediante el ensanchamiento del mercado autogestionario, que debe ampliarse con el alza del nivel de vida para todos; pues el consumo es la determinación de la producción; debe aquél aumentar siempre más para una producción mayor y mejor, cada vez más automatizada para liberar al hombre del trabajo penoso por las máquinas cefalizadas por medio de ordenadores electrónicos controlando el proceso de producción casi sin empleo de trabajo humano, en el socialismo libertario: esperanza de liberación de la humanidad.

PRECIOS, MONEDA Y PRODUCTIVIDAD

Cuando los precios no revelan objetivamente la ley del valor de cambio de las mercancías, debido a la moneda elástica (inflacionaria), fuera del oro del patrón-oro, del (HT) o de monopolios de las multinacionales, los consumidores son así sacrificados a los empresarios, que mediante la inflación de los precios de monopolio obtienen rentas diferenciales gratuítas, extraídas del pueblo trabajador y consumidor, poniendo siempre a los salarios detrás de la subida permanente de los precios.

Bajo un régimen de moneda fuerte (moneda-mercancía) con valor estable, los precios deberían tender a bajar sintemáticamente. Como las *técnicas* van avanzando, año tras año, así la productividad aumenta constantemente;es natural que los precios debieran declinar y ser favorables a los consumidores como desde 1876 hasta 1913. Sobre la base de dicho período (tomando como base 100: 1938) hacia 1876/1880, el índice de precios era 147 contra 137 en 1913. Estos datos pueden ser comprobados en "Industrial and Forcing Trade" de la Sociedad de Naciones. Como la productividad crece históricamente, consecuencia del progreso tecnológico lineral, los precios debieran declinar, siendo expresados en moneda firme, si no estuvieran determinados arbitrariamente por monopolios y si se expresaran en horas de trabajo social medio.

Vivimos, pues, en un mundo alienado, cada vez más extraño al hombre, más contradictorio e incomprensible en su aspecto económico. Por producir más y mejor, paradójicamente, tenemos que vivir siempre más caro y peor por mantener el capitalismo y no instaurar ya el socialismo libertario, que ya es posible con la progresiva automatización del trabajo.

Según la doctrina de J. M. Keynes, con el "presupuesto descompensado" la política de inflación permante y el "abandono del patrón-oro", se agotarón las fuentes internas de acumulación de capital, incluso en un país tan poderoso como Estados Unidos. Actualmente este país debe varias veces más dólares que el total de su reserva en oro; pero gracias a ello es próspero en deudas que debe en dólares, que no los paga. Ello le permite expandirse económicamente a costa de que otros países conserven dólares en las arcas de sus bancos centrales, pero sin conversión en oro o de equivalente de su valor en oro.

Uno de los mayores contrasentidos de la economía contenporánea reside en que las mercancías cada vez tienen menos valor (exigen menos tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas), pero son siempre más y más caras, desde que el papel – moneda puede ser inflacionariamente multiplicado a voluntad. Casi todas las monedas, aun las más estables de Europa y Norteamérica, se deprecian anualmente más que el porcentaje de aumento de la productividad. Gracias a ello si la renta bruta nacional de un país crece un 4%, 5% y la productividad al rededor del 5%, un aumento de salarios del

5% sería nulo; puesto que los trabajadores no se benefician de su mayor productividad con la depreciación monetaria en igual proporción. ¿Cómo puede continuar existiendo un régimen que tiene necesidad de quitar más, por un lado de lo que da por el otro, a los trabajadores, constantemente engañados por los mecanismos monetarios capitalistas.

En todos los países, por atrasados que sean en progreso tecnológico, siempre hace falta menos tiempo de trabajo social para producir un bien; pero, sin embargo, los precios siempre van subiendo. Con la depreciación monetaria contínua, el capitalista explota a los trabajadores y a los consumidores, no procurándoles bienes cada vez más y más baratos, como sucedía entre 1870 y 1913, mientras existió un relativo *liberalismo económico*, una moneda estable que no podía ser aumentada a voluntad, sino en contrapartida de más producción, más ingresos de oro y más divisas en los bancos centrales emisores de papel-moneda.

El F. M. I., producto del "Plan Keynes" y del "Plan White", ha facilitado la inflación internacional en beneficio de los norteamericanos. Pues si este país tiene déficit en su balanza de pagos, lo salda con emisión de papel y no con oro, cosa que no puede hacer el resto de los demás países. En estas condiciones, el dólar no se obliga a devaluarse oficialmente ni a recomprar sus enormes excedentes de dólares papel (euro-dólares, petro-dólares) esparcidos por el mundo, con los cuales se financia su economía; pero si el franco, el marco o el yen tuvieran déficit con Estados Unidos, deben comprar sus dólares con oro. He ahí la ley del embudo en la cual se basa el F. M. I., instrumento del imperialismo monetario del dólar, que cuando él habla se callan todos ya que tiene el derecho de *veto* en esa institución financiera internacional.

¿Cómo conciliar un sistema de economía mundial en que el precio del azúcar declina de 9 centavos de dólar, desde 1962 a 1963, a unos 2,8 centavos en 1965, igual precio que en preguerra, mientras el acero norteamericano o alemán había triplicado el suyo? ¿Cúal es la suerte de la R. Dominicana en que el 60% de sus exportaciones son en azúcar?. Ello explicaría la ruina de los países exportadores de materias primas cuyos precios reales en 1988 eran, más o menos, los de la gran depresión de la década de 1929-33.

DINERO, VALOR Y PRECIO

La forma dinero, que expresan las mercancías, es la forma del precio: si el dinero no es mercancía, es decir, si no es oro, plata o algo que represente a estos metales, el patrón del valor es algo que no sirve para medir, económicamente, el valor de las mercancías que concurren al mercado. Bajo el régimen del dinero de curso forzoso, papel-moneda no sometido al patrón-oro, los precios son inestables, ya que no los mide o determina tanto el dinero como la relatividad de valor entre las mercancías.

Cuando el dinero es producto del trabajo humano: oro, plata cobre, no se puede multiplicar a voluntad los precios, pues si el dinero solvente mide el valor de las mercancías éstas, a su vez, miden el valor del dinero. En una situación de inflación galopante, cuando el dinero sólo vale su valor papel, hace falta llevar una bolsa de dinero para adquirir cualquier mercancía, ya que el dinero despreciado no vale por sus cifras, sino su valor en materia prima (pasta de papel, más el trabajo humano de imprimir billetes de banco).

La *magia del dinero*, propio de una economía mercantil con prevalencia del interés privado sobre el interés general, no deja ver los verdaderos mecanismos económicos que hay detrás de los precios. Las teorías monetarias y las teorías de los precios, constituyen la parte más oscura de la economía política: son más difíciles éstos de explicar con claridad que los misterios de la religión, quizá porque *algo* hay oculto detrás de todo el sistema económico de mercado capitalista o de intereses privados (entre sí contradictorios), inherentes al capitalismo, pero no en un socialismo libertario en que los precios en (HT) u horas de trabajo serían justos y no inflacionarios.

El dinero tiene todos los poderes sobre la sociedad; hace todos los milagros; pero no por ello es omnipotente; su fragilidad reside en que al querer resolverlo todo, con la emisión de papel-moneda, lo complica todo y lo degrada todo; pues los gobiernos que usan y abusan de la inflación, de las devaluaciones monetarias, se encaminan, inevitablemente, a una crisis total que lo abarcará todo: sacudirá todo el sistema económico y creará condiciones objetivas y subjetivas para el paso del capitalismo al socialismo libertario.

Hay un velo inpenetrable detrás del dinero, pero si los precios de las mercancías se leen al revés, en un boletín de cifras, se descubre qué cantidad de unidades de objetos adquiere el dinero: o sea, que son las mercancías las que dictan sus precios, cuando el dinero está fuera del patrón-oro, del oro, de la plata, de los metales preciosos o del (HT). Por ejemplo, cuando la moneda metálica vale más como mercancía que como dinero, desaparece completamente el mercado (caso de ciertas monedas metálicas). Tal era la situación en el Uruguay —en 1965— luego de repetidas devaluaciones del peso uruguayo, para estimular las exportaciones no competitivas o para proporcionar ingresos al Gobierno en forma de detracciones (impuesto sobre las exportaciones de el valor FOB).

Una moneda —que no tiene en cuenta su valor fijo en metales preciosos, que aumenta sin contrapartida de produccion— no mide todos los valores con el mismo rasero, creando así grandes injusticias económicas y sociales en el reparto de la renta bruta nacional. Si suben los precios libremente, y quedan congelados los salarios y sueldos, hay injusticia distributiva: así ciertos grupos privilegiados se apropian rentas gratuítas. Si subieran los precios 50% y los salarios y sueldos un 30%, quedaría a favor de los que posean mercancías o que paguen salarios un beneficio del 20%, sin haber producido nada en compensación para merecer tal regalía, cosa que sucede en el capitalismo ya que en él ganan unos (los burgueses) lo que pierden otros (los asalariados) y por eso la inflación es crónica.

La gran masa asalariada —en el caso de países muy proletarizados— un 2/3 de la población (que es asalariada) sería sacrificada a los sectores especulativos o privilegiados por las devaluaciones y las inflaciones monetarias, pero, en el fondo, esta política no beneficiaría a nadie, ya que si el pueblo consumidor —que es el mercado más grande—, ve disminuir sus ingresos, comprará menos ropa, alimentos, artículos para el hogar, etc., lo cual producirá capacidad ociosa en las fábricas y desocupación, ya que toda producción se resuelve en el consumo, y si éste decreciera estallaría la crisis. He ahí el caso de muchos países latinoamericanos con mucha población asalariada falta de poder adquisitivo debido a la inflación rampante o galopante.

Todos los días andamos con el dinero a vueltas, pues que sin él nada podríamos proporcionarnos en una *economía urbana* mercantilizada en que cada uno depende de los otros, trabaja para otros y está alienado en otros, a fin de procurarse mediante el dinero los bienes y servicios producidos por otros. En la economía campesina de consumo directo, el dinero y el precio no tiene mucha significación; pero en una ciudad populosa al cambiar el valor dinero —inflación, devaluación, etc— cambia todo. Si no se hacen con cierto criterio social, los mecanismos cambiarios y monetarios, al servicio de políticas de "grupos burgueses o de presión", conducen a una creciente crisis económica. El dinero, en apariencia inocente, bajo un régimen de moneda de curso forzoso, no sometido a respetar una determinada paridad con los metales preciosos o con el (HT), produce dislocamientos enormes en una economía nacional hasta conducirla al caos.

Entre sí, las monedas firmes miden una cantidad de oro o una relación con el oro, entre ellas, cuando son divisas internacionales: (libra esterlina, dólar, yen, marco, franco, florín, etc). En tales situaciones, si los precios internos o los costos, en el marco de una moneda nacional, subieran desmesuradamente sus exportaciones se harían incompetitivas en el marco mundial. En tal caso, para seguir exportando habría que rebajar costos de producción, aumentar la productividad del trabajo, para ponerse a nivel de competencia internacional, o devaluar la moneda en cuestión, para transferir a los consumidores nacionales —como alza de precios— la rebaja de éstos en los mercados exteriores, debido a las devaluaciones de las monedas nacionales débiles, inconvertibles en oro o en divisas firmes o escasas.

En Sudamérica, Argentina, México, Perú, Uruguay, Bolivia, Brasil, Chile y otros países no pueden sanear sus monedas. Chile ha cambiado el viejo peso por el escudo, pero a base de una operación aritmética, es decir convirtiendo 1000 unidades monetarias de antes por 1. El franco francés también hizo esa experiencia, pero no como coeficiente aritmético, sino como cambio fundamental de política económica, para estabilizar y salvar el franco. Argentina ha cambiado varias veces el valor del peso, en más de 10.000 x 1, y el resultado ha sido siempre el mismo: inflación, devaluación..., reflación, tanto con dictadura como con democracia parlamentaria.

Para que la economía se mueva dentro de un clima sano debe contar con

una moneda sana. El dinero, fuera de sus fronteras, debe relacionarse con el oro, por ser éste homogéneo universalmente, ya que cada moneda regida por el patrón-oro se refiere a una sola moneda: el oro, con más o menos peso en gramos. En cambio, dentro de sus fronteras, cada moneda significa un peso en oro en relación a igual valor en las mercancías, cuando la moneda es sana y estable. El dinero no mide tanto un valor en otra moneda, como igual sacrificio o trabajo expresado en oro por una mercancía obtenida a intercambio, cuando el dinero es solvente, cuando costó tanto trabajo como la mercancía pagada o comprada con él; pero el oro en una economía libertaria sólo tendría aplicación para el comercio exterior y no para el intercambio interior en un mercado autogestionario.

En nuestro tiempo, particularmente en Sudamérica, los regímenes monetarios son el colmo del absurdo . Las monedas no sirven para medir valores económicos, como el metro la longitud o el gramo, el peso (sin que ello cambie un año sobre otro); mientras que las monedas suelen perder más del 1000 x 100 de poder adquisitivo en un solo año como ha sucedido con el cruceiro, el sol peruano, el peso argentino, el balboa y el peso boliviano. ¿Cómo calcular los costos, los precios, los salarios, los impuestos, etc. con una moneda degradada que no sirve para medir nada en forma estable, porque el Estado, caro y malo necesita la inflación para cubrir el déficit de sus presupuestos?.

Al depreciarse las monedas nacionales, se cae en el mito del dólar: un dólar de cuenta que no tiene nada que ver con el dólar en oro de 1971, con un contenido de 0,888 milígramos de oro. El dólar especulativo de las devaluaciones monetarias sudamericanas es un dólar fantasma, un dólar que permite dar a la oligarquía exportadora más pesos por la misma o menor cantidad exportada de lana, trigo, café, cobre, estaño, granos, etc. Si los "grupos de presión" ligados a estos productos de exportación no producen más cada año, pero reciben más y más pesos por la misma cantidad de bienes, es evidente que el dólar de cuenta —dólar de las devaluaciones— es como un rey Midas que todo lo que toca se convierte en dinero para las oligarquías. Pero a la larga, sólo qudarán papeles insolventes, sin ningún valor o casi ninguno, andando el tiempo; pero con esta mecánica monetaria los precios nunca serán favorables a los trabajadores y a los consumidores, sino a los especuladores capitalistas con la inflacción y la devaluación de las monedas.

Luego de una *devaluación monetaria* descubriremos que lo que sube en precios es la lana, el café, la carne y los productos de exportación bajo el mecanismo de aumentar las cotizaciones del dólar en moneda nacional. Aquí reside, pues, la gran estafa sobre el trabajador y el consumidor. Por salvar a unos pocos oligarcas, nos hundiremos todos en la crisis. Si las monedas de los países exportadores de lanas, carnes, cuero y oleaginosos, por ejemplo fueran estables, la baja, en 1965, de casi un 50% del precio de la carne sudamericana en Londres (respecto de sus precios de 1965) la pagarían los ganaderos y frigoríficos exportadores; pero si bajó la carne más del 40% en Lon-

dres y sube 100% en Buenos Aires y Montevideo, el "dólar de cuenta" (dólar especulativo) es una especie de rey Midas o Lucifer, que hace más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. ¿Hasta cúando una moneda nacional debe ser sacrificada al mito del dólar de cuenta que infla el valor de las exportaciones dando más dinero por menos valor económico exportado a los ricos exportadores, que tienen a su servicio particular las monedas nacionales para ganar dinero?

Los *mecanismos monetarios*, utilizando la inflacion, las devaluaciones de las monedas, los tipos de cambio infravaluados o subvaluados, la manipulación de los tipos de interés del dinero, permiten a quienes tienen el poder económico hacer trampas en el juego sucio, donde los asalariados (los que tienen rentas fijas, los pobres y los países pobres), siempre pierden porque las reglas del juego monetario no son iguales para todos en el reparto desigual de la riqueza. En cambio en la época del *trueque* cada producto se cambiba por otro equivalente, de modo que el salvaje o el bárbaro tenían una relación de intercambio más justo, más equivalencial que en nuestra época de los bancos informatizados. Hay, pues, que desmitificar la economía política, no con palabras, como hacen los economistas profesionales, sino pasando a una economía autogestionaria en que el trabajo sea el dueño del capital, sin capitalistas ni tecno-burócratas.

¿INFLACION O DEFLACION?

La crisis económica de 1929-33 se caracterizó, como todas las crisis que la precedieron por una onda económica deflacionaria: baja general de precios, desocupación en masa, caída vertical de las cotizaciones en la Bolsa, alza de los tipos de interés, escasez de crédito, revalorización del poder adquisitivo de las monedas, mientras que en las crisis modernas o recesiones suceden las cosas de otro modo. Al contrario, la depresión económica contemporánea se presenta como repetidas crisis monetarias internacionales vinculadas al dólar principalmente que, en vez de operar una deflación, contagia "inflación internacional", aunque se experimenten fenómenos generalizados de tipo depresivo. Los tipos de interés, aunque están algunos años en algunos países industrializados bien por arriba del 10% anual, son muy bajos, ya que la inflación de los precios, la depreciación monetaria suele rebasar el 10% lo cual reduce, realmente, el tipo de interés a cero; puesto que una moneda fuera del patrón-oro es sólo lo que compra —más o menos—, si bien tendencialmente compra cada vez menos. El crédito, que en las *crisis clásicas* era escaso, ahora es abundante, debido a la inflación monetaria sistemática. La desocupación, cuando más, en Estados Unidos e Inglaterra en 1980-90 no rebasó respectivamente, el 12 ó 7% contra más del 20% en 1929-33, en Estados Unidos.

Pero lo más paradójico de las crisis modernas es que los precios no bajan, sino que tienden a subir progresivamente, a causa de la inflación monetaria, como consecuencia de que las monedas no están sujetas al patrón-oro, sino al dólar insolvente, inconvertible en oro, o a los ficticios Derechos Especiales del Giro (DEG) emitidos por el FMI.

Las manipulaciones monetarias y financieras de la burguesía neyorkina, para succionar la plusvalía mundial, han sido rayanas en una estafa de alto vuelo por medio del FMI, el BIRF, el GATT y las multinacionales norteamericanas asociadas, en muchos casos, o integradas con éstas, capitalismo mundializado que, a pesar de su enorme poder económico, no ha sido capaz de acabar con la inflación de los precios, como puede apreciarse en el cuadro siguiente.

AUMENTO DE LOS PRECIOS AL CONSUMO
EN VARIOS PAISES
(% anual repecto del período precedente)

	Media 1959-60 a 1970-71	1971	1972	Primer trimestre de 1973
Canadá	2,6	2,9	4,8	7,6
Estados Unidos	2,8	4,3	3,3	7,9
Japón	5,7	6,1	4,5	16,4
Australia	2,7	6,1	5,8	9,6
Francia	4,1	5,5	5,9	4,0
Alemania (R.F.)	2,8	5,2	5,8	6,8
Italia	3,9	4,8	5,7	12,7
Inglaterra	4,2	9,4	7,1	7,4
Bélgica	3,0	4,3	5,5	6,5
Holanda	4,4	7,6	7,8	5,1
Dinamarca	5,7	5,8	6,6	9,4
Irlanda	4,7	8,9	8,7	18,2
Austria	3,6	4,7	6,3	7,9
Grecia	2,1	3,0	4,4	11,0
Noruega	4,4	6,2	7,2	7,6
España	5,9	8,3	8,3	10,0
Suecia	4,2	7,4	6,0	5,0
Suiza	3,4	6,6	6,7	10,9

FUENTE: OCDE, agosto de 1973.

La inflación de los precios constituye una enfermedad económica generalizada del actual capitalismo. Al contrario, el capitalismo clásico, liberal y con moneda sana, encuadrado monetariamente en el patrón-oro, producía *deflación de precios* al estallar las crisis económicas. Si los valores de los bienes y servicios se miden en moneda-mercancía (oro, patrón-oro), la ten-

dencia internacional de los precios es declinante, ya que al aumentar la productividad del trabajo, menos en las minas de oro, plata y metales preciosos que en las minas productoras de materias primas o que en los yacimientos de petróleo, los precios deben declinar secularmente. Pues si la producción de oro, plata, platino se acrecienta menos velozmente que la de productos manufacturados o que la de materias primas minerales, vegetales y animales, al expresar estos productos sus precios en oro, tienen que bajar su valor respecto del oro, debido a que el trabajo rinde menos en oro que en los productos o bienes medidos por él. Y por eso, para que las monedas estén al servicio de los capitalistas son manipuladas a voluntad por éstos y de sus gobiernos contra el pueblo.

El capitalismo dirigido ha generado una inflación internacional por contagio, poniendo así en peligro su tan alabada sociedad de consumo, en expansión económica permanente, pero que ahora se desliza hacia una crisis económica acumulativa, diferida por la inflación aunque agravada (más grande y sistemáticamente) en un próximo futuro. Mientras la inflación fue de orden del 2,5 al 5% por año, con un aumento de la productividad del trabajo no inferior a ese porcentaje, la cosa marchaban bastante bien en los países capitalistas: pero cuando la inflación se aproxime al 10% y en algunos países industrializados al 20% todas las ilusiones neo-capitalistas de desarrollo ininterrumpido y sin crisis, se caían al suelo como un castillo de naipes.

La inflación en los países capitalistas, y hasta en los países de planificación centralizada o de socialismo burocrático, constituye una lucha económica entre los que no tienen más que su fuerza de trabajo y quienes monopolizan la riqueza en forma privada (monopolios capitalistas) o en forma pública (capitalismo de Estado). Las clases parasitarias y dirigentes, que suelen ser las dos cosas al mismo tiempo, tratan por medio de la inflación de quedarse con buena parte del producto económico excedente producido por las clases trabajadoras, asalariadas, proletarias, desposeídas de sus medios de producción. Si se da menos a los de abajo, a las clases proletarias, queda más riqueza a repartir para los de arriba, para los empresarios (capitalistas privados), o para los burócratas totalitarios (capitalismo de Estado), propios de la URSS y Cia.

Si la *riqueza de las naciones* fuera de sociedades de derecho público, de empresas socialistas autogestionadas, de cooperativas integrales agropecuarias o de combinados agro-industriales autogestionados, compitiendo libremente en un mercado socialista, la inflación podría reducirse a su mínima expresión, en la medida que todo el mundo, todas las personas, tuvieran que justificarse por un trabajo útil, no dividido en dirigentes y dirigidos, en empresarios y obreros, en burócratas y obreros desposeídos de sus medios de producción por el capitalismo de Estado.

Sea en el Este o en el Oeste, los precios son inflados con rentas parasitarias, intereses del capital, impuestos, beneficios de empresarios, del Estado-patrón, rentas abultadas sin contrapartida de trabajo productivo, sueldos de

la tecno-burocracia, todo ello y otros factores de entropía económica están envueltos en los precios inflados, cuando el capital no pertenece a los productores directos: los trabajadores asociados libremente con sus medios de producción.

Este envoltorio económico de los precios capitalistas, con sus ocultos beneficios (plusvalía) para las burguesías occidentales o las burocracias orientales, determina la emisión insolvente de papel-moneda por parte de los consorcios bancarios, los "holdings" de las empresas nacionales o multinacionales y el Estado-providencia (social-demócrata, laborista, socialista reformista o demo-cristiano, en Occidente) y en Oriente, da el poder económico al Estado total. Así la "Nomenklatura", que tiene el monopolio del Estado-Partido, usa la moneda, los precios, el capital, los salarios, el control del mercado, la emision del papel moneda como la mejor manera de explotar a los obreros sin acordarles el derecho de huelga, de manifestación, de reunión y de pensamiento o de constituir sindicatos obreros y partidos políticos, para echar de su poder omnímodo a la clase política.

Ante el *totalitarismo económico y político de Estado*, con apariencia de democracia en Occidente y con dictadura burocrática en Oriente, el pueblo trabajador debe liberarse de la burocracia soviética, de la burguesía monopolista y de las clases medias social-demócratas, laboristas, socialistas y demo-cristianas, que usan su Saber para alcanzar el Poder, constituyéndose en clase política dominante, tanto a la derecha como a la izquierda, verbales.

Sin democratizar la economía, ya sea en el Este o en el Oeste, no hay posibilidad de democracia política, social y educacional. Si la riqueza la poseen los capitalistas o el Estado-patrón, quedando así el pueblo trabajador asalariado, no hay democracia real, sino retórica, formal, como en el Occidente. Y, en Oriente, sin que el socialismo administrativo se transforme en socialismo libertario, no hay comunismo, sino capitalismo de Estado.

MONEDA Y DESARROLLO ECONOMICO

Los países que se van comiendo el valor de su moneda, cada año más aceleradamente, aproximándose a una catástrofe económica: la crisis finalmente deberá abarcarlo todo, y no se podrá salir de ella por meros mecanismos monetarios, cambiarios, impositivos o crediticios, sino mediante un cambio de sistema. A los efectos de ilustrar dos diferentes comportamientos monetarios, insertamos un cuadro sobre depreciación monetaria, en que surgen grandes discordancias entre los países capitalistas avanzados y países latinoamericanos, crónicamente inflacionarios:

INDICES DE DEPRECIACION MONETARIA 1953/63 – 1973/1983

Países	Porcentajes anuales de depreciación 1953-58 %	1958-63 %	1953-63 %	1973-83 %
Estados Unidos	1,5	1,2	1,3	6,5
Bélgica	1,7	1,2	1,4	6,2
Canadá	1,7	1,2	1,4	6,8
Alemania	1,7	2,2	2,0	7,3
Holanda	3,2	1,9	2,5	7,7
Inglaterra	3,0	2,2	2,6	11,4
Nueva zelandia	3,2	2,1	2,6	–
Australia	2,7	1,7	2,2	10,8
Italia	2,5	3,1	2,8	17,0
Noruega	3,2	2,6	2,9	12,5
Suecia	3,4	2,6	3,1	12,4
Japón	1,7	4,7	3,2	9,6
Dinamarca	3,0	3,8	3,4	–
Francia	3,7	4,4	4,0	11,3
México	8,0	2,1	5,0	28,7
España	6,6	4,9	5,7	16,4
Uruguay	10,6	20,6	15,8	54,6
Argentina	14,4	27,3	21,1	142,0
Brasil	15,9	31,9	24,4	56,7
Chile	33,5	18,2	26,3	134,7
Bolivia	47,5	7,9	30,5	320,0

FUENTE: Cuadro compuesto por el autor, en base a datos extraídos del "Boletín Mensual" de "Firts National Bank", Julio de 1984. Pero en 1984 la depreciación monetaria fue más del 100% en América Latina, del 700% en Argentina y del 2.400% en Bolivia. En 1988, el alza de los precios al consumidor fue un 472,8% en América Latina.

Para afrontar la competencia internacional, ley importante de la economía capitalista mundializada, es necesario poseer moneda sana, alta productividad del trabajo, tener lento avance de los precios, a fin de que la balanza de pagos exteriores guarde un cierto equilibrio, de modo que no haya que soportar una "hemorragia" de divisas y oro. Todo ello no sería tan necesario en una economía socialista universal; pero sí en una sociedad capitalista que, además, de país a país, tiene desarrollo económico y tecnológico desigual y está dividida nacionalmente en compartimentos-estanco. ¿Cómo se puede así superar la crisis de la economía mundial?.

Los países capitalistas con déficit colosal en el presupuesto nacional y en su balanza de pagos exteriores y los Estados del Este burocratizados soportan una depreciación monetaria constante y acumulativa. Sin un cambio de

régimen en estos países todo cambio en la moneda es nulo, pues la economía inflada envilece la moneda, aunque se cambie su base por el "escudo" (Chile), el nuevo rublo de Stalin, el nuevo cruceiro (Brasil) o el "austral" en Argentina.. Si un país que ha envilecido su moneda, a causa de un reformismo imposible, de sus devaluaciones monetarias (para competir mal con ellas y no bien con un aumento de la productividad), dejara intactos todos estos defectos y contrasentidos económicos, y no se salva, por ejemplo, con el "escudo" chileno, el "nuevo cruceiro" brasileño o el "austral argentino" (puras fantasías monetarias, monedas nuevas con ideas económicas viejas, fetiches monetarios que si cambian una nueva moneda por mil viejas), es para facilitar el cálculo de las máquinas electrónicas (que carecen de cifras billonarias), y no para salir eficazmente de la crisis que si cambia, no de moneda sino de coeficiente aritmético de ella, no puede salir así del siclo infernal de la inflación rampante o galopante.

El capitalismo moderno, en los países desarrollado pareciera necesitar una tasa de depreciación monetaria del orden del 1,5% al 3%, 4%, 5%, 6%, a fin de que suban los *precios* y de reabajar así, indirectamente, los *salarios*, cosa que no podía hacerse antes con liberalismo económico y en el régimen del patrón-oro. Si los salarios subieran, en esas condiciones, un 5-6% y la productividad avanzara en igual proporción, la tasa de despreciación monetaria del 1,5 al 3% facilitaría una mayor *tasa de acumulación de capital*, es decir, incrementería, indirectamente, la tasade *plusvalía* lo cual facilita la expansión, o sea el desarrollo ampliado de la producción capitalista; pero para caer en la crisis al desarrollarse ésta no sanamente, sino explotando a los trabajadores, que así no se benefician mucho de su mayor productividad laboral. En países con jubilados prematuros, con una enorme burocracia (que disimula la desocupación), con déficit mostruoso en el presupuesto nacional, baja productividad, déficit de pagos exteriores, inflacción y devaluaciones monetarias, con crisis latente, la depreciación monetaria anual (cuando rebasa el 1.000 x 100, como fue el caso de ciertos países sudamericano en 1988, tales países, se aproximan hacia una crisis social y política que debe abarcarlo todo: Perú, Argentina, Brasil, Nicaragua y otros países.

Cambiar un peso chileno, por un "escudo" que valga mil veces más, o un nuevo "austral" o un "nuevo cruceiro" (sobre la base de 1: 1.000) no resuelve nada, sino que es una argucia política y financiera, para seguir usando y abusando de las devaluaciones monetarias, que serán más invisibles con un "cruceiro" pesado; pero no por eso menos nocivas que con el viejo "cruceiro" o el "peso" sin peso pesado, sin valor intrínseco monetario, por deterioro de sus economías nacionales en crisis.

Al devaluar una moneda, cuando ésta vale 1 dólar, así hasta que ésta llegue a valer 2.200 unidades x 1 dólar como el viejo cruceiro depreciado, hacen falta que pasen unos 20 años, durante los cuales un país se va comiendo su moneda y dejando que la crisis se acumule para más tarde...

Esa depreciación, en el tiempo, volverá a repetirse, si Brasil no supera

sus estructuras rurales (feudales), su economía de monocultivo, su excesiva burocratización en el aparato del Estado. Ello es válido para todos los países subdesarrollados, que operan dentro de un sistema económico dominado por el feudalismo residual y el imperialismo económico, por el burocratismo y el militarismo en el aparato del Estado-benefactor.

Los países de base económica capitalista desarrollada, si bien no se rigen por una moneda dentro del patrón-oro, luego del abandono de este sistema en la década de 1929/39, cuidan, sin embargo, de que el *costo de la vida* avance más o menos que el alza de los sueldos y salarios, a fin de que la economía de mercado cuente con demanda sostenida; pues, de los contrario, la inflación se dispara como ocurre en muchos países latinoamericanos.

Pero el hecho de que el capitalismo sea inflacionario y no se rija por una moneda estable, con base en el oro, demuestra que experimenta una durable crisis, ya que tiene necesidad de que los precios suban permanentemente más que los sueldos, salarios, pensiones y otras rentas fijas.

PORCENTAJE DE AUMENTO DEL COSTO DE LA VIDA
Y DE LOS SALARIOS

Países	Costo de la vida			Salarios		
	1959-60	1960-61	1961-62	1950-60	1960-61	1961-62
Alemania	1,5%	2,5%	3,5%	11%	10,7%	11,6%
Dinamarca	1.1	3,4	6,9	6,9	12,4	10,9
Francia	4,2	2,4	5,2	7,2	7,7	8,6
Holanda	2,2	1,3	3,3	9,8	5,4	8,5
Italia	2,8	2,8	5,8	5,0	6,9	8,3
Bélgica	0,3	1,0	1,4	3,9	2,8	8,3
Austria	1,8	3,6	4,4	9,3	8,5	6,5
Suecia	3,9	2,4	4,7	6,1	9,0	6,4
Suiza	1,4	1,9	4,3	2,9	4,8	5,7
Inglaterra	1,0	3,4	4,2	8,6	6,4	3,7
EE.UU	1,5	1,1	1,2	3,2	2,7	3,0
Canadá	1,2	0,9	1,2	3,5	2,8	2,7

FUENTE: "Monthly bulletin statistics"; "Anuario Estadístico de las naciones Unidas"; "Estadísticas Generales de la OCDE"; "International Financial Statistics" (F.M.I.); "Bristish Labour Gazette". "Boletin of de Firts National City Bank"; mayo de 1963. Pero luego de los dos "shocks" petróleros de 1973 y 1979-84, el costo de la vida subía más que el aumento de los salarios, en todo el mundo y, posteriormente, ha continuado esa misma tendencia económica de precios y salarios; siempre retrasados los segundos sobre los primeros.

Salta a la vista el hecho de que, en los países de gran desarrollo industrial, los salarios suben casi tanto como el alza del costo de la vida, a fin de que el mercado de consumo sea cada vez más extenso, cosa que ocurre en sentido contrario, en países subdesarrollados con elevada tasa de depreciación monetaria como Argentina, México, Bolivia, Chile, Perú, Brasil, Uruguay, Nicaragua, Venezuela, Colombia y otros.

Si el consumo es deprimido mucho, año tras año, es evidente que las fábricas se irán parando, que el mercado será mucho más chico, que el "ejército de desocupados" irá aumentando. Tal es el drama económico de Argentina, México, Perú, Chile, Venezuela, Bolivia, Brasil, Colombia, Uruguay, en estos últimos años en que la tasa de depreciación monetaria va más rápida que el aumento de los salarios, tanto que de un mes para otro el dinero pierde valor de compra muy acelerado, dejando a los salarios muy deteriorados.

¿Y por qué la tasa de depreciación monetaria acelera tanto en algunos países latinoamericanos y en otros, lenta y persistentemente? Porque la moneda, con su desmedido e incontenible aumento, más rápido que el incremento de los productos agrícolas, los artículos manufacturados y los servicios, crea así una riqueza ficticia para engañar a los consumidores y a los trabajadores, principalmente, a fin de que reciban un dinero que cada vez adquiere menos productos en el mercado o un salario monetario igual o mayor en dinero, pero siempre con menor poder de compra. He ahí la trampa del capitalismo con los trabajadores y consumidores.

Los antiguos emperadores romanos de la época de la decadencia, que tenían el privilegio y el monopolio de emitir moneda, aún siendo ésta metálica y no de papel como en nuestra época, la multiplicaban, sin embargo, reduciendo su ley de plata o de oro, aunque conservando siempre el mismo valor adulterado. De esta manera se podía pagar el salario de un soldado dando menos valor en oro o plata por igual tiempo de permanencia en filas de servicio militar. Por otra parte, el emperador haciendo inflación monetaria, procuraba conseguir bienes en el mercado con moneda inflada o trataba de suplir el déficit en sus arcas imperiales con dinero insolvente. El éficit del presupuesto de los gobiernos, en nuestro tiempo se cubre por el mismo procedimiento que el empleado por esos emperadores, a fin de que el Estado parasitario explote económicamente a la Sociedad, tan sólo porque ésta está desarmada y esté armado para extraer impuestos, rentas parasitarias, a fin de pagar salarios a su superflua burocracia que consume y no produce.

Si la sociedad no estuviera dividida en clases sociales antagónicas, no se trataría de que subieran los *precios* (mercancías propiedad de los capitalistas) y de que bajaran los salarios (dinero recibido por los obreros), a fin de que vendiendo caras las mercancías y comprando barato el trabajo asalariado, los burgueses (patrones, comerciantes, especuladores) obtengan altos beneficios, practicando una relación de intercambio desigual, en que lo que pierden los trabajadores lo ganan los capitalistas.

LOS PRECIOS MUNDIALES Y EL DOLAR

Bajo el sistema de "dólares de convenio" o de "dólares de cuenta", los precios internacionales no se expresan en oro, lo cual se presta a mecanismos no condicionados por la ley del valor-trabajo de cambio de las mercancías. Por ejemplo, si una tonelada de acero norteamericano valía u$s 40, en

1934/39, es decir unos 35 gramos de oro, en 1965, había subido a u$s 160. Cualquier país que importase acero de los Estados Unidos —no teniendo dólares, o sea pagando en oro— tendría que haber entregado por igual cantidad de acero que en preguerra 4 veces más oro. Mientras no sea devaluado el dólar en proporción a la pédida de su poder adquisitivo en su mercado interno, todo país que importe bienes y servicios desde Estados Unidos está entregando 3 a 4 veces más oro que en preguerra, para proporcionarse, a precios 1938-39, la misma cantidad de productos o servicios norteamericanos. He ahí las trampas del imperialismo monetario del dólar legitimadas por el F. M. I., instrumento de los banqueros norteamericanos con derecho de *veto*.

Si el oro medía, con liberalismo económico, los precios igualmente para todos los países, no sucede lo mismo bajo el sistema del dólar, que no habiendo sido devaluado en proporción a la pérdida de su poder adquisitivo interno, arruina a los países que comercian con Estados Unidos; pues les exige, en posguerra, 4 veces más oro para adquirir igual cantidad de bienes norteamericanos que en preguerra. Como los bienes norteamericanos se pagan con productos, divisas o con oro, los yanquis imponen un régimen de *comercio leonino*, particularmente a los países subdesarrollados, sobre todo a los países latinoamericanos: espacio neo-colonial de los Estados Unidos. Así América Latina no ha podido progresar económica y tecnológicamente acumulando en 1988, una *deuda externa* por valor de 440.000 millones de dólares, equivalente a más de la mitad de su producto interno bruto o a tres veces el valor de sus exportaciones. Una tonelada de petróleo crudo, por ejemplo, cuesta al pie de pozo menos de un dólar, en el Medio Oriente, si adicionamos otro dólar de transporte por oleoducto hasta puerto, el costo FOB del crudo no sería más de 2 dólares; pero se ha vendido a más de u$s 250 por tonelada en determinados momentos; pues en ese precio de monopolio va incluída una ganancia enorme para los "trusts" petroleros anglosajones y para el "cartel" de la OPEP, lo cual quebranta la ley del valor trabajo en beneficio de los monopolios petroleros.

Como el motor de explosión domina nuestra época y éste funciona con derivados del petróleo, y como la termo-electricidad se produce ahora más con "fuel-oil" que con carbón, resulta que el monopolio internacional del petróleo, en base a precios de monopolio, descapitaliza sistemáticamente a los países no productores de hidrocarburos, que se han endeudado mucho con los préstamos provenientes de petro-dólares.

Se daba el caso en 1960 de que algunos países productores de petróleo, extraído en su suelo por los "trusts" internacionales tenían que pagarlo a 8 veces su costo. En este sentido, aunque den a estos países una regalía del 50% les quitan mucho más vendiéndole su propio crudo a precios de monopolio, como ha sucedido en la Argentina, país en que el costo del crudo no sería superior a u$s 4 a 5 dólares. Sin embargo, tenía que pagar en 1960, su propio petróleo, a compañías extranjeras a 12 dólares al pie de pozo.

El intercambio de carbón por productos primarios era más noble y equitativo que el intercambio de petróleo por materias primas: la máquina de vapor funcionaba a más bajo costo de energía que el motor de explosión, sencillamente porque el carbón lo producían los países industrializados. En cambio, el petróleo lo importan de otros países bajo forma de monopolio. Así, pues, el progreso se transforma en retroceso bajo el *imperialismo económico*, que con sus grandes monopolios internacionales establece precios mundiales dirigidos, especialmente en el petróleo, controlado por la OPEP y las "siete grandes empresas" del Internacional Petroleum Cartel.

La verdad es que los precios de los productos manufacturados debieran ser cada vez más bajos que los precios de los productos primarios, dado que la productividad en la industria avanza más rápidamente que en la agricultura de los países atrasados. Cada año que pasa (salvo en períodos de guerra y años inmediatos de posguerra), los precios de los productos agrícolas, ganaderos y mineros descienden más y más, mientras suben rectilíneamente los precios de los artículos manufacturados, que importan los países del "Tercer Mundo", desde Norteamérica, Japón y Europa Occidental, principalmente.

Bajo el imperialismo económico, no hay salida histórica y económica para los países neo-coloniales. Su descolonización económica sólo es posible por medio de la revolución anti-imperialista y anti feudal, que puede emanciparlos del neo-colonialismo; nueva forma de colonización del capital financiero internacional mediante "inversiones directas", préstamos y empréstitos a los países subdesarrollados, hasta endeudarlos en más de un billón de dólares en 1988, cifra tan enorme que éstos ya no pueden pagar ni los abultados intereses de su deuda externa.

PRECIOS INTERNACIONALES

La "sociedad opulenta" o la "sociedad de consumo" —términos socio-económicos equivalentes de un mismo contenido—, se identifican con el imperialismo, la explotación irracional de los recursos naturales, la polución del medio ambiente, las grandes urbes dominadas por monopolios industriales, mercantiles y financieros, la desocupación latente y creciente, la degradación paulatinas de las monedas, el alza de los precios y la rebaja paralela de los salarios, la inflación permanente, el "equilibrio del terror atómico" (que un día puede desequilibrarse) y las políticas internacionales de las grandes potencias siempre "al borde de la guerra".... en un mundo sin futuro mejor que el presente.

La "sociedad de consumo", tan publicitada en la radio, la televisión, el cine y la prensa, a pesar de su relativa abundancia de productos, siempre conserva un espacio vacío de escasez económica, para que los precios de las mercancías no caigan por debajo de sus costos de producción produciendo así una crisis económica colosal, mayor que la de 1929-33, ya que ahora la

economía, la cibermética, la expansión planetaria de las empresas multinacionales, son la tela de araña del imperialismo económico: se extiende por todo el mundo, incluida la URSS y Cía con sus empresas mixtas.

El *neo-capitalismo* – que es el mismo capitalismo de siempre, extorsionador de plusvalía, monopolista y menos competitivo que en la época del liberalismo – contiene la inflación permanente, como si no pudiera lograr la expansión económica sin inflación monetaria creciente. Esta tendencia inflacionaria del capitalismo multinacional, monoplista y concentracionario, deberá conducirlo hacia lo peor, creyendo los economistas burgueses y las "businessmen" que van hacia lo mejor económica, social ypolíticamente. A la larga, la onda creciente de depresión mundial deberá agudizar la *lucha de clases* dentro de la "sociedad opulenta" y las *guerras* entre naciones imperialistas y naciones neo-coloniales. Tal pudiera ser el signo y el destino de las últimas décadas del siglo XX y los comienzos del XXI. La inflación avanza por todas partes creando angustia, incertidumbre, inseguridad, una sensación de que nadie sabe hacia donde va, una humanidad cada vez más rica en productos, pero cada vez más pobre en conocimientos para explicar un futuro incierto, que no quiere desvelar la "sociedad opulenta" como su misterio y enigma, dentro del espejismo del capitalismo mundializado.

Países como Suiza, Suecia y Estados Unidos, donde la inflación marchaba a ritmo lento, se ven arrastrados por la ola inflacionaria internacional, dejando a la corona sueca depreciada, al franco suizo inestable y al dólar en el aire, lo cual significa que la inflación es una enfermedad crónica del capitalismo para aumentar su tasa de plusvalía sobre el trabajo asalariado.

Durante el año 1973, cuando la *crisis de los precios del petróleo* estalló en profundidad y extensión por todo el mundo, la inflación de los precios tomo niveles críticos. En general el promedio de inflación fue alto, ya que la crisis derivada del petróleo dejaba exhaustas las arcas de los bancos centrales, en la mayor parte de los países industrializados, y, más aún, las de los países subdesarrollados no productores de petróleo.

Si la crisis de la energía siguiera sin resolverse, el futuro inmediato para los países capitalistas se presentaría favorable a una gran depresión mundial en profundidad, sin salida inmediata, a menos que el capitalismo encuentre a su Hitler, demasiado peligroso con el "holocausto atómico", si antes el capitalismo no es convertido en socialismo autogestionario y el mundo es unificado federativamente como una Confederación Universal de Pueblos Unidos.

El capitalismo difiere la crisis económica para más tarde, pero siempre más grande, cuando descarga sobre los precios beneficios inflados, impuestos crecientes, tasas de interés en alza y pérdidas ocasionales. Con esta política se practica la teoría de la bicicleta: si me paro me caigo... He ahí el margen de seguridad económica de la "sociedad de consumo", una ilusión que parece desvanecerse al primer contratiempo, como cuando los "jeques árabes" decretaron el alza unilateral de los precios del petróleo y la disminución de su volumen de producción, mediante el "cartel" de la OPEP, aunque después de 1981 el petróleo no puede subir caprichosamente sus precios.

Durante el año 1973, al calor de la inflación monetaria mundial, atizada por el petróleo, comenzaron a subir rápidamente casi todas las materias primas, como si el mundo estuviera sacudido por una onda sísmica de precios inflados, pero nunca lo suficientemente:

COTIZACION MUNDIAL DE LAS MATERIAS PRIMAS
(En centavos de dólar por libra)

	29-12-72	1974	28-12-73	1-6-75	4-1-74	20-11-76
Cobre	50	134,9	69	51,4	69	59,80
Plomo	15	22,5	16	19,0	19	–
Zinc	18	35,9	28	38,9	28	40,0
Estaño	178	392,0	290	333,0	290	391,0
Aluminio	25	34,1	29	39,0	29	48,0
Algodón	35	125,0	89	58,9	85	81,8
Lana	176	211,0	242	101,0	250	183,0
Azúcar	9	39,3	13,40	15,8	13	7,7
Cacao	37	98,4	67	54,5	66	139,0
Café	60	68,1	74	72,1	71	174,0
Trigo	264	–	596	–	615	268,0

FUENTE: Boletines Dow Jones, Mody y Reuter
(1) Por bushell de trigo = 36,35 litros de este cereal

El alza del oro pasó de poco más de 42 dólares (precio oficial) la onza "troy" de 31,1 gramos a cerca de 180 entre 1971 y 1974 y la plata de 2,04 dólares a 2,50 entre finales de 1972 y comienzos de 1974. El petróleo de Arabia saudita, que se cotizaba a 2,47 dólares en 1972 subió hasta 40 dólares en diciembre de 1981.

Entre finales de 1972 y comienzos de 1974, la tonelada de cobre, en el mercado de Londres, pasó £ 450 a 915, el plomo de £ 130 a 262, el zinc de £ 159 a 577, el estaño de £ 1.602 a 2.780, el aluminio de £ 230 a 272, el algodón de 283 peniques (por libra de 453 gramos) a 285, el yute de £ 144 a 152, el azúcar de £ 99 a 144, el cacao de £325 a 600, el caucho de 21 a 60 peniques por libra. Todo ello da una idea del alza acelerada de las materias primas, como consecuencia de las dos devaluaciones del dólar y de la subida vertical de los precios del petróleo. Las banas, por ejemplo, aumentaron su precio por cada caja de 20 kilogramos desde 2,50 dólares en marzo de 1970 a 4,65 dólares en mayo del mismo año. Pues Ecuador, Nicaragua, Brasil, Panama, Costa Rica y otros países no van a dejar los precios de sus bananas de exportación congelados, mientras se disparan los precios del petróleo. En el caso del Brasil, por la misma cantidad de petróleo importado en 1973 con relación a 1974, tenía que pagar un sobreprecio de más de 3.000 millones de dólares, lo cual invertiría la tendencia de su balance de pagos, llevando la economía brasileña a una situación de crisis, a pesar de los miles de millones de dólares que Estados Unidos le prestó para consolidar la dictadura militar en Brasil.

La economía mundial se está desquiciando bajo el régimen de monopo-

lios establecidos por las empresas multinacionales, la formación de consorcios internacionales del petróleo, el café, el cacao la bauxita, las bananas, el trigo y casi todos los productos básicos y el control de las economías nacionales subdesarrolladas por los países imperialistas que las endeudan y explotan con formas más sutiles que el viejo coloniaje.

Debido al alza de los precios del petróleo, Japón había registrado un déficit de balanza comercial exterior por valor de u$s 10.000 millones en 1973, al multiplicarse el precio de los hidrocarburos en todo el mundo. Desde hacía varios años, Japón venía acumulando divisas como consecuencia de que sus exportaciones eran muy superiores, en dólares, a sus importaciones; pero la crisis petrolera convirtió en depresiva su situación económica próspera durante muchos años, que volvió ella, otra vez, al bajar el precio del petróleo y de las materias primas que importaba Japón.

Futurólogos como Herman Kahn pronosticaban, en su libro *El año 2000*, los logros más prodigiosos para el Japón, que se convertiría en la segunda potencia industrial del mundo, en el "milagro de la sociedad de consumo". Sin embargo, el petróleo caro afectó el porvenir rosado del Japón. Parece increíble, pero es verdad que el Japón, en diciembre de 1973, importó un 5,9% más petróleo que en noviembre del mismo año, pero con unvalor 97,4% mayor en dólares. He ahí la extrema fragilidad de la economía mundial de nuestra época donde todas las partes dependen del todo no sabiendo quien depende más de quién en una economía planetaria.

Como vemos, se desquiciaron los precios internacionales por los grandes monopolios petroleros y los "jeques árabes", y también como consecuencia, de la depreciación del dólar. Inglaterra, a pesar de tener dos grandes compañías internacionales de petróleo, registró en 1973 un déficit de comercio exterior de u$s 8.000 millones contra una reserva de oro y dólares en su banco central de u$s 6.000 millones, incapaz así de cubrir el déficit de un solo año.

Europa occidental, zona de la CEE, con el alza de los precios del petróleo y de las materias primas, invirtió su coyuntura de prosperidad hacia la depresión; puesto que depende del mercado mundial del petróleo, metales no ferrosos y de otros aprovisionamientos de su economía. La CEE sólo dispone del 6,9% del uranio del mundo, el 6,3% del cinc, el 4,8% de la bauxita y el 4,7% del plomo. En cambio los países afro asiáticos y latinoamericanos cuentan con el 74% de la producción mundial del plomo, el 84,5% del estaño, el 81,5% de la bauxita, el 78,6% del zinc y buena parte del cobre. Si estos metales estratégicos se cartelizan y suben en igual medida que el petróleo, cosa razonable, Europa industrial se convertiría en una zona depresiva, con una masa enorme de desocupación y una inflación galopante, para tratar de pagar con dinero insolvente lo que perdiera por el alza de los precios de las materias primas importadas. Esta situación crítica provocaría *desórdenes sociales y políticos*, no siendo descartable una política hacia soluciones heróicas: guerra imperialista o revolución social, siendo probables la primera y la

segunda; pues Europa es reformista social-demócrata, neo-liberal y democristiana; pero si las cosas van mal, no está a salvo de una revolución social; pero ya fuera del modelo soviético.

Los *precios internacionales de los productos básicos* se dispararon al alza: entre 1971 y finales de 1973, los precios del bushell de trigo, maíz y soja, aumentaron, respectivamente, de u$s 2 a 6, de 1,90 a 3,70 y de 3,30 a más de 9; el algodon y la lana por libra de peso aumentaron, respectivamente, de u$s 0,30 a 0,90 y de 0,40 a 1,50. Desde noviembre de 1972 a noviembre de 1973, la inflación internacional de los precios para productos básicos fue del orden siguiente: zinc 370%, fosfatos 180%, algodón 175%, caucho 117%, cobre 115%, lana 110%, madera 100%, trigo 80%, soja 55% y azúcar 42%. Quiere decir que los países importadores tenían que dar doble cantidad de estos productos. En consecuencia, la inflación de los precios internacionales provocó la inflación monetaria en Europa occidental, Japón y Norteamérica y en los países del "Tercer Mundo". De seguir así las cosas, la crisis económica mundial estaba a las puertas, siendo más grave en los *países industrializados* que en los subdesarrollados, con la inflación vertical de los precios del petróleo; pero, a la larga, los *países subdesarrollados* tienen menos defensas económicas que los países industrializados; pues pagan ahora muy elevados los precios de los hidrocarburos y, además, los intereses y las amortizaciones de una pesada deuda pública externa que les han endosado Estados Unidos, Japón y Europa occidental, para empobrecerlos y neo-colonizarlos, progresivamente.

Si la miseria va acumulándose en los países afro-asiáticos y latinoamericanos, con el endeudamiento externo, el alza de los precios del petróleo y de los productos importados de los países industrializados, sumando a ello una relación de intercambio desfavorable en el comercio exterior, cabría pensar que, antes de que termine el siglo XX, pueden producirse muchas revoluciones, guerras y movimientos de liberación en el Tercer Mundo. Por otra parte la crisis económica, aunque fue ocultada en los países de modelo soviético, está golpeando fuerte en ellos. Así las cosas, la crisis económica mundial, si no se resuelve y se la difiere para más tarde, pero más grande, pudiera, como la crisis mundial de 1929-33, ser la antesala de una guerra mundial, por derivación de una guerra marginal en Asia, Africa o América Latina, o por una *confrontación* entre Estados Unidos y la Unión Soviética o entre ésta y China continental. Pues sea donde sea, los acontecimientos mundiales están concatenados, lo cual demuestra que vivimos en una época planetaria, en que todos interdependemos de todos.

Así las cosas, para derrocar el capitalismo integrado en las Bolsas de Valores, los bancos mundiales, las empresas multinacionales y en los organismos financieros y monetarios internacionales, los trabajadores de los países industrializados y de los países subdesarrollados tienen que tener una estrategia mundial revolucionaria, sobre todo, en las dos Américas: la pobre y la rica, cuyo antagonismo irá aumentando tendencialmente.

PRECIOS Y CRISIS MUNDIAL

Luego de un período de prosperidad, con mini-recesiones pero sin depresiones económicas clásicas, el capitalismo se había expandido prodigiosamente entre 1945 y 1971: la primera devaluación del dólar después de la de 1934. Varias crisis monetarias internacionales habían estallado, determinadas por la insolvencia del dólar y su inconvertibilidad en oro. Parecía que el dólar, al devaluarse en 1971, no haría otra devaluación, pero la hizo en 1973. Y como el petróleo se vende en dólares, los "jeques árabes" y el "International Petroleum Cartel", subieron los precios de los productos petrolíferos. Quizá por esto las devaluaciones consecutivas del dólar influyeron más en el alza vertical de los precios del petróleo que las guerras entre árabes e israelíes, en esa época.

Disparados al *alza los precios delos productos petrolíferos,* como los precios son solidarios internacionalmente o nacionalmente, comenzaron a subir las cotizaciones mundiales de las materias primas (minerales, vejetales y animales), ya que no se debe cambiar menos cobre, por ejemplo, por menor cantidad de petróleo, lo cual es válido para otra serie de productos primarios y artículos manufacturados.

La inflación, en algunos países industrializados como el Japón, se acercó en 1973-74 al 30%. Pues hay que inflar los precios de exportación para compensar la desmedida alza de los precios de importación del petróleo o de otros productos básicos necesarios a la economía japonesa, lo cual es válido para la economía de Europa occidental y USA.

Al alza de los precios de los productos petrolíferos siguió, en 1974 la de los metales no ferrosos, la de los alimentos básicos, las fibras naturales y artificiales, los plásticos, los fertilizantes, la maquinaria y, en general, todos los bienes y los servicios. Una onda larga internacional de inflación se extendió por todas partes en 1973-74, avanzando hacia una crisis económica, iniciada por repetidas crisis monetarias del dólar, alza de las materias primas y de la energía, que se tradujo en una inflación creciente por todo el mundo.

A pesar de su gran dimensión, la economía mundial es muy sensible: una disminución del 10% en la oferta de cereales puede duplicar sus precios internacionales, como sucedió en 1973. Si como consecuencia del alza vertical de los precios del petróleo faltaran fertilizantes nitrogenados, extraídos químicamente de este producto, se produciría una escasez de trigo, maíz y de otros cereales, en países importadores de abonos químicos, como, el "Tercer Mundo".

Las *reservas* de trigo, que durante el período de 1961-65 habían representado el 90% del valor de su cosecha mundial, se redujeron al 46% en 1973, las de cereales forrajeros de 196% a 79%, las de azúcar de 75% 72%, las de soja de 22% al 11% y las de manteca de 57% a 52%. Si los fertilizantes químicos escasean, si no los pudieran exportar a los países afro-asiáticos y lati-

noamericanos los países industrializados por falta de petróleo como materia prima para elaborarlos, se generalizaría así una hambruna en Asia, Africa y América Latina, ya que nuestro mundo interdependiente es una gran aldea, que ya podría ser un solo país, viviendo en paz, libertad e igualdad con el socialismo federativo libertario.

Los "jeques" árabes no tienen confianza en el dólar que se les dan contra el petróleo, ya que puede ser recuperable en oro o en otros bienes y servicios. A fin de evitar este inconveniente, convierten gran parte de su superávit de petro-dólares en oro, plata, metales no ferrosos, materias primas en general y valores-reserva más positivos que el dólar inconvertible y deudor moroso. Japón para evitarse una gran crisis económica por falta de materias primas, invirtió en 1973-74 fuertes sumas de dólares en cobre, estaño, plomo, zinc, bauxita, lana, minerales de hierro, carbón, chatarra y en otros productos básicos más estables que el dólar.

La posible *escasez de materias primas* sacude al mundo industrializado. Hace medio siglo un conflicto como el del petróleo, hubiera desencadenado una guerra, una intervención militar en Oriente Medio de las grandes potencias importadoras de crudo; pero ahora se devuelven petro-dólares comprando títulos del Tesoro norteamericano. ¿Hasta dónde y hasta cuando? Una guerra generalizada en el Medio Oriente siempre es factible aún a riesgo de estallar una guerra mundial. Incluso, previamente, esta pudiera ir precedida de la toma del Poder en Estados Unidos por los petrorianos, mediante un "golpe de Estado" para poner su candidato en la Casa Blanca, como hacían en la Roma decadente los pretorianos con los emperadores de turno.

Sobre 1963 = 100, el indice de precios para las exportaciones, a nivel mundial, era del orden siguiente en el cuarto trimestre de 1973: países industrializados + 33%; países subdesarrollados + 30% en alza; medio Oriente + 36%; o sea, que estos índices guardaban cierto paralelismo a escala internacional. Sin embargo, con el alza de los precios del petróleo, que subió el barril de crudo de poco más de 2 dólares a más de 11 dólares en 1973, el índice de precios de exportación del Medio Oriente se disparó, produciendo una afluencia colosal de petro-dólares hacia las arcas de los bancos centrales de Arabia saudita, Irán, Irak, Kuwait y otros "sultanatos petrolíferos" cuyos dólares, a su vez, endeudaron con sus préstamos a países del Tercer Mundo.

Hacia febrero de 1973, el total de las reservas de oro y dólares de los países del Medio Oriente, donde no hay más que arena y petróleo, no se puede ahí invertir esos miles de millones de dólares en industrias, quedando así congelada una parte de la liquidez internacional. Ello bastaría para producir una crisis financiera mundial, como consecuencia de que el dinero no se va desde los países de gran industrialización a países que no tienen ninguna, que atesoran los capitales ganados con la subida de los precios del petróleo, pero que no los pueden invertir, "in situ", por falta de desarrollo económico y tecnológico propio. Como no se cumple la *ley del valor* en los intercambios a escala internacional, la economía mundial se disloca apuntando hacia una

posible crisis en extensión y profundidad, de la cual sin duda surgiría, como otras veces ha sucedido, una tercera guerra mundial; pues hay que pensar que el capitalismo no caería en una crisis total por pura pasividad; antes que eso provocaría un conflicto armado, hacia afuera, para evitar revoluciones sociales, hacia adentro.

La crisis económica mundial va siendo una crisis des proporcionalidad entre las partes componentes del capital. Por ejemplo, en Europa y Japón las industrias tendrían menos capital para ocupar menos obreros y menos para pagar energía cara produciéndose así desocupación. En ese sentido, al aumentar en países críticos la "reserva obrera desocupada", se produciría, a su vez, una crisis de subconsumo por baja del nivel de vida de las masas populares. Entonces la crisis lo iría abarcando todo, provocando un "shock" político, que tanto podría generar movimientos revolucionarios como la tercera guerra mundial. Todo dependería, para evitar la guerra imperialista o convertirla en guerra civil, en que el pueblo opte revolucionariamente por la instauración del socialismo libertario.

Si la cantidad de capital era casi la misma en 1974 que en 1972, pero había que destinar a comprar energía (petróleo) tres veces más de capital, ello transfería los dólares y el oro desde Europa y Japón hacia los países petroleros, que no tienen ninguna industrialización y, por tanto, atesoran cientos de millones de dólares, que los prestan principalmente a Estados Unidos, donde se pagan *altas tasas de interés por euro-dólares y petro-dólares*. Pero a partir de 1981 con la baja de los precios del crudo, los dólares en superavit comercial,fluyen hacia Alemania y Japón.

Si los empresarios europeos reducen el monto del capital variable (fondo de salarios) y aumentan la masa de capital destinado a energía (petróleo); se produce así desocupación, inflación, desquiciamiento de las economías. Esa situación no podía durar mucho tiempo y, evidentemente, cambio de signo con la baja del petróleo y de las materias primas, estableciendo así una relación de intercambio favorable a los países ricos y desfavorable para los países pobres.

La *ley de un buen mercado* es que ninguna mercancía suba su precio por monopolio o limitación de la oferta, como en el caso del petróleo, ya que así todo se viene abajo; puede un sector de la producción tomar mucho beneficio, sin gastos de trabajo y capital adicionales, mientras que otros sectores reducen sus beneficio a pesar de trabajar más, pero quedando en posición crítica cambiando por menos lo que vale más, lo cual es propio de la lógica del capitalismo inspirada en la inmediatez de la ganacia.

La *ley de armonía* se impone o, de lo contrario, viene la crisis, que el capitalismo moderno no ha sabido evitar, echando por tierra así todas sus ilusiones sobre una expansión rectilínea hacia la *sociedad de consumo*, sin conflictos sociales, sin guerras ni revoluciones. Sólo una economía autogestionaria podría evitar las crisis económicas, tanto las de falta de mercado como las de desproporcionalidad entre los distintos componentes de la produc-

ción, entre las distintas ramas de industria. Una gran crisis económica, similar a la de 1929-33, está latente, siendo su prólogo la crisis del petróleo, con su alza desmedida de precios de monopolio, así como su baja determinada por las grandes potencias importadoras de crudo.

Sin embargo, el alza de los precios de las materias primas no es en absoluto responsable de las tendencias hacia la crisis económica mundial; pues, luego de la terminación de la guerra de Corea de 1950-54, los precios de las materias primas comenzaron a bajar a niveles muy depresivos, como consecuencia de una *relación internacional de intercambio* favorable para los países industrializados y desfavorable para los países subdesarrollados: espacio neo-colonial del imperialismo económico liderado por los Estados Unidos, Japón y la Europa occidental.

EVOLUCION DE LOS PRECIOS DE LAS MATERIAS PRIMAS: 1951-74

	1929	1939	1951	1954	1970	1973	1974
(En centavos uSs x 1lb.)							
Café (1lb. Santos Nº 4)	22.10	7.43	55,00	78,3	32,00	–	73,95
Cobre (1 lb)	18,02	11,08	24,20	29,7	69,60	106,0	123,0
Plomo (1 lb)	6,80	5,06	17,50	14,1	16,00	16,0	19,0
Cinc (1 lb)	6,49	5,12	18,00	10,0	16,00	28,0	28,0
Estaño (1 lb)	45,34	50,07	128,30	91,8	177,00	290,0	290,0
Aluminio (1 lb)	–	–	17,00	20,9	28,00	29,0	29,0
Lana (1 lb)	98,00	81,00	108,80	62,0	73,0	242,0	250,0
Algodón (1 lb)	18,50	9,12	42,70	33,5	29,00	89,0	85,0
Yute (1 lb)	–	–	–	–	144,00	152,0	152,0
Azúcar	3,78	2,98	8,20	8,6	3,27	13,4	13,0
Cacao (1 lb)	–	–	35,00	37,1	34,80	67,0	66,0
Caucho (1 lb)	19,00	18,00	60,00	23,0	25,00	–	–
Cueros (1 lb)	16,00	12,00	30,09	11,6	24,07	32,0	28,0
Carne (1 lb)	–	–	–	–	39,41	66,0	–
Aceite de lino (1 lb)	–	–	20,8	14,6	20,01	–	–
Dólares x Tm :							
Trigo (Londres)	–	–	78	78	77,0	108,0	218,0
Petróleo (Arabia)	–	–	–	14,0	82,0	82,0	82,0
Hierro fundido	18	21	52	56	–	–	–
Hierro (Londres, en £)	–	–	11	15	20	–	–

FUENTE: "International financial statistics" del FMI, "Monthly bulletin statistics" de la ONU. "Situación de productos básicos", de la FAO, "Trend of commodity prices", editado por Morgan Guaranty Trust Company, otras fuentes estadísticas de diversas revistas económicas. Por ser de muchas, fuentes estos precios, deben ser tomados como valores aproximados. En términos reales de poder adquisitivo del dólar los precios de las materias primas exportadas por el Tercer Mundo eran, en 1989, del mismo nivel de 1939.

A la luz de las cifras, el petróleo y el hierro, dos productos de exportación de grandes empresas multinacionales, subieron más rápidamente, entre 1951 y 1974, que las materias primas expotadas por los paíse subdesarrollados. Pues el precio del trabajo (salario) aumenta más rápidamente en los

países industrializados que en países afro-asiáticos y latinoamericanos. Por otra parte, la lana, los granos, los oleginosos y otros productos comenzaron a bajar en Europa, Japón y Estados Unidos, para pagar así, en cierto modo, la crisis de la energía (mayores precios por el petróleo, dominado por las compañías multinacionales yanqui-británicas). Por consiguiente, la crisis económica mundial, que se perfila, se pagará con bajas de precios de sus materias y miles de millones de dólares del servicio de su deuda externa el Tercer Mundo.

Al aumentar los precios del petróleo varias veces su nivel sobre 1972, los países subdesarrollados tenían que destinar adicionalmente muchos millones más por año para recibir la misma cantidad de petróleo importado, a fin de que la EXXON y la Royal Dutch-Shell obtengan ganacias millonarias en dólares, así como los emires del Medio Oriente para tener harenes, palacios lujosos, yates y residencias en las mejores playas de turismo del mundo.

Todo lo que viene recibiendo en préstamos y "ayuda" los países del "Tercer Mundo", préstamos e inversiones directas, lo tendrán que devolver por mayores precios de lo que exportan Europa, Japón y USA. Así, evidentemente, la crisis económica es crónica en Asia, Africa y América Latina, mientras rija una *relación injusta e inequitativa de intercambio*, que obliga a irse endeudando sin poder pagar, salvo renunciar a un mediano crecimiento económico para no caer en una extrema pobreza los países subdesarrollados.

La crisis mundial es una pelota de futbol: cada país se la tira a otro para no quedársela nadie en particular, pero con ello la crisis se hace más grande, hasta que no pueda continuar más este juego trucado, de mala fe, en que unos quieren ganar lo que otros pierden con el mecanismo viciado de los precios de monopolio del petróleo y de los productos monopolizados. Todo lo cual sería superado en una economía autogestionaria de propiedad social.

El dólar devaluado —deteriorado e inconvertible en oro o en un equivalente de mercancías y servicios, cuando se convierte en euro-dólares o en petro-dólares (Medio Oriente)— confunde su riqueza simbólica con la riqueza real. Si un país acumula dólares de déficit de pagos de Estados Unidos, que nunca se van a pagar en oro o en valor efectivo, se crea así una falsa riqueza; pero que es anotada en los bancos centrales como riqueza efectiva, contra la cual se emiten monedas nacionales; todo lo cual determina la inflación.

Hay así una doble inflación: a) la del dólar insolvente como inflación internacional en beneficio de Estados Unidos, que emite un dólar como si fuera un "marco de ocupación", retirado en bienes y servicios sobre el mundo, pero no pagándolos nunca; b) la emisión de monedas nacionales contra dólares insolventes, pero que aumenta la circulación monetaria en muchos países; c) las empresas multinacionales norteamericanas emiten euro-bonos para tomar euro-dólares prestados al Tesoro norteamericano: es decir, el deudor norteamericano toma así prestadas sus propias deudas, a buen tipo de interés para absorber con ello las empresas europeas, en el caso de los euro-

dólares que le son prestados, paradójicamente, a un deudor siempre moroso, que no paga nunca el capital principal.

No cabe duda que así no puede funcionar la economía mundial, pues el dólar tiene en sus manos una ruleta con la cual siempre gana la banca, nunca quienes asisten a ese juego tramposo.

Las materias primas de los países subdesarrollados subieron moderadamente bajo el impacto de la crisis del petróleo. Sin embargo, la tonelada de acero parece que subió de poco más de 100 a 250 dólares, en pocos años. Los automóviles, los productos químicos, los equipos industriales, los fletes marítimos y aéreos, los metales, todo lo que exportan los países industrializados, sube en precios, pero no baja después como sucede con el trigo, el maíz, la soja, el cacao, el petróleo, el café u otros productos primarios exportados por países neo-coloniales. A la larga, siempre es favorable la relación de intercambio para países industrializados y desfavorable para los países atrasados, salvo en las exportaciones de petróleo —producto que constituye un monopolio internacional en manos de cinco empresas yanquis y dos británicas— que tuvo un alza entre 1973 y 1981, pero que después fue decayendo, en términos reales, a poco más que sus precios de 1970 en poder adquisitivo de dólares de 1989.

Los países del monopolio del petróleo, que vendieron a precios dobles, triples o quíntuples, pero no compraron a ese mismo nivel sus productos de importación, estaban produciendo una vasta crisis económica mundial, tanto en los países industrializados importadores de petróleo (Europa y Japón), como en los países subindustrializados, que hacen importaciones de productos petrolíferos. Los precios elevados en un sector de la producción mundial o nacional, sin fundamentos de mayores costos, desequilibran la economía produciendo así tendencias depresivas. En este caso más intensas en los países subdesarrollados, no productores de petróleo, que en los países industrializados.

Los países árabes retiran más que aportan a la economía mundial, mediante precios de monopolio del petróleo crudo. Igualmente cuando en una economía nacional alguien mantiene un privilegio, un monopolio, cargando precios abusivos, sin justificación de mayores costos, desquicia la economía hacia la depresión. En ningún régimen de producción es justo que alguien retire más de lo que aporte a la renta nacional; pero eso es posible con monopolios abusivos, con capitalismo, pero no con un socialismo libertario equitativo. Sólo una economía autogestionaria, basada en la propiedad social de los medios de producción, en la democracia libertaria directa, en leyes económicas objetivas sin mistificaciones ideológicas burguesas o burocráticas, dejando que se auto-organice la Sociedad y se autodisuelva el Estado, podremos mantener un régimen socio-económico de prosperidad, libertad, productividad e igualdad socio-económica para todos los hombres, superando las alienaciones y contradicciones inherentes a la sociedad burguesa o burocrática, al capitalismo de monopolio o de Estado.

EL FETICHISMO DE LOS PRECIOS

Una de las partes más claras del proceso económico parecieran los precios fijados en cada mercadería, como si nada hubiera oculto detrás de las etiquetas que expresan el valor en dinero de cada objeto, bien o servicio ofrecido en el mercado, sin embargo, el precio constituye la parte más oscura, menos relevada, de la mercancía; pues encubre en su transmundo fetichizado la forma de propiedad de la riqueza, las clases sociales por sus diferentes niveles de consumo, las contradicciones económicas y sociales, el modo de producción y la distribución de los bienes y servicios, las relaciones sociales y jurídicas de un modo histórico de producción.

Los economistas burgueses han dejado los precios en el limbo de la matemática, como si sólo se tratara, en su formación, de ordenadas, abscisas, variables, ecuaciones, escalas logarítmicas, independientemente del *modo de producción*; propiedad privada o estatal; clases sociales; desarrollo de las fuerzas productivas; relaciones de producción; desarrollo desigual entre los países, determinando los términos de intercambio entre naciones ricas y pobres; niveles de consumo diferenciales entre ricos y pobres, terratenientes y campesinos, asalariados y capitalistas, burócratas jerarquizados y bajo pueblo, productores calificados y manualizados, "élite" del poder y pueblo trabajador.

Alberto el Grande (1193-1280) y Santo Tomás de Aquino (1226-1274), siguiendo las ideas económicas de Aristóteles, en el sentido de que el precio de una cosa debe revelar su origen de valor-trabajo proponían que las partes que intercambian sus productos en el mercado deberían ser renumeradas en razón de la clase social o estamento corporativo al cual pertenecieran, para que reine una determinada "justicia distributiva", un "justo precio", un "justo salario", sin que "nadie sea engañado" (1). Por supuesto que los engañados eran los siervos y artesanos, mientras que el engañador era el señor feudal, que percibía el *excedente económico* extraído a los siervos y los artesanos, participando de ello también la Iglesia en forma de diezmos, gabelas y regalías.

Las ideas económicas de Santo Tomás, respecto de los precios y los ingresos por estamento social, tienden a *perpetuar un modo de producción y su orden de clases*. Para Santo Tomás, los ingresos de cada clase (justicia distributiva) deben estar determinados por los precios recibidos en el momento de la venta de las cosas (justicia conmutativa). En este orden de ideas, el "justo precio" ha de ser el resultado del costo de producción basado en el nivel de vida (ingreso de clase) de cada productor (siervo o artesano), a fin de reproducir el modo de produción históricamente, sin cambio, como si la sociedad se hubiera congelado económicamente sin posible devenir dialéctico, lo cual era propio de la escolástica clerical.

1 Santo Tomás. Summa theológica. Pte. 2,2a.pte. Q. 61, ert. 2.

Para los filósofos medievales, cuanto más metafísicos, el precio de la mercancía era algo inherente a ella misma y no al trabajo humano, a fin de no entrar en el secreto de la explotación del hombre por el hombre; en ese tiempo, del siervo, por su señor y del aprendiz, por su maestro. Todos los filósofos escolásticos, sobre poco más o menos, cuando trataron el problema de los precios, consideraban que el precio debe satisfacer los cánones de justicia vigente o sea que ambas partes al intercambiar sus mercancías, deben mantener sus acostumbrados niveles de vida, para que el orden de clases feudal sea mantenido, reproducido por el mecanismo de los precios, lo que hace también la sociedad capitalista, tanto en su forma de capitalismo privado como de Estado, para perpetuarse histórica, política, económica, jurídica y socialmente.

Durante la Edad Media, la Iglesia se opuso al *precio del dinero (interés)*, al acaparamiento de productos o subsistencias limitando la competencia, a la compra de mercaderías durante su transporte hacia las ferias y a la compra para re-vender en el mismo mercado, restringiendo así el desarrollo capitalista libre, desenfrenado. La *Reforma protestante*, en el fondo, fue el triunfo de la burguesía sobre los señores feudales y el clero, ya que liberó al capitalismo de sus trabas eclesiásticas sobre el interés y el desenvolvimiento del capitalismo. Tanto es así que los países protestantes son los más aburguesados de nuestra época.

Con el triunfo de la Reforma protestante, el cristianismo se hizo más burgués, menos feudal, para que no interfiriera el desarrollo del capitalismo en la Europa nórdica, burguesa. En cambio, el catolicismo siguió imperando en los países con estructuras feudales, poco desarrollo urbano, limitada industrialización y escasa economía mercantil. En España, por ejemplo, a pesar de la gran masa de oro y plata de Indias, no obstante el comercio con el Nuevo Mundo, no se desenvolvió la industrialización debido a que los gobernantes eran adoradores del becerro de oro, para quienes *la riqueza era el dinero atesorado*, no el capital invertido en industrias, comercio y navegación. España quedó así congelada en una larga edad media, gracias a su aristocracia terrateniente y a su clero, opuestos al desarrollo capitalista, a las ideas liberales de la burguesía, consideradas como ateas, atentotorias al espíritu del catolicismo, defendido contra el racionalismo burgués por el Santo Oficio inquisitorial español, que fué un totalitarismo clerical y feudal contra el racionalismo ilustrado.

La burguesía impulsó la reforma protestante (siglo XVI); la *Revolución inglesa* puritana de Cromwell, que derrocó la monarquía de Carlos I (1642-1660); la *Gran Revolución Francesa* (1789-93), que suprimió la monarquía y creó la república burguesa; y los movimientos liberales-burgueses de 1848, que barrieron los últimos vestigios de feudalismo en Europa, salvo en la Rusia zarista. Todas estas revoluciones tuvieron como contenido el capitalismo y como clase, a la burguesía; como forma de Estado, la república o la monarquía constitucionales.

Las *revoluciones burguesas* suprimieron los estamentos feudales (maestros, oficiales aprendices y gremios de artesanos), la nobleza y el clero (como clases dominantes o gobernantes), el Estado fraccionado en feudos, por un Estado nacional, con una sola frontera, moneda y ejército nacional. Se afirmaba así el desarrollo capitalista, la *economía mercantil*, el capitalismo, el trabajo asalariado y la libre competencia sobre un mercado donde debían ser formados los precios sin limitaciones o restrinciones corporativas.

Sin embargo, detrás de esa aparente libertad económica y del régimen parlamenterio representativo, la burguesía triunfante estableció un *nuevo orden de clases*: el proletariado y la burguesía; pero sin suprimir totalmente la aristocracia terrateniente, el artesanado y las clases medias burocráticas, a fin de que la propiedad privada siguiera siendo el contenido económico de la sociedad burguesa, sobre la base de la desposesión del obrero de sus medios de trabajo por el empresario capitalista, propietario de ellos.

La burguesía ponderó, ética y económicamente, la libre competencia en la formación de los precios; pero detrás de toda esa palabrería política se escondía la explotación del trabajo asalariado no con menor extorsión de plusvalía que explotaba el amo a su esclavo o que lo hacía el señor feudal con su siervo. El *obrero* liberado de sus estamentos feudales, de la corporación o de su maestro, podía ofrecer ahora su trabajo en el mercado, dando la apariencia de recibir por él un "precio justo". Pero entre todas las mercancías, que se ofrecen en la sociedad capitalista, hay una —la fuerza de trabajo— que siempre se vende por menos que el valor que ella crea en el proceso de producción. En consecuencia, el sistema que rige el precio del trabajo es injusto, inequitativo, distinto de las demás mercancías poseídas por el capitalista, monopolizadas por él a cambio de un salario (precio del trabajo), para luego venderlas y obtener beneficio con el trabajo no pagado al obrero (plusvalía).

Antes que Marx, Bray —discípulo de R. Owen—, denunciaba a los capitalistas por "vivir en el lujo y la holganza", por ser beneficiarios de la plusvalía, de un excedente económico restado a los trabajadores asalariados, a causa de pagarles menor precio por su fuerza de trabajo que el valor creado por ésta en mercaderías propiedad del capitalista.

"Si se actuara en un justo sistema de cambio, el valor de todos los artículos estaría determinado por el costo de producción; y siempre se cambiarían valores iguales por valores iguales, si, por ejemplo, un sombrerero tarda un día en hacer un sombrero, y un zapatero tarda el mismo tiempo en hacer un par de zapatos —suponiendo que los materiales utilizados por cada uno de ellos tienen igual valor— y cambian entre sí estos artículos, unos zapatos por un sombrero no sólo se benefician mutuamente, sino también en igual medida: la ventaja obtenida por cualquiera de las dos partes no puede ser una desventaja para la otra; puesto que cada una ha dado la misma cantidad de trabajo, y los materiales utilizados por cada uno son de igual valor" (1).

1 Bray, J—F. Labour's wrongs and labour's remedy. p. 48.

Sin embargo, el intercambio de tipo capitalista se basa en la desigualdad ya que el salario del obrero es comprado por la mitad o menos de lo que ha de producir, a fin de que vivan de rentas parasitarias burgueses, aristócratas, burócratas y toda una masa humana improductiva, que rentira del consumo mucho y no produce nada. Si una sociedad socialista hiciera a todo el mundo justificarse por el trabajo sin tolerar *consumo improductivo*, (salvo en viejos, niños, inválidos, enfermos), podría así producir más en un año, con socialismo, que en tres con capitalismo; pero sin confundir socialismo con capitalismo de Estado, impidiendo que la burocracia estatista, como clase dominante, ocupe el lugar de la burguesía, como ha sucedido en la URSS y Cia.

En la *sociedad soviética*, los precios de las mercancías y los niveles diferentes de salarios indican que ciertos precios de consumo no son asequibles a los obreros y a los koljosianos, sino a la alta burocracia y tecnocracia del Partido, del Estado y de las Empresas. Así, pues, las definiciones de clase, tal y como las entendía Marx, no son ya suficientemente válidas para caracterizar las "nuevas clases" surgidas en los países donde impera un modo de producción no socialista, sino capitalista de Estado. Cuando en la URSS, un precio indica un determinado nivel de consumo es porque los salarios son muy diferentes entre los que trabajan y los que administran el trabajo y se llevan la plusvalía de Estado, el excedente económico, el rédito, el beneficio o como quiera llamárselo; puesto que el nombre no cambia el contenido económico de plusvalía.

La fórmula de la sociedad comunista es: "a cada uno según sus necesidades", aunque aporte según su trabajo; pero el capitalismo de Estado se basa en la fórmula de la desigualdad de ingresos: "a cada uno según la calidad y la cantidad de su trabajo": si bien hay burócratas muy rentados que tienen un trabajo poco calificado y en cambio reciben un elevado sueldo. Esta diferencia de precio de los diferentes trabajos, entre dirigentes y dirigidos, crea un *nuevo orden de clases*. Pues una clase no depende exclusivamente de que se sea propietario o desposeído, sino de quien administra, dirige o se beneficia del excedente del trabajo, con capitalismo privado o de Estado, que para el caso es lo mismo.

Sobre la *desigualdad económica en la URSS*, decía el sindicalista británico Walter Citrine: "los salarios se basan primero en la habilidad de los obreros, según el volumen de producción y tercero sobre las condiciones en las cuales el trabajo se efectúa" (1) En otros términos, que la igualdad económica es imposible e indeseable en la URSS, lo cual contradice al comunismo, cuyo ideal es la igualdad entre los hombres. Y si el socialismo, al modo soviético, es opuesto a la igualdad, es porque no es socialismo, con un sistema de distribución capitalista, burgués en el fondo, pues los de arriba toman mucha parte en el consumo y los de abajo, los obreros y los campesinos, poca, muy poca, ya que no dejan de ser obreros asalariados bajo el Estado-patrón, que percibe la plusvalía.

1 Citrine, W. A la recherche de la verité en Rusie. París. 1937.

Según, W. Citrine, en 1935, había 8 categorías de salarios obreros en la URSS, contra tres o cuatro en los países capitalistas. En 1935, el obrero soviético que ganaba menos —según Citrine— era 40 rublos por mes, contra 480 rublos las categorías de empleados mejor renumerados. En 1947, en las empresas estatales soviéticas un aprendiz recibía mensualmente, entre 100 a 160 rublos, contra 1.000-1.300 rublos los ingenieros y 2.000-6.000 los directores de fábricas, 6.000 rublos los titulares de cátedras universitarias, 10.000-12.000 rublos los directores de hospitales de clínicas y 10.000-15.000 rublos los académicos y otros altos funcionarios. Así, pues, un obrero de un koljós recibía, en 1947, unos 600 rublos mensuales, o sea que obtenía unas 25 veces menos ingreso que un académico, habiendo así tanta desigualdad económica entre un académico y un koljosiano como entre un burgués y un obrero no cualificado en la sociedad capitalista occidental ¿Dónde hay así el socialismo en la URSS?

En cuanto a China, bajo el maoismo siguió siendo sutancialmente stalinista en cuanto a las diferencias de ingreso entre obreros, campesinos y jerarquías del Estado, del Partido y de las Empresas. Según A.C. Barnnet, en su libro (1); había 30 grados de ingresos diferentes entre un ministro y el personal no calificado de servicio: 600 yuans para un primer ministro y 23-24 yuans para mujeres de servicio no calificado. Según Edgar Snow, en su libro (2), los sueldos militares revelan una desigualdad económica muy pronunciada en el ejército chino: generales 300-400 dólares por mes, contra 2,50 un soldado, 4 un cabo, 20 un subteniente y 24 un capitán. Ello evidencia que, en las industrias o en los escalones de la burocracia, siguen existiendo las clases sociales aunque no tengan nombres; pues el contenido de una clase social es su diferencia estratificada de ingreso económico; ya exista esa desigualdad con propiedad privada, comunal, colectiva o cooperaria. En este orden de ideas, no es suficiente *para definir el orden de clases del Este, la sociología marxista, ya que su análisis socio-económico se ha basado en modos de producción anteriores al capitalismo de Estado integral*, como sería el caso de la Unión Soviética y países que han imitado su modo de producción, donde las nuevas clases se diferencian por los sueldos diferentes y el Saber político que tiene el Poder para administrar la plusvalía de Estado.

Para que perdure un orden de clases, el precio del trabajo diferencial (salarios, sueldos) y el precio diferente de las mercancías (consumos diferenciales de clase), envuelven el fetichismo de la mercancía, tanto con régimen de capitalismo privado (liberal o monopolista), como con capitalismo de Estado (confundido, en el Este, con el socialismo).

Cuando en una vitrina de un comercio ya sea en el Este o en el Oeste, una etiqueta de una mercancía, dice, 100, 500, 1.000, 2.000, 3.000, 4.000.... dólares indica, en su transmundo, que es asequible al consumo de un obrero,

1 Barnnet, A-C. Cuadros, burocracia y poder político en China comunista.
2 Snow, E. The other side of the river.

un campesino, un obrero calificado, un técnico, un ingeniero, un director, un ejecutivo, un ministro, un gran burócrata o un gran burgués. Por consiguiente, los precios, detrás de sus etiquetas, ocultan las clases sociales a las cuales se dirigen desde la producción hasta el consumo. Por ejemplo, en la URSS está comenzando la producción en masa, de electro-domésticos y automóviles, que va dirigida más a la burocracia y rentada tecnocracia que a los obreros y campesinos de capas peor renumeradas, que no tienen ingresos para adquirir un automóvil, hacerse una casa de fin de semana o comprar con divisas en los almacenes reservados a la "Nomenklatura"

Una clase social explotadora no está constituída exclusivamente por la posesión o desposesión de la propiedad territorial o de los medios de producción y de cambio capitalistas, según la sociología marxista, sino por su posición de mando en la economía, el aparato del Estado, la cultura, la información, las instituciones jurídicas, militares, universitarias, policiales y, sobre todo, por el nivel de ingresos que cada estamento o grupo perciba desigualmente.

Por eso un burócrata en el Este puede recibir tanto ingreso económico personal como un burgués en el Oeste: en el primer caso, con propiedad pública; en el segundo, con propiedad privada. Pero, en definitiva, lo que interesa es la renta personal percibida y el control de la plusvalía, la dirección de las empresas productoras y del aparato del Estado.

Con *economía individualista* o *economía estatista* la mercancía debe contener en sus costos de producción el desgaste del capital fijo (maquinarias, materias primas, energía, etc), el valor de los salarios, el interés por el capital prestado, los gastos generales, los sueldos de la burocracia administrativa, los ingresos de la burguesía, de modo que al tranformarse la mercancía en dinero reproduzca el sistema automáticamente. Pero detrás de todo esto, el precio de la mercancía vendida oculta las rentas o ingresos parasitarios de quienes consumen y no trabajan, burgueses y burócratas.

El precio constituye un fetiche de la mercancía figurado en el dinero. Si la empresa, que produce una mercancía o servicio lo hiciera en forma de monopolio, carga entonces en el precio superbeneficios, restando así lo que no aporta a la renta social. Ello no sería posible en una sociedad socialista libertaria en que los distintos sectores de la producción deberían intercambiar sus bienes y servicios equitativamente, en su justo valor-trabajo, sin precios de monopolio, sin clases sociales privilegiadas; pero ello supone la propiedad social, la igualdad entre los hombres, problema no sólo económico, sino de ética socialista, de conciencia comunitaria, de espíritu y moral libertarios.

Mientras haya *desigualdad entre los hombres*; unos sean ricos y otros pobres; unos consuman mucho y otros pocos; unos trabajan y otros disfrutan del ocio; unos poseen el capital y la tierra y otros están desposeídos de estos medios de producción; unos reciben un menguado salario y otros perciben la plusvalía; unos tienen todo el poder del Estado; mientras no se auto-organicen los hombres en empresas sociales, servicios y auto-administracio-

nes, mediante la democracia directa, habrá salarios diferenciales (precio bajo del trabajo) y precios altos (consumos de lujo). Así el capitalismo privado o de Estado, eternizará las clases sociales antagónicas justificando las dictaduras de la burguesía o de la burocracia estatista.

Mientras la formación de los precios esté librada a la voluntad de los empresarios capitalistas o a las burocracias centralistas, entre el precio de fábrica o de explotación agrícola (costo de producción) y el precio de venta (precio al consumidor), habrá una gran diferencia; puesto que toda una serie de intermediarios, parásitos y óxido burocrático se situarán entre el productor y el consumidor para *obtener ganancias* o rentas parasitarias. Así se da el caso de una tonelada de patatas, desde que sale de la granja agrícola hasta que llega al mercado consumidor en las ciudades, suele ir adicionando *costos sucesivos* (precios adicionales), que representan los ingresos parasitarios o burocráticos de especuladores, mercaderes, acaparadores, negociantes, etc. Se da el caso de que el costo de origen de una tonelada de patatas es el 1/10 de su precio de venta minorista en las ciudades. Y a todos esos recargos adicionales, parasitarios, intermediarios, se llama aumento de la renta nacional de un país. ¿Dónde está así la lógica económica?

Si los agricultores estuvieran agrupados en *combinados agro-industriales autogestionados*, inluyendo en su sistema la producción de elementos primarios, su transformación en productos industrializados y su distribución en el mercado, asociando así el capital agrícola, el industrial y el mercantil, sin falsos intermediarios, la producción llegaría al mercado con la menor difencia posible entre el costo de producción y el precio de venta, para beneficiar, con precios baratos, a toda la sociedad, como hicieron en su mercado socialista libertario las colectividades anarquistas españolas durante la revolución de 1936-39.

Como la ley tecnológica del progreso reside en contrarrestar los rendimientos decrecientes, cada tonelada de patatas futura debería costar menos horas de trabajo producirlas. A su vez, los artículos industriales, obtenidos cada vez con menos trabajo por unidad fábricada, se cambiarían a más bajo precio. Se intercambiarían así productos industriales por productos agropecuarios, es decir, siempre menos horas de trabajo por más productos, lo que daría una baja tendencial de los precios en horas o jornadas de trabajo. Ello dejaría siempre más *trabajo libre* para ser transferido a investigación científica, ciencia, cultura, servicios. Así se alcanzaría una sociedad equitativa, igualitaria, altamente productiva con mano de obra técnica y científica; serían así las Universidades y las Escuelas Técnicas, como las escuelas de artes y oficios del pasado, pero en un plano más elevado, sobre la base de una vasta revolución cultural y científica, que comprendiera a todos los hombres y mujeres, preparando al hombre científico de la sociedad libertaria auto-administrada.

Dentro de un combinado agro-industrial si el sector bosques, pesca, granos, legumbres, vivienda, educación, industria, obras públicas, textil, etc.,

cambian sus productos en su valor, porque son de una misma comunidad, sin cargarse precios de monopolio, plusvalías indebidas, puede intercambiarse trabajo igual por trabajo igual materializado en los productos de distinto uso en beneficio de toda la comunidad autogestora.

En este sentido, dentro de una *comunidad autogestionada*, todos los bienes y los servicios de la misma pueden guardar niveles de precios estables, ya que la moneda extracomunitaria es como divisa hacia afuera, pero no distorsiona los precios ni los intercambios hacia adentro. Se puede así suprir la forma *dinero-capital* privado o de Estado dejando que el dinero sea sólo medio de cambio en su justo valor medida de valor objetivo para los cálculos económicos, para la programación económica. Sólo así desaparecería *el fetichismo del dinero que reside en el fetichismo de los precios y de las mercancías*, cuando éstos o éstas son monopolio de burguesías o burocracias, usufructuarias de la plusvalía. Sólo el socialismo de autogestión restablece la armonía entre los hombres, la igualdad, la libertad y supera la alienación del hombre por la cosa (dinero, mercancía).

Pero entendemos por *socialismo de autogestión* unas empresas gestionadas directamente por los consejos de trabajadores, renovables periódicamente sin ser reelegidos seguidamente, sino pasado un período determinado; pues la sociedad autogestionaria será libertaria e igualitaria, a fin de que la política y la economía sean transparentes; pero el igualitarismo económico no supone que todo el excedente económico producido en las empresas de base productiva sea consumido alegremente, sino invertido, en gran parte, a fin de que sea reproducido, ampliamente, el capital social. De lo contrario, el socialismo autogestionario crearía menos fuerzas productivas que el capitalismo de las multinacionales o el socialismo burocrático, lo cual no justificaría, históricamente y políticamente, a la democracia socialista autogestionaria.

Se ha dicho, malintencionadamente, que el *igualitarismo* no estimula la *productividad* por carecer de interés personal para un científico, un administrativo o un ingeniero ser como un obrero por eso de que a trabajo cualitativamente desigual renumeración igual. Pero es que si esta clasificación del trabajo no se hace, jamás van a desaparecer las clases, los estamentos o estratos desiguales en la sociedad. Y lo lamentable de todo esto es *que sin igualdad económica no hay libertad política ni desalienación del hombre asalariado*. En consecuencia, hay que hacer paralelamente con la revolución política, económica y social, la revolución cultural, que ponga el saber a disposición de todos los trabajadores, llevando a las empresas *la investigación + el desarrollo (I + D)*, a fin de que la ciencia, la técnica, el capital y el trabajo constituyan un todo unido. De esta manera no habría diferencia entre trabajo manual e intelectual, entre la ciudad industrializada y el campo subdesarrollado, entre países industrializados y atrasados. Todo lo cual permitiría la realización del socialismo de autogestión con progreso económico, cultural y tecnológico paralelo para todos, con elevada productividad, igualdad y liber-

tad. Así es la economía autogestionaria: liberada del fetichismo del dinero, de los falsos precios de las mercancías, de los salarios, del Estad-patrón, de la plusvalía, de las ganacias parasitarias, de las clases improductivas.

PRECIOS: CAPITALISMO Y SOCIALISMO

El precio es la expresión monetaria de la ley del valor de las mercancías, cuando éstas no son producidas sobre la base de un monopolio. Los precios falsos (de fábrica) y los precios inflados de venta (de mercado) son inherentes a la sociedad capitalista o a un capitalismo de Estado. En una sociedad autogestionaria, el precio de fábrica y el precio de mercado, tendrían menos diferencia que en la sociedad burguesa, ya que no prevalecería el principio de la ganancia privada, como componente del valor de los productos.

En la economía soviética, el precio del mercado incluye una diferencia entre el precio mayorista y minorista para añadir los ingresos de los bancos y del personal de distribución de los productos, más los ingresos parasitarios de la burocracia. Así, por consiguiente, no hay socialismo en la URSS, sino capitalismo de Estado.

En la comunidad, con integración económica, no sería necesario, en su esfera interna, que los productos tomen la forma de mercancías o que éstos pasen, necesariamente, por la forma dinero y precios. A la escala comarcal de una comunidad, las compensaciones entre los distintos sectores de la *división social del trabajo* pueden ser realizadas con productos de distinto valor de uso, medidos por su costo horario de producción (sin necesidad de que revistan la forma dinero).

En una *economía autogestionaria* se puede cumplir la ley del valor-trabajo. Esta ley del valor de cambio, en el capitalismo, determina los siguientes aspectos económicos:

a) regula las proporciones de intercambio de las mercancías, cuando no hay monopolios;

b) determina espontáneamente, que cantidad de cada mercancía debe ser producida, en función de la elasticidad del mercado, lo cual produce las crisis económicas, ya que la producción capitalista es ciega;

c) asigna qué cantidad de trabajo social debe absorber cada rama de producción (pero como la producción capitalista es espontánea, sin plan, ello produce las crisis económicas de desproporlionalidad entre las distintas ramas de la división social del trabajo);

Los factores correctivos de la ley del valor de cambio están dados por la desigualdad productiva del trabajo en cada rama de producción, por el volumen de las necesidades económicas de cada clase, regulados por el ingreso monetario desigual de clase, por la correlación de la oferta y la demanda en un mercado no sometido al imperio de los monopolios capitalistas. Y ese mercado armónico no puede ser otro que un mercado socialista libertario en

que todos se beneficien con un intercambio equitativo y nadie como especulador capitalista.

Los problemas caóticos de la sociedad capitalista pueden ser superados en una sociedad libertaria. En el socialismo libertario, la programación económica, con integración a la cima de las federaciones de industria, cumple el mismo papel *autorregulador* de la producción que la ley del valor venal de los productos en una economía individualista; pero con la ventaja para la sociedad autogestora de que no hay que pasar por crisis económicas, determinadas por desajustes de la producción, el consumo, el cambio y la distribución, como sucede en una economía capitalista desarmónica y antagónica, escindiendo, con la propiedad privada o estatal, a los hombres.

El caos espontáneo de la producción capitalista, debido a que prevalecen los intereses particulares sobre el interés general de la sociedad, engendra la lucha por los mercados entre los capitalistas, la lucha de clases entre explotadores y explotados y la guerra entre las naciones, por el reparto del mundo a favor de determinadas potencias dominantes. Mientras esto perdure no habrá paz en el mundo.

En la sociedad burguesa, a causa del egoismo económico, incontroladamente la ley del valor de cambio, por medio de las crisis cíclicas, equilibra las desviaciones entre las diferentes ramas de producción, mediante mecanismos de precios, que tienen como finalidad la *eliminación*, en el mercado, de los empresarios que no estén en competencia, o que sus precios están por encima del costo medio de producción socialmente necesario para un tipo de producto.

En una economía autogestionaria las industrias menos competitivas, con peores equipos de producción, podrían sobrevivir, mal que bien, recibiendo subsidios durante un tiempo, pero sin comprarles permanentemente la crisis, que debería ser superada con la integración y la reconversión en la rama de industria autogestora a fin de ponerse a nivel de productividad y de competitividad las empresas integradas en federaciones de industria. En EE.UU., por ejemplo, ello es difícil de conseguir cuando la competencia es aguda entre empresas de una misma especialidad, siempre que no se unan en un mismo "cartel", "trusts" o "pool", para repartirse el mercado en contra de la baratura de los precios, explotando así a los consumidores.

Con monopolios o competencia, el fin de la economía capitalista es la *ganancia privada*, mientras que la economía libertaria busca el *beneficio de todos*. Por eso hay que abolir el capitalismo e implantar el socialismo libertario para liberar al hombre del fetichismo de la mercancía, del dinero y de los precios, de la alienación económica del espíritu por la cosa (mercancía).

LOS PRECIOS DE LA LEY DEL EMBUDO

Las materias primas minerales, agrícolas, pecuarias y forestales, principa-

les productos exportados por los países afro-asiáticos y latinoamericanos, han regresado a sus precios-dólares, a los niveles de comienzos del siglo XX o a los de la gran depresión económica de 1929-33. Como los precios de los artículos manufacturados, que exportan los países industrializados, no han disminuido en la proporción que las materias primas se crea así una relación de intercambio muy desfavorable para América Latina, Asia y Africa. Ello no permite a estas regiones subdesarrolladas ganar las suficientes divisas, mediante un *comercio exterior equitativo*, para mantener el suficiente nivel de sus importaciones esenciales y, menos aún, para pagar los impagables intereses anuales de su abultada deuda externa.

Con relación a los precios de las materias primas de 1984, medidos en dólares, he aquí la enorme baja, en 1986 y principios de 1987, para los siguientes productos: trigo, menos 23%; maíz, menos 31%; soja, menos 25%; carne de vaca, menos 9%; lana, menos 10%. En estas condiciones tan desfavorables de precios para estos productos, Argentina, Uruguay, Brasil y Paraguay pierden sustanciales ingresos de divisas, teniendo un mayor *déficit* en su balanza de comercio exterior y de pagos, lo que no permitiría pagar ni siquiera los intereses de la deuda pública externa renegociada a largo plazo, la que ya estaba vencida a corto plazo.

Por otra parte, el aceite de palma, coco y maní descendieron, respectivamente, su precios en dólares, menos 66%, menos 77% y menos 43%. Ello supone grandes pérdidas de divisas convertibles para muchos países afro-asiáticos y latinoamericanos, que se deslizan, todavía más, hacia la crisis, en la medida que exportan barato e importan *caro*, creándose así unos términos de intercambios leoninos.

En esa tendencia hacia la baja de los precios de las materias primas cabe destacar, también, la harina de pescado, que exportan Chile y Perú, declinó un 15% en sus precios internacionales medidos en dólares lo cual no facilita su salida de la crisis, a menos de suspender completamente el pago de la deuda extranjera o reducirla sólo al 10% del total de entrada de divisas (caso del Perú), o del 1,5% del producto interno bruto, como habría propuesto el Brasil.

Otro desastre económico, a causa del desplome de los precios del estaño, menos 48% y el zinc menos 24%, agrava la crisis en países como Bolivia, Rwanda y Malasia, cuyas exportaciones básicas están constituidas por estaño.

Es increible, pero es cierto, que, sobre un nivel de dólares deflacionados igual a 100 en 1890, las materias primas alcanzaron una cota de 195 en los últimos años de la primera guerra mundial, un 82,2 durante la gran depresión de 1929-33, un 163,8 en los tiempos de la guerra de Corea, en 1949-50, y 85,3 en 1986. Así, pues, en el curso de un siglo, los países afro-asiáticos y latinoamericanos, luego de muchos años, registran los mismos niveles de precios. En cambio, los artículos manufacturados, los fletes, seguros, intereses, medidos en dólares, han aumentado considerablemente. Ello explicaría, en el ca-

so de América Latina, que su participación en el valor del comercio mundial haya disminuido más de la mitad entre los finales del siglo XIX y las últimas décadas del siglo XX.

Así las cosas, los *países industrializados*, exportando caro e importando barato, han empobrecido sistemáticamente a los países afro-asiáticos y latinoamericanos, particularmente a estos últimos que, ellos solos, representan, más o menos, el 40% de la deuda pública externa del Tercer Mundo.

Sólo en el año 1985, los países subdesarrollados, exportadores de minerales, metales, productos agrícolas, gas natural y petróleo, perdieron con el alza de sus precios de importación y la baja de sus precios de exportación, unos 12.900 millones de dólares, que fueron a para a las arcas de los países industrializados.

En este sentido, de nada sirve a los países afro-asiáticos y latinoamericanos que se convierta una buena parte de su deuda externa a corto plazo en plazos más largos, para facilitar el pago de sus intereses más que hacer amortizaciones del capital principal, si, como hemos indicado, los países industrializados obtienen, gratuitamente por alza de sus precios de exportación y baja de los precios de importación de los países subdesarrollados, la bonita cantidad de 12.900 millones de dólares en un solo año de intercambio favorable.

Prestar a los países afro-asiáticos y latinoamericanos, anualmente, lo que se les quita comprando barato y vendiendo caro en ellos, es un remedio peor que la enfermedad, ya que la deuda pública externa de estos países crece como las montañas en un cataclismo geológico.

En este orden de ideas, los *bancos norteamericanos*, principalmente, han cargado de deudas a la América Latina con procedimientos neo-coloniales de intercambio inequitativo; se la ha empobrecido encontrandose ahora con que no puede pagar sus préstamos ¿Por qué?. Simplemente porque esas deudas externas no fueron tales, sino "ganancias fradulentas" obtenidas a cuenta de términos de intercambio leonino. Por consiguiente, el problema de la deuda pública externa de América Latina tiene que ser resuelto, en cierto modo, con algo más racional, lógico y moral que el egoismo del usurero de lo cual dan pruebas los banqueros internacionales y el Fondo Monetario Internacional que, sin quererlo, su política de austeridad, inspirada en la ley de bronce de los salarios de los trabajadores latinoamericanos, constituiría un factor insurreccional en las naciones empobrecidas contra el imperialismo económico y los gobiernos sometidos a sus "cartas de intención" o de mala intención contra los pueblos neo-colonizados.

URSS: PRECIOS, MERCADO, ESCASEZ Y "COLAS"

La economía soviética, después de siete décadas de la Revolución de Octubre de 1917, pasando por la NEP de Lenin y la rigurosa planificación cen-

tralizada de Stalin, ha experimentado grandes desajustes desde Jruchov hasta Gorbachov, revelando una gran escasez de artículos de consumo que obligan a los consumidores a formar largas "colas" a las puertas de los almacenes vacíos del Estado. En este sentido, Sajarov, que asistió al Congreso del Partido Socialista Italiano, declaró que la URSS va hacia una gran catástrofe con una política económica que deteriora la "perestroika" porque —dijo— "la gente no puede comprar nada". A este respecto, se diría que la economía socialista, que pensaba estar libre de crisis según sus teóricos soviéticos, las sufre también ahora sólo que son crisis de *subconsumo* como las crisis medievales, mientras que las crisis capitalistas, en países industrializados, son de sobreproducción relativa o de falta de mercados. En el primer caso, los consumidores tienen su demanda insatisfecha; en el segundo, más bien de excesiva oferta a precios demasiado elevados para evitar el gran consumo popular.

En la Unión Soviética, por el contrario, los *precios políticos* de compra del Estado a los agricultores (koljoses y sovjoses), cosa que también está sucediendo en casi todos los países de la zona del rublo (COMECON), suelen ser más elevados que los de venta de los productos agropecuarios en las ciudades. Así las cosas, el pan suele ser más barato que la harina o el cereal conlo cual los campesinos no producen suficientes piensos para sus animales, ya que les resulta más barato darles pan adquirido en las ciudades a precios inferiores al grano cosechado en las granjas colectivas, como consecuencia de que el Estado comerciante no respeta con subvenciones la ley del valor económico de las cosas.

En este orden de ideas paradójicas se explicaría el hecho increíble de que la URSS, que antes de la primera guerra mundial era un gran exportador de granos, se ha convertido en el mayor importador mundial de ellos. Al respecto, un comentarista tan serio y acreditado como *Alesander Arbatov* decía en la revista STP de abril de 1989, entre otras cosas, lo siguiente: "*...en 1960 se importaron (a la URSS) unas 200.000 toneladas de cereales, y a los 25 años, ya son 44,2 millones de toneladas*" . Quiere decir, pues, que la agricultura soviética, aunque siempre se disculpa de su baja producción y productividad por causas desfavorables del clima riguroso, lo cierto es que falta, todos los años, cereales, azúcar, leche, mantequilla y otros alimentos de primera necesidad que hay que conseguirlos luego de formar grandes "colas", a pie firme y durante horas, porque el mercado está desabastecido, porque los campesinos colectivistas no son libres de llevar sus productos al mercado más que en pequeñas proporciones.

China, que ha restablecido en buena medida el mercado agropecuario, con la mitad de la tierra cultivada que la URSS produce doble cantidad de cereales, que ésta. Ello indicaría que el sistema de planificación centralizada, queriendo controlar cientos de miles de precios, es inferior como autorregulador de la producción, el cambio la circulación y la distribución que el mercado autogestionario libre de injerencias del Estado.

La economía soviética, quizá por destinar más del 15% de su renta material anual a financiar los programas de rearme, ha descuidado las inversiones en la industria civil (proveedora de artículos de consumo para la población) y en la agricultura, por eso de que no se puede tener, al mismo tiempo "cañones y mantequilla". En este sentido, la URSS tiene más cañones, tanques, misiles de corto alcance y aviones que Europa occidental, en sus zonas militares de teatro; pero ésta, increíblemente, tiene casi doble de producto bruto interno (PIB) que aquélla. Por tanto *la escasez de bienes de consumo en el mercado soviético podría ser consecuencia de que tiene exceso de producción de armamentos y déficit de alimentos*, y de ahí que en estos últimos años, la URSS venga importando más de 40 millones de toneladas de cereales, provenientes de Estados Unidos, Argentina, Australia, Canadá y de la Comunidad Económica Europea (CEE): un pequeño territorio comparado con el soviético donde cabe muchas veces la CEE, gran exportadora de mantequilla y granos al mercado del rublo.

¿Cómo es posible que esté tan desajustada la economía soviética donde los consumidores tienen *exceso de rublos*, pero —como dijo Sajarov— no se puede comprar nada con ellos o muy pocas cosas?. Por otra parte, el crecimiento de lo que podríamos llamar PIB de la URSS no es mayor por año que el de USA, Japón y la CEE; aunque —según el economista soviético Anatoli Komin, en su artículo sobre los precios, inserto en la revista "Sputnik" de abril de 1989— éste dice: "según los datos publicados por Vasili Seliunin, el fondo de acumulación de nuestra renta nacional no constituye el 25% sino el 40%; aclaremos al respecto que la inversión de capital en USA sobre el PIB, es más o menos, la mitad que esa cifra porcentual señalada para la URSS por V. Seliunin. Sin embargo, el crecimiento económico de USA es muy similar al de la URSS.

De acuerdo con fuentes estadísticas soviéticas, publicados en revistas oficiales como "Sputnik", hay en la Unión Soviética *18 millones de personas, colocadas en el aparato del PCUS y del Estado, que perciben por año unos 40.000 millones de rublos con lo que resulta bastante cara la burocracia*, que consumen más que los trabajadores de las ciudades y del campo, pero sin producir nada material. Ello explicaría, pues, que la burocratización resta mucho capital positivo de inversión en la industria civil y en la agricultura y de ahí la falta de artículos de consumo en un mercado controlado o monopolizado por el Estado, luego de siete décadas de régimen soviético.

Si la "perestroika" no libera el mercado y los precios, si no hace convertible el rublo, si no destina una buena parte del fondo de inversión de capital acumulable en un año a potenciar una industria civil y una agricultura de menor escasez que ahora, la experiencia de Gorbachov puede fracasar económicamente y, por tanto, será cuestionada políticamente, tanto por los sectores conservadores como por los reformistas.

Gorvachov confía mucho en los créditos de la CEE para desarrollar las reformas de la economía soviética, lo cual llevaría la deuda externa de la

URSS a unos 50.000 millones de dólares de difícil amortización y pago de intereses y anualidades de la misma, mientras el volumen del comercio exterior ruso sea, más o menos, como Italia. Hay, pues, que hacer grandes cambios en la economía soviética: solucionar el rompe-cabezas de los precios políticos, dejar que el mercado los forme objetivamente para que desaparezcan las "colas" de consumidores insatisfechos, aumentar la producción de alimentos y reducir la de armamentos y, en suma, poner la economía al servicio del pueblo trabajador y consumidor y no éste al servicio de la burocracia supernumeraria. He ahí, en síntesis, los desafíos de la economía soviética, pues la lucha entre el Este y el Oeste se dará, cada vez menos, en el incierto campo del rearme y más en el frente de la economía y la tecnología que en el de las ideologías.

Los dirigentes soviéticos, escudados en la dictadura burocrática, han cometido toda clase de aberraciones económicas, políticas y sociales; pero, luego de 70 años de "socialismo" en la URSS, el mercado está vacío de bienes de consumo; el Estado cargado de deuda externa y de déficit interno; la industria de paz o de bienes de consumo subdesarrollada; el rublo sin poder de compra, en el interior e inconvertible en el exterior; las nacionalidades oprimidas al borde de una rebelión general; los obreros ejerciendo el derecho de huelga, aunque ésta esté prohibida; y, en fin, las montañas de armamentos acumulados no sirven para hacer la guerra al Occidente.

De seguir la crisis de la economía soviética, los movimientos de liberación de las nacionalidades soviéticas y los movimientos de emancipación de los obreros soviéticos, podrían acabar con el Partido único, el Estado total y la infabilidad del Líder supremo, creándose así, en lo inmediato y paradójicamente, más condiciones revolucionarias en el Este que en el Oeste, pero ello podría desestabilizar mucho la situación mundial, rompiendo, por fin, con el "statu quo" del Tratado de Yalta. Si a esta gran crisis se une la de América Latina, los próximos años van a ser tan tensos como los de la década de 1930-40. He ahí una pespectiva histórica dramática, tanto en el Este como en el Oeste, ya que en esta civilización planetaria todos interdependemos de todos, para bien o para mal. Por eso, la paz, la libertad y la prosperidad, en el mundo, dependen de la salvación colectiva de todos los hombres y de todos los pueblos unidos en una sociedad libertaria, sin capitalismo monopolista y sin comunismo burocrático.

BIBLIOGRAFIA

Tomás DE AQUINO, S.

Summa theológica. La teoría del "justo precio", para Tomás de Aquino, reside en que cada productor guarde su nivel de vida acostumbrado, es decir, el precio determina la clase a la que se pertenece. Este teólogo estima que la justicia distributiva impera, cuando al intercambiar productos una clase puede mantener su ingreso incambiado un valor por otro.

BARBON, Nicholas.

A discourse of trade. Indica que las cosas, sin uso carecen de valor. El precio de las mercancías está en razón de su necesidad tanto que el sobrante de todas ellas no vale nada.

"De suerte que la abundancia en relación con la necesidad, hace a las cosas, baratas, y en la escasez, caras".

¿Y es por eso que la economía capitalista no supera el principio de la escasez ni aún en la "sociedad de consumo"?.

CANTILLON, Ricardo.

Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general. Para Cantillón, los precios están determinados por la oferta y la demanda:

"Supongamos —dice— a los carniceros, por una parte y a los compradores por la otra. El precio de la carne se establecerá después de algunas variaciones, y la relación entre el valor de una libra de carne y una pieza de plata se acercará mucho a la relación entre toda la carne ofrecida en venta en el mercado y a toda la plata traída para comprar carne".

Pero el precio puede subir siempre que haya un monopolio de la producción de carne, independientemente de la mayor o menor cantidad de dinero. La tesis de Cantillón es válida para un régimen de competencia perfecta, cosa que no rige ya con capitalismo de monopolio, con monopolio único del Estado (comprador y vendedor), como en la URSS.

SMITH, Adam.

La riqueza de las naciones. Al estudiar su teoría de los precios se llega a la conclusión de que su componente es el tiempo de trabajo invertido en los productos. Para Smith, los precios resultan de un ajuste de la oferta y de la demanda; "precio natural".

RICARDO, David.

Principios de economía política y tributación. Ricardo es más concreto que Smith:

"El valor de un bien —dice—, o la cantidad de cualquier otro por lo cual ha de cambiarse, depende de la cantidad relativa de trabajo que es necesario para su producción".

A riesgo de repetir esta definición de Ricardo, nos parece importante subrayar que el precio de un producto tendería hacia cero, si bajara su valor tanto que no insumiera mucho tiempo de trabajo socialmente necesario para suproducción. ¿La automatización completa de la producción rebasaría los precios, al terminar con la escasez de bienes y de servicios?, superando así, en gran medida, la ley del valor de cambio. En tal caso, la automación del trabajo + el socialismo libertario = comunismo anárquico.

MARX, Carlos.

Salario, precios y ganancias. ¿"Cual es, pues, —pregunta Marx— la relación entre el valor y el precio de mercado?. Todos sabéis que el precio de mercado es el mismo, para todas las mercancías de la misma clase, por diferentes que puedan ser las condiciones de producción de los productores considerados individualmente. El precio de mercado no expresa sino la cantidad

media de trabajo social, en las condiciones medias de producción, para aprovisionar el mercado con cierta cantidad de un artículo determinado.

"Se le calcula según su cantidad total en una mercancía de una clase determinada".

La tesis de Marx se aproxima así mucho a la de Ricardo, en la cita precedente; pues coinciden ambas en el valor-trabajo de las mercancías.

Refiriendose a Weston, quien dijo que "los precios de las mercancías son determinados por los salarios", Marx aclara": "... que el beneficio y la renta son también partes constitutivas de los precios de las mercancías, porque es sobre los precios que se pagan no solamente el salario del obrero, sino también los beneficios del capitalista y la renta de los propietarios de la tierra". (Marx, Salario, precio y plusvalía. 1865).

STUART MILL, J.

The principles of political economy. Sobre la influencia que tienen los mecanismos monetarios y crediticios en la formación de los precios, dice este economista:

"En una situación comercial en la que se concede mucho crédito, los precios en un momento determinado, dependen mucho más del estado de aquél que de la cantidad de dinero. Pues el crédito, si bien no tiene poder productivo, si tiene poder de compra; y una persona que, teniendo crédito, lo aprovecha para comprar géneros crea tanta demanda para los mismos, e influye tanto para subir los precios, como si comprara una igual cantidad al contado" (obr. cit. ib. 3, cap. II, p 158).

En la "sociedad de consumo", con sus grandes almacenes y supermercados, que conceden créditos a los consumidores, reforzando su poder de compra, endeudándolos hacia el futuro, esos grandes comercios hacen, en cierto modo, de bancos de crédito, estimulando la inflación monetaria con la inflación de crédito. Pero es que el comercio, cada vez que hace una venta, en el precio adicional sobre el costo de producción, incluye su ganacia y el fabricante sobre éste adiciona los intereses del capital prestado, los impuestos, los dividendos a los accionistas, las amortizaciones de capital y las nuevas invesiones, los salarios de sus obreros, sus ingresos personales de capitalista y hasta las cuotas sindicales pagadas a los sindicatos o obreros reformistas, etcétera.

KEYNES, J-M.

Monetary reform. En los precios hay muchos componentes y no sólo el precio de fábrica. Influyen en ello los mecanismos monetarios, la inflación, la devaluación de las monedas, el tipo de cambio de una divisa y otras cosas más a meter dentro de la mercancía.

"No es posible decir en general si el tipo de cambio se desplazará hacia el poder adquisitivo o si sucederá lo contrario. A veces, como hace poco en Europa, los tipos de cambio son muy sensibles a cambios inminentes en los precios y varían primero; mientras en otros casos es posible que no varíen hasta que el cambio de relación entre el nivel de precios interior y exterior sea un hecho consumado". (Obr. cit. p. 105).

En suma, desentrañar los mecanismos de los precios hoy tan complicados, es descubrir toda una serie de intermediarios, beneficiarios, perceptores de rentas sin trabajo, ganancias de grandes especuladores con la inflación y la devaluación de las monedas.

ANONIMO.

Manual de economía política. Academia de ciencias de la URSS. Instituto de Economía. Moscú, 1956. Aunque este grueso manual de economía política no da mucha información sobre la formación de los precios en la economía soviética, he aquí lo que dice sobre "el precio de la producción industrial":

"El costo de producción, el ingreso neto de la empresa y una parte del ingreso neto centralizado del Estado, bajo la forma del llamado impuesto de circulación, constituyen el precio de producción industrial.

"En la industria estatal de la URSS existen dos clases fundamentales de precios: el precio de fábrica (el llamado precio de empresa) y el precio industrial al por mayor. El precio de fábrica de los artículos industriales es igual a su costo de producción, según el Plan, más el ingreso

neto de la empresa. De este modo, el precio de fábrica asegura a la empresa el reembolso de los gastos fijados en el Plan y la obtención de un ingreso neto.

"El precio industrial al por mayor incluye el precio de fábrica y la parte del ingreso neto centralizado del Estado, que se manifiesta como "impuesto de circulación".

"El ingreso neto de la sociedad lo crean todas las ramas de producción. Sin embargo, el impuesto de circulación afluye al Estado, principalmente, a través del mecanismo de los precios de las ramas que producen artículos de consumo. En cambio, los precios de los artículos de las ramas que producen medios de producción no están sujetos, por regla general, a este recargo. Una parte del ingreso neto creado en la industria pesada se realiza en la industria ligera y en otras ramas que producen artículos de amplio consumo". (Obr. cit. p. 465).

Quiere decir que cuando el Estado vende a los consumidores, por medio de sus almacenes o cooperativas, lo hace a precios más elevados que cuando compra medios de producción para equipar sus empresas, obteniendo una plusvalía extraída de los bajos salarios de los trabajadores y de los altos precios pagados por los consumidores. Igualmente cuando el Estado es el único monopolio de compra de los productos agropecuarios, compra barato en el campo y vende caro o los subsidia. Por otra parte, cuando el Estado compra armamentos a sus fábricas fija precios muy bajos para disimular, a la baja, sus presupuestos de defensa, cosa que no pueden hacer los países con economía de libre mercado.

En suma, el modelo económico soviético, por sus mecanismos de precios, oculta los ingresos o plusvalías que no le conviene que se aclaren a fin de seguirse llamando un gobierno socialista, aunque se trata de otra forma de capitalismo, pero sin libertades ni derechos humanos, sin derecho de huelga, sin pluralismo de ideas. Si se dejara funcionar el mercado socialista autogestionario, si la propiedad estatal se convirtiera en propiedad social, si hubiera democracia directa, en la política, y economía autogestionaria, en las empresas, entonces sí se podría decir que la URSS está realizando el socialismo y evolucionando hacia el comunismo. Pero bajo el totalitarismo político del PCUS, el Estado absoluto y la propiedad estatal, el régimen soviético está congelado en el capitalismo de Estado sin posibilidad de realizar el socialismo y, mucho menos, el comunismo prometido con menos seguridad de alcanzarlo, como paraíso que como infierno, bajo la dictadura de la burocracia totalitaria.

BETTELHEIM, Ch.

Cálculo económico y formas de propiedad. Siglo XXI. Editores. Buenos Aires, 1972. El autor sienta la tesis de que durante la etapa de "transición hacia el socialismo los precios no pueden ser ya determinados exclusivamente, ni tampoco de manera principal, por el mercado sino que deberán ser determinados por el Plan".

"Querer "suprimir" los precios y la moneda es ignorar la estructura específica de la economía de transición; es querer ignorar también la relativa imdependencia de los procesos de producción y, por tanto, las funciones que cumplen todavía, necesariamente, las unidades económicas en tanto que poseedoras de los medios de producción.

"Negarse a someter los precios a las exigencias del Plan, es igualmente ignorar las estructuras de la economía de transición; es negarse a hacer intervenir la propiedad del Estado obrero". (Obr. cit. p. 211).

En suma, que la propiedad debe ser del Estado burocrático, pues jamás ha existido la "propiedad del Estado obrero" ya que esa frase no tiene ninguna lógica ni sentido de acuerdo con la experiencia histórica. En cuanto al dinero y los precios pueden funcionar en una economía autogestionaria, compitiendo las empresas de propiedad social en un mercado sin capitalistas, donde los bienes y servicios intercambiados no lleven, en sus precios, rentas parasitarias de burocracias, de consumidores sin aporte de trabajo, de plusvalía para el Estado totalitario, patrón y policía, Leviathan ante el cual es sacrificado el obrero. El dinero debe intercambiar valores económicos de acuerdo con su equivalencia de valor trabajo; no servir para explotar el trabajo ajeno como capital privado o del Estado y los precios tienen que ser diáfanos, sin ocultar bajos salarios, altas rentas parasitarias, ganacias indebidas e ingresos del Estado restados a la Sociedad en contrapartida de nada, como no sea para pagar los grandes sueldos de la burocracia totalitaria, de la alta clase política, de millones de funcionarios supérfluos.

DUBCEK, A.

La vía checoslovaca al socialismo. Ediciones Ariel. Barcelona, 1968. Frente al criterio de Bettelheim, Dubcek aclara:

"...no puede seguir estando políticamente justificado el hecho de que los defectos de eficacia recaigan sobre los consumidores a través de la mediación de los precios, los impuestos o, indirectamente, incluso a través de las diversas formas de incorporación de los fondos acumulados por las empresas de gestión activa". (p.136).

Más adelante, Dubcek plantea la democratización de la economía en el sentido de más autodeterminación de las empresas, de su autogestión, y propone la plena realización del "derecho del consumidor a determinar los propios consumos y la propia forma de vida, el derecho de elegir libremente su propio trabajo, el derecho y la efectiva posibilidad de diversos grupos de trabajadores y otras agrupaciones sociales a defender los propios intereses económicos en el ámbito" (...) del programa de democratización de la economía". (Obr. cit. p. 137).

OTA SIC.

Sobre la economía checoslovaca: un nuevo modelo de socialismo. Ediciones Ariel. Barcelona, 1968. Sobre la cuestión de los precios manipulados, Ota Sic, afirma:

"Es igualmente cierta la afirmación de que para que una producción sea rentable es suficiente fijar por vía administrativa unos precios lo bastantes altos que cubran todos los gastos de producción; de este modo todas las empresas improductivas se convierten en rentables".

"Pero en el momento que todas las empresas fuesen obligadas a vender según los precios mundiales y a abrirse un camino en los mercados internacionales, se podría comprobar que la mayoría de éstas no podrían soportar ninguna competencia, y que con los precios de mercado serían incapaces de cubrir sus gastos de producción y hacer las reservas de capital necesarias. Hay que tener en cuenta que el sistema centralizado del Estado protege a estas empresas, fijando para el mercado interior unos precios relativamente altos y no las obliga a competir con empresas modernas en el mercado internacional; en otras palabras, el Estado cubre todas las pérdidas mediante el presupuesto nacional; pero conservando una producción técnicamente deficiente. Todo ello es en detrimento del nivel de vida de la población. Mientras las empresas fabriquen productos no rentables en comparación a los de las empresas capitalistas, mayor será el retraso del nivel de vida de la población respecto al de los países occidentales; ese es el abecé de la economía". (Obr. cit. pp. 19-20-21).

Por otra parte lo esencial en una economía, sea cualquiera que fuere su definición política o ideológica, es demostrar mayor grado de crecimiento, de bienestar, de progreso, de competitividad internacional, de menos gasto de trabajo para destinar más tiempo al ocio, cultura y educación de los trabajadores emancipados. Estos objetivos se logran únicamente aumentando la masa de capital por trabajador, o sea, más trabajo pasado acumulado, invertido, convertido en mejores máquinas, para necesitar cada vez menos trabajo vivo, a fin de liberar al trabajador de su penoso trabajo. Y esos objetivos no se consiguen con una economía burguesa (Occidente) ni con una economía burocrática (Oriente), sino con una economía autogestionaria, en base a libre competencia de productores colectivos, en calidad y en precios, durante la primera etapa de desarrollo de una sociedad socialista libertaria.

LEVY-LAMBERT, H.

La verité des prix. Editions du Seuil. París, 1975. Señalando la contradicción entre el precio de producción y el precio de mercado, el autor, señala:

"Los precios tienen un rol económico: los precios de producción orientan la oferta, o sea que las empresas escogen diferentes técnicas y producciones posibles; paralelamente, los precios a los consumidores eligen las diferentes maneras de utilizar sus ingresos. Así se reparten las rentas y se orientan los agentes consumidores ¿Cómo conciliar estos dos roles que, como hemos visto, son algunas veces contradictorios"? (Obr. cit. p. 126-7).

La solución de esa contradicción, mientras la producción esté en manos de los empresarios (Oeste) o de la burocracia (Este), no será posible, ya que los intereses entre empresarios (clase improductiva) y los de los trabajadores (clase productiva), son opuestos y, además, los del pue-

blo consumidor, racionado por dinero, por bajos salarios por clases sociales desiguales económica, cultural y científicamente.

El fracaso económico y social de las economías de modelo soviético, con planificación centralizada, ignorando la ley del valor-trabajo o de justo intercambio en un mercado socialista, ha hecho fracasar políticamente al comunismo burocrático y totalitario.

Los consumidores desabastecidos permanentemente, como si se estuviera en una economía de guerra, han levantado las masas populares en Polonia, Alemania del Este, Hungría, Checoslovaquia y Rumanía, echando del Poder a una burocracia totalitaria que tenía más de despotismo asiático o de nazi-fascismo que de comunismo, siempre prometido por el Partido único, pero nunca realizado.

Y de seguir en la URSS el mercado desabastecido de artículos de primera necesidad (lo que hace que el rublo abunde, pero no compre casi nada, no siendo además, convertible en otras monedas divisas universales), la "perestroika" de Gorvachov podría así fracasar, política, económica, social y diplomáticamente. Pues, sin un rublo convertible, sin una economía competitiva tecnológica y comercialmente, sería imposible la constitución de empresas mixtas soviético-occidentales, ya que Occidente no estaría interesado en invertir en la URSS, si no pudiera transferir sus ganancias a causa de un rublo inconvertible.

Por otra parte, un rublo inconvertible en una economía incompetitiva mundialmente, perdería el mercado del COMECON, aunque las torpas soviéticas estuvieran acantonadas, como ahora, dentro de sus fronteras. En suma, que si la reforma de la economía soviética se hiciera mal y tarde, si se pasara del capitalismo de Estado al capitalismo privado, como una originalidad de reforma contrarrevolucionaria, ¿qué ganarían con ello los obreros soviéticos? y cía. En tal caso, la "perestroika" demostraría que es opuesta a los intereses de los obreros que, en vez de volver al capitalismo privado, como en tiempos de los Zares, podrían dar un salto hacia adelante, convirtiendo el capitalismo de Estado en socialismo libertario con democracia directa, en la política, y autogestión, en las empresas, convertidas en propiedad social de los trabajadores. He ahí el camino seguro hacia el socialismo verdadero, sin confundirlo con democracia burguesa o con capitalismo de Estado.

CAPITULO VII

DINAMICA DE LA LEY DE LA COMPETENCIA ECONOMICA

Dialéctica de su acción en la esfera nacional e internacional

La competencia mercantil constituía, en la época del liberalismo económico, lo que Darwin denominó, en botánica y zoología, la ley de la selección natural entre las especies o su lucha por la existencia. En una economía abierta (sin monopolios, sin tipos de cambios diferenciales, sin barreras aracenarias protectoras contra la competencia mercantil extranjera en un mercado interno o nacional), sólo quedarían dueños del mercado los empresarios capaces de producir a más bajo costo de producción, en calidad y precios. Pero sin monedas dentro del patrón-oro, con cambios diferenciales, monopolios industriales y altas barreras arancelarias, la ley de la competencia económica es neutralizada en la esfera de los mercados nacionales; aunque las inversiones directas de capitales extranjeros saltan las barreras proteccionistas. Ningún gobierno logra, por más fuerte y dirigista que sea, anular la competencia mercantil en la esfera incondicionada del mercado internacional, a menos que se trate de una *economía estatista* capaz de exportar a pérdida como la URSS y Cía. Con todo ello, países como Yuguslavia tratan de adpatar sus precios internos a los niveles de competencia internacional para ganar divisas de libre convertibilidad, a fin de no depender de préstamos extranjeros, de estar en el mercado mundial en competencia comercial, en calidad y en precio, cosa que no ha logrado la URSS y por lo cual ha contraído una deuda externa de más de 50.000 millones de dólares hasta 1988.

La Unión Soviética —con economía de grandes dimensiones donde no rigen los intereses privados— puede neutralizar la ley de la competencia in-

ternacional a base de *subsidiar* determinadas exportaciones, lo que irroga una pequeña pérdida endosada al conjunto de su economía. Estados Unidos, país de la "libre empresa" por excelencia, emplea mecanismos de subsidio para sus exportaciones básicas (granos, algodón, productos de granja, etc.) por medio de un organismo estatal: la Commodity Credit Corporation (CCC) y el Import-Export Bank, que, con sus créditos, promueve sus exportaciones; pero los subsidios a las exportaciones crean más problemas económicos que los que intentan resolver.

Neutralizada la ley de la competencia mercantil (mediante los subsidios a las exportaciones no competitivas en el mercado mundial), es evidente que nos hallamos, en ciencia económica o en cuanto a modo de producción, en una época de transición, tanto en Oriente como en Occidente, y a neo-capitalizarse el "socialismo" en la URSS, China y las "repúblicas populares". Es natural que ello suceda ya que la *contradicción Este-Oeste* está constituída por dos polos antagónicos, actuando el uno sobre el otro recíprocamente, y en su interacción ninguno de los sistemas puede seguir siendo igual asimismo sin *devenir casi su contrario* política y económicamente, por una rara dialéctica que ha producido el neo-capitalismo en Europa occidental, y ciertas tendencias favorables a la "autodeterminación de empresas, funcionando sobre el principio de la ganancia", en la URSS, China y otros países del Este, particularmente con las políticas neo-capitalistas de Gorbachov y Deng Xiaoping.

Como la historia y la sociedad sólo se plantean lo que tiene que suceder, sin tomar los deseos por realidades, es explicable que el Oriente y el Occidente, lejos de excluirse, tiendan a complementarse: uno debe *avanzar* y otro *retroceder*, hasta encontrarse en alguna coordenada de la historia, tendencialmente no favorable a un neo-capitalismo. Pues la energía nuclear y la automatización del trabajo en gran escala, son potencias para una economía libertaria ya que no las puede desarrollar plenamente el capitalismo tradicional ni el *socialismo burocrático*. Pues incluso en Estados Unidos, la energía nuclear es una empresa pública (disimulada) bajo el nombre de Comisión Nacional de la Energía Atómica. En la Comunidad Económica Europea, el "Euratom" (superempresa multieuropea), es un organismo continental no privado. Todo indicaría que, en nuestro tiempo, avanzamos hacia una economía de signo social, multinacional, de gestión directa, basada en el autogobierno económico, político y social, según el modelo de socialismo libertario que proponemos.

Como vivimos en una época de cambio sociológico, económico y tecnológico rápido, ni el socialismo burocrático (Este), que ha eliminado el mercado sin una sana competencia con el Estado total, ni el capitalismo de monopolio (Oeste), que ha cartelizado y trustificado todo, son regímenes válidos económica política y socialmente, debido a sus contradiciones y alienaciones inherentes o de sistema.

Hay que instaurar una economía autogestionaria en que el mercado sea

cooperativo y no especulativo, donde compitan productos sanos y nobles y no marcas o mercancías muy publicitarias por monopolios de producción o de comercialización, pues una economía totalitaria centralmente planificada como la de la URSS no suprime las "colas" interminables a la puerta de los almacenes del Estado, no pudiendo los consumidores decidirse, todos los días, por lo mejor y más barato, sino obligadamente por lo que ofertan los establecimientos comerciales del Estado a *precios políticos sin sentido de la realidad económica*. Es la Sociedad y no el Estado la que debe auto-organizar la economía en base a la participación directa de los trabajadores en sus empresas autogestionarias de producción o de los autoservicios cooperativos de distribución, dentro de un mercado liberado de intermediarios privados y de la burocracia de Estado. Pues *donde no hay libertad económica nunca hay libertad política*, ya sea bajo el control de los monopolios capitalistas o bajo el imperio del Estado patrón, comerciante, inversor, informante y educador que, en base a estos poderes totales, hace y deshace todo para mantener en su cima a una opresiva burocracia totalitaria neo-stalinista opuesta al socialismo en libertad como Ceaccscu, en Rumanía.

DIALECTICA DE LA COMPETENCIA

El contenido económico de la competencia reside en que todo productor, en una economía mercantil capitalista, produce para "otro" más que para sí mismo, para el mercado: categoría verificante del proceso económico. En una economía mercantil el productor no es el consumidor directo de su producto: produce mercancías que necesariamente tendrán que pasar por la *forma dinero*, por el mercado, para obtener ganancias y otros productos a intercambio del producto propio o de dinero, divisas y metales preciosos.

Si todo el proceso económico discurriera de fronteras adentro, la competencia sería limitada con la cartelización o la nacionalización: dos formas monopolizantes, ya sea como empresas privadas o estatalizadas. Pero como todo país está en el mundo y no puede aislarse en la autarquía, como es dependiente del mercado mundial, la competencia mercantil atenuada por los tipos de cambio diferenciales, la contingentación, la cartelización y la nacionalización, reaparece como competencia en el mercado mundial, donde existe entre países concurrentes. En este orden de ideas, la URSS, a pesar de su gran territorio no ha podido ser autosuficiente en esta época de economía planetaria.

Por ejemplo, las carnes vacunas sudamericanas (como cualquier otro producto ofertado en el mercado mundial, donde rige la competencia mercantil) siempre se comprarán o se importarán de los países que ofrezcan mejor calidad y precio, ya qué en el mercado mundial, más allá de las fronteras dirigistas o proteccionistas, rige una economía competitiva, y por eso el monopolio nacional no es nunca absoluto al alcanzar el ámbito internacional.

El Frigorífico Nacional, que disfruta del monopolio del abastecimiento de carnes en la ciudad de Montevideo, puede dirigir voluntariamente sus precios en la esfera interna, pues no tiene grandes competidores dentro de ese ámbito; pero lo que es ventaja monopólica en Montevideo se torna competencia en los mercados de Madrid, Londres, París y otras plazas posibles importadoras de carnes sudamericanas.

Si el referido frigorífico tiene exceso de personal o costos de producción más elevados que los frigoríficos privados —no nacionalizados— puede salir del paso económicamente elevando el precio a los consumidores de Montevideo, ya que ahí no tiene importantes competidores. Ahora bien, como los costos del citado frigorífico son más altos que los de los frogoríficos privados éstos ofertan la tonelada de carne más barata que él en Madrid, Londres y París, donde rige la competencia internacional y así puede perder por competencia lo que gane por monopolio en Montevideo. No hay, pues, competencia nacional en el mercado internacional si se produce a costos superiores que la media registrada en ese mercado, aunque ello sea posible otorgando subsidios a las exportaciones con pérdidas.

El *dirigismo económico* ha atenuado la competencia mercantil en los límites de las fronteras nacionales con la tarifa arancelaria, los tipos de cambio diferenciales, los recargos cambiarios y otros mecanismos; pero las economías nacionales, cuando se empobrecen, cuando sus costos suben, cuando bajan sus niveles de productividad, no pueden competir o ganar divisas en la esfera del mercado mundial, donde la competencia internacional es más abierta que la nacional. Y si un país no gana divisas u oro con sus exportaciones para importar tecnologías, bienes y servicios del mundo queda aislado y progresivamente empobrecido. El mundo se puede pasar sin un país, incluso sin Estados Unidos o la Unión Soviética, pero un país no puede prescindir del mundo, en esta época de economía planetaria.

Cuando la competencia internacional rechaza a un país desajustado con ella es peligroso entonces no pagar sus deudas exteriores en divisas o devaluar constantemente la moneda nacional, a fin de recibir (gratuitamente) más unidades monetarias nacionales por menos divisas producidas con las exportaciones. Tal procedimiento limita la ley de la competencia económica sólo por un tiempo, pero un día el país que usa y abusa de la devaluación se queda sin divisas, cargado de deudas exteriores. En tales situaciones la crisis económica estalla de golpe. Y cuando la crisis de pagos exteriores se produce como un colapso, es difícil que el enfermo responda a la medicina; hay que emplear entonces la cirugía revolucionaria haciendo profundos cambios en todo lo que no funciona económica, tecnológica, social y políticamente, a fin de poner en armonía las relaciones sociales y las fuerzas productivas. Tal sería el caso de los países latinoamericanos en los finales del siglo XX.

Una economía nacional, sea su condución a derecha o izquierda, tiene que verificarse externamente según la ley de la competencia económica ofreciendo, en el mercado mundial, bienes y servicios a precios económicos y de

excelente calidad, para que la ley de la oferta y la demanda no le sea desfavorable. En este sentido, una economía, dicha socialista, como la economía polaca, para ir ajustándose lentamente a la competencia internacional tuvo que devaluar el zloty seis veces entre 1982 y mediados de 1985, modificando repetidamente su paridad de cambio con el dólar (divisa occidental) y con el rublo (divisa oriental). Por otra parte, con una deuda externa, en 1989, por valor de 35.000 millones de dólares, Polonia tenía que entregar a sus acreedores extranjeros la casi totalidad de sus ingresos de divisas por exportaciones, a fin de pagar intereses y amortizaciones de esa enorme deuda. Ello obligó a Polonia a exportar más de lo que importa de Occidente para conseguir divisas para cubrir el servicio de intereses de su deuda exterior. Ello a condición de privarse de muchas importaciones esenciales (que sólo pueden ser financiadas haciendo más competitiva una economía nacional endeudada externamente) para tener un superávit en la balanza de pagos internacionales, independientemente de las ideologías de derecha o izquierda.

LA COMPETENCIA MERCANTIL

La libre competencia mercantil constituía la ley más armónica del capitalismo de la época liberal, antes de crearse los monopolios, "trusts", "pools" y cárteles, para limitar la esfera de concurrencia mercantil. Los cambios diferenciales, los recargos cambiarios, la contingentación en la importación de bienes y servicios y otras políticas restrictivas actúan como frenos contra la ley de la competencia económica, pero no se la puede abolir voluntariamente en una economía capitalista.

Una ley económica objetiva no puede ser obviada por un acto de voluntad, ya que si su esfera de influencia es restringida, por un lado, ella reaparece dialécticamente, por el otro, en un plano diferente, con distinta forma, pero con el mismo contenido. Por ejemplo, se suprime la competencia entre muchos empresarios, lo cual era propio entre las pequeñas y medianas empresas, en liberalismo económico, pero no lo es en el capitalismo concentracionario, en que la competencia se reduce a repartirse el mercado entre unas cuantas y poderosas firmas capitalistas. Así la competencia es atenuada por medio de *acuerdos de "cártel"*, para dividir el mercado en zonas para cada gran empresa, reglamentando la producción en base a "cuotas", a fin de que para obtener ganancias los precios no revelen los verdaderos costos de producción, sino más bien los de la "escasez" deseada en el mercado. Tal procedimiento va en contra del interés de los consumidores y del progreso económico en beneficio de la humanidad. Por consiguiente, un mercado socialista libertario no tiene o debe tener privilegios para ningún grupo sindical, corporativo, mutual o federación de industria de agro o de servicios.

La competencia económica, por más que las grandes empresas la pretendan eliminar en la esfera nacional, reaparece como lucha entre las empresas

en el mercado interno, y, sobre todo, como lucha económica en el mercado mundial, donde todos los precios se expresan en divisas convertibles. Ni siquiera el "International petroleum cartel" (integrado por cinco "trusts" petroleros norteamericanos y dos "trusts" británicos que dominan el mercado crudo) ha conseguido establecer precios de absoluto monopolio, ahora que los soviéticos, los "independientes" y los países de la OPEP tienen su propia industria petrolífera. Y es que en economía nada es perdurable: todo cambia en el devenir dialéctico de la historia, incluso una sociedad libertaria no sería siempre igual a si misma.

Los yacimientos petrolíferos del Mar del Norte, entre Gran Bretaña y Noruega, en abril de 1985 producían diariamente 3.6 millones de barriles de crudo, contra 3.4 millones Arabia Saudita que en 1973, al producirse la primera crisis mundial petrolera, era largamente el mayor productor mundial de petróleo. Por otra parte, la entrada en el comercio mundial del crudo producido en Alaska, URSS, México y China ha disminuido las necesidades de su importación en Estados Unidos, lo cual ha influído, sensiblemente, en la baja de los precios internacionales del petróleo, empobreciendo a los países de la OPEP, buen número de ellos deficitarios en su balanza de comercio exterior. Todo lo cual demuestra que el mundo cambia y no es siempre igual a si mismo.

La Unión Soviética, aunque con su *economía de monopolio de Estado* puede contrarrestar, en cierta medida, la acción de la ley de la competencia mercantil, tiene, sin embargo, que ajustarse a ella mundialmente, vendiendo su petróleo en el mercado libre occidental a precios ligeramente inferiores a los ofrecidos por los países de la OPEP o por los países "independientes": Gran Bretaña, Noruega, México y otros.

Mientras existan los países como unidades económicas en compartimentos-estanco, la ley de la competencia económica en el mercado mundial será una ley de la sobrevivencia de los más aptos en productividad, calidad y creación de nuevos productos e innovación en tecnologías de punta.

Por más amigas y aliadas que se digan las naciones, mientras existan como tales, se harán la guerra económica en el mercado internacional. En este sentido, Estados Unidos, aliado principal de la Comunidad Económica Europea, decidió realizar en 1985-86 un programa de subvenciones a sus exportaciones agrícolas, ante las políticas proteccionistas de Europa occidental y de sus exportaciones agrícolas subvencionadas, en forma de competencia desleal en los mercados del Este y de de países afro-asiáticos y latinoamericanos. Por otra parte, Estados Unidos amenaza a Europa occidental con intensificar su comercio, inversiones directas o de otra clase, colaborando en tecnologías de punta, preferentemente con los países del Pacífico o los del atlántico, si los europeos no realizan un mayor *desarme arancelario* a las exportaciones de productos norteamericanos. Tanto es así que del total del intercambio norteamericano mundial, el Este asiático y el Pacífico absorben más de un tercio de su total, contra inferior porcentaje con Europa occiden-

tal. Todo indicaría que Japón, más una China desarrollada, sin contar otros países del Pacífico, constituirían hacia finales y comienzos de los siglos XX y XXI una región hacia la cual, en desmetro de Europa, se desplaza el eje de la historia universal, que nos reserva muchas sorpresas.

El Japón se está convirtiendo en un peligroso competidor comercial y tecnológico frente a Estados unidos y la Comunidad Económica Europea: el valor de las exportaciones japonesas en 1984 alcanzó a 172.130 millones de dólares, alcanzando a Alemania y rebasando, ampliamente, a países como Gran Bretaña y Francia; con la CEE, ascendieron a 19.410 millones de dólares, dejando un gran saldo favorable de balasnza de comercio a favor de Japón; puesto que los japoneses venden baratos sus artículos de exportación, debido a que sus obreros tienen tanta o más productividad que los europeos y hacen más horas de trabajo por semana que estos. Así las cosas, es explicable que las exportaciones de automóviles japoneses aumentaron, 24%, las de equipos de oficinas 57% y las de magnetoscopios 92%, en 1984 respecto del año precedente. De seguir así las cosas, ante una Europa consumista y poco inversionista donde no aumenta tanto la productividad como en Japón y USA, todo tiempo futuro pudiera ser siempre peor, en forma de crisis acumulativa para los europeos.

La competencia mercantil japonesa en el mercado mundial es muy agresiva: en 1984 el valor de las exportaciones de automóviles japoneses ascendieron a 15.430 millones de dólares. Las exportaciones generales a los Estados unidos, en ese mismo año, alcanzaron a 26.830 millones de dólares, dejando un saldo positivo de balanza de comercio exterior muy elevado a favor de Japón. La Comunidad Económica Europea recibió bienes y servicios de origen japonés, en 1984, por 19.410 millones de dólares, lo cual evidencia que la balanza de comercio exterior de la CEE con el Japón está acumulando fuertes dédicit.

Así las cosas, debido a la competitividad de la industria japonesa en el mercado mundial, están apareciendo los *nipo-dólares* (dólares de superávit de la balanza de comercio exterior del Japón), mientras van siendo más escasos los *euro-dólares* y los *petro-dólares* a medida que Europa occidental es menos competitiva comercialmente en el mundo y que los precios del petróleo no suben tanto como durante los dos "shocks" petroleros de 1973 y 1979-81 en que el barril de crudo subió verticalmente.

El Japón, que era un país pobre a la salida de la segunda guerra mundial, se ha convertido en un país rico, gracias a su competitividad comercial y a su elevada *productividad del trabajo*; en 1985 inmediatamente después de los Estados Unidos en el "ranking" mundial, mientras la vieja Inglaterra y la rica Francia ocupaban, respectivamente, los puestos 11 y 15 en la competitividad comercial internacional. Como el Japón va llenando las arcas de su banco central de nipo-dólares, ya que es país acreedor con Europa, Estados Unidos y países subdesarrollados no petroleros, sus *haberes netos sobre el extranjero* alcanzaban, en 1984, a 60.000 millones de dólares, contra 37.300 en 1983,

mientras que la rica Arabia Saudita sólo tenía haberes sobre el exterior valorados en 60.000 millones a pesar del "boom" petrolero de los años 1973 y 1979. Y lo increíble es que hasta 1968, Japón era un país netamente deudor en su balanza de pagos exteriores, pero ahora compite con USA y la CEE.

Es, por tanto, explicable que Japón, en 1984, realizara inversiones directas en el extranjero por valor de 10.150 millones de dólares, de los cuales 3.359 millones invertidos en Estados Unidos, 1.671 millones en Panamá, 452 millones en Holanda, 412 millones en Hong-kong y 114 millones de dólares en China. Como el Japón obtuvo en 1987 un *superávit* en su balanza de comercio exterior, de 93.000 millones de dólares se convertía así en potencia exportadora de capitales para realizar inversiones directas en el extranjero, tratando de crear muchas filiales de las empresas japonesas que, como las multinacionales norteamericanas, un día vendan más, ellas solas en el exterior, que el total de sus ventas en el interior. Sin embargo, el Japón pende de un hilo muy tenue: si suben mucho las materias primas y el petróleo y se establecieran políticas proteccionistas, la prosperidad japonesa acabaría en una gran crisis de difícil salida.

El modelo de desarrollo japonés, con todo lo prodigioso que pareciera a primera vista, no es tan maravilloso ni digno de ser imitado cuando su futuro es incierto económica y comercialmente, a pesar de su sostenido crecimiento económico, de su agresiva competitividad en el mercado mundial y su creciente productividad del trabajo, debido a la innovación tecnológica. La economía japonesa (que ha desarrollado sus fuerzas productivas más rápidamente que Europa occidental, Norteamérica y la Unión Soviética, trabajando mucho y bien y consumiendo poco y mal, para subvenir a las necesidades de sus muchos millones de habitantes en un pequeño espacio geográfico) es, ciertamente, un éxito económico; pero si se produjera una gran depresión económica mundial, si los países exportadores de materias primas y de petróleo al Japón necesitaran éstas para su numerosa población hacia el año 2000, entonces los japoneses tendrían que emigrar por millones de habitantes a las zonas más subpobladas del mundo: Siberia, Australia y América Latina, preferentemente a otras regiones.

El mundo, en su conjunto, tiene que ser auto-organizado federativamente con desarrollo económico, tecnológico, demográfico, cultural y científico paralelo y proporcionado, evitando las aberraciones de la competencia económica desleal, que desperdicia muchas fuerzas productivas, y la competencia entre los hombres como si se tratara de mercancías, aboliendo el mercado capitalista del trabajo, asociado el trabajador con sus medios de producción en una empresa autogestionaria de propiedad social. Suprimida la competencia mercantil entre los hombres surgiría un nuevo humanismo en razón de un socialismo libertario, donde fueran libres los hombres y los productos de su trabajo en un mercado autogestionario, sin que hubiera especulación con los capitales, los bienes y servicios ofrecidos. Así se cumpliría la *ley del valor-trabajo en los intercambios* ajustados a precios muy cerca de sus costos ver-

daderos, a fin de que ningún intermediario pudiera inflarlos en contra de los trabajadores y de los consumidores.

Un mercado de bienes y servicios, funcionando según la ley de la equivalencia de trabajo en los intercambios en una economía social daría al dinero una solidez y estabilidad que no tiene con el capitalismo privado o de Estado. En los falsos precios capitalistas están comprendidas las rentas parasitarias, los impuestos del Estado caro y malo, las ganancias de los capitalistas, y los altos sueldos de las burocracias totalitarias, los intereses elevados y todo lo que hace paradójicamente que la inflación sea insuperable en una época de alta productividad, en que cada vez cuesta menos en horas de trabajo un producto pero se vende más y más caro, para que con los precios inflacionarios unos hombres engañen a los otros, según la lógica absurda e inmoral del capitalismo.

El mundo, pues, necesita ser reorganizado mediante un *socialismo federativo libertario*, con distribución proporcional de la riqueza y de la población, sin países pobres ni ricos; sin que haya en la Argentina por ejemplo, 11 habitantes por kilómetro cuadrado, contra 314 en Japón, 321 en Bélgica, 248 en Alemania, países que caben juntos en Argentina, potencialmente más rica que estos países industrializados; pero más pobre porque no utiliza un modelo económico y tecnológico racional: sin latifundios ni monopolios, con una economía de interés social autogestionaria y libertaria, basada en la propiedad social y la solidaridad humana.

Nuestra *civilización antagónica*, un tanto incivilizada, y amoral, a causa de sus contradicciones de clases de las potencias imperialistas hegenomistas, de que la economía es de signo mundial pero la apropiación de los capitales se hace en beneficio de naciones imperiales, conduce a la guerra económica, primero, y a la guerra caliente después, siempre ambas posibles en el capitalismo mundializado.

El mundo se ha convertido en una gran aldea, pero los bloques imperialistas y hegemonistas no quieren su unidad federativa, equitativa, económica y socialmente entre todos los países que, constituídos en un todo federativo, deberían pasar a ser las provincias unidas del mundo Uno. De lo contrario, con las armas nucleares es posible que no tengamos ninguno; puesto que la época de las armas atómicas el hombre corre el riesgo peligroso de perecer por el átomo, como arma diabólica de destrucción masiva, o salvarse con él obteniendo nuevas e inagotables fuentes de energía limpia, capaces de crear una *sociedad libertaria* de abundancia económica, para conquistar el espacio cósmico, con la Tierra como un solo país. Quizá esa posibilidad fáustica, en que los hombres casi serían como dioses en esta *hora crítica del mundo*, requiera su unidad federativa, democrática, equitativa, compartiendo la riqueza y el progreso por igual entre todos los hombres. De lo contrario, estamos ante un precipicio catastrófico si no instauramos un socialismo federativo en todo el mundo, con igualdad de derechos y deberes entre todos los pueblos, sin distinción de razas, de religiones, de clases y de naciones, haciendo del mundo un solo país.

Lo malo de esta época, que tiene gran progreso económico y tecnológico, es que tenemos *gobiernos autoritarios*, contituídos por una clase dominante política y económica, que se empeña en gobernar los hombres más que en dirigir bien la producción, el consumo, la circulación y la disdribución de las cosas, los bienes y servicios producidos; pues los dominadores quieren tener siempre más parte en la riqueza que los dominados; porque los que tienen el Saber quieren detentar eternamente el Poder; porque los países imperialistas quieren dominar a los neo-coloniales; y porque unos, los más, producen y consumen menos y otros, los que no producen nada, consumen más de lo que les pertenece, en la lógica de clases del capitalismo.

Si administramos bien las cosas en vez de administrar a los hombres, de tal suerte que éstas en forma de mercancías o de dinero no alienaran a los hombres, podríamos vivir ya en una sociedad libertaria de democracia directa. En ella se intercambiarían los bienes y servicios producidos a nivel mundial en sus justos valores equivalenciales de trabajo, sin que se produjeran, en un mercado libre autogestionario, relaciones desiguales o inequitativas entre unos países y otros, entre la ciudad y el campo, entre trabajo manual e intelectual, por haberse equilibrado los intercambios en su justo valor económico. Así no existiría el sistema de precios inflados, injustos, abusivos, donde se esconden las rentas capitalistas de quienes no quieren democracia directa, participación del pueblo y no de dominación sobre él, como sucede ahora con las burguesías o las burocracias bajo su Poder alienante y alienado.

COMPETIR PARA EXPORTAR

La competencia sobre el mercado mundial constituye la carasterística del capitalismo mundializado. El mercado internacional domina ya a los mercados nacionales. El *proteccionismo* (tarifa arancelaria protectora, cambios diferenciales, contingentación, etc.) es una débil resistencia defensiva nacional para evitar —en el mercado interno de cada nación— la concurrencia comercial del mercado exterior. El imperialismo económico, ante las barreras arancelarias y los cambios diferenciales, se mete en los mercados nacionales de los países subdesarrollados y aún desarrollados por medio de inversiones directas o indirectas de capital extranjero, a fin de obtener mayor *tasa de ganancia* que en sus metrópolis de origen.

Una de las contradicciones más desestabilizantes, de nuestra época, reside en que la producción es de carácter mundial, debido a la división internacional del trabajo, pero la apropiación de esa producción se realiza en beneficio de países imperialistas o hegemonistas, lo cual aumenta la desigualdad económica, cultural y tecnológica, entre países subdesarrollados y países industrializados. Esta contradición deviene un antagonismo entre las naciones imperialistas y las cinturas tropicales y subtropicales del mundo: conduciría,

a corto o largo plazo, a guerras de liberación nacional y social particularmente en América Latina, en los finales y principios, respectivamente, de los siglos XX y XXI.

La *nación* fue la cuna y será la tumba del capitalismo: no puede liberarse de las fronteras —sin explotar un país a otro—, sin que los "trusts" de los países undustrializados aplasten las industrias de los países menos desarrollados. La competencia económica no consigue crear un mundo único y armónico en el capitalismo. Ni siquiera el Mercado Común Europeo puede unificar a los "doce", sin sacrificar la agricultura española, portuguesa, griega, italiana, germana y británica a la francesa, ni la industria francesa, germana, italiana y británica a las multinacionales norteamericanas y japonesas, que están invadiendo el mercado común europeo. Por otra parte, la CEE es un gran mercado pero queda limitada con sus fronteras, sus gobiernos nacionales y sus monedas a una Europa de los mercaderes.

Cada año que pasa el capitalismo concentracionario y multinacional se proyecta hacia el mercado mundial, para eliminar a los capitalistas nacionales (subdesarrollados) mediante la competencia desleal. En este sentido, es evidente que el capitalismo multinacional está utilizando a la nación hegemónica como plataforma para su expansión imperialista. Así, pues, la ley del desarrollo del capitalismo trans-nacional conduce al imperialismo, proceso evidente en la CEE, Japón y Estados Unidos. Tanto que los problemas entre los "trusts" multinacionales y los países subdesarrollados se negocian de Estado a Estado, lo cual prueba que los intereses privados de los "trusts" se aprovechan del aparato del Estado imperial de sus países respectivos, para imponer a los *países dependientes* sus puntos de vista económicos monopolistas.

El dirigismo económico, en sus distintas variantes, ha logrado atenuar la competencia mercantil entre muchos capitalistas dentro de la esfera del mercado nacional, pero no puede suprimir la competencia internacional, en el seno del mercado mundial, lo que constituye una contradicción inherente al modo capitalista de producción.

La ley de la competencia económica internacional es una determinación alienante del capitalismo. Y es que las fuerzas productivas se han hecho demasiado grandes para contenerlas en la estrecha cubierta social y jurídica de la propiedad privada o estatal de los medios de producción.

La energía nuclear, la automatización del trabajo, la mecanización de la agricultura, la mundialización, la concentración de los capitales y el crecimiento de la población en los países del Tercer Mundo, todas estas determinaciones exigen que el capitalismo sea transformado en socialismo para liberar a la humanidad de la desocupación, las huelgas, las guerras, las crisis económicas, el hambre, la miseria, la lucha de clases, lo inhumano en la historia.

La competencia económica en el mercado mundial se ha convertido en la *ley del más fuerte*, creando violentas situaciones de guerra económica: Este-

Oeste y Norte-Sur. En este sentido, la competencia entre naciones se transforma en lucha política y económica por el dominio del mundo, entre países subdesarrollados e industrializados y entre países capitalistas y comunistas. Toda nación, debido a su dependencia económica, está condenada a acrecentar más y más su producción y a desarrollar sus técnicas, para conservar su soberanía o perderla con créditos, empréstitos, préstamos o radicación de capitales extranjeros, bajo la expansión del imperialismo económico. Pero si la nación está interesada en aumentar su producción y productividad para defender su *soberanía* , ello no es posible hacerlo sin alcanzar gran desarrollo económico y tecnológico para ganar espacio económico competitivo en el mercado mundial. Actualmente, sin industrias de punta, sin producir patentes de invención, sin ganar divisas con la competencia internacional, sin automatizar la producción, sin gastar mucho en (I + D), un país pierde su independencia económica política, diplomática y estratégica, como le está sucediendo a los balkanizados países latinoamericanos.

Una economía —no importa cual sea su inspiración política o ideológica— tiene que ser objetiva, real, lógica, en cuanto a competir internacionalmente sin fiar la competitividad al proteccionismo, a la morfina de los cambios diferenciales y los subsidios a las exportaciones, a las devaluaciones monetarias y otras políticas en que el remedio agrava y no cura la enfermedad económica derivada de unas industrias viejas, de una agricultura atrasada, de una tecnología de producción absoleta, que ni defendiendo el mercado interno con las más altas barreras arancelarias puede resistir la competencia internacional, como sería el caso de América Latina.

Ahora bien, como en el mercado mundial no todos los competidores se encuentran en igualdad de condiciones de competencia, ya que la productividad del trabajo es diferente en unos países respecto de otros, hay, pues, que usar políticas económicas distintas y comportamientos humanos diferentes en una nación rica que en una, pobre. Así las cosas, para competir en el mercado mundial una nación subdesarrollada, que hubiera hecho una revolución política, económica y social, instaurando una economía autogestionaria, tendría que comenzar por *liberarse de los hábitos consumistas de las naciones ricas*; ahorrar lo suficiente para invertir lo necesario; trabajar más y mejor que en los países industrializados; exportar muy competitivamente y con las divisas ganadas importar tecnologías y equipos de punta para las industrias modernas; emplear mucho trabajo productivo y poco trabajo burocrático; invertir en equipos de producción y en investigación + desarrollo (I + D) para elevar la productividad del trabajo; privarse durante un tiempo prudencial de hacer gastos superfluos, a fin de alcanzar económica y tecnológicamente a los países más industrializados; pues nada se consigue sin sacrificios económicos

En una economía autogestionaria, en la esfera interior, lo correcto es que todos los productores, las industrias, la agricultura, los servicios sociales y públicos, se encontrasen en las mismas condiciones de competitividad, en el

mercado mundial; una economía atrasada sólo puede desafiar a las economías tecnificadas, haciendo sacrificios: trabajar más y mejor durante un tiempo a fin de ponerse a nivel de competencia internacional. De lo contrario, una economía subdesarrollada, aislada, atrasada, nunca podría demostrar que, aún siendo autogestionaria, si no crea más fuerzas productivas que otra, conducida por la burguesía o la burocracia, no se justificaría histórica, social, política y económicamente.

Si se cambia una estructura económica y social mediante una revolución es para alcanzar un tiempo de acumulación de capital muy superior al del régimen sustituido violentamente. Pues en definitiva, cualquier modo de producción que haya pasado por la historia universal, realmente es un tiempo de acumulación de capital que, cuando por la burocratización o el parasitismo de las clases dominantes llega hacia cero, se justifica entonces cambiarlo por un nuevo régimen capaz de desarrollar las fuerzas productivas que estaban constreñidas por trabas económicas, políticas, sociales, tecnológicas o estructurales.

Una economía autogestionaria debe estar en las mejores condiciones para competir en el mercado mundial; pero si se acepta el sistema de consumo de las grandes potencias capitalistas; si, por ejemplo, se gastan la mayor parte de las divisas obtenidas por exportaciones en importar petróleo para transformarlo en gasolina para coches de turismo, pero no en energía productiva en la agricultura, la industria y los servicios, entonces se iría acumulando una deuda pública externa; envejecerían así las industrias; no se desarrollaría la agricultura; no se tendrían buenos laboratorios de investigación; no se podría, en suma, competir en el mercado mundial. En consecuencia, si el crecimiento económico y el progreso tecnológico y cultural, no es mayor con una economía autogestionaria que con una economía burguesa o burocrática, se estará en el reino de las ideologías, pero no de las realidades económicas. Pero si todo un pueblo autogestionario trabaja, investiga, consume prudentemente e invierte mucho para progresar más, si desburguesa y desburocratiza la economía, competirá con ventaja en el mercado mundial y, a mediano o largo plazo, se colocará a la vanguardia del progreso internacional, encarnando así el protagonismo de la historia universal.

Una economía autogestionaria debe ser competitiva, desafiante e imbatible en el mercado mundial; pero no sólo porque sus protagonistas auto-organizados hagan sacrificios económicos en el sentido de consumir poco e invertir mucho, sino más bien por ponerse a trabajar todos útilmente; *reducir la burocracia al mínimo; elevar la fuerza de trabajo productivo al máximo*; abolir las clases parasitarias e invertir inmediatamente sus rentas, que eran improductivas, en inversiones productivas; y no olvidar que la investigación científica y la educación generalizada son grandes fuerzas productivas para el desarrollo de la sociedad libertaria.

Hay que investigar constantemente en las industrias, la agricultura, la minería, los bosques, la pesca y la creación de nuevas fuentes de energía limpia,

teniendo una gran fuerza laboral ocupada y miles de investigadores, científicos, técnicos y proyectistas. Sólo así *la economía y la ciencia se desarrollan paralelamente* con el capital, la técnica y el trabajo constituyendo un todo unido en empresas autogestionarias, que deben ser escuelas-fábricas, para que se borre definitivamente la diferencia entre trabajo manual e intelectual, sin lo cual será imposible la igualdad económica, política, social y cultural entre los hombres.

Una economía autogestionaria tiene que producir artículos buenos, empleando patentes modernas, para que la calidad buena y el precio bueno permitan tener, en el mercado mundial, una *demanda sostenida*, de modo que las empresas multinacionales no puedan dictar las reglas del mercado con sus prácticas monopólicas y con el empleo de las mejores patentes y los mejores diseños.

Si la fuerza laboral autogestionaria es preparada científicamente y técnicamente, si del excedente económico generado por las empresas autogestionarias se aparta una buena cantidad para investigación y educación dentro de ellas, si la productividad del trabajo aumenta con las mejores máquinas y los mejores métodos de producción, la jornada de trabajo se iría reduciendo, poco a poco, hasta que *los trabajadores tengan tanto tiempo de trabajo como de ocio y, finalmente, mas ocio que trabajo* , pero sin que por ello disminuya la producción total. Consecuentemente, una economía autogestionaria debe hacer, en principio, muchos sacrificios, ahorro e inversiones y consumo moderado, a fin de desafiar, con ventaja económica, moral, social y política, al capitalismo privado o de Estado en el mercado mundial, afirmando así el socialismo libertario sobre el capitalismo de monopolio y el capitalismo de Estado.

MERCADO COMUN Y MUNDO

La competencia mercantil, que era la ley de la jungla entre muchos vendedores, ha quedado reducida a su contrario dialéctico: constitución de grandes monopolios en los países de gran desarrollo capitalista. Se diría que la concentración y la centralización del capital ha eliminado la competencia, para eludir las crisis económicas cíclicas; pero la verdad es que el monopolio no puede ser en sí mismo, ya que se transforma en su contrario: la competencia por el mercado mundial entre naciones de economía central planificada con los países industrializados y los países subdesarrollados. De modo que competencia y monopolio, en economía, son como el ser y la nada en ontología.

La concurrencia mercantil sobre el mercado mundial es el signo dominante de la economía universal de nuestra época. Por más tarifas arancelarias, cambios diferenciales, permisos previos de importación, subsidios a las exportaciones, recargos cambiarios para desalentar con ellos importaciones compe-

titivas, devaluaciones monetarias, subsidios y otros mecanismos restrictivos de la competencia internacional, todo país está en el mundo: no puede existir en sí mismo; no puede aislarse de la comunidad internacional; aferrarse a una autarquía que no tienen ni las naciones-continente: URSS, EE.UU, China, India, Comunidad Económica Europea.

Si un país se atrinchera en sus fronteras nacionales, aislándose de la economía mundial, descubrirá a la larga que el mundo puede prescindir de él; pero no él de éste. Por tanto, la competencia económica objetiva no puede ser eludida subjetivamente, sino atenuada económicamente mediante subsidios y aranceles protectores para las exportaciones no competitivas, pero todo ello son remedios que no curan la enfermedad. Pues *cuando los precios internos se desnivelan de los precios internacionales*, para determinadas exportaciones básicas, hay que recurrir a sucesivas devaluaciones monetarias; pero a condición de endosar las pérdidas a los consumidores nacionales, que van perdiendo nivel de vida y de capacidad de consumo, con lo cual todos los mercados fracasan.

Argentina, Paraguay, Chile, Brasil (por no citar a otros países) transfieren, con surepetidas devaluaciones monetarias, las pérdidas de las crisis de los ganaderos y de los exportadores de café y cobre a los consumidores nacionales.

Para atenuar los efectos indeseables de la ley de la competencia internacional en la esfera de una economía con *precios-dólares* de exportación en baja, Argentina y Uruguay, por ejemplo, siempre devalúan sus monedas nacionales, a fin de obtener más pesos moneda nacional por igual o menor cantidad de dólares. Esta política la hacen, actualmente, todos los países arruinados o endeudados por el imperialismo económico, cuyas monedas han caido dentro de la *ley de Greshan*.

En América Latina, por ejemplo, todo lo que pierden sus países por una relación de intercambio desfavorable con Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea, Japón y los países del cartel petrolero de la OPEP, es transferido a los consumidores nacionales mediante repetidas devaluaciones monetarias de las devalorizadas monedas latinoamericanas. De esta manera, la ley de la competencia económica, en la esfera del mercado mundial, es manipulada por las oligarquías exportadoras en su peculiar beneficio, pero en perjuicio de sus respectivos países. Pues si se exporta lana, cueros, granos, café, azúcar, algodón, carnes, bananas, cacao u otros productos, en base a recibir más pesos por igual o menor cantidad de dólares, pero egoista y arbitrariamente en virtud de los mecanismos trucados de las devaluaciones, quien pierde es el pueblo consumidor pagando más caros los productos nacionales y los importados y, además, los bancos centrales van disminuyendo sus entradas de dólares y divisas convertibles. Así las cosas, hay que pedir créditos, préstamos o imprestitos a los países ricos, otorgados a altos tipos de interés, lo cual remedia, hoy, pero para encontrarse siempre en una situación peor, mañana.

En cambio, Estados unidos, el país más adeudado del mundo, con una balanza de comercio exterior desfavorable en unos 120.000 millones de dólares en 1984, no devalúa el dólar para competir mejor en el exterior con sus exportaciones, ya que tiene el raro privilegio de dominar el Fondo Monetario Internacional como un monarca absoluto, en virtud de convertir sus deudas exteriores en divisa-dólar como reservas de los bancos centrales de los países integrantes del FMI. Por otra parte, el pagar altos tipos de interés, superiores al 10% contra la adquisición por extranjeros de títulos del Tesoro norteamericano, Estados Unidos vuelve a recibir en préstamo lo que debe a otros países, comprando con el dinero de éstos sus riquezas nacionales o colocando en ellos sus empresas multinacionales. En consecuencia, bajo este imperialismo monetario del dólar, no rigiendo en el mundo un sistema de patrón-oro, el rublo neocoloniza a los países del COMECON y el dólar a los países europeos, al Japón, a los afro-asiáticos y latinoamericanos. Por consiguiente, sin un patrón de valor universal, bajo el hegemonismo o el imperialismo, no se cumple la ley del valor de cambio equivalencial y la ley de la competencia.

Pero es que la ley de equivalencia de intercambio y la ley de la competencia económica perfecta sólo se podrían cumplirlas en un mercado libre al cual concurrieran productores asociados con sus medios de producción en base a la propiedad social universal o, cuando menos, nacional, si bien ya este mercado está determinado por el mercado mundial. Sin monopolios de empresas capitalistas y sin el monopolio de demanda y de oferta controlado por el Estado, rigiendo una economía autogestionaria, podría aspirarse a un sistema económico en libertad de mercado, de competencia perfecta y leal, entre empresas cooperativas, autogestionarias, de servicios sociales y públicos, en base a un modo de producción de propiedad social.

No puede haber competencia perfecta y leal mientras el dólar sea en el Fondo Monetario Internacional (FMI) un sustituto del oro, pero sin ser moneda universal como éste, o bien crear un patrón de valor trabajo universal que determine los precios objetivamente mediante el módulo del HT (hora de trabajo), que figurase en los precios de todos los bienes y servicios. Así se vería claramente que los precios tienden a bajar debido al aumento de la competitividad y de la productividad en un mercado liberado de monopolios privados o de Estado, de las rentas parasitarias de las burguesías o de las burocracias, incluídas en los precios monetarios falseados, no revelando los verdaderos costos de producción.

A nivel internacional, sin un mercado mundial liberado de los monopolios, los carteles, los "pools" y "trusts", con el dólar gozando de derecho de *veto* en el FMI, con el rublo dictando las reglas del juego económico que le benefician a Rusia y perjudican a los países del COMECON, no puede haber competencia económica en beneficio de todos los países, de los productores y de los consumidores libres.

Ante los problemas, que vician así el sistema económico internacional

con las monedas imperiales como el dólar y el rublo, sería preferible, con todos los defectos del referido sistema, un talón de valor regido por el oro que por los intereses imperialistas o hegemonistas del Kremlin o de Wall Street.

Mientras las monedas sean manipuladas a voluntad de los gobiernos de pequeñas o de grandes potencias, la *inflación*, la *devaluación* y la *reflación* de las monedas constituiría una especie de circuito cerrado dentro del cual se mueven los gobiernos para extorsionar a sus pueblos, a sus consumidores y trabajadores, y las grandes potencias hegemonistas o imperialistas a los países "satelizados" por el rublo o el dólar.

Sólo, pues, una economía autogestionaria, que respete las leyes económicas objetivas, que ponga como basamento del nuevo orden económico la propiedad social, que desaburguese y desburocratice la economía, puede llevar adelante un crecimiento económico equilibrado sin crisis económica, ecológica, demográfica y de agotamiento de recursos naturales, sin desperdicio de recursos humanos.

PRECIOS Y DEVALUACIONES MONETARIAS

El mercado mundial condiciona a los mercados nacionales pero el *dirigismo* (en Occidente y el *planismo* en Oriente) han, en cierto modo, neutralizado los efectos indeseables de la ley de la competencia económica. Por otra parte, la *ley de la división internacional del trabajo* es una realidad de nuestro mundo a escala planetaria. Ningún país puede sustraerse, total o parcialmente, a estas leyes determinativas de la economía mundial que domina a las economías nacionales.

Los países integrados en la Comunidad Económica Europea han creado mecanismos comunitarios para subsidiar las exportaciones de manteca y de cereales, principalmente franceses, para colocar fuera, en Rusia principalmente, productos excedentarios: Francia exportó trigo a China y Rusia a la mitad del precio que recibe de subsidio de la CEE, cuyo presupuesto, en sus dos terceras partes, va destinado a otorgar subsidios a los agricultores europeos subvencionados.

Para evitar repetidas *devaluaciones monetarias*, determinadas por las variaciones de precios internos con relación a los precios externos, se debe crear transitoriamente organismos compensatorios que subsidian las exportaciones críticas, a fin de defender la estabilidad de una moneda. Para conservar la soberanía y defender la independencia económica de un país hay que aumentar la producción o perecer; no se debe confiar en el aporte sistemático de capitales extranjeros, ni en las devaluaciones, ni en los subsidios, ni en elevadas tarifas arancelarias, ni en la persistente inflación monetaria. Llevamos, desde que se abandonó el patrón-oro, cinco décadas de inflación mundial, aunque en horas de trabajo las mercancías cada año cuestan menos y, por tanto, las monedas tendrían que revaluarse.

Todo el mundo habla de la inflación, pero nadie sabe nada realmente acerca de ella, más que lugares comunes, en los que coinciden los campesinos, los ciudadanos, los catedráticos y sus sirvientes. La inflación monetaria es un medio para transferir la crisis del fuerte (el monopolizador de la riqueza) al débil (los asalariados con ingreso fijos). Para salir de la inflación y de las devaluaciones monetarias, hay que crear organismos apropiados, estructuras económicas nuevas: empresas autogestionarias, cooperativas, empresas de interés social, que autorregulen una economía sana y estable, dinámicamente progresiva, técnicamente avanzada, que neutralice la ley capitalista de la jungla en un mercado autogestionario, basamento del justo y equitativo intercambio de la sociedad libertaria.

En los países (donde rige la propiedad estatal y la planificación centralizada, donde hay monopolio de compra y de venta por el Estado totalitario), la ley de la competencia económica es contrarrestada, en gran parte, tanto en el mercado interior como en el exterior. Así, por ejemplo, la Unión Soviética oferta fletes marítimos, productos químicos, materias primas, petróleo crudo, material de guerra, maquinarias y otras mercancías, que sería prolijo enumerar, siempre más baratas que la competencia en el mercado internacional. Pues como el Estado-empresario, comerciante, banquero, importador y exportador es dueño de todo, caso de que en algunos períodos necesite divisas de libre convertibilidad para financiar su comercio exterior, entonces para obtenerlas suele exportar competitivamente ofreciendo fletes, productos manufacturados, materias primas y otros servicios y bienes, subsidiando las exportaciones con pérdidas, cosa que no pueden hacer otros países donde la economía de Estado tiene poca significación económica. Ahora bien, en 1988, la URSS tuvo un déficit de más de 100.000 millones de dólares en el presupuesto del gobierno a causa de las subvenciones, principalmente.

Sin embargo, aunque el Estado nacionalice las pérdidas de sus exportaciones, a la larga, como en el caso de Polonia y otros países del Este, si la economía nacional no es competitiva en el mercado mundial puede acumular enormes déficit en la balanza de comercio exterior y, más aún, en el balance de cuentas internacionales, no pudiendo pagar, cuando la deuda exterior fiscal es muy grande, ni los intereses de la misma, y no ya sus amortizaciones anuales de capital debido a banqueros o países extranjeros, como les sucede a muchos países miembros del COMECON, entre ellos muy endeudados externamente: Polonia, Rumania, Hungría, Alemania del Este, Bulgaria, Checoslovaquia y Cuba.

Para evitar los grandes desajustes entre una economía dicha socialista, en relación con la balanza de pagos exteriores, ésta, como cualquier otra economía nacional, por encima de toda clase de ideologías, tiene que producir bienes y servicios de exportación que sean competitivos, en calidad y precio para el mercado mundial. Así se pueden obtener las necesarias divisas de libre convertibilidad para financiar las importaciones esenciales y las tecnologías de punta, de modo que la economía nacional no quede aislada del mercado

mundial o sin capacidad de crédito en él, debido al aumento de una pesada deuda externa, acumulada a causa de que la economía no es competitiva frente a la de otros países.

Una economía nacional, independientemente de la ideología que sea, tiene que ser agresiva en el mercado internacional. Japón, por ejemplo, país capitalista, importador de la mayor parte de sus necesidades de materias primas y de petróleo, sin embargo, compite ventajosamente frente a la URSS y USA, países productores de petróleo y de buena parte de las materias primas y petróleo que necesitan anualmente. Así las cosas, entre abril de 1984 y abril de 1985, el Japón registró un excedente de divisas de la balanza por cuenta corriente, aproximadamente, de 50.000millones de dólares, mientras que USA lo tendría de déficit, en esa cantidad, multiplicada por dos o más. De esta manera, Japón se está convirtiendo en un país exportador de capitales, agresivo comercial e industrialmente, no teniendo ni el espacio, ni la riquezas naturales, ni tantos millones de consumidores como Estados Unidos o Rusia.

No es explicable racionalmente que la Unión Soviética, con más recursos naturales y humanos que el Japón, con 150 millones más de habitantes que éste en 1985, tuviera, sin embargo, una economía menos competitiva que la japonesa en el mercado mundial, más endeudada externamente y más atrasada técnicamente. Quiere decir, pues, en el lenguaje de los hechos, que la burguesía japonesa es más inversora y menos parasitaria que la burocracia soviética, lo cual cuestiona política, económica y socialmente el modelo de desarrollo soviético.

Si la Unión Soviética, con más espacios de cultivos agrícolas que Estados Unidos produce la mitad de cereales que éstos, habiendo tenido que importar, en 1984, más de 40 millones de toneladas de granos, y si la industria soviética (contando con espacio, población, recursos naturales y fuentes de energía) no compite con la japonesa, es que el modelo de "socialismo soviético" por ser demasiado burocrático y estatista no desarrolla sino que impide el progreso económico, científico y tecnológico, quedando así cuestionado políticamente.

Una economía, que se diga socialista y lo sea de verdad, tiene que ser más competitiva en el mercado mundial que la economía capitalista, más inversora de capital productivo para acelerar el desarrollo económico, cultural y tecnológico, más apta para hacer la reproducción ampliada del capital social que la economía capitalista con el capital privado, más racional en su desenvolvimiento integral sin crisis ni lucha de clases, más apropiada para mantener un régimen de *derecho al trabajo para todos,* en base a que no se consuma inproductivamente el capital invertido productivamente para que haya trabajo, prosperidad, libertad e igualdad de condiciones para todos. Si la economía soviética progresa a ritmo más lento, con peores productos, bienes y servicios ofrecidos que la economía burguesa es que la burocracia totalitaria que dirige el Estado y la tecno-burocracia que dirige las empresas, no

son aptas para desafiar a la burguesía, sino para imitarla en la percepción de la plusvalía y disiparla más improductivamente que, por ejemplo, la burguesía industrial japonesa.

Un *régimen de economía autogestionaria* ha de tener una moneda estable ajustada sobre el (HT) o la hora de trabajo, a fin de que no haya inflación permanente, ni devaluaciones monetarias para estabilizar con la mejor productividad del trabajo la moneda nacional. Hay que tener patrón de valor de cambio que permita que se cumplan la *ley de la equivalencia justa de intercambio,* en el mercado autogestionario, así como la ley de la cooperación económica entre todas las ramas de producción, verificando diariamente una correcta *ley de la división social del trabajo*. Todo ello dinámicamente, sin inmovilismos corporativos, buscando el máximo de prosperidad y de libertad para los trabajadores y los consumidores en una sociedad libertaria.

Y para que una economía autogestionaria no sea un concepto teórico, en sus primeros años de desarrollo, tiene que desafiar a las economías estatistas y capitalistas con otro sistema de inversión, de gestión de trabajo y de consumo, de ocio y cultura para todos y de derecho al trabajo mediante la propiedad social autogestionada por el pueblo.

PRECIOS, ORO Y DOLAR

La carasterística dominante del capitalismo liberal fue la tendencia al libre cambio, a la concurrencia abierta entre productores en el mercado; pero la tendencia del capitalismo de nuestro tiempo es hacia la concentración y la cartelización del capital, la economía dirigida y planificada, el manejo voluntario de la moneda y de su tipo de cambio, el control del volumen de crédito, fuera de las ataduras *del patrón-oro* o del oro, en la esfera de las economías nacionales. Ahora bien, de fronteras afuera, todavía rige el liberalismo, ya que todos los precios son expresados en divisas relativamente estables y a ello deben atenerse, ganándolas, las economías nacionales.

Si los *precios internacionales* estuvieran regidos por el oro resultaría que habría deflación de precios en el mercado mundial, ya que se produce menos oro en las minas que aumento en el volumen de la producción de bienes, lo cual determina tendencias deflacionistas en precios-dólares, que se han manifestado brutalmente en los países subdesarrollados, por la sencilla razón de que Norteamérica, Japón y Europa occidental no se rigen por monedas dentro del patrón-oro, sino con referencia a él, pero más simbólica que realmente ya que el oro no es moneda oficial en ningún país, en virtud del Acuerdo de Bretton-Woods (1944).

Los países subdesarrollados no se dan cuenta de que la *deflación* internacional de sus precios en dólares está regida por la falta de liquidez internacional (escasez de oro y dólares para pagar las deudas externas debidas a los países ricos). Si el dólar tuviera que recuperar con oro una mínima parte de su deuda externa en *euro-dólares, petro-dólares ni po-dólares* etc. tendría

éste que devaluarse, más de dos tercios de su valor, para bajar sus precios de exportación y con ello ganar oro y divisas convertibles. Pero como Estados unidos no recupera con oro sus dólares del pasivo de su balanza de comercio exterior, se permite exportar inflación internacional. Así suben los precios en los países industrializados y bajan los precios de exportación de las materias primas exportados por los países subdesarrollados. Como los mercados nacionales están condicionados por el mercado mundial y éste regido por el dolar, los intercambios mundiales se rigen por la ley del embudo con lo ancho del lado de los países ricos y lo estrecho para los países pobres.

Pero como en la naturaleza, la historia y la sociedad nada es eterno, el reinado del dólar no puede durar muchos años. Pues, aunque moneda-divisa imperial, el dólar es una moneda nacional y no universal y, por tanto, sometida a los avatares del devenir económico, donde las monedas de papel no tienen la resistencia y la durabilidad del oro o de otro equivalente de valor universal económico, relativamente estable, que tampoco pueden ser monedas-cesta o de cuentas internacionales como los DEG (Derechos Especiales del Giro, del FMI) o el ECU (moneda-divisa de cuenta, de la CEE).

El dólar, practicando un imperialismo monetario, gracias a sus onerosos privilegios de moneda imperial en el FMI, ha practicado una política monetaria de ruleta con trampa, a fin de que siempre gane el banquero norteamericano. Así, por ejemplo, hasta 1971 desde 1934, el dólar valía 0,888 milígramos de oro fino, o sea, 35 dólares-papel por 1 onza "troy" de 31,1 gramos de metal aúreo. ¿Cómo es posible que el oro estuviera tanto tiempo congelado su precio en dólares siendo un producto del trabajo como el empleado en producir acero, cobre, estaño, aluminio, plomo, maquinarias, automóviles, productos químicos y artículos manufacturados que, desde 1934 hasta 1971, habían triplicado, más omenos, sus precios internos en Estados Unidos?. No se cumple así la *ley del valor de cambio* verdadero en los intercambios internacionales, ni están en *igualdad de condiciones de competencia*, en el mercado mundial, todos los países, haciendo que ganen los países ricos lo que pierden los países pobres, porque las materias primas exportadas por éstos no suben tanto como los artículos manufacturados exportados por aquéllos.

Durante los años de la segunda guerra mundial y los primeros de la posguerra, Estados Unidos era el "taller, el banco y la despensa del mundo": exportaba más cantidad de productos que importaba, teniendo así, consecutivamente, una balanza de comercio exterior favorable. En estas condiciones, todos los países que tenían déficit con Estados unidos, tenían que enjugarlo en dólares o, en su defecto, adquirirlos entregando oro a razón de 0,888 milígramos de este metal por 1 dólar. Así las cosas, no siendo gran productor de oro Estados Unidos se fue quedando con casi todo el oro del mundo y llegó a acumular en 1948, en Fort Knox, las dos terceras partes de las reservas aúreas mundiales. Se conseguía con una balanza positiva de comercio exterior más oro que producía Sudáfrica en sus minas, gracias a que el dólar estaba sobrevaluado en oro: el metal más barato de posguerra, justamente porque

Estados unidos era su importador neto, vendiendo sus productos de exportación tres o más veces caros en oro que en 1934: año de la devaluación del dólar sobre el oro.

Pero cuando la economía norteamericana comenzó a ser menos competitiva en el mercado mundial, cuando Europa occidental y Japón comenzaron a desalojar de él a Estados Unidos, iba perdiendo el oro que gano en los años en que era el banquero, el taller y el granero del mundo. Ante este real peligro, el presidente Nixon, en 1974, declaró unilateralmente la *inconvertibilidad del dólar en oro*, precisamente porque entonces ya no era Estados Unidos importador de oro sino exportador a un precio congelado en 1974 respecto de 1934. Al invertirse la competencia internacional desfavorablemente para los norteamericanos y en beneficio de europeos y japoneses, las reservas aúreas estadounidenses, hasta un máximo de 24.000 millones de dólares-oro, declinaron a poco más de 10.000 millones, que también habrían desaparecido de no haber decretado en 1974, unilateralmente, la inconvertibilidad del dólar en oro, lo cual le quitaba, en el FMI, su calidad de "gold exchenge standard" (talón-oro); pero, a pesar de ello, la divisa norteamericana siguió siendo el rey de las monedas internacionales.

Hubo una época en que los países industrializados, regentados monetariamente por Estados Unidos, formaron un "*pool' del oro* para apoyar al dólar a salir de sus crisis monetarias manteniendo, artificialmente, su paridad aúrea de 0,888 milígramos de metal fino. pero cuando esa paridad no se podía mantener más tiempo, los países satelizados por el dólar aceptaron, que para que no subiera demasiado el precio del oro dejando mal parado al dólar, se vendieran las reservas aúreas del FMI, cosa que se hizo reduciendo el precio del metal amarillo mediante una oferta aúrea desmedida del FMI, donde el oro fue sustituído por una moneda-crédito: el DEG, que no desalojó al dólar, sino que le dio cobertura para seguir siendo el dictador monetario en el FMI, donde tiene el raro privilegio de vetar las políticas monetarias que no convengan a los intereses nacionales y mundiales de Estados Unidos.

Así , pues, tenemos actualmente un *precio oficial del oro* en Estados Unidos un poco más elevado, pero no mucho, que en 1971, pero porque este país no exporta oro, ni lo vende libremente en su mercado interno, mientras en los mercados libres de Londres, París y Hong-Kong, ha alcanzado precios de hasta 875 dólares por cada "troy" de 31,1 gramos, o sea, muchas veces más que el precio oficial en Estados Unidos. Si no se cumple la *ley del valor* ni la *ley de la competencia económica* a nivel mundial, para que el dólar siga mandando en todas las monedas del mundo, Estados unidos tiene injustamente una baraja con la que gana y otra con la que no pierde pero perjudicando, sobre todo, a los países menos competitivos de Asia, Africa y América Latina, endeudados con préstamos onerosos y usurarios descapitalizados por una relación de intercambio desfavorable, gracias a los mecanismos trucados del dólar y, en menor grado, de las euro-divisas y el yen.

BIBLIOGRAFIA

SMITH, Adam.

La riqueza de las naciones. Los precios del mercado pueden subir o descender por debajo de los costos de producción de un bien, acarreando así la posibilidad de ganancias o pérdidas temporales, que pueden desaparecer luego, cuando los precios tiendan a corresponder a los costos de producción pero, en situaciones de monopolio, dice Smith:

"La renta de la tierra... es naturalmente un precio de monopolio. En nada es proporcional a lo que el terrateniente haya gastado en la mejora de ella, o a lo que él pueda recibir, sino a lo que el labriego puede dar". (Ib. I, cap. II).

"Un monopolio concedido, bien a un individuo o a una compañía, tiene el mismo efecto que un secreto comercial o de fabricación. Los monopolistas, teniendo el mercado contínua y escasamente abastecido, no satisfaciendo jamás la demanda efectiva, venden sus mercancías muy por encima de su precio natural, elevando mucho sus emolumentos, bien consistan en salarios o en ganancias, por encima de su tipo natural. El precio de monopolio es en todo tiempo el mayor que puede obtenerse. El precio natural, o precio de libre competencia, por el contrario, es el más bajo que pueda recibirse, no en todo tiempo, es verdad, pero si durante períodos considerables". (Ib. I, cap. 7).

Tal sería el caso, en nuestro tiempo, en que los monopolios establecen el mayor precio posible para sus productos químicos, maquinarias, materias primas, antibióticos, etc. en los países subdesarrollados y en sus respectivas metrópolis; pero más en éstos que en aquéllas, produciendo así ganancias exorbitantes, para el gran capital financiero multinacional.

BAILEY, Samuel.

A critical dissertation on the nature, mesures, and causes of value. "Evidentemente —dice Bailey—, Ricardo no concedió suficiente importancia a esa fuente de valor que él llama escasez: ni tuvo muy en cuenta que ese era precisamente el mismo principio que privilegia a los propietarios de tierras o minas de fertilidad superior a la común, para elevar el valor de los bienes por encima de aquél que habría dado la ganancia acostumbrada. Hemos visto que la escasez, o en otras palabras la protección en contra de la competencia, lejos de ser una fuente insignificante de valor y conferirlo sólo a una parte muy pequeña de la masa de bienes que se cambian a diario en el mercado (como Ricardo había dicho) es la más amplia fuente de valor, y que a ella debe atribuírse el origen del valor de muchos de los más importantes artículos de cambio". (Obr. cit. p. 229).

Sobre precios de monopolio, en nuestra época, las empresas multinacionales los manipulan voluntariamente en el mundo.

MARX, Carlos.

Trabajo asalariado y capital . "El aumento del número de capitalistas —dice Marx— hace aumentar la concurrencia entre los capitalistas. El mayor volumen de los capitales permite lanzar al campo de batalla industrial ejércitos obreros potentes, con armas de gerra gigantescas.

"Sólo vendiendo más barato pueden los capitalistas desalojar a otros y conquistar sus capitales. Para poder vender más barato sin arruinarse, tienen que producir más barato; es decir, aumentar todo lo posible la fuerza productiva del trabajo. Y lo que sobre todo aumenta esa fuerza productiva es una mayor división del trabajo, su ampliación en mayor escala y el constante perfeccionamiento de la maquinaria. Cuanto mayor es el ejército de obreros entre los que se divide el trabajo, cuando más gigantesca es la escala en que se aplica la maquinaria, más disminuye relativamente el costo de producción, más fecundo se hace el trabajo. De ahí que, entre los capitalistas, se desarrolle una rivalidad en todos los aspectos, para incrementar la división del trabajo y la maquinaria y explotarlos en la mayor escala posible". (Obr. cit)

De acuerdo con Marx, la competencia capitalista no es sólo entre mercancías, sino entre los hombres que como mercancías venden su fuerza de trabajo. El obrero hace competencia al obrero, ya que el capitalista cuenta a su disposición con el ejército sin trabajo: millones de desocupados que presionan los salarios a la baja, si no monetaria realmente en su disminuído poder de compra.

LIST, Federico.

Sistema nacional de economía política. En el sistema económico de List, la más elevada asociación de los individuos se realiza en el Estado, y la nación está por encima del mundo, de modo que su economía debe ser protegida ante la competencia mundial hasta que sea suficientemente fuerte para resistirla internamente y desafiarla externamente. No obstante, el nivel de proteccionismo tiene un límite:

"En términos generales —dice— cabría admitir que cuando no puede prosperar una industria con una protección inicial del 40 al 60%, y no logra sostenerse a pesar de la protección continuada del 20 al 30%, carece de condiciones fundamentaes propias de la energía manufacturera". (Obr. cit. p. 296).

A la hora de constitución de las nacionalidades, antes de la mundialización de la economía, Federico List puede ser considerado un promotor de la Zollverein (unión aduanera alemana), un proteccionista de la industria nacional hasta hacerla competitiva con las más desarrolladas del mundo, un defensor de la industrialización alemana, limitando la libre competencia extranjera con derechos arancelarios, en el sentido a como lo han hecho los japoneses después de la segunda guerra mundial. Pero en nuestra época, el nacionalismo económico, la prevalencia del Estado y de la nación sobre la sociedad y los individuos, dan a la doctrina económica de List un cierto matiz totalitario, más bien en el sentido de nazismo que de la libertad económica.

CAREY, Carlos.

Principles of social science. Filadelfia, 1858-59. Antes de que Estados Unidos fuera una gran potencia industrial, Carey recomendaba una cierta dosis de proteccionismo para pasar de la economía monoproductora de exportación agrícola a una economía diversificada:

"La actividad diversificada —expresa— proporciona ocupación a todo tipo de facultad humana". (...) "al impedir este desarrollo, se reduce la amplitud de la ocupación y se obliga a poblaciones enteras a dedicarse a arañar la tierra, a transportar mercancías o al cambio". (Obr. cit. pp. 241-242, Vol. 2).

Carey se dio cuenta de que un país monoproductor de materias primas recibe poco a cambio de ellas lo que obliga a exportar más en volumen aunque se obtenga menos en precio a consecuencia de una relación de intercambio desfavorable, en el mercado mundial, para los países monoproductores de materias primas.

Pero el hecho real es que una gran agricultura norteamericana de exportación le procuró las divisas para crear posteriormente una gran industria que la apoyó, mecanizó, electrificó y le procuró fertilizantes químicos a buen precio, en virtud de lo cual actualmente Estados Unidos es un país más agresivo comercialmente en la agricultura que en la industria. La Argentina por ejemplo, tiene esas mismas posibilidades y las ha desaprovechado para tener una agricultura y una industria competitivas internacionalmente, pero quizá ello sea debido a la forma de propiedad de la tierra en base al cultivo extensivo de las "estancias" semifeudales o latifundios, que se oponen al desarrollo de las fuerzas productivas en un campo argentino agro-industrializado, poblado de hombres tanto como de vacas y ovejas en virtud de una revolución en la agricultura, que nunca se hizo en Argentina y, a causa de ello principalmente, esta nación rica se ha ido empobreciendo.

BASTIAT, Federico.

Harmonies économiques. Esta es su principal obra, pero escribió más en defensa del libre cambio, en contra de la peligrosa teoría del derecho al trabajo o de los talleres nacionales de Luis Blanc y contra ese "mito decepcionante, esa vana ficción que se llama Estado". Defensor ardiente del libre cambio, Bastiat puede ser así considerado como la antítesis de List, de

Carey y de otros proteccionistas que restringen la libre competencia. Cree Bastiat que los intereses individuales y los de la humanidad, considerados en su conjunto, lejos de ser antagónicos se complementan o armonizan:

"no es cierto —exclama— que las grandes leyes providencias inciten a la sociedad al mal". (Obr. cit. p. 40.).

Sin embargo, un mundo dividido en clases sociales antagónicas, en propietarios y proletariados, en países ricos y pobres, pleno de antagonismos, está lejos de las armonías sociales pretendidas por Bastiat y más propenso, mientras no resuelva esas contradicciones, a las guerras mundiales y a las guerras civiles, a las crisis económicas, que a un mundo en busca de la armonía o del optimismo incondicionado de Bastiat.

MILL John Stuart.

Principios de economía política, con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social. Fue un liberal opuesto a la intervención del Estado en la vida económica. Defendió apasionadamente la libre competencia: "todo lo que limita la competencia es un mal; todo lo que la extiende, es, en definitiva, un bien".

Estas palabras están dichas en su libro-manifiesto sobre la libertad económica y política, titulado: La libertad.

No obstante, J. S. Mill fue partidario de conceder una especial atención a las industrias incipientes bajo condiciones favorables para resistir la competencia exterior desleal. Pero, en esencia, J. S. Mill se opuso a la ampliación de los poderes económicos del Estado, cuando dice:

"El pueblo que carece del hábito de la acción espontánea por los intereses colectivos —que tiene la costumbre de mirar hacia su gobierno para que le ordene lo que tiene que hacer en todas aquellas materias de interés común—, que espera que se lo den todo hecho, excepto aquello que puede ser objeto de simple hábito o rutina, un pueblo así tiene sus facultades a medio desarrollar, su educación es defectuosa en una de sus ramas más importantes". (Principios de economía .. p.935).

En cierto modo la competencia económica de Mill coincide con el funcionamiento de un mercado y una producción regidos por las asociaciones destinadas a superar el sistema del trabajo asalariado. Se podría pasar así de la competencia mercantil capitalista (el trabajo asalariado y las mercancías pertenecientes al capital privado o de Estado) a una competencia perfecta en que los productos se intercambiaran en su justo valor-trabajo para acabar así con la especulación capitalista y con la explotación del trabajo por el capital privado o de Estado, en una sociedad libertaria, emancipada del Estado y de la propiedad privada o estatal, sustituídas por la propiedad social.

PROUDHON, Pedro José.

Idea de la revolución en el siglo XIX. En este libro Proudhon, a diferencia del socialista Luis Blanc, rechaza el trabajo organizado por el Estado, anticipándose, en cierto modo, a lo que sucedería en la URSS bajo un capitalismo de Estado. Por consiguiente, Proudhon afirma:

"La división del trabajo, la fuerza colectiva, la competencia, el cambio, el crédito, la propiedad misma y la libertad" (...) "he ahí las verdaderas fuerzas económicas económicas, principios inalterables de toda riqueza, que sin encadenar el hombre al hombre, dejan al productor la más completa libertad, alivian el trabajo, lo apasionan, duplicando su producto, creando entre los hombres una solidaridad que no tiene nada de personal y los une con lazos mucho más fuertes que todas las combinaciones simpáticas y que todos los contratos". (Obr. cit. p. 95).

Se diría que al introducir la competencia, el cambio y el crédito, Proudhon tendría así más tendencias a un neo-capitalismo que al socialismo. Sin embargo, el crédito y el intercambio para él se realizan en un mercado de asociaciones y de comunidades libres, dueñas de sus medios de producción, propias de un socialismo autogestionario y no del capitalismo.

Proudhon quiere que el trabajador tenga el derecho a su producto sin que lo apropie el Estado como sucede en la URSS, mediante la plusvalía de Estado. Por eso durante la revolución de 1848, Proudhon denunció al socialista estatista, Luis Blanc, con esta frase lapidaria: "El se creyó que era la abeja de la Revolución, y no era más que la cigarra".

En La organización del crédito y de la circulación, página 202, Proudhon aclara elocuentemente:

"La comunidad es el primer término del desenvolvimiento social, la tesis; la propiedad, expresión contradictoria de la comunidad, constituye el segundo término, la antítesis. Ahora falta por descubrir el tercer término, la sintesis, para que tengamos la solución que se trata de buscar".

Sin duda, el tercer término, la síntesis, no es un capitalismo de Estado al modo soviético, sino una sociedad democrática autogestionaria que, mediante la propiedad social y no privada o estatal, cambie por completo las estructuras económicas de dominación y explotación del hombre en un socialismo libertario.

BLANC, Luis.

Derecho al trabajo y derecho de propiedad (1848). Preocupado por la desocupación obrera fundó los "talleres nacionales" para garantizar el derecho al trabajo colocado por encima del derecho de propiedad. Luis Blanc consideraba a la propiedad y a la competencia como dos males:

"Demostremos —dice al principio del folleto citado—: que la competencia es para el pueblo un sistema de exterminación; 2) que la competencia es para la burguesía una causa que actúa incesantemente, de empobrecimiento y de ruina".

Luis Blanc quería hacer del Estado el banquero de los pobres, el financiero de los "talleres nacionales", pero los productos de estos talleres no fueron competitivos y, finalmente, fueron disueltos, luego del 18 de Brumario de Luis Bonaparte. Pero la competencia económica entre grupos autogestionarios es buena y garantiza el derecho al trabajo la libertad y la prosperidad.

GUILLEN, Abraham.

El imperialismo del dólar. Bs Aires, 1962. Recomendamos la lectura del capítulo X y la explicación del cuadro sobre "Salarios horarios en distintos países capitalistas", para determinar el margen de competencia internacional, entre los países que se disputan el mercado mundial. Mientras, en 1959, el costo total de una hora de trabajo era de 71 centavos de dólar en Alemania, 61 en Italia, 78 en Inglaterra, ascendía a 2,68 centavos en EE.UU. para obreros de la misma especialidad". Ello explicaría que EE.UU. haya perdido margen de competencia económica internacional, debido a que la tasa de plusvalía es más baja en Norteámerica que en Europa y en Japón.

Ahora bien las empresas multinacionales norteamericanas, implantadas en todo el mundo, extraen ganancias fuera, que pueden compensar los escasos beneficios obtenidos dentro de la zona del dólar.

Por otra parte, los mecanismos monetarios internacionales, a favor del dólar en el F. M. I., hacen que Estados Unidos tenga una ruleta en la cual siempre gana y, gracias a ese imperialismo monetario, exporta su crisis al mundo en general y, en particular, a Latinoamérica.

MILTON Friedman.

Libertad de elegir. Edit. Grijalbo. Barcelona, 1980. Partidario de la competencia y la libertad de comercio, del menor intervencionismo económico del Estado, Friedman propone:

" El peligro más importante para el consumidor es el monopolio, ya sea privado o estatal, su protección más eficaz es la libre competencia a nivel nacional y la libertad de comercio a nivel mundial. Se protege el consumidor de la explotación a que pueda someterle un vendedor, mediante la existencia del otro vendedor a quien pueda comprar y que está impaciente por venderle". (Obr. cit. p. 20).

Sólo Friedman denuncia a los monopolios de distribución y de producción, pero ello es insuficiente si una clase privilegiada conserva el peor monopolio de todos: la propiedad privada o estatal, no estando así en igualdad de condiciones competitivas unos hombres frente a otros. La libre competencia leal, sólo es posible en una economía social autogestionaria.

GALBRAITH, J-K.

El nuevo Estado industrial. Ediciones Ariel. Barcelona, 1972. El teórico del creciente poder de la tecnoestructura, considera que la economía de mercado va perdiendo terreno:

"...mis tesis valen para el mundo de las mayores sociedades anónimas, sin embargo, sigue existiendo un mundo dominado por el mercado. Siguen existiendo, en efecto, campesinos independientes y abogados solos, tintoreros y zapateros remendones, libreros, músicos y habitaciones amuebladas y ocupadas por poco tiempo. El mercado sigue imperando sobre todo eso: en ese mundo sigue sin ser violada la soberanía del consumidor. Y no hay ninguna línea clara que separe esa parte de la economía del área, más reducida, de las grandes anónimas que identifico como el sistema industrial. A medida que aumenta la dimensión de la empresa y el poder anónimo, el mercado va cediendo el terreno a la planificación, pero la transición es gradual, no abrupta". (Obr. cit. p. 21).

Realmente Galbraith cree que el mercado desaparece con la concentración del capital en grandes empresas que, a su vez, crean condiciones para una economía planificada por los tecnócratas. Así, pues, en el Oeste y en el Este, con capitalismo privado de monopolio o capitalismo de Estado, el consumidor y el trabajador estarían condenados a sufrir la dictadura de los directores. Sin embargo, éstos no han resuelto la armonía económica en el Este, donde hay crisis de subproducción y de desproporcionalidad de desarrollo entre las ramas de producción y de servicios, lo cual evidencia que la planificación no resuelve nada científicamente más que dar un poder omnímodo a los burócratas, en las empresas y en el Estado total. Frente a la concentración de poder; que es totalitaria en esencia, sólo hay una solución: economía autogestionada y socialismo de mercado para acelerar el crecimiento económico y tecnológico, desaburguesando y desburocratizando las empresas y el Estado con la autogestión y el autogobierno.

HAYET, F. A.

Los fundamentos de la libertad. Fomento de Cultura Ediciones. Valencia. España. 1961. Precisando sus ideas y amplitud de criterio sobre la competencia, Hayet dice:

"La competencia, sobre la que descansa el proceso de selección, debe ser entendida en el más amplio sentido e incluye todo lo que existe entre grupos organizados y desorganizados como la que se da entre los individuos. Pensar en dicha competencia en contraste con cooperación u organización será equivocar su naturaleza. El empeño para alcanzar ciertos resultados mediante la cooperación y la organización constituye una parte integrante de la competencia igual que lo son los esfuerzos individuales". (Obr, cit. p. 101).

Quiere decir que la acción individual y la grupal, cooperativa, comunitaria, mutual, de grupos humanos autogestionarios, pueden realizar una economía competitiva de colectivos, quizá con más ventajas que las empresas individuales o privadas, que supone Hayet. Un socialismo libertario de mercado colectivo, sin interferencias ya de clases parasitarias burguesas o burocráticas, podría realizar una competencia económica colectiva, leal, verdadera, en beneficio de los trabajadores y los consumidores.

CAPITULO VIII

LA LEY DE LOS MERCADOS DE SAY O LOS PRODUCTOS SE COMPRAN CON PRODUCTOS

La ley de desarrollo desigual y la ley de la división internacional del trabajo

Para desmentir la teoría de las crisis económicas cíclicas, Juan Bautista Say (1767-1832) expuso una supuesta *ley de los mercados,* según la cual las mercancías se crean su propia demanda, como un mecanismo económico automático inmanente del régimen capitalista.

Si todos los productores —dice Say— fabricaran cada vez más productos, cada uno de ellos recibiría a cambio de su producción una mayor producción de los demás. En este sentido, no se producirían las crisis económicas de sobreproducción relativa, teniendo así el modo de producción capitalista una ley inmanente de armonía económica.

Sin embargo, desde 1825, cada diez o menos años, se han producido *crisis económicas cíclicas*, que desmienten la validez científica de la ley de los mercados de J. J. Say. Con la agravante, hasta la gran depresión de 1929-33, de que la frecuencia de las crisis económicas iba aumentando, haciendo cada vez más corto el ciclo de prosperidad y depresión en las economías capitalistas más desarrolladas de Europa occidental y Norteamérica.

Juan Bautista Say, un buen burgués salido de la Revolución francesa de 1789-93, discípulo de Adan Smith, hallaba en el capitalismo menos contradicciones que su maestro, para justificarlo como el mejor y el último sistema de producción; pero, en este orden de ideas, había que eludir su contradicción más visible: las crisis económicas. Dentro de su optimismo incondicionado Say se expresa, en estos términos, sobre la dinámica armoniosa del régimen capitalista:

"... que es la producción la que abre una demanda a los productos" (...).

"Así, decir que las ventas son bajas, porque escasea el dinero, es tomar el efecto por la causa; error que procede de la circunstancia de que casi todos los productos se cambian primero por dinero, antes de convertirse por último en otros productos" (...) "No puede decirse que las ventas son bajas, porque el dinero es escaso, sino porque otros productos lo son" (...). "Vale la pena observar que un producto, en cuanto se crea, proporciona, desde ese instante, un mercado para los otros productos, en la medida íntegra de su propio valor. Cuando el fabricante da la última mano a su producto, ansía venderlo inmediatamente, temiendo que disminuya su valor en sus manos. No está menos ansioso de emplear el dinero que obtenga por él; pues el valor del dinero es también perecedero. Pero la única manera de desembarazarse del dinero es comprando otro producto por él. Así la mera circunstancia de la creación de un producto abre de inmediato un mercado para los demás productos" (1).

En apariencia esta tesis de J. J. Say parece verdadera. Pues nadie quiere un dinero como equivalente de la venta de un producto propio, más que a condición de procurarse otro bien distinto, sin embargo, en el capitalismo las cosas no suceden tan armónicamente; pues no todos los que tienen dinero son empresarios, sino rentistas, banqueros, ahorristas, debido a que el capital y la tierra son propiedad privada; a que el *salario* es el precio de la fuerza de trabajo del obrero; a que el capitalista es el propietario de los medios de producción, pero no es productor sino beneficiario de la *plusvalía*.

Los productos se cambian por productos; pero, dentro del régimen capitalista, cada producto no crea espontáneamente, como piensa Say, su propia e ilimitada demanda. Al producirse la crisis económica, la circulación de las mercancías se detiene y, con ello, la circulación de su correspondiente valor en dinero. Si la mercancía (M) no se transforma en dinero (D), deja de rotar el capital: millones de dólares son detenidos así en forma de mercancías no vendidas.

FRAGILIDAD DE LA TEORIA DE SAY

En oposición al optimismo de J. J. Say, el economista Simón de Sismondi, pone en duda el mecanismo automático del equilibrio de los mercados con estas palabras:

"Guardémonos —dice— de la peligrosa teoría de ese equilibrio (mercantil) que se establece por sí mismo" (...) "Un equilibrio dado, en verdad, a la larga, es cosa de espantosos sufrimientos".

Esos sufrimientos, como el alto precio pagado por el equilibrio, suponen desocupación en masa de obreros, desperdicio de fuerzas productivas, crisis económicas, como lo demuestra fehacientemente la historia económica y política del régimen capitalista.

1 Say, J. B. Traité d'economie politique, pp 133-135.

La *teoría del equilibrio espontáneo de los mercados*, expuesta por J. J. Say, es adinámica; en el mejor de los casos, sería válida si en todas las ramas de producción, que realizan intercambios, la *productividad del trabajo* fuera igual en el tiempo; pero la realidad histórica prueba que es desigual entre agricultura e industria y entre las diferentes ramas de la industria. Por tanto, las tasas de acumulación del capital son distintas entre unas empresas y otras, entre unos países y otros, conduciendo todo ello al desequilibrio económico en el mercado nacional e internacional.

Las mercancías nunca se pueden cambiar en base a valores constantes estables, sino variables. Pues 100 kilogramos de trigo cuesta una hora de trabajo en Estados Unidos y más de veinte en las agriculturas marginales de la cordillera andina, debido a que la productividad por agricultor es muy desproporcionada entre Norteamérica y Latinoamérica. Si el trigo tuviera el mismo costo en trabajo, en todos los puntos de la tierra, el precio en trabajo sería el mismo, pero no sucede así en la práctica. Así en unos países vale más y en otros menos, pero los *derechos arancelarios* se encargan de establecer los niveles de precios, para eliminar la "competencia desleal", lo cual no facilita la libre circulación comercial del trigo en el mercado mundial.

Si las mercancías se cambiaran en sus justos valores, de acuerdo con sus costos, sin producción monopolista ni precios de monopolio, la teoría de los mercados de Say tendría validez económica. Sólo en un mercado socialista libertario no condicionado por precios estatizados como en la Unión Soviética, con autogestión en la base de la producción, se cumpliría la ley objetiva del valor; la ley espontánea de que unas mercancías crean el mercado para las otras; pero a condición de que el dinero haga de medio de cambio y no sirva para acumular capital privado. En una economía libertaria, en que compitieran grupos colectivos en el mercado, sin intervención monopolista del Estado, la oferta total de productos tendría que ser nivelada con la demanda sin posibilidad de producirse crisis económicas como las inherentes al capitalismo.

En un *mercado socialista libre*, donde compiten las empresas autogestoras industriales, los combinados agro-industriales, los servicios públicos, todo ello dentro de la autogestión de la economía por los productores directos, se produce una ley de armonía de los mercados, pero a condición de que la propiedad colectiva funcione integralmente, para que a nadie le sirva su dinero para explotar el trabajo ajeno, sino únicamente como medio de cambio. Así no se guardaría la moneda para hacer ahorro (privado) por el ahorro no pudiendo convertirlo en capital para explotar en *su* fábrica a un obrero. En una sociedad libertaria autogestora, el dinero nunca llegaría a un trabajador y consumidor como salario, sino como ingreso obtenido en razón de la mayor o menor eficiencia del colectivo de trabajo al cual perteneciese el trabajador. Así las cosas, nunca se adquiriría moneda más que para deshacerse de ella en el proceso del consumo, en el mercado socialista, cambiándola por bienes y servicios colectivos.

Como los productores dentro del *socialismo de autogestión* no tendrían interés de subirse recíprocamente los precios, ya que ganarían como vendedores lo que perderían como compradores, la inflación sistemática, inherente al capitalismo, se habría superado con el socialismo libertario, en un mercado estabilizado. Ello no significa que los precios fueran siempre iguales, sino que subirían o bajarían de acuerdo con la mayor o menor productividad del trabajo en las distintas ramas de producción federadas. Los precios capitalistas, inflados monetariamente, porque procuran ganancias privadas, no tendrían sentido en un mercado socialista abastecido por empresas autogestionadas. Aquí, objetivamente, los precios deberían bajar en tiempos o costos de trabajo, más que en unidades monetarias; pues la moneda-trabajo no sería más que un reflejo cuantitativo de la eficiencia económica de la economía social en su totalidad, de la productividad social del trabajo.

"Los valores de la mercancía —dice Marx— están en razón directa del tiempo de trabajo invertido en su producción y en razón inversa a la fuerza productiva del trabajo empleado".

La *armonía del mercado* —como la supone Say con el capitalismo, régimen de clases contradictorio— no se cumple debido a sus contradicciones e intereses (privados) antagónicos. Sólo en el socialismo de autogestión puede cumplirse una ley inmanente de armonía de los mercados, en virtud de la cual unas mercancías se crean la demanda para las otras, pero a condición de que ellas no sean propiedad de intereses privados, sino el producto de grupos colectivos, compitiendo libremente en el mercado socialista. Ello sin socialismo burocrático, sin planificación centralizada, sin Estado totalitario, con demogracia directa de autogobierno, con democracia asociativa, con propiedad social de los medios de producción de cambio, con planificación económica y libertad mediante un socialismo que integre las federaciones de producción y de servicios en un Consejo Nacional o Social de la Economía que, en cierto modo, con la informática, sería un autogobierno de las cosas, funcionando con una mínima burocracia en las empresas y en la auto-administración.

LA LEY DE DESARROLLO DESIGUAL

En Latinoamérica, a causa de su atraso económico, tanto en la agricultura como en la industria, así como la escasa automatización de los servicios, como el trabajo rural es más muscular que mecánico y como las industrias chicas no se automatizan, se gasta poco o nada en investigación básica, tanto por parte de las empresas industriales como por el Estado.

Hacia 1970, todavía en Latinoamérica había 41 millones de analfabetos, especialmente en los sectores menos subdesarrollados de la economía: la agricultura latifundista o minifundista; ambas de muy escasa productividad por ectárea y agricultor ocupado, cultivando la tierra un poco más progresivamente que en la Edad Media europea.

En 1970, todos los presupuestos de educación en los países latinoamericanos ascendieron aproximadamente, según el PIB, a u$s 4.000 millones, más o menos, el 3,4% del producto interno bruto (PIB), tanto como el 20% de los gastos de los gobiernos. Con ese presupuesto no se puede combatir el analfabetismo en América Latina, pues debido a la *explosión de su población*, aumentaron las matrículas del sector educativo primario 25 a 41 millones de niños, entre 1960 y 1970. Por otra parte, el número de estudiantes de 5 a 14 años crece a ritmo acelerado, planteándose la necesidad de construir más escuelas; pero los gobiernos, condicionados por la inflación y la burocratización, no hacen inversiones importantes en el sector educativo, sino más bien en la defensa para reprimir el descontento popular en Latinoamérica.

¿Qué pensar de un subcontinente, como el latinoamericano, que sólo invertía en educación u$s 4.000 millones, en 1970, cuando la empresa norteamericana Lockheed Aircraft, gastaba en investigación casi tanto como todos los presupuestos educativos de los países latinoamericanos?

Estados Unidos, no sólo domina las economías latinoamericanas por supoderío económico, comercial y financiero, sino por su técnica más avanzada ya que siempre se exporta o invierte en el extranjero una tecnología de punta. Pues la exportación de capital extranjero, despojada de su fetichismo monetario, es exportación de maquinarias, fórmulas, métodos, patentes, técnicas que no tienen los países atrasados.

Hacia 1985, los países de gran desarrollo económico y tecnológico invertían en investigaciones básicas sobre su PIB el 2,8% Estados Unidos, 2,3% Francia, 2,6% Alemania, 2,2% Inglaterra; pero sólamente, el 0,3% América Latina. En 1985, Estados Unidos destinaba a investigación básica aproximadamente, u$s 110.700 millones, contra unos u$s 3.000 o 4.000 millones América Latina. Ello explicaría que hasta un país como Argentina estuviera pagando, en 1972, unos u$s 150 millones por el uso de patentes, marcas, licencias y tecnología importada. Sin embargo, Argentina contaba con tantos estudiantes a nivel universitario como Inglaterra; pero no producen, una vez recibidos en sus carreras, tecnología e invención; pues las empresas argentinas son chicas y las más grandes, las más modernas, instaladas por el capital extranjero, importan su tecnología de la casa matriz. Mientras no se cree una gran industria latinoamericana, la dependencia tecnológica es consecuencia de una estructura económica atrasada y aquilosada. En el sentido de que las clases sociales antagónicas, las formas de propiedad antieconómicas, el raquitismo económico de las pequeñas naciones, se oponen a la creación de una poderoso industria, una agricultura moderna de elevada productividad por hombre y hectárea, debido a que los *pequeños mercados*, con escasos millones de habitantes, no permiten constituir empresas de grandes dimensiones económicas como las existentes en los países industrializados: USA, CEE y Japón.

La ley de desarrollo desigual económico y tecnológico de país a país y de continente a continente, el desarrollo avanzado y atrasado de unas regiones

respecto de otras en un mismo país, crea, con capitalismo privado o de Estado, problemas o contradicciones que hay que tener en cuenta en una economía capitalista como en una economía autogestionaria. Así, por ejemplo, la región industrializada de Leningrado y las regiones siberianas subdesarrolladas, no tienen los mismos niveles de vida, de productividad del trabajo y de desarrollo global. Ello indicaría que hay"socialistas ricos", en Leningrado y Moscú, y "socialistas pobres", en Siberia y otras repúblicas subdesarrolladas de la Unión Soviética. En el mismo orden de ideas, Francia, Alemania, Italia y España, por no citar otros países, tienen regiones más desarrolladas que otras, donde, si se estableciera el socialismo, sería muy difícil dar a sus habitantes el mismo nivel de vida y de cultura, de bienestar y productividad, a causa de su desarrollo regional desigual, mientras éste no sea superado con el desarrollo armónico de la economía socialista.

Entre las grandes potencias industrializadas también rige la ley de desarrollo económico y tecnológico desigual en el curso de la historia: España dominó el siglo XVI; Gran Bretaña, el XVII y XVIII, pero con Francia; Alemania se constituyó en primera potencia en los finales y primeros años de los siglos XIX y XX, entre la primera y la segunda guerra mundiales. Estados Unidos y la Unión Soviética son los "Dos Grandes", luego de la segunda guerra mundial. Y mañana, quizá no muy tarde, China y Japón desplazarán el eje de la historia universal desde Europa occidental y Norteamérica hacia el Asia y el Pacífico, en el Extremo Oriente, o bien puede aparecer como una de las primeras potencias del siglo XXI, América Latina.

En el *desarrollo de las fuerzas productivas* y el avance de las tecnologías nada permanece congelado, sino que la ley de desarrollo desigual económico y tecnológico explica mejor los conflictos entre las clases y entre las naciones, que voluminosos tratados de historia descriptiva o retórica. En este sentido, la explosión de la población en los países afro-asiáticos vendría a cuestionar, en los finales del siglo XX, el poder hegemónico o imperialista de la URSS y de USA, cuando la superpoblación de esos países atrasados comience a chocar con la política imperial de los países adelantados.

Entre las grandes potencias militares, industriales, mercantiles, financieras y tecnológicas hay, también, un marcado desarrollo desigual del poder económico y estratégico. Así, por ejemplo, la Rusia atrasada de los zares se ha convertido en la gran potencia mundial, que vendría a reproducir contra USA el antagonismo entre Persia y Grecia, pero si a Europa occidental se suma el poder económico y estratégico de Estados Unidos, y quizá el gran poder demográfico de China, Rusia, por más que reproduzca el Poder de Persia, en el viejo mundo, si estallara una tercera guerra mundial, quizá tendría probabilidades de ser derrotada por una gran coalición de naciones opuestas al hegemonismo soviético, tan dispares como el capitalismo multinacional euro-occidental y norteamericano unido al comunismo chino. Ello indicaría que las naciones, en su supervivencia y alianzas estratégicas, no tienen moral, sino sólo intereses afines económicos y estratégicos.

El mundo no es siempre igual a sí mismo ni tampoco una nación por más que quiera congelarse: el devenir dialéctico hace cambiar a las naciones y a las civilizaciones, quieran o no quieran hacerlo con políticas inmovilistas.

Así, por ejemplo, Francia era en 1871 la segunda potencia comercial y financiera en el mundo, inmediatamente después de Inglaterra, pero en vísperas de la primera guerra mundial pasó a ocupar el cuarto lugar después de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos. En 1938, Francia figuraba en el quinto puesto, ya que el Canadá la había sobrepasado en el comercio mundial. En consecuencia, la ley de desarrollo económico y tecnológico desigual de país a país determina los cambios operados entre las grandes potencias entre sí y entre éstas y los países subdesarrollados, así como entre los países dichos socialistas. Ello evidencia que esta ley es una de las leyes más generales de nuestra época para explicarse las contradicciones universales, regionales, nacionales y locales.

Los *países industrializados*, que parecían muy homogéneos entre sí, no lo son en la realidad en razón de la ley de desarrollo desigual económico y tecnológico existente entre Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia y Gran Bretaña, y entre las grandes regiones continentales del mundo: bloque soviético, Estados Unidos, Comunidad Europea, China continental y Japón.

En este sentido, los países industrializados líderes del comercio mundial exportan bienes y servicios conteniendo fuerte intensidad de trabajo calificado y de capital de alta tecnología, a fin de que los *países subdesarrollados*, por más barato que sea su trabajo para reducir costos y aumentar su competitividad comercial internacional, no puedan hacerlo en las industrias de punta: informática, aéreo-espacial, ingeniería genética, robótica, metalografía, armamentos sofisticados, máquinas de control numérico, plantas industriales muy automatizadas. En estas exportaciones de vanguardia, los países industrializados no tienen competencia posible por parte de los países de mediano desarrollo tecnológico y económico o tecnológicamente subdesarrollados. Así las cosas, se produce un *intercambio desigual* entre países adelantados y atrasados: los primeros exportan más patentes y tecnología de punta que importan; los segundos, importan más que exportan ciencia y tecnología.

Francia, por ejemplo, que da la sensación de ser una potencia científica, económica y tecnológica, es un país deficitario en patentes y equipos industriales de *tecnología avanzada*: va detrás de Estados Unidos, Japón y Alemania occidental; pero, de otra parte, tiene balanza superavitaria con la Unión Soviética. Pero respecto de la que fuera poderosa Inglaterra, financiera y comercialmente, Francia, en 1986, tenía un producto interno bruto (PIB) de 737.600 millones de *ecus*, contra 536.000 millones aquélla; o sea que los británicos, en virtud del Estado-protector se han empobrecido a fuerza de impuestos, si bien Francia, con el gobierno socialista de Mitterrand, ha seguido, en cierto modo, los lineamientos económicos-financieros del Estado-protector británico.

A medida que el Estado es más caro (sin devolver a la sociedad los impuestos en forma de inversiones productivas, gastando el presupuesto gubernamental en sueldos burocráticos y gastos improductivos), un país se va empobreciendo tendencialmente a causa de su gobierno caro y malo. En este orden de ideas, el Japón, siendo tan burgués su régimen económico como el de Estados Unidos, Alemania, Inglaterra y Francia, está menos burocratizado y, por tanto, invierte más, apoyando su comercio exterior más que los países industrializados occidentales. Así las cosas, el Japón, que a la terminación de la segunda guerra mundial, quedó reducido a una segunda potencia económica, sin gastar ahora casi nada en rearme y ejército, invirtiendo mucho en desarrollo económico y tecnológico, ha duplicado el PIB de Francia, acercándose al de la URSS, aunque el espacio japonés es menor que el de Francia y muchas veces más chico que el de la Unión Soviética.

Así, pues, el Estado cuanto más le quita a la Sociedad en forma de impuestos, de empréstitos, de emisión de moneda insolvente, más extiende la crisis económica y social y, por tanto, llega un momento en que el Estado debe ser derrocado y sustituído por un *autogobierno*, capaz de desarrollar una *economía libertaria*, con plena ocupación laboral, desaburguesada y desburocratizada, único medio de superar las crisis económicas inherentes al sistema de capitalismo privado o de Estado (socialismo burocrático), que con su enorme carga parasitaria de funcionarios, jerarquías, rentas parasitarias, inercia el desarrollo económico, cultural y tecnológico de los pueblos. Todo ello es válido para el Oeste (burguesía) y para el Este (burocracia): dos formas ya anacrónicas del capitalismo: en el primer caso, disfrazado de democracia representativa: en el segundo, de falso socialismo.

Y decimos dos formas anacrónicas de régimen socio-económico porque ambas están ya inerciando más que desarrollando las fuerzas productivas, debido a que el *modo de producción* se ha anquilosado por exceso de consumo improductivo o de lujo de las burgesías occidentales o de las burocracias orientales; porque se está derrochando en gastos de armamentos, todos los años, en el este y el Oeste, el capital noble que desenvolvería la *economía de paz* con abundancia de bienes y servicios sociales y públicos, capaz de crear las condiciones técnicas y socio-económicas para la instauración de un socialismo libertario. Pero es que el imperialismo y el hegemonismo se empeñan en perpetuar una economía de escasez a fin de evitar el advenimiento de una sociedad igualitaria, autogestionaria, libertaria.

En este orden de ideas, el *modo de producción capitalista tradicional* (Oeste) y el *modo de producción estatista* (Este) son, en esencia, el mismo capitalismo; ambos están superados en nuestra época planetaria que rechaza la existencia de la Nación-imperial, con permanentes gastos armamentistas, con tensas luchas de clases dentro de cada Nación, con crisis económica sistémica y acumulativa; *contradicciones* que determinan dialécticamente las guerras mundiales, nacionales y la revoluciones sociales, sin ser posible así superar la *alienación del hombre* en la sociedad de clases antagónicas.

Por otra parte, los modos de producción burgués o burocrático, de capitalismo privado o de Estado, no superan las contradicciones inherentes a la ley de desarrollo económico y tecnológico desigual de país a país, ni tampoco dentro de su propio país; ya que hay desarrollo desigual entre la ciudad y el campo, entre agricultura e industria, con desigualdad muy pronunciada entre trabajo manual e intelectual. Así la empresa antagónica, que contiene la lucha de clases tanto en el Oeste como en el Este, no puede alcanzar una economía de progreso continuado, de participación plena de los trabajadores en sus empresas y de los ciudadanos en el *autogobierno*. Además en cada rama de producción o de servicio sociales y públicos hay empresas avanzadas, con alta productividad y competitividad, y empresas atrasadas que, sin fusionarlas en la rama de industria, sin hacer las compensaciones transitorias, no podrían subsistir competitivamente ni en una sociedad socialista de mercado ni en el mercado capitalista, como consecuencia de la ley de desarrollo económico y tecnológico desigual dentro de una misma rama de producción.

Al pasar de un modo de *producción obsoleto* a un *modo de producción revolucionario*, nuevo respeto de lo viejo, autogestionario con relación a un sistema económico de clase o totalitario, hay que ser más inteligentes, más científicos, para crear un nuevo régimen que para seguir la rutina del sistema económico y social tradicional. Pues para continuar la tradición basta con seguir la costumbre sin necesidad de pensar, imaginar y crear algo nuevo. En cambio, en el *nuevo régimen* (si es autogestionario en economía, política, cultura, ciencia, justicia, información y en todos los dominios de la vida humana), habrá que ensayar y rectificar doctrina, leyes económicas y sociológicas, tratando de aprender del error tanto como de la verdad. Un saber que se quiera total siempre es totalitario, por más científico y lógico que se crea: nada ni nadie puede explicar el pasado, el presente y el futuro con la infalibilidad de un Dios, ya que estaríamos así más cerca de la teología que de la ciencia por la *experiencia humana*, por la *prueba histórica* donde el saber tiene que verificarse, sin excepción para ninguna ideología, ciencia o filosofía.

En los primeros tiempos de un nuevo régimen de *democracia libertaria*, de economía autogestionaria, habrá que tener muy en cuenta la prueba y el error, la experiencia histórica, para no ideologizar el saber, para no caer en dogmas más cerca de la metafísica que de la realidad cotidiana. En este orden de *ideas experimentales, de verificación de programas y de resultados de planes*, los autogestores tendrán que ser muy autocríticos, pensando que lo que ayer era positivo mañana puede ser negativo, ya que habría *cambios cuantitativos*, hacia adelante o hacia atrás, lo cual determinaría *cambios cualitativos*. Ahora bien, no es conveniente que esos cambios cuantitativos sean hacia atrás, ya que podrían provocar descontento popular por ir empeorando los niveles de vida, de ciencia y de cultura, pudiendo provocarse así revoluciones contra un poder dogmático constituído como en Hungría (1956),

Checoslovaquia (1968), Polonia (1980-81), lo cual indicaría que la burocracia dominante es una clase tan opresora y explotadora como la burguesía. Si los cambios cuantitativos de más riqueza, más cultura, más ocio, más bienestar, se dan hacia adelante se podría alcanzar, sin caer en la utopía, el *comunismo libertario*, mediante un progreso continuado, ascendente, estimulando la participación plena del pueblo a todos los niveles de decisión económica, política, social cultural, científica, técnica, de información y formación democrática, todo ello al servicio del pueblo.

POBRES Y RICOS EN EL MUNDO

Cuando hablamos del mundo como sujeto único pareciera que constituye una entidad homogénea en todos sus aspectos geográficos, económicos, demográficos y otras connotaciones; pero el mundo, de país a país y de continente a continente, no es el mismo sino muy diferente. Así, por ejemplo, la India y la China reunen, aproximadamente, el 38% de la población mundial, pero sólo representan, más o menos, el 5% del producto interno mundial. En cambio, Estados Unidos, con el 5% de la población del mundo posee el 27% del producto mundial. Y por nacer en Estados Unidos, y no en la India o en Bolivia, uno puede aspirar a vivir una media de 72, contra 52 y 55 años, poseyendo una renta por habitante unas cuarenta veces más como norteamericano que como hindú. He ahí el mundo en que vivimos: unos muy ricos; otros, muy pobres. En consecuencia la contradicción entre países subdesarrollados e industrializados es quizá más inconciliable que entre los países de los bloques militares opuestos de la OTAN y del pacto de Varsovia.

Hay unos 600 millones de personas que sufren el azote del hambre en el mundo, mejor dicho, en los países con *agricultura de subsistencia*, con escaso equipo mecánico agrícola, con reducido consumo de fertilizantes químicos, ya que los abonos orgánicos son insuficientes como para fertilizar las tierras de países atrasados científica y tecnológicamente.

Así las cosas, la producción agrícola adicional, en el Tercer Mundo, para poder alimentar a la *población creciente*, que en poco más de 30 años se duplica particularmente en Africa y América Latina, prácticamente aumenta más que el incremento anual de la producción creándose así un *malthusianismo económico*, no por causa del acrecentamniento demográfico, sino del subdesarrollo económico y tecnológico. Pues, al contrario, en la Europa industrializada y Norteamérica debido al avance tecnológico en la agricultura, se producen alimentos, no sólo para el consumo nacional, sino para cubrir las exportaciones mundiales en gran parte. Como los países afro-asiáticos y latinoamericanos poseen las mayores extensiones geográficas, cabe suponer que el *hambre* es inherente, más que a la explosión de la población, *al atraso económico y tecnológico* de sus agriculturas.

La riqueza y la miseria están muy mal repartidas: el Tercer Mundo, con

los dos tercios de la población mundial, tiene de 10 a 12 veces menos producto interno bruto (PIB) que los países industrializados. Y a consecuencia del subdesarrollo económico, que es atraso tecnológico, la población es mucha en los países afro-asiáticos y latinoamericanos.

AGRICULTURA COMPARADA DE LOS PAISES POBRES Y RICOS

Datos comparados	Países subdesarrollados	Países industrializados
% de la población mundial	67	33
%de la producción agrícola	38	62
Producción por agricultor en dólares	550	5.200
Tierra cultivada por trabajador (hectáreas)	1,3	8,9
Fertilizantes utilizados (Kgs. por Ha. de tierra cultivada)	9	40
Consumo de calorías por habitante	2.180	3.315

FUENTE: FAO. Roma, 1981.

A la luz de las cifras es evidente que en *los países subdesarrollados, con los dos tercios de la población mundial apenas producen poco más de un tercio de la producción agrícola del mundo*. Y que el promedio de producción agrícola por agricultor es una diez veces menos en los países afro-asiáticos y latinoamericanos que en Europa y Norteamérica, no porque las tierras de estos países sean menos feraces naturalmente, sino porque éstos sólo utilizan un promedio de 9 kilogramos de fertilizantes por hectárea, contra 40 los países industrializados.

Pero lo grave en cuanto a los fertilizantes químicos es que en Africa, Asia y América Latina hay que importarlos, en buena parte, y los que se producen en estas regiones están en manos de empresas multinacionales que los venden a un precio superior que en los países metropolitanos de estas empresas. En estas condiciones, las tierras no pueden ser bien abonadas y sus *rendimientos por hectárea* son muy bajos, lo cual obliga a emplear la mayor parte de la población activa en la agricultura, pero produciendo escasamente para autoabastecer a la familia campesina y dejar un pequeño remanente para comercialización en las ciudades o muy poco para exportación, en países muy subdesarrollados.

Es increíble, pero es verdad, que Estados Unidos, contando con más de 4.000.000 de tractores y cerca de 1.000.000 de cosechadoras mecánicas, consumiendo dos o tres veces más fertilizantes químicos que América Latina, produce varias veces más trigo, soja y maíz que todos los países latinoamericanos juntos, empleando, solamente, el 3% de supoblación activa: más o menos unos tres millones de trabajadores agrícolas norteamericanos.

Por inverosímil que parezca, México, al lado de Estados Unidos, viene ocupando dos o tres veces más población en el campo que este país, lo cual demuestra la gran *brecha tecnológica*, de productividad por trabajador entre la agricultura mexicana y la norteamericana. Pero con la agravante para México de que duplica supoblación en unos 25 años, contra poco unos de 100 en Estados Unidos. En este sentido, es explicable que una gran corriente de emigración mexicana se vaya infiltrando, todos los años, hacia Estados Unidos. De esta manera, casi imperceptible, con la mesa escasa y la cama pródiga en nacimientos de niños, México vuelve a recuperar, a la larga, los Estados de Texas, California, Nuevo México, Colorado que perdiera en la guerra de 1848, según el tratado de Guadalupe Hidalgo.

Una América Latina subdesarrollada, con un aumento anual de 2,6% de población, que duplica su población en unos treinta años y una Norteamérica rica, que necesita unos 100 para hacerlo, tienen que ser muy antagónicas a corto y mediano plazo. Ya *Hegel*, en su *Filosofía de la historia*, cuando trata la diferencia entre las *dos Américas: una, rica; otra pobre; una protestante; otra católica; una de terratenientes; otra, de granjeros*; creía que chocarían en el siglo XX, y que ello constituiría uno de los grandes dramas de la historia universal. Por nuestra parte estimamos que cuando México, en el año 2000, tenga unos 125 millones de habitantes, pueda ser más problema para Estados Unidos que la Unión Soviética, y no digamos que ello se agrava mucho más al alcanzar la América Latina unos 600 millones de habitantes en el año 2000, frente a unos 300 millones en América del Norte: ricos, acreedores de una pesada deuda pública externa latinoamericana que no se puede pagar ya ni sus elevados intereses. Así, pues, es muy posible que en lo que queda del siglo XX y comienzos del siglo XXI el conflicto URSS-USA puede ser menos antagónico que el conflicto entre las dos Américas, según la dialéctica de la historia, que se busca su teatro de acontecimientos donde hay más y no menos contradicciones.

LA LEY DE LA DIVISION INTERNACIONAL DEL TRABAJO

La producción capitalista se desarrolla siguiendo la ley de los gases: tiende a ocupar cada vez más espacio económico en el mercado mundial, mediante el comercio, los créditos y empréstitos, las radicaciones directas de capital, llevando así el capitalismo a todas partes.

El capitalismo no puede funcionar sin que los mercados sigan dilatándose, la demanda creciendo y los beneficios aumentando. En este sentido, cuando el mercado de un gran país industrial comienza a estar saturado de capital, mercancías y excedentes en dinero *baja la tasa de ganancia en forma tendencial.* Para contrarrestar este factor indeseable, los capitalistas de los países industrializados tratan de exportar sus mercaderías, dinero y equipos

de capital sobrantes a los países menos desarrollados, donde la tasa de ganancia es más elevada.

La burguesía de los países industrializados imprime a su capitalismo desarrollado un carácter cosmopolita, pero sólo en apariencia ya que si la producción capitalista tiende a ser mundial la apropiación del excedente económico (plusvalía) se realiza en beneficio de las grandes potencias industriales como Estados Unidos, Europa occidental y Japón. Se crea así una grave contradicción económica, social y política entre los países pobres y los países ricos, revistiendo ello una nueva forma de la lucha de clases determinante de los movimientos nacionales o regionales de liberación anti-imperialista.

Como el capital excedente en las naciones industrializadas fluye hacia las naciones atrasadas en busca de la máxima tasa de ganancia, se produce así una división internacional del trabajo de tipo neo-colonial sobre la base de la dependencia económica, del monocultivo en las economías nacionales subdesarrolladas. Por ejemplo, el capital extranjero ávido de obtener el máximo beneficio se invierte en los sectores económicos mas rentables. En el Caribe y Centroamérica, las empresas norteamericanas han copado la minería estratégica, las plantaciones de caña de azúcar y de bananas; en Venezuela, el petróleo y la minería ferrosa; en Chile, el cobre y el nitrato; en la Argentina, la industria de la carne, el comercio de exportación de granos y oleaginosos; pero actualmente, la gran industria capitalista, altamente concentrada en las empresas multinacionales, ha entrado a monopolizar en el Tercer Mundo las industrias de vanguardia: petroquímicas, automóviles, electro-domésticos, electrónica, plásticos, etc. donde consigue muy elevadas tasas de beneficio.

Al especializar a cada país subdesarrollado en la producción de uno, dos, o tres productos básicos de exportación, el imperialismo económico crea con esa división internacional del trabajo una relación de dependencia neo-colonial entre los países industrializados y los países atrasados. Tal sería la relación entre América Latina y Estados Unidos, potencia dominante en las economías latinoamericanas, lo cual le permite, a su vez, condicionar las políticas, la diplomacia y la estrategia en veinte "republiquetas" desunidas que no valen una nación poderosa: Estados Unidos, con seis o siete veces más renta absoluta que América Latina. Ello da una idea del subdesarrollo económico desigual entre Latinoamérica y Norteamérica, en la década de 1980-90 y la proyección hacia el año 2000 y comienzos del siglo XXI.

Gracias a su mayor potencial económico, industrial, financiero y a su gran desarrollo tecnológico, Estados Unidos va dominando las economías nacionales débiles, neo-coloniales, de los países latinoamericanos sometiéndolos a la *ley de la división internacional del trabajo,* que especializa en proveedores de materias primas a estos países, para la gran industria norteamericana. En 1968, por ejemplo, América Latina realizó exportaciones totales por valor de u$s 11.500 millones, de los cuales u$s 4.608 millones en productos alimenticios, animales vivos, bebidas y tabaco; u$s 2.079 millones en materias primas, grasas, aceites vegetales y animales; u$s 2.820 millones en

combustibles, lubricantes y productos análogos; u$s 235 millones en productos químicos; u$s 160 millones en maquinarias, equipos y medios de transporte; y u$s 1.628 millones en artículos manufacturados en general. Evidentemente, América Latina es una región proveedora de productos primarios agrícolas, forestales, minerales, pesqueros y, escasamente, de maquinaria y artículos manufacturados, que no produce sustancialmente.

Estados Unidos, por el contrario, de un total de u$s 34.200 millones de exportaciones en 1968, los alimentos y materias primas, sólo representaron u$s 4.540 y u$s 3.770, respectivamente, siendo la maquinaria, los productos químicos y los artículos manufacturados la mayor parte de su comercio de exportación.

En algunos países latinoamericanos un solo producto de monocultivo representa la mayor parte de su comercio de exportación: el cobre 70%, en Chile; el café, 68% y 53%, en Colombia y Brasil respectivamente; el estaño 71% en Bolivia; el petróleo, más del 90% en Venezuela; las carnes, los granos, las lanas, los cueros y los oleaginosos, más del 80% en la Argentina. En estas condiciones de monocultivo económico, la *colonización financiera*, comercial e industrial, puede sustituir, con ventaja, a la antigua colonización bajo bandera ¿No plantea ello una segunda independencia de América Latina frente al imperialismo del dólar como en el siglo XIX, frente al colonialismo europeo?

La *colonización económica* puede ser tan onerosa para un país como bajo colonia de otro. Por ejemplo, en 1933, en virtud del Pacto Roca-Runciman, la Argentina era, en cierto modo, una semi-colonia de Inglaterra, ya que en virtud de ese convenio comercial este país se reservaba el "derecho de distribuir el 85% de la exportación de carne argentina" en el mercado británico dejando un 15% para los frigoríficos argentinos, principalmente el Municipal de Buenos Aires y el de Gualeguaychú. Por otra parte, el "cartel" de los frigoríficos británicos y norteamericanos, implantados en la Argentina, habían acaparado el transporte marítimo refrigerado de las carnes rioplatenses al mercado de Smtihfield (Londres). Todavía, increíblemente, las carnes de exportación argentinas se exportaban en consignación a la Gran Bretaña, no a precios FOB, que es lo corriente en las prácticas del comercio internacional. En estas condiciones neo-coloniales, los precios de las carnes argentinas son determinados por la "ley de la oferta y la demanda", pero en este caso monopolizada por los frigoríficos anglosajones y la flota frigorífica anglo-británica. Cuando el "cartel" quiere que baje la carne manda cables a los buques en alta mar ordenándoles entrar dos o tres juntos en el puerto de Londres; para que suba, se dan instrucciones en sentido contrario a los buques frigoríficos. He ahí una prática de *comercio neo-colonial* en nuestra época

Hacia 1933, en pleno auge del Pacto Roca-Ruciman, Argentina era zona de la libra esterlina tanto como lo eran Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. En esa época el Reino Unido absorbía el 30%, más o menos, del inter-

cambio argentino: aproximadamente la relación de dependencia económica que tenía Japón con Estados Unidos durante la década de 1960-70. Y es que cuando un país dominante controla más del 30% del intercambio exterior de otro le crea una relación de dependencia neo-colonial abligándole a depender en comercio, divisas, precios exteriores, finanzas y mecanismos monetarios, como manifestación afectiva de alienación económica, de una división internacional del trabajo neo-colonial cuyos términos de intercambio siempre son favorables a las grandes potencias imperialistas.

Estados Unidos, potencia dominante en América Latina, contolaba en 1946, a la salida de la segunda guerra mundial, más del 50% del intercambio, en general, y alrededor del 70% del intercambio de los países centroamericanos, México y el Caribe. En estas condiciones de dependencia económica, el imperialismo del dólar hacía la política, la diplomacia, el comercio, la estrategia,la cultura y la información, en los países centroamericanos.

Hacia 1973, Estados Unidos absorbía el 30% del intercambio de América Latina, habiendo perdido bastante terreno frente a Europa y Japón, lo cual influyó en el constante déficit de pagos exteriores del dólar y de la desmonetización de éste como patrón-monetario internacional, en 1971.

Estados Unidos triplica el volumen de intercambio respecto del realizado entre los países latinoamericanos: poco más de un 10% en estos últimos años, lo cual da idea de la insuficiencia de la Asocialción Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) o de la ALADI: entelequias aduaneras para conformar las ilusiones librecambistas de las burguesías nacionales latinoamericanas, librecambistas de palabra y proteccionistas en los hechos. No se puede crear en Latinoamerica una zona de mercado común latinoamericano mientras el imperialismo económico controle las materias primas, las fuentes de energía, las industrias claves, las monedas nacionales, los mercados de los países, en razón de acaparar más del 30% del intercambio exterior, las inversiones directas extranjeras y los préstamos y créditos del capital extranjero. El imperialismo económico divide más que une a los países latinoamericanos, separándolos uno a uno, para dividir y reinar; para establecer una división internacional del trabajo de tipo neo-colonial.

Esta situación de dependencia económica, que se produce entre Latinoamérica y Norteamérica bajo el signo del imperialismo económico, se da también, como neo-imperialismo, entre la Unión Soviética, por un lado, y los países centroeuropeos y Mongolia, por ejemplo, en el COMECON.

Dentro del COMECON (Consejo de Ayuda Mutua Económica), la posición de la URSS es tan dominante como la de Estados unidos en Centroamérica. Rusia monopolizó, aproximadamente, la mitad del intercambio de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Alemania oriental y Mongolia. De acuerdo con fuentes estadísticas soviéticas, la URSS compró cerca del 50% de las máquinas y equipos exportados por estos países. Para el quinquenio de 1965-70, la Unión Soviética importó de los países del COMECON unos 1.154 barcos, 37.000 vagones ferroviarios, equipos completos para 54

plantas químicas, 2.000 millones de rublos en muebles y, en general, gran cantidad de productos manufacturados a cambio de petróleo, carbón, hierro, minerales y otros productos primarios, exportados a precios superiores a los que rigen en el comercio internacional.

Lo chocante de todo esto es que, en el caso de la Unión Soviética, por controlar la mitad del intercambio del COMECON vende caros los productos primarios y compra, ahí, baratos los artículos manufacturados, todo lo cual prueba la teoría económica de que el control del intercambio de un país débil por un país fuerte, crea las reglas del juego económico a favor de éste, ya sea con productos manufacturados o productos primarios; en el primer caso, sería la relación imperialista de Estados Unidos con América Latina; en el segundo, se trataría de una práctica hegemonista por parte de la Unión Soviética con los países del COMECON. Tanto es así que durante la década de 1960-70, la URSS vendía su petróleo a los países centroeuropeos de la zona del rublo a mayor precio que a Italia, Alemania y Francia, ya que los soviéticos no absorben más que una parte pequeña del comercio exterior de la Comunidad Económica Europea (CEE). En cambio la *posición dominante del dólar* en la CEE le ha endosado miles de millones de euro-dólares, generados por el déficit de pagos exteriores de Estados Unidos, que no los piensa pagar a Europa en equivalente de oro ni en bienes o servicios, constituyendo así una de las más grandes estafas financieras del siglo XX.

El hecho de que los Estados Unidos pueda hacer una política comercial financiera y monetaria imperialista con Europa occidental, Latinoamérica y Japón, se debe a su posición dominante en el comercio exterior y en el Fondo Monetario Internacional, donde el dólar hace la ley y la trampa. Esto puede ser hecho porque Estados Unidos representa un tercio, más o menos, de la renta bruta del Occidente. En igual medida la Unión Soviética, hacia 1968 significaba una gran parte de la renta bruta de los países del Este. Ello le confiere una posición dominante económica en Rumania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Alemania oriental, Bulgaria y Mongolia, tan dependientes de la URSS como Haití, México, República Dominicana, Panamá, Costa Rica, Honduras, El Salvador y Venezuela con relación a Estados Unidos.

Asi las cosas, el *rublo* es la moneda-reserva de los bancos centrales de los países del COMECON como el dólar lo es en los bancos centrales del Occidente. En ambos casos, *el rublo y el dólar dominan al mundo con su imperialismo monetario.* Tanto que la URSS puede comerciar libremente con el Occidente, pero no lo pueden hacer en igual medida, los países del COMECON, ya que sus superávit en rublos no son transferibles en oro, yens, dólares o eurodivisas, impidiendo así a los países del Este soviétizado comprar y vender, libremente, en el mercado mundial para obtener a intercambio las técnicas, los capitales y las mercaderías que se procura la URSS para modernizar su economía, cosa no tan fácil para Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia, Polonia, Alemania oriental, constreñidas como "protectorado" so-

viético, en vez de constituir los países del COMECON una federación socialista libertaria internacional con iguales derechos y deberes para todos sus países integrantes, si fueran países auténticamente comunistas.

CONTRADICCIONES DEL NEO-CAPITALISMO

Gracias a la *moneda-elástica*, no sujeta a las limitaciones del patrón-oro, los precios se han podido mover a voluntad de la burgesía industrial mercantil y financiera, siempre con tendencia al alza, para *maximizar la tasa de ganancia* en beneficio de los capitalistas, pero en contra de los trabajadores y los consumidores. Con moneda firme, sometida al oro y la plata, no pudiendo multiplicar el papel-moneda sin aumentar las reservas de metales preciosos en el banco emisor, los precios bajan tendencialmente a causa de que el volumen físico de la producción de bienes y servicios crece más rápidamente que la producción de oro y plata. En este sentido, los precios son favorables a los consumidores y no a los capitalistas productores de mercancías o servicios, como sucedió con la moneda elática de J. M. Keynes.

Durante el curso de un siglo, entre 1814 a 1913, con monedas-oro o dentro del patrón-oro, el índice de precios mayoristas disminuyó un 44% para Estados Unidos e Inglaterra, 23% en Alemania y 24% en Francia. Antes de abandonar el patrón-oro, Inglaterra y Estados Unidos, en plena depresión durante 1929-33, los precios declinaron en Inglaterra y Estados Unidos a sus niveles de 1913 aproximadamente. Por tanto, *la sustitución del patrón-oro por las divisas-reservas* internacionales, como la libra y el dólar en el Fondo Monetario Internacional, siguiendo el plan monetario de J. M. Keynes y el plan White (norteamericano), se establecería de derecho el hecho de abandonar, en 1931 y 1934, respectivamente la libra y el dólar, su sujeción al oro como medida de valor económico y de compensación de los déficit o superávit de los intercambios o los balances de pagos internacionales. Todo ello en interés de las economías dominantes, imperialistas, de Estados Unidos e Inglaterra, para restablecer un imperialismo monetario internacional en beneficio de esos países mediante el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y el GATT.

La expansión económica del neo-capitalismo ha sido, en gran parte, propulsada por la revolución científica-tecnológica, que ha procurado un constante aumento de la productividad del trabajo, sin que bajaran por ello los índices de precios mayoristas y minoristas, sino al contrario, han ido subiendo constantemente en función de un sistema monetario inflacionario, para subir los precios a voluntad de los capitalistas como medio de rebajar el poder adquisitivo de los salarios, rebajándolos indirectamente, cosa imposible de realizar, en igual medida, dentro de un sistema monetario condicionado por el patrón-oro. Así, pues, la burguesía moderna cae dentro de grandes contradicciones económicas: aumenta por un lado, la producción en volumen y la productividad del trabajo por hombre-hora, pero sube los precios

usando y abusando de la inflación monetaria, lo cual reduce el poder de compra de los consumidores. Se desarmoniza así la producción creciente y el consumo decreciente que, al encontrarse las dos curvas de sentido contrario, deben conducir a una gran depresión económica más sistemática, de mayor volumen, que la crisis de 1929-33.

El neo-capitalismo ha creado la ilusión de una expansión económica rectilínea hacia un futuro siempre mejor, con más productividad y más capacidad de consumo por persona, lo cual pareciera dejar atrás para siempre, como cosa del pasado, las crisis económicas que padecía, cíclicamente, la economía capitalista, debido a sus contradicciones inmanentes. Sin embargo, a partir de 1973 se pusieron de manifiesto tendencias depresivas muy profundas en la economía mundial y, en particular, en Inglaterra, Italia, Estados Unidos, India, Japón y otros países. Una expansión económica bombeada por la inflación permanente y creciente, tiene que conducir a un crecimiento económico limitado, debido a *grandes desequilibrios económicos a escala mundial* y en economías nacionales debilitadas por un subdesarrollo imposible de superar (Tercer Mundo), o por un desarrollo industrial frágil (Francia, Italia, Japón), que dependen extremadamente del mercado mundial de materias primas, de la energía (petróleo) y de los mercados exteriores para colocar sus exportaciones con las cuales hay que pagar las importaciones.

La *inflación lenta*, pero luego rápida, ha sido el signo dominante del neo-capitalismo en Europa occidental, Japón y Estados Unidos. He aquí una prueba evidente de la inflación en los países industrializados, en 1973-74:

LA ESCALADA PROGRESIVA DE LA INFLACION

Países industrializados	Tipo de interés en %	% de incremento de los precios en el 1er trimestre de 1974 respecto del 1er trimestre 1973	Precios nov. 87 noviembre 88. En %
Alemania	7,00 (junio 1973)	7,4	1,6
Bélgica	8,75 (febrero 1974)	8,5	—
Canadá	8,75 (mayo 1974)	—	—
Holanda	8,00 (diciem 1973)	8,5	—
Estados Unidos	8,00 (abril 1974)	9,8	4,2
Suecia	6,00 (abril 1974)	9,8	—
Suiza	5,50 (enero 1974)	10,4	—
Francia	13,00 (junio 1974)	11,3	3,0
Dinamarca	10,00 (enero 1974)	13,8	—
Inglaterra	11,75 (mayo 1974)	12,7	6,4
Italia	9,00 (marzo 1974)	14,3	5,2
España	7,00 (agosto 1974)	15,7	—
Japón	9,00(diciembre 1973)	25,8	1,2

FUENTE: *World financial marketes, International financial statistics.* Los datos para 1988 proceden de la OCDE.

Desde abril de 1973 hasta abril de 1974, el costo de la vida subió un 32,6% en Grecia, 32,2% Islandia, 26,6% Portugal, 24,9% Japón, 19% Turquía, 16,6% España, 16,2% Italia, 15,2%Inglaterra, 14,3% Dinamarca,

13,5% Irlanda, 13,2% Francia, 10,4% Bélgica, 10,2% Estados Unidos, 9,4% Suecia y 7,2% Alemania occidental. Quiere decir que con esta alza de los precios de consumo aumenta el costo de la vida más que los salarios para que los capitalistas acrecienten, por mecanismos monetarios sibilinos, la tasa de plusvalía más allá de la empresa.

En el cuadro anterior vemos que la inflación fue muy elevada en los países industrializados importadores de petróleo caro, desde 1973 a 1981, lo que al mismo tiempo hizo subir por contagio alcista, los precios de las materias primas. Quiere, pues, decir que la baja de los precios, en esos países al declinar el precio del crudo y de las materias primas, ha influido en su moderada inflación de precios, registrada entre noviembre de 1987 y noviembre de 1988. En suma, que una parte de la prosperidad de los países ricos proviene de los países pobres, en base a una relación de intercambio siempre desfavorable para éstos.

El neo-capitalismo ha comenzado a deleitarse con la inflación a ritmo lento, como una especie de morfina, pero al aumentar su cantidad va cambiando la calidad del cuerpo económico enfermo. La inflación era tolerable manteniéndola a determinado nivel como *durante el periodo de 1961-73, en que su tasa anual fue del orden siguiente: 3,4% Grecia, 12,5% Islandia, 6,5% Portugal, 6,2% Japón, 8,6% Turquía, 7,2% España, 4,8% Italia, 5,1% Inglaterra, 6,4% Dinamarca, 6,1% Irlanda, 4,% Francia, 3,8% Bélgica, 3,3% Estados Unidos, 4,8% Suecia y 3,5% Alemania occidental.* A este ritmo de inflación monetaria anual no se percibía mucho el aumento de los precios. El dinero prestado al 4, 5, 6, 7,% era a una tasa muy económica, descontando la, depreciación monetaria. Pero con el aumento inflacionario por encima del 10% anual, el tipo de interés es baja: los capitalistas que lo toman pagan poco pues el dinero pierde mas en poder de compra que recibe como premio de interés.

Los ahorristas, con esta política, son sacrificados a los intereses de los capitalistas, de los banqueros y empresarios. Así las cosas, nadie deja su dinero en un banco: compra bienes y servicios, departamentos, monedas fuertes, yendo hacia el oro como refugio contra la inflación, cosa que sabe hasta un campesino francés. Por eso hay en Francia más oro en manos de los particulares que en las arcas de su Banco Central, a pesar de que el oro no es patrón de valor monetario internacional, sino el *dólar*, moneda inconvertible en oro, cuya depreciación monetaria ha sido más del 50% entre 1985 y 1988. Nocabe duda de que así el dólar no puede ni debe ser *patrón de valor internacional* ya que se deprecia mucho por año y, además, no recupera sus deudas de balance de pagos exteriores por ser moneda-reserva mundial y no ser convertible en oro. En este sentido, estamos sin patrón de valor internacional para los intercambios entre las naciones, tan sólo porque el dólar es dueño y señor del *Fondo Monetario Internacional*, una lotería donde siempre se saca el premio grande Estados Unidos, cuando la inflacción es rápida.

El neo-capitalismo, con la inflación disparada por encima del 10% está

tocando el fondo de una profunda crisis económica mundial en que la inflación monetaria, la inconvertivilidad del dólar, los euro-dólares (irrecuperables que van de un lado para otro), los petro-dólares (dólares producidos por el alza de los precios del petróleo no reciclados), la escasez de materias primas, el crecimiento de la población (no igualado con un índice de producción apropiado en países del Tercer Mundo), la degradación del medio ambiente, la ruptura del equilibrio económico en cada nación y entre las naciones, la desarmonía entre las relaciones sociales capitalistas y las fuerzas productivas, tienen que conducir a fuertes antagonismos sociales y políticos, en cada nación, y posiblemente a la guerra entre las naciones.

Así, pues, el neo-capitalismo, tan alabado, no es mejor que el capitalismo clásico; está expuesto como aquél a las crisis económicas del sistema, degradado por sus contradicciones internas (entre las clases sociales antagónicas, en cada nación) y, las contradicciones externas (entre imperialismo occidental y hegemonismo oriental), y entre la URSS y la China, en el campo comunista dividido. He ahí la dialéctica de la historia en el presente y el futuro de estas naciones.

Después de la primera crisis energética mundial, en 1973-74, en que los precios del petróleo tomaron el ascensor se produjo, en 1979-81, otra segunda crisis petrolera que llevó la cotización del barril de petróleo, en el mercado libre de Rotterdam, hasta másde 40 dólares, contra 2,70 a que se cotizaba en 1970. Este caos económico, provocado por el "International petroleum cartel" (integrado por cinco compañías petroleras norteamericanas y dos británicas) en convivencia con la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), desencadenó una crisis económica mundial, en gran parte, porque no había posibilidad de pagar el barril de petróleo a diez o más veces su precio de 1970.

¿Cómo podría funcionar así la *ley de los mercados* de J. B. Say, según la cual las mercancías en sus intercambios se procuran autorreguladamente su propia demanda, produciéndose así un permanente equilibrio en el comercio nacional o internacional?. Si en un solo año el precio del petróleo comercializado en el mundo aumentó varias veces el valor de la producción de metales preciosos es evidente que no se podría mantener el régimen del patrón-oro, en el caso de que estuviera vigente, si un solo producto del comercio mundial absorbía con su alza desmedida de precios varias veces la producción aurífera. Todas estas aberraciones han sido posibles porque el Acuerdo de Bretton Woods (1944), que creó el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, dio al dólar el lugar que ocupaba el oro en la economía liberal; pero no por autoregular los intecambios internacionales en razón de la ley del valor de cambio, cambiando igual trabajo por igual trabajo, sino a condición de entregar dólares sin contrapartida de oro, sin recuperarlos Estados Unidos con oro, sin obligar a este país a devaluar su moneda cuando su balanza comercial, como en 1988 ha acusado un déficit de 132.300 millones de dólares que pasan, lindamente, a ser di-

visas-reservas de los países acreedores contra el Tesoro norteamericano. Digamos en este sentido, que los países exportadores de petróleo, en los dos "socks" petroleros mundiales de 1973-74 y 1979-81, acumularon, particularmente en 1980-81, un superávit de más de 100.000 millones de dólares, no por más cantidad vendida de petróleo, sino por menos y a mayores precios de monopolio. ¿Cómo puede así funcionar la ley del equilibrio del comercio de J. B. Say, cuando por menos entrega de mercancías se recibe doble o triple precio en dólares inconvertibles en oro?.

Por otra parte, desde finales de 1985 y comienzos de 1986 el comercio mundial del petróleo y sus derivados que era el más profícuo de todos, comenzó a deslizarse a la baja de la cotización del barril de crudo, cayendo en el mercado "spot" o libre hasta 18 dólares, contra más de 40 en sus cotizaciones más altas desde 1973 a 1979-80. Así las cosas, la situación financiera de los países exportadores de crudos se ha agravado, particularmente para México, Venezuela, Nigeria, Indonesia, Irán, Irak y otros países en que el petróleo constituye la mayor parte del valor y del volumen de sus exportaciones. Muchos de los países exportadores de hidrocarburos, entre los indicados anteriormente, han acumulado una pesada *deuda pública externa* que al declinar el precio del petróleo se hace impagable, no ya en su amortización del capital principal, sino solamente de sus enormes intereses a pagar en dólares.

En el curso de poco más de una década ha cambiado notablemente la composición por países del mercado mundial del petróleo; los países del *"cartel" de la OPEP*, que se envanecían de constituir un monopolio internacional durable, el mayor monopolio conocido en el mundo, se han visto superados con el aporte de crudos al mercado mundial por parte de nuevos países productores: la URSS y China, en el Este; Gran Bretaña y Noruega, en el Mar del Norte; México y Estados Unidos (Alaska), en América, que han aportado muchos millones de toneladas adicionales de crudo lo cual ha hecho, en cierto modo, descender sus cotizaciones en el mercado mundial. Por otro lado, varios países integrantes de la OPEP, acuciados por el pago de su deuda externa y sus necesidades de cubrir importaciones esenciales, como Nigeria, Ecuador, Irak, Irán y otros países, no respetaron producir crudo según la *cuota* que les había asignado el "cartel" y, en consecuencia, distorsionaron el mercado mundial del petróleo. En estas condiciones de alzas y bajas verticales de este producto entre 1973 y 1986: ¿Cómo se puede hablar de una ley de los mercados de J. B. Say, en el sentido de que los productos se buscan su propia demanda al cambiarse por otros productos más que por dinero?. La verdad es que México, Venezuela, Nigeria, endeudados con el capital financiero internacional no cambian su petróleo por otros productos, sino que quieren dólares para amortizar intereses y anualidades de su pesada deuda externa. En este orden de ideas, ¿cómo puede tener estabilidad económica, financiera y monetaria el comercio mundial? Y, por otra parte, ¿cómo defender la "sociedad de consumo" y el neo-capitalismo, que la

ha estimulado como régimen económico duradero y próspero, en el Occidente? Y al mismo tiempo, al entrar en la última década del siglo XX, la URSS y su bloque han entrado en una profunda crisis de su sistema económico centralizado, planificado y burocratizado, particularmente en Polonia, Rumania, Checoslovaquía, Hungría y Bulgaria y otros países de la zona imperial del rublo, donde la rebelión de las masas es incontenible.

La *economía neo-capitalista*, hegemonizada por el dólar en las economías de la CEE, del Japón y de los países afro-asiáticos y latinoamericanos, experimentan fuertes bandazos depresivos y grandes desequilibrios internacionales. El déficit del presupuesto del gobierno norteamericano y el déficit de su balanza de comercio exterior, en 1984, equivalían a más de todo el producto interno bruto del Brasil, un país de 130 millones de habitantes con una extensión de 8.512.000 km2, contra 9.363.000 km2 y 240 millones de habitantes Estados Unidos. Un mundo tan desigual, con países muy ricos y muy pobres, sin duda, tiende a desarrollar *grandes antagoniamos entre las naciones* más favorables a la guerra que a la paz.

Los norteamericanos, a pesar de que su moneda es reserva mundial, teniendo grandes déficit en su balanza de comercio exterior y en el presupuesto de su gobierno, no se privan de nada, pues no pagan a otros países lo que deben en forma de euro-dólares, petro-dólares y otras formas sofisticadas de *imperialismo monetario del dólar*. Estados Unidos, para mantener su imperialismo económico gasta, todos los años, a partir de la década de 1980-90, unos 300.000 millones de dólares en sus programas militares, pero parte de esos gastos astronómicos los cubren los depósitos de euro-dólares, petro-dólares y "fuga de capitales" de los países del Tercer Mundo, que hacen de USA el reino Midas.

Ante el *endeudamiento del Tercer Mundo*, aproximadamente en la mitad de su producto interno bruto (PIB), la "fuga de capitales" desde estos países a USA, a fin de cobrar tipos de interés en dólares del 10%, ante el derroche paralelo de otros miles de millones de dólares, anualmente, en programas militares por los países del Pacto de Varsovia, cabe preguntarse, pues, que no se da, en nuestro mundo antagónico, la ley de los mercados de J. B. Say. Sólo un *federalismo libertario*, fundamentado en la *economía autogestionaria*, integrada mundialmente por medio de Federaciones de Industria, de Producción Agro-pecuaria, de Servicios Sociales y Públicos, constituyendo así un *cogobierno mundial*, podría evitar las crisis económicas, las guerras, la lucha de clases, superando el capitalismo convencional o el capitalismo de Estado con un socialismo libertario que haga del mundo un solo país federado, integrado, sin desarrollo económico y tecnológico desigual, de país a país o de región a región del mundo. Sólo así el hombre de la era planetaria y astronaútica hará posible, sin naciones ni clases, la conquista de los espacios planetarios y estelares. Tal es el dilema del hombre: o el mundo es uno o no será ninguno con guerras, luchas de clases y crisis económicas, propias del capitalismo, pero no de una sociedad libertaria federada universalmente en un mundo y a la escala planetaria.

El mundo tiene ya suficiente progreso, avance tecnológico y científico, aunque mal repartido internacionalmente, como para vivir en una sociedad libertaria, basada en el autogobierno, en la política, y en la autogestión, en la economía y en las empresas, de modo que la falsa democracia parlamentaria sea sustituida por la democracia directa.

DESARMONIAS DEL CAPITALISMO

La economía mercantil capitalista (privada o de Estado), crea interdependencia entre productores privados o entre los asalariados y el Estado-empresario, por medio de un mercado dominado por mercaderes agiotistas, beneficiarios o por un solo mercader de todo: el Estado. Si cada uno produce no *para sí* sino *para otro*, ya sea el empresario privado o el Estado-empresario, hay *alienación económica* de los trabajadores en su salario o en el mercado como consumidores manipulados. En tal caso no puede haber la supuesta armonía de la economía capitalista, tanto hacia adentro, como economía nacional equilibrada, como hacia afuera con economía integrada en el mercado mundial, según la tesis de Bastiat y de Say.

Mientras la existencia del trabajador sea en *otro*, patrón privado o Estado-patrón, no hay posibilidad de equilibrar la economía dinámicamente superando las crisis económicas, yendo hacia una prosperidad infinita, ya que las contradicciones económicas y sociales del capitalismo se oponen a un orden económico espontáneo sin experimentar ciclos económicos recurrentes de prosperidad y depresión, como ha evidenciado la historia económica del capitalismo, ya sea bajo la economía de Estado (Polonia por no citar a otro país del Este), o bajo la economía capitalista tradicional (Argentina, México y otros países subdesarrollados o industrializados, donde el *keynesianismo* ha fracasado).

Las leyes económicas objetivas, así como las sociológicas e históricas que son transfiguraciones de las primeras, no se las puede dirigir voluntariamente con armonías sociales y económicas o con una teoría antidepresiva como la keynesiana, empleando métodos monetaristas, sin cambiar en nada las estructuras de la propiedad y del reparto del producto interno bruto, no solamente entre los hombres, sino equilibradamente entre la agricultura, la industria y los servicios, sin que haya quienes consuman mucho y trabajen poco. Juán Bautista Say, primero, Federico Bastiat, después, y últimamente, J. M. Keynes, intentaron salvar al capitalismo por obra de una varita mágica, haciendo el economista de alquimista, de taumaturgo; pero si la economía no funciona en beneficio de todos los hombres, sin clases antagónicas, sin propiedad privada o estatal, no hay posibilidad de armonizar el proceso económico y de que las leyes económicas objetivas obedezcan al hombre, sólo si el hombre es igual al hombre, sin que unos sean más iguales que otros, tanto en el Oeste como en el Este, donde no han sido superadas las clases sociales antagónicas y con ellas el Estado que las justifica y mantiene políticamente.

Juán Bautista Say, con su optimismo burgués, creía en una ley espontánea de armonía de la producción, la distribución, el cambio y el consumo en la economía capitalista, pero la realidad es muy diferente en la historia del capitalismo. En el mismo orden de ideas, Federico Bastiat, en su libro *Harmonies economiques* expone un orden espontáneo de la economía capitalista, que ha sido desmentido contra Say y Bastiat, con las numerosas crisis económicas cíclicas que ha experimentado el capitalismo, precisamente porque es contradictorio, porque en él unos poseen la riqueza y otros están desposeídos de ella; porque, en fin, unos, los más, deben conformarse con un salario y otros, los menos, usufructúan la plusvalía, consumiendo mucho y produciendo nada.

La tesis de Juán Bautista Say sobre que los mercados se compensan espontáneamente creándose su propia demanda, no es correcta por cuanto los asalariados tienen limitado el consumo y los capitalistas se orientan hacia el consumo de lujo, que es el más chico de todos. Por otra parte, hay desarmonía entre las mercancías que concurren al mercado:

1.— La *fuerza de trabajo* se vende (salario) por menos de lo que produce, no cumpliéndose así la ley del valor trabajo para todas las mercancías, incluido el trabajo asalariado.

2.— Los *precios* de algunas mercancías no revelan sus verdaderos costos de producción, ya que son producidas monopólicamente por dos, tres, cuatro o pocas empresas nacionales o multinacionales, que usan sus patentes de invención como monopolios.

3.— Los *países subdesarrollados* han sido especializados por el imperialismo económico en la producción de uno, dos o pocos productos de exportación, creando economías de monocultivo satelizadas por los países industrializados dominantes, imperialistas o hegemonistas. Todo lo cual ha creado un *intercambio desigual*: desfavorable para los países pobres y favorable para los países ricos.

Así, pues, la supuesta ley económica de los mercados de Say no está comprobada en la realidad cotidiana ni en la historia económica, pues la supuesta armonía espontánea de los intercambios equivalentes sólo se podría verificar en una economía autogestionaria en que todos los hombres y todos los países estuvieran en igualdad de condiciones económicas y tecnológicas.

Mientras haya *alienación económica*, determinada por la propiedad privada o estatal de los medios de producción, no habrá liberación del hombre asalariado ni podrán superarse las crisis económicas cíclicas, ya fueren de sobreproducción relativa (Oeste) o de subconsumo o escasez (Este). En ambos casos crisis del capitalismo, ya sea de Estado o privado. Por tanto, bajo él habrá crisis de desproporcionalidad entre las distintas ramas de la división social del trabajo o de insuficiencia de mercados, crisis no en sí mismas sino inherentes al sistema económico contradictorio de explotación del hombre por el hombre. Así la producción estará en desarmonía con el consumo, el ahorro con la inversión por la existencia de un Estado caro y malo, opresor y

al servicio de las clases dominantes de turno en el Poder; por la desocupación masiva de trabajadores; por la disimulación del paro con *Economía de estado;* por, en fin, determinaciones, alienaciones y contradicciones propias de un sistema desarmónico de producción, cambio, consumo y distribución en que unos lo tienen todo y otros, nada.

El proceso capitalista de producción, en sí mismo, es desarmónico, antagónico, contradictorio, porque a un obrero asalariado que produce durante ocho horas, injustamente, por ejemplo, se le roban cuatro de plusvalía para el empresario privado o para el Estado-patrón. En esta contradicción, derivadas de la propiedad privada o estatal, residen las causas eficientes de las crisis económicas que viene experimentando el capitalismo desde 1825, siendo éstas cada vez más grandes o sistémicas, más universales en una economía planetaria.

Simon de Sismondi (1773-1842) entrando en el análisis de las contradicciones del capitalismo y de sus crisis cíclicas, señaló entre otras, las causas siguientes 1) incapacidad de los consumidores para comprar los productos de la industria; 2) disparidad entre el aumento de la producción y el insuficiente poder adquisitivo de los asalariados; 3) divorcio entre la inversión de capital e insuficiencia de los salarios; 4) contradicción tendencial entre la inversión y el ahorro; 5) oposición entre la producción y el consumo; 6) desproporción entre el aumento de la población y el nivel de consumo de la misma, (especialmente en los países afro-asiáticos y latinoamericanos, en nuestra época).

En este orden de ideas, el capitalismo no es para Simón de Simondi tan armónico como lo suponían J. B. Say y Federico Bastiat, en el sentido de que todas las mercancías concurrentes al mercado se procuran su propia demanda automáticamente, como si los hombres con sus consumos desiguales por clases sociales,no determinaran, en cierto modo, las crisis de falta de mercados, no por culpa de las mercancías que son seres pasivos, sino porque los hombres que son seres activos y de comportamientos desiguales en razón de que unos son proletarios y otros propietarios; unos consumen poco y trabajan mucho y otros consumen mucho y trabajan poco; unos están limitados a consumir según sus menguados salarios y otros según sus elevadas rentas, intereses y plusvalía usurpada a los trabajadores asalariados.

Sismondi, a diferencia de J. B. Say y de Federico Bastiat, se dio cuenta de que el subconsumo del pueblo trabajador asalariado es inherente a un modo de producción antagónico, según el cual a mayor productividad del trabajo asalariado no corresponde proporcionalmente un incremento paralelo del consumo popular. A este respecto, Simondi advierte: ..."para que aumenten las ventas de los productos de la industria y del trabajo humano, no es el ingreso del rico, sino el del pobre el que hay que aumentar. Son sus salarios los que hay que aumentar; pues los pobres son los únicos compradores que pueden aumentar, grandemente,la extensión del mercado" (1).

1 Simón de Sismondi. De la suerte de los obreros en las manufacturas (1834).

Contra las ilusiones y el optimismo incondicionado de los economistas burgueses liberales, Sismondi cuestiona un modo de producción antagónico que lleva, en sí, las crisis económicas, debido a las formas de propiedad y a que unos sólo disponen de sus menguados ingresos en concepto de salario y otros, en cambio, perciben elevadas rentas sin aporte de trabajo productivo. Así, pues, estimamos nosotros que las crisis económicas cíclicas, las recesiones y los ciclos largos de crisis económica mundial de nuestra época (crisis de la energía y crisis monetarias) residen en el fondo, en las contradicciones socio-económicas del sistema capitalista, ya sea bajo la propiedad privada (Oeste) o de la propiedad estatal (Este); pues las crisis serán resueltas con la propiedad social autogestionada por los trabajadores.

El capitalismo, ya sea bajo forma de "free enterprise" (modelo norteamericano) o de empresa de propiedad estatal (modelo soviético), tiene un devenir histórico enmarcado en crisis económicas de sobreproducción relativa o de subconsumo, de desarmonía entre las ramas integrantes de la división social del trabajo con conflictos sociales o lucha de clases en el seno de cada nación capitalista, entre las propias naciones capitalistas, entre las naciones (dichas) socialistas, entre los países industrializados y los países subdesarrollados; en razón de la ley de desarrollo económico y tecnológico desigual de país a país o de región a región del mundo.

Todo ello reside en la naturaleza contradictoria del capitalismo, ya sea bajo forma de capitalismo privado o de Estado, pues sus *desarmonías* son determinadas por la propiedad privada o estatal, por las clases sociales antagónicas y por desajustes de la economía nacional y mundial dominadas por las burguesías o las burocracias, en su esfera interna, y por el imperialismo del dólar o el imperialismo del rublo, en la esfera externa.

Desentrañando la *dialéctica del capitalismo*, Simón de Simondi señaló en la primera mitad del siglo XIX, a diferencia de los economistas burgueses liberales, algunas contradicciones del capitalismo:

"El ahorro de los ricos —dice— se hace a expensas de los pobres. El proletariado romano vivía a expensas de la sociedad (...) Se podría decir que la sociedad moderna vive a expensas del proletariado, o sea, de la parte que se le quita en la remuneración de su trabajo" (1).

Esto sucede en nuestra época (tanto en el Este, bajo la propiedad estatal de los medios de producción y de la burocracia como nueva clase dominante como bajo la propiedad privada de los mismos y la dominación de la burguesía (Oeste); pues ambas clases sustraen a los trabajadores una buena parte de lo producido por el trabajo asalariado, usurpado como *plusvalía* mientras no haya una *economía autogestionaria* y un *autogobierno popular*, una sociedad libertaria basada en la democracia directa; pues la condición asalariada de los trabajadores no cambiará porque el capital sea de un patrón privado o del *Estado-patrón*, ya sea con capitalismo convencional o con socialismo burocrático.

1 Sismondi, S. Etudes sur la'economie politique.

Un desarrollo armónico y dinámico de la economía es imposible de alcanzar sin la empresa autogestionaria de propiedad social, sin el autogobierno de administración de las cosas (bienes servicios) más que de los hombres bajo el *Estado-providencia* (Oeste) o el *Estado-burocrático* (Este). Una ley de desenvolvimiento armónico de la economía social no es posible con la planificación centralizada de tipo soviético, con Partido único y Estado totalitario, ni con burguesías o burocracias occidentales enquistadas en el Estado-providencia (de modelo sueco y cía.).

Robert Owen, antes que Lenin y sus seguidores de la "dictadura del proletariado" que resultó ser la dictadura *sobre* o *contra* el proletariado, señaló, no tan utópicamente, cómo debe ser alcanzado el derecho al trabajo en una economía equilibrada:

"La deficiente ocupación de las clases obreras no pueden proceder de la falta de riqueza o de capital (...) sino de algún defecto del modo como se distribuye la extraordinaria adición de capital nuevo por toda la sociedad, o para decirlo en términos comerciales, por falta de un mercado o de medios de cambio coextensivos a los medios de producción. Si se idearán medidas eficaces para facilitar la distribución de la riqueza, después de creada, (...) se podría sugerir fácilmente los medios para lograr la ocupación provechosa de todos los que están desocupados y de un considerable aumento de su número" (1).

"La falta de un mercado lucrativo —prosigue— es la única causa que impide la provechosa y en otro caso próspera industria de las clases trabajadoras. Los mercados del mundo son creados sólo por la remuneración asignada a la industria de las clases trabajadoras, y en esos mercados son mas o menos extensos y lucrativos, según que las clases estén bien o mal remuneradas por su trabajo. Pero la actual situación de la sociedad no permite que el trabajador sea remunerado por su industria y, en consecuencia, todos los mercados fracasan" (2).

Como Simondi, Robert Owen estima que las causas de las crisis económicas están determinadas por la injusta explotación de las clases trabajadoras, por el subconsumo de éstas en el sentido de que participan menos en su producción a medida que producen más en menos tiempo de trabajo socialmente necesario. En este orden de ideas, a la luz de esas contradicciones no puede haber una ley de armonía de los mercados nacionales e internacionales como lo suponían J. B. Say y Bastiat, en el sentido de que cada producto tiene que cambiarse, necesariamente, por otro producto, creando, automaticamente, su recíproca demanda con lo cual no habría crisis económicas.

En concordancia con las tesis de Sismondi y de Roberto Owen, Marx y Engels explican así las causas contradictorias, desarmónicas y estructurales de las crisis económicas:

1 Owen, R. A new view of society and writings. p. 248.
2 Owen, R. Obr. cit. pp. 252-253.

"Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata una epidemia social que en cualquiera de las épocas anteriores hubiera parecido absurda e inconcebible, la epidemia de superproducción. La sociedad se ve retraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; diríase que una plaga de hambre y una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilmada, sin recursos para subsistir; la industria y el comercio están a punto de perecer ¿y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen que embaraza su desarrollo. Y tan pronto como logran vencer este obstáculo siembran el desorden en la sociedad burguesa; amenazan dar al traste con el régimen burgués de propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobrepone a la crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistando nuevos mercados, al par que procura explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes, mutilando los medios de que dispone para precaverlas" (1).

Las crisis económicas constituyen la gran penitencia del capitalismo, no sólo a lo que hacen referencia Marx y Engels, sino también al moderno capitalismo de Estado disfrazado de socialismo, pues la crisis de endeudamiento externo de los países del COMECON, su inflación rampante y las insuficiencias de alimentos son tan graves en Polonia, dicho país socialista, como en México, Perú, Bolivia, Argentina y otros países subdesarrollados, enmarcados en la esfera de influencia del mundo capitalista convencional.

A pesar de que la publicidad y la política son manipuladas para presentar sistemas económicos malos como los mejores posibles en el mejor de los mundos posibles, la civilización contemporánea, en su totalidad, es muy contradictoria en su estructura socio-económica y aún en sus maravillosos logros tecnológicos que se transforman, bajo el imperialismo o el hegemonismo de las grandes potencias rivales, en armamentos sofisticados para autodestruirse la civilización, por no saber asimilar el progreso económico y tecnológico sin crisis económicas, guerras mundiales o marginales, luchas de clases entre los hombres y luchas bélicas entre las naciones.

Hemos experimentado un gran progreso económico y tecnológico desde los finales del siglo XIX hasta los primeros años de terminación de la segunda guerra mundial. Digamos, al respecto, que desde 1890 hasta 1939-45 la productividad del trabajo en los países industrializados aumentó más de ciento por ciento, y que desde 1945 a 1985 la productividad en la industria y la agricultura de los países avanzados se ha más que duplicado, pero los pre-

1 Marx, C. y Engels, F. Manifiesto comunista, cap. I.

cios, en vez de bajar en esa misma proporción, han aumentado rápidamente. Ello evidencia que esta sociedad capitalista, con sus clases dominantes, sus burguesías y sus burocracias totalitarias, introduce fradulentamente, en los *precios inflados*, sus *rentas parasitarias*, usando y abusando del *Estado-providencia*, que nunca recibe bastantes impuestos ni le satisface, además, un gran impuesto indirecto: la inflación monetaria.

Con esa inflación latente, al trote o galope, según los países que usan y abusan de ella, los obreros, los jubilados y todos los que tienen ingresos fijos son expoliados por los que tienen el monopolio de las mercancías y del dinero, en los bancos y las grandes empresas nacionales o multinacionales que, subiendo indebidamente sus precios, explotan doblemente a sus obreros: primero como trabajadores a los cuales se les substrae la *plusvalía* y luego, como consumidores engañados que ven subir más los precios que sus salarios. Este sistema corrupto es defendido e impuesto por un Estado-providencia que da migajas a los jubilados, para justificarse como bueno socialmente, y otorga mediocres subsidios a los desocupados echados de las empresas, y, además, prodiga muchos miles de millones de unidades monetarias en financiar sus empresas funcionando a pérdida o compra la crisis de los bancos amenazados de quiebra, la de productos subsidiados o retirados del mercado, no para favorecer a los consumidores sino para hacerles pagar la crisis. El *Estado caro y malo*, al servicio de burguesías (Oeste) y de las burocracias totalitarias (Este) debe ser derrocado por el pueblo trabajador y consumidor y reemplazado por el auto-gobierno de todos, por la democracia directa, por una auto-administración de las cosas sin opresión de los hombres, por una economía autogestionaria basada en empresas asociativas de propiedad social, por un socialismo libertario.

Todo esto en lo referente a cada país, pero a nivel mundial hay que crear un nuevo orden económico internacional, en el sentido de que todos los pueblos sean una Federación Universal, sin países adelantadosl ni atrasados, sin países dominantes ni dominados; para que sea superada la ley de desarrollo económico y tecnológico desigual de país a país, entre las regiones de un país y entre continente y continente; a fin de que no haya países pobres ni ricos, sino un hombre universal, libre, dueño de sus destinos, unido mundialmente para que pueda triunfar en la conquista del espacio sideral, creando una civilización fáustica, todo ello en paz, sin guerras mundiales, nacionales o entre clases sociales antagónicas.

El dilema de nuestra civilización es: o el hombre triunfa como especie o perece como clase. Y, dado que las armas modernas, por su enorme potencia de destrucción, pueden destruir al mundo, estando el hombre dividido en naciones dominantes y dominadas o en clases explotadoras y explotadas, hay que crear una nueva civilización universal libertaria que haga del mundo un solo país que sea la empresa de todos, paraque todos tengamos trabajo, prosperidad y libertad, dentro de un socialismo libertario universal, que unifique la ciencia, la técnica, el capital y el trabajo en una sociedad libertaria: sin castas, ni clases, ni naciones, ni oprimidos, ni opresores.

BIBLIOGRAFIA

SMITH, A.

Wealth of nations. Sobre la libertad de comercio y de los valores internacionales, Adam Smith considera inútil y hasta perjudicial el proteccionismo. A diferencia de quienes sostienen que la demanda es siempre insatisfecha en el comercio, recomienda que "la industria en general de un país no puede nunca exceder de lo que pueda emplear el capital de la sociedad". Por otra parte, en oposición a los fisiócratas que querían tener protegidos sus mercados interiores agrícolas propuga que se importe del extranjero lo que sea más caro producir en el propio país:

"Esta es la máxima de todo prudente padre de familia no fabricar en su domicilio lo que le costará más caro fabricar que comprar(...) lo que es prudencia en la conducta de una familia privada no podría ser calificado de locura en un gran reino". (Obr. cit. tmo. I, p. 422, lbr. cap. IV, cap. II)

En este sentido, Smith propugna una ley de la división del trabajo internacional entre los distintos países, que procure ventajas para todos. Sin embargo, en nuestra época el imperialismo económico del dólar y el hegemonismo del rublo, por no hablar del Japón y de Europa occidental, países industrializados, crean un intercambio desigual a favor de éstos y en contra de los países subdesarrollados. La exportación masiva de capitales, las inversiones directas, las patentes y tecnologías de punta, en manos de los países industrializados, localizan la industria, el alto nivel de vida, la acumulación y la concentración de los capitales del mundo en Estados Unidos, la Unión Soviética (dentro de su bloque), en Europa occidental y en Japón; pero a expensas de un intercambio desigual entre países ricos y pobres: siempre favorable a los primeros. En consecuencia, bajo el imperialismo o el hegemonismo no se practica entre los países una justa ley de la división del trabajo, en la esfera internacional, ni una división racional del trabajo social, en la esfera interna, porque existen las naciones dominantes y dominadas y las clases explotadoras y explotadas. La pretendida ley del equilibrio económico de los mercados y de las ventajas comparativas de intercambio internacional no es posible con hegemonismo e imperialismo, sino con un socialismo libertario, federativo, autogestionario, no basado en la existencia de los compartimentos-estancos de las naciones, sino en federaciones de producción y de servicios sociales y públicos, integradas mundialmente, sin que haya pobres ni ricos entre los hombres, ni naciones pobres ni ricas, entre países integrados en una Federación Universal.

Pero antes de la época del imperialismo, Smith, consideró que, en el comercio exterior, las mercancías se intercambian en proporciones que representan sus costos relativos medios de trabajo:

"Prohibir —según Smith— por medio de una ley inflexible y perpetua la importación de trigo y de ganado extranjero es, en realidad, tanto como decretar que la población y la industria de un país no excederán jamás de los que puede mantener el producto real de su propio suelo". (Obr. cit. tomo. I, lbr. IV, cap. II).

Sería, pues, condenar al hambre a un país, a los consumidores. En este orden de ideas, Smith advierte: "El consumo es el único fin y el único móvil de la producción (...); pero en el régimen mercantilista el interés del consumidor se ve sacrificado casi constantemente al interés de capitalistas" (Obr. cit. cap. VIII, lb. IV). Realmente no al interés del productor, diríamos nosotros, sino del empresario, el mercader y el monopolista, pues los intereses de los consumidores y de los productores no pueden coincidir en el capitalismo, sino en un socialismo libertario, en una economía autogestionada por el pueblo trabajador, liberado de los capitalistas y de los gobiernos opresores y explotadores al servicio de aquéllos y de una clase política profesional: social-demócrata, demo-cristiana neo-liberal o totalitaria, según las situaciones políticas, sociales y económicas.

RICARDO, D.

Principles of political economy and taxation (1817). London. Después de The wealth of nations, de Adam Smith, los Principles.... de David Ricardo, constituyeron sin duda el segundo li-

bro más importante de economía política. Por lo que se refiere a la teoría clásica de los valores internacionales, Ricardo afirma:

"En un sistema de entera libertad de comercio, cada país consagra su capital y su industria a un determinado empleo que le parece más útil. Las miras del interés individual marchan perfectamente acordes con el bien universal de toda la sociedad. Así es (...) como sacando todo el partido posible de los beneficios de la naturaleza, se llega a conseguir una mejor distribución y una mayor economía en el trabajo. Al mismo tiempo, el aumento de la masa general de productos extiende por doquier el bienestar; el cambio liga entre sí a todas las partes del mundo civilizado con los lazos comunes del interés, y hace de todo él una sola y vasta sociedad. Este principio hace que se fabrique vino en Francia y en Portugal, que se cultive el trigo en Polonia y en Estados Unidos y que se haga ferretería y otros artículos en Inglaterra". (Oeuvres, edición francesa, p. 105)

Debe aclararse que después de tantos años el ejemplo del trigo para Polonia no es válido, ya que en vez de exportadora es importadora de este cereal; pero para el caso, y en su época, Ricardo quiere decir que es preferible para Inglaterra importar trigo polaco que producirlo en suelo inglés, por ser más costoso.

Por otra parte, Ricardo aportó una explicación económica al hecho de que, dentro de un mercado nacional, se entiende en régimen de economía liberal, que las mercancías que contienen igual cantidad de trabajo social medio se intercambian por igual trabajo de otras. Pero a nivel internacional no se daban esas mismas condiciones niveladoras de intercambio equitativo debido al capitalismo o que las mercancías adicionaban costo de transportes. Pero en nuestro tiempo, por ejemplo, el acero de la CEE puede tener un precio muy similar, en cualquier parte de ese mercado, en el más lejano de su centro económico o de menor distancia al centro consumidor, si el precio del acero más lejos contiene el mismo flete del más corto. Ello ha sido hecho igualmente, a nivel mundial, por el "International petroleum cartel", lo cual significa que los precios son dirigidos, de monopolio, no regulados por la ley de la oferta y la demanda.

Si el mundo fuera federado en una economía autogestionaria, por federaciones de producción, de servicios sociales y públicos, para tener una economía universalmente equilibrada habría que invertir más capitales donde los países están más atrasados y compensar costos diferenciales, dentro de las federaciones de industria, hasta que todas las industrias de una rama fueran integradas nacional, continental y universalmente. Sólo así habría un desarrollo económico proporcionado y paralelo entre todas las partes del mundo, de modo que finalmente, no hubiera países pobres y ricos, sino sólo países prósperos, habiendo superado la ley capitalista de la división del trabajo internacional y la ley de desarrollo desigual, económico y tecnológico, de país a país, como sucede actualmente.

MILL, Stuard.

Principios de economía política (1848). London. El autor, sobre la teoría de los valores económicos intercambiados, dice: "En todo país el valor de una mercancía extranjera depende de la cantidad de productos indígenas por la cual ha sido cambiada". (Obr. cit. lbr. III, cap. XVIII). Pero los países dominantes suelen dar menos por más a los países dominados, neo-colonizados diríamos nosotros.

SAY, J. B. (1767-1832).

Traité d'economie politique este economista francés considera que la sobreproducción general es imposible porque las mercancías se crean su propia demanda, pues "los productos se compran con productos", ya que la moneda sólo hace de intermediario y se la adquiere para deshacerse de ella cambiándola por un nuevo producto. Así, "una vez terminados los cambios se encuentra uno con que ha pagado unos productos con otros productos". (Obr. cit. 1ª. edición p. 154).

"Un determinado género de producción difícilmente se adelantaría a los demás —dice Say—, y unos productos determinados resultarían muy raramente desacreditados, si tanto una categoría como otra fuera siempre dejadas a su plena y entera libertad" (...). "Si hay algunos

productos que abundan en exceso es porque otros productos ha llegado a faltar". (Obr. cit. 6ª. edición pp. 143 y 142, respectivamente).

Y la verdad es que las mercancías no se compensan automáticamente en el mercado, porque no existe un equilibrio entre la producción capitalista y el consumo desigual entre obreros y burgueses. Por otra parte, Say que era optimista y librecambista, un buen burgués, no ve que ante la competencia armónica que se hacen las mercancías, según él, hay una mercancía distinta de todas las demás, el salario que se compra por menos del valor que crea para el capitalista dejándole, gratuitamente la plusvalía. Si todo fuera de todos, y no hubiera trabajo asalariado para el burgués o para el Estado, entonces la ley de los mercados en el sentido de que los productos se cambian por productos sería válida, pero, ello en un socialismo libertario, cuando en la competencia entre los productos no esté introducida la plusvalía, sino sólo la sana y democrática competencia entre grupos colectivos concurriendo al mercado sin monopolios, sin mercaderes ni especuladores privados. Así los productos estarían produciéndose en beneficio de los consumidores, habiendo equilibrio entre producción, cambio, circulación y consumo, en una economía autogestionaria que sea la empresa de todos los trabajadores liberados de los patrones privados o de Estado-patrón. Sin poner la riqueza en común son imposibles las armonías sociales y económicas de J. B. Say, de Bastiat y de quienes confunden el socialismo autogestionario con el socialismo burocrático. Ni con burgueses, ni con burócratas, ni tecnócratas, sino sólo con el hombre libertario, será superada la lucha de clases, las crisis económicas, las guerras, lo inhumano en la historia, la desigualdad entre los hombres y el Estado opresor y explotador al servicio de las clases dominantes que se escudan tras él contra el pueblo trabajador.

SISMONDI, S. (1773-1842).

Nuevos principios de economía política. 2ª Edición (1827). A diferencia de J. B. Say, Simón de Sismondi no cree que los productos se creen su propia demanda, ni que haya una supuesta ley de equilibrio permanente de los mercados, que haga imposible la sobreproducción general y las crisis económicas, la primera de las cuales se produjo al final de las guerras napoleónicas. En este sentido, Sismondi advierte contra las tesis de J. B. Say:

"Guardémonos —aclara— de la peligrosa teoría de ese equilibrio que se establece por sí mismo (...) Un equilibrio dado se restablece, en verdad,a la larga, pero a costa de espantosos sufrimientos". (Obr. cit. tmo. I, pp. 220-21).

Sismondi pensaba que todo incremento de la producción para contar con mercado debe ir precedida de una nueva demanda, ya que la producción por si misma —como cree J. B. Say— no se la crea.

En este orden de ideas, los desequilibrios económicos del sistema se deberían, en gran parte, a que en una sociedad antagónica no interesa al empresario que aumente el producto de la tierra o de la industria, sino más bien el producto neto, o sea la diferencia entre el costo de producción y el precio de venta, lo que otros economistas llamarón plusvalía. Y en cuanto a la tierra, Sismondi dice:

"Ha habido expoliación y ha habido robo del rico sobre el pobre, cuando este rico percibe de una tierra fértil y hábilmente cultivada una renta que le hace nadar en la abundancia, mientras que el cultivador, que es el que ha hecho nacer esa renta (...) se muere de hambre, sin poder percibir ni la más pequeña parte de ella". (Estudios sobre economía política. pp. 274-75).

Aclarando la servidumbre del trabajo asalariado respecto del capital, Sismondi expresa:

"La riqueza, sin embargo, concurre a su trabajo, y el que la posee retiene al obrero, en compensación de la ayuda (salario) que él le presta, una parte de lo que este obrero ha producido, más allá de su consumo". (Nuevos principios... tmo. I, p. 87).

Así las cosas, ¿cómo puede ser equilibrada la economía de una sociedad contradictoria en la que el rico vive de la expoliación del pobre? Si los hombres no son todos iguales ni están en igualdad de condiciones económicas y sociales no puede haber equilibrio permanente sin crisis económicas. Sólo un socialismo libertario, basado en la empresa autogestionaria de propiedad social, podría garantizar un equilibrio dinámico de la economía social, liberada de burgueses, burócratas y tecnócratas.

Sin llegar a esta conlusión nuestra, Sismondi, en los comienzos del capitalismo se dio perfecta cuenta de los antagonismos de clases. A este respecto, pregunta:

¿"Quién ha colocado al pobre en la necesidad imperiosa de someterse a las condiciones onerosas del rico so pena de morirse de hambre"? "Pues ha sido la separación de la propiedad y del trabajo". (Obr. cit. tmo. I,p 201). ¿Cómo puede haber así equilibrio en una sociedad tan desigual entre los hombres?

"El interés de cada uno —afirma Sismondi— contenido por todos los demás, sería efectivamente, el interés de todos; pero buscando cada uno su propio interés a expensas de los otros, tanto como en el desenvolvimiento de sus propios medios, no siempre está contenido por fuerzas iguales a las suyas; el más fuerte halla entonces el modo de realizar su interés y el más débil le toca cederle el paso". (Obr. cit. tmo. p. 407).

BASTIAT, F.

Harmonies économiques. París, 1850. Liberal convencido y librecambista, Federico Bastiat creía en un orden espontáneo armonioso de la sociedad. Por una rara dialéctica idealista, en que cada contrario se transforma en su opuesto, exclama Bastiat:

"Yo creo que el mal conduce al bien y le provoca, al paso que el bien no puede llegar como conclusión del mal, de donde se desprende que el bien debe acabar por predominar". (Obr. cit. p. 21).

A diferencia del norteamericano H. C. Carey y del alemán Federico List, Bastiat considera a "esa ficción que se llama Estado" y al proteccionismo como causa de grandes males económicos, proponiendo una economía abierta, no dirigida: a falta de intervención estatal, las acciones económicas humanas se realizan armoniosamente en beneficio de todos, ya que la riqueza se distribuye en razón del servicio prestado para evitar una desigualdad injusta".

"Socialistas, Economistas, Igualitarios, Fraternitarios, a todos os desafío —dice Bastian—, a todos, por mucho que seáis, para que alcéis tan siquiera la sombra de una objeción contra la legítima mutualidad de los servicios voluntarios y, por consiguiente, contra la propiedad tal como yo la he definido (...). Los unos con relación a los otros, no son los hombres más que propietarios de valores, y los valores no representan otra cosa que servicios comparados, prestados y recibidos libremente". (Obr. cit. pp. 265-68).

Así, pues, el obrero y el capitalista se prestan buenamente un servicio recíproco, pero Bastiat no quiere entender que uno es propietario de los medios de produción y otro, sólo de sus fuerza de trabajo desposeída de ellos. Por eso, obligadamente, el obrero depende del patrón, quiera o no quiera, no estando así ambos en igualdad de condiciones, porque un "servicio" domina al otro...

En cuanto al comercio internacional, Bastiat es partidario del librecambio, de la ley de los mercados de J. B. Say, ya que en el intercambio entre países habría equivalencia de servicios en beneficio de todos. Por eso, Bastiat considera que "el proteccionismo aduanero no es otra cosa que el comunismo aplicado; y que lo verdadero de uno y de otro régimen es la expoliación; pues no hay entre ellos diferencias, ya que el régimen expoliador proteccionista lo hace a favor de los pobres". Tales conceptos fueron vertidos por Bastiat en, 1849, en una carta dirigida a Thiers.

A más de un siglo de la mueste de Bastiat, tales afirmaciones han sido desmentida por los hechos, pues el proteccionismo no es el único y el peor de los males de los países y de los consumidores, ya que el imperialismo económico, con sus inversiones directas en el extranjero, ha saltado las barreras arancelarias por más elevadas que estas fuesen. Y en cuanto al comunismo, el modelo soviético, no ha superado el salario, el precio, la plusvalía, las diferencias de clase, quedándose así en una palabra vacía y, en realidad, en un capitalismo de Estado.

Creyendo que la comunidad es igual para todos, exclama Bastiat: ¡"Comunistas! ¿No soñáis la comunidad? Ya la tenéis. El orden social hace comunes todas las utilidades con la condición de que el cambio de los valores apropiados sea libre" (Obr. cit. p. 142). Pero en el capitalismo, "el cambio apropiado" es que una mercancía se intercambia por otra en su valor, menos el valor del salario obrero que se compra por menos de lo que produce para el capitalista ¿Cómo puede haber así comunidad para todos si el capital no es de todos?.

Marx, C.

El capital (Oeuvres. Economie). Bibliothéque de la Pléiade. París, 1965. Edición establecida y anotada por Maximilien Rubel. En el capítulo XXXIII de El capital, dedicado a "La teoría moderna de la colonización", Marx como conclusión advierte:

Pero lo que nos preocupa (...) no es la situación actual en las colonias; es el secreto que la economía política del mundo antiguo ha descubierto en el nuevo, e inguenuamente traicionado con sus elucubraciones sobre las colonias. Helo aquí: el modo de producción y de acumulación capitalista, partiendo de la propiedad privada capitalista, presupone el aniquilamiento de la propiedad privada fundada sobre el trabajo personal; su base es la expropiación del trabajador". (Obr. cit. p. 1235).

O dicho de otra manera, que el modo de producción capitalista desarrollado presupone la liquidación del artesanado, del régimen de trabajo familiar, a fin de contar con asalariados a disposición de la nueva industria capitalista. En este sentido, la revolución comunista en China, por ejemplo, ha sido en parte consecuencia de la penetración del capitalismo y de sus mercancías o maquinarias, que dieron al traste con la vieja China artesanal y rural de los mandarines, congelada en el modo de producción asiático, desde antes de Jesucristo, pero desestabilizada, en pocos años, con la introdución del capitalismo y de sus mercancías más baratas, que dejó sin ocupación a muchos millones de viejos artesanos chinos. Inglaterra, en este orden de ideas, fue la causa de cambios socio-económicos similares, en la India, según palabras de Marx:

"Inglaterra debe cumplir en la India una doble misión, destructora y regeneradora: la aniquilación del viejo régimen social asiático y la creación de los fundamentos materiales para un orden social occidental en Asia".

"La era histórica burguesa —prosigue Marx— debe crear la base material de un mundo nuevo: por otra parte, el tráfico mundial basado en la interdependencia de los pueblos y los medios de ese tráfico; y por la otra, el desarrollo de las fuerzas productivas y la transformación de la producción material en una dominación científica de las fuerzas naturales. La industria y el comercio burgués crean estas condiciones materiales de un nuevo mundo, de la misma manera que las revoluciones geológicas han creado la fisionomía del mundo terrestre". (New York Tribune, 22 de julio 1853).

En nuestra época, las empresas multinacionales europeas, japonesas y norteamericanas han llevado el capitalismo, sus patentes y tecnologías de punta por todo el mundo; pero ese imperialismo económico ha cargado de deudas a los países neo-coloniales; los ha sometido al dominio exterior a fuerza de préstamos, créditos y empréstitos; los ha especializado en economías de monocultivo alienadas en los países dominantes; deja así la puerta abierta al descontento popular, a la revolución contra el imperialismo y sus sostenedores, en cada país neo-colonizado de Asia, Africa y, sobre todo, en Latinoamérica.

LENIN, V. I.

El imperialismo, fase superior del capitalismo (1917). Sobre la ley de desarrollo desigual entre los países imperialistas aguzando sus contradicciones y guerras, Lenin dice: "...bajo el capitalismo es imposible el desarrollo igual de las distintas empresas, trusts, ramas industriales y países. Hace un siglo, Alemania era una absoluta insignificancia comparando su fuerza con la de la Inglaterra de aquel entonces; lo mismo puede decirse del Japón si se le compara con Rusia". (Obr. cit. cap. VIII). Actualmente Rusia es más potencia que Japón; pero ¿lo será a final del siglo XX?.

BAKUNIN, M.

Federalismo y socialismo (1867). Para superar la división internacional capitalista del trabajo, así como la de los países dichos socialistas, y la ley de desarrollo económico y tecnológico desigual de país a país y de continente a continente, en nuestra época habría que volver a la visión de Miguel Bakunin sobre la integración federativa igualitaria y libertaria de los pueblos: en estos términos:

1." Que para hacer triunfar la libertad, la justicia y la paz en las relaciones internacionales

de Europa: para hacer imposible la guerra civil entre los diferentes pueblos que componen la familia europea, sólo hay un medio: constituir los Estados Unidos de Europa.

2. "Que los Estados Unidos de Europa no podrán formarse nunca con los Estados tal y como están constituidos hoy, dada la desigualdad monstruosa que existe entre sus respectivas fuerzas.

(...)

4. "Que ningún Estado centralizado, burocrático y por lo tanto militar, aunque se titule republicano, no deberá entrar a formar parte de una Confederación internacional con firme resolución y buena fe (...).

5. "Que todos los adherentes a la Liga (Confederación) deben dedicar su esfuerzo para constituir en sus respectivos países y a fin de reemplazar la antigua constitución —fundada de arriba abajo y basada en la violencia y el principio de autoridad—, una nueva organización basada únicamente en los intereses, las necesidades y las preferencias naturales de sus poblaciones, sin otro principio que el de la federación libre de individuos en comunas, de comunas en provincias, de provincias en naciones y, por último, de naciones en estados Unidos de Europa primero y, eventualmente, del mundo entero.

6. "En consecuencia, el abandono absoluto de todo lo que se denomina el derecho histórico del Estado; todas las cuestiones relacionadas con las fronteras naturales, políticas, estratégicas y comerciales serán, por tanto, consideradas como pertenecientes a la historia antigua y serán rechazadas enérgicamente"...

(...)

13. "La unidad es el objetivo hacia el que se mueve la humanidad de forma irresistible. Pero se vuelve mortal, destructiva de la inteligencia, la dignidad y el bienestar de los individuos y los pueblos cuando está fundada sin el respeto por la libertad, ya sea por medios violentos o bajo la autoridad de cualquier idea teológica, metafísica, política y hasta económica".

Para Bakunin, "La libertad de la industria y el comercio es de hecho algo importante y representa una de las bases esenciales de la futura alianza internacional de todos los pueblos del mundo" (...); "debemos reconocer que mientras existan los actuales Estados y mientras el trabajo siga siendo esclavo de la propiedad y del capital" (...) "la libertad (de la industria y del comercio) sólo enriquece (...) a la burguesía en detrimento de la inmensa mayoría, sólo produce un beneficio: debilita y desmoraliza el número reducido de privilegiados al mismo tiempo que aumenta la miseria, los padecimientos y la justa indignación de la masa trabajadora, en consecuencia, apresura la hora de destrucción de los Estados" (Obr. cit.).

Así, pues, el federalismo libertario de Bakunin no tiene nada que ver con el de la URSS o el de la CEE: uno, burocrático e imperial (centralista del poder); otro centralista del capital multinacional (burguesía).

EMMANUEL, A.

El intercambio desigual. Edit. Cuadernos de Pasado y Presente, No. 24. Córdoba. Argentina. Denunciando el neo-imperialismo, la pobreza en el mundo, el comercio leonino, el intercambio desigual, Arghiri Emmanuel, denuncia que lo que exportan los países subdesarrollados baja en precio respecto de lo que importan de los mismos países industrializados, creándose así injustos términos de intercambio:

"Los países industrializados impusieron en el mundo cierto modelo de división internacional del trabajo, concebido en función de sus propias necesidades de desarrollo. Ese modelo fue establecido, en su mayor parte, durante la segunda mitad del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX. Esto no quiere decir que algunas especializaciones que eran desde un punto de vista geoeconómico artificiales en el momento en que fueron implantadas, no hayan pasado desde ese momento a ser racionales por la fuerza de las cosas. No es menos cierto, por ello, que en la división internacional actual del trabajo hay una parte que es válida desde el punto de vista de la economía mundial y otra que no lo es. Sin embargo, la posición del país subdesarrollado cambia totalmente según contemple ese problema como país aislado o lo encare en el marco de una agrupación que comprenda a muchos países subdesarrollados". (Imperialismo y comercio internacional) ("El intercambio desigual"). (Edit. PYP. Córdoba. Argentina. 1971. p. 29).

La verdad es que al sustituir el colonialismo bajo la bandera de los países imperialistas por el colonialismo económico de las multinacionales o de los términos de intercambios desiguales, siempre desfavorables para los países subdesarrollados, salvo en tiempos de guerras mundiales, los países dominantes usurpan una parte del excedente económico producido en los países afro-asiáticos y latinoamericanos.

Como el nivel de salarios en la India o en algunos países africanos y latinoamericanos, es muchas veces más bajo que en Europa occidental, Japón y Estados Unidos, las empresas multinacionales de estos países hacen inversiones directas en ellos para obtener mayores ganancias que en sus metrópolis. Si al giro de estas ganancias al exterior, se adicionan los pagos por intereses y anualidades de la deuda pública externa, el pago por fletes y se restan las pérdidas sufridas en el comercio exterior por vender barato y comprar caro en los países neo-colonizados, a éstos no le quedan capitales.

Y decimos ésto porque en el periodo anterior a la descolonización que siguió a la terminación de la segunda guerra mundial, los países imperialistas explotaban más el trabajo barato en los países colonizados que expoliarlos por el sistema de un intercambio leonino, desigual. En este orden de ideas, se diría que la explotación de los países atrasados, aparentemente soberanos, por los países avanzados, dominantes o imperialistas, se hace doblemente: 1) por las inversiones directas extranjeras que buscan la máxima tasa de ganancia en países con niveles de salarios bajos; 2) añadiendo a la explotación de los asalariados de los países subdesarrollados la explotación indirecta, con préstamos otorgados a elevados tipos de interés, para cubrir el déficit del balance de pagos originados por el intercambio desigual entre Europa, Japón y Estados Unidos, por una parte, y Asia, Africa y Latinoamérica, por la otra. En suma, que a la explotación entre los hombres hay que adicionar ahora la explotación producida por una relación entre las mercancías o cosas intercambiadas inequitativamente: unas, por menos de su valor-trabajo; otras, por encima de él, según tengan procedencia del Tercer Mundo o de los países industrializados: CEE, USA y Japón, principalmente.

BETTELHEIM, Ch.

Intercambio internacional y desarrollo regional. Ensayo incluido, como el de Arghiri Emmanuel, en Imperialismo y comercio internacional. ("El intercambio desigual"), editado por PYP, Córdoba (Argentina), 1971.

Charles Bettelheim, a diferencia de Emmanuel, distingue dos tipos de intercambio desigual "a) el planteado por la tendencia del intercambio desigual no sólamente a perpetuarse (a través de la división internacional capitalista del trabajo y de una cierta diferenciación de las técnicas), sino a agravarse; b) el planteado por la eliminación de las desigualdades del desarrollo en las condiciones del socialismo". (Obr. cit. p. 38).

También Bettelheim estima que entre dos países que tengan en una indunstria la misma composición orgánica del capital y distintos salarios o igual unos y otros, los intercambios están entonces deteminados por la ley del valor tal y como actúa en el marco del capitalismo. En el primer caso, estaría Japón respecto de estados Unidos, en la industria electrónica, siderúrgica y automovilista, con productividades hombre-hora muy similares, por lo cual Japón, en 1985, tuvo más de 30.000 millones de dólares de superávit en su comercio exterior con Estados Unidos, ya que hay costos diferenciales a causa de que el salario de un norteamericano es muy superior en la misma rama de industria que para un japonés. Esta situación, tendría que determinar medidas proteccionistas antijaponesas en Estados Unidos o rebaja de aranceles en el Japón, para facilitar la entrada de mercancías norteamericanas en este país, o de multinacionales estadounidenses en Japón, a fin de obtener ganancias en ese país para equilibrar la balanza de intercambio comercial entre el yen y el dólar.

En el segundo caso, de composición orgánica del capital y de nivel de salarios muy similares se hallarían Europa y Estados Unidos, más concretamente Alemania occidental y USA. Por consiguiente, las balanzas comerciales entre los dos países tenderían al equilibrio sin producirse intercambio desigual, que es la regla entre los países industrializados y los subdesarrollados. En consecuencia, la unión supranacional entre países del mismo nivel de desarrollo económico y tecnológico sería fácil, pero muy difícil, sin hacer grandes compensaciones económicas entre un país atrasado y otro avanzado. Esta situación es válida, no sólo para países capitalistas de

desarrollo desigual, como México y Estados Unidos, por ejemplo, teniendo la misma frontera, como entre China y la Unión Soviética. En ambos casos, la creación de una sola nación mexicano-norteamericana o chino-soviética supondría reducir mucho la renta por habitante de un norteamericano rico y subir la de mexicano pobre, así como la de un soviético avanzado y la de un chino subdesarrollado.

Sólo un federalismo supranacional y en igualdad de condiciones para todas las naciones integradas en él, como lo proponía Miguel Bakunin, en su libro Federalismo y socialismo, resolvería, sin crisis ni guerras, la unión federativa de los pueblos del mundo. Por el contrario, el capitalismo de las multinacionales agrava las luchas entre las naciones ricas y pobres, conduciendo así a la tercera guerra mundial. Ello sucedería así si el mundo no es federado en un solo país teniendo como basamento socio-económico el socialismo libertario, las federaciones autogestionarias universales de producción y de servicios, único medio de planificar con libertad la economía mundial, borrando los desarrollos desiguales económicos y tecnológicos de país a país, de continente a continente y de hombre a hombre.

CAPITULO IX

CIBERNETICA, CAPITALISMO Y SOCIALISMO

Automatización del trabajo + Autogestión = Socialismo libertario

Al ritmo actual de crecimiento de la población humana, el mundo necesita 41 para duplicarla. América Latina, con 2,6% de aumento anual demográfico, duplica sus habitantes, aproximadamente, en 30 años pero sus riquezas, bienes y servicios, se incrementan lentamente. En investigación científica y educación, Latinoamérica emplea más de medio siglo para duplicar sus gastos, contra 5 años Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña; sólo dos años Japón y China continental; Norteamérica multiplica por dos, cada diez años, su número de ingenieros; Japón y China lo hacen más rápidamente; pues ambos tratan de acelerar el tiempo histórico, para entrar en la civilización industrial desarrollada. Entretanto, América Latina permanece congelada en una sociedad semi-feudal: (latifundios) y en una industria pre-capitalista (minifundio industrial), que no alcanzará la gran empresa sin integración económica regional de los países latinoamericanos, formando una gran potencia continental en el siglo XXI.

El milagro Japonés fue producto de la revolución científico-tecnológica producida, en principio, por la contratación de unos 15.000 científicos y sabios extranjeros; la adquisición de patentes extranjeras que dieron al Japón una industria y técnicas modernas, utilizando en beneficio propio el bajo precio de su mano de obra, que le dió un margen formidable de competencia comercial internacional, si bien ahora los salarios japoneses tienden a subir a nivel de Europa; pero contando con una poderosa industria, con una elevada productividad por horas de trabajo.

Una vez colocada la industria japonesa a nivel de productividad y de competencia internacionales, las Universidades y las Escuelas Técnicas duplican sus gastos en poco más de 2 años, lo cual aporta a la industria miles de ingenieros, científicos, especialistas, investigadores que tienen colocación asegurada. Así la educación y la ocupación se complementan armónicamente. En cambio América Latina ha perdido una buena parte de sus investigadores, ingenieros y técnicos que se van a Estados Unidos, principalmente porque en sus países de origen no tienen trabajo por falta de una gran industria que les dé ocupación sostenida.

Según datos de la UNESCO, desde 1949 a 1961 emigraron a Estados Unidos, procedentes de otros países, 43.500 científicos e ingenieros a un promedio anual de 3.500; supone una "importación de materia gris" de incalculable valor; u$s 1.300 millones se habrían necesitado para formarlos en el extranjero; lo que se apropió, gratuitamente, Estados Unidos. Entre 1957 y 1961, procedentes de Latinoamérica llegarón 1.560 ingenieros, 213 químicos, 21 físicos, 47 biólogos. Ello supone una descapitalización intelectual para los veinte países latinoamericanos. ¿De qué sirve la exportación de capital norteamericano en inversiones directas, si, paralelamente, Estados Unidos hace importación de científicos de Latinoamérica, dejando a todo un continente descapitalizado en inteligencia? La industria moderna no podrá establecerse en América Latina importando capital monopólico y exportando científicos y técnicos, que debieran dirigir su industria diversificada y equipada con máquinas modernas de elevada productividad para que se compita ventajosamente en el mercado internacional.

Japón, luego de su "boom" industrial, comenzó a importar menos patentes extranjeras, ahorrando capital intelectual con la producción propia de cientos de miles de científicos e ingenieros, que van trabajando en equipos, conduciendo las industrias e innovando nuevas patentes, para economizar miles de millones de dólares en pago de "rayalities" por el uso de métodos, patentes y procedimientos de fabricación importados. Es *la gran industria* la que estimula la innovación; pues sólo se inventa lo que es necesario; lo que solicita o necesita una industria pujante en acelerada expansión.

Una industria expansiva, implantada en el mercado mundial puede amortiguar las tendencias depresivas nacionales creando empresas multinacionales, emporio de riqueza para un imperio mercantil, como en el caso de Estados Unidos, si bien el lento deterioro del dólar como patrón de valor universal es la otra carta de la crisis latente de la economía estadounidense. Sin sus empresas multinacionales, hace tiempo que Estados Unidos habría entrado en una profunda crisis económica; pero la baja de la tasa de ganancia, dentro de sus fronteras, es compensada con la obtención de tasas altas de ganancia, fuera de ellas: en Europa y en países afro-asiáticos y latinoamericanos, donde las corporaciónes norteamericanas tiene muchas filiales o subsidiarias, obteniendo buenos beneficios girados a su metrópolis.

Los gigantes industriales, con su enorme masa de capital registrado en

sus activos, constituyen un imperialismo industrial, financiero y comercial, propio de un capitalismo desarrollado, basado en la gran propiedad anónima antesala del socialismo, (si el obrero crea una economía autogestionaria). Sin ello se crearía un totalitarismo económico (que genera la sociedad de consumo), que no evitaría una gran crisis económica y tecnológica, lo cual constituye el leitmotiv para el socialismo de autogestión, siempre que el consejo autocrático de la sociedad anónima capitalista sea subtituido por un Consejo Obrero Autogestor de Empresa; y la asamblea de accionistas, por la asamblea de productores directos, eligiendo, por voto directo y secreto, a sus consejeros autogestores rotatorios y renovables, para evitar así que la burguesía sea subtituída por la burocracia o la tecnocracia, como sucede en países de capitalismo de Estado que se dicen, pomposamente, "países socialistas", pero que no superan un mal capitalismo de Estado totalitario.

Un país con grandes empresas industriales, tiene una gran ventaja en materia social tecnológica, económica y política, para realizar la autogestión, a partir del gran capital socializado. Pues sustituyendo el Consejo de Administración de la S. A. por el Consejo Autogestor Obrero de Empresa, altamente desarrollada, no se encuentra muchas dificultades o contradicciones para pasar del capitalismo concentrado a la democracia directa autogestionaria. En este orden de ideas, es más facil instaurar el socialismo, donde está desarrollado el capitalismo, que en un país económica y tecnológicamente subdesarrollado.

Marx decía que el capitalismo se supera por exceso de riqueza y no por defecto de ella, la escasez justifica la propiedad privada, determina el racionamiento por salarios en "países socialistas", tan diferenciales en ellos, que crea nuevas clases sociales por medio de la distribución económica desigual. Si bien estas condiciones no son fatalistas, es posible que no sea tan fácil entrar en la democracia directa autogestionaria en un país subdesarrollado como en un país industrializado, luego de haber abolido la propiedad privada de la tierra y del capital. El "socialismo estatista", burocrático, en el Este, quizá sea también consecuencia del subdesarrollo económico, cultural y tecnológico heredado de un capitalismo atrasado, cuando el Poder político y económico de la burguesía fué liquidado, pero sustituído por la dictadura burocrática stalinista, en la URSS.

En Estados Unidos, las grandes corporaciones industriales están creando un "nuevo proletariado": millones de científicos, investigadores, especialistas, técnicos y obreros altamente calificados; todos ellos productores de plusvalía tendrán que ponerse de acuerdo, para sustituir un modo privado de producción trabajando autogestionariamente en empresas integradas por cadenas de fábricas y millares de obreros y técnicos. El proletariado del Oeste tiene tantas diferencias de ingreso con su burguesía como entre la "Nomenklatura" y los obreros de los países del Este. Y es que ahora la producción industrial va unida a la investigación, al obrero científico que pide no aumento de salario sino la autogestión de la empresa agrícola industrial o de servicios, en

la nueva economía de propiedad social autogestionada, donde los hombres son más iguales que en el capitalismo privado o de Estado.

La ciencia moderna, que ha pasado de ser especulativa en las universidades a factor inmediato de producción en las grandes empresas, dotadas de mejores laboratorios que las universidades, une la investigación, la educación de los trabajadores, el capital y el trabajo, asociados en una empresa de todos: la empresa autogestionaria que supere el asalariado y el proletariado esclavizado por el capital privado o de Estado.

El *nuevo proletariado* es un producto de la sociedad capitalista desarrollada, de la cibernetización de la producción, el desarrollo universitario, los progresos de la electrónica, la energía nuclear, la mecanización de la agricultura, la automatización del trabajo mental y manual, la informática, la robótica y las máquinas de control por ordenadores electrónicos.

En 1964, los ingenieros, técnicos y peritos ocupados en la industria de transformación representaban 26% en Estados Unidos, 23% en Inglaterra y Alemania y 23,6% en Francia. En 1960, la industria norteamericana ocupaba a 649.000 ingenieros y 594.000 técnicos. En investigación científica, EE.UU. empleaba a 277.000 ingenieros y científicos de los cuales 52.600 en la industria electrotécnica, 60.400 en aeronaútica y misiles cósmicos y 43.400 en las industrias química y de tratamiento del petróleo. En 1985, los investigadores en I+D a tiempo completo eran 762.400 en USA, 143.627 Alemania, 473.296 Japón, 102.250 Francia y 63.759 Italia, lo cual demuestra el desarrollo desigual tecnológico de país a país industrializado.

La tecnificación de las economías ha transformado el *viejo proletariado,* si no en su contenido pero si en su forma. Hoy el obrero tiende a ser científico, ingeniero, técnico, en grandes sectores de la industria, donde el trabajo material tiene menos demanda, cada día que el trabajo técnico, base de la mayor tasa de productividad y por tanto de la riqueza de un país adelantado.

Una encuesta en 1962 sobre el paro obrero en 1.000 empresas norteamericanas, demostró que 2 de cada 3 obreros desocupados eran trabajadores sin calificación, que los lleva al ejército de parados la automatización del trabajo con la cefalización de las máquinas.

Según un examen selectivo del Centro de Investigaciones de Michigan, (EE.UU), correspondiente a 1952, los padres de los oficinistas eran en un 39%, obreros; pero los ingenieros, peritos y especialistas, en un 36% procedían de familias obreras. En Inglaterra, en 1947, un 58,3% de los aficinistas y un 54,8% de las oficinistas procedían de la clase obrera.

Los empleados que, a comienzos del siglo XX, procedían, casi todos, de la burguesía y pequeña burguesía, se han desclasado de sus orígenes con el advenimiento de la gran industria proletarizante. Hacia 1900 el salario de un empleado, en Estados Unidos, era casi doble que el de un obrero; hace 30 años lo sobrepasaba en un 30%; en 1971, el salario de un burócrata administrativo era inferior al de un obrero.

A medida que *avanza la productividad* del obrero, el agricultor y el inge-

niero, aumenta la tasa de población ocupada en las ramas de servicios de las economías nacionales: 31,6 y 69% respectivamente, entre 1920 y 1983, en Estados Unidos; 36,5% y 63,7% en Inglaterra; 23,3% y 54% en Francia; 21,6% y 56% en Japón; 19,5% y 52% en Italia. El capitalismo acrecienta la población improductiva ocupada, respecto de la empleada en producción concreta, para mantener una cierta escasez económica a fin de que dure el *poder económico* de las clases altas y el modo de producción capitalista (ya inapropiado para la automatización del trabajo) y la elevada productividad que requiere el socialismo.

El igualitarismo avanza histórica y económicamente en el Occidente capitalista. En París, hacia 1914, el salario de un ingeniero era de 4 a 6 veces mayor que el de un obrero; 3 veces más en 1951. En 1959, el salario de un ingeniero norteamericano, perito o especialista, sólo superaba el salario de un obrero en un 22%; en Alemania occidental sólo ganaba un 25% más un técnico o un ingeniero que un obrero. Ello supone que, en los lugares de producción las clases tienden a diluirse con la desaparición de la vieja división del trabajo en manual e intelectual que sólo superaría el socialismo.

Como en la URSS y las "repúblicas populares", un tecnócrata gana más que un obrero, cabe preguntarse paradójicamente: ¿dónde vendrá antes el socialismo, en Oriente o en Occidente? En el Oeste, las Universidades fabrican el "nuevo proletariado" de la sociedad tecnológica, que al multiplicarse tiende a igualarse en ingresos personales; en el Este, producen tecnócratas y burócratas: ¿sustitutos de la burguesíad? ¡Qué ironía histórica!: ¿qué pasará en el año 2000 y comienzos del siglo XXI cuando los ingenieros, técnicos y especialistas sean mayoría laboral en las empresas. ¿Necesitarán patrón o socialismo de autogestión para conducirlas directamennte sin burguesías ni burocracias?

Es previsible, pues, que en un futuro no muy lejano de la humanidad, desaparezcan las profesiones y las clases sociales antagónicas, cuando a la revolución política, social y económica, vaya unida, inmediatamente, la revolución cultural, científica y tecnológica, en virtud de lo cual todos los hombres lleguen a ser iguales, porque no sean desiguales en educación científica, cultural y tecnológica. De esta manera habremos superado la vieja universidad feudal, burguesa y burocrática, que hacía de la posesión de títulos algo parecido a los títulos nobiliarios para mandar o consumir sin producir nada. La última desigualdad, según lo que sucede en la Rusia burocrática, no es la desigualdad económica, sino la de educación o del saber, en virtud de la cual los tecnócratas y burócratas heredan el Poder de las viejas clases dominantes. Por eso, un socialismo libetario de autogestión, debe hacer la revolución social y la cultural al mismo tiempo, para superar las clases antagónicas.

EL CAMBIO TECNOLOGICO

Vivimos en una época de *revolución tecnológica constante*. Hasta comien-

zos del siglo XIX, el hombre se servía de su fuerza muscular y de la de los animales domésticos usando poca energía hidraúlica, cólica y térmica. El esclavismo y la servidumbre, en el mundo antiguo y el medieval y hasta 1864 en USA, se debieron a escasez de fuerzas productivas. Por ejemplo, en Atenas había 4 o 5 esclavos por un hombre libre, pero porque no se disponía de energía mecánica como en nuestra época de producción con fuerte consumo de ésta.

Un obrero de la mayor productividad puede rendir por unos instantes 1/4 de caballo de vapor (H. P.), o sea el equivalente de trabajo de un esclavo mecánico, la misma fuerza productiva que un esclavo del mundo antiguo. En Estados Unidos hay más de 200 esclavos mecánicos por obrero. ¿Pensaría con tal cantidad de fuerzas productivas, volver alguien a la esclavitud del mundo antiguo o a la abolida por Abraham Lincol, en 1864?

La *esclavitud*, la *sevidumbre*, el *asalariado* están determinados históricamente por el menor o mayor desarrollo de las fuerzas productivas que crean, a su vez, determinadas relaciones sociales, políticas y jurídicas. Ningún régimen de producción puede ir más allá de su volumen de producción en la distribución: no se puede distribuir más de lo que se pueda producir, aunque algunos ilusos del excesivo gasto público han ido económicamente más allá de lo que las fuerzas productivas permiten consumir. Esta aberración económica se paga con inflación, caos financieros y monetario, y un colosal incremento de la deuda pública interna, como sucede en muchos países administrados por las clases medias social-demócratas, demo-cristianas, neo-liberales o falsamente democráticas.

La *verdadera riqueza* no se expresa por la mayor o menor cantidad de dinero poseído o atersorado, sino más bien por el grado de productividad del trabajo humano, que varía enormemente de país a país, según la ley de desarrollo económico y tecnológico desigual entre las naciones. Por ejemplo, hacia los primeros años de posguerra, Estados unidos contaba con 83 HP por obrero, Inglaterra 35, Belgica 23 y Francia 15. Tal potencia productiva mecánica desigual determina (con mayor o menor consumo de carbón, electricidad y petróleo por obrero) distintos niveles de productividad del trabajo en la agricultura y la industria. Ello fija márgenes desiguales de competencia mercantil en el comercio mundial de país a país y de continente a continente industrializado o subdesarrollado, como entre USA y América Latina: la primera rica; la segunda pobre, tan sólo porque una tiene avance científico tecnológico y otra, no.

No hay países pobres o ricos, como condición natural, sino a causa de diferentes niveles de progreso tecnológico y cultural, en razón del mayor o menor progreso tecnológico y cultural, en razón del mayor o menor desarrollo de las fuerzas productivas.

América Latina, por ejemplo, quizá posee más riquezas naturales y más espacio geográfico útil que Norteamérica (Canadá incluída). Ahora bien, en

1960, América del Norte consumía, anualmente 976.500 millones de kilowatios-hora, contra 50.900 millones América del Sur.

La verdad es que una sociedad latinoamericana estancada, donde la tierra está en forma de latifundios extensivos o minifundios de subsistencia y la industria en un periodo semi-artesanal (en comparación con la industria moderna) no necesita muchos investigadores, científicos, ingenieros y especialistas, que no absorbe anualmente una economía subdesarrollada. Por consiguiente, el atraso tecnológico y cultural determinaría el subdesarrollo económico. Y yendo, pues, de causa a efecto, habría que comenzar por la realización de una profunda reforma estructural socio-económica en América Latina, para producir un cambio revolucionario en la educación y la investigación, de tal suerte que sea reforzado el cerebro humano con cerebros electrónicos, creando así una época faústica de abundancia, maravillosa, libertaria.

Mientras la economía latinoamericana sea latifundista en el campo y semiartesanal en las ciudades, miles de ingenieros, investigadores científicos y especialistas se irán desde Latinoamérica a Norteamerica, lo cual agravaría más el subdesarrollo cultural, económico y tecnológico de aquélla.

Las Universidades y Escuelas Técnicas de América Latina, salvo raras excepciones, están equipadas con un material científico obsoleto y, en consecuencia, con esa infraestructura atrasada, hasta los mejores profesores latinoamericanos son peores que los peores de Norteamerica. En esta época astronaútica, cibernética y atómica, si estas materias no se enseñan y si las industrias no las aplican, los países que practiquen tal política se quedarán, en poco tiempo, neo-colonizados cultural y científicamente; y, por tanto, dependientes, política, diplomática y financieramente de los países industrializados.

Nuestro mundo avanza muy rápido: antes, entre el descubrimiento de un hecho científico y su aplicación industrial, mediaban muchos años El principio del motor eléctrico tuvo lugar en 1821 y su empleo industrial, en 1886. La reacción nuclear se descubrió en 1932; el reactor nuclear se fabricó en 1942; la bomba atómica se utilizó en 1945; las centrales atómicas eléctricas comenzaron a funcionar después de 1950. El transitor y la batería solar, respectivamente, se descubrieron en 1948 y 1953, comenzando su explotación industrial en 1951 y 1958. Así, pues, la ciencia se ha transformado en un factor inmediato de producción, ya que ha dejado de ser especulativa para convertirse en una gran potencia productiva, yendo de las universidades a las fábricas o más aún viceversa.

La ciencia se desarrolla aceleradamente: los países que se quedan atrasados en tecnología y ciencia, que no gastan suficiente en investigación, perderán su derecho a existir como pueblos independientes, ya que su soberanía política y su independencia económica serán aparentes más que reales.

Por encima de las ideologías obsoletas, que no han aprendido mucho de la revolución tecnológica de nuestro siglo, están los hechos determinantes de

la historia. Si los países de la Europa central, vinculados al COMECON, a la esfera del rublo, no llegan a la automatización en muchas de sus industrias claves, y crean tantas patentes y nuevos productos como otros países del Oeste, quedarán atrasados económica y tecnológicamente, lo cual podría hacer que la URSS pierda la guerra económica y tecnológica y la guerra caliente antes de hacerla militarmente, como ya le está sucediendo con USA a propósito de la "guerra de las galaxias".

Estamos en un período singularmente revolucionario, tanto que en el devenir dialéctico, la historia les juega la ironía a muchos convirtiéndolos en contrarrevolucionarios, aun cuando ellos se crean revolucionarios en su auto-alineación política, en su idealismo semántico. Quienes encuentran contradicciones y no las resuelven por medio de la acción concreta, limitándose a cambiarles el nombre, para resolverlas en el lenguaje alienado, no tienen derecho a llamarse dirigetes, ni políticos modernos, sino simples fabricantes de ilusiones sociales y políticas, ya actúen en el Este o en el Oeste, como burócratas totalitarios o como burócratas seudo-democráticos, fetichizando el Estado-providencia.

Los "estudiantes sublevados" de Europa occidental, en su mayor parte son hijos de la burguesía o de la pequeña burguesía; pero han pedido una reforma revolucionaria en la educación, una descolonización financiera, sin los Estados Unidos, y la unidad del capital, el trabajo y la técnica en empresas autogestionarias, sin capitalismo de Estado (Este) ni capitalismo de monopolios (Oeste). Mientras en 1968 los estudiantes se insurreccionaban en la calle, los comunistas con De Gaulle hacían economismo y oportunismo, política reformista, porque De Gaulle era preferido por la URSS, ya que éste sacó a Francia del comité militar de la OTAN y renovó en 1946, en Moscu, el pacto franco-soviético contra Alemania.

De Gaulle, dándose cuenta de la situación, despidió a su primer ministro, que era burgués clásico, nombrando a otro, que estaría dispuesto a llevar a los técnicos y los obreros a los comités de empresa, para ganar así población favorable. El gaullismo no era típicamente burgués, como se pretendía presentarlo, ya que era atacado por la burguesía liberal. De Gaulle se dió cuenta de que para acceder a la energía nuclear necesitaba contar con más de 50.000 sabios, investigadores, científicos y técnicos, pagados por el Estado. De esta manera, el Estado-nación utilizaba la producción realizada por sus trabajadores como poder estratégico.

Para ser un *Estado poderoso,* el Estado francés compra, invierte,exporta, planifica, fabrica armas; ya no es un Estado especificamente burgués, sino un *Estado en transición*, más en poder de la burocracia que de la burguesía. El 32% de la mano de obra y más del 40% de las inversiones las hace, en Francia, el Estado. Paradójicamente se diría que muchas cosas han cambiado: ¿dónde está la derecha o la izquierda en Francia, si ambas tienen el mismo culto al Estado-providencia.

En Europa occidental, particularmente en los países donde han goberna-

do o gobiernan los socialistas de cátedra, los social-demócratas y los demócratas-cristianos y keynesianos, el *Estado-providencia*(inversor, comerciante, empresario, que absorbe la mitad del producto interno bruto (PIB) en forma de impuestos, empréstitos, cuotas de la seguridad social y otras gavelas), se ha convertido en un Poder por encima de la Sociedad, en la primera y más grande de todas las empresas; pero regida, principalmente, por la burocracia y la tecnocracia que se dice de izquierda, aunque es una *burguesía burocrática* y una clase improductiva.

El Estado-providencia, a diferencia de las empresas capitalistas basadas en la inmediatez de la ganancia, es, sin embargo, la única empresa capaz de producir con pérdida en sus numerosas empresas nacionalizadas, ya que cubre estas pérdidas tomando dinero en forma de empréstitos, acumulando así una montaña de deuda pública o, cuando esto no le basta, emite papel-moneda insolvente que provoca la inflación permanente. Y todo ello para subsidiar paro obrero, apoyar los precios altos de los productos agrícolas excedentes a condición de cultivar menos áreas sembradas, enjugar el déficit de las empresas nacionalizadas, establecer precios políticos de toda clase, cubrir el déficit del presupuesto del Estado-protector y pagar los sueldos de una nutrida burocracia, las compras de armamentos y los supersueldos de los ejecutivos de las empresas nacionalizadas, madrigueras de la nueva burguesía burocrática. Esta burguesía de Estado (que ha hecho de los partidos políticos laboristas, social-demócratas y socialistas, su empresa política), adulan al pueblo con un lenguaje de izquierda, pero luego viven a la derecha como grandes burgueses, hay que denunciarla y echarla del Poder igual que a la vieja burguesía, pues ambas viven de la plusvalía.

EL MILAGRO DE LA PRODUCTIVIDAD

El mayor logro de la revolución científico-tecnológica ha sido el aumento de la productividad del trabajo, en función del creciente incremento de *energía mecánica*, del maquinismo generalizado, que ha permitido ahorrar personal en actividades primarias y en artesanía, para ser tranferido a la industria y los servicios.

En Alemania, por ejemplo, entre 1878 y 1880, el rendimiento de centeno y trigo por hectarárea se acrecentó más del 200% y cerca del 300% en las patatas. Así las cosas, luego de un desarrollo ininterrumpido de la producción agrícola en Alemania quedaba, en 1983, el 5,6% de la fuerza laboral en el agro, pero produciendo más productos agropecuarios por año que cuando el 70 al 80% de la población germana estaba en el campo, al final de las guerras napoleónicas.

En Estados Unidos, el aumento de la productividad del trabajo ha sido más significativo que en cualquier otro país: un 3,3% de incremento anual entre 1909 y 1939. En esas condiciones, la producción se triplicó en el curso de esos 30 años,elevando así con ello la moneda norteamericana a patrón de

valor universal, más que por mero aumento de sus reservas de oro. Después de la segunda guerra mundial la productividad se incrementó, aproximadamente, en un 3,6%, como máximo, y en un 0,7% como mínimo. Ello ha permitido a los Estados Unidos una posición dirigente, casi dominante, de la economía mundial, hasta llegar a representar más de un tercio de la riqueza del mundo.

EVOLUCION DE LA PRODUCTIVIDAD EN ESTADOS UNIDOS
(Energía humana, animal y mecánica)

Años	Hombres como % de fuerzas productivas	Animales como % de energía productiva	Maquinas como % de energía productiva	Artículos producidos por hora
1850.....	15	79	6	27
1900.....	10	52	38	56
1930.....	4	12	84	82
1960.....	3	1	96	161

FUENTE: Cuadro compuesto por el autor en base a datos tomados de "Mesure of Nation". New York. Twentieth Century Fund, 1949.

Así, pues, durante poco más de un siglo cambió significativamente la estructura porcentual de las fuerzas productivas de Estados Unidos: el aporte de las fuerza humana declinó del 15% al 3% y la energía animal del 79% al 1%, en beneficio de la energía mecánica (máquinas) que pasó del 6% al 96%. Así las cosas, en USA, en 1850, con tan escasa energía mecánica disponible, se mantenía la esclavitud en los algodonales, los cultivos de caña, el tabaco y otras faenas agrícolas. Ahora tiene estados Unidos más de 4.000.000 de tractores y más de 1.000.000 de cosechadoras mecanizadas, que redujeron a cero la utilización de la energía animal, base de la vieja agricultura reduciendo, a su vez, la fuerza laboral en el campo, en 1983, a sólo el 3,5% del total de su población activa.

El aumento de la productividad en el campo ha sido mayor que en la industria, en los países de gran desarrollo tecnológico. Así, en el curso del siglo XX y hasta 1983,el empleo agrícola ha quedado, como decíamos, en el 5,6% en Alemania, el 8% Australia, el 5,5% canadá, el 8,5% Dinamarca, el 8% Francia, el 9,3% Japón, el 18% España, el 12% Italia, el 7,5% Noruega, el 5,4% Suecia, el 7,1% Suiza, el 5,1% Holanda, el 3% Bélgica, el 3,5% Estados Unidos y el 2,7% en Inglaterra. Hasta finales del siglo XIX,casi el 60 al 70% de la población europea estaba en el campo, pero con la mecanización de los trabajos del campo —luego de la segunda guerra mundial— grandes masas de población rural han ido quedando libres y se han trasladado a las ciudades. Es esta la mas rápida revolución tecnológica de todos los tiempos con el desplazamiento de millones de seres humanos desde la agricultura ha-

cia la industria y los servicios,desde el campo a la ciudad. Por tanto el gran desarrollo de las fuerzas productivas ha hecho la revolución más profunda, en cierto modo, del siglo XX. Todo ello ha sido posible con la mecanización de la agricultura, comenzada a principios del siglo XX, pero acelerada luego de la terminación de la segunda guerra mundial.

El *"éxodo rural" hacia las ciudades* ha sido posible por la aplicación del maquinismo a la agricultura, que ha multiplicado varias veces la productividad por hombre respecto del cultivo con el arado romano, la herramienta simple y la tracción animal. Por otra parte,el empleo de abonos, insecticidas, semillas mejoradas, riego por goteo y aspersión, más otros adelantos en la agricultura, ha volcado, en gran parte, la población del campo en las ciudades-megápolis. En este sentido, desde la siega de una hectárea a golpe de hoz hasta la moderna cosechadora, la productividad del trabajo en el campo ha aumentado prodigiosamente, como puede apreciarse en el cuadro siguiente:

EVOLUCION DE LA PRODUCTIVIDAD
PARA SEGAR UNA HAS. DE TRIGO

Años	Hombres necesarios para segar y atar una has. de trigo	Aumento de la productividad en %
1750 (con la hoz)	40 a 50	
1830 (con la guadaña)	25 a 30	
1870 (con guadañadora)	8 a10	500%
1905 (con sosechadora)	1 a 2	
1950(cosechadora trilladora)	menos de 1 hombre	1.000%

FUENTE: Cuadro compuesto por el autor en base a datos extraídos de un estudio de Henri Brousse, inserto en la "Revista Economique", septiembre de 1953.

Sobre el creciente incremento de la productividad agrícola vale la pena subrayar que aumentó más del 100% en estados Unidos, entre 1930 y 1955, pero más del 300% para cosechar cereales. Tanto que, en preguerra, los norteamericanos exportaban menos trigo que Argentina; pero luego de terminar la segunda guerra mundial, han estado en condiciones de exportar por año más de 20 millones de toneladas de trigo, o sea, unas seis o siete veces más que en el período de 1938-39.

El incremento de la productividad ha hecho durar al capitalismo: en 60 años del siglo XIX,la productividad de un tejedor inglés se multiplicó por 12 veces, pudiendo así rebajar la semana de trabajo de 70 a 48 horas. Sin embargo, una sociedad socialista de autogestión habría aumentado bastante más la productividad por hombre-hora sin crisis económicas ni guerras, in-

herentes al modo capitalista de producción, que no es definitivo en la historia.

1850/1960: AUMENTO DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL
(1913 = 100)

Años	Mundo	EE.UU.	Alemania	Inglaterra	Francia	URSS
1850	6	2	7	22	15	–
1860	7	3	10	25	18	–
1869	12	6	14	35	29	–
1880	20	13	22	48	39	–
1890	32	26	35	61	47	–
1900	51	42	62	73	63	–
1913	100	100	100	100	100	100
1920	102	133	57	91	51	30
1929	148	165	129	100	105	160
1950	275	372	125	135	140	1500
1956	360	472	240	160	210	3020
1957	380	480	250	165	225	3300
1960 (a)	450	550	300	200	250	3800

FUENTE: *L'evolution des prix depuis cent ans*, por Alfred Marc. Press Universitaires de France. París, 1958 a) estimaciones provisionales.

El *malthusianismo económico* queda desmentido por la elocuencia de las cifras: la producción industrial del mundo aumentó, entre 1850 y 1960, de una a 75 veces más, mientras que la población mundial habría pasado de 1 a 2,5 veces. El caso más extraordinario fue el de Estados Unidos que, desde 1913 a 1960,aumentó su producción industrial 4,5 veces más, en función de un consumo masivo de energía mecánica: petróleo, carbón y electricidad. La Unión Soviética incrementó su producción industrial 38 veces más en 1960 respecto de 1913, pero ello se debería a que, prácticamente, no tenía industria en 1913. En adelante, a la URSS le será más difícil duplicar su producción en 10 años a medida que aumenta su producción industrial: es fácil duplicar esta producción cuando se tiene poca y difícil, cuando se tiene mucha, su multiplicación se hace así más lentamente.

El mundo ha progresado aceleradamente desde 1850 a 1960: el *volumen del comercio mundial* se incrementó 8 veces más, desde 1850 a 1900; y 1 a 1,7 veces más entre 1900 y 1913. El ciclo de la máquina de vapor, como base de la industrialización, concierne al período de 1850 a 1890; el de 1900 a 1920, abarca el petróleo y la electricidad; el motor eléctrico, el motor de explosión, la turbina hidraúlica y el gas impulsan la industrialización en base a un intenso maquinismo. En 1949 comenzó otro siclo industrial: la automatización de la producción; las máquinas por control numérico y la energía nuclear. Se diría que el átomo y la cibernética son medios para una sociedad autogoberna-

da; de producción en masa; de automatización del trabajo; de mecanización intensiva de la agricultura; de elevada productividad del trabajo; autogestionaria y libertaria; o se autodestruirá en las guerras, las luchas de clases, las crisis económicas y el caos de la contaminación ambiental.

Pero como el capitalismo occidental y el capitalismo de Estado oriental, principalmente Europa occidental, USA y Japón, por un lado, y la URSS y su bloque, por el otro, no asimilan la revolución cinetífico-tecnológica sin crisis (¿o sin guerras?); dialécticamente el capitalismo, burgués o burocrático plantea así un grave dilema en los finales del siglo XX: paz con socialismo libertario o guerra con el capitalismo. De modo que —ética y socialmente— sería un bien recurrir a la violencia revolucionaria para sustituirlo por un federalismo universal basado en una economía mundial autogestionaria.

Si para luchar por la paz, por el derecho al trabajo para todos, por superar las crisis económicas, por abolir la lucha de clases, por suprimir los privilegios y la injusticia, por establecer la igualdad, la libertad y los derechos fundamentales del hombre, por expropiar a la burguesía la propiedad del capital y convertirlo en bien social, hay que recurrir a la *violencia revolucionaria,* bien venida sea ésta: si ha de acabar, por fin, con la mentira,el privilegio, la opresión, la corrupción, la explotación, el despotismo y lo inhumano. No hay que ser pasivo cuando hay que ser activo para ser hombre y dignificar a la persona humana; pues ser pasivo, lo degrada moral y socialmente a la condición servil.

TECNOLOGIA Y PRODUCTIVIDAD

Sobre 1908 = 100 (a precios reales en tiempo de trabajo de un peón de campo), en Francia, evolucionaron, hasta 1951/55, en la forma siguiente: el trigo y el centeno valían un 68% menos, la cebada 70% menos, el maíz 67% menos, las papas 66% menos, el kilogramo de carne de vaca 56% menos, el kilogramo de carne de cerdo 79% menos, las lentejas 75% menos, el tabaco 32% menos. Sin embargo, en términos monetarios, luego de la segunda guerra mundial, hasta 1958, los precios habían subido, astronómicamente, en Francia. ¡Qué paradoja del capitalismo no superar la inflación monetaria costando cada año menos horas los bienes producidos!

Cuando una moneda es extremadamente inflacionaria hace subir los precios en dinero, aunque en razón del aumento de la productividad bajen los precios reales en horas y minutos necesarios para producir una cosa, un bien o un servicio. Por ejemplo, un automóvil "Renault" costaba, en la década de 1950/60 alrededor de 3000 horas-obrero, en Francia, mientras que un coche "Wolkswagen" se compraba con un equivalente de 2.500 horas-obrero, en Alemania. Un kilogramo de carbón se paga, aproximadamente, con 6 minutos de trabajo no calificado en Francia, contra 4 minutos en Alemania y quizá mucho menos en Estados Unidos. En la década 1960/70, en las minas de carbón de la Comunidad Económica Europea el rendimiento por hombre-

hora alcanzaba a una media de 2.400 kilogramos, contra más del doble en Estados Unidos. Así las cosas se cierran minas en Europa porque resulta más barato importar carbón norteamericano que producirlo en las minas europeas. Al contrario, Estados Unidos importa acero, aunque hay desocupación en la industria siderúrgica norteamericana, por el hecho de que el acero crudo japonés es más barato que el acero norteamericano de igual calidad. Como en acero la *productividad*, para las grandes industrias siderúrgicas, sería muy similar por hora-obrero en Japón y en USA, resulta que un japonés, ganando menos que un obrero siderúrgico norteamericano, crea así una competencia favorable para el Japón en el mercado norteamericano y también en Europa.

En el precio real del trigo francés (estimado en precios corrientes divididos por el salario de un peón de campo) evidencia que la baja real del costo de producción del trigo se debería a una mayor productividad por obrero-hora y por aumento del rendimiento de quintales de cereal por hectárea. Por ejemplo, en 1908-12, el rendimiento de trigo por hectárea era en Francia, 13 quintales, contra 21 en 1955 y muy cerca de 64 quintales, en 1984. La productividad del trabajo rural en Francia fue prodigiosa: su agricultura batió "records" de producción, si bien la agricultura de Holanda y Alemania occidental aun consiguen mayores rendimientos por hombre y hectárea, gracias a la mecanización y empleo masivo de fertilizantes químicos. En cambio, por falta de mecanización del trabajo rural, de fertilizantes, de insecticidas, de eletrificación, la Argentina, con abundancia de buenas tierras en la Pampa húmeda, sólo producía menos de 15 quintales de trigo por hectárea, aunque podría alcanzar los rendimientos europeos aplicando, intensamente, la revolución científico-tecnológica a su agricultura.

Sin aumento de la productividad del trabajo humano, no por más efuerzo muscular, sino por mejores técnicas de producción, el progreso humano se estanca y, como aumenta la población, particularmente en los países afro-asiáticos y latinoamericanos, todo tiempo futuro podría ser peor y no mejor, aunque se crea que no es así por pura fe en él, ya que el progreso continuado, la productividad ascendente, depende no de la fe en el progreso, sino de aplicar intensivamente la ciencia y la técnica al trabajo emancipado del esfuerzo muscular.

Pero el capitalismo no puede permitirse el lujo de incrementar la productividad del trabajo, si, al mismo tiempo, no aumenta la tasa de población improductiva: burocracia supernumeraria del Estado; empleados en la gerencia de las empresas; empleados en el comercio, la industria y la banca; gente improductiva de todo tipo que consume y no produce.

Bajo el signo de la *revolución científico-tecnológica,* el capitalismo ha durado gracias al acrecentamiento de la productividad del trabajo asalariado, al aumento de la tasa de *plusvalía relativa* (produciendo cada vez más en menos tiempo de trabajo), lo cual ha permitido el advenimiento del *Estado-providencia*, propio de las doctrinas reformistas de la social-democracia, de los demo-cristianos y del "socialismo de terciopelo".

La *democracia burguesa*, propia de los países industrializados tiene su basamento económico, en el creciente aumento de la productividad del trabajo:

AUMENTO DE LA PRODUCTIVIDAD EN TRES PAISES
(Tasa de crecimiento en %)

Períodos	Francia	Estados Unidos	Gran Bretaña
1949 – 1963	3,5	2,3	1,2
1913 – 1949	1,1	2,0	1,1
1913 – 1963	1,8	2,1	1,1
1979 – 1986	2,2	0,7	2,4

FUENTE: Estadísticas originarias, principalmente, de Estados Unidos y Gran Bretaña. Cuadro inserto en *Abrége de la croissance francaise*, p. 124. Editions du Seuil. París, 1973. Varios autores. Obsérvese que la productividad en USA declina al 0,7% por causa del desmedido aumento de "terciarios" en servicios, donde no aumenta la productividad.

Pero el *gran salto hacia adelante de la productividad del trabajo* se ha hecho después de la segunda guerra mundial mediante la revolución científico-tecnológica asociada a los ordenadores, las máquinas por control numérico, la cefalización de las máquinas y de cadenas de producción automatizada o semi-automatizada. Esta *nueva revolución industrial* ha sido, en cierto modo, la "edad de oro" del capitalismo, el derroche de la "sociedad de consumo"; como aspecto negativo, la explosión de la población en Africa, Asia y América Latina y la contaminación ambiental en los países industrializados con decrecimiento de su población y su degradación por la droga, el alcohol y el aumento desmedido de la desocupación paralela al incremento de la productividad.

Y es que la productividad, si bien hace durar al capitalismo mientras va aumentando la riqueza, porque hay *plusvalía* para derrochar en armamentos, en pagar una deuda pública multimillonaria, en subsidios a las empresas deficitarias nacionalizadas y a millones de trabajadores en paro y a los agricultores para que siembren menos para no financiar productos excedentes, de modo que el *Estado-protector* trate de contrarrestar las tendencias depresivas de la economía capitalista. Ello a condición de no resolver la *crisis*, sino de diferirla, acumularla y enrollarla en forma de bola de nieve hasta... que sea tan grande que para resolverla no basten medidas bancarias, impositivas, crediticias, monetarias, sino hacer, en profundidad, un cambio de sistema económico, político y social que no podría ser otro más que una economía autogestionaria, libertaria, donde prevalezca el interés general sobre el particular con la equidad, la libertad y la igualdad.

Se está derrochando la productividad creciente del trabajo asalariado para consumir imprudentemente, en forma de *rentas parasitarias* o de *gastos*

improductivos del Estado burgués o burocrático, el capital necesario para aumentar la inversión en investigación y desarrollo (I + D). Sólo así se puede liberar al músculo obrero por la máquina automatizada en una sociedad autogestionaria, donde no haya desocupación de trabajadores por la sencilla razón de que todos, sin distinción de clases, tendrán que ser productivos, sin burocracias ni burguesías, sin tecnocracias, menos las personas jubiladas, los jóvenes y niños a cargo antes de ser útiles para el trabajo social productivo en edad adulta.

En la economía capitalista, contradictoriamente, cuando aumenta la productividad del trabajo asalariado disminuye, concomitantemente, el nivel de *ocupación de trabajadores* por dos razones fundamentales: 1) una parte bastante grande de la plusvalía es disipada por los capitalistas y el Estado burgués en gastos improductivos que restan capital para mantener la inversión a nivel de la plena ocupación; 2) a medida que se incrementa la productividad del trabajo no desciende la jornada en horas trabajadas, a fin de que haya trabajo para todos.

Por tanto, bajo el capitalismo privado hay desocupación de trabajadores, por causa de sus contradicciones económicas y sociales, y bajo el capitalismo de Estado, hay relativa plena ocupación, pero pagando salarios muy bajos, trabajando en la fábrica-cuartel, a fin de que la plusvalía de Estado sea, también, disipada improductivamente por la burocracia totalitaria dominante.

A la corta o la larga, ni el capitalismo convencional ni el capitalismo de Estado pueden asimilar la revolución científico-tecnológica sin que estallen sus *contradicciones: crisis de sobre-producción relativa* (Oeste) o *crisis de subproducción* (Este). En el primer caso, como consecuencia de que no todos pueden consumir lo mismo, y *sobra* lo que no consumen los obreros desocupados, las clases económicamente débiles, que constituyen el *mercado más grande de todos* y están sumergidas económica y políticamente. En el segundo caso, la crisis de subproducción es inherente al capitalismo de Estado, donde la producción se estanca por falta de progreso económico y tecnológico, porque un mercado autogestionario no actuá como autoregulador de la producción, el consumo, la distribución y el cambio, ajustando la economía a las necesidades de la *demanda nacional e internacional*, mediante el incremento de la *productividad* y de la *competitividad*, que no logra un sanedrín económico de planificación centralizada.

Una economía, sea socialista o capitalista, en el sentido de como se las define hoy en el Este y el Oeste, no pueden superar las contradicciones inmanentes a una *economía antagónica*, de oposición entre el capital privado o de Estado y el trabajo asalariado.

En cambio, una *economía autogestionaria* luego de resolver las contradicciones de la economía capitalista convencional o estatista, tendría que acumular más capital que las economías antagónicas, a fin de asimilar, mejor que cada una de éstas, la revolución científica-tecnológica, en base a un creciente aumento de la inversión en investigación y desarrollo (I + D). Sólo así

se puede acrecentar indefinidamente la productividad del trabajo libre, asociado con sus medios de producción en una empresa autogestionaria, hasta que en razón de una gran automatización de la producción el valor-trabajo descienda hacia cero, quedando como lo más concreto de la economía, no el valor venal o de cambio, sino el valor de uso, la abundancia de bienes y servicios, lo cual supera la economía mercantil de intereses antagónicos. Al *coincidir el valor de cambio o valor-trabajo con el valor de uso,* sin mercantilismo de ninguna clase se habría creado la base socio-económica y técnica del comunismo libertario. Y eso no es una utopía sino una realidad, posible para el hombre liberado si él se coloca en el centro del proceso económico, político y social, autogestionando todo: sin burocracias, sin burguesías, sin tecnocracias.

CIENCIA Y TRABAJO ASOCIADO

El progreso científico alcanzado en los países capitalistas industrializados y en los del socialismo burocrático, con ser mucho en esta época de cambio tecnológico rápido, todavía es insuficiente a causa de que el *trabajo asalariado* no participa, ni poco ni mucho, en la gentión de las empresas dirigidas por burgueses, burócratas o tecnócratas interesados —como clases dominantes— en separar el trabajo manual del trabajo técnico e intelectual y al obrero asalariado de la gestión directa de las empresas, mediante la perpetuación de la propiedad privada o estatal de ellas. Así las cosas, nunca podría ser emancipado el obrero y el hombre desalienado de sus condicionamientos socio-económicos, de sus contradicciones inherentes a un sistema injusto de producción, consumo, cambio y circulación de las riquezas. *Para desalienar al hombre asalariado*, dependiente del empresario privado o del Estado, no basta con cambiar la forma de propiedad privada por la propiedad estatal; hay que instaurar la propiedad social de los medios de producción y de cambio; hay que superar la *vieja división del trabajo* entre los que mandan y los que obedecen, entre los que saben y los que no saben; hay que llevar la ciencia, la técnica, la información y la formación intelectual a los lugares de producción; pero sin que unos sean ignorantes, como obreros, y otros, científicos o técnicos, como "ejecutivos", "managers", "directores", "técnócratas" o miembros elegidos de la "Nomenklatura"; pues mientras esto perdure el obrero asalariado será tan ignorante y explotado con capitalismo occidental (privado) como con capitalismo de Estado (oriental o de modelo soviético).

En este orden de ideas, tenía razón Kropotkin cuando decía: "¡Abajo los privilegiados de la educación, lo mismo que los del nacimiento!". Luego añade: "Una sociedad que se haya apoderado de toda la riqueza social y proclamado que *todos* tienen derecho a ella —cualquiera que fuese (la participación) que en crearla hubieran tomado antes—, se verá obligada a abandonar toda idea de asalariamiento, sea en moneda, sea en bonos de trabajo, bajo

cualquier forma que se presente". Seguidamente —prosigue Kropotkin—, aclarando los sofismas del socialismo burocrático:

"A cada uno según sus obras", dicen los colectivistas (o marxistas), o en otros términos, según su parte de servicios prestados a la sociedad. ¡Y este principio se recomienda para ponerse en práctica cuando la revolución haya puesto en común los instrumentos de trabajo y todo lo necesario para la producción!.

"Pues bien; si la revolución social tuviese la desgracia de proclamar este principio, sería imposible el desarrollo de la humanidad; sería abandonar sin resolverlo, el inmenso problema social que nos han legado los siglos anteriores.

"En efecto en una sociedad como la nuestra, donde vemos que cuando más trabaja un hombre, menos se le retribuye, este principio puede parecer, de pronto, como una aspiración a la justicia.

"Pero, en el fondo, no es más que la consagración de las injusticias del pasado. Por este principio empezó el asalariamiento, para venir a parar a las odiosas desigualdades y abominaciones de la sociedad actual. Porque desde el día en que se comenzaron a valorar, en moneda o en cualquier otra especie de salario, los servicios prestados; desde el día en que se dijo que cada uno sólo tendría lo que consiguiera hacerse pagar por sus obras, estaba escrito de antemano, encerrada en germen de este principio, toda la historia de la sociedad capitalista con la ayuda del Estado" (1).

En nuestra época, las clases sociales, más que definirse según la sociología marxiana, residen en sus contenidos de desigualdad económica, en sus diferencias de ingresos, o si unos pertenecen al trabajo intelectual y otros, al manual, particularmente en la Unión Soviética, donde la sociología marxiana no puede explicar las *nuevas clases*, precisamente porque los dirigentes soviéticos se llaman marxistas ¿No es paradójico todo esto? Y ello sucede porque en la Rusia soviética no hay socialismo, sino capitalismo de Estado, surgido de la diferencia entre trabajo manual e intelectual, entre dirigentes y dirigidos, a causa de que la propiedad estatal no supera al hombre escindido en clases antagónicas. En este orden de ideas, es la "Nomenklatura" soviética una especie de "burguesía roja" que, en cuanto a explotar el trabajo asalariado y mantener privilegios,no es mejor que la burguesía de otros tiempos.

Si una revolución social y económica no es completada concomitantemente por una revolución cultural, científica y tecnológica para todos los hombres, a fin de superar la diferencia entre el trabajo manual e intelectual, todo parecerá haber cambiado, pero todo seguirá igual en cuanto a la vieja división social del trabajo en el seno de cada empresa, igual que antes, como está sucediendo en los países de modelo soviético burocrático. Un *modo de producción y distribución*, basado en la política despótica del *poder* de clase y en la economía de tener unos lo que se quita a otros, mediante el siste-

1 Kropotkin, P. La conquista del pan

ma del salario y la plusvalía, no puede, en realidad, rebasar el capitalismo, ya sea bajo forma de empresas privadas o de empresas estatalizadas: de capitalismo privado (Oeste) y de capitalismo de Estado (Este). Por otra parte, si el *saber* siempre ha de tener el *poder*, aunque sea abolida la propiedad privada, el hombre asalariado estará alienado por el capital separado del trabajo. Por consiguiente, el hombre será desalienado en una democracia directa como Autopoder, que supere al Estado de clase, en lo político, y que instaure una economía autogestionaria, en la cual el trabajo se asocie con sus medios de producción, no controlados por ningún Estado-patrón, ni por burguesías, ni burocracias, ni tecnocracias.

Ahora bien, este proyecto de *desalienación del hombre* no debe ser bella utopía, sino una realidad posible, no para un futuro lejano, sino factible en nuestra época cibernética, astronáutica, nuclear y, lo más importante de todo, autogestionaria: sin la cual todo progreso puede, por los antagonismos existentes entre las naciones y las clases, malograrse en guerras y luchas sociales devastadoras: un futuro así no sería mejor para la humanidad. En este orden de ideas, una *economía autogestionaria* en una sociedad libertaria, que garantice iguales derechos y deberes para todos los hombres, tiene que constituir un tiempo histórico de mayor acumulación de capital que con la burguesía o la burocracia, a fin de que el tiempo de trabajo de los productores libres vaya disminuyendo a medida que va aumentando su productividad del trabajo autogestionado y tecnificado.

La sociedad libertaria —autogestionaria, basadas en la democracia asociativa sin explotadores ni explotados— tiene que desarrollar más rápidamente la revolución científico-tecnológica, llevando la ciencia y la técnica a los lugares de trabajo, de modo que todos lleguen a tener las mismas oportunidades, la misma posibilidad de conocimientos científicos y técnicos, salvo, naturalmente, el don natural del genio, ese raro cerebro que pocos hombres poseen.

Pero, a medida que la ciencia y la técnica se introducen en las grandes empresas, en los servicios sociales y públicos, en las sociedades de ingeniería e investigación, los grandes descubrimientos científicos se van haciendo más asociativos que individuales. Así, por ejemplo, el proyecto "Spútnik" soviético, para alcanzar el espacio extraterrestre necesitó reunir a más de 7.000 especialistas, investigadores, técnicos, diseñadores y científicos, uniendo todos los conocimientos para poder llevarlo a feliz término. El proyecto norteamericano "Apolo", igualmente, asoció los conocimientos de muchos científicos y especialistas técnicos de todo tipo, uniendo el cerebro humano al ordenador electrónico, a fin de alcanzar la Luna y abrir el camino cósmico hacia los planetas del sistema solar.

En ciencia y técnica, la innovación, la investigación, son proyectos de muchos sabios, científicos y técnicos, y no del trabajo solitario de un solo investigador. Justamente porque la ciencia y la técnica no son especulativas, como en otros tiempos, sino factores muy importantes e inmediatos de producción

en las empresas modernas, donde se tiende a la automatización del trabajo manual e intelectual, haciendo en ellas más investigación que en las Universidades; separadas de la práctica, del trabajo y de la industria son así más ideológicas que lógicas, más especulativas que prácticas, más repetitivas de conocimientos que innovadoras de patentes y nuevos conocimientos, mientras la ciencia y la tecnica estén separadas del trabajo en las empresas.

Pero mientras la ciencia y la técnica estén alienadas, el *poder*, el *dinero*, el *Estado* y el *capital* como instrumentos de dominación del pueblo trabajador, los científicos, técnicos e investigadores, estarán alienados; no serán dueños de sus descubrimientos científicos; trabajaran así para las burguesías imperialistas o las burocracias hegemonistas; su ciencia y su técnica así no liberarán a la humanidad, sino que la depauperarán y la destruiran por medio de la guerra nuclear, que es una espada de Damocles sobre todo el género humano. Hay, pues, que *desalienar* a los científicos y a los obreros, al mismo tiempo, uniendo la ciencia y el trabajo con sus medios de investigación y producción, a fin de que prevaleza la paz y no la guerra, para que todo tiempo futuro sea mejor y no peor.

Si los científicos y técnicos, los investigadores de toda clase o especialidad, dependen de los consejos de administracion de las grandes empresas capitalistas o de la burocracias totalitarias, en igual medida que dependen los obreros de esos poderes de clase alienados, todo tiempo futuro pudiera ser peor que el presente a causa de que los científicos y técnicos se consideran tecno-burocracia servil del capital privado o de Estado, contribuyendo así a la explotación y opresión de los obreros, creadores de la producción concreta sin la cual el hombre no tendría satisfechas sus necesidades materiales.

Hay, pues, que vincular la base económica laboral de la sociedad con los trabajadores de la investigación científica, asociando el capital productivo y el capital intelectivo como un todo único, sin burocracias totalitarias(Este) ni burguesías opresoras y explotadoras (Oeste). Así el trabajo, la técnica, el capital, la ciencia y la información electrónica, no separadas de los lugares de producción sino uniédose en ellos, puedan constituir el *Autogobierno* de la producción, o la auto-administración, sin lo cual todo socialismo prometido nunca será realizado.

En una sociedad autogestionaria o de democracia directa, la práctica económica y los laboratorios de investigación, dentro de las empresas, han de proponerse crear la sociedad sin clases antagónicas, mediante el *trabajo homogéneo*, no dividido en manual e intelectual como viene sucediendo desde hace siglos. Una democracia asociativa, libre de explotadores y opresores, tiene que ser ácrata, auto-administrada, a fin de que los gastos improductivos del Estado (burgués o burocrático y las rentas parasitarias de la burguesía o de la burocracia) vuelvan a la sociedad, a los trabajadores que las han creado. De esta manera, invirtiendo esa *plusvalía* robada a los trabajadores, la humanidad progresaría más en un año que bajo el Estado burgués o burocrático en un quinquenio.

Para superar la *sociedad de clases antagónicas* hay que abolir el Estado caro y malo, opresor y explotador, integrando la ciencia, la técnica, el capital y el trabajo, sin que quede ninguna clase dominante, sino el hombre desalienado, dueño de su destino, de sus medios de producción y de cambio, de sus empresas autogestionarias, para hacer posible todos los proyectos humanos y el más grande de todos los proyectos: poner la riqueza en común al servicio del hombre como especie liberada y no sólo como clase; puesto que la liberación de clase, bajo forma de dictadura del proletariado, ha creado nuevas formas de dominación sobre el proletariado. Así, pues, la emancipación de los trabajadores asalariados sólo es posible mediante la *democracia directa* (autogobierno) y la *democracia asociativa* (empresas autogestionarias, cooperativas, mutuales o empresas de interés social).

Es hora ya de desmistificar la falsa liberación del pueblo trabajador mediante "revoluciones sociales" en que se cambia a los opresores y explotadores en el Poder, quedando siempre como masa pasiva asalariada los trabajadores, ya se trate bajo el *gobierno de la democracia burguesa* (régimen parlamentario o representativo), o bajo el *socialismo administrativo*, de modelo soviético, donde la "Nomenklatura" sustituye en el Poder a la burguesía, quedando los obreros tan asalariados y dominados como bajo la vieja burguesía.

Hay que desmistificar, tambien, la ciencia y la técnica que, unidas al Estado, como antes lo estuvieran a la Iglesia, crean un pretendido saber general, una ciencia y técnicas alienadas en el Poder, todo lo cual indicaría que ese saber no es tan general, sino el instrumento particular de dominación de la burguesía o de la burocracia sobre el pueblo trabajador a quien se le habla de democracia, constantemente, pero, en los hechos, éste no participa en nada directamente.

El hecho de que los científicos estén subordinados, así como los tecnócratas, a la burguesía occidental o a la burocracia comunista oriental, indicaría que la ciencia y la técnica tienden a convertirse en ideologías de clases privilegiadas, a fin de embaucar al pueblo ignorante y seguir así explotándolo y oprimiéndolo. En este orden de ideas, la mitificación de la ciencia, el "saber absoluto de los ordenadores", sería un intento de suplantar con ellos el saber de los dioses o de sus intérpretes (los teólogos), en este caso seglares, pero no menos sacerdotes que los que llevan el hábito como tales. Así las cosas, la *tecno-burocracia*, tanto en Oriente como en Occidente, accedería al Poder como "nueva clase", adulando a los trabajadores para ello y criticando a la burguesía, a fin de servirse de una clase contra otra; pero, en fin de cuentas, para constituirse la tecno-burocracia en "Nomenklatura", al modo soviético, que no mejora el modelo burgués de la "Socieda de consumo" occidental.

ECONOMIA, TECNOLOGIA, IDEOLOGIA

A medida que avanza el progreso científico-tecnológico, como las universidades y las escuelas técnicas no están al alcance de todos los ciudadanos, de los trabajadores de la ciudad y del campo, se va creando una tecno-buro-

cracia que, con las características de una "nueva clase" —ya sea en el Este o en el Oeste—, se presenta como la "élite" del saber absoluto, de los *únicos* que saben de economía, de ciencia y tecnología, de *todo*, apareciendo el pueblo como un submundo de ignorancia que debe ser conducido por los sacerdotes de un saber esotérico al cual acceden unos pocos elegidos. En este orden de ideas, la ciencia física se hace un tanto metafísica, una ideología de la tecno-burocracia en el sentido de que el *saber* ha de tener el *poder* de conducción del pueblo ignaro, como los Dioses del Olimpo, en otros tiempos, ejercían su teocracia absoluta, decidiendo del destino de los hombres.

Los "managers" y "executives", en el dominio económico, y los "tecnócratas", "directores" e "investigadores", en el dominio científico-tecnológico, se presentan como la "clase superior" en beneficio de la cual han de realizarse todas las revoluciones (sociales, científicas, económicas y políticas), ya que ellos son los *únicos* que saben ordenar, planificar, predeterminar el orden de las cosas para una *Sociedad pasiva* por medio de un activo *Estado-providencia*. Así las cosas, la "revolución de los directores" como la entiende James Burnham —que fue notorio marxista-leninista-trotskista antes de convertirse al tecnocratismo—, sería muy similar en el Este y el Oeste; aunque con modalidades políticas diferentes: en un lado, bajo la forma de "dictadura del proletariado", pero que realmente lo es del Partido único, de los tecnócratas y burócratas; en el otro, bajo la forma de democracia parlamentaria y Estado-providencia. Y la verdad es que la diferencia de clases no es tanta entre un Olof Palme, que usó del Estado burocrático y recaudador de impuestos insoportables para el pobre pueblo, y la de Gorbachov, exponente máximo de la burocracia soviética. En los dos casos, es la *burocracia seudo-socialista o seudo-comunista* que están en el Poder en nombre del pueblo; pero realmente, contra él.

La tecno-burocracia, tanto en el Este como en el Oeste, es esencialmente burguesa en cuanto a la *distribución* de la renta nacional o social producida por el trabajo; pero se permite el lujo ideológico de hablar en socialista para el pueblo exigiendo la nacionalización de los medios de producción y de cambio, no su socialización autogestionaria, a fin de planificarlos, dirigirlos y de obtener una plusvalía de Estado que, en el fondo o por su contenido, no es diferente de la plusvalía extorsionada por el viejo burgués. Ahí, precisamente, reside el secreto de la ideología de la "Nomenklatura" soviética y de las burocracias políticas, económicas y tecnológicas occidentales.

El científico puro (separado del pueblo trabajador, encerrado o aislado en su laboratotio o Universidad) se comporta así como los Dioses Olimpo, precisamente porque la educación, la ciencia y la técnica son elitistas, o sea, un saber para tener poder *sobre* el pueblo ignaro.

Enfatuados los científicos con el saber de las computadoras se atreven a ser las nuevas pitonisas de Delfos; pero sucede que, como su saber es más *cuantitativo* que *cualitativo*, se equivocan en sus predicciones, dando la sensación que esta sociedad no sabe a donde va... con las armas nucleares, los

rayos láser, la guerra química y bacteriológica ¿No será porque los ideológos de la tecnocracia han creado una máquina para destruirse a sí mismos y al resto del mundo?. El hecho de que los descubrimientos del átomo (como bomba nuclear) conduzca a la guerra total, y de que la automatización del trabajo produzca paro tecnológico, indicaría que los tecnócratas son malos filósofos, políticos ignorantes y científicos parcelarios, especialistas que saben de lo suyo mucho y del resto de los conocimientos humanos, nada. Así, pues, en este sentido serían una especie de sabios burros, justamente porque se han aislado del pueblo, porque quieren hacer de su saber *su* poder como clase tecno-burocrática. Ello demostraría que *el pueblo será emancipado por sí mismo,* pero a condición de que a su revolución social, económica y política añada, inmediatamente, una revolución científico-tecnológica, cultural, de la información y de la educación, a fin de que los tecnócratas bajen de su Olimpo, ya se trate de Olof Palme o de Gorbachov. Pues sin participación directa del pueblo en su revolución no hay posibilidad de realizar su emancipación, sino únicamente sustituir en el *Poder de clase* a la burguesía por el de la "Nomenklatura" totalitaria.

En la época de la cibernética, de la automatización del trabajo manual e intelectual se da una gran paradoja socio-económica: la desocupación masiva de obreros industriales y de trabajadores del campo y la sobreocupación de funcionarios, empleados, burócratas, tecnócratas y "terciarios" de toda clase y tipo, particularmente en los países capitalistas industrializados dirigidos, política y parlamentariamente, por representantes de una clase media improductiva, en ascenso constante. Así las cosas, los gastos de los gobiernos y de seguridad social, respecto del producto interno bruto (PIB), subieron, desde 1960 a 1982, en la forma siguiente:

	1960	1982
Estados Unidos	27,8%	35,5%
Japón	20,7	34,8
Francia	32,1	51,9
C.E.E.	34,6	50,8

FUENTE: cuadro compuesto por el autor.

Quiere decir que el *Estado-providencia* se va apoderando del PIB, no para invertirlo retributivamente en obras públicas, contrucción de escuelas y universidades, autovías y carreteras, empresas de descontaminación ambiental, investigación científica de paz, sino en subsidiar a empresas nacionalizadas que funcionan a pérdida, compra de armamentos, gastos militares diversos, subsidios a desocupados, productos excedentes y a empresas privadas en déficit, sin contar otras *deseconomías* que, finalmente, van haciendo más grande y más irresoluble la crisis económica estructural de un capitalismo privado o de Estado, donde se han asociado, como una empresa de respon-

sabilidad limitada, la vieja burguesía y la tecno-burocracia: Rockfeller con Gorbachov, por medio de empresas mixtas en la URSS.

Frente a una economía de desperdicio de la riqueza creada por los trabajadores industriales y agrícolas, por los sectores productivos, el Estado-providencia quiere acudir a todas partes, como papá Noel, pero finalmente, quedará mal con todos: el *partido del descontento.* A este partido, precisamente, debe hacérsele conocer un programa de emancipación de los trabajadores, liberados de la vieja burguesía y de la tecno-burocracia, mediante la instauración de la *democracia directa* (autogobierno barato desburocratizado) y la economía autogestionaria (empresas gestionadas directamente por los trabajadores auto-organizados, liberados de la burguesía y de la burocracia).

Bajo el capitalismo tradicional o estatal, lo único que han ganado los trabajadores asalariados es la reducción de la jornada de trabajo, que antes era de "sol a sol", y ahora menos de 40 horas semanales en los países de gran productividad por hora hombre ocupado. En realidad los capitalistas no le han regalado nada a sus trabajadores asalariados, sino más bien a la tecnoburocracia que se ha ido multiplicando a medida que aumenta la productividad del trabajo agrícola e industrial como consecuencia del incremento de la productividad. Ello ha hecho posible el Estado-providencia que, en algunos países, ya está absorbiendo cerca del 70% del PIB, para pagar sus numerosos funcionarios, subsidios, subvenciones y gastos inproductivos, armamentos, etcétera.

Tales aberraciones económicas, funcionando como gran empresa a pérdida, fueron factibles con el Estado-benefector, cuyo modelo más logrado y burocratizado es el Estado sueco, creado por los socialistas tecnócratas y burócratas, por la clase media profesional y política, que gobierna a su capricho. Tanto que, en 1985, los salarios de los obreros suecos subieron cinco o seis veces menos que los de ministros, directores, asesores y altos funcionarios del gobierno social-demócrata que, en este caso, semánticamente es diferente, en cuanto a la forma, pero idéntico, en el contenido pequeño-burgués, con la "praxis" de la burguesía.

El Estado-protector, al modo sueco o de las "democracias occidentales", fue posible económicamente por el incremento constante de la productividad del trabajo que, por países, desde 1955 a 1962, aumentó en los porcentajes siguientes: Francia un promedio anual del 4%, Alemania Federal 3,1%, Bélgica 2,4%, Dinamarca 2,7%, Estados Unidos 1,8%, Italia 4,7%, Noruega 2,6%, Holanda 2,4%, y Gran Bretaña 1,7%. La tasa de acrecentamiento anual de la productividad en Japón fue de mayor tenor que en la CEE y en Estados Unidos durante el periodo indicado.

En este sentido, desocupando todos los años esos mismos porcentajes de obreros en los países indicados, se mantendría el mismo volumen de producción física con menos trabajadores. Así las cosas, el capitalismo tiene una economía de desperdicio. Y por trabajador, no viven mejor los obreros, vi-

ven peor; se ven privados, muchos de ellos, de su derecho al trabajo. Por tanto, el capitalismo debe ser sustituido por un socialismo libertario, que garantice el derecho al trabajo y al ocio, sin crisis económicas crónicas o cíclicas, en virtud de una economía autogestionaria: libertad y socialismo.

Para superar la economía del desperdicio de capital y de fuerza de trabajo sin crisis económicas y desocupación de trabajadores, sin burocracia supernumeraria y sin burguesía, ambas enquistadas en la plusvalía de capital privado o de Estado, hay que auto-organizar a la sociedad en empresas autogestionarias de propiedad social, superando definitivamente la propiedad privada y la propiedad estatal determinantes de la lucha de clases, de la explotación del hombre por el hombre.

Una *economía de interés social*, basada en poner la riqueza social en manos de los productores directos, en colocar el capital al servicio del trabajo asociado, no es una utopía en el siglo de la energía atómica, la austronáutica y la informática, sino una necesidad socio-económica para unificar el mundo a la escala planetaria, para crear una civilización universal, única que pueda evitar las guerras mundiales, o marginales, a fin de conquistar los espacios interplanetarios, con el hombre como especie y no como clase. Dado el enorme progreso tecnológico del hombre del siglo XX, ya a las puertas del siglo XXI, o se salva como especie, haciendo de la Tierra un solo país, una federación, o perece en las guerras mundiales provocadas por el imperialismo de las multinacionales del Oeste, chocando contra las multinacionales ideológicas del Este. El dilema del hombre de nuestra época es: salvarse como especie única o perecer dividido como clases antagónicas. Ello sería el gran fracaso del "homo sapiens", incapaz de asimilar su propio progreso sin caer en el retroceso de las guerras, de la desocupación de millones de trabajadores, de eternas huelgas entre el capital y el trabajo antagónicos. Tenemos que hacer posible el hombre universal, un hombre no desgarrado, no dividido irracionalmente en clases dominadas y dominantes. En este sentido, mientras el hombre liberado no tenga el poder del átomo pacífico en sus manos estaría creando una máquina infernal para destruirse a sí mismo, a menos que supere sus limitaciones de clase, de nacionalidad, de raza, de religión y los bloques militares rivales imperialistas o hegemónicos. Y es que la paz perpetua, y la fraternidad universal sólo son posibles en un socialismo libertario, federativo, autogestionario, capaz de desarrollar una civilización universal, fundamentada en la solidaridad, la igualdad, la libertad y la moralidad.

"PRAXIS" Y DESALIENACION

Mientras dure la lucha entre el capital y el trabajo, o como consecuencia de que la plusvalía producida la reparte, sin producirla, la burguesía o la burocracia usufructuaria del capitalismo de Estado, el proletariado tendrá que tener una "praxis" revolucionaria para lograr su liberación, su desalienación

de la dictadura del capital. En este sentido, si el proletariado es pasivo, reformista, obediente a la burocracia o a la burguesía, nunca se emancipará como clase oprimida, no jugando así el papel histórico de liberador de todas las clases como le había atribuído Marx, Engels, Bakunin y los grandes teóricos del socialismo del siglo XIX, que no eran tan utópicos.

En esta época del neo-capitalismo y del capitalismo de Estado, con la burguesía y las burocracias centralistas como clases dominantes, no hay partidos ni sindicatos revolucionarios del proletariado en la medida que éste es intrumento de políticas sofisticadas, falsas, tendientes a entrar en la "sociedad de consumo", en el Oeste y en el Este, para paralizar la revolución proletaria contra la burguesía imperialista y la burocracia estatista.

La "*praxis*" *revolucionaria* de los obreros, los estudiantes, los campesinos, las clases medias proletarizadas y los intelectuales revolucionarios, debe orientarse hacia formas de autodefensa guerrillera, comités de acción revolucionaria, comités de fábrica contra sindicatos institucionalizados o burocratizados, comités de barrios y de estudiantes, juntas campesinas en pro de la reforma agraria por la vía revolucionaria, organismos de base liberados del control de las "elites" partidarias o sindicales, a fin de que la *auto-organización del pueblo* dé como resultado la revolución social. La estrategia básica consiste en romper el equilibrio del sistema institucionalizado, tanto por las burguesías como por las burocracias, a fin de provocar la ruptura violenta, la lucha de clases conducente a la Revolución.

Los partidos *social-demócratas* son burgueses, los *partidos comunistas* se han burocratizado y entregado a la coexistencia con la burguesía, los sindicatos obreros se han *institucionalizados* haciendo de sus dirigentes buenos burócratas, no habiendo así organizaciones revolucionarias al servicio leal, sincero del proletariado. Si el pueblo aspira a su emancipación tiene que tomarla como obra de sí mismo, sin delegarla en socialistas aburguesados, en sindicalistas o comunistas burocratizados. Sólo la autoorganización revolucionaria de obreros, campesinos, estudiantes y clases oprimidas y explotadas, puede conducir a su desalienación, su liberación, mediante su acción revolucionaria. Sin esta "praxis", todo se quedaría en el limbo de la esperanza cristiana, en el paraíso prometido pero no alcanzado para los obreros, los campesinos, el pueblo trabajador y sus vanguardia intelectual revolucionaria.

Hay que probar en la "praxis" la validez de una teoría revolucionaria, para salir del mundo aúlico de la *autoalienación*, de las ideologías que prometen la felicidad inalcanzable, de las organizaciones políticas y sindicales que frenan el proceso revolucionario, para que los dirigentes se hagan diputados, senadores, ministros o burócratas sindicales, bien rentados por la burguesía, a condición de dejarlo todo reducido a la firma de un contrato colectivo de trabajo, para que la burguesía suba lindamente los precios en el ascensor y los salarios por la escalera.

En la "praxis" se revela la realidad económica, el reparto desigual de la riqueza según los grupos privilegiados, la división del trabajo entre dirigentes y dirigidos, la *servidumbre* del obrero en su trabajo enajenado al capital priva-

do o de Estado. El hombre asalariado, en estas condiciones de injusticia social y dependencia de su personalidad, es un sujeto condicionado por el mundo de los objetos que él mismo ha fabricado (mercancías), productos de su trabajo, pero poseídos y enajenados por el propietario de los medios de producción, ya sea el burgués o el Estado-patrón.

Para liberar al hombre como especie, comenzando por su liberación como clase oprimida, como mayoría pasiva explotada por una minoría, hay que hacer una crítica despiadada de la política, de las ideologías vigentes, del consuelo religioso, a fin de preparar al hombre alienado para su liberación por medio de la acción conducida, racional y estratégicamente, a fin de alcanzar la victoria del pueblo contra los tiranos, sus opresores y explotadores, ya se trate de la *burguesía* o de la *burocracia.* Ambas, para no ser más engañado el proletariado con falsas políticas redentoras, deben ser combatidas en el mismo frente de lucha, no dejando que el capitalismo privado sea subtituído por el capitalismo de Estado, sino por la democracia directa de las masas populares, por el socialismo de autogestión.

El pueblo trabajador, abandonado a su propia suerte, debido a su bajo nivel político, cultural, científico y técnico, hace la historia, pero no sabe por qué ni para qué la hace. Por eso en necesario elevar a los trabajadores hasta la categoría de proletariado tecnológico mediante una gran revolución cultural, que no quede frenada como en Rusia por la burocracia dirigente, sino que sea llevada adelante, permanentemente, por los organismos de autoorganización, de autogestión, de democracia directa, único medio de superar la alienación del hombre. Pero para que la revolución cultural sea efectiva debe ir precedida por una gran revolución social que cambie de raíz la sociedad; que socialice al Estado; que ponga en manos de los productores directos (sin mediación burguesa o burocrática) el capital, la tierra, los medios de producción y de cambio, dentro de una estructura completa de socialismo de autogestión, sin lo cual es una utopía la desalienación del hombre asalariado.

"El hombre —afirma Bakunin— no se emancipa de la presión tiránica, que ejerce sobre cada cual la naturaleza exterior, más que por el trabajo colectivo; porque el trabajo individual, impotente y estéril, no podrá vencer nunca a la naturaleza". Pues añadiríamos nosotros, la revolución científico-tecnológica bajo el capitalismo privado o de Estado no se realiza en beneficio de los trabajadores, sino de las burguesías occidentales o de las burocracias orientales. Sólo un socialismo autogestionario, libertario, asimila la ciencia y la técnica sin crisis, en paz y libertad.

El hombre asalariado no tiene redención bajo la burguesía seudo-democrática o bajo la burocracia soviética totalitaria. El hombre será emancipado, todos los hombres sin distinción, cuando llegue a la convicción de que su liberación es colectiva y no individual, sin introducir el azar en su vida por medio de loterías, quinielas, etc... o querer para sí el favor de los dioses que éstos les tienen que quitar a otros, pues no se puede ser bueno con todos cuando existe de por medio la propiedad privada o estatal y no la propiedad social.

ENERGIA, PRODUCTIVIDAD Y SOCIALISMO

La energía mueve el mundo: su consumo y producción desigual, de país a país, determina, en cierto modo, la riqueza o la miseria, el atraso o el adelanto entre las naciones. Desde el año 1800, época en que comenzó a usarse la energía mecánica con la fuerza del vapor y el empleo del carbón mineral, la productividad del trabajo humano fue aumentando constantemente con la utilización de más y mejores máquinas de vapor, primero; eléctricas y de explosión, después; y finalmente, máquinas automatizadas cibernéticas. Esas tres étapas del progreso científico-tecnológico marcan las *tres revoluciones industriales que se han sucedido entre 1800 y 1950*, en cuyo ciclo largo, con el progresivo aumento de las riquezas, la población mundial pasó de 978 a 2.513 millones de habitantes y, entre 1950 y 1987, a unos 5.000 millones. Sin el acrecentamiento de la producción y el consumo de energía, la población del mundo habría quedado estancada a los niveles de recursos económicos escasos de las sociedades esclavistas y feudales.

La superpoblada *China*, en 1987 sin ser el primer productor mundial de carbón y un discreto productor de petróleo, no podría abastecer de energía su industria, agricultura y servicios para satisfacer las necesidades económicas de sus 1.060 millones de habitantes, en 1987, menos poderosos que los 242 millones de norteamericanos, porque éstos consumen 7278 kilogramos de petróleo equivalente por persona, contra 201 kilogramo aquéllos. Así las cosas, la fuerza muscular humana cuenta mucho en China, especialmente en la agricultura que ocupa, más o menos, el 70% de su población activa, mientras que en Estados Unidos sólo representa el 3% de la misma, pero produciendo varias veces más por agricultor que en el campo chino.

Brasil, casi tan grande geográficamente como Estados Unidos, tenía en 1985, aproximadamente, 21 veces menos producto interno bruto (PIB) que Estados Unidos, porque las máquinas y los trabajadores de Brasil consumían, en el proceso de producción, 10 veces menos energía mecánica que un norteamericano. Y en energía eléctrica, p.e. U.S.A., consumía 2 billones 472.000 millones de kwh en 1985; contra 423.429 millones kwh América Latina.

En este sentido, el atraso económico y tecnológico de América Latina respecto de Norteamérica se debería, en gran parte, a que aquélla consume 6 ó 7 veces menos energía que ésta, en cifras absolutas y mucho menos en energía por habitante. Uno de los grandes males de Latinoamérica consiste en que desutiliza el 90% de la energía de sus grandes ríos y, en vez de consumir, exporta la mayor parte de su petróleo (como en el caso de México, Ecuador y Venezuela) que fluye hacia los Estados Unidos. Si este petróleo fuera consumido en la industria, la agricultura, los servicios sociales y públicos y en usos domésticos, adicionando a ellos la energía eléctrica hidraúlica perdida, América Latina podría aspirar a un desarrollo económico y tecno-

lógico no inferior al de Europa occidental, Japón y Estados Unidos, constituyéndose así en una gran potencia del siglo XXI.

Estados Unidos es la potencia más rica del mundo, en gran parte, debido a que consume un cuarto, más o menos, de la energía mecánica mundial, aunque era mucho más rico, en 1950, cuando consumía el 50% de la energía del mundo en forma de carbón, gas, petróleo y electricidad.

Estos hechos, más que las políticas y las ideologías, han determinado los grandes cambios socio-económicos que se han operado en el mundo entre 1850 y la década de 1980-90. En el futuro inmediato, (con la energía atómica, las bio-técnologías, los robots, las máquinas de control numérico, los ordenadores de la cuarta y quinta generación, los nuevos materiales, la astronaútica y otros progresos) ya se perfilan las industrias del siglo XXI, de las cuales Japón y Estados Unidos ocupan los primeros puestos de vanguardia en otra gran revolución industrial científico-tecnológica.

Los modelos de desarrollo económico y tecnológico, privilegiando exclusivamente la *industria pesada* en detrimento de la *industria ligera*, como ha sucedido en la URSS, o con una industria pesada y ligera de tipo convencional, poco automatizada, como sucede en Europa occidental, si ambas no cambian rápidamente este modelo, se van a quedar atrasadas, no pudiendo competir suficientemente en el mercado mundial. Aumentaría así la desocupación de trabajadores, el déficit de las balanzas de comercio exterior, la falta de divisas de libre convertibilidad y, a la vez, irá disminuyendo la productividad del trabajo, lo que hará incrementar los costos del paro obrero y de la seguridad social. Una economía moderna, alcanzando ampliamente el nivel de automatización del trabajo manual y mental, mediante el empleo de máquinas cibernéticas, al finalizar el siglo XX y comenzar el siglo XXI, dejaría muy atrás, no sólo a los actuales países subdesarrollados, sino también a países de medio desarrollo de Europa, a menos que ésta no responda al reto tecnológico de Estados Unidos y de Japón.

La sociedad de la creciente productividad del trabajo exige la sustitución del músculo humano por esclavos mecánicos, de los cuales, por cada trabajador, ya disponía U.S.A. de 200, en la década de 1960-70. Así las cosas, el fertilizante químico ha sustituido al escaso abono orgánico, el tractor a muchos millones de mulas y saballos, la cosechadora mecánica a millones de sudorosos segadores, las máquinas industriales controladas por ordenadores a millones de trabajadores, pero multiplicando la productividad por trabajador ocupado restante.

Ahora bien, desde el punto de vista socio-político y económico es deseable que las máquinas automatizadas vayan liberando del trabajo penoso a los obreros, pero lo injusto es que todo este progreso prive del derecho al trabajo a quienes no tienen más que éste para subsistir. En este sentido, por una ironía diléctica, el progreso científico y tecnológico, mal usado social y económicamente, produce retroceso moral y social, paro tecnológico, porque el progreso no se desarrolla, política y socialmente, en beneficio de todos los

habitantes de un país y de todos los pueblos del mundo. Por tanto, el gran desafío de la sociedad contemporánea es poner en concordancia el progreso material con sus reformas sociales y económicas correspondientes, dentro de cada país, igualando las grandes diferencias económicas entre los países pobres y ricos del mundo, condonando deudas públicas externas impagables y haciendo fluir, sin condiciones neo-coloniales, los capitales excedentes de los países ricos hacia los países pobres. Sólo así habrá paz, libertad y prosperidad en el mundo.

Pero como el capitalismo no tiene una ética social, sino tiene como finalidad la inmediatez de la ganancia haciendo así un culto al Becerro de Oro, como sólo tiene su entendimiento donde está el dinero que produce dinero, es irreal pretender que las grandes potencias capitalistas ricas, acreedoras por valor de más de un billón de dólares a los países pobres, vayan a perdonarles esa deuda equivalente a la mitad, más o menos, de su producto bruto interno. En consecuencia, la crisis financiera del Tercer Mundo, donde adquieren la mayor parte de sus materias primas importadas, energía petrolera y gas y tienen sus inversiones directas estratégicas el Primer mundo (Europa occidental, USA y Japón), a corto o mediano plazo tiene que producir un gran desequilibrio de la economía mundial, contagiando así su crisis el Tercer Mundo al Primer Mundo, una crisis endosada por el gran capitalismo multinacional a aquél, pero de la cual no podrá librarse éste, ya que los fenómenos económicos se intercomunican por el sistema de vasos comunicantes. No puede haber prosperidad en una parte del mundo (países ricos) si va aumentando la miseria, la desocupación de trabajadores, la inflación, el endeudamiento y la fuga de capitales, en los países pobres.

Hemos adquirido demasiado progreso, elevada productividad del trabajo, automatización de grandes sectores de la producción, mecanización del trabajo agrícola, posibilitando todo ello una economía de abundancia, si no derrocharamos el gran excedente económico mundial en enormes gastos de guerra para una economía de paz, a fin de que siga habiendo escasez de bienes para que siga durando el capitalismo. Si se utilizaran sólamente el billón de dólares anuales, disipados en gastos de la defensa mundial, en mecanizar y electrificar la agricultura del Tercer Mundo, en menos de un quinquenio éste habría pasado de la escasez de alimentos a la abundancia de ellos borrando así la "geografía del hambre".

Pero con capitalismo (lo que supone especulación mercantil y financiera, apetito insatisfecho de ganancias, usura con los préstamos a intereses elevados, precios inflados ocultando plusvalías usurpadas al trabajo asalariado, con corrupción y privilegios, con lucha de clases y entre las naciones) no se puede aspirar a la paz perpetua soñada por Kant, sino más bien a la paz de los sepuleros de las guerras, mientras el capitalismo no sea transformado en socialismo libertario universal, que unifique el mundo en un sólo país, marchando hacia las estrellas y planetas del universo.

Pero esa civilización univerzal, fáustica, planetaria sólo será posible ha-

ciendo de nuestro mundo balkanizado un mundo federado, donde el socialismo de autogestión haga posible la autoliberación del hombre.

LA "FUGA" DE CEREBROS A USA

La riqueza de las naciones se diferenciaba, antes de la revolución industrial de las máquinas controladas por ordenadores, en la cantidad de producto interno bruto (PIB) diferente, pero ahora se diferencia más bien en el consumo de energía mecánica por habitante y en la cantidad de gasto en I + D (investigación y desarrollo). Así, por ejemplo, Estados Unidos se mantenía largamente por encima de los demás países en I + D con una inversión total, en 1985, de 110.700 millones de dólares por año, contra 39.500 Japón, 19.800 Alemania occidental, 14.500 Francia, 13.500 Gran Bretaña, 1.300 España (1984), 200 millones de dólares Portugal y, en total, *América Latina* sólo invierte el 0,3% de su PIB global, lo que en términos de cifras concretas supone que ésta hace menos inversión de millones de dólares en I + D que la conjunta hecha por General Electric y Lockheed.

Europa occidental, considerada como una región de gran desarrollo económico, según datos de la OCDE, tenía un déficit en su balanza tecnológica de 1.500 millones de dólares en 1979, que ascendió a 15.000 millones en 1987 y que llegaría, si no es integrada la ciencia y la investigación de los países europeos, a 30.000 millones en 1992. Ello, respecto de Estados Unidos y de Japón, significa caer a un nivel inferior a éstos países para alcanzar la revolución científico tecnológica: astronaútica, robótica, bioteenología, electrónica e informática, producción de nuevos materiales, industria aéreo-espacial, máquinas cibernéticas por control numérico, explotación de fondos marinos y de plataformas marítimas continentales, métodos de producción y lanzamiento de nuevas patentes. He ahí el gran desafío científico y tecnológico de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Los países que se queden atrasados, sin poder alcanzar la tercera revolución industrial, sean los del Oeste o los del Este, perderán niveles de competencia comercial internacional y capacidad de producir riqueza en cada vez menos tiempo de trabajo medio socialmente necesario para producir un bien o servicio y, por tanto, se empobrecerán económicamente.

Para poseer la ciencia y la tecnología, que perfile la industria y las economías en los umbrales delaño 2000, más que el mero capital bruto, la mano de obra poco calificada y las materias primas, *hace falta* "materia gris pensante", la más escasa de todas las materias. En este sentido, Estados Unidos, durante los ultimos 25 años, autorizó la entrada de 825.000 científicos extranjeros, de los cuales entraron, en 1985, unos 11.200. Así las cosas, con esta "fuga masiva de cerebros", Norteamérica se ha ahorrado entre 1949 y 1978 un capital de 15.000 millones de dólares invertidos en "savoir faire" (o know how), lo que hace de la industria norteamericana la más avanzada del mundo en su

aspecto civil y, sobre todo, en el militar con la iniciativa de defensa estratégica (IDE o "guerra de las galaxias").

No obstante, gracias a la "importación de materia gris pensante", este último país descubre más del 50% de las patentes industriales y se lleva la mayor parte de los premios Novel, muchos de ellos conseguidos por extranjeros residentes en USA.

Gran Bretaña, quizá por afinidad de idioma y de cultura con Estados Unidos, en 1986, el 24% de sus científicos estaban en el exterior e, increíblemente, de 84 académicos de la Royal Societiy, 83 residían en el extranjero, principalmente en U. S. A.

Pero el país que más se ha descapitalizado de "materia gris pensante" ha sido *México* que, entre 1982 y 1985 perdió unas 100.000 personas altamente calificadas que, huyendo de la crisis económica y financiera mexicana, se fueron a Estados Unidos en busca de mejores salarios y ocupación. En este orden de ideas, el subdesarrollo económico mexicano y, en general, de *América Latina*, con la "fuga de cerebros" se va convirtiendo también en subdesarrollo científico y cultural,cayendo así en una crisis más que económica y financiera. Sólo un nuevo régimen socio-económico libertario, con un federalismo latinoamericano, capaz de hacer y de mantener la unión de los países latinoamericanos en un sólo gran país, puede desafiar en progreso, cultura, bienestar y riqueza a Estados Unidos, cuyo mayor freno en el futuro será su capitalismo congelado, que debiera ser socialismo para poder progresar indefinidamente.

Estados Unidos se ha puesto a la cabeza del progreso científico y tecnológico mundial, porque en 1985 contaba con un ejército de investigadores a pleno tiempo. Ello explicaría que la balanza tecnológica exterior le diera a USA, en 1985, un saldo positivo de 8.486 millones de dólares, contra un déficit de 591 millones Alemania occidental y 247 millones de dólares Japón, pero España, con menor desarrollo científico, económico y tecnológico que estos países, pagó 461 millones de dólares. En ese sentido, y en los comiezos del siglo XXI, se estima que las grandes potencias industriales exportarían más tecnología que mercancías propiamente dichas.

La inversión en I + D, por consiguiente,es prioritaria a las inversiones brutas en tecnologías obsoletas. Ello constituiría la esencia del plan de reforma de la economía soviética en base a la creación de empresas mixtas soviético-occidentales, a fin de no endeudarse la URSS con préstamos, que aumentarían la bola de nieve de su ya crecida deuda externa. La "perestroika", en el fondo, considera que la lucha entre el Este y el Oeste no es ideológica o política, sino más bien económica y tecnológica, ya que el "socialismo en la miseria", con "colas" interminables de consumidores y con escaso volumen de comercio exterior, no funciona económica, social y políticamente.

Hay, pues, que progresar invirtiendo mucho capital en I + D, no por mero economisismo y tecnicismo deshumanizado, y contaminante o degradante de la calidad de vida, sino para elevar la calidad de vida en un medio am-

biente sano y ecológicamente equilibrado. En una época en que *consumimos unos 10.000 millones de toneladas de carbón equivalente por año*, 80% de ellas en combustibles fósiles contaminantes, para mejorar la calidad de vida hay que producir una energía nuclear limpia y abundante, ubícua, que libere el músculo humano por las máquinas automatizadas. Así se crearía una economía mundial de abundancia sin países pobres ni ricos, sin antagonismos sociales, sin crisis económicas, sin guerras mundiales o marginales, utilizando racionalmente los recursos humanos y naturales, estando en armonía la ecología, la economía y la ética, en una sociedad libertaria, en la cual ya podríamos estar viviendo, porque tenemos suficientes fuerzas productivas actualmente para convertir los ideales de los socialistas utópicos del siglo XIX en socialismo libertario real, en los finales y los comienzos de los siglos XX y XXI, a fin de que el hombre pueda asimilar su progreso sin autodestruirse en una guerra nuclear, haciendo que el átomo limpio nos proporcione la energía abundante que precisa la sociedad libertaria.

"ROBOTS" INDUSTRIALES Y SOCIALISMO

Vivimos en una época de cambio tecnológico rápido: la *cibernética*, definida por Nobert Wierner, apenas tiene poco más de cuarenta años durante los cuales se ha pasado de los ordenadores de primer grado a los de cuarto grado. Nuevos sectores de la industria han sido creados: cadenas automáticas de producción o semi-automáticas; máquinas de control numérico por calculadoras multiplican la productividad del trabajo, respecto de las máquinas simples, con robots industriales empleados en la construcción de maquinaria de punta, la informática, la fabricación de automóviles, los plásticos, los productos químicos, la energía nuclear y los trabajos penosos e insalubres. Y de ahí han surgido nuevas palabras como la *robótica*, o construcción de robots programables, y la *mecanotrónica* (sistema de producción comandados por ordenadores). A esas palabras, creadas por la civilización de las computadoras, habría que añadir la *telemática* que vincula al teléfono con el banco de datos, pudiendo así en el futuro pedir información a voluntad, el hombre informatizado: el cibernántropo.

Los robots de la primera generación, que sólo realizaban trabajos repetitivos, siendo incapaces de corregirse, han sido sustituidos por los de segunda generación, más perfeccionados que los primeros, si bien estos últimos lo serán por los de tercera generación, casi ya *androides*, capaces de vista, tacto y capacidad de movimiento, que serán la vanguardia de la revolución científico-tecnológica en un próximo futuro. Así, en cuanto el androide sea capaz de sentir, ver, reconocer, aprender y decidir constituirá una población de obreros muy productivos, pero que inducirían, con capitalismo, paro tecnológico en los obreros de carne y hueso. Todavía los robots, respecto de los

obreros humanos, son una población mundial reducida, un poco menor de 200.000, como puede apreciarse en el cuadro siguiente:

POBLACION MUNDIAL DE ROBOTS INDUSTRIALES: 1985

Países	Número de Robot
Bélgica	1.000 a)
Canadá	700 b)
Dinamarca	164
Finlandia	261
Francia	5.904
Alemania Occidental	8.800
Italia	4.000
Japón	70.000
Holanda	350 a)
España	675)
Suecia	3.100
Suiza	600
Gran Bretaña	3.208
Estados Unidos	20.000
Brasil	50 b)
India	20 b)
Corea	35 b)
Singapur	222

FUENTE: "STI" Revue. No. 2, septiembre 1987, p. 49. OCDE, París.
a) provisional; b) datos para 1983.

Sin embargo, lo más importante de este cuadro sobre la cantidad de robots en el mundo, no son las cifras en sí, sino más bien su número por cada 10.000 empleados de la industria manufacturera: 11 en Bélgica, 10 Alemania occidental, 31 Suecia, 7 Estados Unidos y Francia, 40 Japón y 0,1 en Brasil, lo cual significa que los robots industriales tienen muy poca representación en América Latina, cuya industria es tradicional, semi-artesanal, no apropiada por sus dimensiones para alcanzar la automatización del trabajo.

La robótica y la mecanotrónica, para su introducción en la industria moderna, requieren empresas y mercados grandes, siendo en este caso Brasil el país con más condiciones de los países latinoamericanos. A pesar de ello, todavía Brasil, el país más industrializado del Tercer Mundo, le falta mucho camino por andar para colocarse siquiera a nivel de automatización de la industria belga, holandesa o sueca.

Y es que *América Latina*, en su conjunto, está muy atrasada en desarrollo económico y tecnológico: exporta materias primas con poco insumo de información y valor añadido, mientras que *Japón*, por ejemplo, añade mu-

cho valor, tecnología e información a sus productos exportados. Ello explicaría, que a pesar de que Japón es 53 veces menor que Latinoamérica, tiene, un comercio exterior, en exportaciones, doble que ésta, justamente porque el desarrollo de la industria japonesa ha sido hacia afuera, al mercado mundial, mientras que la industria de los países latinoamericanos fue hacia dentro, limitada al estrecho marco demográfico y geográfico de los mercados nacionales, que impiden la creación de una gran industria informatizada, con un ancho mercado continental, constituído por 600 millones de consumidores latinoamericanos que serán en el año 2000.

Para llegar a la civilización científico-tecnológica avanzada, a la automatización de las máquinas por control numérico telecomandado por ordenadores, al empleo de los robots industriales, al dominio de la energía nuclear limpia y a la producción de sus equipos, a la astronaútica o la conquista espacial, *hay que invertir grandes sumas de capital en investigación y desarrollo* (I + D), ya que el trabajo más productivo, la productividad más elevada delmismo se logra con máquinas cada vez más automatizadas que generan paro obrero con capitalismo, pero no con socialismo científico libertario.

El tercer Mundo —en su conjunto, desgraciadamente— sólo invierte el 2,9% del gasto mundial en (I + D), más o menos el 0,36% de su producto interno bruto (PIB), de tal suerte que el 90% de los ingenieros, investigadores, técnicos, científicos, proyectistas, diseñadores y personal calificado está en Europa occidental, Japón y Norteamérica (no incluidos los países del Este en el referido porcentaje). En cuanto a *Latinoamérica, sólo invierte en (I + D) el 0,3% de su PIB, teniendo así que* pagar más de mil millones de dólares, anualmente, en concepto de patentes, tecnologías importadas ("know-how) por una industria indígena dependiente. Así las cosas, los países subdesarrollados, si quieren alcanzar a los países industrializados, tendrán que abandonar el capitalismo para avanzar, económica y tecnológicamente, con el socialismo libertario, más en 1 año que 5 con capitalismo.

Brasil, con una industria más desarrollada que cualquier país latinoamericano,ha tratado en materia de informática, de autoabastecer su mercado, siguiendo así el modelo japonés, pero Estados Unidos —sus grandes empresas como IBM y otras— ha presionado a Brasil en el sentido de acusarlo de prácticas proteccionistas contra la industria electrónica e informática estadounidense. Y como los brasileños dependen mucho del mercado del dólar para colocar sus grandes exportaciones de café, casi producto de monocultivo de la agricultura brasileña, les será muy difícil resistir las "presiones" norteamericanas de empresas como IBM, que controla más del 50% del mercado mundial de ordenadores e informática. Pero si el Brasil se une a la América Latina en un gran mercado continental entonces si será posible desafiar a USA económica y tecnológicamente.

Frente a estas situaciones (países subdesarrollados, con agricultura atrasada, industrias nacionales incompetitivas en el mercado mundial, situados fuera de la revolución científico-tecnológica secular, sobre todo hablando un

idioma común o similar como América Latina), habría que unificar los mercados, integrar las industrias supranacionalmente o continentalmente, para llegar a la civilización del Autopoder democrático y del saber informático, ante lo cual se abre la conquista espacial,llevando al cibernántropo como vanguardia del hombre universal, planetario, no parcelario. El futuro, pues, para Latinoamérica es constituirse en nacion-continente, ya que el pasado de países atrasados y balkanizados no supera el neo-colonialismo, el subdesarrollo, la pobreza y el anlfabetismo.

La civilización de los "robots", sin desocupación de trabajadores y con reeducida jornada de trabajo, tiene que ser socialista, pues con capitalismo ya no caben en él fuerzas productivas propias del socialismo.

LOS BANCOS DE DATOS

Los norteamericanos, gracias a su progreso en informática y telemática y a que son los mayores productores mundiales de "chips" o de semiconductores y circuitos integrados, se están constituyendo, con la creación de bancos de datos, en la "memoria colectiva del mundo". Así las cosas, los países que piden información y no la crean dependen, cada vez más, de los Estados Unidos estableciéndose así una especie de alienación por la información importada, un imperialismo científico en patentes de invención y en "know how" de la tercera revolución industrial.

En otra época el espionaje industrial o militar era hecho por personas muy avispadas o por mujeres fatales como Mata Hari, ejecutada por los franceses durante la guerra mundial de 1914-18 por haberse apoderado de secretos militares que transfirió a los alemanes. Actualmente, el límite entre el *espionaje industrial* y la información acumulada en bancos de datos tiene un ligero espacio entre lo que es legal y punible.

IBM, que vende el 60% de los ordenadores, recoge información de todo el mundo: sabe más lo que pasa en los países que los servicios secretos especiales. En este sentido, cabe recordar que la poderosa empresa multinacional Ford quería informatizar varios sectores de sus líneas de producción y de administración adquiriendo material cibernético de IBM. Hasta aquí no había ningún problema en comprarlo; pero el problema comenzó cuando a las máquinas cibernéticas ("hardware" o ferralla) IBM añadía, como venta completa, hacer los programas de los ordenadores ("software"), a lo cual se negó Ford por entender que tenía que abrirle todos los secretos de su información de empresa a IBM. Ante las posiciones intransigentes de las dos grandes empresas citadas no se pudo efectuar la transacción, ya que Ford quería programar, ella misma, los ordenadores de IBM, a fin de guardar sus secretos científicos, técnicos, mercantiles y financieros.

La *cibernética*, que ha sido una creación tecnológica y científica de los años inmediatos que sigieron a la segunda guerra mundial, representa ahora una de las ramas industriales más prósperas y desarrolladas: sólo IBM reali-

zó, en 1981, ventas por valor de 34.237 millones de dólares, más que el valor de todo el comercio de exportación de los países centroamericanos.

Paralelamente, a la producción de *máquinas cibernéticas* de mayor capacidad de memoria, ya que un pequeño circuito integrado de nuestra época es como un ordenador de válvulas de la primera generación, han ido fundándose, en los países más industrializados, bancos de datos: en 1984 había en el mundo 360 bancos de datos, de los cuales 70% pertenecían a Estados Unidos. En este terreno, por consiguiente, la producción y el comercio mundial de máquinas cibernéticas está dominado por los norteamericanos creándose así una dependencia de los países menos desarrollados. Francia, por ejemplo, país industrializado, sin embargo, utilizó, en 1984, unas 20.000 horas los bancos de datos norteamericanos, lo cual supone una significativa salida de divisas por ese tiempo informatizado.

El poder de la información, acumulada y procesada en bancos de datos, es el poder que confiere el saber a nivel más elevado entre el hombre intelectual sobre el manual. Si una poderosa "memoria supranacional" controlara los datos sobre bancos, comercio, industria, ciencia, técnica, cultura, producción agrícola de una nación estaría haciendo un superespionaje para controlarla,no militarmente, sino informáticamente. Por eso los ordenadores y bancos de datos, son propios de una sociedad libertaria, no del capitalismo muy concentrado y totalitario.

Y cuando hablamos de bancos de datos no nos referimos a megacerebros electrónicos, que saben todo y de todo, sino a bancos de datos especializados: por ejemplo, química, geología,cáncer, textiles, industria eléctrica y electrónica, industrias agrícolas y de la alimentación, economía de la energía, información política y sociológica, "dossiers" de prensa, discursos de personalidades, industria aéreospacial, ingeniería genética y otras muchas especialidades e investigaciones, que si están acumuladas, conectadas con ordenadores centrales y terminales, monopolizan el saber. De esta manera un investigador, asistido por ordenadores, informado por bancos de datos especializados, puede pasar muy rápido de la idea de un invento a su realización práctica.

Así las cosas, la ciencia se convierte en un factor inmediato de producción y de ejecución muy rápida entre la concepción y la ejecución industrial: en el pasado entre una invención y su industrialización mediaban muchos años; ahora del descubrimiento de los "transitors" a su producción mediaron pocos años; pero es que los circuitos integrados de primera, segunda, tercera y cuarta generación se han ido sucediendo en poco espacio de tiempo.

Los bancos de datos interadministrativos, teniendo una información de ficheros automatizados, podrían simplificar el trabajo burocrático en las empresas, los gobiernos, las colectividades locales, los sindicatos, las universidades y escuelas, etc. Todo indicaría, pues, que la *informatización* determina una *desburocratización*, pero la verdad es que están creciendo, en personal, los sectores "terciarios" y "cuaternarios", mientras disminuye, en los países industrializados, el empleo en la agricultura y la industria, es decir, en los sec-

tores "primario" y "secundario". Ello es propio del capitalismo: aumentar la clase media para tener aliados en mantener el Estado caro y represivo.

Entonces, ¿a quién beneficia la automatización del trabajo? A los obreros industriales y a los agricultores les endosa paro tecnológico. En cambio, aumenta la ocupación en servicios sociales y públicos y en información, pero toda esa vasta clase media enquistada en el trabajo de los obreros y campesinos, es el peso muerto del capitalismo.

A mediados del siglo XIX, en estados Unidos, el personal en servicio era poco más del 10% de la población activa total, pero en 1989 representaban el 70% de su población laboral, habiendo quedado la agricultura sólo con el 3% de la misma. En Europa occidental (CEE), que la población ocupada en el campo alcanzaba a más del 70%, en el siglo XIX, ha quedado reducida al 8,1%, la industria al 37,3% y los servicios al 54,6%, según estadísticas de 1981. Quiere decir, a la luz de las cifras, que las economías nacionales, en los países industrializados, tienden a una gran *burocratización*, a la creación de una vasta clase media no productora de bienes, que impide que la jornada de trabajo decline semanalmente, en la agricultura y la industria, a fin de mantener a las clases parasitarias de un régimen capitalista anacrónico impropio de los ordenadores los "robots" y el átomo energético.

Se ha creado un *Estado-providencia* que absorbe más del 50% del producto interno bruto de los países para pagar, en gran parte, sueldos a una burocracia supernumeraria, causa eficiente de la inflación monetaria para pagar sueldos a personas improductivas. Y lo más paradójico de nuestro tiempo es que un kilo de pan, que costaba en 1709, en Francia, tres horas de trabajo sólo valía, en 1976, 10 minutos; pero, en francos franceses, era más caro luego de haber pasado más de dos siglos y medio. ¡Increíble, pero verdadero!

Para que el gran progreso científico, tecnológico y económico sea en beneficio del pueblo trabajador, de todos los consumidores y de todos los pueblos, hay que desaburguesar y desburocratizar la economía y la administración; hay que instaurar el socialismo de autogestión, no por la vía reformista sino por la Revolución, aboliendo las clases parasitarias dominantes, socializando el saber y creando el autopoder popular.

La liberación del pueblo trabajador, manipulado por los medios de comunicación de masas controlados por las clases dominantes, sometido a rebaño de mucho trabajo y poco consumo, falto del derecho al trabajo porque es más importante que éste el derecho de propiedad privada, tiene que autoorganizarse directamente, sin partidos políticos ni sindicatos reformistas, sin Iglesias que prometan el cielo a los pobres y den la tierra a los ricos.

La autoliberación o la desalineación del hombre asalariado pasa por la autogestión del capital, la tierra, la riqueza y la auto-administración, sin rendir pleitesía a políticos profesionales seudo-socialistas, seudo-comunistas, social-demócratas, demo-cristianos o laboristas. La emancipación del pueblo trabajador debe ser obra del pueblo mismo sin delegarla en nadie, ejerciendo la democracia directa el autogobierno popular.

CONTRADICCIONES DEL DESARROLLO CAPITALISTA

La revolución científico tecnológica, usada como ideología de la "élite" tecno-burocrática o como poder nuclear estratégico entre las grandes potencias, subordinando a los científicos, investigadores y técnicos al hegemonismo soviético o al imperialismo americano, demuestra que, con capitalismo de Estado o privado, el científico y el técnico están alienados en un Poder que les es extraño. Un Poder, que por rivalidades entre las grandes potencias, puede provocar la tercera guerra mundial o muchas guerras marginales por "procuración" en los países subdesarrollados, precisamente porque *el mundo, tecnológicamente, es a la escala planetaria* y, política y geográficamente, está dividido en los compartimentos-estanco de las Naciones-Estado, en cuya dialéctica política lo que es bueno para unas es malo para otras.

El uso de una tecnología avanzada y una economía atrasada o conservadora, haciendo *durar* al capitalismo y *retrasando* el advenimiento de un comunismo libertario, universal y federativo, que unifique en una empresa de propiedad social autogestionada, el trabajo, el capital, la ciencia, la técnica, la cultura y la información electrónica, crea en nuestra época un mundo de miseria para unos y de abundancia para otros: países pobres y ricos, lo cual, a corto o medio plazo, tiene que generar guerras entre las naciones y entre las clases antagónicas propias del capitalismo.

Así, por ejemplo, el empleo de máquinas inteligentes controladas por ordenadores aumenta la productividad del trabajo humano asalariado por el empresario capitalista, pero éste, a medida que el volumen de producción y de productividad crece con el empleo de menos fuerza de trabajo, va desocupando trabajadores subtituidos por mejores máquina cibernéticas. Y como el mercado capitalista es más chico (si se desocupa a millones de trabajadores o se limita la capacidad de importación de los países subdesarrollados confiscándoles las divisas que estos obtienen por sus exportaciones, para el pago de su enorme deuda pública externa, estimada en 1 billón 300.000 millones de dólares, en 1988); así las cosas, tan contradictorias, hace que los mercados decrezcan o fracasen, teniendo más de 11% de la fuerza laboral desocupada en los países de la OCDE y hasta cerca del 40% en algunos países empobrecidos o muy endeudados del Tercer Mundo.

El capitalismo, para seguir durando, emplea el aumento de la productividad del trabajo no para transformarse en socialismo que evite las crisis económicas, las guerras, la lucha de clase y la desocupación en masa de trabajadores, sino que, al contrario, por permanecer la burguesía al frente de la conducción económica y política de las naciones, aumenta la ocupación en los servicios sociales y públicos, creando así una vasta clase media aliada de la burguesía que, por su gran número, puede ganar las elecciones parlamentarias, a fin de que siga el juego maquiavélico de la democracia burguesa, de

la derecha o de la izquierda (igualmente aburguesadas), en un parlamentarismo social-demócrata, demo-cristiano, neo-liberal, laboralista o "socialista de terciopelo".

Gracias al progreso científico y tecnológico, con la utilización de nuevas patentes mejores que las viejas, con el empleo de nuevos métodos de producción mejorados y con la instalación de nuevas empresas con máquinas inteligentes, en los umbrales del año 2000 y principios del siglo XXI, pudiera ser que el conjunto de los bienes materiales, generados en los sectores primario y secundario, industria y agricultura principalmente, fuera producido con el 10% del total de la población activa. En este sentido, el otro 90% podría ser colocado en servicios o una parte de éste mantenido desocupado, para que los obreros en paro hagan declinar los salarios de los obreros ocupados. En este orden de ideas, se ha estimado que el capitalismo post-industrial de los países desarrollados, en el comienzo del tercer milenio, podría distribuir así su población laboral: 25% empleado por medio de contratos colectivos de trabajo; 25% de trabajadores marginales, precarios o periféricos, oscilando entre el subempleo y la economía sumergida; 50% de desocupados crónicos y, en buena medida de ellos, jóvenes sin trabajo. He ahí la cara mala del capitalismo de modelo europeo occidental y norteamericano, en la perpectiva de la última década del siglo XX y comienzos de las primeras décadas del siglo XXI.

A pesar de sus contradicciones económicas, políticas y sociales, el capitalismo ha sabido durar sin que sus enemigos, desinformados y desunidos, sus víctimas, sepan echarlo del Poder, no por evolución con partidos de la clase media, sino por revolución de la clase trabajadora que sufre, más que cualquier otra clase en carne propia, las injusticias sociales, económicas y políticas del Poder burgués.

El capitalismo, ya sea con un *modo de producción estatista* (URSS) o con un *modo de producción capitalista privado*, nacional o multinacional, ha maniobrado sibilinamente para no ser echado del Poder burgués o burocrático totalitario. En el Este, ha prometido un comunismo de palabra y, en los hechos, ha ejercido un capitalismo de Estado sórdido, sin derecho de huelga para los trabajadores, inermes ante la burocracia totalitaria usurpadora de la plusvalía de Estado, que éstos producen en las fábricas-cuartel o en las empresas agro-pecuarias. En el Oeste, principalmente Estados Unidos, ha monopolizado el desarrollo capitalista, con su posición central dominante y su monarquía absoluta monetaria del dólar en el FMI, el BIRF y en otras instituciones internacionales.

Por otra parte, el *poderío nuclear de soviéticos y norteamericanos ha duopolizado la política internacional*, convirtiendo en "satélites" a los países de sus respectivos bloques antagónicos de la OTAN y del Pacto de Varsovia. Sin embargo, la crisis económica en el COMECON y la de las nacionalidades oprimidas en la URSS, el gran descontento popular en los países del Tercer Mundo contra el pago de su astronómica deuda a los banqueros

internacionales, la desocupación masiva de los trabajadores jóvenes o de más de 45 años en el Occidente industrializado, crean condiciones favorables para una revolución social contra el capitalismo, tanto en el Tercer Mundo como en el Primer Mundo (países industrializados), y en el Segundo Mundo (URSS y sus aliados).

Frente a la *falsa democracia* en Occidente, copada políticamente por la clase media improductiva gobernando para la burguesía y adulando al proletariado, y frente a la *burocracia totalitaria soviética*, sus nacionalidades oprimidas y las nacionalidades cautivas del COMECON, es posible cambiar un mundo, oscilando entre una paz imposible y una guerra probable entre bloques opuestos, movilizando al partido del trabajo, el más grande de todos los partidos, en función de una minoría activa que arrastre a la mayoría pasiva del pueblo, empleando la estratagia del pueblo en armas y que no es oportuno decir aquí el cómo, sino que ello lo hemos expuesto, amplia y detalladamente, en libros estratégicos. En suma, el mundo tiene muchas condiciones revolucionarias, pero la revolución no se hace con palabras, sino con hechos de los hombres, sin lo cual es una pura utopía y, más aún, si se confunde, como hacen los marxistas-leninistas, el socialismo auténtico con un capitalismo de Estado de modelo soviético. No: la revolución social tendrá que ser libertaria o, de lo contrario, el proletariado irredento reproducirá el mito de Sísifo.

LA REVOLUCION TECNOLOGICA Y CONSERVADURISMO ECONOMICO

Nunca en ningún período histórico de la humanidad, los hombres han creado más riquezas que desde la terminación de la Segunda Guerra mundial bajo los auspicios de la *tercera revolución industrial*. Durante el período de 1950-85, el producto interno bruto (PIB) del Japón aumentó por año 7,8% y la URSS 4,5%, Estados Unidos 3,1% y la CEE 4,8%, en 1960-73. Las *sociedades antiguas y medievales*, en que dominaba la producción agropecuaria, con el empleo del 90% de su población activa en este sector para alimentarla insuficientemente, fueron de muy *baja productividad del trabajo humano*. Viviendo así en un régimen de consumo de extrema pobreza, el incremento de la población permaneció relativamente estable por causa de una escasa alimentación y una elevada mortalidad entre la población infantil y una esperanza de vida para los adultos no superior a cuarenta años. Hasta finales del siglo XIX, en muchos países de Europa occidental y de Asia, Africa y America Latina, el 70% de la población, más o menos, estaba en el campo ocupada en una agricultura de subsistencia. Actualmente, en la Europa de los Doce, del total de su población activa sólo ha quedado un 8,6% en la agricultura, produciendo en una superficie menor que la de Argentina, ce-

reales para satisfacer las consumo y para cubrir, aproximademente, un tercio de sus importaciones mundiales. Pero el capitalismo a pesar de tanto progreso no ha cambiado como sistema de explotación del trabajo asalariado.

En Estados Unidos sólo ha quedado en el agro el 3,1% de su fuerza laboral, pero siendo capaz este país de cubrir la mitad de las importaciones mundiales de granos panificables y forrajes. Y es que en el campo norteamericano, los animales de tiro fueron sustituidos por los tractores, las cosechadoras y los fertilizantes orgánicos (que nunca son abundantes) por los fertilizantes químicos. Así las cosas, *la productividad del trabajo en la agricultura norteamericana aumentó, anualmente, entre 1950-63*, un 5,8% con lo cual podía disminuir la mano de obra rural en la misma proporción, pero manteniendo igual o mayor volumen de producción agrícola para consumo y exportación.

Increiblemente, desde 1945, y sobre todo desde 1950-59, época en que comenzó la *tercera revolución industrial* bajo el signo de las máquinas automatizadas, de la energía nuclear, de la astronaútica, de la electrónica, de la utilización de nuevos materiales, del empleo de robots como dóciles obreros, del crecimiente consumo de energía eléctrica y de petróleo, *el producto interno bruto de los países industrializados aumentó durante ese período prodigiosamente: 11 veces más en el Japón, 4,5 veces más en la URSS y 3,1 veces más en Estados Unidos*. En este sentido, el Japón, una potencia de mediano desarrollo económico hasta 1960, pasó a ser la segunda potencia económica, industrial y tecnológica, en 1988: nunca jamás, en la historia universal se dió un *progreso cuantitativo* semejante, pero, sin igual proceso cualitativo (político, social, humano...) para los trabajadores y los ciudadanos japoneses. Ello supone una gran contradicción socio-económica, pues todavía los trabajadores japoneses laboran más horas por semana que los europeos occidentales y los norteamericanos y, a diferencia de éstos, no tienen un mes de vacaciones sino poco más de una semana. Ello permite a la industria japonesa competir con ventaja frente a la europea y norteamericana, mediante una competencia desleal, practicando el "dumping", que, si no se remedia con un intercambio justo, debe conducir a un *proteccionismo exacerbado* en USA y la CEE, determinante, en gran medida, de una depresión económica mundial. Y si al Japón se le fueran cerrando sus mercados exteriores de exportación, entonces el "milagro japonés" acabaría en un gran fiasco, porque el capitalismo tiene riquezas como para estar en un socialismo universal, pero no supera el egoismo burgués

La *revolución científico-tecnológica secular* con la automatización progresiva del trabajo, con su creciente productividad por hombre-hora, produce indeseablemente paro tecnológico: el 11% del total de la población activa de los países de la OCDE está desocupada porque cada vez se necesita menos fuerza de trabajo y más empleo de capital, tecnología y ciencia en las modernas empresas industriales que siguen siendo, en cuanto a su gestión y distribución del excedente económico, las mismas que antes de la re-

volución científico-tecnológica. Se da así, paradójicamente, un notable *progreso tecnológico*, pero manteniendo un *conservadurismo económico* en las relaciones sociales de producción fosilizadas, menos progresivas que el avance científico y tecnológico registrado en empresas cada vez más automatizadas.

La civilización de los ordenadores electrónicos, de los "robots" industriales, de la automatización del trabajo manual e intelectual, en gran medida; la explotación de la energía atómica limpia que será posible si la investigamos a fondo; la conquista del espacio extraterrestre con las aeronaves espaciales; la existencia de un mundo a la escala planetaria, aunque todavía balkanizado en los Estados-Nacionales; la prodigiosa productividad del trabajo humano equipado con mejores máquinas productivas; las telecomunicaciones vía satélite; el transporte aéreo por reacción; la mundialización de la economía con la creación de un mercado mundial que condiciona a todos los mercados nacionales; las empresas multinacionales que, aunque son las internacionales del capitalismo, pueden ser socializadas por sus trabajadores; la creación de "bancos de datos", que socializan el saber ("now how"), aunque estén todavía usados por los capitalistas; todo ello en una Tierra universalizada, en que los satélites artificiales le dan la vuelta en una hora, indicaría que es anacrónico mantener todavía las fronteras de la época del caballo, en naciones que no superan el limitado horizonte del capitalismo privado (Oeste) o el capitalismo de Estado (Este).

Tenemos, pues, mucho progreso científico y tecnológico pero, paradójicamente, mantenemos un *conservadurismo económico burgués* propio del siglo pasado. Nuestra economía es todavía muy burguesa o pequeño burguesa, o muy tecnocrática y burocrática, y la política vigente, que hacen todos los partidos, se agota tediosamente en un *parlamentarismo* esencialmente burgués, a derecha o izquierda, con neo-liberales o demo-cristianos, o con social-demócratas y "socialistas de terciopelo", que no rebasan un parlamentarismo aburguesado, decadente y pleonástico.

Para poner en concordancia una ciencia y una técnica avanzada con una política eficiente, hay que crear instituciones de democracia directa con el autogobierno popular y empresas autogestionarias, como nueva estructura económica democrática, en la industria, la agricultura y los servicios sociales y públicos, a fin de que el pueblo, y no los políticos profesionales o los capitalistas, sea el sujeto activo de la historia futura de la humanidad. Un socialismo libertario, federativo, autogestionario, que una el trabajo, la técnica, la ciencia y el capital en organismos de Autopoder, con el Saber al alcance de todos, puede, en nuestra época, emancipar al hombre por encima de las clases antagónicas, de las naciones rivales, de las castas, de las diferencias raciales, religiosas e ideológicas, mediante el socialismo y la libertad, o sea, el socialismo libertario, ya que no se puede ni se debe repetir la desdichada experiencia del comunismo autoritario que tiene más de absolutismo que de verdadero comunismo.

BIBLIOGRAFIA

BAKUNIN, M.

Federalismo y socialismo. Al plantear los problemas de la ciencia y de sus límites, de la vida, el cosmos y el saber, Bakunin, pensando que siempre quedarán nuevos espacios y problemas para la ciencia, dice:

"...es precioso reconocer también los límites de la ciencia y recordarle que no es el todo, sino una parte, ya que el todo es la vida. La vida universal de los mundos, o para no perdernos en lo desconocido y en lo indefinido, la de nuestro sistema solar, o únicamente, la de nuestro globo terrestre y, en fin, restringuiéndonos más, el mundo humano. Todo eso es infinitamente más extenso, más amplio, más profundo y más rico que la ciencia y no será nunca agotado por ella". (Obr. cit. p.49).

Así pues la ciencia con ser un conocimiento de las leyes y fenómenos, de las causas que determinan los efectos no tiene respuesta para todos los problemas o para resolver todas las contradicciones entre el hombre y la naturaleza, pues siempre habrá un algo no conocido ni descubierto, de modo que el entendimiento humano, la razón y la intuición tengan siempre por descubrir nuevas leyes científicas, hechos, hallazgos, a fin de que el hombre no llegue al saber absoluto con lo cual dejaría de ser hombre para convertirse en Dios, aunque sería bastante aburrido saberlo todo, mirándose el ombligo como un Buda. En este orden de ideas, Bakunin advierte que no debemos rechazar a la ciencia o dudar de ella, porque no nos da más que lo que puede.

"¿Porque, qué es la lógica?, dice, sino la corriente o desarrollo natural de las cosas o el procedimiento natural por el que muchas causas producen un hecho. Por consiguiente, podemos enumerar un axioma tan sencillo y decisivo como éste: todo lo natural es lógico y todo lo que es lógico se realiza o debe realizarse en el mundo real, en la naturaleza propiamente dicha y en su desarrollo posterior en la historia natural de la sociedad humana.

"Luego la cuestión -prosigue Bakunin_ es saber lo que es lógico en la naturaleza y en la historia. No es tan fácil determinarlo como a primera vista parece. Porque para saberlo, para no engañarse nunca, habría que conocer todas las causas, influencias, acciones y reacciones que determinan la naturaleza de una cosa y de un hecho sin exceptuar ninguno, siquiera sea el más lejano ¿Y cúal es la filosofía o la ciencia que puede jactarse de abarcarlas todas y agotarlas con su análisis. Se necesitaría ser muy pobre de espíritu y poco consciente de la infinita riqueza del mundo real, pretenderlo". (Obr. cit. pp. 49-56).

Sin embargo, en nuestra época de gran adelanto científico y tecnológico, hay agudas contradicciones entre los hombres divididos en clases antagónicas, entre naciones ricas y pobres, entre el capital privado o de Estado y el trabajo asalariado, entre la Sociedad y el Estado, entre países capitalistas entre sí y entre países socialistas. Hay, pues, muchas contradicciones sin resolver, conduciendo a guerras, luchas de clases y crisis económicas: luego algo falta a una ciencia que es incapaz de dar solución a estas contradicciones ¿No será porque la ciencia y la técnica, tal y como son utilizadas, son un poder de clase? Mientras esto suceda, la ciencia es un saber insuficiente... por no ser un saber de todos, sino de las "élites" dominantes.

PROUDHON, P. J.

Idée générale de la révolution (1851). Proudhon que, según Marx, "pasaba por economista en Alemania y por filósofo en Francia", es, sin duda, el anarquista más preocupado por encontrar soluciones al régimen capitalista, desentrañando sus contradicciones socio-económicas inmanentes y resolviéndolas con la instauración de un socialismo libertario, no mera ideología, sino una economía libertaria real. Viendo en el hombre un ser social, colectivo, cooperativo, dice Proudhon:

"El obrero está necesariamente subordinado al obrero, el hombre depende del hombre. El productor ya no es, como en el campo, un padre de familia soberano y libre: es una colectividad. Los ferrocarriles, las minas, las manufacturas se hallan en este caso". (Obr. cit. p. 276).

En este orden de ideas, Proudhon sabe distinguir entre pequeña, mediana empresa y grandes fábricas; pero en estas últimas el trabajo de miles de productores está dividido; es cooperativo. En consecuencia, esa cooperación crea condiciones económicas, políticas, sociales, jurídicas y tecnológicas para sustituir a los patrones o capitalistas por un consejo obrero de autogestión, por los trabajadores asociados con sus medios de producción como fuerza colectiva. Por eso, advierte Proudhon:

"...en una reunión de patriotas, en febrero y marzo de 1848, yo rechacé la idea (...) de ejecución y explotación de los ferrocarriles por el Estado. Según mi opinión, los ferrocarriles, deben ser atribuídos a sociedades obreras muy diferentes de las sociedades comerciales actuales; pero siendo también independientes del Estado. Un ferrocarril, una mina, una empresa, un navío, etc., deben ser a los obreros que emplean como la colmena a las abejas; son a la vez un instrumento y su domicilio, su territorio, su propiedad." (Obr. cit. p. 276-277).

Se entiende una propiedad social, indivisible, a fin de superar el egoismo burgués o cualquier forma de propiedad corporativa. En este sentido, Proudhon aclara:

"Ante personas y familias cuyo trabajo es objeto de la asociación, la empresa socializada tiene por reglas: que todo individuo empleado en la asociación, hombre, mujer chico, viejo, jefe de oficina, contramaestre, obrero, aprendiz, tienen su derecho indiviso en la propiedad de la empresa." (Obr. cit. pp. 256, 281).

Por la gestión colectiva, por lo que hoy entendemos como autogestión, Proudhon trata de hacer entrar en la empresa de propiedad social las riquezas que se le hurtan a los trabajadores con la propiedad individual o estatal. Así las cosas, la plusvalía se convierte en excedente económico productivo a colectivo no disipado como rentas parasitarias, como consumo improductivo, de modo que la sociedad, pueda progresar sin lucha de clases, sin crisis económicas, con trabajo y bienestar para todos los hombre. En una sociedad autogestionaria, libertaria, regida por la democracia directa -según Proudhon- "no es necesaria la coacción, la imposición autoritaria en los lugares de trabajo"; puesto que cada uno "tiene el derecho de cumplir sucesivamente todas las funciones, todos los grados, según las conveniencias del sexo, la edad, el talento, la senectud", suprimiendo la noción de salario y asalariado". Así es como el trabajador es un ser libre, completo, manual e intelectual, capaz de asumir todas las funciones y responsabilidades en la empresa, aboliendo la diferencia entre trabajo manual e intelectual, lo cual supone, a la vez, abolir la diferencia entre los que mandan y los que obedecen.

MARX, C.

Historia crítica de las teorías de la plusvalía. En esta obra, que tiene la referencia de 1862-1863, Marx hizo una historia de la economía política; pero especialmente, tratando el aspecto de la plusvalía y de quienes se benefician de ella como clase dominantes e improductivas.

"10. Gracias a las máquinas y, en general, gracias al desenvolvimiento de la fuerza productiva de los obreros, la renta neta (el beneficio y la renta), crece hasta tal punto que el burgués tiene necesidad de gran número de sirvientes. En lugar de ser obligado, a gastar una parte de su producto en trabajo productivo, él puede ahora gastarlo en trabajo improductivo, de suerte que así hay incremento del número de sirvientes y de personas viviendo como clase improductiva. ¡Linda perspectiva con esta transformación progresiva de una parte de trabajadores en sirvientes! Además, vaya consuelo para los obreros al saber que el ecrecentamiento del producto neto abre al trabajador improductivo nuevas esferas que viven de su producto y cuyo interés rivaliza, más o menos, con el de las clases directamente explotadoras en la explotación de los obreros.

"20. Como consecuencia de la estimulación dada a la acumulación, (...) una parte al menos de la superpoblación (...) es absorbida, sea por la extensión de los negocios resultante de la propia producción dependiendo indirectamente de la producción de las máquinas mismas (...) para satisfacer nuevas necesidades. Es una mala perspectiva para la clase obrera que debe soportar todos los inconvenientes momentáneos —desocupación, éxodo de trabajo y de capital de una esfera a otra—, sin que el trabajo asalariado desaparezca por tanto...

"30. La consumición se afina gracias al maquinismo. Las subsistencias inmediatas se hacen menos caras, y el círculo de la producción de lujo se amplia. Y así una tercera y mala perspectiva se abre delante de los obreros: la misma cantidad de subsistencias y el mismo número de

obreros permite a las clases superiores extender la esfera de sus placeres, de refinarlos y de variarlos y de ahondar así el abismo económico, social y político que las separa de la clase obrera.

"¡Linda perspectiva, en efecto, y resultados poco envidiables para el obrero, los que se deriban del desenvolvimiento de su fuerza de trabajo!

" Lo que él (Ricardo) olvidó de subrayar, es el aumento contínuo de las clases medias colocadas entre los obreros, por un lado, y los capitalistas y propietarios de tierras por el otro, viviendo, sobre todo, de la renta del capital. Estas clases medias gravitan con todo su peso sobre la clase obrera y refuerzan la seguridad social y el poder de la clase dominante" (Theorie... 1862-1863. MEW, XXVI, t. II, p. 561-573. Cita inserta en p. 246 de 1. Sociologie critique. por Maximilien Rubel. Edit. Payot. París, 1970).

De acuerdo con este análisis de Marx, sobre el aumento de la capacidad productiva de los trabajadores, con el empleo de mejores máquinas o equipos de producción, la gran productividad del trabajo asalariado beneficiaría, en gran medida a los partidos de la clase media, entre ellos a los que se llaman marxistas: social-demócratas, laboristas, socialistas, que con su socialismo burgués se han enquistado, con el aumento de la plusvalía, en el plustrabajo del obrero asalariado. En igual medida esto sucede en los países del Este, donde proliferan los tecnócratas y burócratas viviendo como los burgueses, pero de la plusvalía de Estado extorsionada a los obreros soviéticos

ENGELS, F.

Anti-Dühring. Ediciones Fuente Cultural. México. Aunque esta obra tiene carácter polémico con Eugenio Dühring, publicada en 1877, constituye —según el propio Engels— una "introducción a todas las ciencias y a toda la dotrina marxista"; pero quizá más al marxismo que a una epistemología como saber científico total. En concordancia con lo dicho anteriormente por Marx, nos parece oportuno tomar esta cita de Engels:

"La sociedad, al adueñarse de todos los medios de producción para emplearlos socialmente y con arreglo a un plan, acaba con el avasallamiento a que hasta hoy se ha visto sujeto el hombre bajo el imperio de sus propios medios de producción. La sociedad no puede, evidentemente, emanciparse sin emancipar a todos sus individuos. No hay, pues, más remedio que subvertir, desde los cimientos hasta el remate, todo el antiguo régimen de producción, haciendo principalmente que desaparezca la vieja división del trabajo. Sobre sus ruinas, deberá implantarse una organización de la producción en la que de un lado, ningún individuo pueda desentenderse de su parte en el trabajo productivo, que es condición natural de la existencia humana y en la que, de otra parte, el trabajo productivo se convierta de medio de esclavización en medio de emancipación del hombre, brindando a todo individuo la posibilidad de desarrollar y ejercitar en todos los sentidos todas sus capacidades, asi físicas como espirituales, convirtiendo de ese modo lo que hoy es una carga en un goce.

"Y esto ya no es hoy ninguna fantasía, ningún puro deseo bien intencionado. Dado el desarrollo actual de las fuerzas productivas, las proporciones que ha cobrado actualmente la producción y la socialización efectiva de esas fuerzas productivas ha llegado, la superación de los obstáculos y entorpecimientos derivados del rémen de producción capitalista, del derroche de producción y de medios de producción, bastan ya, siempre y cuando todos trabajen para reducir el tiempo de trabajo a un límite incomparablemente más que el que rige hoy.

"Tampoco debe pensarse que la abolición del viejo régimen de división del trabajo sólo puede llevarse a cabo a costa de rendimiento de éste. Lejos de eso, se ha convertido por obra de la gran industria en una condición de la propia producción. "El maquinismo acaba con la necesidad de encadenar la distribución de los grupos obreros a las máquinas como en la manufactura, adscriviendo constantemente el mismo obrero a la misma función. Como el movimiento total de la fábrica no arranca del obrero, sino de la máquina, puede operarse un cambio constante de personas sin que el proceso de trabajo se interrumpa... Finalmente, la celeridad con que se aprende, en los años juveniles, el trabajo junto a la máquina elimina asimismo la necesidad de educar a una clase especial de obreros exclusivamente como obreros maquinistas". (Obr. cit. pp. 299-300).

Pero que todos trabajen para reducir el tiempo de trabajo" o que "ningún individuo pueda desentenderse del trabajo productivo", no se ha logrado, a pesar del gran progreso económico y

tecnológico después de muertos Marx y Engels, ni en la Unión Soviética, justamente porque a medida que aumenta la productividad del trabajo de los obreros y los agricultores, en el Este o en el Oeste, se acrecienta con comitantemente el número de empleados, tecnócratas, burócratas, sindicátocratas, onúcratas, eurócratas e improductivos de toda clase y tipo, y así jamás serán emancipados los obreros. Y el socialismo de los intelectuales será más para ellos que para el pueblo, pero ese "socialismo", en esencia, es burgués

KROPOTKIN, P.

La conquista del pan. Domingo Ferrari Editor. Buenos Aires. Criticando el falso "socialismo de cátedra", pequeño burgués, al empresario capitalista y el Estado-patrón, Kropotkin advierte:

"Los socialistas gubernamentales, los radicales, los genios desconocidos del periodismo, los oradores de efecto, corren al ayuntamiento, a los ministerios, para tomar posesión de las poltronas abandonadas. Admíranse ante los espejos ministeriales y estudian el dar órdenes con una gravedad a la altura de su nueva posición". (Obr. cit. p. 17).

Pero anticipándose al modelo soviético, Kropotkin aclara que es una política falsa la de entregar, en apariencia, las fábricas a los obreros y la tierra a los campesinos, pues si el Estado sustituye al señor de la tierra, al comerciante, al banquero, nada habrá cambiado sustancialmente en la explotación del hombre por el hombre, bajo el Estado-empresario.

"...conservad en la sociedad la masa de ociosos que viven del trabajo del obrero (...) el Estado con su caterva de funcionarios, y la industria no marchará". (Obr. cit. p. 37).

"Hoy, a medida que se desarrolla la capacidad de producción —dice Kropotkin—, aumenta en una proporción espantosa el número de vagos e intermediarios. Al revés de lo que se decía en otros tiempos entre socialistas, de que el capital llegaría a concentrarse bien pronto en tan pequeño número de manos, que sólo sería menester expropiar a algunos multimillonarios para entrar en posesión de las riquezas comunes, cada vez es más considerable el número de los que viven a costa del trabajo ajeno". (Obr. cit. p. 13).

La ley de concentración del capital, en el sentido de que quedarían siempre menos burgueses y aumentaría el número de proletarios-obreros es una verdad a medias. Estadísticamente han retrocedido los obreros industriales y los agricultores: respectivamente 35,4% y 7,6% del total de la población activa en la Comunidad Económica Europea, contra un 57% en servicios; pero en Estados Uidos ha quedado sólo el 3,5% en la agricultura, el 27% en la industria y el 69% está en servicios. Quiere decir que a medida que aumenta la productividad del trabajo en la agricultura y la industria va aumentando paralelamente el personal improductivo: burócratas, tecnócratas, empleados de toda clase y tipo en la Banca, el comercio, los servicios sociales públicos. Hay así inflación de clase media, de pequeña burguesía profesional, que con sus numerosos votos —hablando en socialista, social-demócrata, neo-liberal o demo-cristiana— llega al Gobierno para perpetuar el Poder de la burguesía, pero adulando a los trabajadores asalariados.

Si los obreros no tienen clara conciencia de que han de ser revolucionarios (no conformistas ni masa pasiva de votantes, no masa afiliada a sindicatos institucionalizados o a partidos de la clase media seudo-socialista), nunca serán emancipados por quienes viven del excedente económico producido por ellos: tienen que ser emancipados por sí mismos mediante la democracia directa, el autogobierno, la empresa autogestionaria de propiedad social. Los trabajadores asalariados no deben dejarse seducir por la pequeña-burguesía seudo-socialista, han de ser revolucionarios o no serán nada como los siervos y los esclavos, a menos que sean ellos autogobierno.

FREEMAN, Ch.

La teoría económica de la innovación industrial. Alianza Universidad. Madrid. 1975. Trata su autor de tres temas esenciales: el sistema de investigación y desarrollo experimental; las repercusiones de la innovación sobre la empresa moderna; la necesidad de captar el ritmo de cambio tecnológico para no quedarse atrás con nuevos métodos de producción, nuevas máquinas, a fin de no perder un determinado nivel de productividad y de competitividad, tanto un país frente a otro como una empresa ante otras. Pero las nuevas máquinas son más bien series

o cadenas de producción automatizadas o semi-automáticas, o máquinas tan complejas que llevan miles de componentes:

"El proceso de desarrollo de la industria de bienes electrónicos de capital —dice Freeman— consiste, en gran parte, en idear métodos para asamblar componentes de nuevas maneras, en incorporar nuevos componentes para hacer nuevos diseños, o en desarrollar nuevos componentes para hacer frente a nuevas exigencias de diseño. No es tan sencillo como parece. Existen más de 100.000 componentes distintos en una computadora grande, más de 1.000.000 en una gran central telefónica y 10.000.000 en un sistema de cohete del tipo Apolo. Debe existir una estrecha colaboración entre los fabricantes del producto acabado y los fabricantes de componentes en el trabajo de diseño, y en los productos más complejos y la programación del suministro y subensamblaje de componentes, así como la de los acuerdos de comprobación, han de ser por fuerza muy complicados". (Obr. cit. pp. 144-5).

Quiere decir que la ciencia y la técnica se han unido con el trabajo científico y técnico para producir ordenadores, misiles, satélites artificiales, rayos láser, control de explosiones nucleares transformadas en fotones, instalación de cadenas automatizadas o semi-automáticas, en grandes empresas. En suma, que la moderna industria, dentro del capitalismo privado o de Estado, ha introducido la ciencia, la educación de los trabajadores, la técnica como un factor inmediato de producción, quizá el más rentable de todos los componenres de la producción cibernética.

Una economía autogestionaria (libertaria, de paz y no de guerra, sin clases parasitarias como la burguesía, la burocracia y la tecnocracia) tendría, por consiguiente, que invertir más capital productivo; asimilar y desarrollar, plenamente, la revolución científico-tecnológica; liberar el músculo del obrero por la máquina automatizada de alta productividad; entrar así en la automatización del trabajo, que unida a la autogestión de las empresas tendría que producir, como un fruto maduro, el socialismo libertario. Sin éste el capitalismo privado o de Estado no hacen más que diferir las crisis económicas, las guerras mundiales, las revoluciones, utilizando a la clase media social-demócrata o socialista como freno de las aspiraciones populares, como otra burguesía industrial, mercantil y financiera, a la cual sirve hablando a la izquierda y gobernando a la derecha. Para hacer saltar todo ese entramado político, los trabajadores tienen que ser revolucionarios para hacerlo añicos; pues de lo contrario, siempre van a estar dominados por la burguesía o la burocracia, tanto en el Oeste como en el Este. Como un nuevo Prometeo, el proletariado tiene que romper sus cadenas haciendo fuerza, siendo revolucionario.

RICHTA, R. y otros.

La civilitation au carrefour. Editions du Seuil. París, 1974. En este estudio se subraya la importancia de la automatización, de la producción en masa, de las máquinas de control numérico y de los cambios que se están operando en el trabajo manual, administrativo, de todo tipo:

"...la automatización transforma la actividad humana en un tipo de trabajo complejo como el del técnico y el ingeniero, al margen de la producción directa: actualmente estos, en el conjunto del personal, alcanzan, en ciertas empresas modernas, del 20 al 50%. (Obr. cit. p. 35).

En los Estados Unidos, por ejemplo, durante el período de 1953-63 la población activa empleada en la industria disminuyó un 25,6%, en la agricultura 24,7%; pero aumentó la ocupación en servicios, banca, comercio, información funcionarios y burócratas de todo tipo. Así, pues, el progreso tecnológico, con capitalismo conduce —no al bienestar y el trabajo para todos—, sino a disipar la riqueza en trabajo improductivo: clases parasitarias, burocracia, gastos en armamentos, Estado caro y malo.

"La esencia de la revolución científico-tecnológica —según Richta— queda, mismo en los países más avanzados del mundo, camuflada bajo un velo de coyunturas contradictorias, y la imagen real de la encrucijada, en la cual se ha metido la civilización actual, trepida". (Obr. cit. p. 59).

Se diría, pues, que con capitalismo, con burguesía o burocracias dominantes, todo progreso, finalmente, se convierte dialécticamente en su contrario: retroceso..., por crisis, presupuestos de guerra, lucha de clases y Estado caro.

BELL, D.

El advenimiento de la sociedad post-industrial. Alianza Editorial. Madrid, 1976. Subraya el autor de esta obra que la revolución industrial está produciendo cambios notables:

"Pero en una sociedad post-industrial se pone el acento sobre un tipo diferente de servicios (que los de la vieja sociedad). Si agrupamos los servicios en personales (tiendas minoristas, lavanderías, garajes, establecimientos de belleza); de negocios (bancos, financieras, inmobiliarias, seguros); de transporte, comunicación y servicios públicos; y sanidad, educación investigación; entonces es el crecimiento de estas últimas el decisivo en la sociedad post-industrial. Y es esa categoría la que representa la creación de una nueva "intelligentsia" en las universidades, las organizaciones de investigación, las profesiones y el trabajo cada vez más intelectual y menos manual, más automatizado.

"La segunda manera de definir una sociedad post-industrial es por el cambio en la distribución de las ocupaciones; es decir, no sólo dónde trabajan las personas, sino el tipo de cosas que hacen. En buena medida la ocupación es la determinante de clase y estratificación más importante de la sociedad". (Obr. cit. p. 33).

Así, pues, la revolución científico-tecnológica y la sociedad post-industrial, con separación del trabajo manual e intelectual, con universidades para unos y semi-analfabetismo para otros, no rebasan el capitalismo privado o de Estado, tanto en el Oeste como en el Este. Por eso, para ser emancipados, los trabajadores tienen que socializar el saber y crear su autopoder mediante un socialismo de participación: autogestionario y libertario.

CAPITULO X

LA LEY DE PARTICIPACION DECRECIENTE DEL OBRERO EN SU PRODUCTO

Trabajo asalariado y alienación del obrero

La base de régimen capitalista estriba en que el patrón no pague como salario más que un valor de subsistencia mínimo al obrero reteniendo para sí el resto del producto del trabajo, pero ese precio está por debajo del valor económico en productos que èste crea por hora, por jornada o a destajo, con taylorismo o con stajanovismo.

"El valor de la fuerza de trabajo, como él de cualquier otra mercancía -dice Marx-, está determinado por el tiempo de trabajo necesario para la producción y, por consiguiente, para la reproducción de ese artículo especial. Dado el individuo, la producción de la fuerza del trabajo consiste en la reproducción de sí mismo o en su mantenimiento. Para ésto necesita una cantidad determinada de medios de subsistencia por lo tanto, el tiempo de trabajo necesario para producir la fuerza de trabajo se reduce al necesario para la producción de esos medios de subsistencia; en otras palabras, el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de subsistencia necesarios para el mantenimiento del trabajador".

Bajo el sistema de capitalismo privado o de Estado, el trabajo asalariado es una mercancía más entre las demás, y sigue sus mismas leyes económicas. La *alienación del obrero* en su salario lo entrega, sin defensa alguna, a las potencias alienantes del capital, que explota y oprime al trabjador asalariado, ya sea bajo un empresario occidental o bajo el Estado patrón-oriental.

"El obrero moderno -advierte Marx- lejos de mejorar conforme progresa la industria, decae y empeora por debajo del nivel de su propia clase. El obrero se desespera y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho

mayores que la población y la riqueza. He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando a la sociedad. Es incapaz de gobernar porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud: porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio que mantenerles, en lugar de ser mantenida por ellos".

El Estado norteamericano subsidia durante 27 semanas a los obreros parados de la industria siderúrgica y del automóvil. A los agricultores les paga un precio de sostén para el trigo y el maíz, si disminuyen las áreas de siembra en 10%, 20% ó 30%. Se finanza así la ociosidad para elevar los precios de las mercancías oponiéndose, con dinero de los contribuyentes, a la instauración de una economía de abundancia que superaría al capitalismo.

El capitalismo es un régimen extremadamente contradictorio: durante el período de su ascenso económico -cuando crece la producción industrial- los obreros participan en el reparto de ella en forma no paralela. Ello conduce periódicamente a los ciclos de prosperidad y depresión inherentes a la sociedad socialista y a sus contradicciones.

"El pauperismo y las crisis ecomómicas -según Rodbertus- surgen de una y la misma causa, a saber, que cuando la distribución del producto nacional se abandona a sí misma, ciertas circunstancias relacionadas con el desarrollo de la sociedad producen estos defectos: que con el aumento de la productividad del trabajo de la sociedad, los salarios de las clases trabajadoras llegan a constituir una parte cada vez menor del producto nacional".(1)

La participación decreciente de los trabajadores en el producto de su trabajo es una contradicción de la economía capitalista. El aumento del capital fijo o constante (maquinaria) y la disminución del capital variable (fondo de salarios) a fin de contrarrestar la disminución de la tasa de ganancia del capital, constituye un contrasentido ya que a más productividad del trabajo con mejores máquinas, menos ocupación de mano obrera, si el capitalismo no se transforma en una economía socialista autogestionaria, con menos jornada de trabajo y trabajo para todos.

Sobre el principio de la participación decreciente del obrero en su producto, su fundamento económico y jurídico reside en el hecho de que unos hombres, sin trabajar, poseen el capital y se apropian de la *plusvalía*, mientras otros están desposeídos de él y sólo reciben, en forma de salario, una parte de su producto. Y como el que reparte se queda con la mayor parte, ya sea bajo un sistema de capitalismo privado o de Estado, mientras perdure la burguesía o la burocracia como clases dominantes, no será superado el asalariamiento de la mayoría de la sociedad explotada por una minoria de la sociedad explotadora y opresora. Así, con capitalismo convencional o con socialismo burocrático, no cambiará la condición de los trabajadores asalariados. Si una clase dominante se encarga de administrar la empresa, organi-

1 Rodbertus, J.C. Oberproducción...Cap. XV.

zar su producción y comercialización y de pagar los salarios a los obreros, por menos de lo que éstos producen, quitándoles sus productos, tanto da que el capitalismo sea privado como de Estado, que manden en las empresas los burgueses, los burócratas o los tecnócratas. Así los obreros seguirán siendo productores de *plusvalía* mientras que la burguesía o la burocracia se la apropiarán a título de clase dirigente, de minoría privilegiada. De esta manera, no es posible el socialismo (aburguesado en Occidente o burocratizado en Oriente). Pues el socialismo supone para su realización la empresa de propiedad social, la autogestión, la democracia directa *la abolición de las clases,* la igualdad económica, política, social, jurídica y la socialización de la información, del conocimiento, de la ciencia, la técnica y la cultura, para que todos los hombres estén en igualdad de condiciones, económicas, técnicas, sociales y científicas, en un socialismo libertario.

DIALECTICA DEL CAPITALISMO

En la época del *capitalismo multinacional,* estructurado sobre la base de grandes monopolios, la crisis económica es una enfermedad endémica del capitalismo, como crisis profunda de sistema que plantea, para ser resuelta, un *cambio de régimen socio-económico* en el sentido de restituir a los trabajadores la gestión directa de sus empresas, a fin de resolver la lucha de clases antagónica entre proletariado y burgueses (Oeste) y entre obreros y buro-tecnocracia (Este).

Como el móvil de la producción capitalista es la obtención de ganacia, las crisis económicas son inherentes al capitalismo, que desutiliza una enorme cantidad de fuerzas productivas: maquinarias y trabajo humano. Ello no sucedería en una economía libertaria, donde el capital estará al servicio del trabajo asociado en empresas autogestionarias de propiedad social.

La lentificación del proceso de producción capitalista, dejando cesantes a millones de obreros y empleados, tensa la lucha de clases: obliga a los trabajadores a realizar la revolución social en unión de otras clases oprimidas (campesinos y clases medias económicamente débiles). Sólo así se puede cambiar de raíz un sistema económico en crisis, transformando la economía de explotación en economía de autogestión y el caos de la producción capitalista, en autogestión armoniosa com plena ocupación para todos.

La lucha de clases, como contenido y motor de la historia, tendrá vigencia hasta que sea instaurado el socialismo autogestionario en todo el mundo (incluido el capitalismo de Estado bajo una nutrida burocracia, la lucha de clases constituye así el motor de la historia, en el Este). Para superar la alienación, el maniqueismo del bien y del mal, la sociedad socialista autogestionaria tiene que ser instaurada en el mundo: sin antagonismos, sin contradicciones socio-económicas entre los seres humanos, sin alienaciones morales, políticas, religiosas, ideológicas y jurídicas, propias del capitalismo.

La gran industria capitalista, en funcion de la acumulación del capital,

por un lado, (burguesía) y de la acumulación de la miseria, por el otro (proletariado), crea, dialécticamente, contradicciones sociales y económicas tendentes a la superación del sistema por la acción revolucionaria: la rebelion de las masas para pasar revolucionariamente (sin reformismo ni evolucionismo) al autogobierno popular, al socialismo libertario.

La economía capitalista crea las estructuras de clases en razón de las formas de la propiedad del capital, de su acumulación y centralización; de una división del trabajo peculiar del capitalismo. A medida que se acumula y centraliza el capital aumentan el pauperismo, proveniente de las clases económicamente débiles, destruídas por la competencia económica capitalista. La burguesía decrece en número con la centralización del capital: pero aumenta su poder ecónomico. Los asalariados muchos de ellos pasan al ejército de desocupados. La situación del hombre asalariado tiende a su depauperación, tanto más acentuada cuanto más avance el progreso tecnológico, que se traduce para el obrero en desocupación al ser sustituído éste por las máquinas cibernéticas o las cadenas del trabajo automatizado.

Bajo el capitalismo concentracionario, la lucha de clases constituye la fuerza motriz de la historia contemporánea. Los grupos sociales, que van cayendo en el asalariado, se homogeinizan social y políticamente; toman conciencia revolucionaria de clase; forman finalmente en la clase asalariada que va abarcando casi la totalidad de la población: llega así históricamente el momento revolucionario en que los "expropiadores serán expropiados", con el triunfo de la revolución social, que es la victoria del pueblo sobre sus opresores y explotadores: terratenientes, burgueses, burócratas y tecnócratas.

La sociedad de clases lleva en su vientre la carga explosiva que la hará estallar: ni la religión, ni la política, ni la ideologías, ni los cañones de sus fuerzas regresivas serán bastante fuertes para defenderla; pues su suerte está echada en el curso de la historia. Nada ni nadie podrá detener la insurrección popular para liberar al obrero de su alienación económica, pues éste reclama su puesto como persona; como ser libre; no alienado en su salario ni sometido a la explotación capitalista. El trabajador asalariado quiere dejar de ser mercancía, juguete de las leyes del mercado capitalista que lo condenan a la desocupación y a la explotación, mientras no rija la utogestión de la producción por los propios productores, en una sociedad socialista, autogobernada y desburocratizada, sin la cual no serán liberados los trabajadores.

"La existencia y el predominio de la clase burguesa tienen por condición esencial, la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos individuos, la formación e incrementación constante del capital; y éste a su vez no puede existir sin el trabajo asalariado. Esto presupone, inevitablemente, la competencia de los obreros entre sí. Los progresos de la industria, que tienen por cauce automático y espontáneo a la burguesía imponen en vez del aislamiento de los obreros por la competencia, su unión revolucionaria por la organización. Y así al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tam-

balearse bajo sus pies las bases sobre las cuales produce y se apropia lo producido. Y al par que avanza la burguesía, se cava su propia fosa y crea a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables (1).

Los acontecimientos, en el desarrollo del capitalismo, no se han dado como lo preveían Marx y Engels, ya que el capital sigue existiendo como potencia dominante del obrero bajo el capitalismo de Estado, aunque haya desaparecido la burguesía como en la Unión Soviética, donde los asalariados generan plusvalía de Estado, pero no para la burguesía sino para la burocracia del Partido único y para la tecnocracia dirigente de las empresas, donde no tienen ninguna participación autogestora los trabajadores.

Por otra parte, en el Occidente, la burguesía, aunque haya disminuido como clase en número debido a la concentración del capital, no ha sido *derrocada* por los trabajadores ya que se ha servido de la burocracia administrativa, de los funcionarios, de los tecnócratas de todo tipo, de la clase política pequeño-burguesa, para constituir gobiernos y parlamentos neo-liberales, social-demócratas y demo-cristianos, haciendo votar al pueblo siempre o casi siempre, los mismos gobiernos pequeños-burgueses, ya sean de derecha-centro o de centro-izquierda. La *alternancia política* en los gobiernos, entre clase media de izquierda o de derecha, ha permitido a la burguesía industrial mercantil y financiera *seguir durando* como clase económica dominante sirviéndose de los Olof Palme, los Willy Brandt, los Mitterrand, los Craxi, los Wilson, los Felipe Gonzáles, los Papandreu y cía.

La caída de la burguesía y el triunfo del proletariado, como algo inevitable, no se ha producido ni en el Este ni en el Oeste, ni en el Norte ni en el Sur, donde los trabajadores, a medida que participan menos en el aumento de su productividad, con la *plusvalía relativa* hacen incrementar el número de las clases medias profesionales, los tecnócratas y burócratas, la clase política, que impiden el ascenso de los trabajadores a la condución política, económica y social, mientras no sea sustituida la democracia parlamentaria por la democracia directa autogestionaria. Por consiguiente, si el proletariado quiere ser liberado debe hacerlo por sí mismo, sin delegar su poder en nadie; debe ser revolucionario y no reformista; debe confiar en sí mismo y no en las burocracias sindicales, ni en la pequeña burguesía como clase política dirigente, la cual debe ser abolida como clase, en el mismo acto, que la burguesía y las oligarquías de todo tipo.

LA LEY DEL MINIMO DE SUBSISTENCIA

La ley de bronce de los salarios, bajo el régimen capitalista (privado o de Estado) no permite un ingreso superior a los trabajadores por encima del mínimo requerido para su subsistencia, mantenimiento, propagación y reproducción de la familia.

1 Marx, C. y Engels, F. Manifiesto comunista. Cap. I.

Fernando de Lasalle, definiendo la ley de bronce de los salarios, decía que consiste en los hábitos de vida cotidianos del obrero, amoldados al mínimo de subsistencia para garantizar su existencia y la de propagación de su foamilia. Esto ha camabiado, sin duda, con la "sociedad de consumo", pero lo real es que el obrero a medida que produce más participa menos en su producto, del cual viven toda clase de burgueses, pequeños-burgueses, "terciarios" y "cuaternarios", que aumentan permanente y desproporcionadamente, haciendo durar al capitalismo.

Respecto del mínimun de subsistencia del obrero, Marx y Engels se expresan con más claridad que Lasalle, en estos términos: "Los medios de subsistencia (del obrero) deben, por lo tanto, ser suficientes para mantener en su estado normal al trabajador, sus necesidades naturales, tales como alimentos, ropa combustible y habitación, varían según el clima y otras condiciones físicas de su país. Por otra parte, el número y magnitud de las llamadas primeras necesidades, así como la forma de satisfacerlas, son en sí producto del desarrollo histórico, y por lo tanto, dependen, en gran medida, del grado de civilización de un país y más especificamente de las condiciones y, por consiguiente, del grado de bienestar en que se ha formado la clase de trabajadores libres" (1).

En Estados Unidos, por ejemplo, un desocupado de la industria siderúrgica o de la industria automotriz tiene un ingreso (con un subsidio de paro de 27 semanas por año) posiblemente superior al ingreso de un obrero activo en los países afro-asiáticos y latinoamericanos. Sin embargo, el obrero norteamericano desocupado por más subsidios de paro que reciba, está cargado de deudas, créditos y obligaciones que le condenan a una vida alienada: progresivamente en peores condiciones económicas debido a que, cuanto más productividad rinde el trabajo por medio de su automatización menos se beneficia el obrero y más aumenta la miseria cuanto más riqueza produce éste.

Así, pues, bajo el capitalismo, ni aun en Estados Unidos, la clase obrera tiene perspectivas de vivir mejor, sino al contrario, peor. Justamente porque el obrero por producir más en menos tiempo de trabajo, mediante la automatización y el maquinismo, se autoaliena en la producción capitalista: es desalojado por las máquinas en las cadenas de trabajo automatizado.

En los Estados Unidos la productividad media anual por obrero venía aumentando por año en 1960-70, más o menos, a razón de 2,5%; desocupando pues, al 2,5% de los obreros norteamericanos, anualmente, se conseguría mantener el mismo volumen de producción; lo cual es prueba de la participación decreciente del obrero en su producto.

Así las cosas, la población ocupada en servicios (terciarios y cuaternarios), en los Estados Unidos, se ha incrementado más que la población activa ocupada en la producción de bienes concretos (en la agricultura y en la

1 Marx, C. y Engels F. Obr. Cit.

industria). En estas condiciones una economía, que fuera predominantemente de producción material, con un gobierno poco burocratizado, se ha transformado en una economía de servicios, donde después de realizado el trabajo, no queda nada materializado; no hay aumento real de riqueza, sino una desmedida masa de consumo improductivo. En este sentido, ahora la productividad del trabajo ha descendido en EE.UU. por debajo de una tasa anual muy baja 1%.

LA LEY DE LA PRODUCTIVIDAD CRECIENTE Y DE LA OCUPACION DECRECIENTE EN EL CAPITALISMO

PROGRESIONES DE SIGNO CONTRARIO DEBIDAS A LAS CONTRADICCIONES DEL SISTEMA

	Año I	Año II	AñoIII	Año IV	Año V	Año VI	Año VII
Si la productividad aumenta por año en...	2,5%	2.(2,5%)	3.(2.5%)	4.(2.5%)	5.(2,5%)	6.(2,5%)	7.(2,5%)
Si la ocupación es decreciente en....	(2,5%)	2.(2,5%)	3.(2,5%)	4.(2,5%)	5.(2.5%)	6.(2,5%)	7.(2,5%)

FUENTE: Cuadro compuesto por el autor.

Aunque la productividad en U.S.A., en la década de 1980-90 ha caído por debajo del 1% debido al aumento de "terciarios" y "cuaternarios"

Por tanto si en Estados Unidos no hubiera economía de guerra para tiempo de paz, desde 1950 la desocupación se produciría en masa a partir del V año de progresión ascendente de la productividad; al VI año de aumento de la productividad, la desocupación debería alcanzar, aproximadamente, el 12,5% del total de la fuerza laboral de Estados Unidos, de acuerdo con la ley de la productividad y la desocupación creciente; pero el aumento de "terciarios" y "cuaternarios" tienden a contrarrestar esta ley, ya que entre las presidencias de Carter y Reagan se dio trabajo a 21 millones de personas de las cuales 20 millones en servicios.

Si se aplicara la automatización del trabajo a la mayoría de las ramas de producción de la sociedad burguesa, es evidente que la desocupación obrera crearía un gran ejército de parados que, para defender su derecho al trabajo y a la vida, tendrían que ser revolucionarios y derrocar al capitalismo.

En Estados Unidos, luego del período de guerra 1939-45, las horas-obrero trabajadas por semanas disminuyeron de 46 horas a menos de 40 horas y ahora a 36. La economía de guerra norteamericana 1939-45 procuró el *pleno empleo* pero con la economía de paz no lo ha logrado. Ello evidencia que el capitalismo como remedio peor que las crisis, tiene que recurir a la guerra para conjurarlas, siendo así peor el remedio que la enfermedad que se intenta curar.

El capitalismo multinacional, bajo la dirección de la burguesía imperialista, y el capitalismo de Estado, bajo el mando totalitario de la "Nomenklatura", son muy hábiles para durar histórica, política y económicamente. El ca-

pitalismo de las empresas multinacionales exporta su crisis interna, en forma de inversiones directas, préstamos o créditos, a los países subdesarrollados. El capitalismo de Estado, en su forma soviética político-económica, también transfiere parte de su crisis a los países del COMECON. Ambos capitalismos, mientras aumente la productividad del trabajo y con ello se incrementen las clases parasitarias ("terciarias" o "cuaternarias") pueden aspirar a perpetuarse en el Poder, mientras los trabajadores sean manipulados, por ideologías reformistas, pequeño-burguesas, tecnocráticas y burocráticas. Por eso, para acabar con estas dos formas de capitalismo transfigurado de democracia parlamentaria o de seudo-comunismo, no deben ser los trabajadores reformistas, sino revolucionarios que unan el pensamiento y la acción en pro del socialismo libertario.

PRODUCTIVIDAD Y DESOCUPACION

Para disimular la desocupación, la burguesía norteamericana reduce las horas-obrero trabajadas por semana. De esta manera, no se produce un paro obrero total, sino un *paro relativo*. Ello disimula la desocupación inherente al aumento de la productividad del trabajo: *paro obrero tecnológico*. Si cada obrero norteamericano trabajase 45-46 horas por semana, como sucedía en 1944-45, tendría que haber ahora una desocupación total de tantos millones de obreros sin trabajo como en 1932.

En el cuadro anterior, sobre la ley de aumento de la productividad y de incremento paralelo de la desocupación, la crisis debería de haberse producido en 1952 (VII año de posguerra) con paro obrero casi de 17% de total de la fuerza laboral noerteamericana. En cifras absolutas, habría sido de unos 11 millones de obreros sin trabajo. Pero la movilización de efectivos militares, debido a la guerra de Corea, más la reducción de las horas obrero trabajadas por semana, redujeron la desocupación de trabajadores en forma indirecta: disminución de la jornada laboral y aumento de trabajadores ocupados en los servicios burocráticos, financieros, mercantiles, informáticos, militares, etcétera.

Según cifras oficiales, consignadas en *Basic económico statistics*, de enero de 1954, la desocupación ascendía, en esa fecha, a 2,1 millones de obreros sin trabajo en Estados Unidos. Si a esta cifra de *paro obsoluto* añadimos casi 3 millones de hombres pertenecientes a la defensa nacional, la desocupación queda reducida en igual proporción o, al menos, en 2 millones. Si adicionamos 2 millones de trabajadores agrícolas sin ocupación (que no figuraban en las estadísticas de paro obrero) y otros 2 millones de paro de los empleados (que tampoco se insertan en las cifras de desocupación), el desempleo, en EE. UU., se aproximaba entonces al volumen señalado por la progresión de signo decreciente —en el cuadro anterior—, según la cual el incremento de la productividad determina una desocupación paralela, pero, en parte, absorbida por el aumento de "terciarios" y "cuaternarios".

El sistema de necesidades del capitalismo está en contradicción con el ritmo de incremento del capital constante (máquinas, energía, etc) y disminuye, concomitantemente, la cantidad de capital variable (fondos de salarios). Este cambio en la composición orgánica del capital, tendente a contrarrestar la tasa decreciente de la ganancia, determina, en gran parte, la crisis estructural del régimen capitalista; puesto que la productividad del trabajo es creciente y el nivel de ocupación obrera, decreciente, según las progresiones de signo contrario, que hemos inscrito en el cuadro citado.

La técnica de la producción automatizada, al incrementar la productividad del trabajo, supera la sociedad capitalista por exceso de riquezas; rebasa la escasez permanente de productos, haciendo posible una economía autogestionaria, una democracia directa. La técnica es una fuerza que trasciende el capitalismo: hace posible el socialismo autogestionario. Sólo la sociedad autogestora puede asimilar el progreso económico y tecnológico, sin temor a las crisis económicas, mediante una democracia libertaria asociativa, pero que será imposible con el reformismo o sólo, revolucionariamente, con el socialismo libertario.

Según la ley de la productividad creciente y de la ocupación decreciente, las crisis económicas cíclicas se tienen que producir, en Estados Unidos, entre el IV y el VII años de prosperidad relativa: el ciclo de prosperidad y de depresión, sin embargo, tendería hacia un menor lapso de tiempo. La crisis desarmónica, en profundidad y extensión, determinada por exceso de producción relativa, de aumento de la productividad del trabajo y de consumo decreciente en el sector obrero, tiende a ser crónica en economías altamente desarrolladas, si no aumentan los "terciarios" tanto como disminuyen los "primarios" y "secundarios", en la agricultura y la industria. En 1952, había casi 5 millones de obreros norteamericanos en paro absoluto (o el 7,7% del total de la fuerza de trabajo). Si al 15% de desutilización de fuerza de trabajo (por reducción de las horas-obrero trabajadas por semana respecto de 1939) añadimos un 7,7%, tendríamos un 22,7% de desempleo en comparación con los años 1944-45. Si adicionamos 2 millones de parados agrícolas y 2 millones de desocupados administrativos (debido a la automatización contable etc) debemos adicionar en 6% más de desocupación, que unido al 22,7% dé un total del 28,7% sobre el ritmo de empleo y de horas-obrero trabajadas por semana, durante el período de 1944 a 1946 en los Estados Unidos. Este porcentaje máximo de desocupación es el que tuvo Norteamérica hacia 1932-32, durante la gran depresión, pero ahora queda reducido con el aumento de personal en servicios y con la disminución de las horas-obrero trabajadas por semana. En el cuadro sobre la ley de la productividad creciente y de la ocupación decreciente, el VII año de productividad acumulativa del 2,5% da, concomitantemente, una desocupación muy aproximada a las cifras indicadas anteriormente. Hacia 1963, el total de la fuerza laboral estadounidence se aproximaba a unos 70 millones de personas. Había desocupados, en paro absoluto, unos 5 millones de obreros industriales, 2 millones de agri-

cultores y 2 millones de burócratas, es decir, 9 millones de desocupados totales o el 13 % de la fuerza total de trabajo. Como en 1963, se trabajan unas 36 horas por semana, había casi un 20% de desutilización de la fuerza laboral en comparación con las 46 horas-obrero por semana de 1944-46. Por consiguiente, al VI año, del cuadro anterior, la desocupación en Estados Unidos sería insoportable. Pero el capitalismo norteamericano se las arregla para disimular la desocupación; a) sólo figuran los obreros industriales sin trabajo; b) no incluyen las estadísticas de desocupación a los parados agrícolas; c) las horas-obrero trabajadas por semana declinaron, entre 1946 y 1963, casi un 20%. De no haberse reducido las horas-obrero trabajadas, entre 1946 y 1986, la desocupación sería del orden de los 30-40 millones de obreros sin trabajo, cosa que haría perecer al régimen capitalista, que no caerá por sí mismo, sino por la acción revolucionaria de sus víctimas, tanto dentro como de fuera de Estados Unidos.

Mientras los *sindicatos obreros* de los países industrializados sean reformistas, mayoritariamente, aceptando una gran desocupación a cuenta de la reconversión industrial, de la mayor automatización de la producción, teniendo una política consumista los que están trabajando, dejando desamparados a millones de obreros sin trabajo, para los cuales los sindicatos no tienen una política de defensa de sus intereses, el capitalismo seguirá *durando* con la complicidad de los líderes sindicales que, más que representantes de los obreros, son ejecutivos de los "trusts" del trabajo asalariado frente a los "trusts" del capital altamente concentrado.

Si por otra parte, los obreros se dejan seducir por las ideologías políticas, falsamente democráticas, proclives al culto del *Estado-providencia*, que nacionalice empresas en déficit para aumentar y no disminuir éste cargándolas de tecno-burocracia, los obreros se prestarían así a ser catecúmenos del Estado-benefactor donde la burocracia y la tecnocracia tienen su empresa. Pero cuando las cosas comienzan a marchar mal, cuando el déficit no se puede seguir aumentando, viene la desnacionalización de las empresas funcionando con pérdida, en el Oeste, o se reduce el nivel de vida de los obreros, en el Este, como ha sucedido en Polonia y otros países.

Mientras los trabajadores no gestionen directamente sus empresas, sean dueños de sus medios de producción y de cambio, de los productos de su trabajo, de su excedente económico, produciendo competitivamente en un mercado autogestionerio, caerán en las políticas ocidentales de la *falsa democracia* o en las políticas orientales del *seudo-comunismo*. En ambos casos, realmente, no se habrá superado el capitalismo privado o de Estado y, en esas malas condiciones, los obreros seguirán siendo asalariados, clase productora pero no gestora; simples abejas obreras para entregar la mayor parte de su producción a los zánganos.

En una sociedad que hubiese socializado toda la riqueza, sin confundirla con estatización, teniendo todos los hombres derecho a ella, sin diferencias económicas fundamentales entre ellos, por ese mismo hecho habría sido

abolido el salario y las clases sociales antagónicas; en tal caso el dinero, los bonos de trabajo, los vales y otras formas de valor, no se prestarían a transformarse en capital privado, sino a funcionar como medios de intercambio, cumpliendo la ley del valor-trabajo o a ser módulos económicos de cálculo, sin los cuales, en el comienzo de una sociedad socialista autogestionaria no sería fácil cuantificar y programar su economía.

Los trabajadores, en fin de cuentas, deben auto-organizarse en su propio interés social, así como el pueblo en general, prescindiendo de líderes providenciales, de partidos políticos, de ideologías alienantes, donde los nuevos sacerdotes son los tecnócratas, los burócratas y los ideólogos, que prometen lo que no cumplen; que hacen de la política el arte de engañar al pueblo, alternando en el Poder la derecha, la izquierda o el centro, según las circunstancias; pero teniendo en el gobierno siempre una clase parasitaria, opuesta a la sociedad auto-gobernada en razón del socialismo libertario.

LA INFLACION DE CLASE MEDIA "TERCIARIA"

Después de la terminación de la segunda guerra mundial, tendencialmente enormes measas de población laboral fueron pasando a las industrias urbanas y, en mayor medida, a los servicios: comercio, bancos y finanzas, empleados del gobierno y de las empresas, personal militar, comunicaciones e información, servicio doméstico, etc. Se ha producido así, en la mayor parte de los países industrializados, un enorme transvase de población del campo a las ciudades y del sector primario y secundario al "terciario", que han aumentado a ritmo acelerado.

Así, por ejemplo, en Francia y Alemania, que en 1936 respectivamente tenían el 35% y el 26% de supoblación activa en la agricultura decendieron, en 1986, al 7,3% y 5,3%. Ello supone un cambio socio-económico y demográfico no registrado durante la primera y la segunda revoluciones industriales, en que fue más lento el proceso de transferencia de masas humanas desde el campo a las ciudades y, por otra parte, desde la agricultura y la industria a los servicios sociales, públicos, administrativos, domésticos, comerciales, financieros y distintas clases de burocracia con comportamiento sociológico y político de clase media.

Increíbemente, la clase media ha crecido como la espuma: se ha triplicado en los 25 años transcurridos entre 1950 y 1975, aumentando a razón de un 4,5% anual, mientras que la población mundial lo haría al 1,7%, necesitando ésta para duplicarse casi unos 40 años. En cifras concretas la clase media en el mundo era estimada en unos 600 millones, en 1965, pero a comienzos de la década de 1980 alcanzaba a 1.800 millones, siendo así la mayor clase de todas en cuanto a número. Políticamente, esto supone que la importancia electoral de obreros y campesinos ha disminuído entre pre y post-guerra, sobre todo en países desarrollados industrialmente, donde el aumento prodigioso de la productividad del trabajo en la industria y la agricultura permitió incre-

mentar, paralelamente, la clase media profesional ocupada en los servicios. Ello en política y justas electorales, ha dado cierta estabilidad a las democracias parlamentarias de la "sociedad de consumo", menos condicionadas ahora por los votos de los obreros y de los campesinos que entre dos guerras mundiales.

Sin embargo, el *exceso de clase media o de personal en los servicios*, un trabajo que no deja materializado ningún bien después de ser afectuado, donde la productividad es muy inferior a la del trabajo en la industria y la agricultura, y que se lleva en USA cerca del 70% del producto interno bruto (PIB), tiende, en un futuro no muy lejano, a reducir el crecimiento económico, debido a que el consumo improductivo es mucho y el ahorro poco, y poca la inversión sobre el PIB, entrando así en el marasmo económico. En este orden de ideas, Estados Unidos, apesar de su gran adelanto tecnológico, la productividad del trabajo es ahora menor del 1%, contra dos o tres veces más en el Japón, donde los servicios no ocupan el 70% del total de la población activa, como en aquél país, sino únicamente el 57,1%. Por consiguiente, la tasa de ahorro y de inversión en Japón y en USA es, respectivamente, muy desigual: 27,8% y 17,2% y 17,9% y 4,2%. A la larga, de seguir así el desarrollo económico desigual entre estos dos países, los japoneses serán más y más ricos, mientras que los ricos norteamericanos se irán empobreciendo respecto de su máximo de riqueza obtenida en los años siguientes a la terminación de la segunda guerra mundial.

Estados Unidos, que a finales del siglo pasado eran un país con poco *Estado burocrático y una sociedad muy autoorganizada*, alcanzó un prodigioso desarrollo económico con altas tasas anuales de ahorro e inversión, pero la burocratización y militarización en la que han caído progresivamente desde la terminación de la segunda guerra mundial, ha lentificado su crecimiento económico, duplicado el total de las deudas sobre el valor del PIB, generado dos déficit gemelos, el de la balanza de comercio y el del presupuesto de su gobierno, que no son superados.

La *inflación de clase media* —aumento de "terciarios" y "cuaternarios"— en Estados Unidos ha proporcionado ocupación a 30 millones de personas desde comienzo de la década de 1970 (aumentando considerablemente en la época de Reagan), pero de esa cantidad muy pocos millones de personas se colocaron en la industria y la agricultura. Ello explicaría *que la poderosa industria norteamericana, que ocupaba en 1946 el 39% de la población activa, haya descendido, en 1986, sólo al 27,7% de ella, revelando así que la economía norteamericana está pasando de la producción a los servicios*, importando enormes cantidades de artículos manufacturados provenientes del Japón, Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong, Alemania occidental y de otros países industrializados. Ello endosó a Estados Unidos, en 1987 un déficit en su balanza de comercio exterior de 160.300 millones de dólares.

El acrecentamiento desmedido de la clase media acupada en actividades "terciarias" y "cuaternarias" consigue reducir la desocupación tecnológica en-

dosada por la reconversión industrial, pero si por el lado malo toda la productividad conseguida en la industria, la agriculturta y actividades productivas ha de ir, en gran parte, hacia el aumento de la participación de los servicios en el reparto del PIB y en el incremento del porcentaje de no productivos, entonces el remedio sería peor que la enfermedad que se trata de curar, difiriendose así pero no resolviendo la crisis económica.

Y como el mercado mundial domina a los mercados nacionales, si los nuevos países industrializados de Asia y Japón trabajan muchas horas por semana sus obreros, con tasas de productividad por hombre-hora muy similares a las de USA y la CEE, aunque cobrando menor salario, entonces a muy corto plazo no van a poder enfrentar la competencia comercial internacional europeos y norteamericanos. Ello explicaría el *superávit del comercio exterior del Japón con la CEE y USA* lo que, en la perspectiva, tendría que producirles desocupación en el sector industrial. Y dado que los norteamericanos tienen sobreocupación en el sector servicios, que no aporta bienes, les plantea una acentuación de la crisis económica en los umbrales del año 2000 con una agravación del proteccionismo para contrarrestar el "dumping" de los nuevos países industriales.

En suma, que es paradójica una economía auspiciada por la revolución científico-tecnológica, perô inerciada por el conservadurismo económico y social, por el burocratismo creciente del Estado benefactor. Así, pues, hace falta una nueva teoría económica que ponga en concordancia la ciencia, la tecnología y la economía con el necesario cambio socio-económico.

Por otra parte, la revolución científico-tecnológica secular, ha producido grandes cambios en la composición porcentual de clases sociales en la población de los países industrializados. Así, por ejemplo, a principios del siglo XX los trabajadores, de la ciudad y del campo empleados en la producción material, constituían alrededor del 70% de la población de los Estados Unidos contra un 30% ahora, y menos del 30% en la CEE.

Quiere decir que, en la evolución económico-social del capitalismo, el factor trabajo humano material va disminuyendo tendencialmente a medida que aumenta la intensidad de capital por trabajador en la agricultura, la industria y otros sectores productivos de bienes. Por el contrario, el ascenso de la población activa en "terciarios" y "cuaternarios" ha incrementado la clase media, o si se quiere la población no productora de bienes materiales, a tasas muy elevadas en relación con la población total. Y ello ha sido posible por el "milagro" de la creciente productividad del trabajo en la industria y la agricultura, la pesca, la minería, la energía, los bosques y, en general, en la producción material.

La mecanización y la electrificación de la agricultura, así como el empleo masivo de abonos químicos y las grandes obras de riego, ha disminuído la población rural y aumentado la población urbana. Por otro lado, la automatización de buena parte del trabajo en la industria, ha permitido el rápido crecimiento de empleados "terciarios" y "cuaternarios": una vasta clase me-

dia, centro-izquierda o centro-derecha, que estabiliza electoralmente la democracia burguesa y pequeño-burguesa, en el juego de los partidos políticos social-demócratas, demo-cristianos o neo-liberales, aduladores del pueblo trabajador; pero, en realidad, gobernando, no para éste, sino para la burguesía industrial, mercantil y financiera. Ello demuestra que el capitalismo ha sido más hábil para durar que los obreros para derrocarlo revolucionariamente.

Si el *proletariado,* en los términos que lo entendía Marx, cumpliendo con su gran papel histórico de emancipación de todas las clases sociales oprimidas, no gestiona directamente la economía (mediante la propiedad social y las empresas autogestionarias) ni la política (mediante la democracia directa del autogobierno), con socialismo libertario y federalismo integrador de la división social del trabajo, entonces el proletariado, manipulado por burguesías y tecnocracias (Oeste) y por burocracias totalitarias (Este), no se historializará como sujeto activo del proceso económico, político y social. En suma, que si el proletariado no es revolucionario, si eterniza sus reivindicaciones por medio de un reformismo sindical, no será nada, sino la base de sustentación productiva de las burguesías, la pequeñas burguesías y la burocracias totalitarias: unas falsamente democráticas, en el Oeste; otras, falsamente socialistas, en el Este; justamente porque hasta ahora el proletariado no ha sabido constituirse en el sujeto activo de la historia, derrocando al Estado de clases privilegiadas mediante formas de democracia directa de la sociedad auto-organizada sin clases, autogestionaria y libertaria.

DISIMULACION DEL PARO OBRERO

Si el valor adquisitivo de la hora de trabajo permanece constante y el obrero trabaja un 20% menos a la semana, es evidente que no se beneficia de la mayor productividad de su trabajo, como no sea con más aciosidad.

Los capitalistas para contrarrestar la ley de la tasa decreciente de ganancia del capital, están obligados a mecanizar y automatizar la producción. Ello produce la ley de la productividad creciente, como hemos indicado en el cuadro anterior. Si estas progresiones no se dan en forma absoluta, se debe a los artificios burgueses de reducción de las horas-obrero trabajados por semana. Sin embargo, el capitalismo norteamericano, a medida que pierde los mercados mundiales por no estar en competencia frente a los europeos japoneses y otros, se va deslizando hacia una crisis económica que lo va abarcando todo. Sólo le falta para estallar que América Latina se emancipe de la explotación y el coloniaje norteamericano. El día que eso suceda sobrarán en paro, en Estados Unidos, muchos millones de obreros, que quedarán sin trabajo, aunque la jornada sea reducida, en horas-obrero trabajadas. Por eso, los días del capitalismo están contados. El exceso de fuerzas productivas, que ha creado entre dos guerras mundiales, exigen un sistema de economía social autogestionaria, pues éstas no pueden ser constreñidas en el estre-

cho marco de su limitada utilización capitalista con un creciente paro de trabajadores sólo resolvible en un socialismo libertario.

La industria siderúrgica nosteamericana tiene desocupados a buena parte sus obreros. Ello se debe a que un obrero estadounidence, con igualdad productiva que un alemán o japonés gana, sin embargo, más. En estas condiciones, el acero norteamericano no puede ser exportado en competencia al mercado mundial. Si los empresarios yanquis dan más participación en el reparto de la plusvalía a sus obreros que los empresarios alemanes o japoneses, ello les induciría una pérdida de competencia en el mercado mundial. A medida que se agudice la competencia económica en los mercados, la crisis económica tendrá que profundizarse en países menos competitivos. Para amortiguarla, sería necesario realizar una devaluación monetaria detrás de otra, en los países que no automaticen y roboticen sus empresas, pero ello produciría desocupación y con ello descontento popular favorable a la revolución social.

Los capitalistas norteamericanos tendrán que salir a pelear por el mercado asiático, africano y latinoamericano, frente a los japoneses y europeos. Para ello deberían reducir el salario de sus obreros. Tal política agudizaría la lucha de clases en Estados Unidos. A la larga, el proletariado norteamericano quizá juegue un papel más decisivo para la revolución social mundial que el proletariado ruso inmovilizado bajo el capitalismo de Estado. En la URSS, la crisis económica no se produciría de igual manera que en el Oeste: será de *subconsumo* o subproducción agrícola, por desarmonía de desarrollo entre la agricultura y la industria. En cambio, en los Estados Unidos la crisis económica será de sobreproducción relativa. Al llegar a sus puntos críticos la crisis económica norteamericana, unida a la de las potencias de Europa y Japón quizá provocaría la guerra, como consecuencia de la crisis en el Oeste y en el Este, si antes de ello no convertimos el capitalismo en socialismo libertario.

La guerra desmentirá la fidelidad de la tesis de la coexistencia pacífica, el neo-capitalismo de la Comunidad económica europea y las ilusiones neo-liberales del capitalismo norteamenricano. El leninismo en la URSS y el neoliberalismo en USA, aunque coexistentes durante algunos años, chocarán finalmente porque son opuestos en ideologías, en política y en economía y en objetivos estratégicos y geo-políticos mundiales.

Todas las crisis capitalistas han tenido su salida natural en las guerras imperialistas,mientras los pueblos no se adelanten a la guerra imperialista con la guerra revolucionaria, para instaurar una sociedad universal autogestionaria. El dilema de nuestro mundo contradictorio es: revolución social o guerra total; quizá estas dos marchan a la vez, en los finales del siglo XX y los comienzos del siglo XXI, a menos que el socialismo y la libertad sustituyan al capitalismo y el totalitarismo con la verdad y la solidaridad.

La guerra total, universal y no ya de ámbito europeo como las dos últimas guerras mundiales, propia de una civilización planetaria, reproduce el mito

de Saturno devorando a sus propios hijos, a fin de que *destruyendo* se pueda seguir *construyendo* dentro del círculo vicioso del capitalismo, en sus formas imperialista o hegemonista. Lamentablemente, la guerra no terminará mientras exista la lucha de clases antagónicas y la de los países ricos y pobres, la de "élites" del Poder, en el Oeste y en el Este, aspirando a la conquista del mundo.

Por otra parte, la guerra es, dentro del caos capitalista, un remedio contra las crisis económicas de sobreproducción relativa y contra el aumento del ejército obrero de desocupados, convirtiéndolo en ejército bélico, que destruya para reconstruir, manteniendo así una eterna economía de escasez de precios elevados, de necesidades insatisfechas, de modo que el posible advenimiento de una economía de abundancia no supere, como clases innecesarias, a la burguesía occidental y a la burocracia soviética que aspiran, una contra la otra, al Imperio mundi, a imponer sus políticas, sus ideologías, su modo de producción universal, su imperialismo, hegemonismo y neo-colonialismo.

Es una ilusión política creer que las guerras se han terminado porque existen las Naciones Unidas (¿o desunidas?), en cuyo foro, diariamente, se oponen la Casa Blanca y el Kremlin, sin contar otros antagonismos nacionales, regionales o mundiales. Sin ablir la lucha de clases, sin unir el mundo federativamente en un solo país, sin compartir igualitariamente las riquezas del mundo, sin salvar al hombre como especie (amenazada por la guerra nuclear) y no sólo como raza o como clase, las guerras seguirán siendo el azote de la humanidad porque están determinadas por contradicciones económicas, políticas y sociales del capitalismo. Ecológica, económica y biológicamente hay que liberar a la humanidad y no sólo al hombre, ya que nuetro dilema es: o nos salvamos todos o perecemos todos. Pero para salvarnos todos necesitamos sustituir el capitalismo por un socialismo libertario, que reparta la riqueza equitativamente y la produzca más abundantemente que el capitalismo.

LA LUCHA DE CLASES Y EL PAUPERISMO

Bajo la dominación de una clase explotadora, el proletariado tiende a empeorar sus condiciones de vida. Al contrario, la burguesía y la tecno-burocracia aumentan su poderío económico, político y social a medida que aumenta la *acumulacion y centralización del capital* en su propio beneficio de clases privilegiadas escudadas tras el poder de clase del Estado burgués o burocrático.

El proceso capitalista de producción, en función de sus contradicciones estructurales, desarrolla fuerzas productivas que no puede controlar en el estrecho marco de las clases sociales antagónicas y los mercados limitados por estas mismas. Llegando a estos límites, las contradicciones se exarceban convirtiéndose en antagonismos violentos. Las *leyes económicas* (extrema-

damente contradictorias) se buscan así sus propias determinaciones y entonces el sistema comienza a moverse por sí mismo hacia otro sistema que lo supere, dialéctica e históricamente, con el socialismo libertario.

Los economistas burgueses, por más cálculos, gráficos y cerebros electrónicos que empleen, no son capaces de conjurar la crisis económica de un sistema alienante y alienado. El número estadístico no tiene nada que ver con la crisis del sistema capitalista. Los políticos burgueses, en medio de la crisis económica y política, siempre van, por un fenómeno de alienación económica, a un terreno que no pueden elegir previamente o que, ya elegido, no lo pueden controlar, como sucede con la crisis sistémica de nuestro régimen socio-económico, opuesto a los intereses generales del pueblo trabajador.

Cuando las fuerzas productivas capitalistas no pueden desarrollarse más, sino que están comprimidas por estamentos jurídicos o estructurales sociales anacrónicos, la lucha de clases se exacerba; adquiere mucha tensión; llegando hasta el paroxismo; entonces, violentamente, la revolución social estalla para liberar a dichas fuerzas de sus ataduras sociales, económicas, políticas y jurídicas, estableciendo otro régimen más humano: el socialismo libertario.

La *esclavitud*, el *feudalismo*, el *capitalismo* y el *socialismo*, como étapas de la humanidad, son momentos históricos de la lucha de clases. "Hasta hoy, toda sociedad descansó en el antagonismo entre las clases oprimidad y las clases opresoras. Pero para poder oprimir a una clase hay que asegurarle, por lo menos, las condiciones indispensables de vida, pues de otro modo, se extinguiría, y con ella su esclavitud" (1).

En apariencia, la "sociedad de consumo" ha elevado el nivel de vida de los trabajadores, de los que no están desocupados, pero ha reducido a la miseria a muchos millones de parados lanzados al gran ejército de reserva desocupada, el más grande de todos los ejércitos, que un día puede sublevarse para derrocar un régimen injusto que le priva de su derecho a la vida y al trabajo, mientras el capital sea propiedad de los no productores o de los explotadores (burgueses o burócratas).

De esta manera, (usando y abusando de un economiscismo burgués, determinado por el egoismo, por la *inmediatez de la ganancia*, despreciando los valores éticos, el progreso científico-tecnológico alienado persiguiendo el beneficio de unos pocos) se crea dialéticamente la desgracia de muchos, y en ese sentido el progreso capitalista,a la larga, se transforma en su contrario: retroceso deshumanizante,desocupación progresiva, disipación del *excedente económico*, en gran parte, en consumo de lujo, fiestas galantes y consumo improductivo de las clases parasitarias, que van aumentando directa y proporcionalmente con el aumento de la productividad del trabajo y con la reconversión industrial, persiguiendo la productividad no como un cálculo de la razón, sino de la irracionalidad y la alienación propias del capitalismo.

El hecho de que en la llamada "sociedad post-industrial", de la perma-

1 Marx y Engels. Manifiesto comunista. (1848).

nente *reconversión industrial* para ponerse una economía o una rama de industria a nivel de competencia internacional, se eche a los trabajadores de las empresas sustituyéndolos por mejores y más productivas máquinas, cuestiona al capitalismo como régimen económico, político, jurídico y social. Nada justifica moralmente que el progreso tecnológico tenga necesariamente como colorario la pérdida del derecho al trabajo de millones de hombres. En este orden de ideas, el progreso capitalista se transforma en retroceso por la propia naturaleza contradictoria del sistema de clases antagónicas determinado por la separación del capital como propiedad, no de los trabajadores sino del no productor, el capitalista, que se apropia del excedente económico generado por el trabajo asalariado.

Si la reconversión industrial capitalista se hace a costa de la desocupación de muchos millones de trabajadores lanzados a la miseria, lo cual constituye uno de los grandes males del capitalismo, esto sucede porque si los trabajadores estuvieran todos ocupados y trabajaran cada vez mejor, con mejores máquinas y más elevada productividad, el capitalismo llegaría a una economía de abundancia y se superaría como sistema económico de administración de recursos escasos. Así las cosas, el progreso tecnológico, económico y científico dentro del capitalismo, es imposible sin desocupación en masa, sin gastos improductivos en el complejo militar industrial, sin Estado caro y malo, sin aumento desmedido de la burocracia, la tecnocracia y las clases medias parasitarias que, hablando en nombre del pueblo, gobiernan para la burguesía y la clase media. Por eso, en determinados momentos, no hay que ser reformista sino revolucionario, no conformándose con votar sino actuar para derrocar un sistema inhumano, injusto y anacrónico: el capitalismo.

PERPECTIVAS DE LAS CLASES

La *lucha de clases* es tan vieja como la aparición de la propiedad privada en la historia de la humanidad. Bajo el capitalismo, la lucha de clases tiende a polarizarse en dos grandes frentes antagónicos: la burguesía y el proletariado. A medida que las clases sociales quedan reducidas a dos únicas clases, el capitalismo se acerca a su desenlace histórico, a su superación en el socialismo, no de Estado, sino libertario, autogestionario y federativo.

La burguesía para subsistir tiene que acumular y concentrar el capital explotar al obrero aumentando la cuota de plusvalía. "La condición de existencia del capital —como decía Marx y Engels— es el trabajo asalariado. El asalariado reposa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del cual la burguesía es el agente involuntario y pasivo, reemplaza el aislamiento de los obreros, resultado de la competencia por su Unión revolucionaria mediante la asociación. Así, pues, el desenvolvimiento de la gran industria remueve vajo los pies de la burguesía, el terrenomismo sobre el cual ella había establecido un sistema de producción y

apropiación. En este sentido, la burguesía crea a sus propios enterradores. Su caída y la victoria del proletariado son igualmente inevitable". (1).

La propiedad capitalista, deviniendo de privada en anónima y de régimen de libre competencia en creación de monopolios, se aproxima a su negación histórica. Las mismas armas que empleara la burguesía contra la aristocracia feudal para eliminarla se vuelven ahora contra ella, ya que el pueblo trabajador ha aumentado mucho en número y el capital se ha concentrado en "pools", "carteles" y "trusts". En estos organismos sólo hace falta, ya, cambiar al consejo de administración capitalista por el consejo autogestor obrero, para autogestionar las empresas en base a la democracia directa, al trabajo libre asociado con sus medios de producción y de cambio, en un socialismo libertario.

Es un hecho histórico, bien sabido, que con el desarrollo del capitalismo se desenvuelve paralelamente la proletización de grandes masa de la población económicamente débil. Miles de trabajadores asalariados son concentrados ahora en una sola empresa como no tuviera igual en número para edificar las pirámides de los Faraones. Bastaría que el proletariado de las grandes fábricas e instituciones fuera movilizado revolucionariamente, para que surgiese el ejército popular que derrocará a la burguesía: cada año con menos miembros, pero siempre con familias más ricas, como le sucedió a la aristocracia esclavista del mundo antiguo.

La enorme masa asalariada de la sociedad burguesa se acerca a luchas revolucionarias decisivas, no sólo de carácter huelguista. El asalariado debe crear, como garantía de su libertad económica, el autogobierno político y la gestión directa de sus empresas. Es ya posible que el proletariado, como clase revolucionaria, se apreste como liberador de las demás clases oprimidas como representante del interés de todos y de la liberación de todos.

De lo contrario, el proletariado (si no es revolucionario constituyéndose en clase dirigente asumiendo la gestión de las economías nacionales, de las empresas de propiedad social y de los autogobiernos locales, regionales y nacionales) no será liberado de su condición de asalariado, ni con gobiernos seudo-democráticos, ni con dictaduras burocráticas falsamente comunistas.

El *cambio de clases* no debe hacerse sustituyendo a las opresoras y explotadoras por las oprimidas y explotadas, según el modelo de dictadura burocrática soviética, porque el hombre asalariado seguiría lo mismo con un sistema o con otro, ya que ambos tienen en común una clase dirigente no productora que, usando y abusando del poder político, de la propiedad privada o estatal, explotan y oprimen a los obreros asalariados, tan asalariados bajo la burocracia soviética como bajo las burguesías occidentales, pues ambas les usurpan el excedente de su trabajo (plusvalía).

Si el proletariado debe *abolir todas las clases*, en el sentido de su misión histórica según Marx, tiene que abolirse a sí mismo como tal *proletariado*

1 Marx, C. y Engels, F. Obr. Cit. Cap. I.

crando un *comunitario*, un hombre libre y no escindido en clases, un autogestor directo de los medios de producción cambio y consumo, un autoliberado, un hombre libre como especie y superado como clase, en base a la propiedad social, la democracia directa, el autogobierno y el federalismo como condición de un verdadero socialismo que puede comenzar a la escala nacional, pero que no triunfaría como *nueva civilización*, como *nuevo modo de producción*, sin ser instaurado internacionalmente. Ello es posible en nuestra época; no es una utopía ya que vivimos en una economía planetaria que para asegurar la paz y la prosperidad para todos los hombres y todas las naciones, tiene que *hacer del mundo un solo país* comprendiéndolas a todas federativamente, como unidad de lo particular en lo general, pero sin que pierda cada pueblo su identidad esencial, su autogobierno y autodeterminación mediante un coherente federalismo para evitar el particularismo.

EMANCIPACION DEL OBRERO

La participación decreciente del obrero en el producto creado por su trabajo, anunciada por Rodbertus, deriva del hecho evidente de que a medida que aumenta la productividad del trabajo en la sociedad capitalista, los salarios de los obreros no se incrementan proporcionalmente en cuanto al reparto equitativo de la renta bruta nacional. En los Estados Unidos y en la URSS, por ejemplo, parte de la productividad es destinada a financiar las economías de guerra para tiempo de paz, consumos de lujos para la clase privilegiada, subsidios a la ociosidad por medio de "precios de sostén" en USA y la CEE para los productos agropecuarios (a condición de sembrar siempre menos hectáreas). Ello hace la vida cara e incrementa una frondosa burocracia improductiva, para mantener el principio de la escasez capitalista. Ello a condición de que las fábricas produzcan, en algunos casos, a poco más del 50% de su capacidad efectiva de producción, disminuyendo las horas-hobrero trabajadas por semana para no incrementar el paro obrero e impedir una economía de abundancia. Si se trabajaran a pleno 48 horas de trabajo semanal en EE.UU., sin existir una reserva obrera desocupada, el capitalismo norteamericano caería en una crisis de sobreproducción; no habría posibilidad inmediata de expansión sin socialismo de autogestión, a fin de que el consumo y la producción pudieran ir paralelamente, fuera del limitado régimen de necesidades propias del capitalismo.

Bajo el régimen de trabajo asalariado, con capitalismo privado y con capitalismo de Estado, rige el sistema de *plusvalía* o del plusproducto absorbido por la burguesía o la burocracia, sin que el obrero tenga el más mínimo derecho a dirigir la empresa, a repartir equitativamente el excedente de su trabajo, luego de deducir una parte para ampliar capital, a fin de que la productividad del trabajo vaya en aumento, como medio de llegar un día a su plena automatización, a la autogestión de las ramas de producción integrantes de la economía social, coordinadas por federaciones de industria en un

Consejo Superior de la Economía Autogestionaria. Sólo así se crearía una sociedad igualitaria con permanente expansión económica, plena ocupación, altos niveles de vida y mayor productividad tendente a la completa automatización del trabajo en los sectores más apropiados a este método de producción. Así se podría liberar mano de obra de los sectores productivos más adelantados para emplearla en los más retrasados, hasta que la automatización pudiera llegar paralelamente a todos los dominios de la economía humana.

Alcanzado este nivel, el hombre tendría más poder sobre la naturaleza que los viejos dioses: dejaría de ser, por fin, una criatura alienada; llegaría así el hombre integral desalienado, el hombre capaz de conquistar los espacios siderales, el hombre que escaparía al medio terrestre, siendo tan fuerte y tan sabio que produciría su medio apropiado en otros planetas; pero para realizar estas magnas tareas el hombre tiene, previamente, que *poner la riqueza en común*. Sin ello, puede el hombre de transición, entre el capitalismo decadente y el socialismo incipiente, perecer en guerras totales, si no se decide a la *acción* para liquidar al capitalismo y entrar en el socialismo federal y autogestionario: empresas autogestionadas, federaciones de industria, empresas autorreguladas y programadas electrónica y armónicamente, por un Consejo de la Economía Social, que debe imprimir a la economía una ley de desarrollo proporcionado. Así unas producciones no abundarían demasiado y otras escasearían excesivamente, evitando crisis económicas de desproporcionalidad en las ramas de la economía, como las producidas en el capitalismo: crisis de mercado (Oeste), de subconsumo (URSS), y de desarmonía entre la producción y el consumo a causa del trabajo asalariado y de la propiedad privada o estatal, del derroche en el rearme y del paro obrero.

La planificación y la libertad coinciden con el socialismo de autogestión y el federalismo de las ramas de producción de una economía nacional, primero y de la economía universal, después, cuando el socialismo esté implantado en todo el mundo. La *desalienación* del obrero pasa necesariamente por el socialismo de autogestión y la federalización de la economía humana: fuera de la dictadura económica de las burguesías o de las burocracias totalitarias.

Económicamente, en el socialismo el obrero no debe gastar totalmente el producto que crea con su trabajo, ya que así no quedaría nada para inversión, para progreso económico, cultural y tecnológico. Así la sociedad se estancaría cayendo en una crisis de agonía y de subproducción. Pero con la autogestión de la economía hay que producir más de lo necesario para que, por fin, el hombre sea liberado: desalienado, en virtud de la automatización del trabajo, que pueda desemvolver una sociedad que ponga, plenamente, la riqueza en común, teniendo los trabajadores su auto-administración. Sólo así la plusvalía o el plusproducto no se repartiría sin ellos por una rentada burocracia: "nueva clase" que pudiera suceder a la burguesía, si no hay autogestión y democracia directa, como sucede en la URSS.

El *modelo de revolución* seudo-socialista, según la forma de Estado y de

sociedad en la Unión Soviética, no debe repetirse para la supuesta liberación del proletariado, ya que la burocracia soviética es más totalitaria que la burguesía liberal y nada socialista, y menos aún comunista. En consecuencia, la liberación del proletariado no pasa ya por el bolchevismo, sino por la autogestión, por la democracia directa, por el modelo de desarrollo económico, cultural, tecnológico y social del socialismo libertario.

EL PROCESO DE CAMBIO REVOLUCIONARIO

En el proceso capitalista —en su *devenir*— está su negación: depaupera a millones de seres humanos, sometidos a la dictadura del capital privado; y forma así el innumerable e inagotable *ejército del descontento* que lo derrocará violentamente. Cuanto más quiere afirmarse la burguesía tanto más, dialécticamente, se niega: los monopolios parecieran afirmar el dominio económico y político de ésta; pero la condenan al oponerse éstos al interés general de la sociedad. La riqueza social no debe seguir siendo propiedad privada o estatal; tiene que ponerse en común para multiplicar la producción y la productividad: sin crisis económicas, sin guerras nacionales o imperialistas, sin conflictos de clases.

La lucha de clases va implícita, dialécticamente en el capitalismo como su propia negación histórica. Para Marx, con "el derrocamiento de la burguesía caería, al mismo tiempo, la propiedad privada y entonces la victoria de la clase obrera pondría fin para siempre a la lucha de clases y de castas", pero ello no se ha producido en la URSS con la política totalitaria del marxismo-leninismo, ni en China, ni en el COMECON.

Desde el punto de vista económico histórico y sociológico, la lucha de clases va ligada, indisolublemente, a las formas de la propiedad de los medios de producción y de cambio, al desarrollo de las fuerzas productivas, al grado de dominio del hombre sobre la naturaleza. Tanto es así que el desenvolvimiento de la producción capitalista ha hecho del capitalismo un sistema mundial y, por tanto, su derrocamiento también será necesariamente universal. Por otra parte, el régimen capitalista con su dialéctica económica crea *dos grandes clases sociales* : el proletariado y la burguesía. En Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, por no citar a otros países, se han formado dos grandes clases antagónicas: el proletariado y la burguesía. La solución de estas contradicciones de clase implica, necesariamente, el advenimiento de una sociedad no capitalista, una sociedad libertaria, pues el socialismo económicamente se desenvuelve a partir del capitalismo. En los países subdesarrollados, hay más clases sociales que en los países altamente industrializados. Ello presupone una mayor traba para instaurar el socialismo en el "Tercer Mundo" que en los países capitalistas de avanzado desarrollo económico, de enorme concentración de la producción o del capital. China, por ejemplo, tiene un régimen *avanzado* en ideología; pero el régimen económico es *atrasado*. En cambio Estados Unidos cuenta con un sistema

económico avanzado y un gobierno retrógado. Dentro de este sistema de contradicciones: ¿cuál de estos países llegará más pronto por la dinámica de la lucha popular al socialismo de autogestión?: sin confundirlo con el socialismo parlamentario pequeño-burgués: Oeste; ni con el socialismo burocrático, Este.

Las ideologías, haciendo abstracción de las contradicciones objetivas, sustituyendo los hechos indeseables con palabras rimbombantes, suelen calificar como socialismo, semánticamente, lo que es capitalismo de Estado, realmente. Ello está muy en boga en los "slogans" publicitarios del socialismo burocrático de estilo soviético, donde la logomaquia de los discursos de los líderes infalibles habla del "socialismo real", del "comunismo como objetivo no lejano", aunque el régimen soviético no ha sido capaz de superar el capitalismo de Estado en siete décadas de existencia histórica y política.

Y la verdad es que los obreros siguen siendo asalariados en el Este como en el Oeste, participando en forma decreciente en el producto de su trabajo, ya que el aumento de su productividad adicional, no redunda en beneficio de ellos, sino de las burguesías y de las tecnocracias occidentales o de la burocracia y la tecnocracia soviéticas, que monopolizan la dirección de los partidos comunistas únicos y de su Estado totalitario.

Si el pueblo trabajador no participa directamente en la política, por medio del *autogobierno*, y si no gestiona (sin mediación de las burguesías o de las tecnocracias y las burocracias) las empresas industriales, comerciales y financieras, si no se auto-organiza política, económica y socialmente en defensa del interés general, todo intento de "democracia popular", de "comunismo" o de "democracia convencional o parlamentaria", constituiría una permanente estafa política a ese pueblo productor del excedente económico disipado, en gran parte, por las clases dominantes.

Es necesario, una vez por todas, que el pueblo, sujeto activo del cambio socio-económico, transforme la vieja sociedad de opresión y explotación en liberación y autogestión. Hay, pues, que cambiar la sociedad de clases antagónicas por un mundo más humano, igualitario y armónico; cambiar las estructuras de dominación por el autogobierno de emancipación; cambiar el *modo de producción, cambio, distribución y consumo*, teniendo en cuenta el mejoramiento de la calidad de vida; estabilizar la nueva sociedad dentro de un orden socio-económico más racional y humano, que procure para todos los hombres —sin distinción de castas o de clases— un mundo de paz, progreso y prosperidad. Un mundo así no se alcanza con el capitalismo depredador de la naturaleza y de los hombres (persiguiendo la inmediatez de la ganancia), ni con el comunismo burocrático (que es el capitalismo con otro nombre), se alcanzará con un socialismo libertario.

El *viejo orden social* debe ser abolido y sustituido por un socialismo libertario. Los grupos humanos, las clases oprimidas, que son víctimas del capitalismo deben subvertirlo, dejando de ser súbditos obedientes de un Estado caro, malo, opresor y depredador. La Sociedad auto-organizada tiene que

superar al Estado omnipotente y omnipresente, de modo que los hombres dejen de ser súbditos pasivos, a fin de que se conviertan en ciudadanos libres.

Hay que cambiar de raíz la infraestructura socio-económica conservadora y la superestructura políticas, jurídica y administrativa que han permitido que las clases, las castas o las "élites" del Poder burocrático (minorías de privilegio), hayan dominado a las mayorías explotadas en su trabajo cotidiano, desde el esclavismo al capitalismo.

El Estado centralizado, usurpador del autopoder de la Sociedad, ha de ser abolido y sustituído por autogobiernos, órganos de participación política del pueblo, empresas de propiedad social e instituciones de democracia directa, de modo que no sea posible la dominación ni la explotación del hombre por el hombre.

Los modelos políticos, "made in USA" o "made in URSS", están igualmente desprestigiados: no garantizan la paz, la prosperidad, la igualdad y la justicia social entre los hombres. Ni el *imperialismo* de Wall Street ni el *hegemonismo* del Kremlin puede evitar la guerra, sino más bien provocarla con sus desmedidos apetitos de dominación mundial. Ello en la época de las armas atómicas constituye un serio peligro de exterminación masiva de la humanidad, tan sólo por mantener en el Poder a las burocracias hegemonistas o a las burguesías imperialistas, que deben ser derrocadas por el pueblo que las sufre pasivamente engañado por las ideologías seudo-socialistas.

Mientras el Kremlin crea que es el epicentro del mundo o la Casa Blanca el centro de gravedad del planeta, la guerra será más problable que la paz. Y como las grandes potencias chocan por intereses económicos, estratégicos y de poderío mundial, los pueblos, para no ser pasto de las armas de destrucción masiva, tienen que luchar por la paz, pero no defensivamente sino ofensivamente, haciendo la *revolución social* que sustituya en el Poder a las burocracias totalitarias del Este y a las burguesías imperialistas del Oeste. Para el pueblo trabajador la salvación no es individual sino colectiva, sin egoismo, con socialismo libertario. Así, pues, la verdadera "edad de oro" no está en el pasado, sino en el futuro de la humanidad, un futuro que hay que hacerlo para poder merecerlo en una sociedad libertaria.

EMPRESA DE PARTICIPACION

Sin participación directa de los trabajadores en sus empresas, no hay autogestión y sin esa condicion no hay socialismo ni cambio socio-económico fundamental, ya que la propiedad privada o estatal del capital suponen un Estado al servicio de las clases dominantes contra las clases dominadas y explotadas.

Para que haya verdadera democracia socialista, los trabajadores tienen que gestionar directamente sus fábricas y los ciudadanos tomar las decisiones políticas en sus autogobiernos locales y regionales, mediante un *federalis*

mo que revalide al socialismo, ya que sin ello las "élites" del poder político y las tecnocracias deciden por el pueblo, pero en beneficio de ellas mismas y contra él, como sucede con el seudo-comunismo.

El pueblo trabajador para ser el protagonista del cambio socio-económico y político ha de liberarse de la "clase política" —ya hable un lenguaje de izquierda o de derecha—, puesto que ésta tiende a perpetuarse en el Poder y a usufructuar la *plusvalía*, no redimiendo así nunca al hombre asalariado de su trabajo alienado.

La *liberación del hombre asalariado* no se hace con discursos retóricos, ni con utopías o ideologías sin contener al menos una fuerte dosis de economía concreta. En este orden de ideas, el mundo de nuestro tiempo ha experimentado ya tres modelos socio-económicos:

1.—*Economía capitalista*: Mistificada por ideologías neo-liberales, demo-cristianas, social-demócratas o de socialismo de cátedra; no resuelve la crisis económica; no garantiza la paz entre las clases y las naciones; no mantiene la plena ocupación; no tiene perspectiva histórica de que el mundo vaya a una situación mejor, sino a peor coyunturalmente.

2.—*Economía de Estado*: Ensayada en la URSS y en los países del COMECON, donde el Estado total es dueño de todo y de todos,no siendo el hombre ciudadano libre, sino súbdito de un Poder alienante y alienado, más propio del viejo despotismo asiático que del socialismo verdadero.

3.—*Economía autogestionaria:* Basada en la propiedad social de los medios de producción, en el capital al servicio del trabajo asociado, donde es posible imprimir una ley de desarrollo armónico a la economía social, haciendo así posible la prosperidad, la solidaridad, la libertad, la productividad y la igualdad en un socialismo libertario.

En realidad, esos tres modelos económicos tienen expresiones ideológicas diferentes: democracia burguesa neo-liberal, marxismo-leninismo y socialismo autogestionario. En el *modelo burgués*, domina el espontaneismo económico, el egoismo de las clases privilegiadas, la propiedad privada como derecho de usar y de abusar del hombre asalariado; hay así crisis económicas recurrentes, desocupación obrera permanente, monopolios industriales, mercantiles y financieros; y, en fin, la democracia angosta del poder del dinero. En el *modelo marxista-leninista*, el Estado-propietario de todo domina sobre los hombres y los productos de su trabajo, creando así un capitalismo (salvaje) de Estado, más deshumanizado, si cabe, que el capitalismo privado. Por otra parte, este modelo totalitario no resuelve las crisis económicas de desarrollo desarmónico entre la agricultura y la industria, entre la ciudad y el campo, entre naciones avanzadas y subdesarrolladas y perpetua la diferencia entre trabajo manual e intelectual, no siendo así el marxismo-lennismo más que otra forma, tan mala o peor, como el viejo capitalismo. En el *modelo de socialismo autogestionario*, la propiedad social garantiza a todos los hombres su derecho al trabajo y a gestionar directamente sus empresas industriales, agrícolas o de servicios por los trabajadores mismos, sin burguesías (Oeste) ni burocracias (Este).

El socialismo de autogestión hace posible la democracia política, social y económica como tarea cotidiana de los trabajdores en sus empresas autogestionadas y de los ciudadanos, en sus autogobiernos o comunidades campesinas. Por otra parte, a diferencia de la tesis del marxismo-leninismo, que implica la instauración de la "dictadura del proletariado" en la etapa de *transición* del capitalismo al comunismo, el modelo libertario hace posible la *transición*, el cambio socio-económico del capitalismo al socialismo, con democracia directa en las empresas y en los autogobiernos, superando así, por innecesaria la dictadura marxista-leninista. Además, el socialismo de autogestión no es un proyecto determinado, sino a iniciar, ya que su principio no es una meta final, sino el comienzo de una etapa necesaria de creación de la sociedad libertaria por las generaciones presentes y las futuras, hasta alcanzar un socialismo integral o un comunismo libertario universal, cuando el mundo con él fuera un solo país, uniendo pueblos y razas diferentes mediante un federalismo coherente, que contenga la unidad en la diversidad de culturas de todos los pueblos.

La realización del *socialismo en libertad* requiere la participación pópular directa, sin burguesías seudo-democráticas ni burocracias totalitariascomo protagonistas de la política y de la conducción económica de la Sociedad sin Estado demo-liberal burgués ni Estado burocrático totalitario, pues bajo ambas formas de Estado el pueblo es oprimido y explotado por las viejas o las nuevas clases dominantes.

El pueblo trabajador tiene que construir el socialismo libertario participando directamente en las empresas industriales, agrícolas, de servicios y de toda clase. Los consejos autogestionarios de trabajadores han de sustituir, en la dirección de las empresas y del aparato burocrático administrativo, a las burguesías tradicionales y a las burocracias seudo-comunistas, pues ambas tienen en común ser extorsionadoras de la plusvalía, ya sea bajo el *modo de producción capitalista* convencional o del *modo de producción estatista,* encarnado en el modelo soviético de socialismo administrativo.

En su calidad de autogestores, los trabajadores liberados de la dictadura del capital privado o de Estado, deben participar en la gestión de sus empresas y en el reparto del excedente económico obtenido en ellas por su trabajo asociado; participar en la toma de decisiones de la actividad económica de las empresas autogestionadas; definir la política económica de la empresa de propiedad social, a fin de que sea asegurado su contínuo progreso económico, tecnológico, cultural, social,educativo e informativo; dirigirse los autogestores a los órganos del autogobierno empresarial con justas peticiones a las cuales éstos están obligados a responder practicando la democracia directa sin trámites burocráticos.

A diferencia de las empresas capitalistas tradicionales y de las empresas estatales seudo-comunistas, la empresa autogestionaria de propiedad social ha de hacer participar, en forma creciente y competente,a sus trabajadores, entre otros, en los cometidos siguientes: adopción por la asamblea soberana

de su estatuto,de sus reglamentos de trabajo asociado, de sus consejos autogestores renovables cada dos años y no reelegibles hasta pasados otros dos años más, de tal suerte que nadie se burocratice.

Por otra parte, la empresa autogestionaria tiene que hacer participar a los autogestores en la discusión del plan económico,en el reparto del excedente económico, en las inversiones necesarias para hacer la reproducción ampliada del capital social, en la elaboración de nuevos productos, en la exportación e importación de mercancías, de patentes y tecnologías, en la formación de trabajadores cada vez más técnicos y menos manuales mediante una adecuada política educativa que haga de la empresa una *escuela-fábrica,* a fin de superar la diferencias de remuneración entre el trabajo manual e intelectual, lo cual, mientras dure, se opone a la realización de un socialismo verdadero.

Los trabajadores de la empresa de propiedad social autogestionada deben tener acceso a sus decisiones fundamentales: cálculo de los gastos de producción; precios; plan de cuentas; informes periódicos; convenios y contratos de todo tipo; decidir sobre la elección de candidatos al consejo autogestor; votar el reglamento de derechos y deberes de los trabajadores; informarse sobre gastos y recursos; concertar créditos; vincularse con otras empresas y organismos; considerar el saldo de resultados económicos mensual, trimestral y anualmente; apercibirse de los planes económicos a corto, mediano y largo plazo.

El Consejo Obrero de la Empresa Autogestionaria, una vez que ha sido elegido democráticamente, por voto secreto y directo, es el Autopoder supremo de la misma, y, entre otras, debe tener las competencias siguientes: controlar el saldo mensual de resultados de la actividad económica; recomendar a los trabajadores un nivel medio de ingresos y una práctica de consumo diferente de la sociedad capitalista; optar, en el período de transición del capitalismo al socialismo autogestionario, por acumular e invertir capital social para incrementar la productividad del trabajo; elevar el nivel de vida de los trabajadores, de su cultura general y tecnológica, reduciendo, en lo posible, la jornada de trabajo; estimular la autodisciplina laboral y la eficacia productiva del trabajo asociado, a fin de que a mayor participación no haya menor acumulación de capital, cosa que piensa de los obreros la burocracia y la burguesía, para justificarse como clases dirigentes inversoras; controlar el volumen y la calidad de trabajo, en lo general y en lo particular, para que sus productos sean buenos en cantidad y en calidad; cuidar los medios de producción a fin de que estén en las mejores condiciones de su utilización y del mayor rendimiento del trabajo; mantener las máquinas en óptimas condiciones entre los equipos que las utilizan cotidianamente; asegurar la plena ocupación con derecho al trabajo para todos, pero sin que haya paro disimulado con baja eficiencia en las empresas; reglamentar y sistematizar las relaciones laborales con tendencia a igualar económicamente a los trabajadores, mediante la educación general y técnica de todos ellos; emplear óptimamen-

te los medios de producción disponibles: renovarlos, amortizarlos y ampliarlos con inversiones adecuadas de capital social; crear un fondo de consumo durable destinado a viviendas, educación, recreo, vacaciones, higiene y sanidad que mejore las condiciones económicas, sociales y culturales de todos los trabajadores; constituir reservas de capital que actúen, en el momento requerido, para compensar económicamente oscilaciones del mercado autogestionario; tomar decisiones sobre integración o fusión de empresas de la misma federación de industria o de servicios para simplificar costos y evitar duplicaciones innecesarias o generadoras de déficit.

En este orden de ideas, las empresas autogestionarias de propiedad social unen a los productores directos con su capital social mientras que la empresa estatal somete al capital estatizado el trabajo asalariado, reducido a servidumbre (alienado), haciendo así imposible el ascenso al socialismo, ya que el asalariado, con capital privado o de Estado, supone que una clase opresora y explotadora usufructúa la *plusvalía*. En este sentido, la burocracia soviética o la burguesía occidental, enajenando el trabajo en el capital, se apropian, sin aporte concreto de trabajo, del *excedente económico* producido por éste en perjuicio de las clases productivas y en beneficio de las clases parasitarias.

Después del fracaso evidente de las revoluciones *seudo-socialistas* de modelo soviético, no se debe caer en el error de confundir el capitalismo de Estado con el auténtico socialismo, reproduciendo obtusamente el concepto staliniano del fin providencial del Estado. Mientras esta política alienada no sea desmitificada, las revoluciones de modelo soviético corren el peligro de burocratización y estatización, ya sea entre los africanos (Angola, Mozambique y Etiopía), entre los asiáticos (Vietnam, Corea y Afganistán) entre los europeos ("republicas populares"), entre los latinoamericanos (Cuba y Nicaragua). Ello evidencia que las mismas *formas de Estado* producen los mismo resultados políticos, la misma burocratización y estatización de la economía, de la política, de la información y la cultura, de la justicia y de la administración, colocando al Líder infalible por encima de todo el pueblo y al Estado total sobre la Sociedad oprimida.

La *ilusión del Estado obrero*, en el sentido marxista-leninista de que los trabajadores crean su propio poder de clase, no tiene validez política objetiva, ya que la experiencia histórica ha demostrado sobradamente que el Estado, en vez de ser servidor de los obreros, se convierte en dueño y señor de ellos por medio de la burocracia totalitaria del Partido único que es, al mismo tiempo, como la Iglesia en la Edad Media, quien se apropia del *producto social* creado por el trabajo asalariado, con menos derechos que bajo el Estado burgués, ya que el Estado soviético reprime la resistencia sindical o política de los trabajadores con más intolerancia que la burguesía liberal de Occidente

Los *latifundios* de la Antigüedad, los *feudos* de la Edad Media y la *empresa capitalista*, todas estas formas de propiedad, en distintos modos de

producción históricos, han estado regentados por sus propietarios. La dependencia del trabajo esclavizado, servil o asalariado, era bien visible, pero más en la esclavitud y la servidumbre que bajo el sistema de trabajo asalariado donde, en apariencia, el obrero es relativamente libre y recibe un precio por su fuerza de trabajo, aunque es menos visible la *plusvalía* que éste trabajo deja como remanente no pagado por el empresario. Bajo la dominación del Estado-patrón, con propiedad estatal de los medios de producción y de cambio, el *derecho de gestión* de la empresa no le corresponde al hombre asalariado y, en apariencia también, pareciera que éste recibe el producto íntegro de su trabajo. Sin embargo, el salario del obrero, bajo el régimen de propiedad estatal, es productor de *plusvalía* como bajo el capitalismo privado, aunque con la supresión del capitalismo privado y de la burguesía diera la sensación de que algo ha cambiado, pero no lo suficiente, ya que el obrero soviético es tan obrero como el obrero occidental.

No hay, pues, tanta diferencia en cuanto a la explotación del trabajo ajeno no pagado (plusvalía) entre el capitalismo de Estado (Este) y el capitalismo privado (Oeste), ni tampoco en la gestión de las empresas, ya que el empresario es un monarca absoluto en la dirección de las mismas y el burócrata soviético no es menos absolutista. Por consiguiente, esas dos formas de empresa siguen siendo antagónicas y sometidas a la lucha de clases; aunque no aflora ésta tan evidentemente en la Unión Soviética como en Occidente; puesto que es reprimida más duramente que los países capitalistas; pero no por eso deja de existir esta lucha potencialmente y manifestarse como en 1989, en todo el COMECON y en la URSS.

Sólo la autogestión obrera, la participación creciente de los trabajadores en sus empresas puede ampliar la democracia económica y con ella la democracia política, cosa que no es posible bajo el dominio de los empresarios capitalistas o bajo el Estado-patrón soviético: dos formas de capitalismo (privado o de Estado) que contienen la lucha de clases, la injusticia social, la desigualdad de condiciones entre los hombres divididos en dirigidos y dirigentes.

La autogestión de las empresas por los productores directos, sin burgueses ni tecnócratas como autócratas de los consejos de administración, suprime la disciplina militar en las fábricas, sustituida por la autodisciplina consciente de los trabajadores, sabiendo que a mejor resultado económico mensual, trimestral, semestral y anual mayor *ingreso de participación personal* de cada uno de ellos, sin necesidad de ser arreados como esclavos por el capataz de las empresas capitalistas. De esta manera, efectivamente, pueden ser democratizadas las relaciones laborales entre los autogestores, pero cuidando que a mayor participación de ellos en sus empresas no disminuya la tasa de acumulación de capital social para invertirlo en la consecución de más progreso económico, cultural y tecnológico que bajo el capitalismo privado o de Estado. Si el socialismo de autogestión suprime las *rentas parasitarias de los capitalistas* no debe, en los primeros momentos de su realización,

comérselas en consumo improductivo o dedicarlas a consumos innecesarios de tipo burgués, ya que de proceder así las fuerzas productivas no se desarrollarían más con socialismo autogestionario que con capitalismo autoritario. Esas rentas abolidas, que antes percibían las clases explotadoras, han de ser invertidas en mejores máquinas, más educación para los trabajadores, más capital destinado a innovación y desarrollo (I + D), más cultura , mejores métodos de producción y de administración, a fin de que, a corto plazo, pueda ir disminuyendo la jornada de trabajo, elevando la productividad por hombre-hora empleado. En este sentido, se conseguiría más tiempo de ocio para todos los trabajadores, pues el ocio permite que éstos se eduquen más y mejor, cada año que pase, de modo que todos sepan hacer todo conociendo plenamente todo, a fin de que no haya ni dirigidos ni dirigentes, ni manuales ni intelectuales, ni ricos ni pobres, llegando así a superar la vieja ley de la división social del trabajo, en cada empresa.

Pero una economía autogestionaria debe responder al desafío tecnológico de las empresa-mamut del capitalismo de Estado y de las empresas multinacionales, integrando las pequeñas y medianas empresas autogestionarias en unidades de producción de tamaño ideal, capaces de asimilar la revolución científico-tecnológica del siglo. Si el capitalismo es capaz de mayor progreso económico, de mayor expansión en el mercado mundial, de mayor aumento de la productividad del trabajo, de más adelanto científico y tecnológico que el socialismo autogestionario, su triunfo universal quedaría cuestionado, pues la humanidad no quiere perder fuerzas productivas, nivel de vida y bienestar adquiridos, cambiando de régimen.

Queramos o no, hay que ser *desarrollistas* en el buen sentido; pero no aumentar la producción por la producción misma; no producir consumos de lujo innecesario que se tragan el capital social que debiera ser invertido en alcanzar mayor progreso económico, cultural y tecnológico; no dejarse seducir por el fetichismo de la mercancía o del dinero, manipulado por la publicidad mercantil; no desarrollar desigualmente la agricultura y la industria para amontonar millones de habitantes en las megalópolis; no dejar que unas regiones sean ricas y otras pobres como ha hecho el capitalismo, sino dar un desarrollo paralelo y proporcionado en base a inversiones globales realizadas por un fondo nacional o social de igualación del progreso y del bienestar entre los hombres; no dejar que los tecnócratas, en las fábricas, y los políticos, en la administración, dividan el trabajo entre manual e intelectual y entre dirigentes y dirigidos; pero para evitar todo esto, los autogestores, en sus empresas y sus autogobiernos, deben ejercer el Autopoder con conocimiento de causa, educándose permanentemente, utilizando su tiempo de trabajo y de ocio como concienciación para la autogestión, pues sin educación igual no hay igual participación para todos los trabajadores.

Hay que evitar, en la realización del socialismo autogestionario, que las *"élites" de poder y del saber* se consorcien como "nueva clase dirigente", si dejamos que los "expertos" o "ejecutivos" frenen, con el uso ideológico o de cla-

se de la tecnología, el desarrollo político de los trabajadores y de los ciudadanos para que éstos no sean capaces de gestionar directamente sus empresa y sus autogobiernos.

La producción industrial moderna, donde la ciencia y la técnica son factores inmediatos de producción, facilita el accenso de los tecnócratas a su gestión autocrática, si los trabajadores no son educados en la *escuela-fábrica,* en la praxis cotidiana, de modo que todos puedan ser elegidos y elegibles para todos los cargos, pero con conocimientos científicos suficientes, de modo que sea eficiente la gestión democratizada. Mientras haya coordinadores generales de las relaciones de trabajo, porque unos saben mucho y otros poco, no habrá plena participación de los trabajadores, ni con empresas capitalistas ni con empresas de propiedad social.

Las *relaciones sociales de producción* en las empresas tienen que ser democratizadas, haciendo del trabajo otra forma de estudio, a condición de que los trabajadores vayan conociendo el proceso general de producción, consumo, cambio y distribución en una economía de propiedad social, y, en particular, el de sus empresas autogestionadas. Por otra parte, hay que superar la vieja división del trabajo polarizada en dos grupos: unos, los que ejecutan las tareas materiales de la producción; otros, los que las dirigen autocráticamente, sin que haya posibilidad de que unos puedan ser, algunas veces, ejecutantes y otras, directores o técnicos.

Si el socialismo autogestionario no fuera capaz de superar la vieja división del trabajo, entre ejecución de la producción y dirección de la misma, no sería posible entoces la emancipación de los trabajadores, no siendo éstos capaces de superar los resíduos de clase de los viejos modos de producción que han pasado por la historia. ¿De qué serviría entonces un socialismo autogestionario si no supera la diferencia entre trabajo manual y trabajo intelectual?. Si a causa de ello se impidiera la igualdad económica entre los hombres continuaríamos viviendo, con socialismo de autogestión, en una forma residual del capitalismo.

La participación creciente de los trabajadores en la gestión de sus empresas, siendo todos capaces de hacer todo, es la condición esencial del socialismo autogestionario. Sólo así todos participarían por igual en la gestión y la distribución del excedete económico, producto de un trabajo común y en igualdad de condiciones para todos, porque todos tendrían los mismos niveles técnicos, científicos o de educación, aunque sean más innovadores unos que otros. Pero al sabio, el inventor, el creador, le queda ante sus semejantes el ser un poco más desemejante por su capacidad de invención que lo historializará o eternizará, lo cual ya es un gran privilegio que no tienen los demás hombres aunque todos fueran iguales económicamente.

La socialización de la producción implica, a su vez, la abolición del patrón privado o del Estado-patrón, colocando a todos los hombres, sepan más o menos, en igualdad de condiciones económicas, educativas, sociales y jurídicas, a fin de que nadie, ni la clase ni o la raza, constituyan signo de inferio-

ridad o de superioridad, como sucede bajo el sistema capitalista convencional o bajo el socialismo administrativo de tipo soviético, que no superan el *viejo régimen de clases*, porque unos mandan y otros obedecen, porque unos tienen suculentos ingresos personales y otros magros salarios.

Mientras haya quien se apropie, directa o indirectamente, de una parte del *excedente del trabajo asalariado*, creando así un sistema de rentas muy diferenciales, teniendo unos mucho de todo y otros, nada, no se habrá resuelto el problema de la *injusticia social entre los hombres*, ya sea con propiedad privada o con propiedad estatal, pues la solución de tal problema supone la instauración de la propiedad social, la empresa autogestionaria, y, la democracia directa, en el régimen político, para poder abolir los partidos políticos y la clase política que los encarna como clase monopolizadora del Poder.

La propiedad estatal ,dando más Poder a la clase política que la propiedad privada, ya que el Estado es el gran propietario de hombres y bienes, aunque dando la sensación de que es el "Estado de todos" —como dicen los soviéticos— significa que hay una clase privilegiada que habla en "socialista" o "comunista", pero que procede en capitalista. Y ello sucede porque el Estado está colocado *sobre* la Sociedad, *sobre* los productores directos excluídos de sus medios de producción, reducidos a la condición de una enorme masa asalariada, mal renumerada en su trabajo, mientras que la burocracia y la tecnocracia perciben rentas, sin aporte de trabajo productivo, varias veces superiores al salario del obrero peor renumerado.

El siglo XX ha sido pródigo en *revoluciones* de todo tipo, llamadas "socialistas", siguiendo el modelo soviético, en realidad burocráticas o de continuación del capitalismo, pero de Estado, que no emancipa al proletariado, sino que lo reduce a cifras de producción en el sistema de planificación centralizada. Ya es hora, pues, de que el socialismo administrativo, sin la mínima democracia directa, sea sustituido por el socialismo libertario, que coloque al hombre en el centro del progreso económico-social para conducirlo como empresas autogestionarias de propiedad social, en tanto que productor directo, y como ciudadano, en sus autogobiernos federados.

Sin embargo, en 1989, la rebelión de las masas contra el Estado-patrón, en Polonia y Hungría, Alemania, Checoslovaquía, Bulgaria y Rumanía, países de socialismo administrativo, no parecieran sustituir a éste por el socialismo de autogestión, sino por un neo-capitalismo en base a la constitución de empresas mixtas con el Occidente.

El capitalismo financiero occidental, más la CEE que USA y Japón, se ha consorciado para imponer la social-democracia o la democracia cristiana, en Europa del Este, aportando créditos, creando un banco de desarrollo con capital occidental, a fin de que la rebelión de las masas, al superar el stalinismo residual en el Este, no conduzca a una revolución socialista verdadera, autogestionaria y libertaria.

Así la liberación popular en el COMECON sería aparente y no real, pues los obreros seguirían siendo obreros de las empresas mixtas Este-Oeste, pro-

ductores de plusvalía para la tecnocracia neo-comunista y las oligarquías capitalistas occidentales. Por eso, en el Este no hay que ser reformista, sino revolucionario por medio de la acción directa y la democracia directa, sin empresas mixtas, con empresas autogestionarias, con autogobierno en la política, sin parlamentarismo burgués, con socialismo libertario.

Abandonar el neo-stalinismo en los países del Este, o sea, el capitalismo de Estado para entrar en formas mixtas de capitalismo privado consorciado el Estado-patrón con empresas multinacionales, y presentarlo como una gran novedad (que la URSS y Cía. descubren ahora como una novedad el capitalismo occidental), no deja de ser la mayor de las ironías dialécticas del siglo XX.

¿Qué ganarían los obreros del Este de Europa cambiando al Estado-patrón por un patrón capitalista de empresas multinacionales? ¿Es que así dejarían de ser obreros asalariados productores de plusvalía bajo un patrón privado como bajo el Estado-patrón?. Dejar el capitalismo de Estado (dicho comunista) y tomar a un patrón capitalista occidental no es un progreso para los obreros del Este, sino más bien una política tan mala o peor. La clase obrera polaca no tiene nada que ganar, social, económica y políticamente con que el líder obrero demo-cristiano, Walesa, critique la infalibilidad del marxismo-leninismo y acepte la infalibilidad del Papa, o que renuncie a la política del Kremlin y acepte, entusismado, la de la Casa Blanca. Ello demuestra que la experiencia comunista del Este ha sido tan mala que hasta los países del COMECON presentan, después de sus muchos años de socialismo administrativo, al capitalismo como un descubrimiento. Y lo que tendría que descubrir no es el régimen de Occidente, sino instaurar en Oriente algo más novedoso que el capitalismo, es decir, el socialismo libertario, pues no es muy progresivo que parezca imitar al Occidente capitalista que, en 1989, tenía más de 31 millones de trabajadores desocupados. Cambiar un régimen malo por otro tan malo o peor no es un progreso, sino más bien un retroceso económico, político y social.

BIBLIOGRAFIA

MARX, Carlos.

El capital. Refiriéndose a la economía clásica, Marx, dice: ..."Ricardo es el primer economista que hace deliberadamente del antagonismo de los intereses de clase, de la oposición entre salario y beneficio, entre beneficio y renta, el punto de partida de sus investigaciones. Este antagonismo, inseparable, en efecto, de la existencia misma de clases de las cuales la sociedad burguesa se compone, él (Ricardo) lo formula, ingenuamente, como su ley natural, inmutable de la sociedad humana. Pero ello sería alcanzar el límite que la ciencia burguesa jamás alcanzará". (Obr. cit.).

Marx, en consecuencia, no se atribuye el descubrimiento de la lucha de clases como el motor de la historia, poniendo a Ricardo y a varios historiadores burgueses franceses, como a sus precusores.

MARX, Carlos.

Manuscritos económicos y filosóficos de 1844. Advierte que la competencia mercantil proletariza a las clases medias económicamente débiles:

"La consecuencia final de la competencia es abolir la distinción entre capitalistas y terratenientes, de modo que sólo llegue a haber dos clases en la población: la clase obrera y la clase de los capitalistas. Este regateo de la tierra, la transformación de la propiedad territorial en una mercancía, constituye la derrota de lo viejo y el logro último de la aristocracia del dinero". (Obr. cit.).

En Estados Unidos, la propiedad de la tierra y su forma de explotación, se han convertido en mercancías, salario, plusvalía, etc. El capitalismo invade los dominios de la agricultura, liquidando las clases medias (pequeños propietarios) y arrendatarios. Quedan así dos grandes clases en presencia: la burguesía y el proletariado, que al resolver su antagonismo tendrán que aportar soluciones o habrá revoluciones. Para el proletariado, en tales situaciones, se trata de implantar el socialismo libertario, sin disimulos de populismo, sin totalitarismos burocráticos, como en la URSS.

ENGELS, Federico.

Bosquejo a una crítica de la Economía Política. Anticipando el devenir dialéctico de la propiedad y de la sociedad dividida en clases, expresa Engels:

"La gran propiedad, en cuanto a tal, aumenta mucho más rápidamente que la pequeña propiedad, puesto que deduce una proporción mucho menor en calidad de gastos. Esta ley de la centralización de la propiedad privada es tan inmanente a ella como todas las otras. Las clases medias deben desaparecer progresivamente hasta que el mundo esté dividido entre millonarios y mendigos, entre grandes terratenientes y peones miserables. Todas las leyes, toda la división de la propiedad agraria, toda posible distribución del capital, no sirve de nada; este resultado debe traer y traerá la fusión de intereses opuestos, a menos que se le anticipe una transformación total de las condiciones sociales, la eliminación de la propiedad privada". (Obr. cit.).

Las tendencias estatales con la nacionalización de grandes sectores económicos retrasa ese desenlace dialéctico previsto por Engels; pero a lo sumo el capitalismo de Estado logrará un tiempo no muy largo de acumulación o de prolongación de la agonía de un régimen. La burocracia, con el capitalismo de Estado, no es más tolerable para los obreros que el capitalismo privado: la luchas de clases se aproximan a un desenlace revolucionario, en el Oeste y en el Este, pero la inflación de clase media, en el Oeste, amortigua las presiones revolucionarias con el falso socialismo y la falsa democracia parlamentaria.

RODBERTUS, J. K.

Overprodution and crisis. Este economista fue contemporáneo de R. Owen y de Simón de

Sismondi, siendo influenciado por ellos. Las tesis más originales de Rodbertus, entre otras, son las siguientes: 1) el pauperismo y las crisis económicas proceden de una y la misma causa: mientras que la productividad del trabajo aumenta debido al progreso de los medios de producción, el valor del salario de los obreros representa una menor parte relativa en el precio de los productos: 2) la actual sociedad está compuesta por trabajadores, capitalistas y propietarios del suelo; pero esas tres clases sólo existen en virtud de la división del trabajo: las dos últimas clases toman bajo la forma de renta, dos partes en el producto del trabajo. Ello sólo es posible porque la tierra y el capital son propiedad privada: 3) el trabajo es una mercancía que se compra y se vende como las otras. Su valor depende de su costo de producción (o mantenimiento); es decir, de lo que le es necesario al trabajador para subsistir y para mantener a sus hijos que aportaran trabajo asalariado después de él. El costo de producción del trabajo es todo lo que puede obtener el trabajador, y nada más, cualquiera que sea el acrecentamiento de la productividad de su trabajo. Por consiguiente, su parte relativa en el producto creado por él disminuye, si se la mide por su capacidad de compra. De ahí biene el pauperismo", etc.

En su libro, Capital, dice Rodbertus que los propietarios de los medios de producción no dirigen la producción según el interés general, sino según su propio interés privado: es la rentabilidad o la ganancia lo que mueve al propietario y no la productividad: no la necesidad social, sino el beneficio particular. Al respecto, dice: "Disponen una producción cualquiera, en general, no ya con miras a cubrir la necesidad social, sino porque esa producción les promete una renta, un beneficio" (Obr. cit.)

En la segunda carta social. (Schriften. tomo II, pag. 37) Rodbertus, dice: "Cuando el cambio está abandonado a símismo, en lo que concierne a la distribución del producto nacional, circunstancias determinadas, enlazadas íntimamente con el desenvolvimiento de la sociedad hacen que la productividad creciente del trabajo social, el salario de las clases trabajadoras, constituya una fracción, cada vez mas pequeña, del producto nacional".

En fin, el pensamiento de Rodbertus se concreta en las ideas socialistas francesas en estas obras: Reivindicaciones de las clases laboriosas (1842) y en las Cartas Sociales (1850-51). Sin duda sus obras fundamentales son: Capital y Sobreproducción y crisis.

SISMONDI, Simón.

Nuevos principios de economía política. Obra importante para analizar las contradicciones capitalistas a la salida de las guerras napoleónicas, cuestionando la teoría liberal de "laissez faire."

Acerca de la participación decreciente del obrero en suproducto, Simón de Sismondi dice:

"Cuanto más labor podamos hacer con una cantidad dada de trabajo, más deberemos aumentar nuestros goces o nuestro reposo; el obrero que sería su propio amo, en cuanto consiguiera hacer en dos horas, con la ayuda de una máquina, lo que antes tardaba doce horas en hacer, se detendría después de dos horas, si no tenía necesidad, si no podía hacer uso de un producto más considerable. Tal es nuestra organización actual; esta es la servidumbre del obrero, que lo reduce —cuando una máquina ha aumentado su potencia— a rendir, no menos, sino más a cambio del mismo salario". (Obr. cit., tomo II, p. 318).

Es evidente la participación decreciente del obrero en el producto de su trabajo, a medida que aumenta su productividad, porque —a diferencia de lo que pensaba Sismondi— la productividad adicional del trabajo asalariado es confiscada o substraída por el empresario privado o por el Patrón-Estado. Todo ello permite aumentar las clases medias improductivas, las burocracias y los funcionarios del Estado, lo cual mantiene pero no supera el capitalismo, aunque ya haya fuerzas productivas y tecnologías avanzadas como para vivir en un socialismo igualitario y libertario. Y para salir de este círculo vicioso, en que el obrero es un nuevo Sísifo, no cabe la política reformista de social-demócratas, seudo-socialistas y falsos comunistas, sino la acción revolucionaria directa, que libere a los trabajadores por los trabajadores mismos, implantando un socialismo autogestionario.

Para Sismondi un país no es más rico porque tenga más población y más riquezas que otros, sino por el reparto justo de la riqueza, por la relación equitativa entre riqueza y población.

"Por oposición con la tierra —dice—, podrían reunirse las otras dos fuentes de riqueza: la

vida, que da la facultad de trabajo, y el capital, que lo asalaría. Cuando estas dos potencias estén reunidas, poseen en común una fuerza expansiva, y el trabajo que el obrero haga por año valdrá siempre más que el trabajo del año precedente, con el cual se mantendrá dicho obrero. Y a causa de esta mejor-valía, que es tanto más grande cuanto que las artes y las ciencias, en su aplicación a las artes, han hecho más progresos, es como la industria se aplica a procurar un aumento constante de riqueza". (Obr. cit., tomo I, p. 103).

Pero mientras la riqueza sea de un capitalista o del Estado empresario, mediante el salario se explotará al obrero desposeído de sus medios de producción, dejándole menos, mucho menos, valor económico del que éste crea con su trabajo. Y de esa parte que el obrero ha producido, más allá de su frugal consumo, se nutrirán las burguesías, las tecnocracias, las burocracias, la población parasitaria que, a medida que aumente con el incremento de la productividad del trabajo asalariado, impedirá que el capitalismo (privado o de Estado) se convierta en socialismo igualitario, libertario, autogestionario. Pues la escasez económica, propia del capitalismo, no provendrá de la baja productividad del trabajo asalariado, sino del consumo improductivo de las burguesías (Occidente) y de las burocracias (Oriente).

Para salir de esta situación los trabajadores asalariados no deben dejarse engañar por la seudo-democracia burguesa o por el seudo-comunismo soviético; no deben confiar en la clase política, a izquierda o derecha, sino en ellos mismos; o sea, no aceptar falsas reformas, sino hacer la revolución que instaure el socialismo de autogestión, superando las clases sociales antagónicas, la propiedad privada y la propiedad estatal, instaurando la propiedad social, el autogobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo; sin clases políticas dominantes: ya se disfracen éstas de izquierda laborista, social-demócrata o seudo-comunista.

BAKUNIN, M.

Oeuvres. La tesis de Marx: según la cual al desarrollarse el capitalismo aumentaba el proletariado, debe ser reconsiderada, pues los obreros van decreciendo estadísticamente con el aumento de la productividad del trabajo con la revolución industrial, con la automatización de la producción, tanto bajo un régimen de capitalismo privado como de Estado. Y que lo que realmente aumenta es la cuarta clase, a la cual se refiere, Bakunin, en estos términos:

"Es cierto que si la Internacional hubiera incluído el ateismo en su programa como un principio obligatorio, habría incluido en su seno la flor y la nata del proletariado. Y por esta palabra no entiendo, como hacen los marxistas, la capa superior, la más civilizada del mundo obrero, esa capa de obreros casi burgueses de los que precisamente quieren valerse para constituir su cuarta clase gubernamental y que es verdaderamente capaz de llegar a formar una clase si no se la ordena en interés de la gran masa del proletariado , porque con su bienestar relativo y casi burgués, por desgracia no ha dejado de ser profundamente penetrada por todos los prejuicios políticos y sociales y todas las estrechas aspiraciones y pretensiones de los burgueses. Podemos decir que esta capa es la menos socialista y la más individualista del proletariado.

"Por flor y nata del proletariado entiendo, sobre todo, esa gran masa, esos millones de no civilizados, de desheredados, miserables y analfabetos a los que los señores Marx y Engels pretenden someter al régimen paternal de un gobierno bien fuerte (...). Por flor y nata del proletariado entiendo precisamente, esa carne eternamente gobernada, esa gran canalla popular que, casi virgen de toda civilización burguesa, lleva en sí, en sus pasiones, en sus instintos y aspiraciones, en todas las necesidades y las miserias de su situación colectiva, todos los gérmenes del futuro socialismo, y que es, hoy la única y lo bastante poderosa para inaugurar y hacer triunfar la Revolución Social. (Oeuvres, tomo. IV, pp. 413-414-72).

El proletariado, las gentes que no poseen medios de producción y de cambio ni propiedad territorial, no es que haya descendido estadísticamente en tanto que "cuarta clase" o "terciarios", sino que el obrero viene disiminuyendo a medida que aumentan los "cuellos blancos" esa pequeña burguesía o casi-burguesía, esa "capa superior del proletariado" de la cual habla Bakunin, y que ha nutrido las filas de los partidos e ideologías: neo-liberales, demo-cristianos, social-demócratas, laboristas, seudo-comunistas o tecno-burocracia, en el Este y en el Oeste.

Evidentemente, el proletariado no ha sido emancipado en la Unión Soviética por haber abolido la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción y de cambio, haciendo al Estado-empresario, único propietario de todo y distribuidor de la riqueza, ya que el Estado

total, empresa monopólica de la burocracia soviética, crea un proletariado, si cabe, más miserable, numeroso, oprimido y explotado que el proletariado occidental o, al menos, menos libre que éste y tan asalariado como éste.

"Y es que —según Bakunin— la igualdad sin libertad es el depotismo de Estado, y el Estado despótico no podría subsistir un solo día sin tener por lo menos una clase explotadora y privilegiada: la burocracia, poder hereditario, como en Rusia y China, o de facto, como en Alemania... (Nettlau, pp. 248-68).

Pero con la salvedad de que en la URSS, hay despotismo burocrático opuesto al igualitarismo tanto como el capitalismo ¿Es así la URSS un país socialista?.

MALATESTA, E.

Pensamiento y acción revolucionarios. (Selección de Vernon Richards). Edit. Proyección. Buenos Aires, 1974. Sobre las diferencias entre trabajo manual e intelectual, Enrico Malatesta puntualiza:

"El origen de la división de los hombres en "intelectuales" —que a menudo son simples ociosos sin ninguna intelectualidad— y "manuales" se puede hallar en el hecho de que en épocas y circunstancias en las cuales producir lo suficiente para satisfacer con amplitud las propias necesidades implicaba un esfuerzo excesivo y desagradable y no se conocían los beneficios de la cooperación y de la solidaridad, los más fuertes o afortunados encontraron la manera de obligar a los otros a trabajar para ellos. Entonces el trabajo manual, además de ser más o menos penoso, se transformó también en signo de inferioridad social". (Obr. cit. p. 147).

Malatesta subraya que mientras la ciencia y la educación sean el privilegio de unos pocos, los que saben, independientemente del modo de producción, mandarán sobre los que no saben.

Respecto a la Revolución Rusa, Malatesta aclara que fue una lucha entre intelectuales de unos partidos contra otros y la masa, como de costumbre, sirvió de instrumento político. En este orden de ideas, el fracaso ruso residiría en la apatía o la pasividad de los obreros manuales dominados por los intelectuales, precisamente porque el proletariado no fue un sujeto activo de la historia de la Revolución sino un medio para alcanzarla para ellos, gracias al "socialismo de los intelectuales" que, en realidad, es un socialismo administrativo: sin participación (autogestionaria) de las masas populares.

Por eso el socialismo administrativo es un falso socialismo, un socialismo burocrático: el socialismo de los intelectuales que está interesado,no en la igualdad entre los hombres, sino en seguir manteniendo el trabajo asalariado y en obtener la plusvalía de Estado.

"La tendencia natural, diremos así, —dice Malatesta— de los intelectuales, es la de separarse del pueblo, de constituirse en cenáculo, de darse aires y terminar creyéndose protectores y salvadores que el vulgo debería adorar (...) y mantener. Separarlos de la masa, darles la ilusión de que combaten por el bien general mientras permanecen en una posición distinta y superior, significa justamente alentar la formación en el seno del movimiento obrero de la "casta dañina y peligrosa" que los redactores del Llamado (en pro de una Internacional de Intelectuales) tan justa y enérgicamente reprueban. (Obr. cit. p. 150).

No obstante, Malatesta considera que, "que una revolución hecha sin la ayuda de fuerzas y capacidades que no se tienen sin una previa cultura intelectual podría parecer muy radical, pero sólo sería, en el fondo una explosión de ira sin alcances y sin porvenir". Y por eso —añade Malatesta— acogeremos siempre con alegría la adhesión de literatos, artistas, científicos, ingenieros, técnicos, y otros que puedan ofrecer la obra de inteligencias ricas de ideas y nutridas de hechos".

Pero en nuestra época tecnológica, los tecnócratas tienden a constituirse en Poder político y económico, separados de los obreros, constituyendo —si no se los detiene y se hace una gran revolución cultural— la nueva burguesía: la "burguesía roja", en el Este; la burguesía tecnocrática, en el Oeste.

GORZ, A.

Historia y enajenación. Fondo de Cultura Económica. México, 1964. Colección Popular Tiempo Presente. El autor subraya que el obrero de la "sociedad de consumo" se ha hecho

"apático", consumista, delegando los problemas laborales en sindicatos institucionalizados y sus burocracias sindicales.

"La burocratización de los sindicatos —aclara— es una consecuencia necesaria de la planificación burocrática de la empresa y de la dispersión de los obreros. Y la apatía sindical, a su vez es una consecuencia directa de la burocratización sindical. ¿Cómo podría ser de otra manera? Si quieren sacar adelante una reivindicación, los obreros especializados no pueden confiarse a su "instinto", a la espontaneidad de las masas", ni siquiera a sus necesidades. Sus necesidades, por lo demás son difíciles de valorar en dinero: ¿necesitarán el 10, el 20 ó el 30% más? La cuestión así planteada es un pura mistificación. Pero aunque fueran capaces de expresar en cifras sus necesidades, no habrían avanzado mucho: no es la agudeza de sus privaciones, en efecto la que determina las oportunidades del éxito de su acción reivindicadora; es la coyuntura económica, el estado de las órdenes de compra que ha recibido la empresa, el nivel de sus utilidades, pasadas, presentes y previstas para el futuro, en resumen, la necesidad objetiva que tiene la administración del trabajo de los obreros". (Obr. cit., pp. 310-311).

En este sentido, mientras el valor del trabajo de los obreros sea estimado por los dirigentes burocráticos sindicales, como representantes del "trust" del trabajo frente al "trust" del capital, consensuados por el Estado-providencia, ya sea en el Oeste o en el Este, los trabajadores seguirán participando en forma decreciente en el producto de su trabajo, ya que la productividad adicional del mismo, debida al avance científico-tecnológico, se la apropiarán las burocracias o las burguesías. Así las cosas, no será posible la desalienación del hombre asalariado, soporte productivo de todas las clases parasitarias, interesadas, incluso las burocracias sindicales, en que el sistema de dominación no sea sustituido por el socialismo de autogestión, donde el obrero sea el sujeto directo de gestión de la empresa de propiedad social.

Para su liberación como clase oprimida y explotada, los trabajadores tienen que abolir las clases antagónicas e incluso a ellos mismos como clase, mediante una economía autogestionaria y una democracia directa, sustituyendo la propiedad privada o estatal por la propiedad social y el Estado-providencia por el autopoder económico, político, económico y social del pueblo autogobernado.

Mientras el dinero, en forma de salario, sea el pago del obrero éste no tendrá redención, ni será posible su desalienación, su independencia respecto del capital privado o de Estado. Aceptar el dinero como la medida de todos los valores, incluyendo la del trabajo asalariado, es conformarse con el capitalismo (burgués o burocrático), donde el obrero es el gran burro de carga. Enajenarse por los relativos goces consumistas, aburguesándose en cierto modo el obrero, perdiendo su conciencia proletaria por la de la clase media económicamente débil, es hacer durar el capitalismo privado (Oeste) y el capitalismo de Estado (Este). Hay que trabajar mejor cada día, debido a la automatización del trabajo, para vivir en una sociedad de consumo irracional, que perjudica la calidad de vida, produciendo desocupación con la reconversión industrial burguesa, es auto-alienarse y degradarse, reproduciendo un sistema de dominación que sólo puede ser superado con la autogestión, en las empresas, y el autogobierno, en la política desprofesionalizada.

TOURAINE, A.

L'après socialisme. Edit. Bernard Grasset. París, 1980. Alain Touraine plantea que "el socialismo ha muerto", aunque figura en los programas de los partidos socialistas y en los partidos comunistas monopolizados por la burocracia y la tecnocracia. En este orden de ideas, el socialismo y el comunismo han hecho del Estado un culto al cual han sacrificado las aspiraciones de autogobierno del pueblo trabajador, a fin de que la vieja burguesía sea sustituida, en el Poder y la dirección de las empresas, por una reducida y privilegiada clase política, por las tecnoburocracia administrativas del Estado-patrón.

"La transformación del sistema de producción —dice Touraine—, la distancia creciente entre los Estados socialistas y las reivindicaciones de la clase obrera, el deterioro de las filosofías de la historia conducen, como hemos visto, a la descomposición del movimiento socialista y, por consiguiente, de su principal instrumento: el Gran Partido (...). Si resta todavía una contrasociedad, que busca por todas partes insuflar el espíritu de partido, no busca más que controlar sus propios miembros. Mas que pretender organizar en las ciudades y los distritos populares

una cultura y una vida sociales, propiamente obreras, el partido se esfuerza por diversificar su reclutamiento y su influencia en las categorías en rápida progresión: técnicos, especialistas, profesores; acoge también los escritores y artistas que participan de sus ideas, por más alejadas que éstas sean del realismo socialista o simplemente de un arte popular. Esta tendencia está muy marcada en Italia y en España". (Obr. cit., pp 60-61).

Para Touraine estos partidos socialistas o comunistas no son de la clase obrera sino de las burocracias, las tecnocracias, las clases medias profesionales. Son así partidos de la pequeña-burguesía más que del proletariado con lo cual su socialismo o comunismo es una promesa ofrecida, pero nunca cumplida, al pueblo trabajador, ya se trate de laborismo, socialismo de cátedra, social-democracia, en el Oeste, o el marxismo-leninismo en el Este. De ahí que la liberación de los trabajadores como clase (oprimida y explotada) no se identifique con el socialismo pequeño-burgués occidental ni con el comunismo burocrático oriental. En ambos casos, el obrero asalariado sigue siéndolo como bajo el capitalismo convencional: produce para otro, y en esa alteridad reside la imposibilidad de superar su alienación como hombre asalariado.

Los partidos socialistas que se alternan en el Poder con la burguesía o las clases medias de derecha, no son otra cosa que superestructuras burocráticas de gobiernos que, ampliado el sector de empresa nacionalizadas, han creado una burguesía de Estado quizá más fuerte e influyente que la pequeña y mediana burguesía de las empresas privadas. En la Unión Soviética, bajo la dominación del Estado total y del Partido único, la "Nomenklatura" de los altos estamentos del Poder político y la tecnocracia que monopoliza las empresas, constituyen una "nueva clase", si cabe más poderosa que la vieja burguesía; puesto que poseyendo el Estado propietario de todo y de todos, tienen así todos los poderes que no ha tenido la burguesía, ni aún en los regímenes nazi-fascistas.

En suma, mientras no sea instaurado un socialismo libertario, basado en la propiedad social y en el Autopoder, el obrero, por más que produzca mucho con la automatización de su trabajo, seguirá participando decrecientemente en su producto, mientras haya clases parasitarias en aumento aliadas de la burguesía, más que del proletariado, por medio de falsos socialismos y falsas democracias.

CAPITULO XI

EL CAPITALISMO NEO – COLONIAL DE LAS EMPRESAS MULTINACIONALES

La expansión de las internacionales del capitalismo

El fenómeno histórico económico de la aparición de las empresas multinacionales, precedido de los "trusts", de los cárteles, los "pools" y los "holdings", está determinado económicamente por las leyes de acumulación, concentración y expansión del capital. En este orden de ideas, podríamos afirmar que la acumulación del capital, en unas cuantas empresas a expensas de otras en la misma rama de producción o de servicios, determina, a su vez, su concentración en pocas y poderosas empresas que se convierten así en grandes monopolios. Por otra parte, la centralización del capital a nivel nacional, cuando aumenta su cantidad y, por tanto, disminuya su tasa de ganancia nacionalmente, trata de ser contrarrestada exportando capital sobrante de los países capitalistas desarrollados a los países neo-coloniales subdesarrollados. De esta manera, obteniendo por el comercio de exportación caro y de importación barato, por las "royalities" de patentes exportadas, por las ganancias de las inversiones directas y de los préstamos de capital a elevados tipos de interés, beneficios fuera que no consiguen dentro las grandes potencias capitalistas, se crea así un neo-colonialismo no menos explotador y opresor que el viejo colonialismo. En suma, que bajo la colonización con bandera y sin soberanía política, como estaban muchos países afro-asíaticos antes de la segunda guerra mundial, no eran más libres e independientes que ahora bajo la colonización económica, financiera y comercial de las "cadenas" de bancos enternacionales (que forman el "Club de París"), del Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, el Acuerdo General de Tarifas y Aranceles (GATT) y las empresas

multinacionales, que han alcanzado los cuatro puntos cardinales del planeta con su capitalismo expansivo y neo-colonial.

La multiplicación de las empresas multinacionales, luego de la constitución de grandes empresas nacionales monopólicas en los finales y principios de los siglos XIX y XX, se ha hecho rectilíneamente, aumentando su número constantemente. Así, por ejemplo, en 1901 Estados Unidos sólo contaba con 18 filiales de sus empresas nacionales en el extranjero. En cambio en 1973, unas 1.199 empresas norteamericanas tenían una o más filiales en el exterior, que realizaban un volumen de ventas por valor de 680.135 millones de dólares, o sea, el 46,7% del comercio global de las multinacionales de todos los países. En segundo lugar, venía el Japón, con el 13,9% y en tercero, Inglaterra, con el 11,5%. En total, unas 4.530 empresas, consideradas multinacionales, tuvieron en 1973, ventas estimadas en 1 billón 455.140 millones de dólares. En 1980, el valor de las ventas anuales de todas las empresas multinacionales ascendió a 2 billones 736.600 millones de dólares. Pero esta cifra, en sí misma, con ser muy elocuente no dice tanto como si la comparamos con el producto interno bruto (PIB) de todos los países subdesarrollados que alcanzó, en 1980, sólo a 2 billones 231.000 millones de dólares. En una palabra, que las empresas multinacionales ya controlan un volumen de negocios anuales superior al PIB de todos los países afro-asiáticos y latinoamericanos. Pero en cuanto al valor del comercio de exportación de estos países, en 1981, fue de 610.880 millones de dólares, o sea, 4,5 veces inferior o el 22% del volumen de las ventas anuales de las empresas multinacionales. Y como los países afro-asiáticos y latinoamericanos representan el 75% de la población mundial, salta a la vista la injusticia social y la desigualdad económica en este mundo... no "libre" de las multinacionales.

El mundo pareciera ser todos los países, pero es más de los países ricos: 25% de la población mundial, pero que poseen el 80% del PIB mundial y el 90% de la producción industrial y del consumo de energía. Por otra parte, al comienzo de la década de 1980,las empresas multinacionales norteamericanas, europeas y japonesas controlaban, aproximadamente, el 80% de la tecnología innovadora, el 40% de la producción industrial y el 60% del comercio exterior de Estados Unidos, las CEE y Japón. Así, pues, el mundo es para los ricos y la miseria, para los pobres.

Hacia 1980, multinacionales propiamente dichas, se contaban 650, de las cuales las más grandes, unas 382, registraban un volumen anual de ventas de 2.000 millones de dólares para arriba. Este capitalismo de grandes dimensiones ha contrarrestado, en parte, la ley de la tasa de ganancia decreciente, obteniéndola no en base a mucha ganancia de poco capital invertido, sino poca ganancia, pero de mucho capital, lo que, en definitiva, da más ganancia en miles de millones de dólares invertidos. Los "supermercados" basan su negocio en que venden mucho, ganando menos que los pequeños comerciantes, pero finalmente ganan más vendiendo más, quedándose con el mercado, desalojando de él a los pequeños comerciantes.

En el frente mundial de avance de las empresas multinacionales, corresponde a Estados Unidos, por año, la mitad de las inversiones extranjeras, pero no sólo de su propio capital sino, además, del tomado o prestado, estimulado por *altos tipos de interés*, a fin de reciclar, en beneficio del capitalismo norteamericano, los *euro-dólares*, los *petro-dólares*, y los *nipo-dólares* y todos los dólares que Estados Unidos debe por préstamos o por su balanza de comercio deficitaria; pero que luego ¡oh milagro! le son prestados al deudor ¡Hay quien dé más por menos! Esta ruleta con trampa, en la cual siempre gana el dólar o, al menos, no pierde, porque no paga lo que debe y se lo prestan; tiene así U.S.A. su gran casino en el Fondo Monetario Internacional, donde el dólar es monarca absoluto: hace la ley y la trampa en beneficio propio. Y a eso se le llama el sistema monetario internacional o el orden económico mundial que hace más pobres a los países pobres y más ricos a los países ricos: USA, CEE y Japón.

Así las cosas, los panes y los peces se multiplican para los capitalistas de Wall Street, pero empobreciendo a los países afro-asiáticos y latinoamericanos, principalmente, y en menos cuantía a los países de la CEE y Japón, donde el dólar nunca paga los dólares de su balanza de comercio exterior: 169.800 mil millones de dólares de déficit en 1986 para Estados Unidos 92.660 mil millones de dólares de superávit para el Japón y unos 40.000 millones para Alemania occidental, en ese mismo año; miles de millones de dólares que, en gran parte, vuelven a Estados Unidos para adquirir títulos del Tesoro norteamericano; o bien son tomados en forma de euro-emisiones o de otro tipo hechas, en el exterior, por las multinacionales norteamericanas. Y es que las multinacionales europeas, separadas de país a país, son incapaces de absorber todo el capital en euro-dólares. En este sentido, se explicaría el hecho de que las multinacionales norteamericanas, a lo largo de los años setenta, aumentaron sus inversiones desde 78 a 193.000 millones de dólares, un aumento del 150%, mientras que sus beneficios líquidos se incrementaron desde 9.000 a 38.000 millones de dólares.

Las multinacionales norteamericanas, más que el Departamento de Estado, dirigen la política internacional de Estados Unidos y, en cierto modo, su política económica nacional. Por ejemplo, debido al alza de los precios no compensada por igual aumento de los salarios más la adición de renumeración salarial por el aumento anual de la productividad del trabajo, los obreros norteamericanos, desde 1973 a 1980, perdieron, aproximadamente, un 13% en su nivel de vida o de poder adquisitivo de sus salarios.

Por otra parte, el capitalismo salvaje norteamericano siempre tiene a su disposición una gran reserva obrera desocupada, a fin de que actúe como moderador del alza de los salarios: el *desempleo* ha variado entre el 12% y el 6% del total de la población activa en la época de los presidentes Carter y Reagan. Por otra parte, la CEE, muy dependiente del capitalismo norteamericano, aceptando su modelo dirigente de desarrollo económico, mantiene también una tasa de desocupación del 11% más o menos, lo que en cifras

concretas representaba una desocupación de unos 16 millones de parados en 1986, sin garantías de que el paro siga aumentando.

Los hierofantes de la *democracia burguesa occidental*, que se llenan la boca de tener libertades fundamentales y derechos humanos, desde los socialistas de terciopelo hasta los neo-liberales, sin embargo, no pueden garantizar a todo el mundo el derecho al trabajo, el más importante de todos los derechos del hombre. Y no garantizan el *derecho al trabajo* porque anteponen, esos seudo-demócratas, el *derecho de propiedad* como derecho leonino de usar y de abusar de la persona humana, sometida al sanedrín de los "big business", mientras el capitalismo no sea sustituido por el socialismo.

Así las cosas, vivimos en la democracia capitalista de las empresas multinacionales: reino de la explotación del hombre por el hombre; poder alienante del dinero y del fetichismo de la mercancía; permanentemente violencia del Estado sobre los ciudadanos; charanga de publicidad política y mercantil que nos impone los productos y las ideologías; prostitución del sexo por dinero; dependencia alienante de las drogas comercializadas a altos niveles del capitalismo; lucha de clases permanente; amenaza de guerras marginales o mundiales; paro obrero como excrecencia de la economía capitalista basada en la inmoralidad y en la inmediatez de la ganancia y en ganar dinero y mentir, colocando al pueblo trabajador en el limbo de los seriales de televisión y en la política anodina de los telediarios.

He ahí la verdadera cara de la democracia burguesa, donde la pequeña burguesía, desde los socialistas de terciopelo hasta los neo-liberales, gobiernan para la gran burguesía de las multinacionales, protegiendo todos los "grupos" tradicionales de presión al servicio de los cuales está el Estado omnipotente defensor de las grandes empresas comerciales, industriales y financieras que controlan la información manipulada de prensa, radio, TV, cine y editoriales.

Frente a la explotación del hombre por el hombre, las oligarquías de la propiedad territorial, las plutocracias bancarias, industriales y financieras, y las clases medias gobernantes, hablando a favor del pueblo y gobernando en contra de él, hay que instaurar la única democracia verdadera: la democracia directa de los autogobiernos, en política, y la autogestión, en las empresas, implantando el socialismo libertario

Las ideologías tecno-burocráticas de la izquierda y la derecha convencionales, el dirigismo económico y tecnocrático de J. M. Keynes, el "Nuevo Estado Industrial", de L. K. Galbraith, regido por tecnócratas aliados con la burguesía; el "Capitalismo, Socialismo y Democracia", de J. Schumpeter, en que la gestión de las empresas es compartida por tecnócratas y burgueses; el neo-liberalismo de M. Friedman, en que el poderdel dinero lo decide todo; "La era de los empresarios", de J. Burnham, más conocida como la "revolución de los directores" o el imperio de la tecnocracia; la doctrina económica de E. Liberman, sustituyendo al Estado-patrón soviético por los directores como "nueva clase"; ante eso se opone el socialismo verdadero, que no es

otro que el socialismo libertario, donde el pueblo trabajador sea el protagonista directo de su propia emancipación, sin burguesías, sin burocracias, sin tecnocracias. Hay, pues, que pasar de la seudo-democracia y de las utopías alienantes a la autogestión, sin la cual no hay desalienación del hombre asalariado, más que a condición de que éste gestione directamente sus empresas y el excedente económico producido en ellas, que no debe ser confiscado por ninguna clase dominante parasitaria, ni por la burguesía monopolista del Oeste, ni por la burocracia totalitaria del Este.

En nuestra época, hay que desmistificar las empresas estatales, "cotos cerrados" de la burguesía burocrática, y las empresas multinacionales que exportan por todo el mundo un capitalismo neo-colonial, donde se están aliando los burócratas y los plustócratas, un capitalismo universal en que tienden a asociarse como empresas mixtas las empresas soviéticas y las multinacionales europeas, japonesas y norteamericanas, formando empresas mixtas en la URSS y Cia.

Frente a la expansión de las empresas multinacionales (a la propiedad anónima multinacional y nacional, a la convergencia de intereses entre el Kremlin y la Comisión Trilateral, a la ciencia y la técnica monopolizadas por las multinacionales y los complejos militares-industriales, a la alianza de la tecnocracia y de la burguesía, en el Oeste, y a la de la burocracia totalitaria y de los directores de empresas, en el Este) el dilema del mundo es: capitalismo privado y de Estado o socialismo autogestionario, federativo, universal y libertario.

Y al plantear la alternativa del socialismo libertario al socialismo autoritario y al capitalismo multinacional, no lo hacemos como si se tratara de una panacea universal o de un milagro utópico. No. El socialismo autogestionario debe conocer las leyes del desarrollo económico, histórico, sociológico, cultural y tecnológico de la sociedad mejor que los regímenes de clases privilegiadas. Sólo así conoceremos las leyes objetivas que nos conduzcan, sin contradicciones y alienaciones, a una sociedad sin clases, própera y feliz, donde el derecho al trabajo y al ocio, bien armonizados con la propiedad común, mantengan la plena ocupación, no con medidas monetaristas como J. M. Keynes, sino con la cooperación y la autogestión entre los hombres.

Y como la burocracia y la tecnocracia pudieran ser, si sobrevivieran, las clases privilegiadas del nuevo régimen autogestor, habrá que abolirlas con medidas efectivas, no con declaraciones retóricas como sucede en los países dichos socialistas, sino con una revolución científico-tecnológica y cultural desencadenada al mismo tiempo que la revolución social autogestora, a fin de que todos los hombres, sin excepción tengan derecho gratuito a la educación primaria, media y superior, no a expensas de la familia, sino de la sociedad libertaria.

Convertida la propiedad individual o estatal en propiedad social ya, por ese sólo hecho, se puede garantizar el derecho al trabajo para todos, pero si la empresa de propiedad social, integrada en federaciones de industria no

lleva adelante la revolución científico-tecnológica, tanto o más rápidamente que la empresa multinacional o estatal, perdería el tren de la historia, quedándose anquilosada en una sociedad de baja productividad, de poca o ninguna competitividad en el mercado mundial. El socialismo de autogestión, por tanto, debe ser científico o de lo contrario podría fracasar económicamente después de triunfar revolucionariamente, pues un socialismo en la miseria, con escasez y con "colas" —como en la URSS— no se justifica ante el pueblo trabajador y ante la historia.

LAS INTERNACIONALES DEL CAPITALISMO

Después de la segunda guerra mundial, bajo el signo del dólar principalmente, las que fueran empresas nacionales gigantes, cuando su propio mercado nacional era ya un corsé, se lanzaron a la creación de un *capitalismo mundializado*, gestionando supranacionalmente por organismos dóciles al dólar, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Acuerdo General de Tarifas y Aranceles, la Corporación Financiera Internacional y otros organismos del capital financiero a escala planetaria.

Paralelamente, se fueron expandiendo las empresas multinacionales del capitalismo desarrollado, invadiendo con sus tecnologías de punta, sus marcas y patentes, sus empresas subsidiarias, los países afro-asiáticos y latinoamericanos así como Europa y, en cierto modo, los países del bloque soviético, como última etapa de su imperialismo.

Hacia 1979, de las 50 primeras empresas multinacionales 6 pertenecían a Japón, 19 a la CEE, 21 a Estados Unidos y 4 al resto del mundo. Se entiende empresas donde la mayoría del capital, la dirección, la organización, la estrategia económica y tecnológica les pertenece, aunque estén radicadas en otro país que sus metrópolis.

La creación de empresas filiales de las empresas multinacionales permite penetrar económica y comercialmente en todo el mundo, utilizando materias primas, *in situ*, mercados protegidos (disfrazado el capital internacional de capital nacional radicado) y, sobre todo, explotando mano de obra muy barata, fuente principal de plusvalía del capital mundializado bajo la batuta del FMI, el BIRF, Wall Street y el "Club de París, integrado por los bancos de los países ricos.

Las empresas multinacionales, exportando tecnologías, patentes y equipos modernos, han creado grandes monopolios industriales, apoyados por sus bancos nacionales, que también se han mundializado, a fin de utilizar sus capitales propios y los de los países donde estas entidades financieras se han radicado, atropellando las "soberanías nacionales", que dejan de existir cuando sus fronteras son rebasadas por el capital financiero internacional y cuando las monedas nacionales se "satelizan" en el dólar, en las euro-divisas y en el yen japonés.

Para darnos una idea sintética de las internacionales del capitalismo, he

aquí una lista de las 50 principales, en el mundo, destacando en poderío económico y número, sin duda alguna, las empresas multinacionales norteamericanas:

EEE

VOLUMEN DE VENTAS Y EMPLEADOS DE LAS 50 EMPRESAS MAS GRANDES DEL MUNDO

AÑOS		EMPRESA	PAIS	ACTIVIDAD	MILLONES DE DOLARES		
						BENEFICIOS	EM-
83	82				VENTAS	NETOS	PLEADOS
1	1	Exxon	EE.UU	Petróleo	88561	4977	156000
2	2	Royal Dutch/Shell G.	HOL/RU	Petróleo	80550	4174	156600
3	3	General Motors	EE.UU	Automóvil	74581	3730	691000
4	4	Mobil	EE.UU	Petróleo	54607	1503	178100
5	5	British Petroteum	RU	Petróleo	49194	1562	131600
6	–	Ford Motor	EE.UU	Automóvil	41454	1866	380077
7	–	Int. Business (I B M)	EE.UU	Bienes de equipo	40180	5485	369545
8	6	Texaco	EE.UU	Petróleo	40068	1233	54683
9	10	E. du Port de Nemours	EE.UU	Quimica	35378	1127	151231
10	9	Standard Oil	EE.UU	Petróleo	27635	1668	56734
11	12	Standard Oil California	EE.UU	Petróleo	27342	1590	40091
12	14	General Electric	EE.UU	Electronica	26797	2024	340000
13	11	Gulf Oil	EE.UU	Petróleo	26581	976	42700
14	15	Atlantic Pichfield	EE.UU	Petróleo	25147	1547	49693
15	13	ENI	ITA	Petróleo	25022	928	133999
18	16	IRI	ITA	Diversos	24518	ND	515900
17	17	Unilever	RU/HOL	Alimentación	20291	583	267000
18	33	Toyota Motor	JAP	Automóvil	19741	918	57800
19	18	Shell Oil	EE.UU	Petróleo	19678	1633	35185
23	22	Occidental Pretroleum	EE.UU	Petróleo	19115	566	41369
21	19	Francaise des Petroles	FRA	Petróleo	18350	101	46824
22	23	EM-Aquitaine	FRA	Petróleo	18188	488	77600
23	21	U.S. Steel	EE.UU	Siderurgia	16860	1161	98722
24	39	Matsushita Elec. Ind	JAP	Electrónica	16719	766	124825
25	–	Petrobas	BRA	Petróleo	16258	485	56835
26	28	Philips	HOL	Electrónica	16176	226	343000
27	40	Pemex	MÉX	Petróleo	16140	5	157000
28	27	Hitachi	JAP	Electrónica	15804	603	155582
29	24	Siemens	RFA	Electrónica	15724	296	313000
30	25	Nissan Motor	JAP	Automóvil	15697	416	108102
31	36	Volhswagenwerk	RFA	Automóvil	15693	51	231710
32	29	Daimler-Benz	RFA	Automóvil	15660	404	184677
33	32	Philips Petroleum	EE.UU	Petróleo	15249	721	28400
34	34	Sun	EE.UU	Petróleo	14730	453	37604
35	45	United Technologies	EE.UU	Aeroespacial	14669	509	193700
36	43	Bayer	RFA	Quimica	14615	295	174760
37	42	Hoechst	RFA	Quimica	14558	128	173349
38	31	Renault	FRA	Automóvil	14467	206	210000
30	37	Fiat	ITA	Automóvil	14466	N.D.	243808
40	38	Tennaco	EE.UU	Petróleo	14353	716	97000
41	30	ITT	EE.UU	Servicios	14155	674	276000
42	41	Nestlé	SUI	Alimentación	13303	600	140400
43	48	BASF	RFA	Quimica	13250	202	114128
44	63	Chysler	EE.UU	Automóvil	13240	700	81478
45	54	Volvo	SUE	Automóvil	12963	26	75206
43	50	Imperial Chemical ind.	RU	Quimica	12750	573	117900
47	55	Procter & Gambie	EE.UU	Servicios	12452	366	61700
48	33	BAT Industrias	RU	Tabaco	12083	475	187173
42	46	A. J. Reynolos Industres	EE.UU	Aluminio	11957	831	96228
50	–	Misubishi Heavy Ind.	JAP	Automóvil	11916	98	96562

FUENTE: Revista "Fortune", 30 de abril y 20 de agosto de 1984. Cuadro simplificado, ya que faltan los datos sobre activos, acciones, porcentaje de beneficio sobre ventas totales, ganancias por acción y otros datos.

A la luz del cuadro sobre las 50 primeras empresas multinacionales del mundo nos parece oportuno comparar su poderío económico, no con res-

pecto a otras empresas, sino con relación a varios países subdesarrollados. Así, por ejemplo, choca el hecho de que la multinacional del petróleo *Exxon*, que tuvo un volumen de ventas de 88.561 dólares, en 1983 tenía, más o menos, la mitad del producto interno bruto de la India, que fue de 190.710 millones de dólares para 733 millones de habitantes con sólo 260 dólares de renta por persona al año.

La *General Motors Company*, la *General Electric* y la *General Dynamicos*, los tres más grandes generales de Estados Unidos, poseen una riqueza muy superior, cada una de ellas, a la de los países pobres del Tercer Mundo. Bangladesh, por ejemplo, en 1983, tenía un producto interno bruto (PIB) de 12.530 millones de dólares para 95 millones de habitantes lo cual da un PIB "per cápita" de 130 dólares, o sea, 107 veces menos renta por persona que un habitante de la Europa industrializada o de Estados Unidos.

La Argentina, con 30 millones de habitantes, 2,76 millones de km2., sólo tenía, en 1982, unos 58.860 millones de dólares de PIB, contra un volumen de ventas de la Royal Dutch-Shell de 80.560 millones, o sea, que una sola empresa multinacional es más fuerte económicamente que un gran país. He ahí, pues, las verdaderas dimensiones del capitalismo multinacional.

Frente a este fenómeno de concentración, acumulación e internacionalización del capital de los países dominantes, las grandes potencias quedan satelizadas o neo-colonizadas por un capitalismo expansivo, que monopoliza los capitales, los mercados internacionales, la producción y la distribución de los productos básicos y de los principales artículos manufacturados y, además, las cadenas de bancos internacionalizados. Frente a todo ese poder económico, que constituye un imperialismo económico agresivo y expansivo, los países atrasados se quedan como semi-colonias de estos emporios internacionalizados. He ahí la verdadera cara del capital financiero internacional en los finales y comienzos de los siglos XX y XXI. Así las cosas, frente al neo-colonialismo, tienen que surgir, principalmente en los países neo-colonizados, movimientos de liberación nacional y social, que constituirán el drama histórico de los próximos años, en que se planteará la lucha por el socialismo en los países pobres, más pronto que en los países ricos.

LA TELA DE ARAÑA DE LAS MULTINACIONALES

La concentración de las empresas capitalistas está desbordando las fronteras nacionales invadiendo todos los países sin distinción de ideologías, ya que lo que importa es conquistar nuevos mercados, explotar fuentes de materias primas y energía y abastecer los mercados de artículos de consumo en esta época de mundialización del capitalismo que implica como contrapartida, la internacionalización de la lucha por el socialismo.

La constante expansión del capitalismo no tiene siquiera por límites las fronteras de la Tierra, sino que ya se están creando empresas multinaciona-

les para la explotación de las telecomunicaciones y la televisión, vía satélite, en el espacio extraterrestre. Y pronto se crearían compañías multinacionales para la colonización de la Luna o Marte. Ello demuestra que el capitalismo se mundializa a escala planetaria, tomando perfiles de apariencia "democrática" por medio de la Comisión Trilateral que preside el más grande de todos los capitalistas: David Rockefeller, para quien todos los regímenes políticos son buenos mientras permitan la expansión del gran capital financiero y la obtención de sus ganancias, incluso las provenientes de empresas mixtas soviéticas.

En este orden de ideas, con la "ostpolitik" de Henry Kissinger, persona afecta a la Comisión Trilateral, se estableció en la URSS la "Pepsi-Cola" que controla el mercado soviético de las bebidas refrescantes, desde 1972. Y para no ser menos que "Pepsi-Cola", la "Coca-Cola" ofrecía a los soviéticos su famosa bebida y, además, instalar una fábrica de jugo de manzanas.

En 1984, el Dresdner Bank, de Alemania occidental, llegó a un acuerdo con el Sanwa Bank, de Japón, a fin de crear en China comunista una "joint venture" de capital financiero supranacional. El banco alemán y japonés tendrían capital minoritario en la China Universal Leansing y el mayoritario correspondería a Bank of China, China Machinery Import-Export Corp., China Mational Instruments Import Corp. y China National Technical Import Corp.

EL TEJIDO DE LAS MULTINACIONALES

Se diría, pues, que las empresas multinacionales y los bancos internacionales, aliando la burguesía,la tecnocracia y la burocracia, han salido a la *conquista del mundo* subordinando al poder político con su enorme poder económico. Pero para darnos una idea del mundo de las multinacionales veámos, en síntesis, algunas de sus formas de expansión, fusión y concentración de los capitales a escala mundial:

1.– EL GRUPO HOLLINGER. Gran empresa canadiense de la prensa, además de los diarios, revistas y periódicos que controla en Canadá, adquirió a comienzos de 1987, unos 23 diarios independientes norteamericanos. Por otra parte, el "grupo Hollinger" se proponía la compra de la firma Sterling Newspapers, que posee 10 periódicos, 1 semanario y 2 revistas dominicales. American Publishing, fundada en 1986, sería la empresa que gestionaba los negocios de Hollinger en Estados Unidos. Así, pues, la información queda prisionera entre las mallas de la concentración del capital, en las empresas periodísticas, que no son tan "libres" como dicen cuando por ellas habla el dinero como poderoso caballero.

LA FIAT CONTROLA EL "CORRIERE DELLA SERA". Giovanni Agnelli, presidente de la multinacional "Fiat", en asociación con Pirelli y banqueros católicos, adquirió el prestigioso diario italiano "Corriere della Sera", que antes pertenecía al editor Angelo Rizzoli y a la Banca Centrale, filial del

quebrado Banco Ambrosiano, no ajeno a los intereses del Vaticano y con ciertas vinculaciones con el "Opus Dei". Ahora el "Corriere della Sera" podrá hacer la publicidad comercial de "Fiat" y la publicidad política de esta empresa para colocar, en el gobierno italiano, a sus publicitados políticos. Pero lo paradójico de todo esto es que Giovanni Agnelli, con sus inversiones en la Unión Soviética y en otros países del COMECON, es la molécula política que integra al capitalismo de las multinacionales y al "comunismo" soviético (capitalismo de Estado, en realidad).

2.—"WASHINGTON POST": LA LIBERTAD ES MONOPOLIO. El prestigioso y "libre" diario norteamericano, "Washington posr" se proponía, en 1985, la compra de 50 emisoras de TV por cable. Así la prensa escrita y la prensa en imagen forman el anverso y el reverso de un gran monopolio de la información. Con ese poder de crear la opinión, que es el poder del dinero, la "democracia" norteamericana es... de papel-moneda. Y con todos los "Watergate" y los "Irángate", del "Washington Post", parecería que todo ha cambiado, pero todo quedaría como estaba antes: la burguesía en el Poder y el pueblo sufriendo y padeciendo en una seudo-democracia, en que todo es de los ricos en materia de economía y, en política, de los "mass-media" de ellos.

3.—ROBERT HERSANT: LA PRENSA SOY YO. En la Francia democrática, Hersant, el magnate de la prensa, es propietario de 18 periódicos diarios, varios semanarios y otras publicaciones, controlando alrededor del 30% de la prensa francesa, "libre" de decir lo que Hersant quiere que sea dicho. Si la "Humanité" es el periódico comunista que tiene el Partido Comunista Francés, también Hersant quiere tener el mismo derecho... a manipular a su gusto la opinión. En este sentido, el propietario del medio de comunicación es el que redacta a su voluntad el mensaje impreso ¿Dónde está, pues, la libertad de prensa, si el que es propietario del medio informativo es el que lleva el mensaje a la opinión manipulada?.

4.—MURDOCH: EL "REY" DE LA INFORMACION. El multimillonario, de origen australiano, Rupert Murdoch es la mayor potencia audiovisual y de prensa en el mundo. A parte de poseer numerosos periódicos en varios países adquirió, en 1985, cinco estaciones de televisión en Estados Unidos, instaladas en Nueva York, Washington, Chicago, Houston, Dallas y los Angeles. Por otra parte, era dueño de los diarios norteamericanos "The New York" y "The Chicago Sun Times", de los cuales tendría que desprenderse a cambio de los cinco canales de televisión, para hacer fe de antimonopolio ante la Comisión Federal de Comunicaciones de Estados Unidos. Si no es monopolio controlar cinco canales de televisión y muchos diarios en todo el mundo ¿qué se entiende entonces como monopolio?. Así, pues, la libertad de información depende de la concentración del capital evaluada en muchos miles de millones de dólares. Y, por supuesto, nada se escribe o se dice, en la prensa y la radio-televisión, que pudiera cuestionar el sistema: el capitalismo presentado como "mundo libre".

5.—ROBERT MAXWELL: EN EL COSMOS. El gran patrón de la prensa británica, Robert Maxwell, propietario del grupo periodístico "Mirror" también se ha elevado a la televisión vía satélite: difundirá una emisión de carácter europeo. Esta cadena televisiva podría ser vista y oída por 280 millones de teleespectadores en sus programas de noticias, películas, variedades y publicidad. Así, como un Dios, Robert Maxwell podrá hablar a todos y colocarlos en el limbo de la "libertad" de prensa, radio y televisión, según la entiende la oligarquía financiera y mercantil consorciada en el Olimpo de la Trilateral.

6.—TED TURNER, SEÑOR DE LA TELEVISION. El magnate de Atlanta, Ted Turner, mediante la inversión de unos 5.000 millones de dólares, añadiría a su monopolio de la televisión por cable, la adquisición de la CBS, la más importante de las tres cadenas televisivas norteamericanas. He ahí el precio de la libertad de información: 5.000 millones de dólares. Y el pueblo, que no tiene más que su magro salario de subsistencia, que se calle... y escuche y vea sin poder responder a nada sobre lo que es desinformado.

7.—CONRAD BLACK. Más conocido en los medios de comunicación de masas como "Citizen Black" es un canadiense que, a sus veinte años de edad, adquirio un periodiquito por un dólar, pero ha comprado el "Daily Telegraph", que tiene una circulación de 1.000.000 de ejemplares. Pero, además, posee un "holding", llamado Ravelston Corporatiom, que controla una docena de empresas, a la cabeza de las cuales se halla "Citizen Black" tapado de miles de millones de libras esterlinas. Así, cuando habla el dinero, todo el mundo a callar... con los ojos y oidos abiertos pero la boca tapada.

8.—REUTER'S HOLDING. Esta gran empresa de la información se proponía, en 1985, adquirir el 20% de las acciones del Instinet norteamericano, especializado en los sitemas electrónicos de información económica. En este sentido, la "bolsa electrónica" mundializaría, durante 24 horas, la información bursátil universal mediante sus ordenadores. De esta manera, los capitalistas de todos los países podrán hacer sus negocios bursátiles a escala planetaria mundializando y concentrando los capitales, haciendo OPAS multinacionales en un mundo de especuladores o de explotadores

9.—OLIVETTI Y MONDADORI. La empresa multinacional Olivetti, que da ocupación a más de 50.000 empleados y que está establecida en 53 países, se unió a un consorcio de inversionistas, en 1985, para adquirir el 24% del capital del grupo editorial Mondadori, que registró una cifra de negocios de 939.000 millones de liras. De esta manera, el gran capital financiero y la más grande editorial de Italia se unen, no para publicar libros que cuestionen al capitalismo concentracionario, sino que hagan de soporífero para la población lectora. De este modo, ningún autor que peque de revolucionario, podrá ser editado en las grandes editoras, monopolios de los capitalistas como la radio, la prensa, el cine y la televisión. Así, sin una acción revolucionaria popular, el capitalismo multinacional puede *durar* toda una eternidad... a menos que sus víctimas hagan su propaganda por el *acto*, para crear una sociedad libertaria, no con reformas sino con revoluciones.

10.—KODAK-VERBATIM. El matrimonio Kodak-Verbatim, respectivamente la multinacional de la fotografía y de los discos de memoria para ordenadores, se ha consumado por "interes" recíprocos. Kodak, según los bien informados, ha hecho un buen negocio adquiriendo Verbatim para desafiar a IBM. Lo que quiere decir que empresas afines o diferentes se van uniendo para formar la tela de araña de las multinacionales, en la cual el capital piensa atrapar a todos los obreros del mundo.

11.—EL MONOPOLIO DEL INTERFERON. Las multinacionales del sector farmaceútico Hoffman-La Roche y Schering-Plough, establecieron un acuerdo de cooperación para comercializar, a nivel mundial, el famoso "Alpha Interferon", considerado el mejor remedio, hasta el presente, para combatir el cáncer, así como las enfermedades producidas por virus. Allí donde haya que explotar un remedio contra la muerte, para seguir prolongando la vida de un enfermo —si tiene dinero— tendrá el "Alpha Interferon", el medicamento más caro del mundo. Así las cosas, los ricos podrán seguir viviendo más que los pobres en la "democracia" capitalista de las multinacionales, donde con dinero y poca salud se podrá vivir más que con mucha salud y poco dinero, siendo pobre.

12.—PHILLIPS PETROLEUM. La poderosa empresa norteamericana, que tuvo ventas por valor de 15.537 millones de dólares en 1983, y que tenía 29.300 empleados era, en Europa, un monopolio del gas natural, ya que controlaba los yacimientos gasíferos de Ekofisk, en el Mar del Norte. Todo parecería indicar que en el fondo marino, sobre el que se asienta la plataforma de perforación de Ekofisk, se estaría hundiendo a razón de 40 centímetros por año. En este sentido, se ha podido comprobar que el suelo del fondo marítimo se ha hundido 2 metros, desde que comenzó la explotación de gas natural, en 1974. Y como estarían en peligro las grandes y pesadas plataformas marítimas de explotación de gas, la Phillips Petroleum, que extrae unos 14.000 millones de metros cúbicos de gas (equivalente a 240.000 barriles de petróleo diarios), si dejara de seguir abasteciendo de gas a Europa occidental produciría una gran escasez del mismo. Una gran multinacional tiene así en *vilo* a Europa, lo cual demuestra que ésta depende de grandes empresas más poderosas que muchos países europeos. Queda así cuestionada la soberanía política y, más aún, la independencia económica de todo un continente, donde el Parlamento Europeo de Strasburgo declama la democracia, mientras la plutocracia se lo reparte con sus "cárteles", "pools" y "trusts".

13.—CUATRO HERMANAS DEL PETROLEO. En 1983, Exxon, Texaco, Chevron y Mobil tuvieron 2.400 millones de dólares de beneficios en su comercio petrolero con países del Extremo Oriente. Su poder y riqueza, además de en Estados Unidos, se extiende a todo el mundo. La Mobil, en sus explotaciones de gas natural de Arán, al Norte de Sumatra, obtiene el 25% de todos sus beneficios y ahí piensa instalar una gran planta de gas licuado para ser exportado.

14.—EXPANSION DE MONTEDISON. El gigante de la química italiana, con más de 10.000 milones de dólares de ventas en 1986, que da ocupa-

ción a 105.000 empleados, se hizo, en ese año, con la mayor parte de las acciones del importante "holding" financiero BI-Invest, donde convergen los intereses de otras multinacionales italianas. El capital, a medida que se centraliza en una gran empresa, tiene tendencia a integrarse con otras en "holdings" financieros. De esta manera nadie sabe donde comienzan y terminan las ramificaciones del gran capital industrial, mercantil y financiero, mundializado y consorciado constituyendo "Estados dentro de los Estados".

15.–SHELL: CARBON Y PETROLEO. Esta gran empresa en asociación con Royal Dutch constituye el segundo grupo petrolero del mundo, después de la Exxon, realizando un volumen de ventas anuales por valor de unos 100.000 millones de dólares. Y ahora la Shell, que por ser negro el petróleo no les es ajeno el carbón, propuso al gobierno colombiano la explotación conjunta del yacimiento carbonífero de El Cerrajón, pero sin olvidar que la Exxon está presente en Carbocol, en Colombia, y que con el símbolo ESSO, es *ésto, eso* y *aquéllo*...

16.–HOECHST EN ESTADOS UNIDOS. Gigante de la industria química, la Hoechst, de la República Federal Alemana, con unas ventas de cerca de 17.000 millones de dólares y 186.850 empleados, rivaliza en Estados Unidos con la E.I. du Pont de Nemours. Y en ese sentido, adquirió en 1985 el 74% de las acciones de Hércules, en su proyecto Hercofina, empresa especializada en la elaboración de productos químicos especiales para la manufactura de plásticos y fibras. Las filiales de Hoechst, en el mundo, son más de 40, lo que hace de la pequeña Alemania un país chico en territorio, pero grande en poderío económico por medio de sus empresas multinacionales.

17.–A. T. T., CABLE AND WIRELESS. La American Tel. & Tel., de New York, gigante mundial de las comunicaciones, con 33.187 millones de ventas y 365.000 empleados, cuyos cables dan la vuelta al mundo varias veces, se vinculó a la firma británica Cable and Wireless, a fin de prestar conjuntamente servicios de comunicaciones mundiales, vía satélite, por medio de una filial: Mercury Comunications. Las multinacionales se lanzan a la conquista del espacio extraterrestre luego de haber conquistado la Tierra. Y es que el capitalismo sigue la ley de los gases: tiene tendencia a ocupar todos los espacios , mientras no surja una doctrina alternativa de socialismo libertario, federativo universal, integrador, sin comflictos de clases ni de guerras, en un mundo humanizado y unificado universalmente.

18.–ACUERDO CHRYSLER-MITSUBISHI. Chrysler, tercer producto de automóviles de Estados Unidos, establecida en 47 países con sus filiales, con una plantilla de unos 100.000 empleados, se asoció con Mitsubishi, el más grande "trust" del Japón, que controla más de 1.400 sociedades diversificadas. El acuerdo entre Chrysler y Mitsubishi estableció la producción común de automóviles de turismo en Estados unidos, a partir de 1988, con lo cual esta "entente" constituye un desafío a General Motors Company y a Ford. Sin duda, el capitalismo no tiene patria ni raza: mundializa la economía, si cabe, más que el COMECON sovietizado. Pues en la CEE, por ejem-

plo, hay más unidad de mercado, más libre circulación de las personas y de los capitales, que en el COMECON. ¿Se hará internacionalista el capitalismo y el internacionalismo comunista no rebasaría el nacionalismo?. Ambas formas de capitalismo, uno, multinacional, otro, de Estado, no responden a las necesidades políticas, económicas y sociales de nuestro tiempo: precisamente porque son dos formas distintas de capitalismo. Y a ellas, como alternativa, sólo puede haber un socialismo federativo y autogestionario, humanista, que ponga el capital al servicio del trabajo y no al trabajo al servicio del capital, como sucede bajo el imperio de las multinacionales y del capitalismo de Estado: dos caras de una misma moneda ávidas de beneficios para la burguesía occidental o las burocracias de tipo soviético.

19.—TEXAS INSTRUMENTS. La multinacional productora de semiconductores, circuitos integrados, ordenadores personales y otros componentes electrónicos se alió con el Yankee Group, una firma de investigación de mercados radicada en Boston, ya que no basta producir sino que es tan importante o más contar con mercados. Texas Instrumenst ha crecido como la espuma: en 1983 realizó un volumen de ventas por valor de 5.741 millones de dólares y obtuvo unos beneficios estimados en 316 millones de dólares. Esta gran empresa electrónica da ocupación a 86.563 personas, cuyo trabajo es de elevado nivel de especialización, anticipando así la llegada del *proletariado tecnológico*, que puede sustituir a la burocracia y a la burguesía en la condución de la economía, la política y la administración.

20.—ALLIS CHALMERS. La empresa alemana Klockner-Humboldt, con sede en Colonia, tomará la condución de los negocios agrícolas de Allis Chalmers, en Estados Unidos. Esta operación de la Klockner-Humboldt-Deutz constituye una significativa penetraciónen en el mercado de equipos para la agricultura norteamericana, la más mecanizada del mundo. Por otra parte, la KHD se propone, en Alemania, comprar la firma Motoren Werke Mannheim, el fabricante más antiguo de motores Disel y proveedor de motores refrigerados al agua. De esta manera, la KHD se convierte en una superempresa multinacional para el equipamiento de la agricultura moderna. Teniendo así la agricultura y la industria de equipamiento del agro: la plusvalía del agricultor que discurre hacia la burguesía industrial.

21.—RENAULT-INTERNATIONAL HARVESTER. El matrimonio de las dos multinacionales, una, francesa y otra, norteamericana, significa su asociación para la fabricación de tractores y sus repuestos. Según este acuerdo de Renault e IH, se crearía una empresa mixta de producción de equipos para la agricultura, quedando la mayor parte del capital en manos de las dos firmas asociadas.

22.—TEXAS EASTERN. Después de haber adquirido la Petrolane Inc. por unos 1.000 millones de dólares, la Texas Eastern anunció, en 1984, la venta de su filial Transvestern, que posee un oleoducto de 4.400 millas, que transporta gas natural desde el Estado de Oklahoma y Texas hasta California. Por otro lado, la Transvestern es propietaria de un oleoducto de 9.500

millas en la parte oriental de Estados Unidos. El gas, que consumen millones de norteamericanos, con otras empresas de la misma especialidad, es monopolio de empresas como Texas Eastern. ¿Cómo habría libertad económica entre los consumidores mientras haya monopolios que los exploten con precios sin competencia? En este sentido, el gran capital concentrado se opone a la democracia, a los derechos humanos, a las libertades fundamentales del hombre, aunque la prensa de los monopolios nos haga creer que vivimos en democracia... ¿en la época de las empresas multinacionales que se reparten el mundo?.

23.– NATIONAL INTERGROUP-BERGEN BRUNSWIG. La séptima empresa siderúrgica de Estados Unidos, National Intergroup, anunciaba en 1984 sus propósitos de fusión con Bergen Brunswig, radicada en los Angeles, especializada en la distribución de medicamentos y electrónica. La fusión de NI y de BB equivaldría a un capital conjunto de 600 millones de dólares. La nueva empresa se denominaría Bergen National Corp., actuando como "holding" de las empresas fusionadas, que en conjunto realizarían un volumen de ventas por valor de 3.000 millones de dólares. Se diría que el capital financiero no tiene una empresa exclusivamente dedicada a un producto homogéneo y sus derivados, como en el caso de la siderurgia, sino que ésta puede ser mezclada con los medicamentos y la electrónica en una nueva empresa fusionada. Así cuando las ganancias decaigan en una rama de producción industrial, puede aumentar en otras con lo cual el capital financiero tiene más posibilidad de enfrentar las tendencias depresivas desfavorables del mercado nacional y mundial.

24.– RIO TINTO ZINC. La multinacional británica del cobre,el zinc y otros metales, con un monto de más de 6.500 millones de dólares en ventas, que da empleo a 65.700 trabajadores, se proponía en 1984 adquirir la empresa minera portuguesa Somicor, subsidiaria del grupo francés Peñarroya y Coframines. Las reservas de mineral de cobre de Somicor han sido evaluadas en 27 millones de toneladas. Las riquezas naturales del planeta están en manos de grandes multinacionales que especializan, a cada país subdesarrollado, en la producción de uno, dos, tres, cuatro o cinco productos básicos de exportación, creando así la economía de monoproducción, lo cual constituye las determinaciones económicas básicas de la neo-colonización de las multinacionales, particularmente en el Tercer Mundo.

25.– UNITED TECHNOLOGIES-ALLIED. Mediante un intercambio de 4.000 millones de dólares en acciones, en 1984, se estudiaba la posible fusión de United Technologies y Allied Corp., que trabajan en industrias de punta, incluidas las de armamentos, ya que Allied lo hace por medio de su filial Bendix Corp., aunque su frente económico lo constituyan los negocios del petróleo, el gas natural, la química y la electrónica. United Technologies es una empresa muy significativa en la venta de productos del sector aéreo-espacial. El gran capital, con sus *fusiones* alcanza todas las dimensiones económicas, mercantiles, financieras y tecnológicas, siendo así las superempre-

sas nacionales o multinacionales emporios del capital financiero internacional, cada vez más integrado por medio de las bolsas de valores, los bancos y sus "holdings" de tipo internacional.

26.—RENAULT—TOYOTA. Estas dos grandes empresas, respectivamente francesa y japonesa, han constituido el grupo Renault-Toyota Automatización en el sector de máquinas-útiles de control numérico, cefalizadas, propias de la 3ª revolución industrial. Al respecto, podríamos afirmar que los equipos de maquinaria cibernética multiplican verticalmente la productividad del trabajo. Llegarán tiempos, pues, en que el capitalismo no pueda asimilar sus enormes *fuerzas productivas* creadas, produciéndose una gran depresión por falta de demanda efectiva y por desocupación en masa, transformándose así, necesariamente, el capitalismo en socialismo libertario, no en capitalismo de Estado, como en los países del Este.

27.—IBM—THOMSON. Luego de su acuerdo de compra de Rolhm Corp. y de la vinculación de la STET, del "holding" IRI, de Italia, la multinacional IBM, para reforzar su sector europeo de informática, se ligó a la empresa francesa de esta especialidad, Thomson. Ambas, IBM y Thomson, han decidido colaborar en la fabricación de *circuitos integrados* con la multinacional japonesa Oki Electric Industries. Por otra parte, la Thomson tiene también acuerdos con la multinacional electrónica norteamericana Motorola. Por el convenio entre IBM y Thomson, la primera comprará a la segunda circuitos integrados para la fabricación de sus ordenadores en Europa, ya que IBM tiene cuatro fábricas y dos centros de investigación en Francia. Y a este "pool" de la electrónica se habría asociado también la empresa estatal gala, Compañía General de Electricidad. He ahí una demostración de la "tela de araña" de las empresas multinacionales consorciadas, que crean un capitalismo oligopólico para controlar los mercados y la plusvalía mundial. Frente a este capitalismo concentracionario, para superarlo con un socialismo autogestionario,no hay que ser reformista sino revolucionario.

28.—WESTLAND—SIKORSKY. La empresa británica,fabricante de helicópteros Westland tendría un convenio con la firma norteamericana Sikorsky para construir, en Gran Bretaña, un modelo de helicóptero norteamericano. La forma de participación de Sikorsky en la Westland sería tomando las acciones de ésta en la Fiat. Así los helicópteros, arma de fuego vertical y "caballería del aire", serán fabricados por estas multinacionales del complejo militar-industrial, donde los Estados, con sus compras multimillonarias de dólares, mantienen la demanda de la economía de guerra para tiempo de paz... que, con o sin guerra, acaba en montones de chatarra.

29.—GENERAL ELECTRIC—RCA. General Electric, cuya producción va desde los electrodomésticos a la electrónica y los armamentos más sofisticados, con un volumen de ventas de unos 30.000 millones de dólares y una plantilla de 330.000 empleados, se disponía en 1985 adquirir la RCA por 6.280 millones de dólares. Al dejarse absorber la RCA por General Electric se constituía un grupo que puede desafiar a IBM y, por otra parte, evitar una

OPA hostil de la NBC, ya que las acciones de las cadenas televisivas aumentaron como consecuencia de que la nueva ley, que las regula, permite tener a un solo propietario no siete, –como antes– sino hasta doce emisoras. Por tanto la información que circula por televisión autodefiende el sistema monopólico que la regenta: el capitalismo consorciado y mundializado bajo el dolar, el marco y el yen, emisores de "bonos basura".

30.–ATT–OLIVETTI–TOSHIBA. El "triángulo de oro" de ATT-Olivetti-Toshiba ha hechado las bases de cooperación mediante una alianza para actuar conjuntamente en el mercado mundial de la electrónica e informática, a fin de flanquear a IBM, que controla más del 50% del mismo. Mas explícitamente, se dice que el acuerdo ATT-Olivetti-Toshiba es de suma pujanza competitiva en Estados Unidos, Japón y Europa. Se forma así, a partir de las "ententes" entre las multinacionales de distintos países, un capitalismo mundializado y con tendencias a ser integrado y a penetrar en todos los países, incluso en los del Este, siguiendo la inspiración política de la Comisión Trilateral de la cual es predicador activo Henry Kissinger y gran manitú Rockefeller.

31.–SOLVAY AMERICA–SQUIBB. La poderosa empresa belga Solvay, cuyo volumen de negocios, en más de un 80% se realiza fuera de su país de origen, no se dedica sólo a la producción de soda caústica, sino que cuenta con una empresa como Soda Veterinary, segregada de la gran firma de farmacopea norteamericana Squibb & Sons. De este modo, Solvay Vetarianry se quedan con parte del mercado norteamericano de fármacos para los animales: cerdos, perros, gatos, caballos, etcétera.

32.–NESTLE–CARNATION. El mayor grupo industrial suizo, la multinacional Nestlé ofertó, en 1984, unos 2.890 millones de dólares por la compañía norteamericana Carnation. La Nestlé a pesar de tener origen en un pequeño país como Suiza, es con Unilever un gigante mundial de la alimentación, ya que Nestlé realiza, fuera de Suiza,el 97% de su volumen de ventas y cuenta con el 95% de su personal ocupado en el extranjero. De absorber Carnation, empresa norteamericana, Nestlé podría disputarle la primacía mundial a Unilever: superpotencia que alimenta a millones de personas, que están en diversos países de su esfera de influencia económica.

33.–UNILEVER–NESTLE. Las dos mayores empresas multinacionales de la alimentación, el "trust" Unilever (grupo anglo-holandés) y la Nestlé (grupo suizo) decidieron en 1985 fusionar sus filiales francesas del sector lácteo: respectivamente, Roche aux Fees y Chamburcy. De esta fusión resultaría una superempresa, en el sector de yogures, que desafíe competitivamente a Gervais Danone y a Yoplayt, en el mercado francés. Por otro lado, Unilever, en ese mismo año, se vinculó a Brocke Bond, grupo británico del sector del té, a fin de formar la mayor empresa mundial para la comercialización de este producto. Unilever, con su marca de té Lipton, controla el 50% del té vendido en Estados Unidos. Por su parte Nestlé, con la adquisición de Hills Brothers Coffee, Carnation y MJB de Estados Unidos, se con-

vierte en otra superempresa de la alimentación en este país. En conjunto Unilever y Nestlé, realizan un volumen de ventas anuales por unos 40.000 millones de dólares y dan ocupación a 450.000 empleados. Digamos, en pocas palabras, que Nestlé y Unilever realizan ventas anuales, más o menos, como el total del producto interno bruto de Pakistán, país con 87 millones de habitantes.

34.—LOS DUEÑOS DEL AZUCAR. La familia Fanjul, residente en la ciudad norteamericana de Palm Beach, adquirió en 1985, por 200 millones de dólares, el negocio azucarero de la Gulf and Western Industries Inc., así como los intereses de esta empresa en la Repúbmlica Dominicana. Esta operación azucarera de la familia Fanjul supone la compra de 240.000 acres de plantaciones de caña en la República Dominicana y más de 90.000 acres en Florida. Por otro lado, la Gulf And Western incorpora al monopolio azucarero de los Fanjul otros negocios: hoteles, servicios financieros y venta de productos de consumo. Se ve que ha prosperado mucho, en Estados Unidos, la familia Fanjul, ya que ésta abandonó Cuba, en 1959, a la caída de Batista y la llegada de Fidel Castro; pero si los Fanjul perdieron Cuba ahora se van adueñando de la isla de la República Dominica, que va así de los Trujillo a los Fanjul.

35.—ANHEUSER BUSH—UNITED BREWERIES . La primera empresa citada, americana, y la segunda, danesa, que vende la cerveza Carlsher, intentaban en 1985 un acuerdo para repartirse el mercado cervecero de Europa, mediante una empresa conjunta de distribucción. Y como los hombres, antes que sujetos son objetos del gran capital consorciado, no es extraño que las multinacionales, fusionándose, rebasen las fronteras de sus países de origen. Así todos los consumidores tendrán las mismas bebidas de marca, los mismos modelos de trajes, la misma radio, prensa y televisión, para que consuman y no piensen contra el sistema que los cría como pollos de granja o como burros de carga, para soportar el capitalismo.

36.—L'OREAL. Ejecutivo de L'Oreal, Francois Dalle dice: "Nos preocupa que la gente vaya bien lavada y peinada". No en vano L'Oreal irradia su esplendor de productos de belleza para 1.000 millones de rostros, cuerpos y cabelleras en más de 100 países, donde vende sus prestigiosas marcas: "Ambre Solaire", "Lancome", "Guy La Roche" y "Andrè Courage". Y por si faltara poco, entre los accionistas de L'Oreal se encuentra Nestlé con el 28% de las acciones. De esta manera, las dos multinacionales de la piel y del estómago reparten por el mundo sus productos recogiendo grandes beneficios. En este caso la estética, un producto filosófico tan abstracto, se transforma en algo concreto: en 1985 L'Oreal tuvo beneficios materiales por 730 millones de francos franceses.

37.—MITSUBISHI—IBM; TOSHIBA—ATT. Los japoneses y los norteamericanos tienen pactos de toda clase: de ayuda mutua entre Japón y USA y entre sus grandes multinacionales, Mitsubishi Electric Corp., tiene

acuerdos con la firma norteamericana Rolm Corp., que pertenece a la IBM, para procurarse centralitas de teléfonos. Mediante la compra de equipos de la IBM o de alguna de sus filiales, Mitsubishi estrecha sus relaciones con el gran capital norteamericano, en el mercado de las telecomunicaciones. Por su parte, Toshiba, que compite con Mitsubishi, se va aliando con ATT, empresa norteamericana, para la venta de equipos telefónicos en el Japón. Si los "trusts" norteamericanos y japoneses hacen alianzas, para dominar al mundo económica, comercial y financieramente es explicable que Japón y Estados Unidos tengan bases aeronavales conjuntas frente a la URSS... en defensa de su sistema de capitalismo mundializado e integrado.

38.–EL SUPERTRUST MITSUI. Entre las empresas más gigantescas del mundo, sin duda, está Mitsui, primera sociedad comercial entre todas, ya que su volumen de ventas anuales equivalen, más o menos, al 28% del producto interno bruto del Japón, de cuyo país controla el 51% de las importaciones y el 48% de las exportaciones, más del 25% del valor del comercio interior japonés. Mitsui no tiene comparación en el mundo: comercializa 25.000 productos distintos bajo el lema: "Nuestro objetivo es asegurar al Japón todo lo que su economía necesita". Nunca, pues, el capitalismo adquirió mayores dimensiones en un "zaibatsu" como éste en que el Japón es casi el negocio privado de Mitsui.

INTERNACIONALIZACION DEL CAPITAL

Para *durar,* el capitalismo se va internacionalizando constantemente, llevando como locomotoras acopladas (que arrastran el tren de las multinacionales) a Estados Unidos, Japón y Alemania Occidental. A medida que baja la *tasa de ganancia,* por el aumento constante de capital en estos países, se exporta una buena parte de éste hacia países donde los niveles de *salarios* son más bajos y, por tanto, la tasa de *plusvalía* es más alta, a fin de procurarse, fuera de los países de origen de las multinacionales, ganancias que les sirven para contrarrestar tendencias económicas depresivas en sus metrópolis.

Los sectores industriales de punta: industria metal-mecánica, eléctrica, electrónica, maquinaria con control numérico, biotecnología, informatización de la producción y de los servicios, patentes de reciente descubrimiento, armamentos sofisticados, crean un proceso de valorización-desvalorización del capital, obligando, por determinaciones de la competencia económica en el mercado mundial, a tener que reconvertir la industria permanentemente, en una época de revolución científico-tecnológica.

En el proceso contemporáneo de internacionalización del capital, las empresas multinacionales llegan a todas partes del mundo: países subdesarrollados y de economía de Estado, dichos comunistas. Tal es la política de la Comisión Trilateral para la cual no hay más guerra que la económica, obte-

niendo ganancias donde sea y como sea, hasta que dé de sí la cuerda de internacionalización del capital por todo el mundo.

Una vez que han sido saqueados los países afro-asiáticos y latinoamericanos con las inversiones neocoloniales de las multinacionales, que han sido estos cargados, hasta más no poder, con deudas insoportables, tanto que ya no pueden seguir pagando sin arruinarse, las multinacionales se disponen a penetrar en la Unión Soviética, China y los países del "coto" soviético del COMECON, en procura de la plusvalía del Estado.

Y para justificar esta expansión del gran capital neo-colonial, las empresas multinacionales, como hemos visto elocuentemente, controlan las empresas de la información: prensa, radio, televisión, cine y editoriales, a fin de crear los estados de opinión favorables a la internacionalización del capital aceptado por todas las ideologías. En este orden de ideas, la Comisión Trilateral hace figurar en sus filas desde un político conservador, liberal o "socialista" a un sindicalista con un presidente de una gran empresa multinacional: Dios los ha creado con la bendición del Papa y ellos se han juntado como buenos hermanos burgueses y pequeño-burgueses explotadores del pueblo.

En cierto modo, la Comisión Trilateral representa la ideología, por un lado, tecnocrática y, por otro, de la plutocracia de las empresas multinacionales con un capitalismo de apariencia democrática, de sociedad consumista y "post-industrial"; pero, en el fondo, se trata de un capitalismo salvaje mundializado, en que el verdadero poder no es el poder político de los partidos, sino el poder subterráneo de las "trusts", los cárteles, los "pools", los "holdings" y las "ententes" de las empresas multinacionales, consorciadas para repartirse el mundo sin límites de ideologías: "comunistas", "socialistas", demoliberales, derechas o izquierdas de extracción burguesa de la mesocracia "progre".

La explotación del trabajo asalariado reviste ahora mecanismos mucho más sutiles que los descubiertos por Marx en cuanto a las tasas de plusvalía absoluta y relativa, ya que estos mecanismos siguen subsistiendo en el siglo XX como en el siglo XIX, pero la burguesía plutocrática de las multinacionales tiene el *Estado mesocrático* a su servicio para hacer *inflación monetaria,* poca o mucha, pero jamás nada de ella a fin de que los *precios* (mercancías, bienes o servicios) suban más que los salarios (trabajadores), explotando así a los asalariados de nuestra época doblemente: en las empresas, como obreros asalariados, y en el mercado, como consumidores. Se sube así, actualmente, con monedas inflacionarias, la tasa de plusvalía, indirectamente, poniendo las monedas al servicio de los capitalistas y en contra de los trabajadores asalariados. He ahí el secreto de la inflación: un mal endémico del capitalismo contemporáneo, ávido de plusvalía.

En cuanto a la explotación de los países pobres por los países ricos, el capitalismo neo-colonial, que se ha mundializado después de la Segunda Guerra Mundial, emplea diversos procedimientos: comprar barato y vender caro

los países industriales en los países subdesarrollados; hacer en ellos inversiones monopolistas en empresas filiales de las multinacionales que obtienen altas tasas de ganacias, en Asia, Africa, América Latina, dejando para transferirlas sin oro y divisas a sus bancos centrales; prestar capitales a estas regiones para que paguen sus deudas a condición de endeudarlos cada vez más con el pago anual de altos tipos de interes por los préstamos otorgados.

En estas condiciones, el capital financiero internacional tiene empobrecidos a los países afro-asiáticos y latinoamericanos, pudiendo jugar con ellos como el gato con el ratón, gracias a un neo-colonialismo no menos explotador que el viejo colonialismo imperialista. Pues actualmente los países, que practican el imperialismo económico con sus países feudatarios, simplemente con subirles la tasa de interés por los préstamos leoninos recibidos les pueden quitar, anualmente, varios miles de millones de dólares. Así, por ejemplo, el aumento del 1% en la tasa de interés, sobre una deuda de 440.000 millones de dólares de América Latina en 1988, restaba por año a los endeudados países latinoamericanos más de 4.000 millones de dólares. De esta manera, los países ricos acreedores, si unen los miles de millones de dólares restados por alza de los tipos de interés y los sustraídos por una relación de intercambio favorable así los países subdesarrollados, mientras dure este neo-colonialismo explotador, cada vez estarán más empobrecidos y más endeudados, pagando el interés compuesto por anualidades no amortizadas.

Dentro de este sistema económico mundial, los tiburones del gran capitalismo integrado por "ententes" de las multinacionales hacen la ley y la trampa, pero con una apariencia de democracia, de respeto de las libertades esenciales y de los derechos fundamentales del hombre... rico.

El orden mundial, propugnado por la Comisión Trilateral, es tolerante con el Estado totalitario y el Partido único con tal que las multinacionales tengan acceso a la plusvalía extraída de los obreros "comunistas", mediante empresas mixtas entre las multinacionales y las empresas estatales de países del COMECON y de China.

Al respecto, cabe destacar el hecho paradójico de que Henry Kissinger no se opuso al desembarco de las tropas cubanas en Angola, a la hora de la independencia de este país, porque éstas han guardado los campos petrolíferos, explotados por multinacionales norteamericanas, frente a los guerrilleros de la UNITA. Así, pues, la política internacional contemporánea es más maquiavélica que la vieja política de los imperios coloniales o que la de los príncipes de la época del "despotismo ilustrado". Por eso, el mundo se encuentra entre la burocracia totalitaria del Este y la plutocracia del Oeste. En consecuencia, todo lo que está hecho no puede ser deshecho por evolución sino por revolución, no por la democracia burguesa o pequeño-burguesa neoliberal, socialdemócrata o democristiana, sino por una revolución que instaure el socialismo libertario.

EL CAPITALISMO MULTINACIONAL

Las empresas multinacionales crecen como la espuma: los activos, que poseen fuera de sus metrópolis, aumentaban durante la década 1970-80 a razón de un 10% anual, cifra según años, dos, tres, cuatro y... mayor que la tasa de crecimiento del PIB de los países industrializados.

Las empresas nacionales no exprimentan, en los países subdesarrollados, tasas de expansión similares a las de las multinacionales que se establecen, en ellos, como filiales.

Más pequeñas, las micro-empresas, que las empresas nacionales grandes, a la larga, aquéllas no estarán en condiciones de disputar a las empresas multinacionales más que el mercado artesanal donde éstas no quieren entrar, pues las empresas que lo abastecen son de baja productividad, requieren mucha mano de obra, teniendo así altos costos de producción.

La incontenible expansión de las empresas multinacionales no es cosa para tomarla a la ligera por las empresas de países subdesarrollados o por las micro-empresas cuyo espacio económico pudiera ser cada vez menor, a causa de la imbatible competencia de los emporios industriales internacionalizados. Estos emplean tecnologías y patentes no asequibles a pequeñas empresas privadas y a coperativas que no utilizan tecnologías y patentes propias, siendo así aubsidiarias, tecnológicamente, de las empresas internacionales, que producen y exportan el "know how".

Hacia el año 2000, se estima que unas 300 empresas multinacionales dominarían el mercado internacional de productos de gran consumo. En este sentido, las pequeñas y medianas empresas, así como las cooperativas no integradas, se conformarían con los mercados marginales, a menos que se constituyeran federaciones cooperativas de industrias afines integradas, capaces de hacer investigación científica, producir patentes y competir, agresivamente, en los mercados nacionales o internacionales.

Las empresas multinacionales cuentan con grupos bancarios internacionales, tecnologías y patentes de punta, préstamos en euro-dólares, una concentración horizontal y vertical de sus capitales; tienen así el control de los mercados de productos y de capitales, las fuentes de energía, la química y la petroquímica, el motor de explosión (en todas sus formas y aplicaciones), la electrónica, las telecomunicaciones, la siderurgía y las industrias pesadas, la alimentación, los cosméticos, los bancos y las bolsas de comercio, los reactores atómicos y otros equipamentos nucleares, etc. Además la producción sintética, las materias primas de síntesis también son una esfera de influencia de las empresas multinacionales: ¿Qué realmente va quedando, en la perspectiva del año 2.000, para las pequeñas empresas privadas y las cooperativas pequeñas? Todo va siendo engullido por el capitalismo multinacional, cuyo templo es Wall Street, donde se adora el dólar, el marco y el yen.

Nos encontramos, pues, en presencia de poderosas internacionales delcapital financiero que se reparten el mundo, económicamente. Frente al ca-

pitalismo cosmopolita, el *Estado-nación* se va quedando sin posibilidad de manejar a las internacionales capitalistas. Así, por ejemplo, *Montecatini-Edison* –dos multinacionales fusionadas, sin que sus gobiernos puedan evitar que se constituyan como "Estados dentro del Estado"– han establecido relaciones directas y convenios con empresas estatales soviéticas. No pidieron permiso para ello a sus gobiernos. Es evidente que el Estado-Nación –más de 150 Estados en el mundo de hoy en la ONU– tiende a quedar como algo simbólico, ya que las multinacionales los rebasan más allá de sus fronteras, de su soberanía económica limitada, de sus monedas locales sin valor universal.

Pareciera, pues, que el capitalismo multinacional fuera a dominarlo todo con su pujanza tecnológica y económica. Así no quedaría mucho espacio económico para empresas privadas pequeñas y, menos aún, para cooperativas sin integración global, mientras las empresas multinacionales –todos los años– hacen fusiones, entre sí, para ser más poderosas económica, financiera, técnica y comercialmente, no sólo en sus países, sino en todo el mundo. Y al contrario, los sindicatos obreros reformistas se han hecho nacionalistas, dejando así el campo libre al capitalismo multinacional.

Sin embargo, las internacionales del capitalismo tienen su talón de Aquiles: contaminan el medio ambiente; derrochan las riquezas del mundo; fabrican productos poco durables o de poca calidad para aumentar así sus ganancias; devoran al planeta con su derroche de materias primas; no procuran la armonía entre recursos humanos y recursos naturales; ignoran los factores de equilibrio entre desarrollo armónico, ni para hoy ni para el futuro. Sólo un crecimiento económico, no basado en el lucro, sino en la cooperación, la autogestión y el humanismo, puede crear un mundo para todos, sin capitalismo nacional o multinacional, con socialismo universal, autogestionario, federativo y libertario.

Las empresas multinacionales han tenido un prodigioso crecimiento durante los años que siguieron a la terminación de la segunda guerra mundial, sobre todo, en las *décadas de la sociedad de consumo,* del crecimiento acelerado de las ciudades, de la mundialización de la economía, bajo el signo del dólar, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, el Acuerdo General de Tarifas y Aranceles y las *inversiones directas* de los países industrializados, (que han neocolonizado a los países subdesarrollados), en Asia, Africa y América Latina.

La *descolonización,* en cierto modo, fue impulsada por las internacionales del capitalismo, que extendían por el mundo sus inversiones directas especie de colonias fenicias. Posteriormente las multinacionales ideológicas soviéticas han propagado los "golpes de Estado", los "movimientos de liberación", las guerrillas, todo ello contra el imperialismo económico occidental, que va perdiendo sus multinacionales económicas en los países en que éstas son nacionalizadas: Cuba, Nicaragua, Angola, Mozambique, Indochina, donde el rublo orilla al dólar. Así las cosas, la colonización económica, que

pretendía llevar a cabo la Trilateral de la época de Carter, ya no era posible en tiempos de Reagan. Y la URSS y los USA se encuentran ahora frente a frente, con las luchas periféricas entre las enternacionales ideológicas de Rusia y las internacionales capitalistas de Estados Unidos, pero todavía es posible la creación de empresas mixtas soviético-europeas y soviético-japonesas y hasta con Rockefeller y Cía, siempre buscando beneficios.

En este sentido, las multinacionales capitalistas (que han creado y difundido la sociedad de consumo, que parecían ser el fin de la historia, el crecimiento ecnómico óptimo, la sociedad abundantista), al chocar con las multinacionales ideológicas soviéticas, llevan el mundo hacia una posible tercera guerra mundial. En consecuencia el crecimiento económico de las multimacionales, sus prodigiosas tecnologías, que darían al año 2000 una sociedad consumista, conduciría a un gran fiasco, al apocalisis nuclear, a la miseria más espantosa, al holocausto de ciento de millones de seres humanos, de no convertir el capitalismo en socialismo libertario.

Necesitamos pues, un *modelo de desarrollo* humanista, cooperativo, autogestionario, equilibrado nacional e internacionalmente; que no superpueble las ciudades y despueble los campos; que no desarrolle la industria y subdesarrolle la agricultura; que no concentre la riqueza en los países industrializados y la miseria en los subdesarrollados; que procure trabajo, bienestar, cultura y ciencia en un mundo descontaminado para todos los hombres: sin tistinción de razas, de religión, de nacionalidad, de clases, a condición de federar las naciones, abolir el imperialismo y establecer el socialismo libertario.

Por el progreso, el mundo debe avanzar hacia un estado mejor desde un estado peor, trabajando cada vez menos y produciendo más, pero mientras dure el capitalismo, en su forma de empresa privada o estatizada, podría ocurrir que todo tiempo futuro siempre fuera peor, ya que el capitalismo contiene lo inhumano: las guerras nacionales o mundiales, la lucha de clases, las crisis económicas, la contaminación ambiental, el empeoramiento de la calidad de vida y las contradicciones económicas, políticas y sociales inherentes a un modo de producción basado en la explotación del trabajo ajeno no pagado, sometiendo el obrero al patrón.

Bajo la dominación de la burocracia totalitaria, en el Este, y de las burguesías, en el Oeste, la vida no es buena para el hombre porque unos trabajan para otros que no trabajan y consumen más que los que trabajan. Así las cosas, mientras la empresa sea antagónica o contenga la lucha de clases, debido a la propiedad privada o estatal, no hay esperanza de verdadero progreso en beneficio de toda la humanidad. Sólo un nuevo modo de producción, que tenga la propiedad social como contenido y la democracia directa o el autogobierno como forma, puede liberar a los trabajadores asalariados de su explotación.

Las empresas, ya sean nacionales o multinacionales, seudo-comunistas o capitalistas, constituirán las causas económicas, políticas y sociales de la

opresión de una clase productora por otra explotadora o de los países atrasados por los países industrializados, siendo así la alienación del ser humano el contenido de una civilización inhumana, determinada por la lucha entre los hombres (obreros-patrones) y entre las naciones (países industrializados-subdesarrollados), antagonismos determinantes de las revoluciones y de las guerras, de la violencia en la dialéctica de las fuerzas históricas.

Mientras haya miseria, servidumbre, apresión y explotación entre los hombres; mientras haya impuestos y rentas parasitarias para el Estado caro y malo y para las clases improductivas; mientras haya corrupción, inflación y desocupación de trabajadores; mientras la religión, la política, la moral y el derecho estén al servicio de la dominación de unos sobre otros (países o clases) un incierto porvenir pudiera conducir a la autodestrucción de la civilización por las luchas de clases y, peor aún, por el apocalipsis nuclear.

NEO-COLONIALISMO DE LAS MULTINACIONALES

Las *nuevas formas de colonización* son más sutiles que las del viejo colonialismo: ahora no se ven las potencias imperialistas en otros países con sus banderas y sus tropas de ocupación, con sus virreyes y gobernadores con poderes absolutos. Los nuevos métodos de colonización son económicos, financieros, comerciales, dejando la responsabilidad del gobierno a las "élites" indígenas, dóciles a la política de las empresas multinacionales y a las cadenas de bancos de los países industrializados que siguen, como en la época colonial clásica, siendo dueños de las riquezas de los países neo-colonizados.

En este sentido, *Canadá*, que es un país casi desarrollado, por su proximidad con Estados Unidos, se ha convertido en satélite de éste con un grado de dependencia no inferior al que tienen los países del COMECON con la Unión Soviética. Así las cosas, con relación a Canadá, en la década de 1960-70, el 60% del total de las inversiones realizado en las empresas industriales provenía del exterior, principalmente de Estados Unidos. Ello implicaría el hecho de que en las industrias canadienses del automóvil, el caucho, los artefactos electro-domésticos y en el petróleo, los capitales norteamericanos controlaban, respectivamente, 91%, 81%, 62%, y 54% de estos sectores claves de la economía canadiense. Además, en la fabricación de máquinas y la industria metal-mecánica, las industrias químicas, la elaboración de alimentos y la minería, se han establecido las empresas multinacionales que han copado el mercado y la producción en Canadá. A la luz de estos hechos se diría que este país es un satélite que rota en la órbita de Estados Unidos sin poder salirse de ella.

En *Australia*, otro país de la Commowealth, de mediano desarrollo económico y tecnológico, sin embargo, el neo-colonialismo de las multinacionales es visible en los sectores industriales más importantes. En la década de los setenta los capitales extranjeros controlaban, en Australia, el 95% de la

industria automotriz, el 55% de las piezas y accesorios para automóviles, el 95% de los productos farmacéuticos y los cosméticos, el 80% de los jabones y detergentes y el 95% de la distribución y refinación de petróleo.

Las empresas multinacionales están, como Dios, en todas partes. Noruega, por ejemplo, país aparentemente desarrollado tenía, sin embargo, hipotecada su industria electrotécnica al 48%, la petroquímica al 27,9%, los metales básicos al 27,1% y las bebidas, la alimentación y el tabaco al 15,3%.

En países industrializados, como Francia e Italia, las multinacionales estaban dominando, en la década de 1970-80, respectivamente, el 100% y el 80% de la producción de los rodamientos a bolas; en Gran Bretaña y Francia, el 75% y el 95% del de negro de carbón. En Francia, país desarrollado, pertenece a las empresas extranjeras el 90% del caucho y de la margarina, el 70% de la maquinaria agrícola, el 65% de las telecomunicaciones, el 60% de los montacargas y ascensores y el 50%, por lo menos, de la producción de lámparas eléctricas, máquinas y artículos de oficina, neumáticos y material de fontanería.

En América Latina, Asia y Africa, regiones subdesarrolladas, las multinacionales ejercen un monopolio sobre los sectores claves de las economías con mayor dominio todavía que en los países anteriormente citados. Y como la *tasa de ganancia* es muy elevada en las subsidarias de las empresas multinacionales, los países subdesarrollados se han endeudado extensamente con el capital financiero internacional. El giro de enormes ganancias hacia el exterior ha dejado secos de oro y divisas los mercados monetarios y vacías las arcas de los bancos centrales de los países afro-asiáticos y latinoamericanos. En este sentido, el neo-colonialismo de las multinacionales es tan expoliador como el viejo colonialismo en Africa, Asia y América Latina.

El capitalismo multinacional explota, preferentemente, a países donde los niveles de *salarios* son muy inferiores a los que rigen en los países industrializados. Como el capitalismo aspira a la ganancia al más alto nivel posible, se explica que las empresas norteamericanas multinacionales inviertan en el extranjero para procurarse fuera una *tasa de plusvalía* que no consiguen dentro de sus fronteras. En este orden de ideas, cabe subrayar un estudio de la Comisión de Aranceles de Aduanas de Estados Unidos, poniendo de relive que los costos unitarios de la mano de obra en el Caribe, en la industria del vestido, equivalían al 24% de la de Estados Unidos; en México, el 32%; en los artículos eléctricos y electro-domésticos el 8%, en el Lejano Oriente (Japón excluido). Se explica, pues, que las empresas multinacionales norteamericanas se radiquen en estos países para obtener la máxima ganancia, en países de máxima tasa de plusvalía.

Como consecuencia de que las empresas multinacionales obtienen pingües ganancias en el extranjero, explotando monopolios, mano de obra barata, materias primas locales y mercados muy remunerativos, la expansión de las grandes empresas norteamericanas, en 1970, era un 10% anual fuera de sus fronteras y sólo el 6% dentro de ellas.

Se explica, pues, que, en 1976 el porcentaje de las ventas en el extranjero sobre ventas totales fuera del orden siguiente: 72% Exxon, 62% Royal Dutch-Shell, 50% IBM, 49% ITT, 45% Renault, 96% Petróleos de Venezuela, 62% Volgswagenwert, 50% Siemens, 97% Nestlé, 44% Xerox, 46%Dunlop-Pirelli, 49% NCR, 96% Hoffman-La Roche, 92% Inco, 87% Alusuisse, 75% Olivetti, 59% Northrop y 46% IMETAL. Prácticamente, estas empresas transnacionales están ya más vinculadas a la economía mundial que a sus economías nacionales. Así, pues, el gran capital tiende a crear un mercado mundial, del cual dependen los mercados nacionales con lo cual la soberanía política y la independencia económica de los países neo-coloniales sólo existen simbólicamente, mientras el cacpitalismo no sea sustituído por un socialismo libertario universal y federativo que haga del mundo un solo país.

En el caso de la *multinacional Nestlé*, si le fallara el mercado mundial, caería en una crisis total en su estrecho mercado nacional suizo de menos de siete millones de habitantes. Esta empresa suiza de productos alimenticios está tan internacionalizada que el 95% de sus efectivos laborales trabaja en sus múltiples filiales esparcidas por todo el mundo.*IBM*, la superempresa de ordenadores y material electrónico, constituye el óptimo de expansión de una multinacional, ya que controlaba el 60% del mercado mundial de ordenadores en 1970-80. Es tan tupida la tela de araña de las filiales de IBM que, prácticamente, es ya una internacional del capitalismo. Y por estar establecida en todas partes crea un fenómeno nuevo o una nueva dimensión del capitalismo mundializado: IBM no puede ser nacionalizada o expropiada en un solo país; pues aunque lo fuera en Estados Unidos, su país de origen, seguiría existiendo en el resto de los países donde está operando. Frente a este *capitalismo mundializado* , agresivo y expansivo, no han resistido las barreras de los capitalismos de Estado, en el Este, ya que las multinacionales occidentales tienen tendencias a constituir empresas mixtas con las empresas estatales de modelo soviético, a fin de obtener la plusvalías generada por los bajos salarios existentes en los países del COMECON ¡Qué hacer frente a estas internacionales del capitalismo! Sólo las comunidades autogestionarias, integradas en federaciones de industria podrán sustituirlas en beneficio de todos los pueblos.

El capitalismo de grandes dimenciones, a escala mundial, se ha producido porque los capitalismo nacionales, subdesarrollados, atrasados técnicamente, limitados a los mercados nacionales, no pueden resistirlo competitivamente.

¿Y por qué se ha producido esa expansión acelerada de las internacionales del capitalismo?. Porque alguna empresa como Lockheed (dedicada a la industria aéreo-espacial) emplea más millones de dólares en investigación y desarrollo (I + D), que todos los países latinoamericanos dedican a esta finalidad.

Por eso, según un estudio de las Naciones Unidas, el capital y la aportación técnica determinan, aproximadamente, el 90% de la *productividad* y

del crecimiento anual del producto interno bruto (PIB), en las industrias y en los países. En cambio la mano de obra, sin tener en cuenta la productividad y el incremento del PIB por mejor educación y mejores tecnologías, no aumenta la riqueza de las naciones, según el porcentaje indicado.

Y como las empresas multinacionales son las que invierten más en nuevas tecnologías, nuevos productos y obtienen nuevas patentes, la acumulación de capital y su centralización, en pocas y poderosas empresas, se va acrecentando año tras año. De seguir así las cosas, las pequeñas y medianas empresas, así como las cooperativas, irán quedando como entidades de producción marginal, sin poder alcanzar la revolución científico-tecnológica, que requiere empresas más grandes, capaces de asimilar la revolución de las computadoras o la automatización del trabajo.

Sin embargo, frente al capitalismo altamente concentrado, acumulado en pocas y poderosas empresas, o en pocos y poderosos países, sólo cabe responder, no con una retórica antiimperialista inoperativa, sino con una economía autogestionaria, basada en la propiedad social de los medios de producción y de cambio, en la creación de federaciones de industrias y de servicios, capaces de desafiar y sustituir al gran capital internacional. Si la URSS y sus "satélites" del COMECON hubieran creado empresas autogestionarias, integradas en federaciones de industria, podrían haber desafiado a las multinacionales del capitalismo. Y si en el Este, la economía hubiera sido desburocratizada, a fin de que quedara un porcentaje de más del 30% sobre el PIB para inversión, para formación anual de capital, el socialismo podría así superar al capitalismo, al privado y al de Estado.

A falta de alternativas al capitalismo multinacional, tanto con "socialismo de terciopelo", en el Oeste, como con socialismo burocrático, en el Este, las internacionales del capitalismo se van haciendo más universales que las internacionales del seudo-socialismo y del seudo-comunismo.

La *neo-colonización* de las empresas multinacionales, si cabe, es más avasallante de las economías que el viejo colonialismo. En este sentido, es oportuno subrayar que la Alcoa de Australia, filial de la Alcoa de Estados Unidos, controla el 43% de la extración de bauxita y la Kaiser, también norteamericana, otro 43%, más el 30% de la de Jamaica.

Las multinacionales del *cobre*, Roan Consolidated Mines, Codelco, Sociedad Minera el Teniente, Gecamines (Zaire), Kennecott (USA), Philips Dodge (USA), Rio Tinto Zinc (Gran Bretaña), Newmont (USA), Asarco (USA), Anaconda (USA) e Inco (Canadá), dominan el 56,9% de la producción de cobre, su comercialización y refinación.

El *tungsteno*, mineral estratégico de gran impogtancia para la fabricación de armamentos, esta monopolizado: el 95% de su producción, en Corea, por la Corea Tungsten Co. Ltd.; el 65% en Bolivia, por la international Mining Co.; el 65% en Estados Unidos, por la Unión Carbide Corp.; el 95% en Portugal, por la Beralt Tin and Wolfranm; el 50% en Canadá, por la Amax; el 90%, en Australia, por la Peko Wallsend Ltd.; el 65% en Francia, por la Societé Miniére d'Anglade; y el 65%, en España, por la Minas de Borralba.

Las grandes compañías multinacionales del *petróleo*, en 1975, todavía seguían controlando el 49% de la producción mundial del bruto y el 46% de sus productos refinados.

Los *productos alimenticios* de gran mercado están monopolizados por empresas multinacionales que, sin contar la empresa matriz, tienen numerosas filiales en todo el mundo: Uniliver 74 filiales, Nestlé 42, Krafko 15, General Foods 21, Greyhound 19, W. R. Crace 37, Gulf and Westenn 17, Borden 15, Ralston Purina 27, CPC International 44, Tate and Lyle 25, General Mills 28, United Brands 18, Standard Brand 26 y Cadbury-Schweppes 28 filiales en el extranjero, incluyendo países industrializados y subdesarrollados; pero de todas estas empresas sólo tres son británicas y una, suiza. Quiere decir que las multinacionales norteamericanas monopolizan el mercado mundial de elaboración y comercialización de alimentos básicos.

En la importación de *bananas,* dos empresas multinacionales norteamericanas son dueñas de grandes extensiones de terrenos en Centroamérica principalmente, monopolizando su comercio de importación en los siguientes porcentajes: United Brands Co. el 33%, Standard Fruit Co. el 25%, y Del Monte el 10%. Hay países como Ecuador y otras "Repúblicas bananeras" que constituyen un "protectorado" de la United Brands Co. y de la Standard Fruit Co. En este sentido, el comercio de la banana es dominado por estas poderosas empresas en Europa occidental, Estados Unidos, Japón y Canadá.

Las empresas multinacionales constituyen el gobierno subterráneo de los "trusts": en 1974 controlaban el 29% de las industrias manufactureras de Brasil, el 41% en Turquía y el 13% en la India. Pero, industria por industria, tenían el 99% del Tabaco de Brasil; el 61%, el 59% y el 52%, respectivamente, del caucho en Brasil, Turquía y la India; el 68%, el 38% y el 10% de la industria automotriz y del transporte de estos países.

La industria farmacéutica de las multinacionales es la más monopolizada de todas las industrias. La parte estimativa bajo control extranjero de este sector, según el estudio de la ONU, "Les societés transnationales dans le dechelopppement mundial", era del orden siguiente: el 100% de la farmacopea de Arabia saudita, 97% de Nigeria, 90% de Bélgica, 90% de Colombia, 88% de Venezuela, 85% de Brasil, 85% de Canadá, 85% de Australia, 85% de Indonesia, 82% de México, 80% del Mercado Común Centroamericano, 75% de la India, 75% del Irán, 70% de la Argentina, 60% de Gran Bretaña, 60% de Italia, 60% de Suráfrica, 50% de Finlandia, 50% de Suecia, 40% de Francia, 44% de Portugal, 40% de Turquía, 35% de Alemania occidental, 34% de Suiza, 15% de Estados Unidos y 13% de Japón. Así las cosas, salta a la vista que el vasto monopolio de las multinacionales de la farmacopea se extiende por países subdesarrollados, ampliamente, y en países industrializados más moderadamente como en el caso del Japón, con una escasa penetración en Estados Unidos, cuyas multinacionales de la industria farmacéutica han salido a la conquista del mundo. Y en esta industria se da el caso de

que el costo de producción de un medicamento está muy lejos de su precio de venta lo cual rinde pingües ganancias explotando a los enfermos de todo el mundo cobrando a 10 lo que, a veces, vale 1. En este sentido, es explicable que los países subdesarrollados, particularmente, se queden sin oro y divisas para pagar las ganancias de las empresas multinacionales que los eplotan neo-caolonialmente.

El neo-colonialismo de la multinacionales, en algunos países como México, por su proximidad a Estados Unidos, es de gran significación. Los sectores industriales bajo control extranjero, en la industria mexicana, eran los siguentes: 28% del total de las industrias manufactureras mexicanas; pero industria por industria, en 1970, alcanzaba al 80% del tabaco, 27% del papel, 84% del caucho, 67% de los productos químicos, 27% de los productos minerales no metálicos, 25% de los metales en bruto, 37% de los metales trabajados, 62% de las máquinas (excluídas las máquinas eléctricas), 79% de las máquinas eléctricas y 49% del material de transporte.

Alguien, irónicamente dijo: i"Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos"! Lo que quiere decir que México rota, como un satélite, en el centro de gravedad económico-financiero y tecnológico de la república del dólar. Sin embargo, al duplicar su población en unos veinte años, México, indirectamente, con su expansiva natalidad, va invadiendo a Estados Unidos. Queda compensado así de la neo-colonización del dólar con la invasión demográfica mexicana de Estados Unidos. Ello, en los comienzos del siglo XXI, comenzaría a constituir un problema más grave con México, para los ricos norteamericanos, que sus diferencias políticas e imperiales con la Unión Soviética y su "guerra económica" con Japón.

Argentina, a pesar de estar lejos de Estados Unidos y de Europa occidental, también está siendo neo-colonizada por las empresas multinacionales: las empresas extranjeras, en 1972, se habían apoderado del 31% de la producción industrial Argentina: la más rentable, tecnificada, desarrollada, explotando patentes de producción en régimen de monopolios. Y el resultado de la Argentina ha sido que, invadida en sectores económicos claves de su producción industrial, con *altas tasas de ganancia*, no ha podido resistir a la explotación del capital extranjero, agotando todas sus reservas de oro y divisas de otros tiempos, y acumulando una *deuda exterior* de unos 55.000 millones de dólares, algo así como la mitad de su producto interno bruto. En estas condiciones económicas tan desfavorables, la Argentina ha caido en una *crisis económica total,* más intensa en 1989 que en la gran depresión de 1929-33.

En este orden de ideas, el neo-colonialismo de las empresas multinacionales, unido a los préstamos leoninos de los bancos extranjeros reunidos en el "Club de París" y consorciados en el Fondo Monetario Internacional, es tan insoportable como el viejo colonialismo. Esta situación de creciente depresión mundial, inducida por el gran capitalismo de las multinacionales, de los banco internacionales, del F. M. I. y de las grandes potencias mundiales,

pareciera presagiar un réquiem por el capitalismo imperialista, inspirado en una avaricia desmedida que lo hace muy egoista e inmoral.

MULTINACIONALES SOVIETICAS

Casi un centenar de multinacionales soviéticas se han instalado en países industrializados y subdesarrollados de Occidente o bajo formas de empresas mixtas en países del COMECON y occidentales, a fin de emular el prodigioso crecimiento de las empresas multinacionales norteamericanas, europeas de la CEE y japonesas, que compiten por el reparto económico, comercial y financiero del mundo.

Hacia finales de la década 1970-80, más de ochenta empresas soviéticas se habían radicado en países capitalistas industrializados y subdesarrollados, en asociación con empresas anónimas del gran capitalismo occidental; actúan así no como empresas socialistas, sino como empresas capitalistas; resiten, igual que otras empresas, las huelgas obreras en demanda de mayores salarios y de mejoras de las condiciones de trabajo; procuran aumentar al máximo su tasa de *ganancia* a expensas de bajos salarios, a fin de que quede mucha *plusvalía;* transfieren sus beneficios a la Unión Soviética como las multinacionales americanas, europeas y japonesas sus respectivas metrópolis, pero las transnacionales soviéticas son débiles económicamente.

Con la implantación de sus multinacionales en los países capitalistas, la URSS trata de procurarse tecnologías avanzadas, mercados para sus exportaciones y una cooperación permanente con el gran capital financiero occidental, lo cual no es muy socialista que parezca. En ese sentido, los huelguistas de las multinacionales o empresas mixtas soviéticas, radicadas en el exterior, tienen conciencia clara de que Rusia no es un país socialista, sino más bien capitalista, en el sentido de un capitalismo de Estado, socio del capital monopolista occidental, ansioso por crear empresas mixtas con él en la URSS.

La burocracia soviética, usufructaria de la empresa estatal soviética, no es de los obreros ni en su gestión, ni en su comercialización ni en el control del excedente económico producido, es, evidentemente, una empresa del Estado, y como éste es el monopolio de la burocracia ésta posee la economía bajo forma de propiedad estatal. En este orden de ideas, es explicable que las empresas estatales soviéticas, altamente concentradas, integradas como "trusts" de Estado por ramas económicas, coincidan, en su asociación, con las grandes empresas capitalistas occidentales. Hasta comienzos de la década de los ochenta, registradas y conocidas, había 72 multinacionales soviéticas, repartidas por distintas partes del mundo, actuando en los más diversos sectores de la producción y los servicios, como puede apreciarse en el cuadro siguiente:

LAS 72 MULTINACIONALES CON CAPITAL SOVIETICO QUE OPERAN EN 22 PAISES

AUSTRIA: Asotra: Transportes; Donau Bank: Banco comercial (Agencia del Soviet Bank); Garant Versicherung: Seguros.

BELGICA: Belso: Productos alimenticios y textiles; Elorg-Belgique: Informática (Agencia de la Elektronorgtekhnika); Ewa: Instrumentos ópticos; Fermchimex: Productos químicos; (Agencia de la Soyuzkhimexport); Nafta-B: Productos petrolíferos (Agencia de la Soyuznefteexport); Russalmaz: Diamantes (Agencia de la Soyuzromexpor); Scaldia-Volga: Automóviles (Agencia de la Avtoexport); Transworld Maritime Agency: Transportes marítimos.

CANADA: Belarus Equipment Ltd: Maquinqria agrícola (Agencia de la Traktoexport); Emek Trading: Turbinas hidráulicas; Morflot Freightliners: Transportes marítimos; Soccan Aireraft: Líneas aéreas; Stan Canada: Máquinas de utensilios.

FILANDIA: Elorgdata: Calculadoras y servicios (Agencia de la Elektronorgtekhnika); Koncla: Material de automóviles (Agencia de la Avtoexport); Koncisto: Maquinaria; Saima Lines: Transportes marítimos; Teboli: Productos petrolíferos (Agencia de la Soyuznefteexport).

FRANCIA: Actif-Avto: Maquinaria agrícola (Agencia de la Traktoexport); Banque Commerciale pour l'Europe du Nord: banco comercial; Fransov: Productos del mar; Promolease:: Equipamientos; Rusbois: Madera (Agencia de la Exportles); Sagmar: Transportes marítmos; Slava: Relojes; Sogo: Productos químicos (Agencia de la Soyuzkhimexport); Stanko-France: Maquinaria (Agencia de la Machinoexport).

ITALIA: Dolpin Agenzía Marítima: Transportes marítimos; Ruslegno: Madera; Sovietpesca: Productos marítimos: Sovitalmare: Transportes marítimos; Stanitalia: Maquinaria y utencilios.

LUXEMBURGO: Banque Unie Est Quest: Banco comercial.

NORUEGA: Koncisto Norge: Maquinaria; Koncia Bil: Automóviles.

ESPAÑA: Pesconsa: Productos del mar; Sovispan: Agencia de intercambios comerciales.

HOLANDA: East West Agenies: Instrumentos ópticos; Elorg: Venta de calculadoras y servicios; Transworld Machine Agency: Transportes marítimos.

SUECIA: Joint Trawler Ltd. Sweden: Productos del mar; Matreco Bil: Automóviles (Agencia de la Avtoexport); Scansov Transport: Transportes marítimos.

SUIZA: Wozohod Handdelsbank: Banco Comercial.

GRAN BRETAÑA: Russian Wood Agency: Madera (Agencia de la Exportles); Anglo-Soviet Shipping: Transportes marítimos; Black Sea & Baltic General Insurance: Seguros; East West Leasing: Equipamiento; Moscow Narodny Bank: Banco Comercial; Nafta-GB: Productos petrolíferos (Agencia de la Soyuznefteexport); Technical & Optical Equipment: Equipamiento fotográfico; United Machinery Organisation Plan Hire: Maquinaria de construcción.

ESTADOS UNIDOS: Morflot America: Transportes marítimos; Sovfracht USA: Transportes marítimos.

ALEMANIA FEDERAL: Neotype Techmashexport: Maquinaria; Ost-West Handelsbank:Banco comercial; Plodimex Aussenhaldeis: Productos alimenticios y bebidas; Russalmanz: Diamantes; Sobren Chenihandel: Productos químicos; Sovag: Seguros; Ueberseeschif-Fahrsagentur Transnautic: Transportes marítimos; Wesotra Spedition & Transport: Traslados y expediciones.

ARGENTINA: Coram South America: Equipamiento eléctrico (Agencia de la Energomashexport).

NIGERIA: Waategp Lagos: Material de Automóviles (Agencia de la Avtoexport).

CAMERUN: Cateco: Material de automóviles (Agencia de la Avtoexport).

ETIOPIA: Ethos Trading Co.: Equipamiento eléctrico (Agencia de la Energomashexport).

MARRUECOS: Marinexport: Maquinaria (Agencia de la Machiexport).

SINGAPUR: Moscow Narodny Bank: Banco Comercial.

LIBANO: Moscow Narodny Bank: Banco comercial.

Bajo la coproducción y la ocoperación, dos hermosas palabras que en el caso de las empresas multinacionales soviéticas significan, en realidad, su integración con el gran capitalismo occidental, éstas han firmado acuerdos de asociación con empresas capitalistas, tales serían, entre otros, los convenios entre Fiat y Renault para producir automóviles en Togliattigrado y en el río Kama. Unberto Agnelli, el mayor capitalista italiano, ha contribuido notablemente al desarrollo de la industria automovilistica soviética, aportando los equipos de capital de la fábrica de Tegliattigrado, que lleva el nombre del que fuera secretario general del Partido Comunista Italiano ¿Es esto socialismo u otra forma o etapa del capitalismo? Paradójico, pero verdadero: el "comunismo soviético se imbrica con el capitalismo. Y en el caso de Renault, empresa de Estado francesa principal para la transferencia de tecnología y de equipos en la fábrica de camiones del río Kama, su asociación con una empresa de Estado soviética es la unión de dos capitalismos de Estado: uno, con *pluralismo político;* otro, con *partido único,* lo que no ha impedido su asociación para usurpar la plusvalía al obrero soviético.

Y como los automóviles y los camiones, que ruedan por el suelo de la URSS necesitan cubiertas de caucho, las firmas Pirelli y Michelin firmaron contratos de cooproducción con empresas soviéticas o de países centroeuropeos del COMECON. De esta manera, cuanto más automóviles de turismo haya en los países comunistas, sus ruedas estarán fabricadas en colaboración con grandes firmas capitalistas occidentales. Por otra parte, la burocracia de los cuadros del PCUS y los directores y tecnócratas de las empresas soviéticas tendrán automóviles que les permitan consolidarse como "nueva clase", ya que el automóvil no es productivo, sino un artículo de lujo, demasiado caro para que lo alcance un obrero ruso. Así, pues, con la ayuda de la burguesía industrial, mercantil y financiera, tan denostada por Marx, se fabrican automóviles para los técnocratas y burócratas soviéticos, aspirantes a la "sociedad de consumo", tan criticada en Occidente por los "comunistas", fieles a la ideología soviética. Así se daría el caso paradójico de que lo que es malo en Occidente es bueno en Oriente, en Rusia. "Cosas veredes, Sancho —decía don Quijote— que farán fablar las piedras"...

En realidad no son tan dispares las políticas de las *burocracias comunistas* y las *burguesías capitalistas*, ya que tienen en común ser usufructarias de la plusvalía producida por los obreros asalariados: en la URSS y Cía., como plusvalía de Estado; en Occidente, como beneficio patronal extraído del trabajo no pagado, como tributo otorgado a la propiedad privada del capital o de la tierra.

El hecho de que el supuesto comunismo, para engañar a los bobos sea realmente capitalismo de Estado, explicaría que la burguesía occidental no llegue a esta definición de los regímenes seudo-comunistas, porque clasificarlos como capitalismo de Estado sería tanto como hacerse su propia autocrítica, si no en lo político, sí en lo económico, en el régimen de trabajo asalariado, tanto en el Oeste como en el Este, lo cual los identifica como sis-

temas basados en la extorsión de la plusvalía o la explotación del obrero.

Y como la plusvalía los une más que los separa, es explicable que se hayan constituido *empresas mixtas* entre el gran capital de Occidente y las *empresas estatales* del los países del COMECON, otorgando hasta una participación, en las mismas, del 49% al capital privado occidental y 51% al capital de Estado oriental. En este tipo de contratos de coproducción o de asociación, el gran capital privado foráneo aporta maquinarias, patentes, tecnologías de punta e incluso fábricas enteras "llave en mano, cuya producción (mercancías o componentes de las mismas) se compromete a comercializar en el Oeste, por cuenta de las empresas soviéticas, tan ávidas de ganancias como sus asociadas occidentales. Así las cosas, los beneficios son repartidos entre la parte capitalista y la "comunista" como socios parasitizados en el trabajo asalariado, que rinde en el Este más altas tasas de plusvalía que en el Oeste, ya que los trabajadores soviéticos no tienen, como igualmente en otros países seudo-comunistas, derechos de gestión directa de sus empresas, de productos de su trabajo y de excedente económico producido, por carecer de sindicatos obreros no supeditados al Partido único y al Estado-patrón, a la burocracia totalitaria constituída como "nueva clase" privilegiada, más proxima a la burguesía occidental que a los obreros asalariados del COMECON.

Utilizando, pues, un trabajo asalariado mucho más barato en el Este que en el Oeste, una empresa capitalista sueca fabricaba partes de artículos que le costaban tres veces menos en Checoslovaquia que en Suecia. En cierto sentido, la industria textil y de confecciones de Holanda explota, ampliamente, el trabajo barato de Hungría y Rumania, en la misma rama de industria, cuyos salarios son muy inferiores a los que se pagan a los obreros holandeses. Así, pues, más allá de la ideología comunista el gran capitalismo occidental descubre, en varios países del COMECON, elevadas tasas de ganancias en base a la explotación de un trabajo barato. Por eso, es explicable que los fabricantes daneses y suecos de muebles prefieran fabricarlos en Polonia y venderlos luego en Suecia y Dinamarca a precios muy competitivos, pero que no obstante, producen pingües ganancias. Aprovechando esas mismas condiciones de *salarios bajos en el* COMECON, importantes cantidades de electro-domésticos, vendidos en el mercado austríaco, son fabricados en Checoslovaquia por cuenta de empresas austríacas o de empresas mixtas capitalistas-comunistas. También Italia aprovecha estas oportunidades para constituir empresas mixtas y una buena parte de los artículos sanitarios, que se venden en su mercado, son fabricados en Hungría a más bajo costo de producción que en Italia.

El gran "trust" capitalista *Mitsubishi* japonés tiene muchos contratos de cooperación o de asociación con el Gobierno comunista checoslovaco. La fundación Ford, en los buenos días de la coexistencia pacífica, firmó contratos con bancos soviéticos y contribuyó con tecnologías de punta a la construcción de la fábrica de camiones del río Kama. En consecuencia, la propie-

dad anónima capitalista, altamente concentrada, se entiende perfectamente con la propiedad estatizada, porque ambas tienen como su razón capitalista de ser la usurpación de la plusvalía extraída al trabajo asalariado. Y cuanto más barato es éste tanto más elevada es aquélla, siendo así mayor en los países *seudo-comunistas* que en los países capitalistas desarrollados. Sin duda, el siglo XX, que se precia de ser ilustrado, es uno de los siglos más oscuros y mistificados en política, filosofía e ideología, no desentrañadas o desveladas a fin de que se vea, clararamente, que nadie es lo que se dice, sino lo que hace y como lo hace. Así, pues, hay capitalistas *seudo-democráticos*, en el Occidente, y comunistas, que se lo dicen, pero que son capitalistas, en Oriente. Dentro de este clima viciado de semántica política ya nadie sabe quien son sus amigos y quien sus enemigos, manipulando las ideologías y los medios de comunicación de masas, que informan desinformando a los pueblos.

Así, pues, sólo un socialismo libertario, con propiedad social y empresas autogestionarias, pueden hacer diáfana la sociedad, democratizando la política, con el autogobierno, y la economía, con la autogestión, sin burocracias totalitarias ni burguesías nacionales o multinacionales.

LA SOCIEDAD DE LAS MULTINACIONALES

Por increible que parezca unas 300 empresas multinacionales financieras, industriales y mercantiles, grupo de capital financiero internacional perteneciente a la CEE, Japón y Estados Unidos, controlan ya dos tercios de los haberes de capital del mundo occidental, pasando a ser estas internacionales del capitalismo la primera potencia económica del mundo.

Pero es que la tendencia a la *concentración* del capital continúa en el seno de cada empresa multinacional y, además, a nivel supranacional mediante las fusiones, los "pools", los "holdings", los convenios de "cártel" y la creación de mercados comunes, espacios económicos apropiados para el capital multinacional de sus "cadenas" de bancos internacionales y su mundialización en las Bolsas de Valores europeas, norteamericanas y japonesas.

Por otra parte, las multinacionales se inclinan por una producción diversificada, a fin de resistir mejor las tendencias depresivas. Así, por ejemplo, el grupo de capital financiero, mercantil e industrial integrado de Rockfeller, no le basta con tener la Exxon, la mayor empresa petrolera mundial, sino que posee intereses en empresas de transporte aéreo "cadenas" de hoteles y supermercados, productos químicos y materias plásticas, constituyendo un emporio de concentración de riqueza jamás visto. Teniendo como núcleo financiero al Chase Manhattan Bank, el grupo Rockfeller, en cierta medida, vincula a la Exxon, la General Motors Company, la Du Pont de Nemours y otras superempresas que sería prolijo enumerar, particularmente de los medios de comunicación de masas: prensa, radio, televisión, a fin de fabricar la opinión pública, en el sentido de que ésta no sea muy desfavorable al gran capitalismo multinacional. Pero, por si fuera poco su poder y riqueza, David

Rockefeller es el epicentro político de la Comisión Trilateral que agrupa en sus reuniones internacionales a "businessmen" del gran capital, a políticos, a personajes del poder y del saber, formando así una especie de masonería al servicio de las internacionales del capitalismo, lanzadas a la conquista del mundo, incluído el bloque soviético, donde las multinacionales forman empresa mixtas con las empresas del COMECON, buscando la plusvalía en cualquier parte del mundo, ya que el fin del capitalismo es la obtención de ganancia donde quiera que ella se obstenga del trabajo asalariado.

Monopolizando los medios de información de masas, las "cadenas" de periódicos y revistas, la edición de libros, el cine y, con las Fundaciones del gran capital multinacional y algunas Universidades, un sanedrín de "businessmen" fabrica la opinión, financia las elecciones de sus partios políticos preferidos, populariza a sus políticos para que sean votados por las masas desinformadas, hacen leer los libros que tienen publicidad en los medios de comunicación y con los premios, otorgados por las fundaciones, instituciones y empresas, el saber es dócil al poder económico-financiero concentrado. He ahí el verdadero tejido político, económico, informativo y cultural de la Comisión Trilateral, "gobierno subterráneo", que hace del Poder un reflejo del *tener*, colocando ministro obedientes a la "voz de su amo". Así han surgido, como por encanto, figuras como el presidente Carter, Kissinger, Brsezinski y otros, poniendo el gobierno al servicio del gran capital financiero, como si Rockefeller fuera el verdadero presidente, en la "sombra", de USA.

Como teorías de la mundialización del capital financiero, que tiende a una sociedad programada, con muchos "ejecutivos" y cada vez menos capitalistas convencionales, vinculados a la burocracia del Este y a la tecnocracia del Oeste por medio de las multinacionales, están las doctrinas económicas de J. M. Keynes, J. K. Galbraith, H. Kissinger, J. Schumpeter y J. Burnham, el "Club de Roma", la Comisión Trilateral y el "nuevo estilo" de Gorbachov, en el sentido de crear empresas mixtas soviético-occidentales para una nueva etapa del capitalismo multinacional, de Este y Oeste.

En la Comisión Trilateral se vislumbra que el mundo tiende a la creación de superpotencias como la CEE, la URSS, los Estados Unidos y Japón y en torno de ellas, toda una serie de *países satelizados* han quedado con una apariencia de soberanía política y de independencia económica simbólica, como los países subdesarrollados de las cinturas tropicales y subtropicales (atrasadas) del mundo. Y dentro de esa mundialización de la economía, como su infraestructura, aparecen las empresas multinacionales industriales, comerciales y financieras, tanto si son empresas anónimas privadas, estatales o mixtas, como, por ejemplo, el grupo Rockefeller, el grupo Fiat, el ENI y el IRI, Wolkswagen, Matra, Uniliver, IBM y algunas multinacionales soviéticas, ya con acuerdos de cooperación o coproducción sovieticos con las internacionales del capitalismo.

Todo indicaría que se está sustituyendo el viejo modo de propiedad privada de los comienzos del capitalismo por un tipo de propiedad anónima, en

la gran empresa multinacional o en la empresa estatal, que comienza a crear formas mixtas, en el Este, y formas estatales y multinacionales, en el Oeste, en beneficio de la burguesía multinacionalizada y de la burocracia enquistada en las empresas nacionalizadas de Occidente, gracias a la política de social-demócratas, laboristas y socialistas.

Rockefeller, para que su emporio no fracase por falta de ganancia, la está buscando tanto en la Unión Soviética como en Estados Unidos o en los países latinoamericanos y afro-asiáticos. Ya, en cierto modo, Rockefeller no es un burgués convencional, sino una especie de Dios del capitalismo que necesita para sobrevivir, aliados políticos, convenios financieros con otros grupos del gran capital y gobiernos dóciles a la política de las multinacionales, no sólo en Estados Unidos, sino en los cuatro puntos cardinales del mundo.

Sin embargo, la mundialización del gran capital monopólico, aunque Estados Unidos sea la patria del mismo, no siempre sus intereses económico-financieros, concentrados en Wall Street, coinciden con los puntos de vista estratégicos del Pentágono, que no quiere una Rusia soviética, tecnológicamente avanzada, ya que ello facilitaría su expansión en el mundo a expensas de Estados Unidos. Durante el período de posguerra, a medida que la Unión Soviética aumentaba su poderío tecnológico acrecentaba, al mismo tiempo, su poderío militar: cobertura de política internacional que permitió que pasaran al bloque soviético países como los centroeuropeos, algunos países árabes, Etiopía, Angola, Mozambique, Yemen del Sur, la península de Indochina, Nicaragua, Afganistán y Cuba (a las puertas de Estados Unidos), todo lo cual crea un clima político y estratégico en el Pentágono no coincidente con la política de colaboración de las empresas occidentales y de las empresas soviéticas, en el sentido de lo que propugna la Comisión Trilateral, abarcando el Este y el Oeste.

Las *políticas coexistentes* de Willy Brandt, Kissinger, Carter Gorbachov y otros, en cierto modo trilaterales, no gustan al Pentágono desfavorable o bien opuesto a la política de la Comisión Trilateral, según los intereses capitalistas de los Rockefeller. ¿Dejará el Pentágono hacer la política internacional y la geopolítica mundial a Rockefeller o, por el contrario, continuará el desafío yanqui-soviético como el programado por el Pentágono en la "guerra de las galaxias"? No todos son armonías sociales, políticas y económicas, según las ideologías de la Trilateral y las de la social-democracia y el neo-liberalismo. La dialéctica de las contradicciones universales está por encima del Estado de conciencia y de la voluntad de los que toman sus deseos por realidades, ya que la historia y la sociedad, en cada momento histórico, se plantean lo que pueden resolver. Y este *determinismo* está dado como una necesidad histórica mientras el mundo no sea un solo país socialista, federativo y libertario capaz de superar así los antagonismos entre las clases y entre las naciones.

Los tecnócratas y la burguesía trilateral del Oeste y los burócratas totalitarios del Este pretenden dirigir la historia, la política, la economía, el devenir del mundo y de la sociedad, según sus deseos de clase, pactos y conven-

ciones, compartiendo o repartiéndose el mundo, pero la realidad histórica, económica, política y social puede ser muy diferente a la "emulación socialista con el capitalismo", a la "coexistencia pacífica" y a la mundialización de la economía querida por la Comisión Trilateral, en cuya cima resplandece el Becerro de Oro adorado por las burguesías nacionales y multinacionales integradas, teniendo como núcleo al "grupo Rockefeller, gran senedrín del capitalismo mundial, cuyo templo es Wall Street.

Se pretende sustituir la revolución social libertaria (querida por los trabajadores de todo el mundo, por todos los que aspiran a la abolición de las clases antagónicas y a la propiedad social) por una "tercera revolución" científico-tecnológica conducida o compartida por las burocracias totalitarias del Este y las burguesías multinacionales consorciadas del Oeste. Cronológicamente, la "primera revolución" fue la francesa, y burguesa; la "segunda revolución" fue la rusa, y burocrática; y la "tercera revolución" sería la revolución científico-tecnológica monopolizada por las empresas multinacionales del gran capital financiero internacional, aliado incluso con las multinacionales soviéticas y compañía. De esta manera la burocracia totalitaria seudo-comunista y la burguesía monopolista internacional perfilarían el contorno político, económico y social del capitalismo a la escala planetaria en su coexistencia para el siglo XXI. De acuerdo con esta política de convenios entre la gran burguesía multinacional, la burocracia soviética, la social-democracia europea, el neo-liberalismo, la democracia cristiana, la tecnocracia ejecutiva de las empresas y hasta con el *consenso* de las burocracias sindicales, la Comisión Trilateral quiere un mundo "democrático" inspirado en el consumismo, en la publicidad de las ideas políticas burguesas y de las mercancías de los "trusts", un mundo en que los usufructuarios de la plusvalía sean los burgueses, los burócratas y los tecnócratas; y a los trabajadores asalariados, del Oeste y del Este, que los parta un rayo. He ahí el perfil del "estilo Gorbachov", de la social-democracia europea (Willy Brandt) y de la Comisión Trilateral (Rockefeller), ya que, por encima de las diferencias políticas e ideológicas o de sistema económicos opuestos, está la conveniencia necesaria de compartir la plusvalía mundial entre las burocracias comunistas y las burguesías multinacionales. Los apóstoles de esta religión del capitalismo universal pueden ser, indistintamente, ideólogos de Oriente o de Occidente, pero teniendo a la Comisión Trilateral como la nueva Iglesia, unificando el mundo en el culto a la plusvalía, tanto si es privada como de Estado, tanto en el Oeste como en el Este.

A la escala económica uiversal de las empresas multinacionales, cuando su existencia depende de obtener ganancias donde sea y como sea, el Estado-providencia (oriental u occidental) no es contradictorio con las internacionales del capitalismo unidas a las empresas soviéticas y cía. por medio de acuerdos de empresas mixtas y tecnologías compartidas.

Para la Comisión Trilateral y sus corifeos de distintas ideologías, el mercado del bloque soviético o de China pueden dar más universalidad al capi-

talismo tecnológicamente avanzado. Por otra parte, las tecno-burocracias seudo-comunistas ansían llegar a la "sociedad de consumo occidental" más que al prometido comunismo y nunca realizado, especie de paraíso, no en el cielo, como lo prometían las religiones, sino en la tierra, como lo prometen los ideólogos soviéticos y cía.; pero que hasta el presente es un paraíso perdido en el infierno del totalitarismo soviético que ha rebelado al COMECON.

En Oriente –bajo los regímenes de capitalismo de Estado, disfrazado de comunismo, a fin de embaucar a los trabajadores asalariados– está surguiendo una "nueva burguesía", que utiliza la propiedad estatal para extraer más elevada tasa de plusvalía absoluta mayor que en Europa occidental, Japón y Estados Unidos. La posibilidad de "obtener grandes ganancias" cuando faltan mercados en Occidente, cuando se acentúa la competencia comercial entre europeos, japoneses y norteamericanos constituye una aspiración a implantarse en el bloque soviético y en China con empresas multinacionales asociadas a "trusts" de Estado. En definitiva, a esa escala dimencional de empresas, lejos de un capitalismo artesanal, la asociación mixta, pero no la fusión entre las empresas del Este y del Oeste, mundializa los mercados, sin distinción de ideologías, superando la política opuesta del bloque comunista y capitalista. En este orden de ideas, la condenación de Stalin, en el bloque comunista, no lo ha sido por sus numerosos crímenes políticos, sino porque su doctrina se oponía a la "coexistencia pacífica". Sin la ideología staliniana, el Kremlin bien puede entenderse con el capitalismo de Wall Street; pero como indicábamos entes, el Pentágono, temeroso de que USA desarrolle el poder tecnológico y estratégico de la URSS, no pareciera compartir la política de la Comisión Trilateral y de sus corifeos europeos, japoneses y norteamericanos. Así, pues, los "businessmen" de Wall Street quieren explotar el mercado soviético, pero los generales del Pentágono quieren aislar económica y tecnológicamente al Kremlin no dando por terminada la "guerra fría", que justifica los grandes presupuestos de defensa para el complejo militar-industrial.

¿Cómo explicar la paradoja política y económica de que el supercapitalismo de las multinacionales busque la coexistencia y la coparticipación de la plusvalía con las multinacionales soviéticas? Es que la sociedad planetaria de las internacionales del capitalismo no tiene reparos en aliarse con los "trusts" de Estado del llamado socialismo administrativo. Por ejemplo, en China, se deja operar a las empresas multinacionales americanas, japonesas y euro-occidentales en "zonas francas", pero a condición de que los salarios de los obreros chinos igualen a los que rigen en las metrópolis de esas empresas, pero no entregándoles el valor total de sus salarios totales, sino únicamente el valor del salario chino. De esta manera, el gobierno comunista chino se queda con una elevada tasa de plusvalía, lo cual evidencia que el supuesto comunismo no es más que un sórdido capitalismo de Estado.

La sociedad de las multinacionales ha puesto en boga la "sociedad pos-

industrial", con mucho consumo de servicios comerciales, financieros, inmobiliarios y administrativos, aumentando así menos la población ocupada en la producción de bienes que la destinada a servicios diversos: funcionarios, empleados de las empresas, tecnocracia supernumeraria, personal de ocupaciones "terciarios" y "cuaternarios" (información, etc.). Para mantener esta "sociedad de consumo", dicha "sociedad post-industrial", haría falta que la productividad del trabajo en la agricultura, la industria, la pesca, bosques, energía aumentara anualmente más que el incremento anual de la población ocupada en servicios. De lo contrario se produce entropía económica acumulativa por exceso de consumo improductivo que resta capital de inversión en la producción de bienes, lo que a su vez, por envejecimiento de los instrumentos de producción, determinaría más bien una disminución que un aumento de la productividad del trabajo.

Al bajar la *tasa de ganancia* de las empresas multinacionales en su países de origen éstas procuran contrarrestar esta tendencia económica indeseable, invirtiendo capital en países del Tercer Mundo y en países del bloque soviético, dode las *tasas de salarios* son más bajas, procurando así elevada tasa de plusvalía y nuevos mercados para las multinacionales. Pero como los países afro-asiáticos y latinoamericanos ya han sido expoliados y cargados de deuda extranjera, ahora las multinacionales se disponen a explotar el mercado de los llamados países socialistas, pero no menos endeudados algúno de ellos, como Polonia, que Argentina, Perú o Venezuela.

La "sociedad post-industrial" generada por las empresas multinacionales, sólo pueden subsistir si la productuvidad del trabajo avanza linealmente, pero es que las llamadas democracias occidentales se han lanzado a un *consumismo irracional*, a un derroche de capitales invertidos en servicios improductivos, a un crecimiento desmesurado, en las metrópolis del capitalismo, más de población urbana que de la rural, a un aumento creciente de los impuestos, de la deuda pública y del déficit de los presupuestos gubernamentales, en mayor proporción anual que el acrecentamiento del producto interno bruto (PIB). En estas condiciones se crea un *Estado caro y malo* que lo quiere hacer todo y, finalmente, lo descompone todo porque resta más riqueza para la burocracia de la que redistribuye en obras productivas.

Así las cosas, la "sociedad post-industrial" cargada de deudas del Estado y de los particulares, consumiendo mucho capital productivo en consumo improductivo de las clases parasitarias, va entrando en una *crisis acumulativa* en forma de "bola de nieve", como le está sucediendo a Estados Unidos: el mayor deudor del mundo, el país con mayores déficit en su balanza de comercio exterior y en el presupuesto del gobierno, lo cual ha reducido al que fuera dolár fuerte y escaso a moneda débil y abundante, signo evidente de la decadencia norteamericana.

Los "businessmen" de las multinacionales norteamericanas están ávidos de ganancias, que no obtienen dentro de su país, procurando exportar tecnologías, capitales y mercancías a los países del bloque comunista, menos en-

deudados que los países del Tercer Mundo, pero con pocas posibilidades de pagar, como ya sucede en Polonia, Hungría y Rumania, las ganancias, intereses y anualidades de los capitales recibidos de Occidente ¿Cómo constituir así empresas mixtas soviético-multinacionales sin rublo convertible ni mercado libres en el Este?

Una situación de crisis económica mundial, de "ni paz ni guerra", de "apaciguamiento", pero de preparación de la "guerra de las galaxias", de "paz por la fuerza", no presagia tiempos de bonanza para los pueblos que (gracias a las ideologías social-demócratas, democristianas y neo-liberales o seudo-comunistas), se prestan a ser carne de cañón. Es por eso que hace falta, en nuestra confusa y desinformada sociedad una alternativa socialista libertaria, de unidad del mundo a la escala planetaria, colocando al pueblo trabajador como sujeto activo de la historia haciéndola y no sufriéndola pasivamente, como sucede en el Occidente y en el Oriente, o el Norte y en el Sur, donde campea el capitalismo de monopolio o el Estado-patrón.

Y cuando hablamos de un *alternativa* de socialismo libertario, tanto al capitalismo multinacional como al capitalismo de Estado, no tratamos de sustituir la realidad económica de nuestro mundo por una mera utopía, sino que propugnamos la instauración de una economía autogestionaria federada nacional y supranacionalmente, a fin de que el mundo represivo y conflictivo de las clases antagónicas, de las naciones rivales y de los bloques imperialistas dé paso a una sociedad autogestionaria basada en la propiedad social y en la democracia directa.

En la empresa autogestionaria, en los servicios sociales y públicos autogestionados, a diferencia de la empresa capitalista multinacional o de la empresa estatal, habrá que desaburguesar y desburocratizar la economía a fin de acumular e invertir suficiente capital social para garantizar su reproducción ampliada anualmente. Y el ideal, en este sentido, sería reducir la ocupación de población improductiva en servicios, que ahora en algunos países casi alcanza al 70% de la población activa total, y, en cambio, aumentar el personal ocupado en investigación y desarrollo (I + D), ya que el crecimiento económico y de la productividad del trabajo están en función de dedicar miles de científicos, técnicos e investigadores a inventar siempre una tecnología mejor para ahorrar brazos en el trabajo material. De esta manera la jornada de trabajo podría descender proporcionalmente al aumento de la productividad por hombre-hora, para que el trabajo se convierta en una especie de recreo, una realización de sí mismo en la materia transformada, un remedio contra el tedio de la inacción, un trabajo querido y no alienado, no impuesto por la explotación capitalista para que sólo viva bien la burguesía.

Trabajando todos útilmente, se entiende en producción de bienes y servicios sociales y públicos no burocratizados, en investigación y desarrollo (I + D) con alto porcentaje de la población activa, la economía autogestionaria demostraría que es superior a la economía capitalista de las multinacionales y a la de las empresas estatales, ya que en la economía de propiedad

comunitaria todos los trabajadores tendrían garantizado el derecho al trabajo, en razón de una cada vez más reducida jornada de trabajo, pero de muy elevada productividad en función de la automatización creciente de la producción y de los servicios sociales y públicos, de hacer mucha investigación y desarrollo (I + D).

El trabajo humano no será liberado de la explotación de un hombre por otro hasta que no haya más diferencia entre trabajo manual e intelectual, hasta que el trabajo sea homogéneo sin distinción entre calificado y no calificado, hasta que prácticamente todos los trabajadores sean capaces de hacer todo, superando la vieja división del trabajo, en la cual, aún desaparecida la burguesía, quedaría una posibilidad de constituirse "nuevas clases sociales", como sucede en la Unión Soviética, si el socialismo libertario no hace un gran cambio cultural y científico.

Una sociedad autogestionaria, con federaciones de industria integradas en un consejo social de la economía (teniendo la propiedad social como infraestructura, alentando la investigación y el desarrollo (I + D) a todos los niveles de las empresas de producción de bienes y servicios, dedicando una buena parte de la fuerza laboral a innovación e invención, a desarrollo científico avanzado), podría sustituir con ventaja al capitalismo monopolista de las multinacionales y al socialismo administrativo basado en el Estado-patrón. Pues, en definitiva, no se trata de ser más o menos izquierdista, realista o utopista, sino de sustituir una economía esclavizante por una economía libertaria, pero que multiplique los panes y los peces más fácil y rápidamente que el viejo capitalismo o que el capitalismo de Estado. ¿Si no dónde estaría su justificación económica, política, social e histórica?

En el socialismo libertario hay que ser desarrollista, sin quedarse en una economía bucólica de reducción de las necesidades humanas al mínimo, pues el socialismo en la miseria no sería mejor que el capitalismo. Una nueva sociedad se justifica histórica, política social y económicamente, si crea más abundancia de bienes que la vieja sociadad que la haya precedido; si aumenta la productividad del trabajo por medios técnicos, por la automatización del mismo, más que lo hacía el capitalismo; si garantiza *el derecho al trabajo para todos*, pero sin que las empresas se carguen de burocracia, tecnocracia o mano de obra improductiva; si al trabajo material va unido el trabajo científico y técnico como trabajo homogéneo sin distinción de subclase o de profesiones castificadas (como en la URSS); si la propiedad social es capaz de hacer la reproducción ampliada del capital social y no sólo la simple; si los trabajadores, democráticamente, gestionan directamente sus empresas y concurren con sus bienes y servicios colectivos a un mercado autogestionario, sin planificación centralizada, con programación económica y libertad. Sólo así el hombre, superando las clases y subclases, serán el protagonista de suliberación por medio de la autogestion, único medio para su desalienación, superando el capitalismo de Estado (Este) y el capitalismo monopolista (Oeste), ambos basados en la usurpación de la plusvalía.

BIBLIOGRAFIA

ANGLITTA, Michael.
Les principaux traits contemporains de l'internationalisation du capital. Edit. INSE. París. 1974.

AMIN, Samir.
La acumulación a escala mundial. Edit. Siglo XXI. Madrid, 1974.

AGMON, T.
Multinational from small countries. The MIT press. Cambrige.

ATLANTIC INSTITUTE.
Capital market in atlantic economic relationships.

BYE, P. NOUNIER. A.
L'internationalitation du capital des industries agricoles et alimentaires. IREP, ONEEJA. Jenoble, 1972.

BERHNAN, J.
National interest and the multinational entreprise. Prentice Hall. New York, 1970.

BARANSON, J.
Technology and the multinational: corporate strategies in a changing world economy. Lexintong Books.

DUNNING, Jonh.
The multinational enterprise. Allen and Unwin. Londres. 1971.

BUCKREY, P. J.
The future of the multinational entrepise. MacMillan. Londres.

OCTTA, A.
Les multinationales en mutation. Puf. París, 1983.

CAVES, R.
Multinational entrepise and economic analysis. Cambridge Uni-University Press.

ELLIS, J. J.
Legal aspects of european direct investments in the USA. Atlantic Council.

FREEMAN, C.
The economic of the industrial innovation. Edit. Penguin.

GUILLEN, Abraham.
La agonía del imperialismo. Especialmente "La batalla de los trusts norteamericanos" y "El feudalismo industrial norteamericano. tomo I, caps. III y IV. Edit. Sophos. Buenos Aires, 1956.

GUILLEN, Abraham.
El imperialismo de dólar. A. Peña Lillo Editor. Buenos Aires, 1962. Especialmente el capítulo II: "Capital y plusvalía en Wall Street".

GUILLEN, Abraham.
La colonización financiera del FMI. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. Colección Transformaciones. Enciclopedia de los Grandes Fenómenos de Nuestro Tiempo.

HELIMANN, R.
United States direct investment in Europa... Atlantic Council.

HILFERDING. R.
El capital financiero.

LENIN, V. I.
El imperialismo, última etapa del capitalismo. 1917.

LEVINSON, Ch.
El contrapoder multinacional. Edit. Dopesa. Barcelona, 1976.

LATTES, R.
Les societés multinationales face aux Etats-Nations. París, 1973. Informe del C. R. C. (C. N. P. F.).
KINDLEBERGER, C. P.
The international corporation, a symposium. The MIT Press. Cambridge. USA., 1970.
M. I. T. I.
Special report on foreing owned firms in Japan.
MICHALET, Ch. A.
L'enterprise plurinationale. Edit. Dunod. París. 1969.
MAROIS, B.
Les finances des societés multinationales. Económica. París.
KOJIMA, K.
Direct foreing investmentaja japanese model of multinational businesss operations. Croum Helm. Londres.
KINCKERBOCKER, C. P.
Oligopolistic reation and multinational enterprise. Harvard University Press. Boston.
ONU.
Les societés multinationales et le developpement mundial. Departamento de Asuntos Económicos y Sociales. N. York, 1973.
ONU.
Transnational corporation in world development. N. York. 1978.
CCDE.
Liberalisation of nternational capital movement in Japan.
OCDE.
Investisement international et enterprises multinationationales. Tendencias recientes de inversiones directas extranjeras.
OIT.
Las empresas multinacionales y la política social.
PALLCIX, C.
La internationalization del capital. Edit. Blume. Madrid, 1977.
POWRIE, T. I.
Forcing direct investment in Canadá. Atlantic Council.
PALLOIS, C.
Las firmas multinacionales y el proceso de internalización. Siglo XXI Editores. Madrid. 1975.
PEREZ, R.
L'insertion des opérations de croissance externe dans la strategie des enterprises. Informe CORDES. París. 1972.
ROLFE, S.
The multinational corporation in the world economy... Praeger Publishers. New York, 1970.
SHONFIELD, A.
Modern capitalism. Oxford University Press.
STOPFAES, Ch.
La gran menace industriel. Edit. Le Seuil. París.
TUGENDHAT, Ch.
Las empresas multinacionales. Alianza Editorial. Madrid, 1973.
TRUNER, L.
Le capital international. Les societés multinationales. Edit. Arthaud. París, 1971.

VERNON, R.
Les enterprises multinationales, la souveranité national en peril. Edit. Calman-Levy. París, 1973.
GUILLEN, A.
I. T. T. – I. B. M. en España. El "holding" de la ITT y el monopolio de IBM. Edit. Zero, S. A. Madrid, 1979.
BRZEZINSKI, Z.
La era tecnotrónica. Edit. Paidos. Buenos Aires, 1970.
BRANDT, W.
Nord-Sud. Comisión bajo la presidencia de Willy Brandt. Editions Gallimard. París. 1980.
CROIZIER, M.
La crisis de la democracia.
KISSINGER, H.
Política exterior americana. Edit. Plaza Janes. Barcelona, 1970.
GALBRAITH, J. K.
El nuevo Estado industrial. Ediciones Ariel. Barcelona, 1970.
KEYNES, J. M.
Teoría general de la ocupación y el interes. Fondo de cultura de México.
FRIEDMAN, M.
La libertad de elegir. Ediciones Grijalbo. Barcelona, 1980.
LIBERMAN, E.
Plan y beneficio en la economía soviética. Ediciones Ariel. Barcelona, 1969.
ROSTOW, W. W.
La difusión del Poder. Edit. Dopesa. Barcelona, 1973.
SCHUMPETER, J.
Capitalisme, socialisme et démocratie. Editions Payot. París, 1974.
MONNEROT, J.
Sociología del comunismo. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1968.
ORWELL, G.
1984. Edit. Salvat. Barcelona.
WELLS, H. G.
La conspiración franca. Planes para una revolución mundial. M. Aguila Editor. Madrid.
BURNHAM, J.
La era de los empresarios. La revolución de los directores de empresas
REVEL, J-F
El conocimiento inútil. Editorial Planeta. Barcelona, 1988. Libro importante acerca del poder de la mentira en el mundo.

CAPITULO XII

CRITICA DE LA ECONOMIA NEO-LIBERAL, DIRIGIDA Y CENTRALMENTE PLANIFICADA

Ni Keynes, ni Schumpeter, ni Galbraith, ni Liberman ni Friedman, ni Hayet, ni Mises

El keynesianismo —como hemos dicho en otras páginas de esta obra—, no se ha preocupado por aumentar la capacidad de los consumidores productivos, sino por incrementar la tasa de "consumo improductivo" acrecentando para ello los gastos fiscales lo cual, finalmente, conduce al "círculo vicioso del subconsumo popular", que se trataba de evitar inútilmente bajo el capitalismo.

El *dirigismo keynesiano* vive en un mundo de ilusiones; pues cree que imponiendo controles de precios y de salarios, de cambios y del crédito, o subiendo los impuestos y manipulando las monedas suprime las contradicciones económicas.

El dirigismo se basa en el aumento de los impuestos y en la prodigación de los empréstitos públicos. Ambos procedimientos de las finanzas públicas tienen como finalidad suplir la liquidez o las inversiones de las empresas industriales, de los particulares y de los bancos. Se pretende desatesorar —con empréstitos e impuestos— una parte del capital social en época de crisis; pero se olvida que los valores públicos pueden ser reatesorados nuevamente negociándolos en la Bolsa. Se hace así una política de espejismo financiero que toma los deseos por realidades, al aumentar los déficit del presupuesto gubernamental y la inflación sin suprimir la desocupación de trabajadores.

El Estado quiere resolver los graves problemas de las economías nacionales hacia dentro; pero no puede hacerlo; pues su esfera de influencia eco-

nómica fracasa hacia fuera. Y es que la ley de la división internacional del trabajo ha quebrado el orden clásico de las economías nacionales. Por más que quieran los keynesianos, el dirigismo es limitado a la esfera interna; pero en el mercado mundial, lo determinante es la ley de la competencia mercantil, la calidad de los productos y sus precios más bajos para ir ganando más espacios en el comercio internacional.

Frente a la competencia extranjera, el Estado actúa de muro de contención, mediante la política de altas tarifas arancelarias, la contingentación de determinadas importaciones y la política de cambios diferenciales; pero ello conduce a mantener altos costos internos de producción, que imposibilitan posteriormente el desarrollo del comercio exterior para incidir luego en el déficit de la balanza de pagos exteriores. Así se remedia, por un lado, lo que se arruina por el otro; es como quitar las baldosas del tejado para ponerlas sobre el piso humedo de planta baja.

El capitalismo dirigido no busca la baratura de los productos; pues trata de defender el capitalismo nacional en virtud del proteccionismo; pero éste aumenta la carestía de la vida que no favorece a los empleados, a los obreros, a las gentes que disfrutan de ingresos fijos; aunque defiende a las industrias nacionales de la competencia internacional. Por tanto, hay que vivir caro para que las burguesías indígenas sobrevivan económicamente. Habrá así más trabajo; pero también hambre pera todos y, finalmente, un insoportable endeudamiento externo que colapsa, con su servicio, las economías endeudadas y atrasadas.

La "teoría del pleno empleo" falla ante la división internacional del trabajo, ya que persigue que haya más ocupación interna a base de comprar menos productos externos, producidos a más bajo costo de producción que los de producción interna. Así, pues, "el keynesianismo es un neo-mercantilismo", un retorno a las tesis mercantilistas de Tomas Mun, Willian Petty y Colbert, paradójicamente en una economía interdependiente y planetaria.

El capitalismo moderno, con su transfiguración dirigista, aspira a "vivir siempre más caro", con tal que no haya sobreproducción relativa, ni competencia extranjera ni nacional; pero estos males no pueden curarse con el proteccionismo, solamente, pues ello ha colapsado las economías endeudadas y atrasadas del Tercer Mundo.

Los *economistas doctrinarios* admiten que el librecambio conduce a la desocupación. De ahí que frente al liberalismo se imponga el dirigismo y el proteccionismo; pero esto no resuelve nada; pues quien no quiera dilatar su mercado hacia otros mercados exteriores, estrecha su propio mercado, produciéndo así una crisis económica hacia afuera y otra hacia adentro, a causa de que hoy el mercado mundial condiciona a todos los mercados nacionales, ya interdependientes los unos de los otros e indisolublemente unidos, a pesar del proteccionismo, de los cambios dirigidos y de las políticas restrictivas.

Los gobiernos capitalistas no realizan una política de rebaja de precios: ni los fabricantes, ni comerciantes están interesados en ello porque los em-

presarios estiman que, para dar vestidos y alimentos baratos a los obreros, habría que rebajar los salarios, a fin de que el capitalista obtenga un margen mínimo de ganancia, que permita la reproducción simple o ampliada de su capital.

Los empresarios piden que habría que rebajar los salarios para vivir más barato y para ponerse a tono con los niveles de competencia extranjera. Si, por ejemplo, el costo de la vida bajara un 10%, para conseguirlo los salarios obreros tendrían que declinar un 20%; pero tal política no sería aceptada por los asalariados, porque éstos perderían más que ganarían, produciéndose, en tal caso, muchas huelgas obreras.

Los desunidos europeos, frente a las potencias económicas norteamericana y japonesa, se baten en retirada económicamente en algunos mercados; si intentarán pasar a la ofensiva mercantil para ganar el terreno perdido tendrían que realizar una profunda revolución tecnológica que permitiera economizar gastos improductivos para aumentar así las inversiones productivas, crear fuerzas económicas poderosas y evitar en Europa una catástrofe de grandes proporciones en su industria y agricultura. El clamor de los campesinos franceses, con sus "huelgas", es una "rebelión del campo contra la ciudad burguesa": presagia una segunda gran revolución, pero no ya burguesa, como la de 1789-93, sino social, libertaria y autogestionaria.

El aumento de *clase media,* la enorme tasa de población pasiva, los grupos improductivos, el "Estado caro" y el "atraso técnico", conducen a la descapitalización progresiva, a las anemia y la anomia económica. Por eso, actualmente, Europa occidental está siendo sacrificada económicamente para sostener a sus castas parasitarias, empeñadas en mantener un régimen económico y político del siglo XIX, ignorando que estamos en el siglo XX: época de la automatización del trabajo, de la economía autogestionaria. También los países, centro y sudamericanos, se están desintegrando económicamente por su raquitismo capitalista frente al capitalismo monopolista de Wall Street, por su balkanización y su falta de unión superior al Estado-nación, en una confederación latinoamericana.

Cuando llegue la crisis económica total —si es que la guerra no tiene posibilidades de estallar—, los países europeos irán viviendo mientras vendan o pierdan sus inversiones exteriores del auge siglo XIX y principios del siglo XX. Quienes poseían esos capitales en países subdesarrollados tendrán, a la larga, que proletarizarse convirtiendo sus inversiones exteriores en dinero nacional depreciado. Con ello las naciones europeas perderán divisas que habrá que ganar difícilmente en el extranjero frente a países como Japón, China, Rusia y Estados Unidos. Cuando falten esas divisas —como ya está sucediendo— habrá que abtenerse de comprar en el exterior. Entonces faltarán las materias primas importadas: vendrá la crisis económica con todas sus consecuencias. Frente a este panorama desolador de los capitalismos nacionales raquíticos subirá el nivel de producción de los países-continentes. Y a medida que todo marche peor, los gobiernos descubrirán que las "solucio-

nes económicas" consistirán en reducir, progresivamente, el poder adquisitivo de los trabajadores. Ya se repite hasta la saciedad, que los obreros de otros países que los Estados Unidos deben ganar menos para que los capitalistas obtengan beneficios exportando más competitivamente al exterior; pero esta "política de hambre" para los obreros y del ocio para los capitalistas tiene que conducir a la revolución popular libertaria.

Los pueblos que tienen mucha población ociosa o parasitaria tienden a ser colonizados por los pueblos más trabajadores. En este sentido podría decirse "que la ociosidad es la madre de todos los vicios", en los países decadentes, aburguesados y burocratizados bajo un Estado caro y malo.

Las contradicciones del capitalismo, evidentemente, abren un ancho camino hacia una economía de signo autogestionario o de predominio de la propiedad social sobre la privada y la economía de Estado. Desconocer esta perspectiva constituye negar una tendencia secular de nuestro mundo, que sólo resolverá sus contradicciones socio-económicas en una sociedad libertaria y autogestionaria.

Ya la política de controles económicos estatales es completamente ineficaz ante la acción indomeñable de la fuerzas económicas, que pugnan por liberarse de la estructura económica burguesa o burocrática que las tiene aprisionadas con las crisis cíclicas y la desocupación crónica de trabajadores.

El desconcierto de nuestro mundo económico es grave y dramático. Los patrones, por ejemplo, pueden declarar "*la huelga de productores*", cuando los precios no son suficientemente remunerativos a causa de su congelación por el Estado. Los capitalistas pueden realizar esta política de "bloqueo económico contra los gobiernos dirigistas", porque ellos pueden resistir la "huelga de productores" a causa de que los hombres ricos no viven bajo el régimen económico del "*mínimo vital*" como la población asalariada. Los capitalistas mediante la política de sitio por hambre quiere dominar al pueblo, pero ello marca el rumbo político de la revolución social libertaria.

Así, pues, los gobiernos débiles, a menudo, se encuentran entre la huelga de los productores (cuando se congelan los precios) y la huelga de los trabajadores (cuando los salarios bajan), deprimidos por el aumento del costo de la vida. He ahí la dialéctica de la historia contemporánea, tanto en el Oeste como en el Este.

Es esta una política de situación apurada, entrre la espada y la pared, que no resuelven los gobiernos de la clase media (administrativa) social-demócrata, democristiana y seudo-comunista.

En consecuencia, el capitalismo contemporáneo se desenvuelve en un terreno económico inseguro amenazado por las depresiones, la desocupación obrera y el caos en la producción. Por tanto, el mundo pareciera encontrarse frente al dilema de instaurar un régimen económico de base autogestionaria, o bien nos desenvolvemos a trancas y barrancas, dentro de un clima de "depresión crónica", que eternice la miseria y el marasmo capitalista como su calamidad social irresoluble e inherente al sistema y sus contradicciones.

La libertad en su forma burguesa tiende a diluirse en un mundo más social y menos individual, quizá porque la necesidad de los asalariados impone una solución autogestora y no egoista. En suma, quienes tienen hoy todo el poder económico tendrán que perderlo como consecuencia de la insatisfacción de las necesidades populares, que exigen de la sociedad autoorganizada colocarse por encima de las clases, de la propiedad privada y del sórdido interés particular. Así, pues, la sociedad se proyecta hacia un campo de acción más llibre que el Estado-burgués que, en definitiva, protege a los ricos y oprime y explota a los pobres.

Como categorías antitéticas, la libertad y la necesidad se proyectan la una sobre la otra. Quienes tienen necesidades no disfrutan de libertades, mientras que quienes no tienen necesidas económicas tienen toda la libertad. Los ricos, que, disfrutan de una amplia libertad material, hacen todo lo posible para que ésta no se extienda a la población asalariada, persistiendo el Estado como instrumento opresor y explotador de clase.

Esta contradicción plantea para el pueblo la necesidad de crear una economía de autogestión, que garantice las libertades individuales a medida que resuelva las necesidades de toda la población, sin distinción de clases sociales ni privilegios para nadie.

Un capitalismo congelado en el principio de la escasez de bienes para perpetuar su economía mercantil individualista, es un sistema económico obsoleto en una época de gran productividad del trabajo y de la revolución científico-tecnológica, que crean condiciones objetivas para una economía de abundancia, de más y más corta jornada de trabajo y más y más tiempo de estudio para todos, a fin de superar las diferencias entre trabajo intelectual y manual.

NI BURGUESES, NI BUROCRATAS, NI TECNOCRATAS

Hay tantas teorías o ideologías económicas como posiciones de clase de los economistas, que no son rigurosamente científicos, sino influenciados por sus orígenes de clase, por sus intereses materiales, por sus ideologías políticas, por sus privilegios profesionales.

Las burocracias estatistas han optado por una doctrina económica de *planificación centralizada,* en el Este, oponiéndose a democratizar la economía, y con ella la política, mediante un socialismo autogestionario al cual se oponen, como ha sucedido en Hungría (1956) y en Checoslovaquia (1968), reprimiendo a los trabajadores, que pedían su participación directa en la gestión de sus empresas y en el control del excedente económico de las mismas. Por otra parte, la democratización, sin burocracias estatistas, implica el funcionamiento de un *mercado socialista* en que compitan libremente los colectivos de trabajo, a fin de que el mercado, sin capitalistas ni burócratas, autorregule la producción, la distribución, el cambio y el consumo, a fin de ter-

minar con las "colas" en los almacenes vacíos del Estado, como está sucediendo en los países del COMECON.

Por otra parte, las burocracias occidentales, de filiación social-demócrata o los tecnócratas partidarios de la "revolución directorial" en las empresas, se inclinan por una *economía dirigida* (doctrina keynesiana), que ha creado el Estado-providencia. También esta experiencia está fracasada, pues el Estado, a fuerza de elevar los impuestos, de emitir papel-moneda insolvente, de otorgar subsidios a las empresas nacionalizadas (para nacionalizarles las pérdidas), de financiar una enorme paro obrero, en vez de invertir capital para dar trabajo, ha creado así un Estado-protector que, finalmente, no puede proteger a nadie. El agotamiento de la política laborista, en Inglaterra, y del socialismo, en Suecia, indicaría que el dirigismo económico, el reformismo social-demócrata o socialista, en el Occidente, está involucrando una crisis económica estructural en que, cada año que pasa, es mejor que el que viene.

Y de ahí, por consiguiente, un retorno al liberalismo renovado por economistas como Friedman, que se oponen a los dirigistas empedernidos como Keynes, Galbraith y, en cierto modo, a Schumpeter: todos ellos ideólogos de las clases medias izquierdistas, de las tecnocracias y de las burocracias occidentales que aspiran a disfrutar del Poder en razón de su saber... más ideológico que económico. Por consiguiente nos parece oportuno analizar el pensamiento, en forma sintética, de economistas contemporáneos como Friedman, Keynes, Galbraith, Schumpeter, Liberman, Hayet y Mises.

JONH MAYNARD KEYNES

J. M. Keynes (1883-1946). Puede ser considerado como el teórico de la economía dirigida sin suprimir el capitalismo privado. Propuso el ahorro obligatorio para financiar la guerra, sin duda emitiendo papel-moneda insolvente que es un título al portador sin pagar el principal ni los intereses, lo cual implica la inflación monetaria como intrumento político. En ese sentido, el keynesianismo es un monetarismo ya que no es partidario de una *moneda neutra* y, por tanto, contrario al patrón-oro que se oponía a una moneda elástica, emitida a voluntad de la clase política social-demócrata, laborista, demo-cristiana, etcétera.

El nazi-fascismo, en doctrina económica, fue tan keynesiano como el laborismo o las corrientes social-cemócratas y demo-cristianas, ya que todas esas ideologías, por más antagónicas que parecieran, tenían en común ser movimientos de la clase media profesional y de la burocracia en su ascenso al Poder, invocando la creación de un *Estado-providencia* al servicio del pueblo; pero, en realidad, contra él al usurparle el excedente económico sin ninguna forma económica cooperativa, solidaria o autogestionaria. Se diría, pues, que tan keynesianos han sido Mussolini, Hitler, Franco y Perón como

lo fueron Attlee, Adenauer, de Gasperi, Mitterand, Felipe González y otros; todos ellos pequeña burguesía profesional o burocracia administrativa o política, siempre al servicio del capitalismo nacional o imperialista de las empresas multinacionales.

La doctrina keynesiana era muy seductora, como ideología económica de la clase política pequeño-burguesa, en un período histórico de multiplicación de los "terciarios", de la clase media profesional, que, al condenar la "vieja economía", condenaban a los empresarios como únicos dirigentes del proceso económico. Pues, según Keynes, el viejo capitalismo no aseguraba el *pleno empleo* habiendo exceso de oferta de bienes y servicios, pero faltando *demanda efectiva popular*, que hay que asegurarla con *inversiones públicas,* con el Estado-empresario, cuando haya subinversión privada que produce desocupación obrera.

Para alcanzar estos objetivos de pleno empleo, de prosperidad, Keynes propone que fluya dinero del Estado hacia la economía nacional, aunque aumente desmedidamente el déficit presupuestario; y que baje la tasa de interés para estimular la inversión que produzca pleno empleo; pero a costa de una inflación sistemática, primero lenta y luego rápida, que, en fin de cuentas produciría efectos contrarios, como sucede actualmente, ya que tenemos lo que se denomina "stagflación" (inflación y recesión) y, lo que es peor, desocupación masiva con más de 31 millones de desocupados, en 1989, en los países ricos de la OCDE, donde han sido aplicadas durante muchos años las doctrinas keynesianas.

Para Keynes, con su macro-economía de signo matemático, los hombres y los países parecieran no existir, basando así su doctrina económica en un determinismo que se cumpliría irrefragablemente; pero los hombres actúan políticamente por encima de los cálculos de los tecnócratas; los países se desarrollan muy desigualmente económica y tecnológicamente; y las cambiantes tecnologías crean productos nuevos y países nuevos que subtituyen a los viejos en el mercado mundial como, por ejemplo, Japón a Gran Bretaña, país debilitado económicamente a causa de que el laborismo abusó del keynesianismo como panacea política, económica y social.

En oposición a la *ley de los mercados* de J. B. Say, según la cual la oferta crea su propia demanda, ya que el dinero no hace más que de intermediario, Keynes sostiene que es la demanda efectiva la que condiciona la evolución de la *expansión económica.* Y por tanto, es la política, léase el Estado-providencia, quien tiene que incrementar esa demanda inyectando dinero para dinamizar el proceso económico. Pero levantar la demanda con una oferta insatisfecha de bienes crea condiciones perniciosas como las inflaciones galopantes en la Argentina, Perú, Brasil, por ejemplo, ya estén en el Poder los peronistas, los apristas o los militares, pues no son distintos unos de otros al tener en común la doctrina económica keynesiana, ya agotada hasta la saciedad política, económica y socialmente.

El keynesianismo, de un tiempo a esta parte, se ha convertido en un ana-

cronismo, pero su durabilidad, su vigencia, estriba en que es la política económica de reformistas, social-demócratas, neo-liberales y demo-cristianos, todos ellos de extración burocrática o de clases medias profesional, que quieren tener el Poder con su saber universitario, mesocrático o pequeño-burgués. En consecuencia, el keynesianismo debe ser superado con una economía autogestionaria que logre el pleno empleo con la cooperación y la autogestión, sin clases parasitarias o burocráticas, colocando al hombre como protagonista del proceso económico mediante formas económicas, políticas y sociales de democracia directa, no delegada en la burguesía, la burocracia o la tecnocracia de los "yuppies".

JOSEPH A. SCHUMPETER

Joseph A. Schumpeter (1883-1950). Fue banquero y ministro de finanzas en Austria, políticamente militante social-cristiano, aunque de tendencia proclive al "socialismo de cátedra". En su análisis del desarrollo capitalista estima que las condiciones esenciales del empresario son: iniciativa, dinamismo personal y, sobre todo, capacidad para la innovación científico-tecnológica para renovar las fuerzas productivas. Pero siendo la innovación más que la obtención de beneficio el fin del capitalista, para que su empresa esté colocada a niveles de competencia en el mercado, crea así un exceso de fuerzas productivas que no puede asimilar sin crisis por invertir, a ciegas, sin tener en cuenta la totalidad del mercado. En ese sentido, el dinamismo creador del capitalismo lleva su *autodestrucción* conducente al socialismo un tanto como devenir histórico necesario. De ahí la vigencia de la doctrina económica de Schumpeter entre "socialistas de cátedra", social-demócratas y demo-cristianos e ideólogos, con distintas variantes políticas, del socialismo burgués.

Respecto a los ciclos de prosperidad y depresión los relaciona con las ondas largas de Kondratieff: ciclo de la revolución de la industria textil mecánica entre 1790-1840; ciclo de la máquina de vapor y de los ferrocarriles entre 1840-1890; ciclo de la electricidad, del motor de explosión; pero Schumpeter considera, en cierto modo, que el capitalismo agota sus innovaciones,no pudiendo así sobrevivir sin ver lo que puede inventar de nuevo; que industrias podrían satisfacer las necesidades insatisfechas para asegurar la durabilidad del sistema que perecería más en razón de sus éxitos que de sus fracasos. Sin embargo, después de 1950, año en que murió Schumpeter, la industria capitalista ha seguido inventando sin agotarse: electro-domésticos, automatización de cadenas de producción, aviónica e industria espacial, petroquímica, plásticos, ingeniería genética, nuevos productos logrados en un *proceso acelerado de innovación,* en que las patentes de invención circulan por todo el mundo, no durando muchos años, ya que son suplantadas y perfeccionadas

por otras. Así, pues, el capitalismo no puede perecer por falta de innovación ya que los inventos ahora, entre su descubrimiento teórico y su explotación industrial, hay cada vez menos años. Por consiguiente, la innovación no se agota con el capitalismo, sino que es impulsada por él en razón de la ley de la competencia económica que actúa como la selección natural darwiniana.

Más acertada es en Schumpeter la interpretación de los monopolios respecto a versatilidad económica: son superados unos por otros en función de la mejor tecnología aplicada por cada uno de ellos pereciendo los que emplean la peor tecnología y, por tanto, compiten difícilmente en un mercado agresivo a nivel nacional e internacional. Además, el gigantismo industrial engendra una tecno-burocracia que va desalojando de la dirección de las grandes empresas a la burguesía, que delega funciones en los "ejecutivos". Sin embargo, éstos no serán una clase dominante, como en el socialismo burocrático, mientras no tengan el monopolio de la administración, no con propiedad privada, sino pública o nacionalizada (URSS).

Mientras la burguesía de las grandes empresas constituya los consejos de administración de las mismas y posea el paquete de acciones, los "directores" serán dependientes de ella. En este orden de ideas, James Burnham, en su libro *The managerial revolution* sostiene que los herederos del capitalismo no son los proletariados, sino los "managers", los directores,los ejecutivos. Es fácil intelectualmente llegar a estas conclusiones, ante la "tecnoestructura" de las grandes empresas occidentales y ante los "directores" orientales del *socialismo administrativo,* pero ese devenir puede ser evitado, en el Oeste y en el Este, instaurando el socialismo autogestionario, dando el protagonismo político y económico al pueblo trabajador auto-organizado: sin burgueses, burócratas y tecnócratas; sin tomar en serio las doctrinas económicas de clase de Keynes, Schumpeter, Galbraith y Cía. Todos ellos quieren que la economía sea una ciencia rigurosa, matemática, profesional, a fin de que sus representantes accedan al Poder como los viejos mandarines chinos. Sólo la instauración de una *economía autogestionaria,* con el saber económico socializado, con el Estado de clase disuelto o absorbido por la Sociedad auto-organizada, puede emancipar al pueblo trabajador de los ideólogos del pensamiento burgués, burocrático o tecnocrático.

Schumpeter, aparentemente un economista objetivo, considera, sin embargo, que el capitalismo tiende a un socialismo de organización centralizada y racional de la economía para superar las crisis y, sobre todo, el desempleo lo cual requiere la adhesión de la mayoría de la población. Dicho con otras palabras, la planificación centralizada, la obediencia del pueblo, el predominio de una "Nomenklatura". Así las cosas, Schumpeter es otro Keynes entronizando en el Poder a los "mangers" de Burnham, arreando a los trabajadores como fuerza de trabajo sin participación en la gestión de la economía, obra exclusiva de "sabios"... del Poder total para tecnócratas y burócratas, o "yuppies".

JOHN KENNETH GALBRAITH

La teoría económica de Galbraith es más bien de contenido político e ideológico, revelando una cierta ambivalencia entre el keynesianismo y el socialismo administrativo, conducidos por los "yuppies" (young urban profesinal), es decir los que han despuntado en la clase media ilustrada, los "master", los "asesores", los "onúcratas", los "eurócratas", la "tecnoestructura" dirigente de las grandes empresas nacionales y multinacionales. Estos personajes, escudados tras sus títulos de "master", constituyen un prototipo de *hombre en serie:* dominan el inglés; se visten y peinan a la misma moda; almuerzan en los mismos restaurantes; tienen sus residencias de fin de semana en las playas elegantes; leen a Marx y a Keynes para ser burócratas o tecnócratas en el Oeste y, si cabe, en el Este, o mejor dicho, en las Naciones Unidas y en la Comunidad Económica Europea. Por otra parte, la "tecnoestructura", de la cual nos habla Galbraith, siguiendo a Burnham, compartiendo ideales y conceptos comunes: planificación centralizada de la economía (para dirigirla ellos solos) y, por tanto, un desprecio intelectual absoluto por la *economía de mercado,* que identifican como el contenido del capitalismo caótico, aunque el mercado ha sido, es y será anterior y posterior al capitalismo, en la medida en que el mercado capitalista se transforme en mercado autogestionario, dejando que las leyes económicas objetivas del socialismo autogobiernen económicamente a la sociedad sin sufrir la dictadura de los burócratas del Este o del Oeste.

Por otra parte, la "tecnoestructura", llamada a ejercer el Poder según Galbraith, tanto en las empresas industriales concentradas como con el monopolio administrativo del Estado-providencia, busca sus alianzas políticas en los sindicatos institucionalizados o dominados por las ideologías de "izquierda" que procuran ministros y asesores para gobernar sin el pueblo, pero adulándolo: política común de social-demócratas, neo-liberales, democristianos y sindicalistas que hablan de los obreros, pero comportándose como burgueses, ya que la burguesía les suele pagar a éstos las cuotas sindicales, mensualmente, depositadas en los bancos.

Galbraith ha escrito, entre otros, dos libros con títulos muy publicitados: *La era de la opulencia* y *El nuevo Estado industrial;* en el primero, trata de demostrar que nuestras ideas tradicionales económicas están muy enraizadas en la pobreza, el peligro económico y la desigualdad del pasado, no siendo así fácil adaptarse a la abundancia; en el segundo, trata de demostrar, sin conseguirlo con pruebas históricas suficientes, que la competencia económica no existe ya en la economía norteamericana, dominada por grandes empresas que contratan la mayor parte de los negocios. Sin embargo, el monopolio de dos o tres empresas sobre un producto o artículo, en buena parte de su mercado nacional, es posible que se haya realizado en algunas ramas de industria o de materias primas. Pero es que, en la dialéctica económica, el monopolio a nivel nacional puede ser conseguido, pero no en los ámbitos del

mercado mundial, lo cual no es posible ni para una economía centralizada planificada como la de la Unión Soviética.

Por otra parte, Galbraith sostiene que el fin de la gran empresa no es conseguir beneficio máximo, sino procurar un desarrollo en seguridad, aunque más bien debería entenderse por eso, en ciertos momentos, el sostén económico del Estado y la defensa de la propiedad, en caso de comflictos sociales o revolucionarios. Sin embargo, el verdadero monopolio, sin procurar beneficio, está constituído por las empresas nacionalizadas, ya que el Estado es el único que puede producir con pérdidas, supliéndolas con dinero del Tesoro público para las empresas nacionalizadas deficitarias. Pero esta política económica ha fracasado en donde se creía que había triunfado: en muchos países europeos comunistas y tercermundistas en que la tecno-burocracia ha tomado el gobierno y las direcciones de las empresas nacionalizadas produciendo, a su vez, déficit en el presupuesto del Estado, más y más pesados impuestos y, cuando éstos no son suficientes, emitir aceleradamente papel-moneda insolvente que produce las inflaciones incontroladas, como en América Latina, después de producirse, en 1982, la crisis de la deuda externa.

Galbraith sostiene que para cubrir riesgos económicos hay que *fortalecer al Estado,* ya que una de sus funciones principales consiste en regular la demanda (efectiva), exactamente como lo propuso, Keynes, lo cual no constituye una novedad.

Por otra parte, Galbraith manifiesta que, estando el poder económico en manos de las grandes empresas y del Estado que las sustenta económicamente, las *leyes del mercado,* según la economía clásica, no rigen ya, pues el consumidor no decide en el mercado, sino las grandes empresas y sus campañas de publilcidad. En suma, Galbraith propone la planificación, sin "dictadura del proletariado"; pero, en fin de cuentas, da todo el poder a la "tecnoestructura"; o sea, todo por el pueblo pero sin el pueblo: vieja fórmula del despotismo ilustrado; antes, de los monarcas absolutos; ahora, de los "yuppies", tecnócratas y de la clase política neo-liberal o socialdemócrata.

YEVSEI G. LIBERMAN

Así como Strumlin, S. G. fue un planificador de la economía soviética, en sentido verticalista, no dejando a las empresas mucha autonomía al cumplir rigurosamente las *cifras del Gosplan,* Liberman, en cierto modo, quiere introducir más participación de los directores y los técnicos en la conducción de las empresas, siguiendo el criterio de la eficacia y no el cumplimiento riguroso de sus niveles de producción impuestos, desde arriba, por el Gosplan. En este orden de ideas, más que cumplir o rebasar las cifras de los planes anuales, lo que importaría, según Liberman, es la obtención de un *beneficio* en las empresas confiándoles, desde abajo, responsabilidades directas sobre costos de producción y de la renumeración de su capital. ¿Pero ese *be-*

neficio en beneficio de quién es? ¿De los trabajadores o de los burócratas y de los tecnócratas?

Las tesis de Liberman —que dieron mucho que hablar en Oriente y en Occidente— fueron expuestas, por primera vez, en un artículo inserto en *Pravda,* el 9 de septiembre de 1962, en el cual proponía una serie de "reformas" necesarias en la conducción de las empresas soviéticas. El 11 de octubre de 1965, concretando más sus reformas económicas, Liberman propuso, entre otras, las medidas económicas siguientes: los dirigentes de las empresas deben ser directamente responsable de ellas en cuanto *al empleo de mano de obra,* del *salario* de sus trabajadores y del mejoramiento de sus condiciones de *vivienda.* Por otra parte las empresas soviéticas, han de estar facultadas para recibir los pedidos de otras empresas (insumos) y de las organizaciones, a fin de poder producir fuera del Gosplan, aunque sin producirle inconvenientes en su ejecución. Así las cosas, los excedentes económicos o beneficio, fuera de los exigidos por el escalón de planificación centralizada, podrían ser reinvertidos por las empresas, libremente, en la rama o sector escogido por sus direcciones. Cosa que intenta la reforma económica de Gorbachov a la cual se opondrán los "conservadores" del PCUS.

Liberman —al liberar a la empresa de la tutela del plan del Estado, que comprende el plan nacional y el de todas las empresas— proponía transformarlos en un plan programa o en una ley-programa económico, similar a la práctica yugoslava, en que es compatible la planificación indicativa con los planes propios de cada empresa, aunque Liberman no introduce la autogestión en las empresas como sucede en Yugoslavia y, menos aún, el funcionamiento de una economía de mercado socialista como la existente en este país. Ello es un eterno problema, sin resolverlo tampoco, después de conversarlo mucho, por Gorbachov y su "perestroika", siempre demorada por la burocracia soviética conservadora.

La reforma económica de Liberman, de haberla aceptado en principio, hubiera supuesto la llegada al Poder económico de la "tecnoestructura" en el sentido indicado por Galbraith. Pero la burocracia política del PCUS perdería, poco a poco, el rol principal en la conducción de la economía y de la política de la URSS. Tal y como están las cosas en la URSS, Liberman iba demasiado lejos, queriendo colocar a los tecnócratas, a los directores de empresa, como nueva "burguesía roja". Y como los tecnócratas piensan en cifras económicas, en su bienestar, en el localismo de sus empresas, el Kremlin, si deja emerger a su tecnocracia como una nueva clase dominante que desplace a la burocracia política del PCUS, perdería el sentido del *hegemonismo* que, como infraestructura económica y tecnológica, necesita un complejo militar-industrial tan poderoso, al menos, como el de Estados Unidos, para que la URSS siga siendo primerísima potencia mundial.

El plan del Estado soviético, con todos sus defectos de desarrollo desproporcionado entre agricultura e industria, entre industria pesada y liviana, a pesar de su extremado rigor y de los desequilibrios que produce en la prá-

tica que desborda la teoría, seguirá rigiendo los destinos de la economía soviética, poniendo una muralla de contención a la tecnocracia de las empresas, sierva de la burocracia política y militar (una parte muy infinitesimal de la población); pero que tiene el monopolio del Poder económico, político, militar, policial, jurídico, de la información y de la educación; o sea, todo el poder sin compartirlo con el pueblo soviético.

Para responder al desafío de la burguesía imperial norteamericana, la burocracia hegemonista de Rusia no dio paso a las doctrinas de Liberman, ya que era disminuir o entregar el poder omnímodo del PCUS tanto en política nacional como internacional. Consecuentemente, ni un Galbraith es aceptable para la burguesía norteamericana ni un Liberman para la burocracia política soviética. He ahí los límites de un reformismo imposible de la tecnocracia, tanto en el Oeste como en el Este.

Es difícil que los tecnócratas, en la URSS, o los tecnócratas, en USA, puedan llegar a conducir la economía como clase dominante, ya que las clases medias son mediocres políticamente y, en ciertos momentos, con sus políticas keynesianas, galbraithianas o libermanianas no satisfacen ni a las burguesías de Occidente, (con el Estado-providencia), ni a las burocracias totalitarias de Oriente, debido a que las clases medias son más consumidoras que productoras; y en ciertos momentos, detienen el desarrollo económico con sus rentas parasitarias, con su enorme consumo improductivo. De ahí que haya perdido vigencia, en el Oeste y en el Este, la economía doctrinal o de ideología tecnocrática, a lo Galbraith, y la "tecnoestructura", a lo Burnham, o las burocracias ascendentes, a lo Schumpeter o de los "directores" a lo Liberman.

La reforma de la economía soviética, de la que tanto se ha hablado y nunca se ha hecho, pareciera una misión imposible dentro del Estado-patrón, del monolitismo del PCUS, del complejo militar-industrial soviético y de la dictadura, no del proletariado, sino de la burocracia soviética.

En el curso de unas tres décadas, desde que Liberman planteó la reforma de la economía soviética en 1962, han pasado Jruchov, Brezhnev, Chernenko, Andropov, Gorbachov como líderes supremos, acumulando en una sola persona el poder omnímodo del PCUS y del Estado total. Este poder ilimitado, omnipotente y omnisapiente, en un hombre semi-dios, sólo lo tuvieron, en la historia de la humanidad, los regímenes de despotismo asiático, los Faraones, los Incas, los reyes asirio-caldeo-babilónicos y ciertos sultanes, por no citar también, a los señores feudales en sus dominios, como dueños de vidas y haciendas.

Sin reforma política, en el sentido de convertir la dictadura burocrática en democracia directa, socializando al Estado mediante la auto-organización de la Sociedad, llevando la autogestión a las empresas y el autogobierno a todos los escalones federativos del autopoder, la URSS puede ir de mal en peor, incluso retornando al capitalismo como solución económica, lo cual constituye un remedio peor que la enfermedad que se intenta curar urgentemente.

Si las empresas multinacionales de Occidente penetraran en la URSS y en los países del COMECON, asociándose en forma mixta con las empresas estatales, sería para percibir una alta tasa de plusvalía, propia del salario barato que rige en estos países. Sin embargo, una economía estatatizada, muy burocratizada, desintegrada, ya que no existe un verdadero mercado en la URSS, con un rublo inflacionario e inconvertible, difícilmente pueda asociarse con empresas multinacionales europeas occidentales, norteamericanas y japonesas. Ello explicaría que durante casi tres décadas la economía soviética trate de reformarse de palabra, pero quedando igual así misma, sin cambio sustancial alguno, desde Stalin a Gorbachov...

Una economía de pobreza franciscana, con una gran escasez de bienes de consumo, con grandes "colas" para conseguirlos a las puertas de los almacenes vacíos del Estado, con exceso de producción de armamentos sofisticados y subproducción de alimentos, tiene a la URSS en una situación crítica, si a los problemas del desabastecimiento se añaden los de la independencia propugnada por los nacionalismos bálticos, de Moldavia y de los países caucasianos. Quizá el *nacionalismo insurgente,* de las etnias dentro del Imperio soviético, no hubiera aflorado tan violentamente como lo ha hecho en la época de Gorbachov, si la situación económica de la URSS no se hubiera deteriorado aceleradamente.

Durante unos setenta años, la URSS, desde Stalin a Gorbachov, prácticamente no ha cambiado en lo esencial, pues el cambio de un Líder supremo por otro, no ha supuesto, necesariamente, cambios en la superestructura política burocrática ni en la infraestructura económica. En ese sentido, todo pareciera haber cambiado, pero siempre se ha quedado en lo mismo.

En consecuencia, ningún tecnócrata como Liberman, podría cambiar nada sustancial en la URSS, ya que dar más autonomía a las empresas, menos poder al Estado, más independencia a las nacionalidades y un poco más de democracia al pueblo, supondría, por reación en cadena, quitarle la administración de la plusvalía de Estado a una reducida "Nomenklatura", que tiene el monopolio de la riqueza y del poder omnímodo. Y si en Occidente la burguesía no cede su poder de clase, sin combatir, en Oriente, en la URSS y cía., no habría paso de la dictadura burocrática a formas de democracia directa o filo-burguesa, sin que haya rebelión popular y de las nacionalidades oprimidas dentro del Imperio soviético, el último de los imperios, quizá no por mucho tiempo.

Los trabajadores soviéticos, particularmente los mineros en su huelga general de 1989, no pidieron sólo aumento de salarios y más aprovisionamiento de bienes de consumo, pidieron también la autogestión de sus empresas y más participación política pasando de la dictadura de la burocracia a un socialismo autogestionario, contrario a la dictadura económica de la burguesía, a la manera occidental, y a la dictadura burocrática, a la manera del PCUS y de su socialismo administrativo.

MILTON FRIEDMAN

Friedman, M. Profesor de la Universidad de Chicago, defensor de la economía de mercado como Hayet y Mises, partidario de la liberación del precio del oro y de los tipos de cambio fluctuantes de las monedas y, doctrinalmente, continuador de la línea monetarista de I. Fisher. Su obra más popular es *Libertad de elegir,* pero su libro esencial es *Capitalism and freedom,* donde defiende los mecanismos económicos del libre mercado, reprocha a los empresarios su falta de dinamismo, que ha esclerosado al viejo liberalismo, y los hace responsables de predicar, por un lado, la libertad económica, la libre empresa, mientras que, por el otro, aceptan o promueven la protección de "carteles" y... del Estado caro dirigista.

En el "nuevo liberalismo" de Milton Friedman, la libre empresa, no significan que los patrones puedan hacer lo que quieran, pues hay que crear un sistema económico donde la competencia mercantil y el libre juego del mercado sean los guías y vigilantes de lo que hay que hacer por medio de la "mano invisible" de las leyes económicas, en el sentido indicado por Adam Smith. No obstante, Friedman considera que una buena política monetaria, restringiendo hasta lo necesario la intervención del Estado, puede regular el proceso económico corrigiendo algunos defectos del "laissez faire". En este ordende ideas, estima que la demanda de moneda supone la demanda de alguna forma de capital que, a su vez, significa una influencia decisiva sobre los precios que, al mismo tiempo, dependen, económicamente, de la oferta monetaria y, sobre todo, de la menor o mayor abundancia de crédito otorgado por las autoridades monetarias. Por otra parte, Friedman repudia la política de incrementar los impuestos, acrecentar del déficit presupuestario del gobierno y emitir moneda insolvente, abusando de la inflación, aunque con ello se trate —como estima Keynes— de aumentar la demanda efectiva. Por consiguiente, Friedman es contrario a la moneda fácil y a los impuestos elevados que han creado o financiado las aberraciones financieras del Estado-providencia, gran demiurgo de Keynes y, sobre todo, de Galbraith, apologista del advenimiento al Poder de la "tecnoestructura", esto es, en Occidente, de la burocracia política y de la tecnocracia empresarial. En este sentido, el Oeste, con la burocracia encaramada en el Estado-burocrático, podría darse la mano con la burocracia soviética, haciendo del mundo un "paraíso" en el centro de cuyo cielo estaría la "tecnoestructura" del Este y del Oeste, sin burguesías y sin "Nomenklatura" soviética, y con un *proletariado pasivo* en todo el mundo.

Este destino de nuestro mundo, que sería el ideal de economistas como Galbraith y Liberman, no es compartido por economistas neo-liberales como Friedman, Hayet y Mises para quienes la burguesía todavía tiene una misión histórica que cumplir en el desarrollo del capitalismo, que no se autodestruye con sus éxitos, según Schumpeter, ni es superado por las tecnocracias in-

dustriales, como estima Galbraith, sino que es capaz de "evolucionar", de "seguir durando", ya que es esencialmente, "mejor que el socialismo de tipo soviético", según los ideólogos y economistas del neo-liberalismo.

Estamos, pues, frente a una polémica entre economistas neo-liberales, ideológicamente burgueses, y economistas de tipo dirigista, representantes de la clase media profesional, que en esta hora del mundo, adulando al pueblo, quieren todo el Poder para ellos, pero sin el pueblo. Unos y otros, diciendo que la economía es una ciencia, hacen prevalecer sus respectivas ideologías o políticas de clase; quieren representar el interés gueneral por medio de una "ciencia" (ideología) del interés particular de una clase no productora, usurpadora del excedente económico sin dar participación a los trabajadores en su gestión, distribución e inversión, ni tampoco en la gestión directa de sus empresas, de sus economías locales, regionales y nacionales. En suma, que Friedman, al presentarse como el Anti-Galbraith, se postula como el economista teórico de la burguesía (cuando ésta ya no puede explotar mas la economía dirigida keynesiana) y, al contrario, Galbraith, (cuando el keynesianismo es insuficiente para salir de la crisis) quiere en el Occidente un régimen económico, sin revolución, pero con el mismo contenido que el sistema soviético, aunque con otra forma política. En ambos casos, el pueblo trabajador tendría que sufrir la explotación y la opresión o de las nuevas burguesías neo-liberales o de las tecnocracias planificadoras y centralistas de tipo neo-soviético, Así las cosas, de esta polémica entre burgueses ilustrados y tecnócratas neo-marxistas el pueblo trabajador no tiene donde elegir, pero debe hacer algo para salir del marasmo económico actual, de la inflación sistemática, de la desocupación, de la depresión, instaurando una economía autogestionaria que, desaburguesando o desburocratizando la economía en el Oeste y en el Este, haga posible la gran revolución industrial y tecnológica, la socialización del saber y de la información, para que todos los hombres sin excepción sean capaces de asumir la historia en paz y libertad, poniendo la riqueza en común asegurando para todos el derecho al trabajo, sin falsas ideas sobre la "plena ocupación" keynesiana, doctrinalmente tecnocrática.

FRIEDRICH A. HAYET

Hayet, F. A. Un economista ferviente partidario de la libertad económica como condición básica de la libertad política, lo cual es posible, no con el dirigismo económico de tipo keynesiano o con la economía centralmente planificada, sino en función de un libre mercado, de la espontaneidad del sistema económico. Hayet rechaza la creciente intervención del Estado determinada por las crisis económica, que no resuelve sino que la acumula y la difiere para más tarde: *inflación monetaria creciente* que, en fin de cuentas, genera más *desocupación* que la que quería evitar con la aplicación de medidas keynesianas.

Para Hayet, la principal responsabilidad de la "stagflación" (alza de los

precio y desocupación) corresponde a la aplicación de la teoría económica keynesiana que, por querer resolver el paro con inversiones públicas procedentes del déficit presupuestario del gobierno, crea más inflación y, finalmente, más desocupación. En este orden de ideas, Hayet infiere que si Keynes viviera no sería keynesiano sino liberal.

Hayet, en su libro sobre *¿Inflación o empleo?* (Unión Editorial, Madrid, 1976), dice acerca de Keynes lo siguiente: "Probablemente mucho más importante que este perjuicio de moda frente al método científico, atractivo para los economistas profesionales, son las implicaciones políticas que el sistema keynesiano presenta. Les ofrecía a los políticos no sólo un método rápido y barato para aliviar el sufrimiento humano, sino que también les aliviaba a ellos de aquellas molestas restricciones que les impedían alcanzar la popularidad. El gastar y los presupuestos deficitarios se consideraron de pronto la representación de las virtudes. Se arguyó, presuasivamente incluso, que el contínuo gasto gubernamental era muy meritorio, dado que llevaba a la utilización de recursos hasta entonces no usados y que esto no sólo no costaba nada a la comunidad, sino que aportaba una ganancia neta". (Obr. Cit. p. 42).

Así, emitiendo papel-moneda insolvente, aumentando el déficit presupuetario gubernamental, haciendo inflación nacional e inflación internacional del dólar por los acuerdos de Bretton Woods, ajustando los pagos internacionales sobre la base de los países con superávit y no exigiendo a los países con déficit que se contrajeran, se ha desquiciado el sistema económico mundial soportando un cuarto de siglo de inflación.

Ante estas condiciones económicas viciadas de naturaleza, Hayet piensa que sin adoptar remedios eficientes, fuera de las recetas keynesianas, sería imposible evitar el *"krach" internacional,* determinado por la persistente inflación en todo el mundo y, sobre todo, por las enormes deudas exteriores del Tercer Mundo. Emitiendo más moneda se podría evitar el "krach" un decenio más, pero finalmente la crisis económica latente se convertiría en una *gran depresión.* Y tal y como están las cosas, el Occidente, en economía, se desliza hacia la crisis, y quizá, persistiendo en los errores actuales, al querer salvar las instituciones del mundo entero, pero a destiempo, quizá no se haría más que agravar la situación de crisis.

Sobre el *socialismo administrativo,* de modelo soviético, Hayet piensa que sus tesis sobre "el socialismo no es que a medias es injusto, sino que es totalmente falso". Por consiguiente, Hayet, menos progresivo que Friedman, predica un liberalismo de " laissez faire"; aunque ambos tienen en común tesis muy parecidas sobre el keynesianismo, el dirigismo y el planismo; son en cierto modo, los apologistas de la economía de mercado libre; pero con un retorno al capitalismo clásico, lo cual tampoco es una opción válida para el capitalismo ya que precisa, en estos tiempos, de la ayuda del Estado para "nacionalizar pérdidas de empresas en déficit" y financiar paro obrero. Así las cosas, el amor a la libertad y la libertad de mercado, sin introducir como

sustitución del keynesianismo y el socialismo burocrático, y como planificación y libertad, el socialismo de autogestión, Hayet y Friedman no son más que la vuelta al capaitalismo tradicional que, por sus propios mecanismos internos, produce la crisis económicas cíclicas, lo cual quería ser evitado por J. M. Keynes, Galbraith y los planificadores de socialismo burocrático.

Estamos, pues, en un momento crítico de las doctrinas económicas que, sin quererlo se han convertido en ideologías de la burguesía o de la tecnoburocracia, dejando así de tener suficiente valor científico para asegurar la paz, la prosperidad, el pleno empleo, el desarrollo económico y tecnológico en el mundo. Por consiguiente, sólo hay una alternativa: la instauración de un modelo de crecimiento económico autogestionario que coloque al hombre como protagonista del proceso económico y tecnológico, sin clases dirigentes burguesas, burocráticas o tecnocráticas. Sólo así el proceso de desarrollo económico será diáfano, poniendo la riqueza al servicio de la Sociedad y no del Estado, del pueblo trabajador y no de la "élite" del Poder.

LUDWIG VON MISES

Mises, Von L. : (1881-1973). Considerado como uno de los teóricos más destacados del neo-liberalismo, crítico del modelo soviético y elaborador de una doctrina como alternativa al socialismo. En su obra fundamental titulada *Humanaction* considera que lo más característico de nuestra época son las guerras devastadoras, la desintegración social y la insuficiencia teórica de la ciencia económica.

Para Mises la suerte de la civilización moderna, que los pueblos blancos han desarrollados en más de 200 años, está indisolublemente ligada a la suerte o la eficacia de la ciencia económica. Así las cosas, esta civilización perecerá inevitablemente si las naciones se empeñan en practicar doctrinas económicas contrarias al funcionamiento del libre mercado, a fin de que los precios en moneda estable informen, objetivamente, a las empresas y a los consumidores y de que el cálculo económico sea posible, ya que la ausencia de precios, sin competencia económica en el mercado, bajo un sistema como el soviético, no permite el funcionamiento de una economía debidamente cuantificada y autorregulada sin necesidad de un costoso y burocrático aparato de planificación centralizada.

Sin una intervención del mercado, los costos de producción no serían reales y, en consecuencia, todo cálculo económico —según Mises— no es verdadero. He aquí, al respecto, lo que dice empleando sus propias palabras: "Precisamente (en el Este) ningún factor de producción será jamás objeto de libre intercambio, será imposible así determinar su valor monetario... El dinero nunca podrá desempeñar en un Estado socialista la función que cumple en una sociedad concurrencial para la determinación de los valores produc-

tivos. El cálculo en términos de dinero será imposible... No habrá manera de determinar lo que es racional, por lo que, evidentemente, la producción nunca podrá dirigirse en base a consideraciones económicas... En lugar de la economía basada en el método de producción "anárquico", se colocaría la producción sin pies ni cabeza de un aparato absurdo. Las ruedas girarían en el vacío" (1).

Afirmar que es incompatible el socialismo con el *cálculo económico* racional no es verdad, si bien en los sistemas de socialismo burocrático, con una rigurosa planificación centralizada, los precios no se forman según *la ley del valor-trabajo* desarrollada por Marx. Sin embargo la *economía autogestionaria* es la única que cumple la *ley del valor-trabajo*, ya que la autogestión coloca al trabajador en el centro del proceso económico como gestor directo de sus empresas, cuyos productos, bienes o servicios pasan por la forma mercancía, pero sin la existencia de capitalistas a la manera como los define Mises. El mercado autogestionario forma los precios competitiva y objetivamente, para que sea posible el cálculo económico real. Así, pues, el socialismo autogestionario, como economía racional, realizado en la prática, en un mlalistas, demuestra que Mises, al idealizar el liberalismo, pierde de vista que el régimen económico más libre, si estuviera extendido mundialmente el modo de producción autogestionario, realizaría objetivamente las leyes económicas, sin tomar los deseos por realidades.

La propiedad social, con mercado autogestionario, con competencia económica entre grupos de trabajo asociado, constituye la alternativa a una economía en crisis bajo las contradicciones inherentes a la propiedad privada (Oeste) y a la propiedad estatal (Este). Por tanto, la alternativa de nuestra época "de guerras y de desintegración social", de agotamiento de la doctrinas económicas y de las ideologías políticas, no es volver a un liberalismo, que ha demostrado históricamente su caducidad y su inoperancia económica, sino instaurar un socialismo autogestionario que, sin capitalistas, podría realizar la armonía económica y social, superando las depresiones económicas, los antagonismos bélicos entre las naciones y entre las clases sociales. Ni la propiedad privada, con liberalismo, ni la propiedad estatal, con socialismo burocrático, resuelven las contradicciones de nuestra época, sino la democracia directa, en política, y el socialismo de autogestión o la empresa autogestionada, en economía, funcionando autorregularmente sobre el principio de que todo lo que pueda hacer la sociedad auto-organizada no lo haga el Estado, único medio de llegar a su extinción, en una sociedad sin clases, donde el buen *autogobierno* de la economía social hace innecesarios los gobiernos de clase, no superados por el de matiz "libertario", pero burgués, de Mises, Hayet y Friedman.

1 Ludwig von Mises, Die Wirtschatsrechnung im sozialistischen gemeinweses.

EDVARD KARDELJ

Para éste teórico del socialismo yugoslavo de autogestión, la crisis del capitalismo contemporáneo es un proceso que ya dura medio siglo y que se está convirtiendo en la crisis del mundo, una *crisis de sistema* vinculada a los factores de desarrollo económico y social, imbricada en los importantes cambio estructurales que ha experimentado el capitalismo. En este orden de ideas, una crisis de sistema no puede ser resuelta con medidas monetarias (Friedman) o con aumentar el déficit del presupuesto de los gobiernos o disminuir la tasa de interés para estimular la inversión y con ella incrementar la desocupación. Sería demasiado fácil la solución de una crisis simplemente con aumentar o disminuir la *cantidad de dinero* o reducir la *tasa de interés,* pues la realidad es que, luego de medio siglo de estas experiencias económicas, hay mucha inflación y mucha desocupación, estando endeudado hasta más no poder el Estado-providencia. Estas políticas han fracasado en la patria de Keynes (Inglaterra) y en Suecia, donde el "milagro sueco" se convierte en crisis, en países industrializados y subdesarrollados, ya que una crisis estructural se resuelve cambiando las estructuras socio-económicas y políticas anacrónicas y no sólo recurriendo a mecanismos monetarios, impositivos, cambiarios o bancarios.

Según Kardelj, "la crisis del mundo capitalista se ha agravado con el derrumbe del sistema colonial" (...) "que se ha derrumbado en un lapso relativamente breve, o sea, en poco tiempo, lo que demuestra evidentemente que su liquidación se ha convertido esencialmente ya en necesidad a largo plazo del capitalismo monopolista contemporáneo". Y de ahí derivan las causas de los conflictos Norte-Sur, entre países industrializados y subdesarrollados: unos, ricos; otros, pobres; opuestos los unos a los otros, porque la prosperidad y la riqueza se polarizan hacia el Hemiferio Norte y la pobreza y el atraso hacia el Hemiferio Sur. Estas contradicciones, dentro del sistema colonial eran amortiguadas, ya que los países colonizados estaban dentro de los mercados y del sistema monetario y de los países industrializados. Si a los conflictos entre la burguesía y el proletariado de los países industrializados, se suman las contradicciones entre países industrializados y subdesarrollados y los antagonismos entre los bloques militares opuestos, la gran crisis de nuestra época no puede ser conjurada con las recetas del keynesianismo y del friedmanismo, en el Oeste, y con el libermanismo, en el Este, lo cual indicaría que la gran solución a la depresión mundial consistiría en establecer una economía autogestionaria universal y federal.

Para Kardelj, ni el Estado-providencia,al estilo keynesiano, en su modelo más seductor que sería el "socialismo sueco", ni el socialismo administrativo", (URSS) no constituyen una solución económica, política y social, ni en el Oeste ni en el Este, sino una democracia socialista autogestionaria donde el trabajo se asociaba con sus medios de producción. Si ello fuera el modo de producción universal, garantizaría la plena ocupación, la prosperidad y la li-

bertad para todos, siempre que entre los trabajadores y el capital no medien ni los "tecnoestructuralistas" de Galbraith, ni las tecno-burocracias de Liberman, ni el dirigismo burocrático-burgués, como en la economía dirigida de Keynes, Schumpeter y Galbraith.

"... la autogestión –dice Kardelj– no es la forma de cierto neo-liberalismo económico, ni el pluralismo autogestor es una competencia espontánea e ilimitada de diversos intereses parciales, sino la autogestión es un sistema económico, político y democrático que posibilita al trabajador manifestar libremente sus intereses auténticos, pero que a la par le organiza democráticamente para armonizar estos intereses, para resolver los conflictos y para la orientación social".

"... ni la gestión del trabajo corriente –afirma Kardelj–, ni la obtención del ingreso, ni su disposición ni participación en el proceso de la reproducción ampliada (del capital social), son asuntos del Estado, es decir, de su aparato, ni del monopolio tecnocrático, arbitrariamente impuesto, sino son asuntos de las relaciones entre los trabajadores mismos, las que –con arreglo a sus intereses– ellos realizan en el mercado, en el libre intercambio de trabajo por el acuerdo social y la concertación autogestora, en la coligación de los trabajos medios, en la obtención y distribución del ingreso realizado conjuntamente, etc. Empero, aunque se trata del sistema de autogestión democrática, estos intereses,de todos modos, no pueden manifestarse ni realizarse por cierto automatismo, por cierta libertad absoluta, por cierta competencia espontánea en el mercado o en las relaciones mutuas, o en formas similares de liberalismo económico clásico (1).

Y es que el mercado autogestionario no es la concurrencia económica de los capitalistas, sino el aporte de los bienes y servicios por los trabajadores asociados con sus medios de producción, sin intermediarios onerosos, sin especuladores privados, todo ello en beneficio de los trabajadores y de los consumidores.

LOS ECONOMISTAS RADICALES

Los economistas radicales norteamericanos surgieron de la lucha contestataria de 1968, de las manifestaciones contra la guerra del Vietnam, tanto en las universidades como en la calle, denunciando al capitalismo monopolista norteamericano, que debe ser descentralizado en comunidades de apropiación colectiva de los medios de producción, pero sin planificación centralizada burocrática a la manera de modelo soviético. Esta "New Left" (Nueva Izquierda), se pronuncia contra el Estado socialista planificador: propone una *descentralización democrática* constituida por millares de comunidades de tipo cooperativo, integradas en regiones económicas, estableciendo nuevos servicios sociales y públicos no burocratizados; es decir, diversas formas

1 E. Kardelj. Vías de la democracia en la sociedad socialista. Belgrado, 1978.

de autogestión o de trabajo asociado; sustituir al capitalismo de los "trusts" por una sociedad pluralista y descentralizada, donde la riqueza creada por todos en empresas de base autogestora debe beneficiar a todos en un sistema económico-social basado en la cooperación y la autogestión.

Cuestionan los economistas radicales norteamericanos el sistema de economía clásica, principalmente el *marginalismo* y el *keynesianismo.* Respecto al marginalismo objetan su doctrina en el sentido de que cada individuo se comporte, económicamente, de manera racional siguiendo su propio interés que coincide con el de todos para que la sociedad alcanze la mayor eficacia posible, el óptimo económico, sin desperdicio de fuerzas productivas; pero, en la realidad, ese individualismo es falso; pues tales planteos quedan desmentidos por los hechos, por las contradicciones conducentes a las crisis económicas y a las luchas de clases, habida cuenta de que el sistema económico capitalista con sus estructuras de propiedad es contradictorio entre capital privado y trabajo asalariado.

Por otra parte, el keynesianismo, con su teoría de la ocupación y del interés, no consigue la plena utilización de las fuerzas productivas, la movilización de los recursos naturales y humanos, la plena ocupación, como política económica determinada por la inversión pública, la manipulación de la tasa de interés, el déficit del presupuesto del Estado y otros mecanismos económicos de tipo monetarista, que no suprimen sino que difieren las contradicciones económicas y sociales inherentes al capitalismo desarrollado del Hemisferio Norte o subdesarrollado del Hemiferio Sur.

Para corregir estas insuficiencias de la doctrina económica clásica, del marginalismo y el keynesianismo, los economistas radicales proponen un régimen económico basado en la propiedad social, pero sin la existencia del mercado. He aquí algo incongruente en la teoría económica de esta "Nueva Izquierda", pues si quiere la máxima libertad y el menor centralismo, porque este conduce al burocratismo, una economía social sin libre mercado autogestionario, necesariamente conduce a la planificación centralizada y, por tanto, a la dictadura de la burocracia, al control de todo y de todos.

No abogamos, pues, por la existencia de un mercado especulador, donde concurren los productos del trabajo asalariado, y que es controlado por los capitalistas industriales, mercantiles y financieros, sino por un mercado socialista autogestionario donde rige una sana competencia entre productores directos, asociados libremente con sus medios de producción, sin que medien la burguesía o la burocracia como clases dirigentes.

Hebert Marcuse, filósofo que influyó notablemente en los contestatarios de 1968 y en las ideas básicas de la Nueva Izquierda, al criticar el régimen capitalista, acerbamente, se expresa en estos términos: "... hace falta que sea instaurada la socialización de los medios de producción" (...) "y una economía planificada orientada hacia la abolición de la pobreza y la penuria". (Declaraciones a "Le Monde" el 10 de mayo de 1974).

Y la lógica económica y política demuestran que si se planifica la econo-

mía los planificadores no quieren servir sino mandar;centralizar y no liberalizar; burocratizar y no democratizar; de donde se deduce que la idea de planificación, si no es una planificación con libertad, que tenga como basamento de la economía la empresa autogestionaria, todo plan centralizado conduce al socialismo administrativo, a entregar el Poder político a las burocracias totalitarias y el poder económico a las tecno-burocracias libermanistas o "tecno-estructuralistas" galbraithianas; deja así el pueblo trabajador de ser el protagonista activo de la historia, de la economía y de la política.

Los economistas radicales norteamericanos, impregnados ideológicamente por Galbraith, sobre la creciente importancia de los intelectuales en el "Nuevo Estado Industrial", rechazan la idea del mercado, quizá porque de existir éste, como instrumento del socialismo de autogestión y de ajuste automático económico, dejarían asi las "élites" del saber de detentar el Poder mediante la planificación tecno-burocrática.

El mercado, en si, no es malo ni bueno sino lo malo o lo bueno de él reside en quien lo controla: si facilita el intercambio socialista de bienes y servicios cumpliéndose la *ley del valor-trabajo*, que es la de la solidaridad y de la equidad económica, cosa que no sucede en la economía capitalista regida o dominada por los monopolios o en una economía estatizada, controlada por las burocracias totalitarias, a fin de que los trabajadores no superen el trabajo asalariado bajo el Estado-patrón.

En Yugoslavia, con socialismo de autogestion, funciona el mercado socialista: "... los bienes materiales se producen, en principio, para el intercambio, es decir la venta, que en condiciones normales las relaciones mutuas entre productor y consumidor se establecen en el mercado, como relaciones de vendedor y del comprador y que el mecanismo de la oferta y de la demanda forman los precios, que en determinadas condiciones equilibra las posibilidades productivas de la sociedad (oferta) con sus necesidades (demanda), en lo que atañe a una determinada clase de producto, de mercancía. De acuerdo con esto, los trabajadores y sus organizaciones de trabajo asociado tienen que seguir los cursos del mercado interno y externo y adecuar su actividad a sus exigencias, tanto a en lo que atañe al volumen como a la estructura y la calidad del producto" (1).

Al dejar circular los bienes y servicios producidos por el trabajo asociado, dentro de un mercado sin especuladores, sin capitalistas ni mercaderes usurarios, los trabajadores son dueños de sus productos y de realizarlos en el mercado, no el Estado dueño de todo y de todos, a fin de que la democracia económica, en la base, permita la creación de una administración más de las cosas que de los hombres, una Federación y no un Estado clásico, opresor y explotador. He ahí lo que parecen no haber comprendido los economistas radicales norteamericanos que, el proponerse la planificación y la supresión

1 Autogestión socialista yugoslava. —Nociones fundamentales. Ediciones CAS. Belgrado, 1980. pp. 188-189.

del mercado, caen así en lo que quisieran evitar: el centralismo, el burocratismo, el totalitarismo.

La crítica de los economistas radicales norteamericanos sobre la propiedad privada de los medios de producción y del mercado capitalista como un negocio de los monopolios es correcta, pero el mercado, si es abolida la propiedad privada de los medios de producción entregándolos a los trabajadores en forma de empresas autogestionarias, deja de ser un mercado especulativo; es autorregulador espontáneo —sin crisis— de la ley de la división social del trabajo, mediante la armonía de las ramas de producción o de servicios, ya que los trabajadores en sus empresas autogestionadas tienen asegurado su derecho al trabajo (plena ocupación efectiva).

Sin embargo, una sana competencia socialista en cantidad y calidad de productos para los consumidores que en el mercado se deciden cada día por lo mejor y más barato, obliga a todas las empresas a producir en competencia; a los autogestores a no comerse el capital, a seguir invirtiendo, a tener mejores equipos de producción, a incrementar la productividad de su trabajo, a exportar en competencia a los mercados internacionales para ganar divisas solventes con las cuales pagar las importaciones de materias primas, energía inorgánica, patentes novísimas, maquinaria automatizada; en fin, convertir a sus empresas en laboratorios de investigación, en escuelas-fabricas donde se trabaje y se aprendan todos los secretos de la industria; a fin de que todos sepan hacer todo, para borrar la división del trabajo entre manual e intelectual, entre no calificado y técnico, entre ejecutado pasivamente y dirigido burocráticamente.

La existencia de un mercado socialista autogestionario no se opone, sino que se complementa, económica y tecnológicamente, con un plan nacional de desarrollo económico y tecnológico, donde se programa la economía nacional a corto mediano y largo plazo, a fin de no dejarlo todo librado a la improvisación o a la espontaneidad del proceso económico. La *planificación económica democrática* debe procurar la amplia participación de los trabajadores y de los ciudadanos en sus municipios y regiones; pero desde abajo hacia arriba, desde los planes de las empresas autogestionarias hasta el Plan Económico Nacional; y no, desde arriba para abajo, como sucede en países de socialismo burocrático, donde el pueblo produce pero no participa en la gestión de sus empresas ni en el reparto del excedente económico producido con su trabajo en ellas.

ANTINOMIAS ECONOMICAS DEL CAPITALISMO

La *desalienación* del hombre asalariado (dependiente del capital privado o de Estado, que él produce pero que se le escapa de las manos, porque hay clases dominantes o parasitarias) sucederá en la historia de la humanidad el día en que la economía sea autogestionaria, desaburguesada y desburocrati-

zada, diáfana en sus relaciones de producción, consumo, cambio y distribución.

Las leyes económicas se buscarán sus propias determinaciones, independiente del estado de conciencia y de la voluntad de los economistas, de los capitalistas, de los estadistas o de las burocracias, mientras el capital no esté al servicio del trabajo para potenciarlo, tecnificarlo y liberarlo.

Si el capital es trabajo pasado acumulado, pero desposeído de él el trabajador para dominarlo en vez de liberarlo, el proceso económico, social y político no irá hacia una sociedad mejor sino quizá peor, ya que las *antimonías* entre el capital y el trabajo crean una sociedad conflictiva, bélica, proclive a las crisis económicas, convirtiendo así la riqueza en causa de miseria, tan sólo por mantener los intereses egoistas de las clases y las naciones dominantes.

Las categorías económicas, mientras no haya una economía autogestionaria universal, serán antagónicas unas respecto de otras, no porque ello esté en sí en ellas, sino porque la sociedad es así de clases antagónicas, o de naciones imperialistas o hegemonistas unas con relacion a otras. Mientras no sea instaurada una economía autogestionaria universal, las categorías económicas serán contradictorias, como puede apreciarse en el cuadro siguiente:

CUADRO DE CATEGORIAS ECONOMICAS
CONTRADICTORIAS DEL CAPITALISMO

Factores dialécticos en que cada categoría es opuesta a otra

– OFERTA: (si aumenta)	DEMANDA: (no es igual)
– CAPITAL CONSTANTE: (crece)	CAPITAL VARIABLE: (decrece)
– SALARIO: (aumenta)	PLUSVALIA: (disminuye)
– VALOR DE USO: (un producto abunda)	VALOR DE CAMBIO: (disminuye)
– MERCANCIA: (aumentan las unidades de ella)	PRECIOS: (bajan)
– DINERO: (se hace escaso)	INTERES: (sube)
– POBLACION: (decrece el capital por persona)	EMPOBRECIMIENTO: (crece)
– TRABAJO (aumenta la productividad de él)	DESOCUPACION: (aumenta)
– BURGUESIA: (disminuye, en número, pero más rica)	PROLETARIADO: (crece)
– PROSPERIDAD: (aumenta sin contrapartida de expansión en el consumo)	CRISIS: (detiene el auge)
– INVERSION (aumenta la tasa de)	CONSUMO POPULAR: (decrece)
– COMPETENCIA: (abierta)	MONOPOLIO: (tiende a anular la competencia)
– CAPITAL: (aumenta, se moderniza, automatiza)	GANANCIA: (disminuye por unidad de capital)
– PRODUCCION ES SOCIAL: (en cuanto a cooperación de los trabajadores en las fábricas)	APROPIACION: (es individual)
– PRODUCCION ES MUNDIAL (mercado es mundial, multinacionales)	NACIONES SUBDESARROLLADAS: (pierden su independencia económica y se empobrecen)

Tales son, entre otras, las principales contradicciones económicas del modo capitalista de producción. El capitalismo de Estado puede suprimir o atenuar algunas de ellas, pero no superarlas definitivamente, como evidencia la crisis en la URSS. Sólo el socialismo autogestionario supera las contradicciones capitalistas: pero no limitándose a la escala nacional, sino instaurado

en todo el mundo, no en una sola nación, sino en todas partes como nuevo modo de producción.

La dialéctica de estas categorías económicas contradictorias prueba que el capitalismo es un régimen extremadamente contradictorio: se basa en la propiedad privada de los medios de producción, en la producción social y la apropiación privada, en el capital dominando al trabajo, en antimonias que hacen del capitalismo una categoría histórica perecedera, no un régimen eterno, como lo pretenden los economistas burgueses y tecno-burócratas.

Las entidades contradictorias salario-plusvalía, capital constante-capital variable, inversión-ahorro, competencia-monopolio, burguesía-proletariado, trabajo-capital, valor de uso-valor y de cambio, sólo prueban que el capitalismo privado o de Estado tienen un devenir histórico perecedero por la propia dinámica de sus contradicciones. En estas entidades contradictorias, se opera un desarrollo desigual entre sus dos polos constutivos; pues lo particular tiende a lo general, lo pequeño a lo grande, lo inferior a lo superior, lo dominado a lo dominante, lo determinado a lo determinante. Tal es la ley del devenir dialéctico contrario a la inmutabilidad de los seres, las sociedades y las cosas; aunque los economistas dogmáticos no lo crean así con sus ideologías anacrónicas.

El paso del Estado capitalista al autogobierno social es una necesidad histórica para resolver contradicciones e injusticias y para utilizar fuerzas productivas que, sin crisis y sin guerras, ya no puede absorber el capitalismo. La degradación económica del capitalismo, más su degeneración política moral y cultural, lo condenan a perecer, por la misma dialéctica con que el feudalismo agotó su existencia histórica, política, económica y social.

No es posible que perdure un régimen de producción y de distribución que tiene necesidad, para perpetuarse, de hacer guerras locales o mundiales, destruir enormes masas de riquezas (crisis económicas), desemplear a millones de obreros, subsidiar a los campesinos para que no siembren demasiado trigo, a fin de mantener altos los precios de los granos. No se explica que puede mantenerse un sistema en que decrece, el número de burgueses (cada vez más ricos) mientras aumenta concomitantemente el número de proletarios, de asalariados.

El capitalismo es superado por su propia dinámica económica: a medida que aumenta la masa de *capital constante* (máquinas, energía mecánica, etc) disminuye paralelamente el *capital variable* (fondo de salarios). Ello produce *paro tecnológico,* lo que prueba la imposibilidad para el capitalismo de digerir su propio progreso económico sin crisis económicas, huelgas, guerras civiles, luchas de clases. Por consiguiente, la pacificación de la sociedad requiere su auto-organización como democracia asociativa, libertaria, directa, autogestionaria.

El capitalismo está al borde de su final histórico: la competencia mercantil, que era su ley de oro, se ha transformado en su contrario: monopolios, "trusts", "cárteles", "pools". Consecuentemente, la libre competencia interna-

cional en el mercado mundial ha producido un falso internacionalismo, que ha conducido a las guerras imperialistas, por el reparto de los mercados y de las riquezas naturales de los países subdesarrollados, bajo el signo del imperialismo o del hegemonismo.

Para salir de las crisis económicas y de las guerras imperialistas, hay que expropiar a los expropiadores burocráticos o burgueses mediante el socialismo de autogestión y la propiedad social.

Si el capital privado no es socializado, la humanidad puede verse envuelta por ello en grandes guerras, siempre más mortíferas que una revolución social que, al instaurar el socialismo de autogestión, acabaría con las guerras y luchas de clases, con el mal inherente a lo inhumano en la historia.

El dilema de nuestra época es: paz, con socialismo de autogestión en el mundo, o auto-destrucción de nuestra civilización por no resolver a tiempo las contradicciones económicas, políticas y sociales que lo conducen al apocalipsis, dejando que hagan la historia el hegemonismo y el imperialismo que, con armas atómicas, pueden destruir la civilización.

Mientras el pueblo no se interese directamente por conducir la economía, la política, la administración, la cultura, la ciencia, la información y la revolución científico-tecnológica, todas las revoluciones serán ideológicas, pero no lógicas: ideales, pero no reales: donde lo único que cambiará será la clase dominante de turno en el Poder, quedando así irridento el proletariado creado por el capitalismo.

Si las categorías económicas son antagónicas, como hemos visto en el cuadro anterior, ello sucede porque lo antagónico no son las categorías del pensasamiento económico sino las clases sociales, el sistema socio económico universal, ya que, en una sociedad antagónica, para que unos ganen otros tienen que perder. Así, por ejemplo, para que mejore la situación de los países imperialistas o hegemonistas, tiene que bajar el precio internacional de las materias primas exportadas por los países subdesarrollados. En este orden de ideas, cuando sube el tipo de interés en Washington o en Londres, aumentan las deudas externas (por alza de los intereses debidos) en los países afro-asiáticos y latinoamericanos.

Si el mundo fuera uno, con desarrollo paralelo y proporcionado, sin "cartel" del petróleo, sin monopolios multinacionales, a favor de unas naciones y en contra de otras; si hubiera un federalismo universal, teniendo como basamento el socialismo (sin hombres pobres ni ricos, sin países ricos ni pobres, invirtiendo en la producción de alimentos lo que ahora se gasta en la producción de armamentos), la paz sería perpetua ¡Qué difícil es para el hombre llegar a la edad de la razón!

En cambio para los economistas la prosperidad depende de que se adopten sus fórmulas mágicas: "libre empresa", "libre mercado" y "no intervención del Estado" en los asuntos económicos, pero manipulando mecanismos monetarios, crediticios, cambiarios y la tasa de interés bancarios, según los intereses de la burguesía. En este sentido, se expresan economistas como Liber-

man, Hayet, von Mises y otros. Al contrario, para los dirigistas y los planistas la prosperidad, la plena ocupación y el progreso económico, dependen de orientar la economía con intervención del Estado, suprimir el mercado por mecanismos de planificación centralizada o indicativa, sustituir la libre empresa por la empresa pública y entregar la condución de la economía a la "tecnoestructura dirigente" que lo hace todo y lo sabe todo en beneficio de todos, aunque más bien sea en provecho de millones de tecno-burócratas surgidos al calor de la economía dirigista (keynesiana) o de modelo soviético. En este orden de ideas, cabría destacar las posiciones doctrinales de Keynes, Schumpeter y Galbraith, como los más representativos, en Occidente y a Liberman, en Oriente, que propone atenuar la planificación centralizada dando más libertad a los directores de las empresas soviéticas. En realidad, todos ellos, sin decirlo, estarían de acuerdo con la "revolución" de los directores o "managers", según la doctrina tecno-burocrática de James Burnham, ideólogo de los "yuppies".

Pero lo que realmente no se han dado cuenta estas escuelas económicas es del hecho de que las contradicciones económicas, que hemos indicado en el "cuadro de categorías económicas contradictorias del capitalismo", no se resuelvan con fórmulas mágicas económico-matemáticas, hecha abstracción de la infraestructura de clases antagónicas, de las formas de propiedad y de Estado, de la entropía económica creciente del sistema económico burocratizado y de que, en fin, mientras no exista una economía autogestionaira no se resolverán con fórmulas matemático-económicas o con rigurosa planificaciones centralizadas, lo que el pueblo puede y debe resolver gestionando sus empresas, su autogobierno, sus asociaciones de economía social, cultural, científica e informativa en la sociedad auto-organizada, desaburguesada y desburocratizada. Unicamente así saldríamos, de una vez por todas, de la crisis económica, política y social inherente a un sistema que ya no funciona ni con Friedman, ni Galbraith, ni Liberman.

LA SOCIEDAD POST–INDUSTRIAL

La *sociedad post-industrial* (en la cual se habían puesto tantas esperanzas, con sus creciente productividad, sus megalópolis, su consumo de masas, su prosperidad, su relativa ocupación) se va viniendo abajo. Especialmente en los países escandinavos, Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Holanda, Japón, Bélgica, Dinamarca, Francia, Holanda, España, Italia, quizá porque creció más la inflación que la producción, los impuestos más que el producto interno bruto, la deuda pública más que el ingreso fiscal, el ahorro menos que la necesaria tasa de acumulación y de inversión de capital.

El *equilibrio de clases,* la armonía social, la conciliación de los conflictos sociales, la distribución de la renta nacional para igualar, en lo posible, los ingresos personales mediante un Estado-benefactor, inspirado en la ideología social-demócrata o social-cristiana, tuvo su "edad de oro" en las décadas

1960-70, entrando en el periodo de las "vacas flacas" a partir de 1973, cuando comenzó la crisis energética mundial: preludio de una gran depresión acumulativa y de mayor alcance que la crisis de 1929-33.

El modelo de desarrollo económico, con el Estado como epicentro de la economía, ha generado, en el curso de unas décadas, una frondosa burocracia que derrocha el excedente económico, consumido improductivamente en su mayor parte. Ello genera inflación desocupación, déficit insondable en las finanzas públicas, devaluaciones monetarias, incremento de la deuda interna y externa (¿yendo así hacia una crisis económica sin salida en los finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI?).

Hay, pues, que cambiar el modelo de desarrollo económico, dando más participación a la sociedad y menos al Estado; desburocratizar la administración pública; abolir controles económicos, financieros, cambiarios y crediticios del Estado; auto-organizar a los consumidores en grandes empresas autogestionarias de pueblos, villas y barrios; desarrollar la agricultura en base a la constitución de complejos cooperativos integrados; autogestionar las industrias con consejos de empresa donde se asocien el trabajo, el capital y la técnica; convertir muchos servicios sociales y públicos en cooperativas o empresas autogestionarias; armonizar las economías nacionales mediante federaciones de industrias, de producción o de servicios, convergiendo en un Consejo de la Economía Social (CES); constituir los autogobiernos locales, comarcales, regionales, federados en un *cogobierno nacional,* con menos burocracia y más computadoras, con delegados directos al CES y no con profesionales de la política (ministros, directores, diputados...).

La "sociedad post-industrial", que todo lo que produce quiere consumirlo rápidamente, promueve las ventas mediante la magia de la publicidad. Así se consume por consumir obligando a que el sujeto asalariado se comporte como un objeto, como mercancía entre las mercancías, como si el ser para sí fuera para otro (alienación del ser por la cosa).

La prensa y la TV deben crear, con capitalismo, la imagen de un hombre medio, con vida cotidiana intranscendente, separada de las demás vidas de la sociedad, a fin de que no se produzca la rebelión de los oprimidos contra los opresores, si aquéllos llegaran a descubrir en éstos las causas económicas, políticas y sociales de su conciencia desdichada (alienada).

En la sociedad de consumo organizada por quienes la dirigen, el hombre consumidor debe ser conformista, condicionado (sin darse cuenta de ello) por los objetos que el fabrica, pero que se los apropian y venden los capitalistas. De esta manera, el productor desposeído de sus medios de producción, asalariado por el capital, produce todas las bolitas del juego capitalista, pero sólo recibe algunas de ellas, para que el juego siga durando.... Así el que produce bajo un sistema de trabajo enajenado, no autogestionado, reproduce, sin saberlo, el sistema de su alienación.

Ideólogos, filósofos, periodistas, sacerdotes y otros que alienan al pueblo con doctrinas de dominación de las mayorías por las minorías, emplean mi-

llones de toneladas de papel y de tinta para mantener al hombre alienado, sometido al imperio de las necesidades, sin disfrute de la libertad económica y política.

Mientras el productor sea un juguete de las fuerzas económicas, que él mismo ha creado, pero que no controla directamente, toda democracia será una dictadura mistificada. Donde el trabajo asalariado no sea superado por el trabajo asociado o autogestionado, el hombre no será el sujeto de la historia, sino animal de consumo de mercancías, convertido el mismo en mercancía, su cuerpo y alma. Sin superar la *alienación del ser por la cosa,* mediante una información democrática, el hombre-mercancía nunca será libre con su conciencia desdichada, más que a condición de instaurar una economía autogestionada, socialista y libertaria.

Hay que renovar la *vieja política:* su división de poderes tradicionales es anacrónica; pues en su estructura sólo gobierna la burguesía (en la economía) y la burocracia (en las finanzas públicas, la judicatura, las fuerzas armadas, los estamentos sindicales, los partidos políticos); pero ello excluye al pueblo de la cosa pública. Sólo la demoocracia directa, la autogestión, la cooperación, la más amplia participación popular en todo, puede sacar a nuestra sociedad de la profunda crisis en la que la han metido las burguesías monopolistas y las burocracias totalitarias. Pues si la crisis es repartida entre todos, así, entre todos, será resuelta.

Las ideologías expresan las aspiraciones de los dirigentes de los partidos o de las organizaciones que quieren administrar el Poder como cosa propia, haciendo del Estado su Olimpo colocado *sobre* la Sociedad oprimida y explotada.

El hombre debe expresar su ser genérico: sin diferencias de clases, castas, razas, naciones o regiones, religiones o filosofías. Al hombre para ser universal, hay que darle, si es productor directo, la gestión directa de sus empresas, sus cooperativa, sus servicios sociales, el derecho a los productos de su trabajo y al reparto del excedente económico de su empresa, instaurando un socialismo libertario.

Para que el hombre sea libre, en la Sociedad auto-organizada y no bajo el Estado-patrón, tiene que gozar de atributos esenciales: iguales derechos y deberes; igualdad de condiciones y de oportunidades; libertad económica y política; derecho al trabajo; educación generalizada; pues sin educación no hay participación del pueblo en nada; sin el saber para el pueblo, siempre tendrá el poder la burocracia, la burguesía, las clases dominantes.

Las empresas autogestionarias, las cooperativas, las mutualidades, los servicios sociales y públicos comunitarios, las grandes empresas autogestionadas, las federaciones por ramas de producción o de servicios, permiten que el pueblo participe directamente en su auto-gobierno económico, administrativo y político. Tal sería el más barato de todos los gobiernos: desburocratizado, convertido en sociedad auto-organizada; sería así el verdadero gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Y esto, en el siglo XX, no es utopía sino realidad, ya que la llamada so-

ciedad post-industrial, con su gran desarrollo económico y tecnológico, con los ordenadores y los "robots", con las cadenas de producción automatizadas o semi-automatizadas, crea tal cantidad de fuerzas productivas que éstas no caben, sin crisis y sin guerras, sin conflictos sociales y guerras civiles, en el estrecho marco político, económico, jurídico y social del capitalismo privado o de Estado. En este sentido, la natural evolución de la sociedad post-industrial no es la economía dirigida por tecnócratas, según Keynes, Schumpeter y Galbraith, ni el neo-liberalismo de Friedman, Hayet y Mises, ni la tecnocracia de los directores, de Liberman, sino la economía autogestionaria y la sociedad libertaria auto-organizada.

La sociedad post-industrial, según la definen los sociólogos y economistas de los países industrializados, pareciera que ha llegado al máximo de desarrollo económico y tecnológico, aunque todavía está en el comienzo de la automatización del trabajo, de la civilización de los ordenadores y de los "robots", de los cuales los países industrializados apenas cuentan con unos millares, como puede verse en el cuadro siguiente:

POBLACION DE ROBOTS POR PAISES

Países	1970	1974	1977	1978	1985
Suecia	100	160	600	–	3100
Alemania occidental	–	113	–	700	8800
Gran Bretaña	–	136	–	–	3208
Italia	–	93	–	350	4000
Estados Unidos	200	1200	2500	7000	20000
Japón	–	–	–	–	70000

FUENTE: Syntec/Industry.

Hacia finales del año 1983, el total de "robots" autónomos, que aprecian su entorno y se adaptan de una manera autónoma, era de 13.000 en Japón, 6.250 Estados Unidos, 3.500 Alemania occidental, 1.300 Suecia, 1.152 Gran Bretaña, 950 Francia y 790 Italia.

El precio de los "robots" más sencillos era de 8,5 millones de yens, pero los más complicados e inteligentes, se vendían a 16,8 millones de yens, precios de 1983. A diferencia del hombre, sin embargo, sólo pueden realizar tareas aisladas: soldadura por puntos, manuntención de materiales, pintura a pistola y otras tareas no integradas en las cadenas de producción en serie donde el hombre todavía es insustituible, pues el "robot", por más maravilloso que se lo presente, no tiene la conciencia, la voluntad y el albedrío del hombre. Pero, si según parece, algunas empresas robóticas del Japón se disponen a que los "robots" fabriquen a sus semejantes se produciría así una ley de la herencia sólo atribuíble a los seres vivientes. Así, pues, si se multiplicara la población robótica aumentaría el paro obrero, habría menos contribuciones a la Seguridad social y, en consecuencia, la automatización del trabajo

sólo sería asimilable, sin traumas económicos y sociales, en una economía de interés social, no individualista ni estatista, es decir, en la economía autogestionaria. Es necesario que todo lo que se gane en productividad por la informatización y el empleo de una nueva generación de máquinas telecomandadas por ordenador, no produzca más perjuicio que beneficio creando una desocupación en masa y, quizá peor aún, utilizando la gran productividad alcanzada por las máquinas de control numérico, para que crezca la burocracia y la tecnocracia supernumerarias, que consumirían improductivamente el excedente económico, apropiado para realizar, plenamente, la sociedad autogestionaria: sin clases, sin explotación del hombre por el hombre, con socialismo y no con capitalismo privado o de Estado.

La sociedad post-industrial, con capitalismo monopolista o con capitalismo estatista, que utilizan el *excedente económico* conseguido por el trabajo automatizado en beneficio de las burguesías nacionales o multinacionales o de las burocracias totalitarias, no conduce ni a la paz ni a la prosperidad, a la plena ocupación, al bienestar para todos, sino a la sociedad mercantil capitalista en beneficio de las empresas que monopolizan el mercado con sus campañas de publicidad masiva, que tratan al hombre como animal de consumo despolitizado.

Al aumentar la tecnificación de la producción mediante la informatización en casi todos los dominios de la producción y de la administración, al crecer la población de "robots" y el número de ordenadores, al automatizarse cada vez más el trabajo simple como trabajo informatizado, afluyen a las empresas modernas, no trabajadores poco calificados, buena parte de ellos provenientes del campo, sino trabajadores calificados, técnicos, especialistas, formados en escuelas técnicas y en universidades, un *proletariado tecnológico* que es capaz de gestionar las empresas directamente sin la mediación onerosa de las burguesías del Oeste o de las burocracias del Este: unas, enquistadas en la economía de propiedad privada; otras, en la propiedad estatizada. Para superar estos sistemas de clases, que no superan los antagonismos sociales ni garantizan la prosperidad y el trabajo para todos, el proletariado de la sociedad post-industrial tiene que liberarse por medio de la propiedad social, de la democracia directa, de la autogestión de las empresas en la agricultura y en los servicios sociales y públicos, pues sin autogestión no hay liberación del hombre. La automatización del trabajo no la asimila, sin producir grandes crisis económicas y sociales, el capitalismo privado o de Estado, sino el socialismo de autogestión.

Bajo el signo de la sociedad post-industrial se ha incrementado, gracias al aumento constante de la productividad del trabajo en la industria y la agricultura, el número de empleados, burócratas de todo tipo, funcionarios, "cuellos blancos", profesionales improductivos que han incrementado aceleradamente la banda porcentual de la clase media respecto de la clase obrera y de los campesinos.

Como en países muy industrializados y de gran mecanización de su agri-

cultura se necesita siempre menos cantidad media de trabajo socialmente necesario para producir una unidad de producto industrial o agrario, se puede así aumentar, paralelamente con el acrecentamiento de la productividad, la burocracia improductiva de toda clase. Por consiguiente, la creciente productividad del trabajo no beneficia a sus creadores, a los trabajadores, sino a los capitalistas-empresarios y a la clase media intermediaria entre la burguesía y el proletariado, en el Oeste, y a la burocracia y a la tecnocracia, en el Este, o en países de socialismo administrativo, de economía centralmente planificada.

En el Occidente, la sociedad post-industrial no termina con la inflación, la desocupación, el incremento de los impuestos, sino que estos males se acrecientan con la instauración del *Estado-providencia,* que se apropia, en algunos países, más del 50% del producto interno bruto (PIB). Así el Estado-benefactor, instrumento político de las clases medias profesionales, que se presentan como populistas contra los capitalistas, se constituyen en las usufructuarias de ese Estado, no del pueblo sino de la clase política proveniente de la clase media, y que se queda con el Poder en nombre del pueblo; pero, a la larga, contra el pueblo ya que el Estado-protector sólo protege a quien lo monopoliza: las burocracias políticas y administrativas que hablando en socialistas o populistas proceden en capitalistas.

Si la sociedad post-industrial deja crecer las clases medias parasitarias a un nivel prohibitivo, el Estado será cada vez más malo y más caro, tragándose la mayor parte del excedente económico producido en las industrias y la agricultura. Pero puede llegar un tiempo en que aumente tanto los impuestos y la emision de papel-moneda insolvente que no quede capital noble para inversión, para producir bienes concretos, en cuyo caso lo que produciría el impuesto excesivo no podría reproducirse económicamente, ya que el Estado no puede quedarse con todo el beneficio, ni en un sistema de capitalismo privado ni de Estado.

El *Estado-patrón,* en el Este, y el *Estado-providencia,*en el Oeste, ya sea como exponente del modelo soviético o del modelo sueco, tiende a confiscar la mayor parte del excedente económico producido por el trabajo asalariado, nunca renumerado en proporción de su productividad, en función de cada vez mayor automatización de la producción en la agricultura, la industria y los servicios. A pesar de este gran progreso económico y tecnológico, del empleo de los ordenadores electrónicos, que conectados a terminales sustituyen a gerentes, tecnócratas y burócratas, el *funcionariado* en el aparato del Estado y en la administración de las empresas, no disminuye proporcionalmente al incremento de la automatización de las tareas burocráticas. De esta manera, se consume improductivamente una gran parte del excedente económico de bienes, que deberían ser invertidos, en forma de capital social, para acelerar el progreso económico y tecnológico a fin de que los trabajadores, con pocas horas dedicadas a la producción, crearan una *economía de abundancia,* dejándoles mucho tiempo de trabajo libre para su permanente

educación tecnológica, científica y cultural. Así, sin duda, se crearía un *trabajo homogéneo* que sería igualmente remunerado para todos, teniendo todos igualdad de condiciones para ser elegidos a todos los cargos rotatorios, dentro de un sistema de democracia industrial autogestionaria, en las empresas, y de democracia política directa, en los autogobiernos locales,regionales, nacionales o mundial, según la situación o la época.

La llamada sociedad post-industrial, que nos parece poco lógico el concepto, ya que la industrialización nunca será *post,* pues hasta la total automatización de la producción, del trabajo manual y mental, siempre habrá posibilidad de avanzar en el constante incremento de la productividad del trabajo.

Las naciones que más progresen en su acelerada reconversión industrial, en progreso científico y tecnológico, podrán competir ventajosamente en el mercado mundial; serán más poderosas estratégica y económicamente; contarán con monedas sólidas y convertibles mundialmente; acumularán reservas de divisas; dispondrán de grandes masas de capitales para inversión y desarrollo; ocuparán, en fin, la vanguardia del progreso económico y tecnológico. Si los países del Este no pudieran responder a estos desafíos, si es más lenta que en el Oeste la revolución científico-tecnológica del Este, no se justificarían éstos históricamente y, a corto o largo plazo, serían superados sus regímenes políticos. Pues la historia no hace distingos ideológicos, se plantea sólamente lo que es necesario que suceda por evolución o por revolución, tanto en Oriente como en Occidente, en el Norte como en el Sur.

Pero bajo el capitalismo de monopolios, en Occidente, y de monopolio total de todo y de todos, en Oriente, la revolución científico-tecnológica, en su forma más avanzada de sociedad post-industrial, no conduce a la *liberación del hombre,* sino a generalizar la alienación de éste por las falsas ideologías de su redención, por el fetichismo de la mercancía y del dinero como instrumentos de su dominación.

La ciencia y la técnica, como poder de las clases explotadoras de los trabajadores, o como poder imperialista de las grandes potencias del Oeste o del Este, a pesar de las maravillas de las máquinas automatizadas, no garantizan la prosperidad, la libertad y la emancipación del hombre, precisamente porque actúan dentro de una sociedad de clases sociales antagónicas y de bloques opuestos de naciones consorciadas para la guerra en la OTAN o en el Pacto de Varsovia. Los prodigios de la ciencia y de la técnica, con la informatización de las máquinas de paz, también crean armas de destrucción total como la bomba atómica, de gas letal y de bacterias de exterminio masivo. Por otra parte, la colocación de satélites artificiales en el espacio exterior de la Tierra hace posible la "guerra de las galaxias" mediante misiles inteligentes, equipados con láser de alta energía. En el mismo sentido, se puede situar en el espacio extraterrestre bombas atómicas orbitales.

Y la verdad es que el acero no tiene la culpa de convertirse en cañón, fusil o ametralladora, ni el átomo en bomba atómica, ni los productos químicos

y las bacterias en armas de destrucción masiva del género humano, la culpa la tienen las potencias imperialistas o hegemonistas y una sociedad dividida en clases sociales antagónicas, cuyo progreso económico y tecnológico ya permitiría superarlas, creando una sociedad libertaria universal, pues es anacrónico que en la época en que un satélite artificial da la vuelta a la Tierra, en menos de una hora, todavía tengamos las fronteras nacionales de cuando el hombre iba a pie, en burro o en carro y diligencia.

Nuestro mundo debe ser uno o no será ninguno, aboliendo las clases sociales antagónicas, las naciones-estados, los pobres y los ricos entre clases o naciones, las desigualdades en el saber y el tener, a fin de que superemos, de una vez por todas, el capitalismo monopolista de Occidente y el capitalismo de Estado totalitario, en Oriente.

A fuerza de tanto progreso tecnológico y económico, tenemos paradójicamente millones de seres humanos hambreados en los países del Tercer Mundo, millones de desocupados privados de su derecho al trabajo porque la reconversión industrial entre las naciones conduce, bajo el capitalismo, a la creación de paro tecnológico que, en 1989, ascendía, en los países de la OCDE, a unos 31 millones de personas sin empleo y a muchos millones más en el Tercer Mundo, donde falta capital de inversión para promover el progreso económico y tecnológico con plena ocupación laboral. Sin embargo, todos los años los países más industrializados gastan cerca de un billón de dólares en sus presupuestos militares: un derroche de riquezas inútiles para que siga durando el capitalismo con una *economía de escasez*, cuando ya podríamos, con socialismo libertario autogestionario, vivir en la abundancia en una sociedad pacífica, libre y sin clases antagónicas. Por otra parte, los países del Tercer Mundo, el 75% de la población mundial, viven en la miseria, hambreados y analfabetos, habiendo acumulado, en 1989, en sus relaciones económicas desiguales con los países capitalistas avanzados, una deuda pública externa de un billón trecientos mil millones de dólares, de la cual no pueden pagar ni siquiera los intereses.

He ahí el mundo que nos toca vivir: amenazado por las guerras mundiales, por las crisis económicas y las luchas de clases que si no las superamos, con la instauración de una sociedad libertaria basada en el autogobierno y la propiedad social, nos conduciría, posiblemente, a una hecatombe económica, ecológica, de agotamiento masivo de recursos naturales, de contaminación del aire, la tierra y el agua y, finalmente, si no nos liberamos de los bloque militares imperialistas o hegemonistas, podríamos ir a una guerra de nivel nuclear que nos devolvería a la época de las cavernas ¡He ahí la prodigiosa ascención del "homo sapiens"! ¡Qué fiasco el de nuestra civilización! Tan sólo por conservar el capitalismo de monopolios multinacionales o de monopolio total de Estado, ya sea en el Oeste o en el Este !Ha llegado, pues, el tiempo de la acción y del *pensamiento* unidos, no para interpretar especulativamente un mundo malo, sino para transformarlo en uno mejor para todos los hombres, sin distinción de clases, razas, naciones o religiones!.

Permanecer en el inmovilismo, del pensamiento y de la acción, siendo el pueblo trabajador pasivo ante el capitalismo de la era nuclear, es exponer a toda la humanidad a su autodestrucción por no haber sabido emplear a tiempo una revolución libertaria para evitar la guerra total y la injusticia social.

BIBLIOGRAFIA

FRIEDMAN, M.

Libertad de elegir. Edit. Grijalbo. Barcelona, 1979. Obra escrita en colaboración con su esposa, Rose Friedman. Se trata de un libro "hacia un nuevo liberalismo" o un "anarquismo burgués" de entre cuyas páginas nos parece oportuno citar estos párrafos:

"La experiencia enseña que, una vez que el sector público emprende una actividad, rara vez la termina, lejos de justificar las esperanzas, la actividad suele tender a expansionarse exigiendo la adjudicación de un presupuesto mayor, en vez del recorte o suspensión del mismo". (Obr. cit. p. 54).

"Pero nada nos impide, si queremos edificar una sociedad que se base esencialmente en la cooperación voluntaria para organizar tanto la actividad económica como las demás libertades; una sociedad que preserve y estimule la libertad humana, que coloque al Estado en su sitio, haciendo que sea nuestro servidor y no dejando que se convierta en nuestro amo". (Obr. cit. p. 61).

Friedman propone un nuevo liberalismo, con la menor participación del Estado y la mayor de la Sociedad. No admite la planificación centralizada soviética ni la programación económica de los tecnócratas de tipo J. K. Galbraith, opuestos al libre mercado, a la competencia económica, a la moneda neutra y al rol económico de la libre empresa. Friedman, la figura más destacada de la Escuela Económica de Chicago, es sin duda, el Anti-Galbraith de quien dice que se opone al libre mercado –él y sus seguidores–, porque si éste rige no les deja llevar a cabo sus reformas de centralismo burocrático. Pues con ellas el pueblo no puede obtener lo que quiere, sino lo que estos reformadores le dan verticalmente.

Sin embargo, a Friedman le falta visión de economía autogestionaria, de tal suerte que la plusvalía o el excedente económico se quede bajo la gestión directa de los productores, a fin de superar al capitalismo, por un lado, y al socialismo administrativo, por el otro. Pues Galbraith y sus tecnócratas del Oeste, no cuestionan la propiedad privada, ya que lo que quieren es succionar y distribuir la plusvalía, en el sentido de "suya es la vaca, pero yo la ordeño". En cambio, las burocracias del Este convierten la propiedad privada en propiedad del Estado, pero ellas se reservan la percepción y distribución de la plusvalía, sin dar a los obreros más que las migajas. En suma, la solución no es un capitalismo neo-liberal, un socialismo burocrático, sino un socialismo autogestionario, en que el trabajador sea autogestor de todo.

GALBRAITH, J. K.

El nuevo Estado industrial. Ediciones Ariel. Barcelona, 1972. Galbraith fustiga en este libro la economía clásica liberal-conservadora, a la cual hace responsable del desequilibrio económico, de la desocupación, por falta de planificación, de buenos métodos políticos, o sea,de la oportuna intervención del Estado como multiplicador o propulsor de la demanda.

"El sistema descrito en mi libro –dice– asocia el Poder con la organización, con la burocracia pública y privada" (...). "En la moderna sociedad industrial ejerce el poder decisivo la organización, no el capital, el burócrata industrial, no el capitalista. Así es en los sistemas industriales de Occidente. Y así es en las sociedades socialistas" (Obr. Cit. p. 19).

He ahí el pendsamiento de Galbraith mostrándose como el economista de la "tecnoestructura", en Occidente, y de la burocracia política, en Oriente. En este orden de ideas, Galbraith es el Anti-Friedman, el ideólogo de los "cuellos blancos", de las burocracias sindicales y políticas improductivas.

HAYET, F. A.

Los fundamentos de la libertad. fomento de Cultura Ediciones. Valencia, 1961. Se trata de una extensa obra donde el autor, aunque dando primacía a la ciencia económica, la refuerza en paralelo con la sociología y la política, dentro de una concepción neo-liberal. Al tratar del Estado, en el proceso económico, expresa sobre él esta dura crítica:

"La desconfianza con que se mira la manera como son administradas las empresas públicas

se halla sobradamente justificada. Es muy difícil asegurar que tales entidades serán gobernadas como las privadas: sólo cuando tal condición se cumpla, la estatificación, en principio, puede dejar de ser discutida. En el momento en que el gobernante utiliza cualquiera de sus poderes coactivos y particularmente las exacciones fiscales con vistas a ayudar a las empresas públicas, la estatificación se convierte en un auténtico monopolio. Para neutralizarlo sería necesario que todas las ventajas especiales, incluídos los subsidios a las empresas públicas, fueran también entregados a las entidades privadas en competencia. Es ocioso subrayar cúan difícil resulta a la administración satisfacer las condiciones mencionadas y como, por tanto, la general malevolencia contra las empresas estatificadas resulta considerablemente incrementada. Pero todo ello no quiere decir que en una economía libre no puedan operar tal tipo de empresas. Habrían de mantenerse dentro de límites estrechos, puesto que someter al control discreto del poder público un sector excesivamente extenso de la actividad mercantil puede significar un peligro real para la libertad. Ahora bien, no nos oponemos en este lugar a la socialización de las empresas, sino al monopolio estatal". (Obr. Cit.p. 387).

La empresa autogestionaria, dentro de la propiedad social y la libertad de mercado socialista, que no es una empresa estatal, sin duda pueden resolver los inconvenientes del monopolio estatal o del capitalismo de Estado. En este orden de ideas, el dilema económico-social de nuestra época no sería capitalismo privado o capitalismo de Estado, liberalismo o dirigismo, sino capitalismo o socialismo autogestionario. Así desaparecerían las clases dirigentes parasitarias, burguesías y burocracias; si la parte de excedente económico que éstas consumían improductivamente fuera invertida, en las empresas autogestionarias, el crecimiento económico sería mayor, más acelerado, que con capitalismo privado o de Estado. La liberación del trabajo y del hombre no se alcanza con un liberalismo reformado, sino con un socialismo autogestionario, no abstracto, sino realizado en la práctica: directamente por los trabajadores.

KEYNES, J. M.

Teoría general... Es el libro de cabecera de los economistas tecnócratas y de toda clase de políticos reformistas de la segunda guerra mundial, inmediatamente antes y después de ella.El éxito de la teoría económica keynesiana es que prometía la prosperidad y el pleno empleo, dentro del capitalismo, pero hipotecándolo en su conducción a la tecno-burocracia: nueva clase dirigente.

"Los fallos principales de la sociedad económica en que vivimos —dice Keynes— son su incapacidad para proporcionarnos plena ocupación y su distribución arbitraria y no equitativa de la riqueza y la renta" (...) "Los actuales sistemas políticos autoritarios parecen resolver el problema del desempleo a costa de la eficiencia y de la libertad" (...) "Quizá sea posible mediante un análisis correcto del problema curar el mal preservando la eficacia y la libertad". (Párrafo citado en Sistemas económicos y sociedad, por George Dalton, p. 101. Alianza Editorial. Madrid 1974).

He ahí unas palabras seductoras para todo reformista social-demócrata, intervencionista demo-burgués o para economistas de cátedra llamados a regir la economía, según los principios de la economía keynesiana. Hacer evolucionar el capitalismo, desde dentro, en el sentido de la plena ocupación, de la prosperidad ininterrumpida, teniendo prosperidad y libertad, era un desafío a la burocracia soviética, demostrándole que el capitalismo puede desarrollarse sin crisis, o con pequeñas recesiones, sin quitar a nadie la libertad política. Sin embargo, luego de medio siglo de dotrina keynesiana, en base al Estado-providencia, que empobrece a todos con la inflación, los impuestos y la desocupación, Keynes puede pasar ya a la historia de las doctrinas económicas, recibiendo un merecido réquiem.

LIBERMAN, Y. G.

Plan, beneficio y primas. Ediciones Ariel. Barcelona, 1968. Este ensayo está incluído en el libro intitulado, "Plan y beneficio en la economía soviética". Este autor dio mucho que hablar con sus tesis sobre la necesaria reforma económica en las empresas soviética. Y en este orden de ideas, Liberman expresa:

"Se puede afirmar con pleno fundamento que el sistema propuesto liberará a la planificación centralizada de la minuciosa tutela de las empresas, de los nocivos intentos de influir en la producción con medidas no económicas, sino administrativas. La empresa es mejor quien nadie conoce y puede valorar las propias reservas productivas. Pero no debe temer, trabajando bien, ponerse en una difícil situación al año siguiente.

"Todos los instrumentos fundamentales de la planificación centralizada –precios, financiación, presupuestos, contabilidad económica, grandes inversiones–, todos los índices de valor y los principales índices físicos de los ritmos y de las proporciones en la esfera de la producción y del consumo serán determinadas desde el centro".

"No hay duda –prosigue– de que los cálculos y las normas son necesarios, pero deben ser las empresas quienes los establezcan". (Obr. Cit. pp. 24-25).

En suma, Liberman propone una cierta autonomía en las empresas soviéticas, hacerlas menos dependientes del Gosplan y de los "sovnarjoses" (comités ejecutivos locales del Soviet, es decir, del PCUS). Por otra parte, estimular el trabajo asalariado con un sistema de primas valorado en razón de la cantidad y la calidad del trabajo aportado por los obreros. Las empresas han de funcionar dentro de un sistema de precios rentables para ellas, obteniendo beneficio, estando en interés de los consumidores, produciendo bienes rentables y rehusando los que no lo sean. En una palabra, convertir la empresa soviética en una entidad muy similar a las empresas del capitalismo desarrollado, pero sin capitalistas, con la tecnocracia colocada en sus direcciones, sin dar participación, en un sentido autogestionario, a sus trabajadores, dirigidas verticalmente por sus directores nombrados por el gobierno y no por los trabajadores, a fin de que, sin haber derecho de huelga, se alcance la máxima tasa de plusvalía lo cual es una ironía contra Marx, en un país dicho socialista. Pero he ahí lo que quería Gorbachov, con su "Perestroika", en empresas mixtas con los capitalistas occidentales integrando la economía soviética en el capitalismo mundializado.

MISES, von L.

Teoría e historia. Unión Editorial. Madrid. 1974. Se trata de un ensayo sobre el método en la investigación histórica, poniendo el acento en la economía, aunque tratando de desmentir el materialismo histórico y dialéctico de Marx.

Sobre los problemas económicos, analizando los problemas de la competencia mercantil y la teoría del equilibrio económico. Mises afirma:

"La verdad es que la competencia sólo puede existir en una economía cambiante. Su función consiste precisamente en destruir el equilibrio y crear una tendencia hacia el logro del equilibrio. No puede haber ninguna competencia en un estado de equilibrio estático, porque en tal estado no habrá lugar para que un competidor pudiera intervenir para hacer algo que satisfaciera mejor a los consumidores que lo que ya se hace. La definición misma del equilibrio implica que no hay desajuste en ninguna parte del sistema económico y, en consecuencia, ninguna necesidad de corrección, ni de actividad empresarial, ni de utilidades ni pérdidas empresariales. Es precisamente la ausencia de utilidades lo que induce al economista matemático a considerar el estado de equilibrio inalterado como el estado ideal, pues se inspira en el perjuicio de que los empresarios son parásitos inútiles y la utilidades un lucro injusto. (Obr. Cit. p. 319).

Una sana competencia es posible sin capitalismo privado o de Estado, compitiendo las empresas entre si en un mercado autogestionario; a fin de que los consumidores sean libres de elegir lo mejor en libertad; de que el mercado obligue, al mismo tiempo, a las empresas a su reconversión o modernización industrial para enfrentar la competencia en los mercados exteriores; para importar, con la obtención de suficientes divisas, las tecnologías más avanzadas que se necesiten y los equipos de producción y las materias primas esenciales; pues ningún país puede pasarse sin el mundo.

En cuanto al equilibrio económico perfecto no existe, sin duda, aunque así lo crean las tecnocracias enquistadas en la planificación centralizada. Una economía perfecta es una perfecta tontería de las burocracias totalitarias. El desarrollo desigual económico y tecnológico entre las distintas ramas de producción o de servicios y dentro de las industrias en una misma rama de industria, hace imposible el equilibrio perfecto. Se debe procurar el equilibrio económico dinámico dentro de un sistema de economía autogestionaria, sin tener que soportar los trabajado-

res, necesariamente, a los empresarios privados o al Estado-empresario; es decir, sin libre empresa privada, en el sentido de Mises, ni empresa estatal (aún liberada de la planificación centralizada) como quiere Liberman, sustituyendo la dirección de la burocracia de arriba por la tecnocracia de abajo, en las empresas públicas, ¿Pero que ganarían así los trabajadores bajo la burguesía o la burocracia?.

SCHUMPETER, J. A.

Capitalisme, socialisme et démocratie. Editions Payot. París, 1974. Uno de los libros fundamentales de la economía moderna donde su autor, entre otras cosas, plantea un devenir dialéctico de autodestrucción del capitalismo en estos términos:

"Hemos constatado —dice— que, normalmente, el hombre de empresa moderno, ya sea empresario o simple administrador-gerente, pertenece generalmente a la categoría de las personas del poder (y no a la de los propietarios). Por la lógica de su posición, su mentalidad adquirida se parece, pues, en cierta medida, a la de un empleado asalariado trabajando en una organización burocrática". (Obr. Cit. p. 218).

"Se diría —prosigue más adelante— que la evolución económica que socava la posición de la burguesía (aminorando el rol de los empresarios y de los capitalistas, dislocando sus capas protectoras, creando una atmósfera de hostilidad) destruye igualmente, en su interior, las fuerzas motrices del capitalismo. Nada muestra mejor que el régimen capitalista, no solamente se apoya sobre soportes constituídos con materiales no capitalistas, pero obteniendo su energía propulsora de reglas de conducta no capitalistas, que lo condenan simultáneamente a destruirse". (Obr. Cit. p. 225).

Esta interpretación del porvenir del capitalismo, autodestruído por fuerzas propias y no capitalistas, inherentes al sistema, expresadas como una tendencia, un fatalismo histórico, revelan el pensamiento de la tecnocracia que, por conocer la ingeniería estructural contradictoria del capitalismo, debe convertirlo en socialismo dirigido por las burocracias políticas y sindicales, por profesores, sociólogos, economistas, ingenieros, técnicos, por la tecno-burocracia o la "élite" del saber, a la cual pertenecen los "socialistas de cátedra": los Schumpeter, los Galbraith, en Occidente; los Liberman y Cía, en Oriente.

Ese socialismo, con Estado-empresario, con burocracias políticas aliadas a las tecnocracias, no ha sido creado por el proletariado, pues ninguno de sus representantes ha escrito nada sobre ello, sino los representantes de la clase media ilustrada que quiere el "socialismo", no con autogestión en empresas de trabajo libremente asociadao con sus medios de producción, sino con socialismo administrativo, en la forma, pero realmente capitalismo de Estado, en su contenido. Así las cosas la "autodestrucción del capitalismo" y su conversión en "socialismo" es un juego de palabras, un cambio de nombre de las cosas, pero respondiendo al mismo contenido. Y como los obreros no están muy versados en estas cosas, sobre nominalismo y realismo, hay que engañarlos con el espejismo de un socialismo prometido; pero en la práctica, no realizado más que en el mundo metafísico de las ideas; cuando lo real es edificar el socialismo en la práctica; hay una sola manera de hacerlo: las empresas autogestionarias donde la autogestión conduce a la desalienación de obrero, superando la explotación del hombre por el hombre, la burguesía y la burocracia, como clases profesionales de la política y de la condución de la economía.

KARDELJ, E.

Exposición ante el Segundo Congreso de los Autogestores de Yugoslavia, mayo 1971. Discurso comprendido en "La Autogestión Socialista en Yugoslavia". —1950-1980. Documentos. Selección y presentación de B. Boskovic y D. Dsic. Edit. Cuestiones Actuales del Socialismo. Belgrado, 1980.

En este importante discurso, Edvard Kardelj precisó sus ideas y definiciones del socialismo de autogestión con estas palabras: "El sentido histórico de la transición de nuestra sociedad a la forma autogestora de relaciones de producción socialista no residía en la idea utópica de establecer un sistema estático, sin conflictos, de instituciones democráticas y socio-económicas y de relaciones ideales entre los hombres. El sentido y el objeto de este paso fue la aspiración de las fuerzas socialistas de oponerse a la dominación de determinadas tendencias del monopolio de

propiedad estatal. Semejante dominación reproduciría, gradualmente y automáticamente, elementos en las relaciones de producción y distribución en los que —en caso de seguir desarrollándose semejante proceso espontaneista— las funciones de la gestión estatal y las funciones del trabajo social no sólo comenzarían a enajenarse de los trabajadores sino que irían convirtiéndose, en cada vez mayor medida, de arma suya y a su servicio —lo que debe ser— en dueño sobre él. Contrariamente a este proceso, nuestra sociedad puso en marcha, bajo la forma de autogestión, un proceso que tiende a que la producción y la distribución se desarrollen gradualmente en las relaciones donde el trabajo, como dice Marx, sea "realmente libre" sin dominación sobre los hombres. Y en esto reside la esencia de las relaciones socialistas entrre los hombres". (Discurso citado, incluído en La autogestión socialista en Yugoslavia, 1950-1980. Documentos, p. 259).

Kardelj, adiferencia de Liberman, pone al trabajador en el centro de la vida económica, no pasivamente bajo las órdenes de la tecnocracia dirigida por la burocracia política, sino que los directores de las empresas son elegidos por los consejos obreros autogestores de éstas. Las burguesías (Oeste) y las burocracias estatales (Este) no se han propuesto nunca que el trabajo se asocie con sus medios de produción. Ello supondría la liquidación del antagonismo entre el capital privado o de Estado y el trabajo asalariado: libre, por fin, mediante la autogestión, perdiendo su condición de trabajo asalariado, ya que así su participación en el producto no es como salario sino como ingreso, en razón de los resultados variables del colectivo de trabajo.

No hay liberación del trabajador si éste no se transforma en autogestor de sus propios medios de producción en empresas de propiedad social, condición sin la cual no puede existir el socialismo, ya que la propiedad privada de las empresas constituye el capitalismo de Estado. En ambos casos, ello supone la existencia del trabajo asalariado, separado de sus medios de producción y, a su vez, la alienación del obrero: dependiente del empresario o del Estado-patrón. Y mientras esa alienación surja del antagonismo entre el capital opuesto al trabajo, el neo-liberalismo de Friedman, Hayet y Mises, el "socialismo de cátedra" de Galbraith y Schumpeter y el reformismo de Liberman, no serán más que ideologías económicas o políticas para engañar al pueblo trabajador.

La desalienación sólo es posible con la autogestión, a fin de que el hombre enajenado como mercancía (salario) o dependiente de otro (que posee los medios de producción, pero no del trabajador), recupere su personalidad y su libertad dentro de una sociedad sin clases, racionalmente auto-organizada, donde se haya socializado el Estado, mediante una economía autogestionaria, que asimile mejor que cualquier otra revolución científico-tecnológica, la automatización del trabajo manual y mental. Pues sólo así habrá igual tiempo de trabajo y de ocio para todos; igualdad económica, como condición de la libertad política, en una sociedad donde todos los hombres tendrán iguales condiciones culturales y de educación. Sólo así desaparecería la división social del trabajo que crea clases, por diferencias entre trabajo manual e intelectual, incluso en países donde haya desaparecido la propiedad privada; pero haya sido sustituída por la propiedad social, no gestionada por burocracias y tecnocracias estatistas.

En definitiva, la autogestión —como estima Kardelj— es cada vez más un factor de superación de la enajenación del hombre trabajador y de recuperación de su personalidad, de su dignidad y su libertad con igualdad.. Mientras el trabajo humano sea asalariado y el capital no pertenezca al trabajo que lo ha creado, todos los regímenes económico, sociales y políticos serán contradictorios: tendrán como contenido antagónico la lucha de clases y como forma un Estado de clase dominante sobre las clases dominadas.

Así, pues, la liberación del hombre, no sólo como clase sino como especie amenazada por posibles guerras nucleares, pasa por la abolición del capitalismo, ya sea privado o de Estado, mediante un socialismo autogestionario, federativo y libertario, que sin clases antagónicas y sin potencias imperialistas o hegemonistas, sea capaz de garantizar la paz perpetua entre los hombres, sin diferencias de clases, sin castas, sin naciones, con el mundo un solo país. Sólo así habremos superado la crueldad de los imperialismos y los hegemonismos, y las guerras que ellos contienen inmanentemente, así como la lucha de clases como contenido de una historia bárbara de la humanidad, entrando por fin en una civilización universal libertaria que, sin guerras ni lucha de clases, podrá conquistar nuestro espacio interplanetario por el verdadero "homo sapiens": el hombre huniversal, no alienado por falsas políticas, fetichismo del dinero, culto del

Estado, ideologías obsoletas y nacionalismos belicistas. Sólo al hombre huniversal, que conquiste los espacios siderales, en paz y libertad, al elevarse por encima de la Tierra, como un sólo país descubrirá que él es el dios de la creación al alcanzar su liberación total.

Si el mundo no es tan bueno como el hombre lo quisieran, no es por culpa de aquél sino más bién de éste; pues un mundo igual para todos los hombres sólo es posible con igualdad económica, con libertad política y con solidaridad entre los hombres y entre las naciones. Necesitamos, pues, la democracia directa y no el parlamentarismo retórico, el socialismo libertario y no el capitalismo de monopolio ni el comunismo totalitario.

INDICE

Pag.

INTRODUCCION 4
Los modos de producción 10
La comunidad primitiva 15
Cuadro de categorías del proceso económico 15
Evolución de la propiedad, las clases, la familia y el Estado (cuadro) 17
El capitalismo en su devenir 18
Dialéctica capital-trabajo 23
Alienación, "praxis" y liberación 25
La tercera revolución industrial 28
BIBLIOGRAFIA 32

CAPITULO I

Dialéctica de las Categorías del pensamiento economico 35

Dialéetica de las categorías socio-económicas 37
Cuadro histórico de categorías economicas, sociales y políticas 38
Antagonismos: capitalismo y socialismo 40
Dialéctica de las fuerzas productivas 41
Economía: definiciones y contradicciones 42
Dinámica de las categorías 45
Categorías cuantitativas y cualitativas del proceso económico (cuadro) 45
Propiedad, libertad y alienación 51
Categorías y estructuras 56
Dialéctica: hegelianismo y marxismo 60
Lenguaje y alienación 64
BIBLIOGRAFIA 71

CAPITULO II

Cada modo de producción tiene su crecimiento especifico de población 75

Coeficiente de mortalidad y esperanza de vida en distintos países (cuadro) 77

Neo-feudalismo e imperialismo 78
Evolución histórica de la población en el mundo (cuadro) 79
Desarrollo desigual en el mundo 80
Consumo de energía y acero por habitante en distintas regiones del mundo (cuadro) 81
Malthusianismo económico 82
La ley de la población de Malthus (cuadro de progresiones: geométrica y aritmética) 83
Subdesarrollo y población 86
Nacimientos y alimentos 89
Producción mundial de cereales y leguminosas (cuadro) 92
Análisis de clases de la población 94
La crisis de la civilización urbana 98
Las megalópolis del año 2000 (cuadro) 99
Megatones contra megalópolis 100
El holocausto de las ciudades 103
BIBLIOGRAFIA 109

CAPITULO III

La ley del valor de uso de las cosas o bienes 115

Los misterios del valor económico 117
Valor y necesidades 119
Valor y capitalismo 122
Derecho, libertad y necesidad 126
Crisis de la "sociedad de consumo" 129
La ley de valor en el socialismo 134
BIBLIOGRAFIA 138

CAPITULO IV

Mistificaciones de la ley del valor en los países capitalistas y socialistas 143
Ambito de la ley del valor 148
Objetivización del valor 151

Dinero y valor 154
Mercancía, dinero y capitalismo 157
Valor, productividad y competencia 159
Transfiguraciones del valor 165
BIBLIOGRAFIA 172

CAPITULO V

Teoría marginalista del valor 177

La desutilidad marginal 180
Desutilidad marginal de una libra de alimentos (cuadro) 181
Economismo y psicologismo 183
Marginalismo y capitalismo 185
Necesidades y realidades 188
El subjetivismo de la utilidad final 191
BIBLIOGRAFIA .....

CAPITULO VI

Los mecanismos de los precios en la economía mercantil 188

Precios en horas de trabajo 202
Francia: precio de algunos productos en horas de trabajo 203
Precios, moneda y productividad 204
Dinero, valor y precio 205
¿Inflación o deflación? 209
Aumento de los precios al consumo en varios países (cuadro estadístico) 210
Moneda y desarrollo económico 212
Indices de depreciación monetaria (cuadro, por países) 213
Porcentajes de aumento del costo de la vida y de los salarios, por países (cuadro) 215
Los precios mundiales y el dólar 216

Precios internacionales 218
Cotización mundial de las materias primas (cuadro) 220
Evolución de los precios de las materias primas (cuadro) 226
El fetichismo de los precios 229
Precios: capitalismo y socialismo 237
Los precios de la ley del embudo 238
URSS: precios, mercados, escasez y "colas" 240
BIBLIOGRAFIA 244

CAPITULO VII

Dinámica de la ley de la competencia económica 249

Dialéctica de la competencia 251
La competencia mercantil 253
Competir para exportar 258
Mercado común y mundo 262
Precios y devaluaciones monetarias 265
Precios, oro y dólar 268
BIBLIOGRAFIA 271

CAPITULO VIII

La ley de los mercados de Say o los productos se compran con productos 277

Fragilidad de la teoría de J. B. Say 278
La ley de desarrollo desigual económico 280
Pobres y ricos en el mundo 286
Agricultura comparada de los países pobres y ricos (cuadro estadístico) 287
La ley de la división internacional del trabajo 288
Contradicciones del neo-capitalismo 293
La escalada progresiva de la inflación (cuadro) 294
Desarmonías del capitalismo 299

BIBLIOGRAFIA 306

CAPITULO IX

Cibernética, capitalismo y socialismo 315

El cambio tecnológico 319
El milagro de la productividad 323
Evolución de la productividad en Estados Unidos (cuadro). 324
Evolución de la productividad para segar una has. de trigo (cuadro) 325
1850-1960: aumento de la producción industrial (cuadro) 326
Tecnología y productividad 327
Aumento de la productividad en tres países industrializados (cuadro) 329
Ciencia y trabajo asociado 331
Economía, tecnología, ideologías 335
"Praxis" y desalienación 339
Energía, productividad y socialismo 347
La "fuga" de cerebros a USA 345
"Robots" industriales y socialismo 347
Población mundial de "robots" industriales: 1985 (cuadro) 348
Los Bancos de Datos 350
Contradicciones del desarrollo capitalista 353
Revolución tecnológia y conservadurismo económico 355
BIBLIOGRAFIA 358

CAPITULO X

La ley de la participación decreciente del obrero en su producto 365

Dialéctica del capitalismo 367
La ley del mínimo de subsistencia del obrero 369

La ley de la productividad creciente y de la desocupación creciente en el capitalismo (cuadro) . 371
Productividad y desocupación 372
La inflación de paro obrero 378
La lucha de clases y el pauperismo 380
Perspectivas de las clases sociales 382
Emancipación del obrero 384
El proceso de cambio revolucionario 386
La empresa de participación 388
BIBLIOGRAFIA 398

CAPITULO XI

El capitalismo neo-colonial de las empresas multinacionales 405

Las internacionales del capitalismo 410
Volumen de ventas y empleados de las 50 empresas más grandes del mundo (cuadro) 411
La tela de araña de las multinacionales 412
El tejido de las multinacionales (asociaciones y fusiones) 413
Internacionalización del capital 423
El capitalismo multinacional 426
El neo-colonialismo de las multinacionales 429
Multinacionales soviéticas 435
Cuadro de 72 multinacionales soviéticas, en 22 países 436
La sociedad de las multinacionales 439
BIBLIOGRAFIA 447

CAPITULO XII

Crítica de la economía neo-liberal, dirigida y centralmente planificada 451

Ni burgueses, ni burócratas ni tecnócratas 455
Jonh Maynard Keynes 456
Joseph A. Schumpeter 458

Jonh K. Galbraith 460
Yevsei G. Liberman 461
Milton Friedman 465
Friedrich A. Hayet 466
Ludwig von Mises 468
Edvard Kardelj 470
Los economistas radicales 471
Antinomias económicas del capitalismo 474
Cuadro de categorías económicas contradictorias del capitalismo: factores dialécticos en que cada categoría es opuesta a otra 475
Las sociedad post-industrial 478
BIBLIOGRAFIA 487

OTRAS OBRAS DEL AUTOR 501

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

El destino de Hispanoamérica.	Ed. Bajel. Buenos Aires, 1952.
Radiografía del Plan Prebisch.	Ed. Guitem. Buenos Aires. 1956.
La oligarquía en la crisis económica argentina.	Ed. Cátedra Lisandro de la Torre. Buenos Aires. 1956.
La agonía del imperialismo. (dos tomos)	Ed. Saphos. Buenos Aires, 1957
El imperialismo del dólar.	Ed. Peña Lillo. Buenos Aires, 1962.
Teoría de la violencia.	Ed. Jamcana. Buenos Aires, 1965
La segunda revolución española	Ed. El Siglo Ilustrado. Montevideo, 1967
Estrategia de la guerrilla urbana (1ª edición).	Ed. Manuales del Pueblo. Montevideo. 1966.
Checoslovaquia 1968. (En colaboración con otros autores).	Ed. Mordejai. Anilevich. Montevideo, 1968.
Desalío al Pentagono.	Ed. Andes. Montevideo. 1969.
La rebelión del Tercer mundo.	Ed. Andes. Montevideo 1969.
Democracia directa.	Ed. Aconcagua. Montevideo, 1970.
Socialismo de autogestión.	Ed. Aconcagua. Montevideo, 1971.
La década crítica de América Latina.	Ed. Sandino. Montevideo, 1971.
Las inversiones extranjeras en América Latina.	Ed. Centro-Sinamos. Lima, 1975
Explosión demográfica, latifundios y revoluciones en América Latina.	Ed. Carutro–Editor de américa Latina. Buenos Aires 1974.
La Colonización financiera del FMI.	Centro Editor de América Latina. Serie Transformaciones. No. 109. Buenos Aires, 1973.
Poder y crisis del dólar.	Centro Editor de América Latina. Serie Transformaciones. no. 94. Buenos Aires. 1973.

El cooperativismo peruano. (Integración y desarrollo).	E. Central de Cooperativas Agrárias Café-Peru. Lima, 1975.
La propiedad social, modelo de desarrollo peruano.	Ed. Centro-Sinamos. Lima, 1976.
I.T.T. - I.B.M. en España (dependencia o autodeterminación).	Ed. Zero. Madrid, 1978
Revalorización de la guerrilla urbana.	A. Guillén & D. Hdges. México. 1977.
Guerrilla 1. (En colaboración con otros autores).	Ed. Hacer, Barcelona 1978.
El "error"militar de las izquierdas (Análisis estratégico de la guerra civil española 1936-39)	E. Hacer. Barcelona, 1980.
El capitalismo soviético: última etapa del imperialismo.	Quimada Ediciones Madrid, 1979.
Philosolhy of the urban guerrilla.	The revolutionary writings of Abrahm Guillén, por Donald C. Hodges, William Marow & Co., INC. New York, 1973.
Stadguerilla in Lateinomerika, por Abraham Guillén. Rhizon Verlag.	Berlín occidental, 1984.
Der Krieg ahne Fronten und Schlachten, por Abraham Guillén. Rhizan Verlag.	Berlín occidental, 1984.
Economía libertaria, alternativa para un mundo en crisis	Ediciones Fundación Anselmo Lorenzo. Bilbao, 1988.